HELIODORO

LAS ETIÓPICAS
O
TEÁGENES Y CARICLEA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
EMILIO CRESPO GÜEMES



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 25



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por CONSUELO RUIZ MONTERO.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1979.

Depósito Legal: M. 40342-1979.

ISBN 84-249-3535-7.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—5103.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *El autor.*

Siguiendo el hábito usual de la literatura arcaica y clásica en Grecia, Heliodoro firma así su novela: «Así termina la historia etiópica de Teágenes y Cariclea; el autor que la compuso es un fenicio de Émesa, de la raza del Sol, Heliodoro, hijo de Teodosio.» Esta información, que sólo da noticia del nombre y la procedencia, necesita ser complementada con las que ofrecen otras fuentes. Sócrates, un historiador de la Iglesia que escribe en la primera mitad del siglo v d. C. sobre los sucesos que abarca el período comprendido entre 306 y 439, escribe en su *Historia eclesiástica* (V 22; Migne, *Patrologia Graeca* 67, col. 63): «En Tesalia, esta costumbre (*scil.*, el celibato eclesiástico) fue introducida por Heliodoro, cuando fue nombrado obispo de Trica; de él se dice que en su juventud compuso una historia de amor, a la que puso por título el de *Etiópicas.*» Sócrates es el primer autor que menciona nuestra novela, y es posible que todas las referencias posteriores a Heliodoro tengan únicamente como base lo que aquél (o la fuente de la que Sócrates se haya servido) indica. Así, Focio (*Bibliotheca*, cod. 73 *sub fine;* Bekker, págs. 51 b, 40 sig.), en el siglo IX, anota acerca de Heliodoro, entre otras cosas, que «éste, según dicen, alcanzó también después la dignidad episcopal».

Resulta llamativa la prudencia de las afirmaciones, tanto de Sócrates, como de Focio; ambos parecen no estar seguros de sus noticias y, por eso, añaden un «dicen», como atribuyendo a las fuentes su posible error. Siendo, pues, tan parcas las noticias más próximas a Heliodoro, no es extraño que los autores posteriores hayan tratado de embellecer esta inaudita identificación de un obispo con el autor de una novela amorosa[1].

Digna de consideración es también la noticia que se encuentra al final del manuscrito más antiguo de las *Etiópicas* (*Vaticanus Graecus* 157); allí, una mano del siglo XIV anotó, en lo que aquí ahora importa, que Heliodoro, el autor de las *Etiópicas* y obispo de Trica, vivió en época de Teodosio el Grande (emperador de Oriente entre 379 y 395), y que escribió, además, un poema en versos yámbicos acerca de la fabricación del oro dedicado al propio Teodosio, según afirma Georgio Cedreno. Ninguna indicación de este tipo aparece en Georgio Cedreno (siglo XI), pero sí en la *Cronografía* de Teodosio Meliteno, un oscuro autor del siglo XI también, con la única salvedad de que éste sólo afirma «en época de Teodosio», sin especificar de cuál de los emperadores del mismo nombre se trata[2]. Estas noticias,

[1] En este sentido hay que comprender las afirmaciones de Nicéforo Calixto, un autor del siglo XIV, en su *Historia eclesiástica* (XII 34; Migne, *Patrologia Graeca* 146, col. 860), que añade a la escueta noticia de Sócrates: «Por esta causa fue despojado del episcopado; pues, como esta narración provocó el escándalo en muchos jóvenes, el sínodo local ordenó, o bien hacer desaparecer y entregar al fuego el mencionado libro, que, subrepticiamente, enardecía el amor, o bien privarle del sacerdocio por haber escrito semejante historia. Él prefirió abandonar el sacerdocio, antes que retirar el libro de la circulación; y, en efecto, así sucedió.»

[2] El poema en versos yámbicos sobre alquimia que es atribuido a Heliodoro por el cronógrafo medieval es posterior a 610-641, y el Teodosio a quien afirma que está dedicado ha de ser el emperador Teodosio III (716-7). El error del cronógrafo

inconexas aparentemente entre sí, componen un cuadro razonable, si se tiene presente que Sócrates, el eclesiástico, se refiere en su historia al período comprendido entre 306 y 439, y que únicamente el reinado de Teodosio I el Grande cae dentro de esos límites temporales. Por tanto, si se acepta como cierta la tradición acerca de Heliodoro, habríamos de situarle en la segunda mitad del siglo IV d. C.

Ahora bien, las fuentes antiguas y medievales presentan ciertas dificultades, circunstancia que ha llevado a muchos críticos a negar su validez. En primer lugar, una elemental precaución debe dejar abierta la posibilidad de que Heliodoro no haya vivido entre 306 y 439, porque Sócrates escribe con cierta frecuencia acerca de hechos que rebasan ese período, y, sobre todo, porque, al hablar del obispo de Trica como de la persona que inauguró la costumbre del celibato, es posible, al menos, que esté mencionando de pasada acontecimientos anteriores a aquellos de los que es objeto su historia. En contrapartida, hay que pensar que el historiador, por razones de claridad, no podía referirse, sin advertirlo a los lectores, a hechos sensiblemente distantes del período de su historia. La conclusión, pues, tanto en un sentido como en otro, parte de un argumento *ex silentio* y, por tanto, nada probatorio.

Una segunda dificultad estriba en el hecho de que tanto Sócrates como Focio manifiesten tal cautela en

---

procede de haber confundido a dos autores diferentes y de distinta época, que tuvieron el mismo nombre. La circunstancia de que el autor de las *Etiópicas* se declare a sí mismo hijo de Teodosio ha contribuido seguramente al equívoco del cronógrafo. El valor, pues, que pueda tener la noticia de Teodosio Meliteno es dudoso: en efecto, si ha atribuido al autor de las *Etiópicas* unos yambos que, en realidad, son de otro poeta, llamado también Heliodoro, nada de particular hay en que haya determinado la datación de Heliodoro de Émesa, de acuerdo con la de aquel otro.

sus afirmaciones. Esta circunstancia es aún más llamativa en lo que se refiere a Sócrates, porque él mismo afirma, unas líneas más adelante, haber estado personalmente en Tesalia y haber verificado directamente allí sus informaciones. Aunque, para resolver esta aparente contradicción, ninguna solución se impone con firmeza, la única vía de interpretación es pensar, o bien que Sócrates ignoraba si el autor de las *Etiópicas* era en realidad el obispo de Trica (y en este punto tiene importancia fundamental la adición «en su juventud», o el «después» en el testimonio de Focio), o bien que Sócrates, simpatizante con la actitud que preconizaba actuar con transigencia en el asunto del celibato eclesiástico (cf. *Hist. Ecles.* I 11; Migne, *Patrologia Graeca* 67, col. 101), manifestaba con su «se dice» cierta actitud maliciosa hacia el obispo, que, mientras en su juventud había escrito una obra profana, a la que muchos rigoristas tacharían de poco piadosa, luego, una vez entrado en años, imponía con rigor el celibato a sus súbditos.

No es extraño, pues, que, a causa de estos problemas en la interpretación de las fuentes, la crítica moderna haya negado toda validez a estas noticias. Desde el libro fundamental de E. Rohde acerca de la novela griega, que, con razones semejantes a las expuestas, rechaza, no sólo las noticias más tardías acerca de Heliodoro, sino también el escueto relato de Sócrates, el eclesiástico, la polémica sobre la identificación del autor de las *Etiópicas* con el obispo de Trica no ha cesado; hasta los años cuarenta, se aceptaron las razones de E. Rohde para refutar el rumor recogido por Sócrates, y se adujeron nuevos argumentos para apoyar esa tesis; pero, desde entonces, una corriente de la crítica, cada vez más amplia, ha manifestado su tendencia a aceptar la noticia de Sócrates, aunque no hayan seguido faltando sus detractores.

Los que, siguiendo a Rohde, han negado el valor de las fuentes, han aducido, a falta de pruebas externas, argumentos derivados de la naturaleza de la propia novela. Un breve resu-

men de éstos sigue a continuación. E. Rohde, *op. cit.*, págs. 433 y sigs., puso de relieve que las pruebas presentadas por Coray (el editor de Heliodoro en el s. XIX, que en su comentario había reunido lo que para él constituía un indicio del cristianismo profesado por Heliodoro) eran muy poco convincentes; más aún, que Heliodoro no era cristiano viene demostrado, según E. Rohde, por su concepción de la divinidad: además de nombrar a los dioses «los poderosos», denominación habitual entre neopitagóricos y platónicos, en los pasajes en los que habla del dios en singular, se reconoce con facilidad que está refiriéndose a Apolo en concreto, a quien identifica con el dios solar. Mientras que las alusiones a otros dioses del panteón tradicional son sólo esporádicas, Apolo-Sol desempeña un papel continuo y esencial a lo largo de toda la trama, y todo ocurre de acuerdo con su plan. La concepción de la divinidad es, en definitiva, neopitagórica, como demuestra la marcada semejanza existente entre lo que los personajes de Heliodoro manifiestan y lo que Filóstrato cuenta acerca de Apolonio de Tiana, un santón neopitagórico del siglo I d. C. (cf. algunos ejemplos en las notas 19, 79, 84, 101, 144, 274, 344, 347 y 356 de la traducción). Si se tiene, además, presente que Heliodoro afirma ser del linaje del Sol, la conclusión no distará mucho de pensar que las *Etiópicas* tienen una clara finalidad religiosa y están destinadas a la propaganda del culto al dios solar.

Por otra parte, la formación retórica de Heliodoro cuadra mejor —siempre según Rohde— con una datación anterior al siglo IV; en concreto, Rohde propone el reinado de Aureliano (270-5) como datación de la novela. El siglo III fue, en efecto, la época de mayor esplendor de la religión solar, propagada fundamentalmente desde Emesa, bajo los auspicios de los Severos. Si se admite, pues, esta tesis, es preciso negar todo valor a las fuentes.

Ahora bien, el hecho de que Heliodoro se manifieste en su novela como un pagano devoto, antes que como un indiferente en materia de religión, lejos de hacer imposible una ulterior conversión al cristianismo, la hace más probable. La nueva fe cristiana calaría con

mayor rapidez y hondura en las personas que tuvieran desarrollado un fuerte sentimiento religioso, como es el caso de Heliodoro. Por otro lado, su firme convicción teológica a propósito del Sol no es esencialmente incompatible con una *nueva* fe que preconiza igualmente la existencia de un Dios por encima de todo, que abomina de los sacrificios humanos y cruentos, y que trae consigo un género de conducta moral. Si a esto se añade la circunstancia de que Sócrates, el eclesiástico, no se encuentra muy distante en el tiempo, y que quizá gozaba de otras fuentes accesibles para él, pero desconocidas en la actualidad, la verosimilitud de su noticia aumenta. El simple hecho de que mencione al obispo como autor de las *Etiópicas* en un contexto que, en absoluto, se lo exigía indica que no había nada de improbable en ello. Así, pues, quede de cuenta de quienes niegan la tradición el *onus probandi*.

2. *Datación.*

Sea o no cierta la alusión de Sócrates a las *Etiópicas*, un hecho es seguro: que proporciona un *terminus ante quem* a la novela, que ha de ser datada, como muy tarde, a fines del siglo IV d. C. Por otro lado, a juzgar por las notorias coincidencias existentes entre la *Vida de Apolonio de Tiana* y las *Etiópicas*, que permiten asegurar que Heliodoro ha conocido el libro de Filóstrato, podemos establecer un *terminus post quem*: el año 217 d. C. o unos años más tarde [3].

[3] Filóstrato escribió la *Vida de Apolonio de Tiana* por encargo de Julia Domna, pero, como la obra no está dedicada a ella, hay que pensar que cuando se publicó la biografía ésta ya había muerto (217). Que Heliodoro conocía la biografía de Apolonio de Tiana es algo casi seguro, aunque algunos hechos requieren ser precisados: Filóstrato se ha servido de diversos escritos de Apolonio para la composición de su obra, según

Otras consideraciones de tipo histórico pueden servir para precisar más la datación. El culto del dios solar, que tanta importancia tiene en la novela, se propagó desde Émesa, la patria de Heliodoro, y él mismo afirma ser «de la raza del Sol», es decir, probablemente perteneciente a una de las familias de sacerdotes encargadas de su culto. Esta religión comienza a irradiarse a comienzos del siglo III, desde que Julia Domna, hija de un sacerdote del Sol, y nativa de Émesa, contrajo matrimonio con Septimio Severo (193-211), y desde que dos nietos de Julia Mesa, hermana de la anterior, accedieron a la más alta magistratura romana: Heliogábalo (218-222) y Alejandro Severo (222-235), ambos también naturales de Émesa. Y más concretamente, la difusión de esta religión por todo el orbe conocido ha de datarse en los años de Heliogábalo [4]. La

---

él mismo declara; incluso algunos episodios, si no todo el conjunto, están modelados sobre lo que Apolonio de Tiana había escrito en su *Vida de Pitágoras* (v. F. Solmsen, *R. E. A.*, XX, cols. 147 sigs.). Siendo esto así, es difícil probar que un pasaje determinado de Heliodoro imita directamente a Filóstrato, en lugar de a alguna de las fuentes utilizadas por Filóstrato. Un ejemplo de detalle puede ilustrar esta observación: tanto Filóstrato como Heliodoro distinguen con sumo cuidado conocimiento teúrgico y mágico (*Vida de Apolonio* VII 39; V 12; VIII 7, 3, y *Etiópicas* III 16, 3). Esta comunidad de ideas se ha interpretado como resultado de la imitación directa por parte de Heliodoro. No obstante, el propio Filóstrato añade (VII 39) la noticia de que ha existido una abundante literatura contraria a la magia, anterior a él. Nada autoriza, pues, a creer que Heliodoro haya usado la biografía de Apolonio, en lugar de otra obra diferente.

4 El Sol ya aparece en monedas de Septimio Severo y Caracalla, y en el arco de Septimio Severo en Lepcis Magna; pero este culto sólo alcanzó proporciones universales con Heliogábalo, que lo introdujo oficialmente en Roma (cf. F. Altheim, *Der unbesiegte Gott* = *El dios invicto* [trad. J. J. Thomas], Buenos Aires, 1966, págs. 90 y sigs.). Con la muerte de Heliogábalo, no obstante, su difusión sufrió un duro revés (F. Altheim, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, I, Halle, 1948, pág. 102). El hecho de que Heliodoro nunca afirme que el Sol es el dios local de Émesa se explicaría, según esta interpretación, porque el autor, al igual que Heliogábalo, habría

primera mitad del siglo III es la época de mayor florecimiento de esta ciudad siria, que, a mediados de siglo, sufrió diversas agitaciones, como el resto de las ciudades de Oriente, hasta ser conquistada por Zenobia, la soberana del efímero imperio de Palmira. Aureliano (270-5) recuperó el dominio de la ciudad, y ésta volvió a disfrutar de parte de su antigua prosperidad. Es natural, pues, datar la novela que nos ocupa en algún momento indeterminado de esta época [5].

Una segunda consideración de tipo histórico formulada por Rohde conduciría a idéntica conclusión. La piedad de Heliodoro se caracteriza por su actitud ingenua hacia la religión, diferente por completo de la que hallamos en un Jámblico o en un Juliano a mediados del siglo IV. En estos años, los que sostenían la religión tradicional luchaban con inusitado brío en favor de las creencias antiguas; es también en el siglo IV cuando el neoplatonismo opone ante la nueva fe cristiana un rígido esquema jerarquizado de démones, espíritus y conceptos hipostasiados en divinidades. En fin, un hombre piadoso sólo podía ser o bien cristiano, o bien neoplatónico cargado de éxtasis místico y entusiasmo filosófico-teológico. Sin embargo, todo este mundo conceptual y toda la capacidad de abstracción, propios de los neoplatónicos y de las creencias populares de la fe pagana, están ausentes por completo de la obra de Heliodoro. Lo que sí, en cambio, se descubre en él es la influencia «de aquel modo de pensar, mucho más simple y no ajeno por entero a las creencias populares, ecléctico entre pitagorismo, platonismo y estoicismo, que movió a todos los filósofos del siglo I de la era cristiana» (E. Rohde, *op. cit.*, págs. 495 y sig.). Por esta razón, según Rohde, Heliodoro no

---

pretendido dar a su dios un carácter universal, eliminando todo vestigio de dios local.

[5] En concreto, según ROHDE, *op. cit.*, pág. 496, la aparición de la novela de Heliodoro tiene lugar durante el reinado de Aureliano (270-5), un devoto también de la religión solar. MÜNSCHER, *R. E. A.*, VIII, col. 21, propone una fecha entre 220 y 250, cuando aún el estado etíope no había comenzado a sufrir su decadencia. RATTENBURY-LUMB proponen en su edición 235, y F. ALTHEIM, *op. cit.*, pág. 113, el período comprendido entre 233 y 250.

pudo haber escrito su novela después de la segunda mitad del siglo III.

Ahora bien, esta argumentación no conduce a conclusiones seguras, porque la religión solar, junto a algunos cortos períodos oscuros, ha conocido cierto auge todavía en época de Constancio Cloro, Licinio y Constantino (cf. F. Altheim, *op. cit.*, págs. 105 y sigs.). ¿Por qué, pues, considerar el contenido religioso de las *Etiópicas* como un manifiesto triunfante de la nueva religión solar, y no una enfervorizada defensa procedente de la época en que iba decayendo paulatinamente? Además, la relación de la actitud religiosa de Heliodoro con el entorno de su época no permite llegar a conclusiones unívocas, y, en este sentido, hay que señalar que una autoridad tan notoria en materia de religión como M. P. Nilsson[6] propone, en función de la atmósfera religiosa de la novela, una datación alrededor de 360 d. C. Queda aún por añadir que, como ha señalado R. Keydell[7], la religión solar no tiene la importancia decisiva que le atribuyó Rohde para la comprensión de la novela. Nada, en fin, excluye la posibilidad de considerar a Heliodoro como un adepto tardío del neopitagorismo[8].

Otras alusiones en la novela de Heliodoro cuadran, sin duda, mejor con los datos históricos que conocemos del siglo III: la aparición de los blemies como vasallos del rey de Etiopía (IX 16, 3; cf. notas 327 y 287), la pormenorizada descripción de los jinetes acorazados (IX 15; cf. nota 324), la descripción del estado etíope como un poderoso reino, libre aún de la progresiva decadencia sucedida desde mediados del siglo III, y la irrelevancia del uso del dromedario con fines militares.

---

6 *Geschichte der griechische Religion*, vol. II, Munich, 1950, págs. 542 y sigs.

7 *Polychronion: Festschrift für Franz Dolger*, ed. P. Wirth, Heidelberg, 1966, págs. 345-350.

8 A fines del siglo IV, Sinesio de Cirene se nos presenta como un lector asiduo de la *Vida de Apolonio de Tiana* (cf. *Dión*, 1; ed. N. Terzaghi, pág. 233) y como un admirador entusiasta del encantador (cf. *Elogio de la calvicie*, 6); había sido, además, discípulo de la neoplatónica Hipatia, y llegó a ser obispo al final de su vida.

Sin embargo, ¿cómo estar seguros de que Heliodoro escribía su novela haciendo aparecer en ella hechos contemporáneos, en lugar de pensar que mencionaba una situación conocida, pero ya antigua e inexistente en el momento de componer su novela?

Las consideraciones de carácter histórico conducen a conclusiones contradictorias. En efecto, una observación de Van der Valk, corregida en parte y ampliada por A. Colonna[9], ha llevado a defender una datación en torno a 360. El asedio de Siene, tal como aparece en el relato del libro IX de las *Etiópicas*, presenta notorios paralelos con algunos discursos de Juliano el Apóstata. En concreto, con los discursos I y III, dirigidos al emperador Constancio, en los que Juliano narra con detalle los sucesos del año 350, durante el cual Constancio consiguió dos importantes victorias, en Oriente contra los persas, y en Occidente contra Magencio. En lo que se refiere a la primera, se nos dice que el rey persa Sapor ha usado la siguiente táctica, para asediar y conquistar Nísibis: ha levantado un muro alrededor de todo el contorno de la ciudad y ha desviado la corriente del río Magdonio, a fin de que las aguas cubran el espacio entre las dos murallas y formen un lago (cf. Juliano, *Discursos* I 22-3, y III 11-3, Bidez, tomo I). El procedimiento empleado por Hidaspes para capturar Siene es idéntico, e incluso se repiten algunos detalles en la narración de ambos. Para todos estos hechos, Juliano expresamente indica que «nunca el sol ha sido testigo de semejante táctica, desconocida por los hombres en toda la historia». Estas coincidencias no pueden ser, naturalmente, fortuitas, y es preciso creer que uno ha servido de modelo para el otro. Pues bien, como no cabe dudar de la historicidad del relato que hace Juliano, porque otras fuentes presenciales de los hechos dan una versión, que, en lo esencial, coincide con la de Juliano (cf. A. Colonna, *loc. cit.*, págs. 82 y sigs.), hay que llegar a la conclusión de que Heliodoro, impresionado por la actuación de Sapor en Nísibis, ha resuelto servirse de este acontecimiento como modelo para el proceder de Hidaspes. Con ello, las *Etiópicas* serían poste-

---

[9] Publicadas respectivamente en *Mnemosyne*, 3.ª serie, 9 (1941), 98-100, y *Athenaeum* 28 (1950), 80-7.

riores a 350-1, año de la toma de Nísibis por Sapor, y a 359, año probable del discurso III de Juliano.

Una segunda concordancia entre Heliodoro y Juliano aparece a propósito de la batalla contra Magencio, en la que la caballería de Constancio, equipada con una armadura que les protegía el cuerpo por entero («iban sobre sus caballos como estatuas movientes», III 7; cf. I 30), jugó un papel decisivo. Igualmente, en las *Etiópicas,* la caballería persa va equipada con un armamento semejante, e incluso aparece también la comparación con estatuas (IX 15, 5). Por supuesto, esta segunda semejanza entre ambos autores no prueba que Heliodoro haya imitado a Juliano, porque, como ha señalado F. Altheim, *op. cit.*, págs. 108 y sigs., el uso de este tipo de caballería es muy anterior a la época de Constancio[10]; sin embargo, la novedad que a tales jinetes atribuye Juliano es sumamente instructiva.

En efecto, estas conclusiones son también susceptibles de algunas críticas. Juliano asegura que en Nísibis se empleó por primera vez en la historia esta táctica, digna de Jerjes. Que se usó es verdad, pero no sabemos si por primera vez; hay que tener presente que Juliano está escribiendo un panegírico, que su héroe es ensalzado a la altura de los de la épica, que atribuir a Sapor una táctica digna de Jerjes no es más que un medio de engrandecer la posterior victoria de Constancio; y, sobre todo, que también Juliano afirma que el equipamiento de la caballería en la batalla contra Magencio constituyó una novedad, cuando sabemos que una coraza semejante estaba siendo usada desde más de un siglo antes. No hace falta llegar tan lejos como O. Weinreich o como T. Szepessy[11], que sos-

---

10 Jinetes armados de este modo aparecen en las pinturas descubiertas en Dura-Europos, anteriores en más de un siglo a Juliano. O. Weinreich, *loc. cit.*, 237, señala que este tipo de descripción de una fuerza militar de caballería acorazada es, desde el siglo III, un *topos* retórico para la narración de una batalla. Menciones semejantes a las de Heliodoro se hallan, no obstante, sobre todo en los escritores del siglo IV; cf. nota 324 de la traducción.

11 O. Weinreich, *loc. cit.*, 238; T. Szepessy, *Actes XIIe Conf. Eirene,* Amsterdam, 1975, págs. 279-287.

tienen que Juliano ha usado el relato de Heliodoro como modelo; pero sí conviene resaltar que cuando Juliano dice «por primera vez» no es seguro si está hablando como un historiador o como un panegirista [12].

¿De la larga discusión precedente acerca de las relaciones de Heliodoro con el entorno histórico se desprende alguna conclusión segura acerca de su datación? Creemos que no, porque, en el fondo, las reservas que pueden hacerse a todas las conclusiones afectan a la base del método. En primer lugar, sólo puede ser demostrada la existencia de menciones de época tardía, es decir, del siglo IV; toda omisión de situaciones históricas precedentes puede ser consecuencia tanto de una datación anterior a la aparición de tales sucesos históricos, como de un silencio deliberado (o incluso casual) por parte del autor. En segundo lugar, sería preciso conocer previamente la actitud de Heliodoro ante la historia de su época, sea cual fuere; es decir, ¿tenía Heliodoro algún interés por mencionar hechos contemporáneos, o su única preocupación residía en dar cierta verosimilitud a las aventuras de Teágenes y Cariclea, gracias a la vinculación laxa de tales aventuras con la época del dominio persa en Egipto, en la cual transcurre la novela? Mientras estas interrogantes no estén solucionadas, los argumentos en favor de una datación tardía serán, sin duda, más dignos de consideración.

En conclusión, las referencias históricas conducen a un callejón sin salida; se impone, pues, la necesidad de un método más depurado. Cobra ahora todo su valor la observación de R. Keydell (*loc. cit.*) en el sentido de que las correspondencias

---

[12] Otros argumentos de tipo histórico —susceptibles de idénticas críticas— para proponer una datación entre 360 y 375 son: la importancia atribuida al dominio de Siene, convertida en el punto neurálgico de Egipto (cf. nota 287 de la traducción); la mención de los auxomitas (X 27, 1; cf. nota 374 *ad. loc.*). Otras características de orden más general: la exclusión de la pederastia, el ensalzamiento de la virginidad y, en general, de la continencia, el carácter sagrado y definitivo del matrimonio, y la importancia de la mujer en el matrimonio, que, según CH. LACOMBRADE, *Rev. Ét. Gr.* 83 (1970), 70-89, estarían en consonancia con una fecha tardía, son inseguras.

entre la narración del asedio de Siene y el relato de Juliano sobre la toma de Nísibis son tan estrechas, que el novelista ha llegado a repetir algunos puntos que para él eran superfluos, sólo porque se encontraban también presentes en Juliano.

Igualmente, las observaciones lingüísticas de A. Wifstrand[13] —de sintaxis, vocabulario y estilo— cuadran mejor con una datación más avanzada, aunque ejemplos esporádicos de los hechos recogidos se hallan ya en el siglo III[14]. Ahora bien, no hace falta señalar que en este dominio, que, a nuestro juicio, puede conducir a resultados relevantes, son necesarios otros estudios más amplios.

La relación de Heliodoro con las restantes novelas griegas puede servir también para precisar la cronología. No obstante, este método está sometido a numerosas críticas y rectificaciones. Un ejemplo será suficiente para probarlo. Desde época bizantina (Focio, *Bibliotheca*, cod. 87; cf. A. Colonna, *Heliodori Aethiopica*, pág. 362; y Miguel Psello en su juicio comparativo de *Etiópicas* y Aquiles Tacio; cf. A. Colonna, *op. cit.*, pág. 364), se pensó que la novela de Aquiles Tacio, sin duda la más cercana a las *Etiópicas*, imitaba —e incluso parodiaba— conscientemente la obra de Heliodoro. No obstante, el hallazgo de dos papiros, en 1914 y 1938 respectivamente, retrotrajo la data-

---

13 *Bull. Soc. Lettres Lund* (1944-5), 2, 36-41.

14 Para O. Weinreich, *loc. cit.*, 238, Heliodoro representaría el estadio intermedio entre los usos del siglo III y los del IV; en el mismo sentido, es decir, poniendo el énfasis en el hecho de que los usos lingüísticos presentes en Heliodoro aparecen ya en el siglo II, véase E. Feuillatre, *op. cit.*, pág. 148 (que defiende una datación muy temprana para las *Etiópicas*: «la época en que Adriano reinaba»). Sí, en cambio, sigue a Wifstrand Ch. Lacombrade, *loc. cit.*, 74 sigs., que menciona como hechos de vocabulario propios del siglo IV, además del comparativo sustantivado *ta kreittona, hoi kreittones* para referirse a la divinidad, *antitheos* con ese sentido de «antidios», los términos que expresan la idea de pureza, y la ausencia de un vocablo específico para «providencia», hecho que concuerda con las escuelas filosóficas de la época. Véanse otras observaciones lingüísticas en el mismo sentido en A. Colonna, *M. C.* 18 (1951), 153-9. Sobre la lengua y el estilo de Heliodoro en general, cf. *infra*, 3.7.

ción de *Las aventuras de Leucipa y Clitofonte* hasta fines del siglo II d. C.; con esto, quedó en claro que la relación entre las dos novelas era justamente la contraria de la que hasta entonces se había tenido por segura (cf. Münscher, *loc. cit.*, cols. 21 y sigs.).

Los datos que poseemos acerca de la datación de Heliodoro son, pues, controvertidos y admiten interpretaciones opuestas [15]. Por eso, esta introducción ha preferido, en cuestión tan polémica como la que nos ocupa, presentar las evidencias en uno y otro sentido. Conviene poner, una vez más, de relieve que una datación entre 360 y 375, además de no estar en contradicción con la tradición y las fuentes antiguas, parece gozar de cierto apoyo, en virtud de algunas consideraciones internas y de los *realia* que aparecen en la novela. Su composición, mucho más acabada y ambiciosa que las restantes novelas griegas, permite suponer una larga tradición de experiencias diferentes. Quede esto dicho, no obstante, con todas las reservas necesarias, y teniendo bien presente que el principal problema que resta aún por resolver es de orden metodológico: en todos los datos que pueden contribuir a precisar la datación —*realia*, hechos lingüísticos y de estilo, composición, relación con otras obras literarias, actitud religiosa o de otra índole por parte del autor—, únicamente puede ser demostrado lo que indi-

[15] En efecto, las dos monografías más recientes sobre la novela griega defienden, respectivamente, el siglo III y el siglo IV: cf. C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972, págs. 290 y sigs. y B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971, pág. 335; por lo demás, puede verse un resumen de la cuestión en B. E. Perry, *The Ancient Romances. A Literary-historical Account of their Origins*, Berkeley-Los Angeles, 1967, pág. 349; cf. además, E. H. Haight, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943, págs. 63 y sigs.

que creación en época avanzada, nunca lo contrario; todo lo que en la novela cuadre mejor con el siglo III puede ser estimado como resultado de arcaísmos deliberados o casuales por parte del autor. El simple hecho de que el tiempo en que transcurre la acción de las *Etiópicas* sea el siglo V a. C. nos advierte de la falta de interés que manifiesta Heliodoro acerca de los hechos contemporáneos a su obra.

3. *La obra.*

3.1. Respeto de las convenciones del género. — Cuando Heliodoro compuso las *Etiópicas,* la tradición del género novelesco, sólidamente instalado ya en su época, y los gustos del público a quien la novela iba destinada exigían una serie de convenciones literarias a las que el autor no podía sustraerse, si quería evitar el fracaso y el consiguiente olvido de su obra. En efecto, la novela griega está caracterizada desde sus orígenes por determinados rasgos comunes. El lector esperaba encontrar un tema, más o menos estereotipado, de viajes, amores sin tacha y final feliz; los protagonistas, dos jóvenes de belleza incomparable, alta nobleza y amor sin igual, debían sufrir abundantes calamidades y recorrer infinitas tierras —sobre todo las que circundan la cuenca oriental del Mediterráneo—, hasta llegar a un desenlace gozoso. Las peripecias, en las que, por lo general, los dos amantes quedaban separados hasta la feliz reunión final, debían consistir en naufragios, cautiverios, enfrentamientos con piratas o bandoleros, desvíos de la ruta, etc. Esto es lo que esperaba encontrar el lector, y si un autor le defraudaba, su novela corría el inminente riesgo de desaparecer en el olvido. Naturalmente, los precedentes literarios más claros en cuanto al tema son la Comedia Nueva y, en cierto

modo, la *Odisea*[16]. Pero no sólo se le exigían al autor tales convenciones en el tema, la acción y los personajes; la novela, además, debía entroncar lo ficticio en la realidad y producir cierto aire de verosimilitud. Para ello, nada mejor que situar la acción y los personajes en un entorno espacial y temporal que fuera histórico, o al menos lo pretenda; si, además, coincidía con el de los hechos narrados por Tucídides o Heródoto, se había logrado no sólo aunar mito y realidad, sino también dar una lejanía prestigiosa a los avatares relatados en la novela y vincular la ficción a la literatura clásica griega. En este juego literario, la evasión de la realidad, típico fenómeno de la novela, se logra mediante la invocación a la gloriosa literatura del pasado y a la historia clásica. Bien es verdad que la evolución general de la novela griega conduce a una progresiva disminución de esta atmósfera histórica, pero esto aquí no es importante porque Heliodoro se comporta, en este punto, como un autor más arcaizante. Otra de las exigencias que reclama este público burgués y culto, al que la filosofía y la lírica le resultan demasiado complejas, pero a quien, con la decadencia de la comedia, no agradan los espectáculos teatrales restantes, más vulgares, es una finalidad de la novela. Ésta ha de tener un contenido formativo y moral, lo que excluye hasta la más leve alusión que pueda parecer procaz, ha de dar alguna interpretación optimista del universo y, sobre todo, ha de tener un cierto tono religioso. Heliodoro, en efecto, no oculta el contenido didáctico de su obra, y en el curso de la novela hay frecuentes diálogos o discursos acerca de asuntos diversos; aun así, lo

---

16 Para una caracterización del género literario, véase, además de las monografías citadas en nota 15, C. García Gual, «Le roman grec dans la perspective des genres littéraires», en *ICAN*, Bangor, págs. 99-105; y E. Cizek, «Les structures du roman antique», *ibid.*, págs. 106-128, con la bibliografía allí citada.

más característico son, sin duda, las máximas que salpican la obra, las cuales tienden a extraer la enseñanza derivada de la situación narrada previamente. De este modo, también los dioses tradicionales, la fortuna y, en general, las divinidades que inducían a una piedad personal reaparecen aquí, como en la épica, llevando de modo unilateral los hilos de la acción, en detrimento de los protagonistas. Como vehículo literario es de rigor en la novela la prosa, a la que, al menos Heliodoro, pretende elevar mediante abundantes citas, alusiones literarias y con la ayuda de todos los medios propios de la retórica; se ha insistido también en que las novelas griegas están destinadas al consumo, dirigidas a un público predominantemente femenino; igualmente, se ha hecho notar que la crítica antigua no ha puesto nunca sus ojos sobre este género, que debía de ser considerado indigno y poco apto para ser incluido en las especulaciones literarias de los antiguos. Aunque todo ello sea verdad, no quiere, sin embargo, decir que la novela griega carezca de altas finalidades literarias. Por una parte, hay que tener presente que, desde tiempo atrás, toda literatura estaba destinada al consumo individual; por otra parte, cualquier lector de Heliodoro puede observar la firme preocupación de estilo que guía al autor, su cuidado en la elaboración de la estructura y, en fin, las pretensiones literarias de su obra.

3.2. La composición. — Todas estas convenciones literarias del género novelesco son escrupulosamente observadas por Heliodoro; es inútil indagar su originalidad en el tema, en la acción o en el desenlace, en la presencia o ausencia de los dioses y en la finalidad de la novela. Donde se nos revela, en cambio, su individualidad es en la decidida voluntad de dar un significado a estas convenciones, y en la estructura de la

novela; en ello se manifiesta la novela de Heliodoro diferente —y superior— al resto de las novelas griegas conservadas.

El primer hecho llamativo se refiere a la *estructura temporal* de las *Etiópicas*. Las indicaciones, temporales objetivas son raras, al igual que en Caritón, Jenofonte de Éfeso y Aquiles Tacio, pero, a diferencia de los autores anteriores, presenta ciertos rasgos en común con los poemas épicos. Lo más sobresaliente es la concentración temporal de la acción; sólo transcurre algo más de un mes entre la escena inicial y la final de las *Etiópicas*. La diferencia es acusada, si se tiene presente que, en los autores antes mencionados y en Longo, el intervalo temporal que separa el principio y el fin del relato hay que medirlo en años. Pero la concentración del tiempo es aún mayor, porque algunos períodos de tiempo, como en la *Ilíada*, son despachados en unas pocas frases; de este modo, entre II 20, 5, y V 4, 2 transcurren menos de veinticuatro horas, y el mismo espacio ocupa casi todo el libro X de la novela. Una segunda novedad en la estructura temporal presenta Heliodoro con respecto a los novelistas antes mencionados: como Homero, selecciona una parte muy restringida de la acción, comienza *in medias res* y sólo luego relata, mediante la larga narración de Calasiris, los sucesos que anteceden al principio de la novela. El lector de Heliodoro, a diferencia de lo que ocurre con los otros novelistas, va siendo informado paulatina y progresivamente acerca de los sucesos que preceden al comienzo de la narración; sólo en V 33, 4, es decir, hacia la mitad de la novela, queda explicado el sobrecogedor espectáculo del principio. El comienzo *in medias res*, probablemente lo más destacado y novedoso, capta de inmediato el interés y la curiosidad del lector; nuevamente aquí es notoria la semejanza de Heliodoro con la *Odisea*.

Estructura lineal de la acción. Los viajes y vagabundeos a través de gran parte del mundo conocido son un constituyente esencial de la novela griega; sin embargo, Heliodoro ofrece ciertas diferencias esenciales en relación con los autores que le han precedido. La estructura es lineal, no circular; es decir, el punto final del viaje de los protagonistas no es un mero retorno al hogar y a la patria. La acción de las *Etiópicas* comienza en Egipto; se nos cuenta luego una fase anterior en Grecia, y el término está en Etiopía. Naturalmente, Cariclea está retornando a su patria, pero esto no lo sabe el lector hasta casi la mitad de la novela, y, por otra parte, la información que ha ido recibiendo hasta ese momento es confusa y lacunosa. Heliodoro mantiene una clara estrategia, dando informaciones parciales e, incluso, contradictorias, para conseguir que los viajes sean un movimiento positivo hacia el descubrimiento final. Con esto, el viaje adquiere un sentido: es una meta por la que se suspira. Aquí se ve clara la diferencia existente entre Heliodoro y un Jenofonte de Éfeso; mientras en éste los viajes podrían ser incrementados *ad libitum*, porque no tienen otra finalidad que mostrar las penalidades y la fidelidad de los héroes, en Heliodoro se sabe que hay una meta, y los viajes constituyen progresivos acercamientos a ella. De este fin positivo depende también otra circunstancia importante: los momentos de peligro que sufren Teágenes y Cariclea son en realidad pocos, si se toma como modelo cualquier otro novelista, a excepción de Longo. Las peripecias de Teágenes y Cariclea son tales, no sólo por el riesgo real a que se ven sometidos, sino por ser una privación de lo que están buscando, según sabe el lector. Subsidiariamente, se consigue así no complicar en exceso la narración, compleja ya de por sí. Idéntica finalidad parece tener la no separación de los dos héroes en el transcurso de toda la novela.

Anticipaciones y retardaciones. La acción que se desarrolla en cualquier novela es más o menos conocida por el lector, y el autor corre el peligro de multiplicar aventuras de índole semejante sin ningún sentido. Heliodoro, al igual que los demás novelistas, intenta crear suspense en el lector mediante diversos procedimientos; con ello, las aventuras adquieren un significado, y los diferentes episodios constituyen una unidad. El suspense no radica, por supuesto, en la ignorancia sobre lo que va a ocurrir, puesto que el final feliz es una característica esencial del género, sino en el cómo va a ser el desenlace. Con esta intención, diversos acontecimientos son anticipados de modo más o menos claro en el curso de la acción. Estas advertencias son directas (p. ej., II 2, 2), o bien se trata de esperanzas frustradas después de una súplica a los dioses (p. ej. VII 12, 1), o del contenido de sueños (p. ej., I 18, 5), profecías (p. ej., V 23, 3; VI 15, 4), oráculos (p. ej., II 26, 5). La influencia de Homero, en todos estos aspectos, no necesita ser destacada. Hechos semejantes, aunque ausentes en Homero, son las menciones que pretenden inducir al lector a algo erróneo. En este sentido, hay que referirse, en pormenor, al relato de Calasiris a Cnemón. Al principio, Calasiris afirma haber ido a Delfos únicamente para escapar del destino que le había predicho el mortal duelo de sus hijos; de modo explícito (II 26, 1), dice que los sucesos entre su partida de Menfis y su llegada a Delfos no hacen al caso para la historia que a Cnemón interesa. Sólo más adelante y en abierta contradicción con lo anterior, el lector es informado de que Calasiris había estado en Etiopía, había trabado amistad con Persina, y ésta le había encargado buscar a su hija. Aquí radica la verdadera razón de su viaje a Delfos. Es decir, Heliodoro ha ocultado a Cnemón —y a los lectores— el motivo real del viaje de Calasiris

a Delfos. Aún más, el propio Calasiris no parece haber comprendido, sino progresivamente, que el oráculo escuchado en Delfos a su llegada y la misión de Persina son pistas complementarias que conducen en la misma dirección: a Cariclea.

Idéntica función tienen las recapitulaciones de hechos ya narrados, pero resumidas luego desde un nuevo punto de vista (cf. V 33; X 36); en estos casos un suceso es aclarado de modo más efectivo. Las retardaciones tratan de conseguir el mismo efecto en el lector: el suspense sobre el cómo del desenlace. Así, ya desde el libro I se nos anuncia la expedición de Tíamis contra Menfis, expedición que sólo se desarrolla en el libro VII; desde el libro II el lector sabe, si bien vagamente, que los jóvenes llegarán a Etiopía, pero esto sólo ocurre al final de la novela. En definitiva, gracias al suspense logrado mediante este complejo sistema de anticipaciones, retardaciones y explicaciones de hechos ya narrados desde un punto de vista diferente, que iluminan un episodio determinado desde nueva luz, las aventuras de los héroes quedan convertidas en partes de un todo único.

Paralelismo. En este intento de integrar las convenciones narrativas en una unidad dirigida al descubrimiento final, tienen también importancia otros factores. Ni siquiera un lector poco atento puede dejar de percibir ese cierto paralelismo existente entre las diversas aventuras y los sucesivos personajes con los que entran en contacto Teágenes y Cariclea. Existen en la novela tres acciones diferentes principales, junto a algunas aventuras de carácter episódico: el destino de Teágenes y Cariclea; el de Calasiris y sus hijos, y el de Hidaspes y Persina, junto a sus antagonistas Oroóndates y Ársace. La acción de cada uno de estos temas ofrece numerosos paralelismos y coincidencias con los

otros, y lo mismo ocurre con los episodios tangenciales a la acción principal. Así, los tres sacerdotes que intervienen en la novela: Caricles en Grecia, Calasiris en Egipto, Sisimitres en Etiopía, determinan de modo diverso el curso de los protagonistas, y cada uno parece constituir un peldaño en la ascensión que conducirá a los jóvenes al sacerdocio; pero aún hay más porque son sacerdotes, respectivamente, de Apolo en Delfos, de Isis en Menfis, y del Sol en Méroe, los tres lugares donde acontecen los episodios más relevantes de los jóvenes enamorados. También la identificación de Apolo y el Sol hace que la narración constituya una unidad; la progresiva aproximación a la divinidad soberana, el Sol, induce a considerar los viajes y el curso de la acción como un descubrimiento de la realidad divina en tres fases distintas. Los propios sacerdotes dan pruebas de esta gradación en la ascensión a una religión más pura: Caricles es ingenuo y pocas veces acierta a comprender la razón verdadera de los hechos; Calasiris es más perspicaz, pero no está exento de ciertos rasgos (fundamentalmente, su afición a la mentira piadosa o al menos a no revelar toda la verdad desnuda, y su interés en la literatura, mundo también de ficción), que le hacen ser inferior a Sisimitres, que representa, sin duda, la culminación de la esencia religiosa y del interés por la verdad en estado puro.

Un certamen atlético en Delfos, una carrera con armas en el duelo ante las murallas de Menfis y una lucha personal ante Méroe marcan los puntos culminantes de la acción en cada uno de estos escenarios. Es, naturalmente, improbable que estos paralelismos carezcan de un sentido. Sin poder asegurar que ésta sea su única función, sí es cierto que tales paralelismos tienden a hacer una unidad de los distintos episodios y lugares en que intervienen los protagonistas. Un valor simbólico es también probable, aunque, en el

estado de nuestros conocimientos, no exista base suficiente para afirmar qué alegoría, en el caso de haberla, encierran tales temas característicos.

Entrelazamiento de temas y personajes. Estos distintos lugares y personajes que se relacionan con los héroes principales no forman compartimentos estancos entre sí. Los diversos lugares en los que se desarrolla la acción están en estrecha relación gracias a las aventuras de los personajes secundarios. Delfos y Egipto son el escenario de las aventuras de Calasiris y Caricles; cada uno de ellos hace el viaje entre estos lugares, aunque en sentido contrario. Cnemón y Tisbe aparecen en Atenas y en el país de los vaqueros; ninguno de éstos llega a Menfis, pues es Tíamis quien cumple el cometido de superponer las aventuras del delta del Nilo y las de la capital de la satrapía de Egipto. Además, cada uno de los personajes de la novela obtiene un final acorde con su género de vida: todos los que son amorales mueren; Nausicles conduce a Cnemón a Grecia, el lugar que les corresponde a ambos, según su concepción mítica de la religión; Tíamis y Calasiris, en Menfis; Teágenes y Cariclea son los únicos que llegan a Etiopía, el país donde reina una monarquía teocrática. Por supuesto, la castidad de los protagonistas, observada a todo trance, los convierte en seres superiores a los que los rodean, y, por tanto, dignos de acceder al estadio más puro de la religión. También, en cada escenario, Cariclea ha de sufrir la presión de un intento de boda: Alcámenes, el mercader tirio, Traquino y Peloro, Tíamis, Aquémenes y Oroóndates, y Meroebo, con su pretensión de unirse a Cariclea en matrimonio, intentarán desviar a los protagonistas de su meta. Gracias a ello, amores y viajes quedan unificados y convertidos en facetas distintas de un mismo desarrollo temático. En conclusión, los

diferentes lugares que atraviesan Teágenes y Cariclea en su ruta no sólo presentan aventuras paralelas, sino que, además, unas están superpuestas a otras; los personajes secundarios reaparecen en dos lugares al menos y aseguran la trabazón total de episodios y escenarios. Gracias a esta especie de red los sucesos narrados previamente prefiguran los posteriores, y éstos, a su vez, iluminan desde una nueva luz los precedentes. Es posible que todas estas concomitancias tengan una finalidad simbólica y no estén al servicio únicamente de la composición, aunque se nos escape la correcta interpretación; en cualquier caso así parece haber interpretado Cervantes la novela de Heliodoro, porque él mismo en su *Persiles y Sigismunda* ha dado al relato un claro contenido alegórico [17].

Influencia de la «Odisea». Desde hace tiempo se ha observado que la composición de las *Etiópicas* es ampliamente deudora de la *Odisea.* El episodio de Cnemón es comparable funcionalmente a la Telemaquia de la *Odisea;* la larga narración de Calasiris en primera persona (II 24-V 34) se corresponde, aparte de ciertas discrepancias menores, con el relato de Ulises en el país de los feacios. De esta suerte, la primera mitad de la novela forma una unidad mayor y se corresponde con el fin del canto XII de la *Odisea.* A partir de aquí, la narración se prosigue, en ambas, siguiendo el estricto orden temporal. Teágenes y Cariclea muestran su astucia, al igual que Ulises, en las falsas aventuras que narran a otros personajes, y el final de la novela consiste en una *anagnórisis.* La imitación en los detalles es igualmente frecuente. Es útil recordar, en este punto, que durante los siglos III y

[17] Véase, por ejemplo, la «Introducción biográfica y crítica» de J. B. Avalle-Arce a su edición de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda,* Madrid, 1969, págs. 7-30.

IV d. C. fueron abundantes las interpretaciones simbólicas de Homero y, en particular, de la *Odisea*; basta mencionar a Porfirio, autor de una interpretación de esta índole en su *Sobre la gruta de las ninfas*, y de una *Vida de Pitágoras*, ambas conservadas. Hay que reconocer, al menos, la coincidencia en la esfera de intereses de ambos autores.

3.3. LA RELIGIÓN. — Por tanto, la composición de las *Etiópicas* manifiesta una extremada elaboración, en la que hay que subrayar dos características esenciales: la unidad de los diferentes episodios y la estructura lineal de la acción, es decir, la firme voluntad de ofrecer una meta a los viajes y amores de los héroes. Gracias a estos rasgos, Heliodoro ha dado un contenido nuevo a lo que no eran más que convenciones del género que cultivaba. Pero lo que subyace bajo este modo de composición y le dota de un sentido más profundo es la intención religiosa del autor. Son los dioses quienes guían la acción hasta llevar las aventuras a una meta fijada; oráculos, sueños, apariciones y, en definitiva, la providencia divina marcan el destino de los protagonistas y personajes secundarios. Más aún que los dioses es el dios, porque Apolo en Delfos y el Sol en Etiopía no son más que aspectos étnicos diferenciados de una idéntica idea divina. El propio Heliodoro afirma con toda claridad la identidad de Apolo y el Sol. En correspondencia con él, se halla la tríada femenina de diosas, Ártemis, Isis y Luna, también aspectos étnicos de una misma divinidad. El hábito de identificar a dioses griegos con otros extranjeros es frecuente ya desde Heródoto, y particularmente evidente en Heliodoro. De manera significativa, el final de los protagonistas es el sacerdocio del Sol y la Luna, y a él son conducidos por Caricles, Calasiris y Sisimitres, sacerdotes de Apolo, Isis y Helios, respec-

tivamente. La propia Cariclea, sirvienta del templo de Ártemis, enemiga feroz del matrimonio como la diosa, es comparada con Isis en algunos pasajes; Apolo pronuncia por boca de la Pitia el oráculo que desencadena la acción y anuncia el desenlace feliz, consistente en el matrimonio y el sacerdocio en Etiopía; a Calasiris se le aparecen Apolo y Ártemis conduciendo de la mano a Teágenes y Cariclea respectivamente; incluso la historia ficticia que narra Cariclea ante Tíamis presenta a los héroes como sacerdotes de Apolo y Ártemis. Todo esto evidencia que la finalidad religiosa —apología de la religión, más bien en abstracto— determina el curso de la acción. Además, gracias a esta intención, consustancial con toda novela griega, Heliodoro da un sentido nuevo a lo que era tradición en el género: la fidelidad inquebrantable de los protagonistas y su castidad sin límites. En el caso del protagonista masculino, la castidad es consecuencia de su juramento a los dioses, hacia los que Teágenes siente una devoción sin mácula; además, el oráculo de Apolo en Delfos vaticina su unión sólo cuando hayan llegado a Etiopía. De este modo, la castidad de los protagonistas puede adquirir más importancia aún que en otras novelas griegas, por estar integrada en la acción principal y ser consecuencia de la piedad de los héroes. Todas las aventuras de los enamorados terminan felizmente cuando reciben de manos de Hidaspes la mitra que los consagra como sacerdotes del Sol y la Luna, los dioses puros por antonomasia. Con esto, pues, la pureza, elemento convencional del género novelesco, adquiere una profundidad esencial en la novela de Heliodoro: la castidad inmarcesible de los protagonistas es consecuencia de la piedad hacia los dioses y de su dedicación a los dioses puros por antonomasia. Así, Teágenes y Cariclea son, gracias a su búsqueda de una piedad radicalmente pura, el trasunto humano de las

parejas divinas que forman Apolo y Ártemis, y Sol y Luna. Numerosos pasajes y la propia procesión final inducen a obtener esta conclusión.

La novela de Heliodoro es, pues, por su intención, una apología de la religión en general. La descripción de Etiopía como país modelo descansa, de modo exclusivo, en la piedad que allí se observa; Sisimitres, el jefe del colegio de gimnosofistas, preconiza una moral superior, a la vez que una piedad más pura, gracias a la supresión de las víctimas humanas; los héroes aceptan con resignación su marcha errante, aun sin comprender la finalidad, fiados tan sólo en la benevolencia divina; y si la Delfos histórica es idealizada, ello se logra cargando de religiosidad todo lo que a esa ciudad se refiere. La piedad de Heliodoro, empero, es particularmente visible en la presencia continua y en la actuación real y, a menudo, decisiva de los dioses que intervienen en la trama. Ahora bien, la religiosidad de Heliodoro no es la griega tradicional, sino la de época tardía, caracterizada por el sincretismo con otras creencias. Zeus sólo aparece una vez en uno de sus atributos específicos, el de garante de la hospitalidad, y la mayoría de los dioses del panteón griego tienen escasa relevancia o son ignorados. En realidad, sólo Apolo, identificado con el Sol, el dios de la patria de Heliodoro, desempeña un papel importante, de modo que cuando se habla de «economía divina» es seguro que a él alude la referencia. La segunda diosa que forma la trinidad adorada por los etíopes es la Luna, y en ella también se revela la tendencia al sincretismo con Ártemis y con Isis. Dioniso es también objeto de veneración en Grecia y Etiopía, y halla un correlato en la presencia de Osiris en Egipto. Se ha hecho notar que entre los dioses egipcios falta el más importante de época romana, Sérapis; esta ausencia debe ser atribuida, bien a la intención deliberada de eliminar su

culto en favor del Sol, bien a su sincretismo con éste mismo, circunstancia que excluiría su mención.

Además de los elementos griegos y egipcios, otros hechos parecen responder al fondo iranio de la religión de Heliodoro, aparte del predominio del Sol, dios local de Émesa. Mitras no aparece pero tanto Mitranes coma Sisimitres lo llevan en su nombre. El concepto de *antítheos* (IV 7) parece ser de idéntica procedencia, y el que los dioses y démones sean, respectivamente, dispensadores de lo bueno y lo malo apunta en la misma dirección. Al mismo fondo iranio, más concretamente sirio, han sido también atribuidas la adivinación mediante la astrología, las referencias a las *týchai*, junto a la presencia habitual desde época helenística de la Fortuna e, incluso, de las Moiras, y la mención de Hércules como dios patrono de Tiro. Aun así, Heliodoro se separa de la religión siria en dos aspectos importantes: en el repudio de las víctimas humanas en los sacrificios, y en el hecho de que la novela no está al servicio de la política religiosa de Heliogábalo.

3.4. Los personajes. — Fácil es pensar que en una obra en la que la importancia de la intervención divina es tan grande, la psicología de los personajes ha de ser necesariamente débil. Éste es con seguridad el punto más criticado en cualquier novela griega, en particular en Heliodoro. La pureza a toda prueba, la fidelidad sin desmayo de los amantes y la confianza ciega en la divinidad hacen que los protagonistas se nos antojen irreales y acartonados. Los personajes son casi siempre pasivos, y los impulsos de la acción, al menos en sus giros más importantes, nunca parten de ellos. Estas deficiencias en la caracterización individual son, sobre todo, evidentes en Heliodoro, porque las acciones paralelas y los episodios semejantes de las diferentes acciones habrían enriquecido la caracterización de

cada individuo. A cambio de esto, son sólo tipos abstractos los que aparecen; y ello afecta, sobre todo, a la acción principal, porque los raros toques de humorismo, ironía o realismo corren siempre a cargo de los personajes secundarios. La circunstancia de que la finalidad educativa de la novela sea transmitida por los protagonistas es el principal motivo de que en ellos se roce lo falso. Aun así, conviene preguntarse si la caracterización psicológica atraía el interés de Heliodoro, y si la crítica de un lector moderno no hace otra cosa, en el fondo, que aplicar a la novela antigua parámetros que sólo pertenecen a la novela moderna y que, por tanto, son anacrónicos [18].

3.5. LA BÚSQUEDA DE LA VEROSIMILITUD. — La búsqueda de realismo en la novela reside en el ambiente geográfico e histórico en el que se desarrolla la acción. Cronológicamente, la trama se sitúa en la época de la dominación persa sobre Egipto. Nombres persas, etíopes y egipcios contribuyen a dar un colorido local, aunque en ningún caso los nombres de los personajes sean identificables históricamente. Hay también en las noticias geográficas dadas en la obra un aparente cuidado por reflejar los hechos de manera fidedigna. Además, cualquier información, tanto la justificación de las acciones de un personaje, como las que se refieren a accidentes geográficos, acontecimientos históricos o creencias religiosas, es presentada con sus mó-

---

[18] En el *Persiles* (cf. AVALLE-ARCE, *loc. cit.*, pág. 27) —y esto también es perfectamente aplicable a las *Etiópicas*—, «la intención universalizadora del autor tiene, como consecuencia y contrapartida, la abstracción. Y por ello, los principales personajes del *Persiles* son todos unidimensionales y acartonados... Son símbolos de validez universal... La plenitud del *Persiles* como novela fue sacrificada en aras de la más alta intención ideológica».

viles y razones. Incluso el gusto por las explicaciones alternadas cuando Heliodoro no halla una justificación segura para un hecho determinado revela el mismo decidido propósito de realismo. El autor, mediante estas explicaciones alternadas, se sitúa en la actitud propia de un historiador y hace así verosímil su narración. La misma intención de producir realismo se consigue mediante otras técnicas: las alusiones a circunstancias bien conocidas del mundo real, bien sean hechos históricos (p. ej., los vaqueros o Bukoloi egipcios), religiosos (p. ej., la importancia de Delfos) o literarios (p. ej., la teoría acerca de la procedencia de Homero) y científicos (p. ej., el nilómetro de Siene); no se trata, pues, simplemente de excursos en los que el autor muestra su erudición, sino de elementos que cumplen una función en la economía de la novela. Por otro lado, la proliferación de detalles inorgánicos manifiesta la misma intención (p. ej., la conversación con el amante de Isíade de Quemis) de dar verosimilitud a la narración. De estos modos, Heliodoro incorpora a la composición de su obra características que, alejadas del tema, cumplen, no obstante, una función.

Sin embargo, el detallismo y esta preocupación por la exactitud de sus afirmaciones es puro espejismo casi en su totalidad, y un examen más próximo descubre numerosos anacronismos y malentendidos. En lo que toca a los hechos históricos, las inexactitudes son manifiestas: la descripción de un gran estado etíope con diversos pueblos tributarios en época del dominio persa en Egipto adolece de un error de siglos; la presencia de los auxomitas y de los jinetes acorazados es también anacrónica, e igualmente, el desarrollo avanzado de la poliorcética que supone el asedio de Siene. Llamativo es también que Cnemón hable del lugar en que se halla el monumento de los epicúreos (I 16, 5). Otras referencias históricas probablemente

eran ya tradicionales en la novela, y Heliodoro tenía una información derivada de ella. Es el caso de los vaqueros, que aparecen en Jenofonte de Éfeso (III 12) y en Aquiles Tacio (IV 12, etc.). De cualquier modo, Heliodoro no da, acerca de ellos, ningún detalle significativo, sino sólo informaciones banales.

Las informaciones de carácter geográfico dejan ver también notorias inexactitudes, y en el caso de ser veraces, pueden ser producto de la utilización de otras fuentes. La contradicción más flagrante aparece en VIII 15, 7, donde se afirma que «se desvió del camino de Tebas y se dirigió a Siene». Ambas están sobre el cauce del Nilo, ruta que siguen Bagoas y su destacamento. Por otra parte, llama la atención que en un autor tan minucioso como Heliodoro nunca se advierta al lector de que Elefantine estaba edificada sobre una isla en el Nilo; quizá esta omisión no es más que producto de la ignorancia. En cuanto a las informaciones acerca de Delfos, nada se puede dejar sentado con seguridad. En conclusión, Heliodoro manifiesta una intensa preocupación por describir un ambiente geográfico y una situación histórica fidedignos; sus informaciones, empero, son a menudo erróneas, o vagos e imprecisos reflejos de la fuente en la que se haya inspirado. Sin embargo, todo ello ha sido incorporado a la novela para cumplir una función precisa: no son meros apuntes de erudición, como se ha sostenido con frecuencia, sino medios eficaces para dar a la obra cierto tono realista que acerque al lector el contenido de un tema convencional.

3.6. Fuentes. — La novela como género literario pretende ser una suma de los géneros literarios de la literatura clásica griega. La épica, la tragedia y la comedia, la historia y la oratoria, forman en la novela una amalgama. Es natural, pues, que Heliodoro imite

con frecuencia a Homero[19], a los trágicos, a los oradores y a los cómicos de la Comedia Nueva[20]. Ya hemos visto que la estructura de las *Etiópicas* es ampliamente deudora de la *Odisea;* las reminiscencias literarias procedentes de Homero son muy abundantes, aunque desaparezcan prácticamente en los últimos tres libros. Por supuesto, la finalidad es dar solemnidad y altura épicas a la acción, y esto mismo explica que tales imitaciones falten en los libros finales: la narración bélica en torno a Siene y el desenlace final ofrecen suficiente grandeza, como para prescindir de las citas. Además, Heliodoro sostiene una hipótesis acerca de la procedencia egipcia de Homero, cita versos con frecuencia, los interpreta de manera simbólica y modela ciertos episodios de acuerdo con otros de los poemas épicos; en fin, todos los personajes, griegos o no, conocen a la perfección la *Ilíada* y la *Odisea.*

La tragedia es, junto a la épica, el género más recordado e imitado. Desde hace tiempo se ha observado que las metáforas procedentes de la lengua del teatro son muy usuales en la lengua de Heliodoro; igualmente, la puesta en escena es semejante a la tragedia[21].

---

19 Sobre la influencia de Homero, cf. sobre todo C. W. Keyes, «The Structure of Heliodorus' *Aethiopica*», *Studies in Philology,* Univ. of North Carolina 19 (1922), 42-51 (en ocasiones excesivo); E. Rohde, *op. cit.,* págs. 490-3; E. Feuillatre, *op. cit.,* págs. 105-114; R. W. Garson, *Acta Classica,* 18, 1976, 137-140.

20 Cf. E. W. Whittle, *Classical Philology,* 56, 1961, 178-9 con referencias.

21 Para las metáforas procedentes de la lengua teatral, ver J. W. Walden, *Harvard Stud. in Class. Phil.,* 5, 1894, 1-43; E. Feuillatre, *op. cit.,* págs. 88 y sigs. Acerca de la influencia del teatro sobre la puesta en escena, ver E. H. Haight, *op. cit.,* pág. 91; Rattenbury-Lumb, «Introduction» a la ed. Budé, XXII; W. Bühler, «Das Element des Visuellen in der Eingangsszene von Heliodor *Aithiopika*», *Wiener Studien,* nueva serie, 10 (89), 1976, 177-185; en todos los casos, se subraya la relación con la técnica cinematográfica.

Por otra parte, abundan los episodios imitados de obras conocidas, o las citas teatrales [22]. Como era de esperar, los paralelos con Esquilo son muy dudosos, si es que realmente hay alguno; imita a Sófocles en pocos pasajes, aunque no ofrecen duda alguna en cuanto a su procedencia; y es, por supuesto, Eurípides el autor más recordado por Heliodoro. Aparte de algunas citas literales, episodios enteros, como el de Cnemón y Deméneta, están inspirados en Eurípides, y el propio Heliodoro, al mencionar a Hipólito y Teseo dentro de su narración, confirma la fuente de su inspiración. Aunque en cada ejemplo concreto de los señalados por Feuillatre, sea imposible obtener seguridad plena de que Heliodoro imita a Eurípides, la evocación de temas euripideos en las *Etiópicas* es persistente. Platón es, en algunos casos, seguro modelo de Heliodoro (cf. V 16; III 1, 1). Naturalmente, buena parte de las informaciones dadas por Heliodoro acerca de *realia* proceden de Estrabón o los historiadores, y tanto Plutarco como Luciano han sido señalados como modelos para ciertos pasajes de las *Etiópicas*. En cuanto a las novelas, la relación con la *Vida de Apolonio de Tiana*, aunque recientemente ha sido puesta en tela de juicio, está lejos de cualquier duda razonable, así como la relación con Aquiles Tacio [23]. En definitiva, en las

---

22 Multitud de referencias —a veces dudosas— en E. FEUILLATRE, *op. cit.*, págs. 115-121; fragmentos de versos de la tragedia en Heliodoro son probables en V 19, 1; V 31, 4; X 16, 1; seguro, en I 8, 7 (según las notas correspondientes de RATTENBURY en su edición).

23 Sobre la posible influencia de los *Apista* de Antonio Diógenes, véase A. BORGOGNO, *Prometheus* 1 (1975), 135-157; sobre otros modelos, coincidentes con una *novella* de Apuleyo, T. SZEPESSY, *Acta Antiqua Hung.* 20 (1972), 341-357 (cf. nota a II 29). Las reminiscencias de la *Vida de Apolonio de Tiana* en Heliodoro pueden hallarse recogidas en E. FEUILLATRE, *op. cit.*,

Etiópicas son manejadas fuentes de diversa procedencia, de suerte que el conjunto constituye una amalgama de materiales.

3.7. Lengua y estilo. — No es, por tanto, extraño que la lengua y el estilo de las *Etiópicas* sean un producto complejo en el que se mezclan materiales de diversa procedencia y época. Aparecen formas que, desde un punto de vista morfológico, pertenecen a fases diferentes de la historia de la lengua griega, y la causa no es otra que la formación libresca de Heliodoro y su interés por dignificar la obra. Esta justificación es la única posible para la alternancia de aoristos sigmáticos y radicales, para la presencia de -σσ- o -ττ- en los mismos contextos, -ῃ/-ει en la segunda persona de las formas verbales en voz media, ξυν-/συν-, usos sintácticos aticistas, junto a otros de época tardía, presencia o ausencia de partícula modal, etc. Es posible que algunos de estos hechos deban ser atribuidos a faltas en los manuscritos, pero es importante observar que el testimonio de ellos conduce a la misma conclusión que el estudio de las fuentes o los rasgos de estilo: la prosa de Heliodoro está formada por estratos de época y procedencia distintas, que obedecen a la preocupación por conseguir elevación literaria. Es a este respecto significativo que, como en la prosa más cuidada, los hiatos entre palabras sean sólo los que admite la prosa artística o procedan de enmiendas y variantes textuales[24]. Igualmente, el vocabulario se halla plagado de palabras que pertenecen a la poesía, como, por lo demás, es frecuente en la prosa tardía. El mismo propósito de elevación pretende la tenden-

págs. 128-132 (aunque su discusión es, a veces, hipercrítica); cf. *infra*, 12 y n. 3.

[24] Véase M. D. Reeve, «Hiatus in the Greek Novelists», *Classical Quarterly* 21 (1971), 514-539 (esp. 518-521).

cia de Heliodoro a evitar la expresión más directa y con el vocabulario más usual en griego, sustituyendo formas frecuentes por palabras más raras, o precisando las formas verbales simples por compuestos especiales. La misma sensación de artificiosidad y de exquisita elaboración producen las audaces metáforas inapropiadas en la prosa, que, como los demás hechos de su lengua, producen en el lector cierto desconcierto por lo inesperado, además de impresión de artificio rebuscado y, por tanto, pesado. Todos estos elementos se combinan en largos períodos, en los que la subordinación no es excesiva, pero sí muy numerosos los participios que precisan todas las circunstancias de la acción[25].

Desde el punto de vista estilístico, lo más llamativo es el afán de variedad, junto a la tendencia a un estilo solemne. Heliodoro, siguiendo la tradición de Menandro, intenta caracterizar a cada personaje por un estilo diferente. Así, Cnemón narra su historia con sencillez, sin aparentes pretensiones; la subordinación es menos habitual que en Calasiris, que emplea con más frecuencia la antítesis, las metáforas y las citas literarias, aunque el vocabulario no sea muy dispar entre ambos. El relato de Calasiris está salpicado de alusiones literarias, pero el de Heliodoro, en tercera persona, se caracteriza más bien por las frases sentenciosas que resumen un episodio. El autor de las *Etiópicas* es, además, un experto artífice en los recursos de la retórica. La búsqueda de antítesis, reforzadas, en general, por homeotéleuton o simetría y, más raramente, por aliteración, domina la narración. Aunque muchas son tradicionales, revelan de modo general el interés de Heliodoro por el oxímoron y por la búsqueda

---

25 Cf. O. Mazal, «Die Satzstruktur in den *Aithiopika* des Heliodor von Emesa», *Wiener Studien* 71 (1958), 116 sigs.

de efectos paradójicos. El afán de variedad y el manejo de la retórica resultan también evidentes en la forma de la narración: además del relato del autor, narraciones de los personajes, diálogos —que constituyen alrededor de un tercio de la totalidad—, máximas, discursos, cartas, lamentaciones o trenos, versos, descripciones o digresiones de carácter paradoxográfico —aunque son más raras que en otros novelistas, o incluso, se evitan cuando cabría la posibilidad de un excurso—. Pero aún hay más. Tomemos como ejemplo los cuatro discursos que aparecen en la obra: de Aristipo, Caricles, Tíamis e Hidaspes respectivamente. Cada uno de ellos, además de estar diferenciado del contexto que le rodea, presenta características especiales que le individualizan de los demás. En Caricles predomina el *pathos,* la agitación, las frases entrecortadas y laxas desde el punto de vista gramatical; en Tíamis, la concisión, la urgencia ante el peligro, la resolución, además de cierto aire tucidideo; el de Aristipo trata de ser lisíaco; y el de Hidaspes, por fin, es un ejercicio de retórica en el que abundan sobremanera los *concetti.*

La maestría de Heliodoro en el uso de los mecanismos convencionales de la novela griega se revela, con claridad, en todos los aspectos desde los que se examine su obra. Lástima que tan exquisita elaboración, tanto celo por dar un sentido nuevo a lo que era pura convención, tan escrupuloso uso de fuentes, tal cuidado en la lengua y el estilo, y, en fin, tanto detalle en la composición estén al servicio de un contenido nada renovador; Heliodoro marca, sin duda, el punto culminante en el desarrollo de la novela griega antigua, y de lo único que un lector moderno puede acusarle es de no haber sabido superar las limitaciones que el propio género y el tema conllevaban. Grave acusación, por lo demás.

4. *Valoración e influencia en la literatura posterior.*

A juzgar por los papiros hallados de la Antigüedad, las novelas griegas alcanzaron una gran difusión; las propias noticias de que Aquiles Tacio y Heliodoro llegaron a ser obispos son una prueba de que eran también ampliamente conocidas entre los círculos cristianos. Y no sólo esta literatura estaba destinada a las clases burguesas o populares, profesos de una u otra religión. Curiosamente, el primer y único testimonio acerca de la novela griega en la Antigüedad procede del emperador Juliano, que, pocos años después de los panegíricos mencionados más arriba, escribe una misiva en relación con la reforma del clero pagano, en la que recomienda a los sacerdotes abstenerse de leer novelas de amor (*erōtikaí hypothêseis*), porque su lectura despierta las pasiones. Precisamente por esta razón, un médico, alrededor del 400, recomendaba la lectura de Jámblico, entre otros autores de *amatoriae fabulae,* como procedimiento para remediar la impotencia. Estos detalles hablan en favor de la amplia difusión de las novelas griegas entre todas las capas sociales.

La influencia de Heliodoro durante la Edad Media ha de ser considerada desde dos puntos de vista distintos. Por un lado, la crítica bizantina le ha dedicado su atención, y poseemos dos introducciones a la obra, que resumen el contenido y dan ciertas valoraciones generales: Miguel Psello (s. XI), que en su comparación con Aquiles Tacio se muestra siempre elogioso hacia Heliodoro, y Focio (s. IX), que si bien es, en lo esencial, superficial e injustamente negativo, no deja de valorar, en ocasiones, su estilo y su altura. Sin embargo, el testimonio más importante sobre el prestigio de que gozó Heliodoro desde fecha temprana procede

del filósofo neoplatónico Filipo (s. v), que compuso una exégesis de las *Etiópicas.* A la manera de los diálogos de Platón, Filipo comienza diciendo que en los propileos del templo de Afrodita en Constantinopla escuchó una recitación de Heliodoro, que le dejó perplejo. Tras un diálogo acerca de las *Etiópicas,* en el que se habla del contenido moral de la obra, pasa, en una segunda parte, a dar una interpretación alegórica que revela su sentido profundo implícito. El propio Heliodoro, que interpreta de este modo algún pasaje de Homero y su propio nombre, el nombre del Nilo y el mito de Isis y Osiris, apoya la empresa de dar este tipo de explicación al conjunto de su novela. De este modo, según Filipo, Cariclea representa el alma, y los viajes de la heroína desde Grecia hasta Etiopía son semejantes al proceso que sufre el alma desde la oscuridad a la luz. Teágenes, su amado, ha de ser el conocimiento filosófico; Calasiris, el maestro que conduce el alma hacia el conocimiento; y Caricles, el padre putativo que enseña a Cariclea a dominar sus pasiones, ha de representar el *bíos praktikós.* Las explicaciones etimológicas de los nombres de otros personajes y el valor numérico de las letras que componen sus nombres son también puestos en juego para apoyar esta interpretación. Cualquiera que sea su valor, esta exégesis prueba el interés que manifestaban por Heliodoro los círculos cultos y los ambientes filosóficos de la Baja Antigüedad y de la época bizantina. Conviene recordar que interpretaciones de este cariz son habituales para Homero, Virgilio y los autores más renombrados. Que un trabajo de este tipo haya sido dedicado a las *Etiópicas* es prueba inequívoca de la estima de que disfrutaba. Además, diversas citas en antologías y otros escritos entre los siglos IX y XII documentan el estudio continuado de la obra.

Por otro lado, desde el siglo XII comienza la floración de la novela bizantina, que, en general, toma como modelos a Heliodoro y Aquiles Tacio: Teodoro Pródromo, Constantino Manases, Nicetas Eugeniano y otros autores se han inspirado, con mayor o menor proximidad, en las *Etiópicas*. Finalmente, del siglo XV data la «Protheoria» a Heliodoro de Juan Eugénico, un escritor introductorio que despliega también una interpretación alegórica de la novela.

A partir del Humanismo y el Renacimiento, la influencia de Heliodoro en las literaturas europeas ha sido, sin exagerar un ápice, decisiva. De 1534 es la *editio princeps* del texto griego, obra de Opsopopeus, publicada en Basilea, pero ya antes era conocida por traducciones e imitaciones. Entre los humanistas, es preciso mencionar a Angelo Poliziano, que cita nuestra novela e, incluso, traduce al latín una parte del libro X, y a Juan Láscaris, que recogió en Bizancio más de dos centenares de manuscritos, entre los que se hallaba al menos uno de Heliodoro. No obstante, las referencias de los humanistas podrían ser entendidas como resultado del conocimiento de las *Etiópicas* en un restringido círculo de la crítica especializada; es evidente que la amplia difusión de Heliodoro en el Renacimiento y en los siglos posteriores procede, sobre todo, de las diversas traducciones. En primer lugar, la latina de Warschewiczki, aparecida en Basilea el año 1552, y reimpresa luego varias veces; un epítome latino de Heliodoro fue publicado en 1584, obra del filólogo Martin Crusius. De las versiones en lenguas nacionales hay que destacar la que, sin duda, es más famosa, la francesa de Amyot, el que sería también traductor de Longo y de Plutarco, impresa en el año 1547; en 1554, apareció la primera traducción alemana, de J. Zschorn, en el mismo año que la española, y en los años siguientes,

la italiana (de Leonardo de Ghini, 1559; una más aún, en Génova, 1569) y la inglesa (Unterdowne, 1569).

Los humanistas españoles se han ocupado de las *Etiópicas* en repetidas ocasiones. Uno de ellos, Francisco de Vergara, relacionado con los círculos filológicos de Alcalá de Henares, autor de una gramática latina y traductor latino de algunas obras griegas, compuso en su vejez, a juzgar por diversas noticias, una traducción de Heliodoro, e incluso, se nos dice que para su elaboración se sirvió de un manuscrito vaticano, lo que permite suponer que su traducción era directamente del texto griego. Se añaden, además, en nuestras noticias ciertos juicios elogiosos sobre la calidad de la versión. No obstante, es probable que la muerte del autor le impidiera coronar su tarea, llevándola a la imprenta. La primera traducción española conservada fue publicada en Amberes, el año 1554, por «un secreto amigo de la patria», que, si no firmó su obra y prefirió ocultar su identidad, probablemente se debió a que estaba vinculado con los erasmistas españoles de Alcalá[26]. Una segunda impresión fue preparada en Salamanca, el año 1581 (aún otra en Alcalá, 1585), que cayó en el olvido, superada por la versión de Fernando de Mena. Como el propio autor anónimo declara, se trata de una versión de la traducción francesa de Amyot, de la que sigue su lento desarrollo, afectada de cierta monotonía. La acogida que le dis-

---

[26] Véase Bataillon, *Erasmo y España*, II, pág. 317 y F. López Estrada, página XIV de su Introducción a la edición de la traducción española de Fernando de Mena, donde se apunta la posibilidad de que el autor haya imitado de modo consciente la versión francesa, bien por su larga ausencia de España, si es que era realmente un erasmista, bien por una intención deliberada de ensayar nuevas maneras de expresión, imitadas del francés. Acerca de Francisco de Vergara, véase también J. S. Lasso de la Vega, *Cuad. Filol. Clás.* 14 (1978), 20 sig.

pensó la crítica fue en general negativa[27], y el propio Fernando de Mena la desdeña por su excesivo apego al original francés; aun así, es perceptible, en todo momento, que Mena la ha tenido bien presente a la hora de elaborar su propia versión. La última versión española en el siglo XVI es la de Fernando de Mena (Alcalá de Henares, 1587), hecha sobre la traducción latina de Warschewiczki, como se declara en la portada. Además de ésta y de la anónima anterior española, F. de Mena ha utilizado la de Amyot, la italiana de L. de Ghini, y, en último término, ha cotejado su texto con el original griego, ayudado por Andrés Schott. Esta traducción, tanto en el léxico como en la sintaxis, es ampliamente deudora de la latina. El léxico se esfuerza por buscar un tono culto, y la frase suele ser compleja y larga, con sucesión de oraciones de relativo y gerundios. Aun así, el juicio valorativo ha de ser en lo esencial elogioso, porque conserva con fidelidad el ritmo de la frase griega. Los defectos que puedan hallarse en la versión castellana obedecen, en general, a la presencia de hechos semejantes en el original de Heliodoro.

Es natural que un libro tan conocido y gustado —como corroboran las abundantes traducciones— haya ejercido una profunda influencia en la literatura europea durante los siglos XVI y XVII. Es sintomático, en este sentido, que Shakespeare (*Como queráis,* V 1, 110-3) se contente con aludir a un episodio de Heliodoro (I 30) de una manera tangencial y, a nuestros ojos, casi críptica. Diversidad de juicios elogiosos vienen también a corroborar la estima literaria de que gozaba Heliodoro. Montaigne y Bernard de la Mon-

---

27 Cf. F. LÓPEZ ESTRADA, *op. cit.*, págs. XIX y sig., a quien necesariamente hay que remitir para todo lo que se refiere a la influencia de la obra de Heliodoro en la Literatura española.

noye, siguiendo la antigua tradicción acerca del episcopado de Heliodoro, le ensalzan por haber acertado en su elección y haber preferido abandonar la dignidad episcopal antes que quemar la novela, la cual le daría infinita gloria. Mademoiselle de Scudéry advierte, en el prefacio de sus diez libros sobre *Artámenes o el Gran Ciro* (1649-1653), que ha tomado y que siempre tomará como únicos modelos al inmortal Heliodoro y a Honorato Urfé. «Estos son —continúa— los únicos maestros que imito y a los únicos que hay que imitar; pues quienquiera que se aparte de su camino con seguridad se extraviará.» Pantagruel (IV, 63) parte con un texto griego de Heliodoro a su gran viaje por mar, y por la tarde entretiene el ocio con su lectura. Lope de Vega le llama «poeta en prosa» y «griego poeta divino» (*La dama boba*, acto I, escena IV), y le dedica otras varias referencias a lo largo de su obra[28]. Proverbial es, sobre todo, la estima de Racine hacia nuestra novela. Por el testimonio de su hijo sabemos que admiraba «su estilo y el maravilloso arte con que es conducida la narración»; cita con frecuencia a Heliodoro y, al parecer, tuvo el proyecto de escribir una tragedia titulada las *Etiópicas*; por lo demás, en su obra se han apreciado frecuentes imitaciones e influencias procedentes de Heliodoro. Resta únicamente, para componer este cuadro que habla del prestigio de Heliodoro durante los siglos XVI y XVII, el juicio y la valoración que hacen de las *Etiópicas* Alonso López Pinciano, en su *Filosofía antigua poética* (Madrid, 1596), y Cervantes. En cuanto al último, baste por el momento recordar que en el prólogo a las *Novelas ejemplares* anuncia la aparición del *Persiles*, «que se atreve a competir

---

[28] Las referencias, tomadas de F. López Estrada, son: *Laurel de Apolo*, silva VIII; *Dorotea*, acto III, escena I; preámbulo de *Las Fortunas de Diana; De cosario a cosario*, acto III, escena I.

con Heliodoro». López Pinciano, un erudito formado en Alcalá, trata de las *Etiópicas*, con cierta extensión, al referirse a la poesía épica, y sostiene que los libros de ficción como el de Heliodoro pueden tener categoría semejante a la *Iliada* y la *Eneida*. En su estudio observó, entre otras cosas, la deuda de Heliodoro hacia Homero en la composición y elogió su puesta en escena teatral, imitada de la tragedia. Ya en el siglo XVII continuó tanto la tradición del interés por las *Etiópicas*, como las valoraciones positivas de la obra. José de Pellicer (*El Fénix y su Historia natural*, Madrid, 1630), aún conoció otra versión castellana de Heliodoro, de Agustín Collado del Hierro, en quintillas, traducción o, más bien, imitación de la que sólo se conserva un breve fragmento[29]. Por último, en el prólogo al *Criticón*, de Baltasar Gracián, se mencionan, como modelo imitado, «los empeños de Heliodoro», es decir, la complejidad de los diversos hilos de la trama argumental.

La abundancia de las traducciones, pues, y el juicio encomiástico generalizado muestran, de modo inequívoco, que Heliodoro era conocido y gustado por los eruditos. Pero aún hay más. Heliodoro ha contribuido a transformar la novela de la época, al imponerse como modelo digno de imitación. La novela de caballerías, la italiana y la pastoral eran los géneros cultivados en la época, además de la picaresca. La influencia de las *Etiópicas* ha contribuido a ciertos cambios en la primera de ellas: la dama amada deja de ser premio inactivo de la victoria y comienza a intervenir de modo real y directo en la trama; por otro lado, el ideal de castidad que representa por ejemplo las *Etiópicas* sustituye al, más simple, apetito sexual. En cuanto a los episodios, en lugar de agentes exteriores fantásticos, la acción es conducida, bien por seres humanos

---

29 Recogido por F. López Estrada, *loc. cit.*, pág. LXXXV.

que entran en relación con los protagonistas, bien por la Fortuna, que persigue o premia a los héroes. La influencia es, sobre todo, visible en la estructura; el gusto por seguir hasta el final y entrelazar argumentos secundarios, unidos a su vez de modo laxo al tema principal, y la tendencia a ofrecer una trama compleja de personajes y escenarios, son en parte consecuencia de la influencia de las *Etiópicas*. También el escenario deja de ser imaginario y fantástico; aparecen, en cambio, tierras, a menudo remotas, pero siempre identificables. De este modo, los ideales que informan el *Persiles* son ampliamente coincidentes con los de la novela de Heliodoro.

Aparte de las traducciones, las alusiones esporádicas, los juicios de valor y la influencia sobre el género literario en sí, existe una infinidad de ejemplos que prueban con qué frecuencia Heliodoro ha servido de modelo para la literatura de los siglos XVI y XVII. Una circunstancia especial ha favorecido la influencia sobre la literatura española, además de los ideales literarios: las consideraciones religiosas y morales. Más que componer una larga lista[30], mencionaremos sólo las obras más conocidas en la literatura española. Influencias seguras aparecen ya en Jerónimo de Contreras (1565?) en su *Selva de aventuras; Gerardo y desengaño del amor lascivo* (1617), de Gonzalo de Céspedes y Meneses, desarrolla motivos acerca de la insuficiencia del amor mundano, como en Heliodoro; todavía en el

---

30 Referencias exhaustivas pueden hallarse en M. OEFTERING, *Heliodor und seine Bedeutung für die Literatur*, Berlín, 1901; además, cf. S. L. WOLF, *The Greek Romances in Elizabethan Prose Fiction*, Nueva York, 1912, págs. 237-464; un amplio y cómodo resumen aporta O. WEINREICH, *op. cit.*, págs. 252 y sigs.; para la literatura española, F. LÓPEZ ESTRADA, *op. cit.*, págs. XIX-XXXVIII; algunas indicaciones para la literatura francesa en el prólogo de J. MAILLON (Budé), págs. XCV-CI.

siglo XVI, hay que mencionar la *Diana enamorada*, de Gaspar Gil Polo, traducida luego al latín. Influencias de Heliodoro han sido también halladas en la *Galatea* (1585) de Cervantes (v. López Estrada, pág. XXII con bibl.), en la complejidad de la trama argumental y en la elevación del ideal de castidad. Es evidente, sin embargo, que las relaciones más estrechas con Heliodoro proceden del *Persiles* (1617), que, como esperaba el propio Cervantes, alcanzó entre sus coetáneos mayor difusión y elogios que el *Quijote*. Las semejanzas en el tema y los motivos son, entre otros: los protagonistas fingen ser hermanos; las historias falsas que cuentan para ocultar su verdadera identidad; las señales que permiten el reconocimiento de la hija; las quejas contra la Fortuna; la frecuencia de relatos secundarios que retardan el desenlace; la aparición de la hechicería, la importancia de la fortuna en el acontecer humano, etc. Es verdad que muchas pueden ser puras convenciones del género. Con todo, lo más importante es que Cervantes, al igual que Heliodoro, ha dado un contenido más profundo a las aventuras, hasta superar lo anecdótico. Hay, en ambos, intención de ejemplaridad; la geografía tiene un sentido ascendente, y si comienza la novela en las umbrosas tierras del norte europeo, el final es en Roma, «el cielo de la tierra»; el amor de los héroes es una peregrinación que conduce a la depuración. Las intenciones son, por supuesto, diferentes, pero ambos autores coinciden en dar un contenido superior a los episodios tradicionales[31].

Era también tentador para cualquier escritor de comedias hacer de las *Etiópicas* una obra teatral. Pero

---

[31] Sobre el *Persiles*, véase la Introducción citada más arriba de J. B. Avalle-Arce con bibliog.; cf. también C. García Gual, «Cervantes y el lector de novelas del siglo XVI», donde se hallarán igualmente abundantes referencias.

la adaptación de la novela al teatro requería una ruptura total de la estructura: era preciso desarrollar en orden cronológico lo que en Heliodoro no tiene esa sucesión. La primera obra con este tema en la literatura española es de Juan Pérez de Montalbán (*Teágenes y Clariquea*, 1638)[32]. Del mismo asunto es la comedia de Calderón de la Barca titulada *Los hijos de la Fortuna Teágenes y Cariclea*. Determinadas innovaciones en la trama argumental tienden a condensar de una manera más eficaz para el teatro una narración, que, a pesar de todo, sigue pecando de excesiva complejidad. Conviene señalar, además, que es más que probable que Calderón haya sentido el impulso de dramatizar este tema, guiado por una interpretación religiosa de la novela.

El romanticismo, con su nueva estética, pronto sumió en el olvido nuestra novela, que todavía en el siglo XVIII conoció cierto auge. Desde entonces, las *Etiópicas* sólo han sido conocidas y citadas en un círculo restringido de eruditos. Aun así, conviene advertir que una de las óperas más famosas está, seguramente, inspirada en Heliodoro, si bien de forma muy libre y metamorfoseada. Nos referimos a *Aida*, cuyas concordancias temáticas con nuestra novela son notorias; el libreto es de du Locle y Ghislanzoni, sobre una idea del egiptólogo Mariette. En definitiva, pues, si el contenido de las *Etiópicas* no suscita un vivo interés en el público actual, conviene pensar que a su autor, Heliodoro, lo han conocido, elogiado e imitado Cervantes, Racine, Tasso y, quizá, Verdi. Esto sólo ya es de por sí importante.

---

[32] Un resumen del argumento, que informa sobre el tratamiento dado al tema, y un juicio crítico (negativo en general) en F. López Estrada, *op. cit.*, págs. XXXII-XXXIV.

5. *Transmisión del texto. Manuscritos y ediciones.*

La lista de los manuscritos que contienen las *Etiópicas* ha sido llevada a cabo por los autores de las dos ediciones completas que han visto la luz en este siglo. Tanto Rattenbury-Lumb como Colonna enumeran veintidós copias que abarcan, temporalmente, desde el siglo XI hasta el XVI (algunas, por tanto, posteriores a la *editio princeps*). Como, sin embargo, en cada edición se han pasado por alto dos copias diferentes, el número total de los manuscritos ha de ser de 24. Para la elaboración del *stemma*, la eliminación de los manuscritos que, de manera manifiesta, copian de otro conservado o que están tan estrechamente vinculados a otros subsistentes, que no merecen ser considerados separadamente, permite establecer un grupo de nueve, que han de ser objeto de estudio. Los seis más antiguos (dejando, por el momento, de lado los tres restantes, que proceden del siglo XVI) se remontan a un único modelo; es decir, se trata de un *stemma* cerrado, con un solo arquetipo, según se desprende de la concordancia general de los seis y de la existencia de un número de faltas comunes. De este arquetipo se han diferenciado pronto dos familias diferentes, pues son frecuentes las discrepancias entre un grupo de cuatro y los restantes. En este punto, la edición de Rattenbury-Lumb, que prefiere siempre las lecturas de la familia que siglan con β, frente al grupo γ (constituido por el *codex Vaticanus*, 157, del siglo XI, el más antiguo de Heliodoro, y el *Monacensis*, 157, de comienzos del siglo XV), sigue un proceder más justificado que la edición de A. Colonna, que, en general, prefiere también las lecturas de β, aunque a veces sigue las de γ, sin, al parecer, un sólido criterio que lo justifique. De entre los miembros de la familia β merece un tratamiento especial el *Marcianus*, 409, de los siglos XI-XII (siglado Z), porque está en muchos casos de acuerdo con γ y en contra de β. Para explicar esta situación, se impone la idea de que Z proviene de una contaminación de ambas familias en una época en la que estaban ya suficientemente alejadas. En cuanto a los tres restantes miembros de la familia β, dos de ellos (B y P, en la sigla de Rattenbury-Lumb; S y δ, en A. Colonna) parecen haber sufrido también

contaminación de la familia γ en época indeterminada de la tradición. Sólo C (*Vaticanus*, 1390; de los siglos XIII-XIV), por tanto, es fiel representante de la familia β, según Rattenbury-Lumb. La valoración de este manuscrito es, pues, a menudo, decisiva en su edición, y esta apreciación ha sido criticada desde diversos puntos de vista. En cuanto a los componentes de la familia γ, el *Vaticanus* del siglo XI (V) es el que representa de modo más fiel la tradición.

Los tres grupos de manuscritos más recientes se caracterizan, en general, por la abundancia de lecciones particulares. Algunas de sus lecturas son, desde luego, superiores a las de los manuscritos más antiguos, pero no estamos en condiciones de saber si, en estos casos, se basan en una fuente antigua o si son productos de enmiendas conjeturales. Las lecturas erróneas son también numerosas e indican la negligencia de estos escribas tardíos, además de los defectos de sus propios modelos. De un modo general, cabe afirmar que su filiación es dudosa, pues siguen, bien a β, bien a γ; su valor, pues, depende de las variantes concretas.

Hasta aquí quedan expuestos los hechos más notorios acerca de la transmisión del texto. En cuanto a las ediciones, ya han sido mencionadas las de Rattenbury-Lumb (Budé, vol. I, 1935; vol. II, 1938; vol. III, 1943; 2.ª ed., 1960) y A. Colonna (Roma, 1938). La *editio princeps*, de Opsopopeus, fue impresa en Basilea, el año 1534; siguiendo las modas de la época, se trata de una reproducción del *codex Monacensis*, 157. La segunda edición de Heliodoro apareció en Heidelberg, 1596, acompañada de la traducción latina de Warschewiczki, y fue preparada por H. Commelinus, que, cosa rara en la época, trató de establecer el texto apoyándose en la comparación de los diferentes manuscritos que conocía. Gracias a sus sustanciales mejoras, se convirtió en la edición usual hasta la aparición del texto de Mitscherlich en *Scriptores Erotici Graeci*, a fines del siglo XVIII. La edición de Coray, publicada en 1804, tenía en cuenta, además de las fuentes conocidas hasta entonces, las lecturas existentes en los márgenes de ciertos códices y en el ejemplar de Amyot, ambos procedentes, en último término, de Z. Esta edición está acompañada de un voluminoso comentario en griego moderno. La edición teubneriana es de 1855, debida al cui-

dado de Bekker, que en la mayoría de los casos se limita a reproducir el texto de la de Coray. La última edición completa, en el siglo XIX, es de Hirschig en *Erotici Scriptores* (Didot), publicada en 1856, que, en lo esencial, sigue el texto de Mitscherlich.

Para las mejoras propuestas al texto después de la edición de Rattenbury-Lumb, existe una recopilación bibliográfica, aparte de algunas correcciones nuevas, y juiciosas, del propio autor, en las «Notes on Heliodorus' *Aethiopica*», *CQ*, 18 (1968), 282-7, de M. D. Reeve. Las discrepancias señaladas en el lugar correspondiente de esta traducción con respecto a la edición de Rattenbury-Lumb proceden, en todos los casos, de las propias propuestas de Reeve o de las señaladas en la bibliografía que allí se recoge. En los demás casos y siempre que no se indique de modo explícito, la presente traducción sigue el texto de Rattenbury-Lumb.

NOTA BIBLIOGRAFICA *

I. *Ediciones.*

R. M. Rattenbury y T. W. Lumb, con traducción francesa de J. M. Maillon (Budé), París, 3 vols., 1935, 1938, 1943; 2.ª ed., 1960. A. Colonna, Roma, 1938.

II. *Traducciones.*

J. Maillon (Budé). P. Grimal, *Romans grecs et latins* (Bibliothèque de la Pléiade), París, 1958. Fernando de Mena: Heliodoro, *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea,* edición y prólogo de F. López Estrada, Madrid, 1954. J. N. de Prado y A. Blánquez (Iberia), Barcelona, 1965. R. Reymer, *Aithiopika. Die Abenteuer der schönen Chariclea,* Zurich, 1950 (= 1962, Rowohlts Klassiker der Literatur und der Wissenschaft). H. Gasse, *Die äthiopischen Abenteuer von Theagenes und Charikleia,* Stuttgart, 1972, Nachwort von H. Doerrie (Universal-Bibl., núms. 9.384-8). Q. Cataudella, *Il Romanzo Classico,* Roma, 1958. W. Lamb, *An Ethiopian Story,* Londres, 1961 (Everyman's Libr., núm. 276, Dent). M. Hadas, *An Ethiopian Romance,* The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1957 (= Westport, Connecticut, 1976). E. Harsberg, *Fortaellinger om Theagenes og Charikleia,* Copenhague, 1978. (Con un epílogo de T. Hägg.)

---

* Cada obra es citada una sola vez, en el primer epígrafe que corresponda en cada caso.

III. *Estudios generales.*

E. FEUILLATRE, *Études sur les «Éthiopiques» d' Héliodore*, París, 1966.

C. GARCÍA GUAL, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

— «Le roman grec dans la perspective des genres littéraires», en *International Congress on the Ancient Novel* (*ICAN*), Bangor, 1977, págs. 99-105.

E. H. HAIGHT, *Essays on the Greek Romances*, Nueva York, 1943.

R. HELM, *Der antike Roman*, 2.ª ed., Gotinga, 1956.

K. MÜNSCHER, *R. E. A.*, VIII, 2, cols. 20-28.

B. E. PERRY, *The Ancient Romances. A Literary-Historical Account of their Origines*, Berkeley, 1967.

B. P. REARDON, *Courants littéraires des IIe et IIIe siècles après J. C.*, París, 1971.

— Ed. del vol. colectivo *Erotica Antiqua, Acta of the Int. Congress on the Ancient Novel* (*ICAN*), Bangor, 1977.

E. ROHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, 4.ª ed., Hildesheim, 1960.

O. WEINREICH, «Zum Verständnis des Werkes», *apud* R. REYMER.

— *Der griechische Liebesroman*, Zurich, 1962.

S. L. WOLFF, *The Greek Romances in Elizabethan Prose Fiction*, Nueva York, 1912.

IV. *Autor y época.*

F. ALTHEIM, *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum*, I, Halle, 1948.

— *Der unbesiegte Gott. Heidentum und Christentum* = *El dios invicto* [trad. J. J. THOMAS], Buenos Aires, 1966.

Q. CATAUDELLA, «Spunti e motivi cristiani nella poesia pagana antica», *Vet. Chr.* 29 (1975), 161-190.

A. COLONNA, «L'assedio di Nisibis del 350 D. C. e la cronologia di Eliodoro Emiseno», *Athenaeum* 28 (1950), 80-87.

— «La cronologia dei romanzi greci. Le *Etiopiche* di Eliodoro», *MC* 18 (1951), 153-9.

R. Keydell, «Zur Datierung der *Aithiopika* Heliodors», en *Polychronion: Festschrift für Franz Dolger,* ed. P. Wirth, Heidelberg, 1966, 345-350.

Ch. Lacombrade, «Sur l'auteur et la date des *Éthiopiques*», *Rev. Ét. Grec.* 83 (1970), 70-89.

A. M. Scarcella, «Testimonianze della crisi di un' età nel romanzo di Eliodoro», *Maia* 24 (1972), 8-41.

J. Schwartz, «Quelques observations sur des romans grecs», *Antiquité Classique* 36 (1967), 536-552.

T. Szepessy, «Die Neudatierung des Heliodoros und die Belagerung von Nisibis», en *Actes of the XIIe Conférence Internationale des Études Classiques Eirene Cluy-Napoca 1972,* Amsterdam, 1975, págs. 279-287.

M. H. A. L. H. Van der Valk, «Remarques sur la date des *Éthiopiques* d'Héliodore», *Mnemosyne,* 3.ª serie, 9 (1941), 98-100.

A. Wifstrand, «Εἰκότα. Emendationen und Interpretationen zu griechischen Prosaikern der Kaiserzeit. 5. Zu den Romansschriftstellern», en *Kungl. humanistika vetenskapssamfundet i Lund 1944/5,* Lund, 1945.

V. *Composición.*

E. Cizek, «Les structures du roman antique», en *ICAN,* Bangor, 1977, págs. 106-128.

B. Effe, «Entstehung und Funktion personaler Erzählweisen in der Erzähl-Literatur der Antike», *Poetica* 7 (1975), 135-157.

T. R. Goethals, *The «Aethiopica» of Heliodorus. A critical Study,* tesis doct., Columbia Univ., 1959 (microfilm).

T. Hägg, *Narrative Technique in Ancient Greek Romances. Studies of Chariton, Xenophon Ephesius, and Achilles Tatius,* Estocolmo, 1971.

V. Hefti, *Zur Erzählungstechnik in Heliodors Aethiopika,* Viena, 1950.

C. W. Keyes, «The Structure of Heliodorus' *Aethiopica*», *Studies in Philology,* Univ. of North Carlina, 19 (1922), 42-51.

C. C. Schlam, «Allegory in the *Ethiopica* of Heliodorus», en *ICAN,* Bangor, 1977, págs. 73 y sig.

T. SZEPESSY, «Die *Aithiopika* des Helidoros und der griechische sophistische Liebesroman», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 5 (1957), 241-259.
J. J. WINKLER, «The mendacity of Calasiris and the Narrative Technique of Heliodorus», en *ICAN*, Bangor, 1977, págs. 29-31.

VI. *Religión.*

H. DOERRIE, «Der griechische Roman und das Christentum», *Philologus* 93 (1938), 273-6.
D. KÖVENDI, «Heliodors *Aithiopika*. Eine literarische Würdigung», en *Die Araber in der alter Welt*, III, ed. F. ALTHEIM y R. STIEHL, Berlín, 1966, págs. 136-197.
R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium in der Antike*, Munich, 1962.

VII. *Búsqueda de verosimilitud.*

J. R. MORGAN, «Realism and the Historiographical Pose in Heliodoros», en *ICAN*, Bangor, 1977, págs. 138 y sig.

VIII. *Fuentes.*

A. BORGOGNO, «Sulla struttura degli *Apista* di Antonio Diogenes», *Prometheus* 1 (1975), 49-64.
W. CAPELLE, «Zwei Quellen des Heliodor», *Rheinisches Museum*, 96 (1953), 166-180.
T. SZEPESSY, «The story of the girl who died on the day of her wedding», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 20 (1972), 341-357.
E. W. WHITTLE, «A Quotation from Menander», *Classical Philology* 56 (1961), 178-9.

IX. *Lengua y estilo.*

D. BAUMGARTEN, «*Quid Xenophonti (Atheniensi) debeat Heliodorus Emesenus*», *Studia Leopolitana* (1932), 1-36.

W. Bühler, «Das Element des Visuellen in der Eingangsszene von Heliodor *Aithiopika*», *Wiener Studien*, nueva serie, 10 (89), 1976, 177-185.

M. Davison, «The Thematic Use of Ekphrasis in the Ancient Novel», en *ICAN*, Bangor, 1977, págs. 32 y sig.

G. Giangrande, «A Colloquialism in Heliodorus», *Classical Review* 21 (1971), 9-10.

O. Mazal, «Die Satzstruktur in den *Aithiopika* des Heliodor von Emesa», *Wiener Studien* 71 (1958), 116-131.

W. Morel, «Zu den griechischen Romanschriftstellern. I. Klassischer Sprachgebrauch bei Chariton und Heliodor», *Mnemosyne*, 3.ª serie, 9 (1941), 281-2.

M. D. Reeve, «Hiatus in the Greek Novelists», *Classical Quarterly* 21 (1971), 514-39.

H. Rommel, *Die Naturwissenschaftlichparadoxographischen Exkurse bei Philostratos, Heliodoros und Achilles Tatios*, Stuttgart, 1923.

G. Steiner, «The Graphic Analogue from Myth in Greek Romance», en *Classical Studies presented to B. E. Perry*, Urbana, Chicago, 1969, 123-137.

P. W. H. Walden, «Stage Terms in Heliodorus' *Aethiopica*», *Harvard Stud. on Class. Philol.* 5 (1894), 1-43.

X. *Influencia en la literatura posterior.*

H. Gaertner, «Johannes Eugenikos, Protheoria zu Heliodors *Aithiopika*», *Byz. Zeitsch.* 64 (1971), 322-5 (ed. crítica de esta Introd.; otros testimonios, en la edición de Heliodoro de A. Colonna).

— «Charicleia in Byzanz», *Ant. & Abenl.* 15 (1969), 47-69.

C. García Gual, «Cervantes y el lector de novelas del siglo xvi», en *Mélanges de la Bibliothèque Espagnole, París, 1966-67*, Madrid, 1978, 13-38.

F. López Estrada, «Prólogo» a la edición de Fernando de Mena: Heliodoro, *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, Madrid, 1954.

M. Oeftering, *Heliodor und seine Bedeutung für die Literatur*, *Literarhistorische Forschungen*, 18, Berlín, 1901.

E. C. RILEY, *Cervantes' Theory of the Novel* = *Teoría de la novela en Cervantes* [trad. esp. S. SAHAGÚN], Madrid, 1971.

R. SCHEVILL, «Studies in Cervantes. I. *Persiles y Sigismunda*. II. The Question of Heliodorus», *Modern Philology* 4 (1906-7), 677-704.

XI. *El texto.*

M. D. REEVE, «Notes on Heliodorus' *Aethiopica*», *Classical Quarterly* 18 (1968), 282-7.

R. MERKELBACH, *Studien zur Textgeschichte und Textkritik*, Colonia, 1959, 182-4.

J. N. O'SULLIVAN, «On Heliodorus' *Aethiopica* 7.12.6», *Classical Quarterly* 27 (1977), 239 y sig.

DISCREPANCIAS TEXTUALES RESPECTO DE LA EDICIÓN DE RATTENBURY-LUMB

	Rattenbury-Lumb	*Texto adoptado*
I 2, 6, 3	θεὸν	θεῶν
I 3, 5, 2	δεύτερον ἤδη ἡλίσκοντο	ἤδη δεύτερον ἡλίσκοντο
I 5, 2, 3	ὑπερεκχύσεις	παρεκχύσεις
I 8, 1, 4	αὐτῆς	αὐτοῖς
I 10, 2, 4	†ὁ Θησεὺς ὁ ἐμός†	οὐ Θησεὺς ὁ ἐμός
I 11, 5, 8	σκέψαι	κατάλαβε
I 12, 4, 7	ἐπιβουλεύσει' ἂν	ἐπιβουλεύσειε
I 15, 6, 7	ταύτῃ ἐκέχρητο	ταύτῃ κέχρητο
I 17, 3, 4	ἐν γειτόνων	ἐκ γειτόνων
I 22, 4, 7	ἀήτου	ἀεὶ
I 22, 6, 4	παιδίῳ	παιδί
I 22, 7, 2	οὕτως ἂν	οὕτω καὶ
II 6, 3, 8	μικροῦ	μικρὸν
II 23, 5, 5	οἴνου	οἶνον
II 29, 1, 4	τὴν γνώμην	τῇ γνώμῃ
III 4, 2, 4	καὶ	ἣν
III 7, 5, 3	οἷον	καὶ οἷον
III 7, 5, 4	εἰστοξεύοντα	εἰστοξεύονται
III 7, 5, 8	ἐρώτων	τῶν ἐρώτων
III 8, 1, 4	τὸ δὲ tras laguna	τόδε sin laguna
III 14, 1, 5	ἔφην	om. pl.
IV 7, 8, 2	⟨ἥκω⟩	
IV 13, 2, 7	ὀθνείου	νοθείου
IV 13, 5, 2	τινὰ	†τινὰ†
IV 17, 5, 5	προειληφότες	προσειληφότες

	Rattenbury-Lumb	*Texto adoptado*
IV 19, 2, 5	ἤδη ἐπιδιώξετε	ἤδη καὶ ἐπιδιώξετε
V 1, 1, 7	λοιπὸν καὶ ὄρθραι ὑποφαίνοντος	καὶ ὄρθρου λοιπὸν ὑποφαίνοντος
V 12, 1, 9	φυγαδεῦσαι	θεραπεῦσαι
V 12, 3, 3	ἐπεύχου παρὼν τοῖς ἱεροῖς θεῖος	ἐπεύχου, παρὼν τοῖς ἱεροῖς, θεοῖς
V 14, 1, 4	ἐκεκοίλαντο	ἐκοιλαίνετο
V 17, 4, 2	ἀληθῆ	ἀλήθειαν
V 22, 2, 7	ἐν γειτόνων	ἐκ γειτόνων
V 24, 5, 5	σῴζεθ'	σῴζειν
V 27, 9, 2	γὰρ	δὴ
VI 1, 2, 11	ὀλίγου	ὀλίγον
VI 13, 3, 3	τόπων	τόπον
VII 1, 4, 7	συλλαμβάνοιμεν	συλλαμβάνοι
VII 4, 2, 3	τῇ διανοίᾳ	τὴν διάνοιαν
VII 5, 2, 3		⟨οὗ⟩
VII 7, 7, 8	σύμπαν καθ' ὃ	σύμπαν μέρος καθ' ὃ
VII 9, 4, 4	διακονουμένων	διακονουμένη
VII 11, 10, 2	μόνον τῆς ἐκείνου ἔοικεν	τῆς ἐκείνου μόνον ἔοικεν
VII 12, 6, 5	ὁρᾷ ἀλλὰ	ὄμματα
VII 14, 6, 2	ἔτι	ἐπὶ
VII 19, 6, 5	οἶδεν	οὐδὲν
VII 21, 1, 8	μὴ δέ τι λάθῃ	μὴ δή τι λάθοι
VII 21, 3, 6	γνώμην	γνώμης
VII 25, 7, 2	ὥστε με	ὥστ' ἐμέ
VII 28, 3, 5	λαμπρῶς	λαμπρός
VIII 3, 8, 6	πῶς	ὅπως
VIII 5, 10, 4	εὐηνίου	νέου
VIII 7, 6, 4	ἐπιθυμεῖ ἡ ψυχὴ	ἐπιθυμεῖ ψυχὴ
VIII 9, 15, 9-10	τῇ ἐνδιαιτωμένῃ τὴν φλόγα... βουλομένῃ	τὴν ἐνδιαπωμένην τῇ φλογὶ... βουλομένην
VIII 11, 2, 5	χἄ τ' ἀδόκητα	καὶ τ' ἀδόκητα
VIII 11, 10, 3	παντάρβη ἄλλη	παντάρβη καὶ ἄλλη
VIII 13, 1, 6	ἐνδεικνυμένη	ἐνδεικνυμένης
VIII 13, 2, 4	οὗτοι ἑκόντος	οὔτι ἑκόντος
IX 7, 1, 4	μελλήσειν	μελλήσων

	Rattenbury-Lumb	*Texto adoptado*
IX 15, 5, 1	ἐσκευασμένον καὶ οἷον ἐμβεβλημένον	-μένος
IX 21, 1, 2	πολλῷ αἵματι	πολλῷ τῷ αἵματι
IX 24, 8, 8	ἂν πιστὰ	πιστὰ ἂν
X 9, 4, 4	ὑπεράνθρωπον	ὑπὲρ ἄνθρωπον
X 9, 5, 1	ἄλλους τῶν ὄχλων	ἄλλως τὸν ὄχλον
X 9, 6, 11	νόον	νόμον
X 12, 4, 4	ὑμετέρα εἶναι	εἶναι ὑμετέρα
X 19, 1, 3	τὸ συμφέρον τιθεμένη	τῷ συμφέροντι θεμένη
X 27, 2, 7	ὀλίγου	ὀλίγον
X 30, 8, 3	τι	τε

LIBRO PRIMERO

El día había comenzado a sonreír hacía poco, y el 1
sol aún iluminaba sólo las cumbres[1]. Unos hombres armados como piratas se asomaron por encima del monte que se levanta a lo largo de la desembocadura del Nilo[2], en la boca que se llama Heracleótica, se detuvieron un momento y comenzaron a recorrer con la vista el mar que se extendía a sus pies[3]. Echaron primero una ojeada hacia alta mar, pero como no se divisaba ningún barco que pudiera prometer botín para los piratas, volvieron su mirada a la ribera cercana. Lo que allí había era lo siguiente: una nave 2

[1] El título habitual de la novela en la Antigüedad era probablemente *Etiópicas*; en época bizantina, no obstante, como sugieren, por ejemplo, Focio y la mayoría de los códices, el título más frecuente venía dado por el nombre de la protagonista femenina: *Cariclea* para la novela de Heliodoro; *Leucipa* para la de Aquiles Tacio, etc.

[2] Para el comienzo *in medias res,* uno de los elementos en los que Heliodoro se muestra superior al resto de las novelas griegas antiguas, véase Introducción, 24 y 30.

[3] Diodoro de Sicilia, I 33, 7, distingue siete desembocaduras principales en el delta del Nilo; la más occidental es llamada Canópica, aunque algunos la llaman Heracleótica. En cada boca había una ciudad amurallada, dividida en dos partes por la corriente del Nilo (cf. también Estrabón, XVII 1, 18 sigs., para una descripción más detallada). Las alturas colindantes forman parte de las estribaciones de la cadena libia, y se trata, en efecto, de una región desértica.

mercante, anclada y sujeta por las amarras, vacía de
marinos, pero repleta de cargamento. Esto último, aun
desde lejos como estaban, no les era difícil colegirlo
así, porque el peso hacía que el agua alcanzara hasta
3 por encima de la tercera línea de flotación[4]. La costa
estaba completamente llena de cuerpos, recientemente
asesinados: unos, ya muertos, otros, moribundos y con
los miembros todavía palpitantes, denunciando que
4 acababa de cesar el combate[5]. Las apariencias no eran
las de una batalla en toda regla, pues había también,
revueltos en desorden, restos lastimeros de un ban-
quete que en lugar de llegar a un final feliz había
tenido este desenlace: algunas mesas todavía estaban
llenas de comida; otras en tierra, en manos de algunos
de los que yacían, habían servido de escudos para una
batalla trabada de improviso; otras, en fin, ocultaban
a quienes al parecer se habían refugiado allí. Había
también copas volcadas y caídas de las manos que las
sostenían para beber, o para usarlas como piedras:
lo súbito de la desgracia había obligado a darles una
inaudita función y había enseñado a emplear los vasos
5 como proyectiles. De los que yacían, uno tenía herida
de hacha, a otro le habían disparado con guijarros de
los que la propia ribera procuraba, a otro le habían
abierto la cabeza con un palo, a otro le habían pegado
fuego con antorchas: cada uno, en fin, había perecido
de distinta manera, pero la mayoría, por obra de fle-

[4] Se refiere a la tercera (comenzando desde arriba) de las líneas de planchas que recubrían el armazón de un barco. Normalmente, la línea de flotación estaba a un nivel inferior; se trata, pues, de un navío con una pesada carga.

[5] Un posible, aunque lejano, modelo para esta escena puede ser el relato de Ulises a Eumeo (*Odisea* XIV 261 sigs.); dos detalles al menos se repiten aquí: vigías en las alturas de la desembocadura y combate en la boca Canópica entre egipcios y piratas.

chas y arco. Diversidad innumerable de cosas había 6
dispuesto el destino en este pequeño espacio: vino manchado de sangre, guerra encendida entre comensales, asesinatos y bebidas, libaciones y matanzas mezcladas; tal era el espectáculo que el destino puso ante las miradas de los piratas egipcios. Se detuvieron 7
éstos en lo alto de la colina a contemplar la escena[6], pero no eran capaces de comprenderla: tenían allí a los derrotados, no veían en ningún sitio a los vencedores; la victoria era evidente, el botín no estaba saqueado; la nave se balanceaba sola, vacía, sin que nadie se hubiera apoderado de la mercancía, como si hubiera gran vigilancia o plena paz. Sin embargo, aun 8
en la incertidumbre de lo que había sucedido, veían todo dispuesto para su lucro y pillaje. Así, pues, considerándose ellos mismos los vencedores, se lanzaron hacia allí.

Pero cuando su carrera ya los había conducido cer- **2**
ca de la nave y de las víctimas, he aquí que se tropiezan con un espectáculo todavía más inexplicable que los anteriores. Una muchacha estaba sentada sobre una roca; su belleza era extraordinaria y producía toda la impresión de una diosa; su aspecto revelaba un gran dolor por la presente desgracia, pero en su pecho aún alentaban el temple y la nobleza. Tenía la cabeza coro- 2
nada de laurel, una aljaba colgada de su hombro y un arco sobre el que apoyaba su brazo izquierdo, mientras la mano pendía con negligencia. Tenía el codo derecho recostado sobre el muslo, y la mejilla descansaba indolentemente sobre los dedos[7]. Mantenía la

---

[6] La primera de las muy abundantes metáforas del teatro en la lengua de Heliodoro: cf. J. W. H. Walden, *Harvard Stud. on Class. Phil.* 5 (1894), 1-43.

[7] Es de regla en la novela griega que la aparición de la heroína venga subrayada por la comparación de su aspecto con el de una diosa. Esta convención literaria tiene en Helio-

cabeza inmóvil, con la vista fija en el suelo, observando
3 a un joven que yacía delante de ella. Estaba éste desfigurado por las numerosas heridas y parecía a punto de volver de un estado semejante a un sueño profundo, casi la muerte; mas, aun en estas circunstancias, bien se veía la flor de su varonil belleza, y las mejillas, a pesar de los hilos de sangre que las enrojecían, relumbraban con mayor blancura. Le cerraban los ojos las fatigas, pero volvían a abrirse impulsados por ver a la muchacha, y esta visión era lo único capaz de for-
4 zarlos a mirar. Cuando hubo recobrado el aliento, le dijo entre profundos jadeos, con sólo un hilo de voz:

—Mi dulce amada, ¿estás realmente a salvo o eres tú también víctima de esta batalla, y, como no soportas ni siquiera tras la muerte quedar separada de mí, son tu fantasma y tu alma quines vienen a cuidarse de mis desgracias?

—De ti —dijo la joven— únicamente dependen mi salvación o mi pérdida. ¿Ves esto? —y le mostró una espada que tenía sobre las rodillas—; si hasta ahora ha estado inactiva, es sólo porque tu respiración la ha contenido.

5 Y al tiempo que así hablaba, saltó de la piedra. Los salteadores, sorprendidos y aterrados como si un rayo les hubiera herido la vista, corrieron a esconderse dispersos entre las matas, pues, al verla de pie, les pareció todavía más alta y más semejante a una diosa. El movimiento repentino hizo que los dardos resonaran[8]; su vestido, bordado de oro, lanzaba destellos

---

doro además una función más concreta (véase Introducción, 32); sobre la función del mito en general dentro de la novela griega, ver G. Steiner, *loc. cit.* El propio atuendo de la heroína en este caso, con el arco y la aljaba, atributos de Artemis, hace más próxima la comparación.

[8] El resonar de los dardos es una expresión claramente imitada de Homero, donde es aplicada a Apolo (*Ilíada* I 31).

al reflejar el sol; e igualmente la cabellera, que se agitaba bajo la corona, como la de una bacante, cubriéndole casi toda la espalda. Todo esto les atemorizaba; 6
pero más aún que lo que estaban viendo ahora, el misterio de lo antes sucedido. Unos afirmaban que era una diosa: bien Ártemis, bien Isis, la diosa tutelar del país [9]; otros, que una sacerdotisa presa de la locura sagrada y responsable de la gran matanza que veían. Esto es lo que creían, pero aún no conocían la realidad. Ella bajó enseguida donde estaba el joven, cayó abrazada a él, y mientras lloraba, le besaba, le limpiaba, gemía e incluso desconfiaba todavía de tenerlo en sus brazos. Los egipcios, al ver esto, cambiaron radi- 7
calmente de idea.

—¿Cómo va a ser esto obra de una diosa? —se decían—. ¿Cómo una divinidad iba a besar a un cadáver con tanta pasión?

Además, se animaban unos a otros a tener la osadía de acercarse y obtener información fidedigna. Una vez recobrados, pues, bajaron corriendo y sorprendieron a la muchacha mientras aún atendía las heridas del joven. Se detuvieron detrás, sin coraje para decir o hacer nada. El ruido de alrededor y la sombra de los 8
bandidos, que se proyectaba ante los ojos de la muchacha, le hicieron levantar la cabeza; y, después de verlos, volvió a inclinarse y, sin asustarse lo más mínimo de lo extraño de su piel ni de la presencia de unos bandidos, como manifestaban sus armas, prosiguió dedicada con todo afán al cuidado del hombre que yacía en tierra. Realmente, tal es el desprecio que 9
una pasión profunda y un amor puro sienten por todos los acontecimiento externos, tanto dolorosos como

---

[9] Para la identificación de Ártemis e Isis, que, si bien es una creencia habitual en los autores griegos más antiguos (así, HERÓDOTO, II 51), Heliodoro ha buscado, sin duda, deliberadamente, v. Introducción, 31.

agradables, y tal es la fuerza que impele a mirar únicamente al ser amado y a atender a todos sus pensamientos [10].

3 Los piratas fueron dando un rodeo y se detuvieron frente a ella; y cuando parecían decididos a pasar a la acción, de nuevo la muchacha levantó la cabeza y, al ver el color oscuro de su piel [11] y la suciedad de su aspecto, dijo:

—Si sois las sombras de los que aquí yacen, no tenéis razón para molestarnos, porque la mayoría os habéis dado muerte entre vosotros mismos; y cuantos habéis sucumbido a manos nuestras, en legítima defensa y por vengar la insolencia que se ha intentado cometer contra mi pureza habéis recibido castigo. Mas si sois de los vivos y lleváis, como parece, vida de piratas, habéis llegado en el momento más oportuno: liberadnos de los males que nos rodean y acabad con nuestra muerte el drama de nuestra existencia.

2 Tales fueron sus trágicos lamentos; pero ellos no entendieron nada de lo que les decía [12]. Los dejaron entonces solos de nuevo, custodiados con la fuerte vigilancia de su propia debilidad, y marcharon a la nave a desembarcar la carga. Despreciando las demás cosas, que eran abundantes y variadas, fueron descargando,

---

[10] La primera máxima en la novela, elemento que indica la intención moralizante de la obra, además de rasgo estilístico procedente de otros géneros literarios. Es, en este caso, una sentencia de inspiración estoica: en éstos, la Virtud (aquí el Amor) es lo que defiende contra todo lo exterior al hombre.

[11] El color de la piel de los egipcios es, no obstante, diferenciado del de los etíopes (cf. II 30, 1); véase algo semejante en Aquiles Tacio, III 9, 2; Diodoro de Sicilia, III 8, 2; Estrabón, XV 1, 24.

[12] Heliodoro es sumamente cuidadoso con las cuestiones idiomáticas y explicita con frecuencia si un interlocutor comprende a otro o no (cf. VIII 17, 2-3; IV 8, 1; IV 11, 4; I 19, 3; etc.).

cada uno al límite de sus fuerzas, el oro, la plata, las piedras preciosas y la seda. Cuando creyeron tener 3
suficiente —y había desde luego tanto como para saciar la avidez de cualquier pirata—, talaron el botín en la playa y comenzaron a repartirlo en partes iguales, haciendo fardos no según el valor de lo capturado, sino distribuyéndolo según un mismo peso. En cuanto a la muchacha y al joven, pensaban decidir sobre ellos inmediatamente después.

En esas circunstancias he aquí que se presenta otra 4
partida de bandidos, al frente de los cuales iban dos jinetes. En cuanto vieron esto los primeros, sin hacer intención de oponer resistencia y sin cargar con la rapiña para evitar que los persiguieran, huyeron a plena carrera. Además, ellos, que eran sólo unos diez, se habían dado cuenta de que los que venían les triplicaban en número. Así, la joven y su compañero fue- 5
ron capturados por segunda vez, aun antes de que los cogieran la primera[13]. Los bandidos, que se dirigían presurosamente al pillaje, se quedaron un momento frenados, extrañados y confusos ante lo que veían. Se 6
imaginaban ciertamente que los piratas anteriores eran los causantes de tanta mortandad, pero como veían que la muchacha, con una indumentaria extraña y rica, no prestaba la menor atención a los peligros que la amenazaban, como si no existieran, y estaba dedicada con toda su alma a cuidar las heridas del joven, como si el sufrimiento de éste fuera su propio dolor, estaban admirados tanto de su belleza como de su presencia de ánimo. También el herido los había dejado estupefactos: tal era su hermosura y tal era su talla, apreciable aun tendido como estaba, pues

---

13 Uno más de los frecuentes ejemplos de oxímoron en Heliodoro.

acababa de volver de su desvanecimiento y estaba recobrando su apariencia habitual.

4 Finalmente, pues, se acercó el jefe de los bandidos y poniendo la mano sobre la muchacha le dijo que se levantara y le acompañara. Ella, que aunque no entendió sus palabras supuso cuál era el contenido de la orden, apretaba entre sus brazos al joven, que tampoco la soltaba, y levantaba la espada contra su pecho, amenazando con darse la muerte, a menos que llevaran
2 a los dos. Comprendió el jefe de los bandidos, más por sus gestos que por sus palabras, y, con la esperanza de poder contar con la colaboración del joven para las mayores empresas si lo salvaba, mandó a su escudero apearse, hizo él lo mismo y montó a los prisioneros en sus caballos. Ordenó a los demás recoger el botín y seguirle, y emprendió el camino a pie, corriendo al lado de los caballos y ayudando a los cautivos a mantenerse en la montura, siempre que vacilaban y
3 estaban a punto de caer. La escena era digna de gloria: el jefe parecía ser el esclavo, y el vencedor resultaba ser el siervo de los presos. Hasta tal punto una apariencia noble y un aspecto bello saben someter incluso el corazón de un bandido y son capaces de vencer a lo más sórdido.

5 Tras avanzar alrededor de dos estadios [14] a lo largo de la costa, se desviaron enseguida y comenzaron a subir en línea recta la colina, dejando el mar a su derecha. Franquearon la cima con dificultad, y se apresuraron por llegar a una laguna que se extendía al pie de la otra ladera.

2 Este paraje, que se encuentra en una región que los egipcios denominan «Vaquería», presenta el siguiente aspecto: es una depresión del terreno, que recibe aguas de las crecidas del Nilo, y forma un lago, cuya

---

[14] Es decir, alrededor de 370 m.

profundidad es inmensa por el centro, pero en la orilla queda reducido a una zona pantanosa[15]. Estas marismas equivalen en los lagos a lo que son las costas en los mares. Aquí habitan todos los bandidos egipcios; 3
unos, en las pocas zonas secas que se hallan a un nivel superior al del agua, se fabrican cabañas; otros viven en balsas que usan como vehículo y habitación al tiempo. Allí mismo hilan sus mujeres y allí mismo dan a luz. Cuando nace una criatura, la alimentan al princi- 4
pio con leche materna, después con los peces del propio lago, tostados al sol. Cuando se dan cuenta de que el niño trata de andar a gatas, le atan a los tobillos una correa de una longitud tal, que sólo le permita avanzar hasta el extremo de la balsa o de la choza; de este modo, el lazo en los pies se convierte en un original guía que le ayuda a andar como si lo llevaran de la mano[16].

Y más de un vaquero que ha nacido en el lago y ha 6
tenido este tipo de crianza considera sus aguas como su patria; y más aún, si se piensa que sirve a los ban-

---

[15] Descripción geográfica en ESTRABÓN, XVII 1, 19 sigs., que menciona también a los forajidos llamados vaqueros; acerca de los vaqueros, otras noticias en DIODORO, I 43, 4 (casas fabricadas de cañas, ciertos hábitos en la alimentación). Estos bandidos, personajes tradicionales, al parecer, en la novela griega, son también llamados vaqueros por AQUILES TACIO (III 1, 10; III 9; IV 12) y «pastores» por JENOFONTE DE ÉFESO (III 12). F. ALTHEIM, *op. cit.*, págs. 121 y sigs., sostiene que AQUILES TACIO se ha servido de un incidente histórico ocurrido en la guerra contra estos forajidos durante 172 d. C. (cf. DIÓN CASIO, LXXI 4, 1); de ser así, cabría pensar que a partir de este episodio su presencia se ha hecho habitual en las novelas griegas. Sobre su género de vida poco se sabe, aunque el título de rey para su jefe se menciona tanto en AQUILES TACIO (III 9), como aquí.

[16] Nuevo juego de palabras típico del gusto de Heliodoro; HERÓDOTO, V 16, adscribe a los tracios que habitan junto a la laguna Prasíade este mismo hábito de sujetar a los niños con una cuerda atada al pie, para evitar que caigan al agua.

doleros de guarida inexpugnable. Por esto también, afluyen aquí los que llevan ese género de vida: el agua la utilizan de muralla, y el cañaveral de la ma-
2 risma los protege igual que una empalizada. Pues abren, cortando las cañas, senderos sinuosos e intrincados, con abundantes recodos y desvíos, que para ellos no ofrecen dificultad, porque los conocen, pero que para los demás constituyen veredas infranqueables. Así han inventado la mejor fortaleza posible para preservarles de sufrir alguna incursión. Tal es la situación del lago, y así son los vaqueros que en él habitan.

7 A él llegaron a la puesta del sol el jefe de los bandidos y los suyos. Apearon de los caballos a los jóvenes y metieron el botín en balsas, mientras una gran muchedumbre de bandidos que se había quedado en la zona salía de todos los rincones de la marisma, se arremolinaba corriendo en torno del jefe de la partida y le daba la bienvenida, acogiéndolo como a
2 su rey. Al ver el inmenso botín, y al reparar en la belleza de la muchacha, que era realmente sobrenatural, dedujeron que era algún santuario o templos ricos en oro lo que sus camaradas habían saqueado, y que habían traído también a la propia sacerdotisa. Incluso imaginaron, en su rusticidad, que la muchacha que habían cogido era la estatua viviente de la diosa. Tras recibir al jefe de la cuadrilla entre grandes aclamaciones y vítores dedicados a su valor, lo acompañaron en comitiva hasta su vivienda.

Era un islote aparte de los demás, que estaba reservado como morada sólo para él y para unos pocos de
3 sus escogidos. Cuando llegó allí, ordenó a la mayoría regresar a sus casas, con el encargo de que se presentaran al día siguiente, y él se quedó con los pocos que siempre le acompañaban, compartiendo una cena frugal. En cuanto a los jóvenes, los dejó al cargo de un muchacho griego que estaba allí prisionero desde

hacía poco, para que tuvieran a alguien con quien conversar. Les asignó una choza cercana a la suya, ordenó que se prestara cuidados al joven y sobre todo que se mantuviera una severa vigilancia para evitar que la muchacha sufriera algún ultraje. Finalmente, él se fue a dormir, cansado de la caminata y fatigado por las preocupaciones.

El silencio se fue apoderando de la marisma, y llegó 8
la hora del primer turno de la guardia[17]. La soledad y la ausencia de los que les habían recibido entre tumultos daban a la muchacha una excelente ocasión para sus lamentos; la misma noche reavivaba, yo creo, aún más sus sufrimientos, porque no había ningún murmullo ni ninguna silueta que la pudieran distraer, y la oportunidad le permitía entregarse exclusivamente
a su dolor. Acostada, pues, en un jergón, a cierta dis- 2
tancia según la orden dada, decía hablando consigo misma, entre muchos gemidos y muy abundantes lágrimas:

—¡Apolo, qué venganza tan terriblemente cruel te estás tomando de nuestras faltas! ¿No te basta para nuestro castigo las penalidades pasadas? ¡Privados de los familiares, capturados por los corsarios, expuestos a mil peligros en el mar, apresados una segunda vez por bandidos en tierra, y amenazas más crueles que las
ya pasadas debemos aguardar en el futuro! ¿En qué 3
punto vas a detener esto? Si todo va a parar en una muerte sin ultraje, dulce será el final; pero si alguien por la fuerza pretende mancillarme, a mí, a quien ni

17 El primer turno de la guardia debía durar hasta poco antes de medianoche, porque la noche era dividida, en general, en tres turnos de guardia, aunque en algunos testimonios se mencionan cinco turnos (cf. *LSJ, s. v. phylakê*). Para el motivo (aprovechamiento del silencio de la noche por parte de un enamorado para emitir sus quejas), cf. Aquiles Tacio, III 10; I 6, 2 sigs. en un desarrollo mucho más amplio del tema.

siquiera Teágenes ha poseído todavía, me adelantaré a tal injuria con la horca. Casta me he de guardar hasta la muerte, como me he guardado hasta ahora; conmigo me llevaré la pureza como una bella mortaja. Ningún juez podrá haber más cruel que tú[18].

4 Cuando aún hablaba, la interrumpió Teágenes diciendo:

—Calla, alma mía, queridísima Cariclea. Bien está que te lamentes, pero estás irritando a la divinidad más de lo que piensas. No es reprocharles, sino invocarles lo que debemos hacer; ¡con súplicas, no con acusaciones, es como se propicia a los poderosos! [19].

—Tienes razón; pero tú —preguntó ella—, ¿cómo te encuentras?

—Mejor —contestó— y más aliviado desde el atardecer, gracias a los cuidados de este joven, que me han mitigado la inflamación de las heridas.

5 —Pues mejor todavía te encontrarás por la mañana —dijo el encargado de su custodia—; te voy a procurar una hierba que en dos días te curará todas las heridas. Conozco por experiencia su resultado, porque desde que me trajeron aquí preso, cuando alguno de los súbditos del jefe de todos estos bandidos llega herido de una escaramuza, utilizo esta hierba que digo, y
6 en pocos días está curado. Por otra parte, tampoco debéis extrañaros de que me preocupe por vosotros:

[18] Ésta es la primera mención de Apolo, el dios que jugará un papel esencial en el transcurso de la novela. Como en todas las novelas griegas antiguas aparece una divinidad que determina de modo especial el curso de la acción, el lector antiguo podía comprender, al ver esta invocación, que la presente obra estaría patrocinada por Apolo. Sin embargo, Heliodoro supera esta convención, porque en la continuación se verá que Apolo no es otro que el Sol.

[19] Esta expresión para referirse a los dioses es frecuente en el curso de la novela; se trata probablemente de un título usual en los neopitagóricos, cf. Introducción, 11.

me parece que tenemos en común una misma fortuna, y además siento lástima de quienes son griegos como yo.

—¿Griego? ¡Por los dioses! —gritaron a la vez los extranjeros, llenos de alegría.

—Sí, griego realmente de raza y de lengua. Quizá pronto haya un respiro para nuestros males.

—¿Cómo debemos llamarte? —dijo Teágenes.

—Cnemón —respondió.

—¿De qué parte?

—Ateniense[20].

—¿Cuáles han sido tus vicisitudes?

—Deténte —dijo—; ¿para qué menear eso y desco- 7
rrer esos cerrojos, como dicen en la tragedia?[21]. No sería oportuno que mis desgracias añadieran un nuevo episodio a las vuestras; tampoco bastaría lo que queda de esta noche para relataros mis desventuras, y eso sin contar que vosotros necesitáis sueño y descanso después de tantas fatigas.

Lejos de renunciar, los dos jóvenes le pidieron de 9
mil maneras que hablara, pues pensaban que sería un gran consuelo oír penas semejantes a las de ellos. Cnemón entonces comenzó así:

—Mi padre, Aristipo, era ateniense, miembro del Areópago y tenía una moderada fortuna. Al ocurrir la muerte de mi madre, se sintió inclinado a contraer un segundo matrimonio, porque estaba reacio a anclar sus esperanzas sólo en mí, su hijo único. Según esto, introdujo en casa a una mujer elegante llamada De-
méneta, principio y causa de mis males[22]. Pues nada 2

---

[20] Las preguntas habituales para conocer el nombre completo de una persona: nombre propio y patria de origen.

[21] Cita casi literal de EURÍPIDES, *Medea* 1317 (cf. PAGE, *ad. loc.*, para otros paralelos).

[22] El relato de Cnemón presenta el mismo tema que el *Hipólito* de EURÍPIDES, si bien en un entorno burgués. Las ana-

más entrar, se atrajo totalmente a mi padre, le convencía a hacer lo que quería y logró ganarse al anciano gracias a su belleza y a las zalemas que con él prodigaba. Era una mujer habilísima, como la que más lo sea, para hacer enloquecer a cualquier hombre, y extraordinariamente puntillosa y cabal en su oficio de seductora: cuando salía mi padre, se quedaba llorando, corría a recibirlo al llegar, si se retrasaba le reprendía, diciendo que si hubiera tardado un poco más habría muerto; y a cada palabra que iba diciendo, le abrazaba entre besos y lágrimas. Con todo esto, mi padre había caído en sus redes y no respiraba ni veía
3 más que por ella. A mí también al principio me trataba de modo parecido y fingía considerarme como a un hijo, atrayéndose a Aristipo también en esto. De vez en cuando se acercaba y me besaba, y rogaba sin cesar conservar el gozo de mi presencia. Yo consentía sin sospechar la realidad, aunque extrañado de la actitud tan maternal que mostraba conmigo. Pero cuando empezó a acercarse con más descaro, y los besos fueron haciéndose más apasionados de lo decente, y sus miradas apartadas de todo pudor me indujeron a sospechar, comencé a rehuirla la mayoría de las veces y
4 a rechazarla cuando se aproximaba. Y el resto, ¿para qué molestaros extendiéndome demasiado? Los intentos a los que se rebajó, la promesas que aseguró cumplir, llamándome ora hijito, ora dulcísimo amado[23],

---

logías de detalle dentro del episodio son también numerosas: Fedra se enamora de Hipólito (*Hipólito* 24-8) después de una ceremonia religiosa; la pasión de Deméneta por Cnemón se inflama cuando éste regresa de celebrar las Panateneas. La metáfora del amor como aguijón también está presente en ambos (*Hipólito* 39-41, y I 14, 6). Los dos jóvenes son desterrados (*Hipólito* 1038 sigs.).

[23] Expresión propia del lenguaje de los enamorados (cf. I 2, 4, etc.).

bien heredero, bien alma suya: en una palabra, mezclando todos los nombres bellos con seducciones y rebuscando cualquier medio que fuese el mejor para cautivarme, tanto cuando en las cosas importantes fingía comportarse como una madre, como cuando en las cosas más absurdas se conducía claramente como una enamorada.

En fin, esto es lo que acabó ocurriendo. Durante 10
la celebración de las Grandes Panateneas, cuando los atenienses llevan en procesión por tierra el barco como ofrenda a Atenea, yo, que era uno de los efebos, después de cantar el peán ritual en honor de la diosa y de ir al frente de la procesión según la costumbre tradicional, regresé a mi casa, sin cambiarme de ropa, con la misma clámide y las coronas. Ella, en cuanto 2
me vio, se puso fuera de sí y dejó de fingir sus mañas para ocultar su amor; corrió a mi encuentro con su pasión al descubierto y dijo, mientras me abrazaba:

«—¡Mi nuevo Hipólito, no mi Teseo!»

Bien podéis imaginar cómo me puse entonces, yo que ahora me ruborizo con sólo contarlo.

Pero eso no es todo: al anochecer mi padre fue a la cena común del pritaneo[24]; pues bien, aprovechando la circunstancia de que él iba a pasar toda la noche fuera, a causa de la celebración y el banquete públicos, ella se me presentó por la noche y trató de obtener un favor ilícito. Pero en vista de que me resistía con 3
toda suerte de medios y rechazaba igualmente de plano halagos, promesas y amenazas, salió entre graves y profundos gemidos y se marchó. La malvada entonces, apenas transcurrida la noche, sin ninguna demora comenzó sus maquinaciones contra mí. En primer

---

24 El edificio público donde se reunían los miembros del consejo; allí se celebraban los banquetes públicos los días de fiesta.

lugar, dejó de levantarse de la cama al día siguiente, y a mi padre, que al llegar le preguntó la razón, le puso el pretexto de que no se encontraba bien; y eso, sin
4 responder a la primera. Y como él insistía y requería con preguntas continuas que le explicara la razón de su estado, terminó ella contestando:

«—Este sorprendente joven, el hijo de nosotros dos, a quien yo a menudo he amado incluso más que a ti —los dioses son testigos de ello—, se ha enterado por no sé qué medios de que estoy embarazada, cosa que yo te había ocultado hasta ahora porque no estaba segura, ha estado espiando tu ausencia y, mientras le aconsejaba, según tengo por costumbre, que se comporte con sensatez y le exhortaba a dejar de pensar en esas compañías y borracheras (pues a mí no se me había escapado su conducta, aunque no te lo había dicho porque quizás hubieras pensado que eran cosas de madrastra); pues bien, mientras le estaba diciendo esto, a solas totalmente para evitar ponerle en vergüenza, él, además de llenarnos tanto a ti como a mí de tremendas injurias que mi pudor me impide repetir, el hecho más importante es que me ha lanzado una patada al vientre y me ha dejado en la situación que ves.»

11 Al oír esta patraña, mi padre ni habló, ni preguntó ningún detalle, ni se propuso defenderme, confiando en que no mentiría contra mí quien me profesaba tal afecto. Y en cuanto me encontró por la casa, sin ninguna dilación, comenzó a darme de puñetazos, sin yo comprender el motivo; llamó luego a los criados, a quienes mandó que me azotaran; todo esto también sin saber yo, como le habría ocurrido a cualquier otro en esas circunstancias, la razón de los latigazos.
2 Cuando hubo satisfecho su ira, le dije:

«—Bien, padre, ahora al menos sería justo que se me informara de por qué los golpes.

»—¡Qué desvergüenza! ¡Encima quiere que yo sea quien le diga los impíos delitos que ha cometido contra mí!» —dijo aún más enojado. Se dio entonces media vuelta y fue a ver a Deméneta inmediatamente.

Ésta, que no se había hartado todavía de sus intri-
gas, emprendió una segunda maquinación contra mí.
Tenía ella una criada joven llamada Tisbe, que sabía 3
cantar acompañándose de la cítara y no era fea. Echa
a ésta contra mí y le da la orden de hacerse la enamo-
rada, cosa que Tisbe cumplió al instante. Ella, que hasta
el momento había rechazado mis tentativas, a partir
de entonces trataba de seducirme de mil maneras: con
miradas, con gestos, con insinuaciones. Yo, ingenuo
de mí, llegué a convencerme de que súbitamente me
había hecho atractivo a sus ojos y, al fin, la recibí una
noche que vino a mi cama. Ella volvió otra vez, y en
adelante sus visitas se hicieron frecuentes. En cierta 4
ocasión en que estaba recomendándole con singular
tesón que tuviera cuidado, no fuera a ser que su dueña
lo descubriera, me dijo:

«—¡Cnemón, me parece que eres bastante simple! Pues si crees que es arriesgado para mí, una simple criada comprada con su dinero, si me pilla en relaciones contigo, ¿qué castigo dirías que se merece ella, una persona que hace alardes de nobleza, que tiene un marido legítimo, que sabe que la muerte es la pena para su delito, y a pesar de todo es adúltera?

»—¡Deténte! —le contesté—; ¡no puedo darte cré- 5
dito!

»—Pues es verdad; si te parece, estoy dispuesta a entregarte al adúltero in flagranti.

»—¡Ojalá! —dije—; si tú quisieras...

»—Pues claro que quiero —respondió—; primero, por ti, afrentado de tal manera por ella; y no menos por mí misma, porque todos los días me hace sufrir los peores tratos y me agota con sus estúpidos celos

contra mí. De modo que trata de comportarte como un hombre.»

12 Prometí hacerlo así, y ella salió y se fue. Dos noches después me despierta y me obliga a levantarme, con la denuncia de que el adúltero está en casa. Me dijo que mi padre había tenido que salir al campo de improviso por una obligación urgente que le reclamaba, y que el otro había acudido a la cita secreta con Deméneta y acababa de meterse furtivamente; me advirtió de la conveniencia de ir preparado para defenderme e irrumpir
2 con un arma, para evitar que escapara el burlón. Así lo hice, y con un puñal en la mano, guiado por Tisbe, que llevaba una antorcha encendida, llegué hasta la alcoba. Me detuve a la entrada; la luz de un candil dentro pasaba a través de los resquicios de la puerta cerrada[25]; en mi furia, echo abajo la puerta y entro gritando:

«—¿Dónde está el criminal, el amante declarado de la que es todo virtud? —y al tiempo que hablaba, me lancé a degollar a los dos.»

3 Se tira entonces de la cama... mi padre, ¡oh dioses!, y cae a mis rodillas[26].

«—¡Deténte, hijo, un momento! —decía—; ¡ten piedad de tu padre! ¡Ten miramientos de las canas que te han criado! Sí, te he maltratado, pero no como para que te vengues con la muerte. ¡No te ciegues por la furia, no manches tus manos con el asesinato de tu padre!»

---

25 La escena es familiar en la literatura griega: una sierva con una antorcha conduciendo a su señor durante la noche de una estancia a otra de la casa (cf. *Odisea* I 428). La luz del interior procede de la lamparilla de aceite que se conservaba encendida durante toda la noche junto a la cama (cf. Heródoto, II 130).

26 La escena tiene abundantes precedentes literarios: cf. Eurípides, *Electra* 1317; *Medea* 378-380; *Ilíada* IX 475.

Estas y otras semejantes eran sus súplicas, enteramente dignas de lástima. Y yo, como herido por un rayo, me quedé inmóvil de pie, pasmado y petrificado: buscaba con la mirada a Tisbe, que se había escurrido no sé cómo; miraba de hito en hito la cama y la habitación, perplejo e incapaz de decir o hacer algo. Se me 4
cayó la daga de las manos, que Deméneta se apresuró a recoger con precipitación. Mi padre, al verse entonces fuera de peligro, me apresa y ordena maniatarme, mientras Deméneta en el colmo de su furor grita para excitar aún más su cólera:

«—¿No es esto lo que te advertí? ¿No te previne que había que precaverse del muchacho y que tramaría algo en cuanto tuviera ocasión? Verle la cara y comprender sus intenciones, todo fue uno.

»—Sí —contestó él—, me lo advertiste; pero no podía creerlo —y entonces me sujetó con grilletes y, aunque quise hacerlo, no me consintió hablar ni explicarle la verdad.»

Al amanecer, atado, tal y como estaba, me llevó 13
ante el pueblo y dijo tras verter ceniza[27] sobre su cabeza:

«—No eran ésas, atenienses, las esperanzas con las que yo crié a este hijo. En cuanto me nació, confié en

---

[27] Toda la descripción del proceso judicial es imaginaria y no existen correspondencias con datos conocidos de la jurisprudencia ateniense: debería ser celebrado ante el Helieo, pero el vocativo del principio parece excluir esta idea; otros elementos novelescos son también el voto a mano alzada, la imposibilidad de defensa por parte del acusado, la ausencia de requisitos legales anteriores a la celebración del juicio, las penas propuestas y el número de jueces. Por lo demás, se ha apreciado influencia romana en el derecho del padre a ser ejecutor del castigo sin necesidad de juicio. Para el detalle de la ceniza, cf. *Ilíada* XVIII 23 sig.; con ello se pretende mostrar ante los jueces la grave injuria sufrida por el acusador, y es un medio destinado a captar su benevolencia.

que sería el báculo de mi vejez: le hice partícipe de una educación liberal, le enseñé las primeras letras, le introduje entre los miembros de la fratría y del genos, le inscribí en la lista de los efebos y di el informe legal que le convertía en conciudadano vuestro[28]; en definitiva, él era el ancla en quien reposaba toda mi vida.
2 Pero, teniendo en cuenta que con olvido de todo esto, en primer lugar me ha injuriado a mí con insultos y a mi cónyuge legítima, aquí presente, con golpes, y que finalmente nos ha atacado, armado y de noche, y sólo la fortuna ha impedido que se convirtiera en parricida, la fortuna, que hizo que se le cayera la daga de la mano y le contuvo gracias a un miedo inesperado, recurro ante vosotros y le entrego a la justicia. Aunque me es lícito, no he querido ser yo mismo el brazo ejecutor; dejo todo en vuestras manos, porque considero mejor encomendar a la ley el castigo de mi hijo, antes que a una muerte por mí mismo ejecutada.»

3 Así habló entre lágrimas. Gemía también Deméneta y aparentaba un enorme dolor, llamándome desgraciado; que iba a morir justa pero prematuramente; que había sido impulsado por malvadas divinidades contra los que le habían dado el ser. Pero sus conmiseraciones no eran tanto pruebas de pena cuanto declaraciones en contra mía, pues sus llantos no hacían otra cosa
4 que sancionar la veracidad de la acusación. Y como yo reclamaba que se me concediera también a mí la palabra, el secretario se acercó y me formuló una breve pregunta: si había agredido a mi padre con un arma.

«—Sí lo ataqué —dije—; pero escuchad cómo.»

Pero todos pusieron el grito en el cielo y dictaminaron que después de esa confesión ya no tenía derecho a defenderme. Sin dilación alguna, estimaron la

28 Formalidades jurídicas necesarias para convertirse en ciudadano ateniense de pleno derecho, cf. Lisias, XXX 2.

pena: unos proponían que se me lapidase, otros que se me entregara al verdugo y que se me arrojase al báratro[29]. Yo, durante todo el alboroto, y mientras votaban a mano alzada qué pena se me debía aplicar, gritaba:

«—¡Oh madrastra! ¡Por culpa de la madrastra me dan muerte! ¡La madrastra es la que me quita la vida sin juicio!»

Mis palabras hicieron caer en la cuenta a la mayoría, y muchos comenzaron a sospechar la verdad. Pero ni aun entonces pude hacerme oír, porque un tumulto incesante de gritos se había adueñado del público.

A continuación se procedió al recuento de los vo- 14
tos. Los que me habían condenado a muerte eran alrededor de mil setecientos en total: unos a que se me lapidara; otros a arrojarme al báratro; y los restantes, unos mil, precisamente los que habían dado algún crédito a las sospechas contra mi madrastra, me impusieron la pena de destierro perpetuo. Sin embargo, resultó vencedor el voto de éstos últimos, porque aunque eran menos que todos los demás juntos, no obstante el grupo de mil era superior a cada uno de los otros, que habían votado cosas diferentes entre sí.

---

[29] La lapidación era en realidad un modo excepcional de ejecución, que parece tener carácter ritual, porque sólo era usado en casos de asesinatos de consanguíneos (cf. EURÍPIDES, *Orestes* 50) o de sacrilegio (cf. EURÍPIDES, *Bacantes* 356; cf. KINKEL, *Ep. Frag.*, I 49, donde se trata de la ofensa contra la sacerdotisa Casandra; EURÍPIDES, *Ión* 1237, ofensa contra un siervo de Apolo; HERÓDOTO, IX 120, contra la cueva sagrada de un héroe; PAUSANIAS, VIII 5, 12, contra una sacerdotisa). Ver R. HIRZEL, «Die Strafe der Steinigung», *Abh. Sächs. Ges. der Wiss., Phil.-hist. Kl.* 27 (1909), 225 sigs.; FRAENKEL, nota a *Agamenón* 1616; DODDS, nota a *Bacantes* 356. — El báratro era una fosa adonde se precipitaba a los condenados a muerte (cf. HERÓDOTO, VII 133; ARISTÓFANES, *Nubes* 1450; PLATÓN, *Gorgias* 516 c).

Y así fui desterrado del hogar paterno y de la patria. Pero no quedó impune el odio de los dioses contra
2 Deméneta. Sin embargo, ya oiréis en otra ocasión cómo la castigaron; ahora debemos dormir, porque ya está la noche muy avanzada y vosotros tenéis gran necesidad de descansar.

—Bien, pero sábete —dijo Teágenes— que nos vas a afligir aún más si dejas impune en tu narración a la pérfida Deméneta.

—Pues bien, escuchad —dijo Cnemón—, si es eso lo que os agrada. Inmediatamente después del juicio, sin ningún preparativo, bajé al Pireo, encontré una nave que iba a zarpar y me embarqué en ella rumbo a Egina, porque sabía que allí estaban unos primos míos por parte de mi madre. Tras arribar y encontrar a las personas que buscaba, me quedé al principio a vivir con ellos, y su compañía no me era nada desagra-
3 dable. Diecinueve días después, bajé al puerto, dando el paseo habitual. Una chalupa acababa de llegar. Me detuve un momento a observar de dónde era y a quién traía. Aún no estaba bien ajustada la escalerilla de embarque, cuando saltó uno a tierra, vino corriendo hacia mí y me abrazó. Era Carias, uno de los que habían sido efebos al mismo tiempo que yo.

«—Cnemón —me dijo—, te traigo una buena noticia: el peso de la justicia ha caído sobre tu enemiga. ¡Deméneta ha muerto!

4 »—Seas bienvenido, Carias —contesté—, pero ¿por qué me dices con tanta prisa esta buena nueva, como si me comunicaras algo monstruoso? Dime también de qué manera, porque me espantaría la sola idea de que haya sido una muerte común, y haya escapado de la que en realidad se merecía.

»—Nunca —contestó Carias— nos abandona la justicia, como dice Hesíodo [30]. Aunque a veces parezca ser

[30] Se refiere a HESÍODO, *Trabajos y días* 197 sigs.

algo indiferente incluso a las faltas menores por su demora en castigarlas, sobre los que son tan impíos caen rápidos sus ojos: así es como ahora ha ido en busca de la malvada Deméneta. De todo lo sucedido y dicho mientras estabas tú allí estaba yo bien enterado, porque Tisbe, con quien me une, como sabes, una gran intimidad, me lo había contado. Pues bien, cuando se te impuso tu injusto destierro, tu desdichado padre, arrepentido de su acto, se mudó a una finca muy apartada, donde vivía 'devorando su corazón',
como en el verso épico[31]. En cuanto a ella, las Eri- 6
nis[32] comenzaron enseguida a atormentarla: estaba más locamente enamorada de ti que cuando te hallabas presente, y no cesaba de llorar, por ti en apariencia, pero por sí misma en realidad, de gritar «Cnemón» noche y día, y de llamarte hijo dulcísimo, y su alma. Hasta tal punto era esto así, que las conocidas que iban con frecuencia a visitarla estaban gratamente sorprendidas del hecho tan elogiable de que una madrastra diera pruebas de los mismos sentimientos que una madre, y trataban de consolarla y reconfortarla. Pero ella respondía que su desgracia era inconsolable y que las demás no podían darse cuenta del aguijón que le oprimía el corazón.

»Si alguna vez se encontraba a solas, hacía reproches continuos a Tisbe por haberla servido con tanta falta de destreza:

»—*Muy diligente* —decía —para las fechorías, pero ha sido incapaz de colaborar por conseguir mi amor; para privarme de mi amadísimo se muestra más veloz

---

[31] Cita de *Ilíada* VI 202.

[32] Diosas vengadoras y guardianas de la ley que persiguen (físicamente en época antigua, mediante los remordimientos después) las faltas cometidas, sobre todo contra los familiares; además, propician nuevas faltas en los que son objeto de su persecución, con lo que el castigo es menos ineludible.

que la palabra, pero ni siquiera me da la posibilidad de cambiar de decisión.

»Todas las señales delataban con claridad que tenía
2 un proyecto siniestro contra Tisbe. Ésta, como veía la profundidad de su cólera y la intensidad de su dolor y notaba que su dueña estaba presta a tenderle una emboscada, no menos enloquecida por el enojo que por el amor, resolvió tomar la delantera y anticiparse con una intriga maquinada por ella misma, que le procuraría su propia salvación.

»—¿Qué es eso mi dueña? —le dijo, acercándose un día—; ¿por qué echas la culpa en vano a tu pequeña criada? Siempre hasta este momento, y también ahora, he puesto mi interés por satisfacer tu voluntad. Pero si el resultado ha sido imprevisto, eso hay que achacarlo a la fortuna. Pero estoy lista, si tú lo mandas, a buscar algún medio que nos libere de estas desgracias presentes.

3 »—¿Y qué podríamos encontrar, mi querida Tisbe —dijo—, cuando el único que podría sacarme de la actual situación está lejos, y los jueces a mí me han perdido con su sorprendente clemencia? Si le hubieran lapidado, si le hubieran ejecutado, también mi pasión habría muerto para siempre. El alma, en efecto, aleja de sí aquello en lo que deja de tener esperanza, y el saber que las ilusiones ya nunca se van a cumplir hace
4 que remita el dolor en el corazón enfermo. Ahora, en cambio, sufro alucinaciones en las que creo verle, mi oído se engaña y siente su presencia, y las censuras que hace su voz contra mi injusta trampa me llenan de vergüenza. A veces supongo que va a entrar a ocultas para reunirse conmigo y acceder a mis inclinaciones, o que yo misma voy a ir a visitarle dondequiera que esté: esto es lo que aviva mi fuego, lo que me enloque-
5 ce hasta el extremo. ¡Justo es, oh dioses, mi castigo! ¿Por qué no se lo dije con rodeos, en lugar de ponerle

emboscadas? ¿Por qué no le supliqué, en lugar de acosarle? Me rehusó la primera vez; pero ¡con toda la razón!: yo era una extraña, y él respetaba naturalmente el lecho de su padre; posiblemente el tiempo le habría disuadido, y gracias a la persuasión habría transformado sus sentimientos hacia mí. Sin embargo yo, salvaje y cruel, no como una amante sino como una dueña tiránica, exageré hasta el extremo más terrible el hecho de que no atendiera a mi orden y que desdeñara a Deméneta, ¡a pesar de exceder en mucho su belleza a la mía! Pero, dulce Tisbe, ¿a qué liberación 6
te estabas refiriendo?

»—A una sencillísima, mi dueña —dijo ella—. Todos creen que Cnemón ha salido en secreto de la ciudad y ha partido de Ática, obedeciendo a la sentencia; pero yo, que me meto en cualquier aprieto por complacerte, he logrado saber que está en un sitio muy próximo a la ciudad. Seguro que has oído hablar de Arsínoe la flautista; con ella tenía él trato. Después del fatal acontecimiento, la joven le ha hospedado y, con la promesa de que va a emigrar con él, lo mantiene oculto en su casa, mientras termina de preparar el equipaje.

»—¡Qué dichosa es Arsínoe! —dijo entonces Demé- 7
neta—; ella ya tenía antes relaciones con Cnemón, y ahora le va a acompañar en su inminente destierro. Pero, ¿en qué nos concierne todo eso?

»—En mucho, mi dueña —replicó—. Voy a fingir yo estar enamorada de Cnemón y a pedir a Arsínoe, que por su oficio es antigua conocida mía, que me deje entrar por la noche, reemplazándola, donde está él. Si esto sale bien, en tus manos estaría hacerte pasar por Arsínoe y visitarle en lugar de ella. De mi cuenta 8
corre procurar que él se acueste un poco bebido. Si consigues tu propósito, lo más natural es que quedes libre de tu amor. Pues a muchas mujeres les ha sucedido que, después de la primera prueba, se les ha apa-

gado el apetito. Y es que la realización del acto produce hastío del amor. En el caso de que se mantenga firme —el cielo nos libre—, ya habrá, como se dice, un segundo barco y se nos ocurrirá otra idea[33]. Pero por ahora cuidémosnos del presente.

16 »Recibió Deméneta con elogios este plan y suplicó que pusiera toda su prisa en la ejecución. Ella, tras obtener de su dueña la concesión de un día de plazo para llevarlo a cabo, fue a casa de Arsínoe y le dijo:

»—¿Conoces a Teledemo? —ante su respuesta afirmativa, continuó ella—: Hospédanos hoy; es que le he prometido acostarme con él. Él vendrá primero; yo, después de dejar en la cama a mi señora.

2 »Corrió inmediatamente hacia la finca a ver a Aristipo y le dijo:

»—Mi señor, he venido a acusarme a mí misma; haz conmigo lo que te plazca. Has perdido a tu hijo en parte por mi culpa, porque sin querer he sido cómplice. La razón es que cuando me enteré de que mi dueña no llevaba una vida recta, sino que mancillaba tu lecho, como tenía miedo de que me sobreviniera una desgracia si el asunto se descubría por parte de otra persona, pero como a la vez sentía un gran dolor por ti, porque después de tratar con tales deferencias a tu cónyuge te daba ese pago, sólo me atreví a contárselo a mi joven señor. No tuve la osadía de declarártelo yo misma y, por eso, fui a su habitación por la noche, para que nadie se enterara, y le dije que ha-
3 bía un burlón que se acostaba con la dueña. Él, que, como sabes, tenía ya de antes motivos para estar enfadado con ella, creyó entender que era en ese momento cuando el adúltero estaba en casa. Lleno de una ira irrefrenable, empuñó una daga. Intenté contenerle de

[33] Proverbio que se encuentra, por ejemplo, en PLATÓN, *Fedón* 99 c.

muchas maneras, traté de explicar que no me había referido a ese momento precisamente; pero él no atendía, o quizá sospechó que yo me estaba echando atrás, y se lanzó como un loco hacia la alcoba. Lo demás, ya
lo conoces. Ahora hay una oportunidad, si quieres, de 4
disculparte ante tu hijo, aunque él está ya desterrado, y de dar castigo a la que os ha agraviado a vosotros dos. Pues hoy pienso mostrarte a Deméneta acostada con el adúltero, y además, en una casa ajena y fuera de la ciudad.

»—Pues si pudieras demostrar eso —contestó Aris- 5
tipo—, te aseguro la libertad como recompensa. En cuanto a mí, sin duda recobraría la vida, si logro vengarme de mi enemiga. Hace tiempo que no dejo de consumirme y, aunque tenía sospechas de la verdad del asunto, no he hecho nada por falta de pruebas. Pero ahora, ¿qué hay que hacer?

»—¿Conoces el jardín —repuso ella— donde está el monumento de los epicúreos? Ve allí al atardecer y espérame[34].

»Nada más decir esto, salió corriendo y fue a ver a 17
Deméneta.

»—Arréglate —le dijo—. Conviene que vayas un poco insinuante. Todo lo que te prometí lo tengo dispuesto.

---

[34] Este jardín, legado por Epicuro a sus herederos para que éstos lo entregaran a sus discípulos y fuera lugar de reunión y centro de la escuela epicúrea (vid. Diógenes Laercio, X 10, 7 sig.), estaba fuera de Atenas, probablemente cerca de la Academia (vid. M. L. Clarke, *Phoenix* 27 [1973], 386 sig.). C. Memmio, a quien, por un decreto del Areópago, fueron atribuidas estas posesiones en el 51 a. C. tuvo el proyecto de construir una casa allí (Cicerón, *Cartas a los familiares* XIII 1), pero aún en el tiempo de Séneca subsistían el jardín y la casa de Epicuro (Séneca, *Cartas a Lucilio* XXI 10); en este lugar se daba asilo a todo el que lo pidiera.

»Ella la estrechó entre sus brazos y actuó en todo tal y como le había dicho. Ya al atardecer, Tisbe fue a
2 recogerla y la condujo al lugar concertado. Cuando ya estaban cerca, le dijo a su señora que se detuviera un instante. Se adelantó y pidió a Arsínoe que se mudara a otra habitación y que le diera un tiempo, porque, según dijo, el muchacho se había iniciado recientemente en los misterios de Afrodita y todavía se ruborizaba. Después de haberla convencido, regresó y acompañó a Deméneta; la hizo entrar, le dijo que se acostara y se llevó el candil, en apariencia para evitar que tú la reconocieras, ¡tú, que estabas viviendo en
3 Egina! Le recomendó primero que satisfaciera su apetito en silencio y luego le dijo:

»—Voy a buscar al joven; enseguida vuelvo con él: está bebiendo ahí, en casa de unos vecinos.

»Sale en secreto, encuentra a Aristipo en el lugar convenido y le apremia para que se presente y prenda al adúltero. Él la acompañó y al llegar a la habitación irrumpe en ella, logrando a duras penas y sólo gracias a la débil claridad de la luna descubrir la situación del lecho.

»—¡Te tengo —exclamó—, odiosa enemiga de los dioses!

4 »Tisbe, al instante, mientras él decía esto, se puso a meter el mayor ruido posible con las puertas y a exclamar a grandes gritos:

»—¡Imposible! Se nos ha escapado el adúltero —y a advertir—: ¡Cuidado, mi señor, no vayas a dar el segundo resbalón!

»—¡Confianza! —dijo él—. Ya tengo a la criminal, a la que más ganas tenía de prender.

»Y aprehendiéndola, la condujo camino de la ciu-
5 dad. Ella, que, como es natural, se imaginó todo lo que le sobrevenía a la vez: el fracaso de sus esperanzas, la deshonra para el futuro, el castigo de las leyes,

y que además iba afligida por haberse dejado capturar inocentemente y enfurecida por haberse dejado engañar, al llegar por el paraje donde está el pozo que hay en las inmediaciones de la Academia (tú lo recordarás bien: donde los polemarcos celebran el sacrificio ritual en honor de los héroes)[35]; entonces, pues, se soltó violenta y súbitamente de las manos del anciano y se precipitó en él de cabeza. Quedó la miserable tendida 6
miserablemente.

»—¡Ya has pagado tu castigo —dijo Aristipo—, sin esperar al de las leyes!

»Al día siguiente, puso en conocimiento de la asamblea popular el suceso y, apenas obtenido el perdón, fue visitando a todos los amigos y conocidos, para ver si conseguía tu indulto y tu regreso. Si hay ya algún resultado práctico sobre esto, no puedo decírtelo; pues yo salí previamente de la ciudad, como ves, para un asunto particular que me reclamaba aquí. Lo único que sé es que hay que mantener la esperanza: yo creo

---

[35] El jardín del héroe Academo, situado al borde del Cefiso, en el noroeste de Atenas, había estado consagrado en principio a Atenea, luego a Academo, que, según la leyenda, había ayudado a Cástor y Pólux a recobrar a Helena, raptada por Teseo (cf. Plutarco, *Teseo* 32, 3-4; vid. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, pág. 384). En este jardín, famoso gracias a Platón, se celebraban cultos públicos en honor de Academo y de los atenienses muertos por la patria; por eso, al igual que en los demás jardines dedicados a los cultos funerarios, debía haber un pozo con agua, necesaria para los ritos religiosos. Los héroes a los que aquí se hace referencia son Harmodio y Aristogitón, los asesinos de Hiparco, el tirano, pues, según Aristóteles, *Constitución de Atenas* LVIII 1, los polemarcos deben, entre otras funciones, organizar los sacrificios funerarios en honor de los muertos por la patria y, en particular, de Harmodio y Aristogitón, los tiranicidas.—Es preciso hacer notar que Heliodoro menciona sólo lugares de Atenas que son ampliamente conocidos.

que el pueblo accederá a tu vuelta y que tu padre, como ha prometido, vendrá a buscarte.

18 »Éstas son las noticias que me dio Carias. Lo que ocurrió a continuación, cómo llegué aquí, qué avatares he tenido; todo eso requeriría un relato más largo y más tiempo a nuestra disposición.»

Lloraba Cnemón mientras tanto. Lloraban también los extranjeros, por las penas de Cnemón aparentemente, pero en realidad cada uno por el recuerdo de las propias [36]. Y no habrían cesado de gemir, si no hubiera sido porque el sueño que el placer de los llantos pro-
2 vocaba detuvo sus lágrimas. Así ellos se durmieron.
Tíamis, que así se llamaba el jefe de los bandidos, tras descansar tranquilamente la mayor parte de la noche, fue perturbado por un sueño, varias veces repetido, que terminó por despertarle sobresaltado. No pudiendo encontrar una explicación, se mantenía en
3 vela con sus pensamientos. En efecto, a la hora en que cantan los gallos (bien sea, como se dice, por un instinto que les mueve a saludar a la divinidad, a consecuencia de la sensación física que les produce el retorno del sol hacia nosotros; bien sea, porque el calor les despierta, y las ganas de rebullir y comer pronto les mueven a despertar a todos los de la casa y a llamarlos al trabajo con este pregón particular) la divi-
4 nidad le envió el siguiente sueño. Le pareció que llegaba a Menfis, su ciudad natal, y al templo de Isis [37]; todo

---

[36] Cita aproximada de HOMERO, *Ilíada* XIX 301-2: las cautivas troyanas de los griegos se ven obligadas a llorar la muerte de Patroclo, pero en realidad lloran más bien su propio infortunio. La escena se hizo proverbial y aparece además en AQUILES TACIO, II 34, 7, y CARITÓN, VIII 5, 2.

[37] El templo de Isis en Menfis es ya mencionado por HERÓDOTO, II 176 (también aparece en JENOFONTE DE ÉFESO, V 4, 6). En la fiesta dedicada a Sérapis que se describe en AQUILES TACIO, V 1, los ritos se desarrollan asimismo con antorchas y sacrificios ofrecidos en el exterior del templo.

estaba completamente iluminado por el fuego de las antorchas; los altares y los hogares estaban colmados de víctimas de todas las especies, empapadas de sangre; los pórticos de entrada y las galerías exteriores del templo estaban totalmente repletos de gente, que llenaba todo de un ruido y un alboroto confusos. Cuando hubo entrado en el templo propiamente dicho, la diosa le salió al encuentro de la mano de Cariclea y le dijo:

—Tíamis, te entrego a esta doncella. La tendrás y no la tendrás. Pero cometerás una injusticia y asesinarás a tu huésped; mas ella no será asesinada.

Esta visión le sumió en la más absoluta perplejidad 5
y no dejaba de dar vueltas acá y allá sobre su significado. Por fin desistió y adoptó la interpretación que mejor se acomodaba a su capricho. Supuso que con «la tendrás y no la tendrás» se refería a que la tendría como mujer, no como doncella; «la matarás», su imaginación lo atribuyó a las heridas contra su virginidad, a resultas de las cuales Cariclea no moriría.

Así es como interpretó el sueño, con sus deseos 19
como guía. Al alba, dijo a los principales de sus súbditos que vinieran, dio la orden de exponer el botín, que pomposamente él llamaba despojos tomados de los vencidos[38], e hizo venir a Cnemón con el encargo de traer también a los que estaban bajo su custodia.

—¿Cuál es la fortuna que se nos va a deparar? 2
—gritaban éstos, mientras los iban conduciendo, y suplicaban a Cnemón con insistencia que los socorriera, si podía.

Él se lo prometió y trató de exhortarles a tener buen ánimo, garantizándoles que el jefe de los bandidos

---

38 El primer término griego expresa el botín en general, como el que puede ser el tomado por unos ladrones; el segundo es épico y poético, y se refiere sobre todo al capturado ante un enemigo derrotado.

no era en absoluto un salvaje de costumbres bárbaras, sino incluso algo civilizado, porque pertenecía a una familia ilustre, pero las circunstancias le habían for-
3 zado a escoger su actual género de vida. Así fueron conducidos hasta llegar adonde estaban reunidos todos. Tíamis avanzó, se sentó en un elevado pedestal, estableció esa isla como lugar de la asamblea y, después de ordenar a Cnemón que tradujera sus palabras a los extranjeros (éste ya comprendía la lengua egipcia, pero Tíamis aún no dominaba a la perfección el griego), tomó la palabra y dijo:

—Camaradas de armas, conocéis de siempre mis
4 sentimientos hacia vosotros. Pues yo, como sabéis, hijo de un sacerdote[39] de Menfis; que perdí mi dignidad sacerdotal al retirarse mi padre, a causa de los delitos y el robo de mi hermano menor; que me refugié aquí con vosotros con la intención de vengarme y recuperar mis privilegios; y a quien vosotros habéis juzgado digno de ser vuestro caudillo; yo, pues, hasta la fecha, desde que vivo con vosotros, nunca me he atribuido mayor cantidad en el botín que los demás: si se trataba de la distribución de riquezas materiales, me complacía con un reparto a partes iguales; si se trataba de la venta de unos presos, ponía el importe a disposición de la comunidad. Y esto lo he hecho por considerar que el jefe bueno y auténtico debe correr el mayor riesgo en la acción, pero en cambio conten-
5 tarse con una parte igual en los resultados. En cuanto a los capturados, a los varones que podían sernos útiles por su vigor corporal, los he reclutado para nosotros; a los que eran más débiles, los he vendido y me he desprendido de ellos; de las mujeres, sin haber intentado nunca un ultraje contra ninguna, a las naci-

---

[39] Literalmente, «profeta», que es el título genérico de los sacerdotes egipcios.

das de familias nobles las he ido soltando mediante
recompensa o por pura lástima de su desgracia, y a las
de rango inferior o a las que les obligaba a ser esclavas
no tanto su condición de cautivas, como el hecho de
haberlo sido siempre, las he ido repartiendo para cada
uno, como criadas. En lo que hace al momento pre- 6
sente, una sola cosa os pido del botín: a esta mucha-
cha extranjera que está aquí; pues, aunque tengo la
posibilidad de asignármela directamente, creo que es
mejor hacerme cargo de ella, previo el consentimiento
de la comunidad, ya que, además, sería una tontería
por mi parte apoderarme de la prisionera y lograrlo
de modo bien visible contra la voluntad de mis ami-
gos. Pero os lo pido, no como un favor gratuito, sino 7
a trueque de no participar en nada del resto de nues-
tra presa. Y la razón de todo esto es que, como el
linaje sacerdotal desdeña el amor vulgar de Afrodi-
ta[40], he decidido la conveniencia de que ésta sea para
mí; no con la finalidad del placer, sino con la de que
me nazcan herederos.

Y quiero también daros cuentas de la causa de mi 20
elección. En primer lugar, me parece que es de buen
linaje: lo deduzco a juzgar por la gran riqueza hallada
en torno de ella y por el hecho de que no ha sucum-
bido ante sus desgracias actuales, sino que desde un
principio mantiene un alto espíritu ante los avatares.
Por otra parte, calculo que su alma es buena y 2
honesta: pues si ella, cuya hermosura es inigualable,
infunde con el pudor de su mirada moderación y res-
peto en quienes la ven, ¿cómo no va a inspirar proba-
blemente la idea más fantástica sobre sí misma? Y
lo más importante de todo lo que os he dicho es que

[40] Probable alusión a la teoría platónica de las dos Afroditas, tal como se expone en *Banquete* 180 d sigs., en boca de Pausanias, con la diferencia entre la Afrodita «vulgar» y la «celeste».

me parece evidente que es la sacerdotisa de algún dios: ni en las peores calamidades, cree lícito quitarse la indumentaria sagrada ni la corona.

21 Por todo lo cual, ¿qué matrimonio, oh presentes, puede haber más concorde que el de un sacerdote con una sacerdotisa?

Todos acogieron con vítores su discurso y le desearon los mejores auspicios para su boda. Entonces volvió a tomar la palabra y dijo:

—Os agradezco vuestro favor; pero también sería conveniente preguntar a la muchacha su opinión en
2 este asunto. Si hiciera uso del derecho que me da mi autoridad, sería del todo suficiente el quererlo yo; porque a quien le es posible obligar, preguntar le resulta superfluo. Ahora bien, en una boda es necesario el consentimiento de ambos. —Y dirigiéndose a ella, le preguntó expresamente—: ¿Cuál es, pues, tu opinión acerca de nuestra boda? —al tiempo que le pedía explicaciones sobre su identidad y su familia.

3 Fijó ella la vista en el suelo durante largo rato, mientras sacudía repetidamente la cabeza, como buscando las palabras y poniendo en orden sus ideas. Finalmente, levantó la mirada hacia Tíamis, hiriéndole más que nunca con los rayos de su belleza: las reflexiones habían hecho enrojecer sus mejillas más de lo habitual, y su expresión se había vuelto vigorosa y vehemente [41]. Y comenzó a hablar, con Cnemón como intérprete:

---

[41] La respuesta de Cariclea es, en gran medida, una reproducción de los discursos falsos que Ulises pronuncia en *Odisea* XIII 256 sigs. y XIV 192 sigs.; en ambos casos se trata de discursos mendaces, y es notorio además que al comenzar se ponga énfasis en la concentración del que va a hablar, expresada mediante ciertos gestos. Por lo demás, el tema de la tempestad que desvía los barcos es idéntico, y el ataque de los marineros puede estar inspirado en *Odisea* XIV 339 sigs.

—Más cuadraba tomar la palabra a mi hermano Teágenes, aquí presente, pues lo decoroso es a mi juicio que la mujer guarde silencio y que sea el hombre quien responda en una reunión de hombres[42].

Mas, como me dais permiso para hablar y me 22
ofrecéis como primera prueba de generosidad el intentar obtener una cosa que es justa mediante la persuasión, antes que con la violencia, y sobre todo teniendo en cuenta la circunstancia de que la totalidad de vuestras proposiciones se refieren a mí, me veo obligada a salirme de mis propios hábitos y de los de una doncella, y a responder al vencedor a su pregunta acerca de mi matrimonio, en presencia, además, de una asamblea tan numerosa. Acerca de nosotros, esto es lo 2
que hay que decir: somos jonios de origen, hemos nacido en una familia principal de Éfeso y tanto nuestro padre como nuestra madre son ricos. Como estas son las condiciones que la ley marca para ser sacerdote, yo fui elegida sacerdotisa de Ártemis, y mi hermano, aquí presente, de Apolo[43]. Esta dignidad es anual, y cuando se cumplió nuestro turno, íbamos a ir con una embajada sagrada a Delos, donde pensábamos organizar certámenes musicales y deportivos, al depo-

42 Sobre el natural recato que deben observar las mujeres, los testimonios antiguos son muy abundantes: cf. Sófocles, *Ayax* 293; Eurípides, *Los Heraclidas* 476; Aristóteles, *Política* 1260 a 30, etc.

43 En el discurso LVII 46 del *corpus* demosténico también aparece la necesidad de pertenecer a un alto linaje como requisito para ejercer una función de sacerdote. Por lo demás, la presencia de Éfeso y Ártemis en las novelas griegas es habitual. El santuario de Apolo en Delos, centro de la liga marítima ática durante el siglo v a. C., época en la que se desarrolla la acción de la novela, gozaba de gran reputación, y en él se celebraban anualmente juegos deportivos y concursos. Notar que nuevamente, aunque sólo se trate de un relato ficticio de Cariclea, los héroes de la trama son presentados como sacerdotes de Apolo y Ártemis respectivamente.

ner nuestras funciones sacerdotales, según es tradicio-
3 nal. Se mandó cargar una nave mercante de oro, plata,
telas y todo lo demás que estaba destinado a abastecer
los concursos y el banquete público, y zarpamos. Nues-
tros padres se quedaron en casa, a causa de su avan-
zada edad y por miedo de una navegación por alta mar,
pero nos acompañó un gran número de nuestros con-
ciudadanos: unos embarcaron en nuestro propio navío
4 y otros emplearon esquifes particulares. Cuando ya
faltaba poco para poner término a nuestra travesía,
sobrevino de repente un gigantesco oleaje, un furioso
viento contrario se levantó, y violentos huracanes re-
vueltos comenzaron a caer sobre el mar con tormen-
tosos truenos y rayos. La nave se desvió inmediata-
mente de su ruta, el piloto hubo de ceder ante tan
extraordinaria tempestad, y la violencia del temporal
le obligó a abandonar la dirección, encomendando el
timón a la fortuna. Fuimos conducidos a la deriva por
un incesante viento, que sopló siete días y otras tantas
noches, hasta encallar en la costa donde nos capturas-
5 teis y visteis aquella gran mortandad. Pues los mari-
nos, durante el banquete que celebrábamos por nues-
tra salvación, nos atacaron y trataron de darnos muerte
para hacerse con las riquezas. En medio del fragor de
los que mataban y eran matados[44], conseguimos la
victoria con grandes males y a costa de la perdición
de todos nuestros amigos, así como la de los enemigos.
De todos en total, sólo nosotros (¡ojalá nunca hubiera
sucedido así!) nos salvamos, restos lamentables, que
el único bien que hemos tenido entre tanto mal ha sido
el que un dios nos ha concedido al ponernos en vues-
tras manos; gracias a ello, a quienes antes temían su
muerte se les permite ahora decidir acerca de un
matrimonio, al que yo no estoy dispuesta a negarme

[44] Reminiscencia homérica: *Ilíada* IV 451.

de ninguna de las maneras. Honrar a una cautiva con 6
el lecho del vencedor sobrepasa toda dicha, y conver-
tir a una muchacha consagrada a los dioses en legítima
esposa del hijo de un sacerdote, que dentro de poco
con el consentimiento de la divindad será a su vez
sacerdote, es prueba definitiva de la tutela divina de
que goza esa doncella. Una sola cosa te pido que me
concedas, Tíamis: permíteme primero ir a la ciudad
o dondequiera que haya un altar o un templo de Apolo
a despojarme de la dignidad sacerdotal y de sus atri-
butos. Lo mejor sería ir a Menfis cuando tú recuperes 7
la prerrogativa del sacerdocio. Así, además, la boda
estaría rodeada de mayor alegría, si va unida a la vic-
toria y se celebra como coronación de tus éxitos. Pero
si quieres que sea antes, en tus manos dejo la elec-
ción, con tal de que previamente se hayan cumplido
los ritos de mi patria. Y sé que vas a asentir, porque
desde la infancia estás, como afirmas, dedicado a lo
sagrado, y veneras con sumo interés y piedad a los
dioses.

Cesaron entonces sus palabras y comenzaron sus lá- 23
grimas. Todos los asistentes elogiaron su propuesta,
aconsejaron a Tíamis hacerlo así y manifestaron con
sus gritos estar dispuestos para contribuir a su ejecu-
ción. Tíamis también lo aprobaba, en parte con gusto
y en parte a disgusto: por un lado, su pasión por Ca- 2
riclea hacía que incluso el momento presente le pare-
ciera una demora infinita; por otro lado, sus palabras
le habían fascinado, como las de una sirena, obligán-
dole perentoriamente a obedecer. Al mismo tiempo,
relacionaba estos hechos con su visión en sueños y
confiaba en que realmente su matrimonio se celebraría
en Menfis. Disolvió la asamblea tras la distribución del
botín, en la que obtuvo escogidos premios que los de-
más le habían cedido voluntariamente.

24 Les encargó que nueve días después estuviesen pres-
tos para partir hacia Menfis. Designó para los griegos
la misma cabaña de antes y dio nuevamente a Cnemón
la orden de compartirla con ellos, nombrado ya no
como guardián, sino a partir de entonces como com-
2 pañero. Tíamis les obsequiaba con un género de vida
más muelle que el suyo y a veces llegaba a hacer a Teá-
genes comensal suyo por deferencia a su hermana. En
cuanto a Cariclea, había decidido no verla casi nunca,
para evitar que la contemplación fuera llama que
apremiase su deseo y para no verse obligado a trans-
3 gredir las disposiciones de todos conocidas. Por esto
Tíamis ponía excusas para no ver a la muchacha, con-
siderando cosa imposible mirarla y saber comportarse.
Cnemón, en cuanto todos hubieron marchado y cada
uno estuvo oculto en un sitio diferente del lago, se
puso en camino no lejos de la marisma, en busca de la
hierba que había prometido a Teágenes el día anterior.

25 Teágenes, aprovechando este momento de libertad
que su ausencia le concedía, comenzó a llorar y a ge-
mir; sus palabras no iban dirigidas a Cariclea, sino
que eran invocaciones continuas a los dioses, a quienes
2 ponía por testigos. Al preguntarle ella si se lamentaba
como siempre de sus comunes desgracias, o si le había
ocurrido algo nuevo, respondió Teágenes:

—¿Qué novedad más inaudita podría haber y qué
cosa más ilícita que el hecho de que Cariclea viole to-
dos los pactos y juramentos y dé su consentimiento,
olvidándose de mí, a casarse con otro?

3 —Guarda silencio —dijo la muchacha—; no sean
para mí tus quejas motivo aún mayor de pesar que
nuestro infortunio; no receles de unas palabras opor-
tunas, dichas por el interés del momento, cuando tie-
nes ya tantas y tan grandes pruebas pasadas de mi
fidelidad. Si no, va a suceder lo contrario, y tú serás
más bien quien parezca que ha cambiado de sentimien-

tos, antes de encontrar que yo he cambiado. Pues yo 4
no niego mi desdicha, pero de lo que sí estoy segura es de que no hay ninguna violencia, por grave que sea, que pueda disuadirme a abandonar mi virtud: en una sola cosa sé que no me he moderado, en la pasión que por ti siento desde el principio; pero aún así, es legítima. Pues no me he entregado, como mujer que accede a su amante, sino que me he comprometido a un marido; por eso me he mantenido pura hasta el momento y me he guardado de relaciones contigo, rechazando a menudo tus tentativas y velando con suma y perenne atención para que el matrimonio convenido y concertado con todos los juramentos se convirtiera en realidad consagrada por las leyes[45]. ¿Cómo no va a ser 5
entonces un absurdo que tú creas que prefiero a un bárbaro en lugar de a un griego, a un bandido antes que a mi amado?

—Mas, ¿qué pretendías —preguntó Teágenes— con aquel bello discurso? Porque fingir que yo soy herma- 6
no tuyo es una treta extraordinariamente hábil para alejar de Tíamis cualquier suspicacia en contra de nosotros y nos permite estar juntos sin temor. Comprendí también que lo de Jonia y lo del desvío del viaje a Delos eran velos de la verdadera realidad que inducían claramente a error a los oyentes.

Pero aceptar el matrimonio con tal presteza, pro- 26
meterlo expresamente y señalar el momento indicado, de eso es de lo que no pude ni quise imaginar el significado: ¡sólo supliqué que se me enterrara antes que ver ese final para las fatigas y esperanzas que por ti he tenido!

---

45 La pureza de los protagonistas, elemento genérico de la novela griega, tiene aquí, como se apreciará en el transcurso, un contenido religioso; gracias a ella, los héroes alcanzarán el sacerdocio del Sol y la Luna, los dioses puros por antonomasia.

2 —¡Con cuánto placer —dijo Cariclea, mientras le estrechaba entre sus brazos, y entre miles de besos le empapaba con sus lágrimas— recibo esos temores que tienes por mi causa! Bien se ve por ellos que las múltiples desgracias no han hecho que te encojas en tu amor por mí. Sin embargo, Teágenes, sábete bien que ni siquiera podríamos estar ahora conversando,
3 si no hubiera sido por esas promesas. Una oposición obstinada aumenta, como sabes, la tenacidad del que domina la situación, si su deseo es impetuoso; en cambio, una palabra que cede y se acomoda con presteza a su voluntad amansa el ardor del primer impulso y lo adormece con la dulzura de la promesa. Pues, a mi parecer, los que tienen un amor un tanto rústico creen que la primera prueba de correspondencia es el compromiso y, cuando lo tienen, se consideran dueños y viven con más tranquilidad, dejándose mecer por la
4 esperanza. Con esta previsión he concertado mi boda de palabra, encomendando el porvenir a los dioses y en particular al espíritu que ha recibido el encargo de tutelar nuestro amor: con frecuencia un único día, y dos más a menudo, dan medios para la salvación, y los avatares suelen procurar lo que los hombres son incapaces de descubrir con infinitas reflexiones. Con esta idea precisamente logré aplazar un peligro inminente,
5 para esquivar lo cierto con lo incierto. Hay que guardar, pues, mi dulce amado, esta ficción como un arma, y hay que mantenerla en secreto a todos absolutamente, incluido el propio Cnemón; bien es verdad que es bondadoso con nosotros y que se trata de un griego, pero, como es normal en un cautivo, siempre preferirá complacer a su dueño, si se le presenta la ocasión.
6 Ni una amistad duradera ni los vínculos de parentesco nos dan seguridad inequívoca de su lealtad hacia nosotros; por eso, aunque vislumbre alguna sospecha de lo que realmente somos, hay que negarlo inmediata-

mente: bella es también a veces la mentira, cuando aprovecha a quien la dice sin dañar en nada a quien la oye[46].

Mientras Cariclea hacía estas y otras sugerencias 27
semejantes, dirigidas todas en su mayor interés, entró corriendo Cnemón a toda prisa, con numerosas muestras visibles de gran turbación, y dijo:

—Teágenes, te he traído la hierba; aplícala en las llagas para curarlas; ahora hay que estar preparados
para otras heridas más graves, quizá la muerte. —Le 2
pidieron que explicara con más claridad lo que pretendía decir, pero él dijo—: No es éste el momento de escuchar, pues se corre el peligro de que los hechos se anticipen a las palabras. Sígueme inmediatamente y que nos acompañe también Cariclea.

Los tomó consigo y los llevó a presencia de Tíamis,
a quien encontró limpiando el yelmo y afilando la 3
jabalina.

—A buen tiempo —le dijo— estás con las armas. Póntelas y ordena a los demás hacer lo mismo. Numerosas tropas enemigas, como nunca habían atacado hasta ahora, nos rodean y están tan cerca, que las he visto asomar por encima de esa loma vecina. He venido a la carrera para advertirte antes de que ataquen; pero, mientras navegaba hacia aquí, sin aflojar la marcha, he ido pregonando la noticia a cuantos he podido, para que se aprestaran.

Ante esto, se levantó Tíamis de un salto: 28

—¿Dónde está Cariclea? —preguntó, con más miedo por ella que por sí mismo.

---

[46] Conviene notar que tanto Teágenes como Cnemón, que en ciertos aspectos es un trasunto del héroe principal, hacen gala de una ingenuidad sin límites; Hidaspes, el rey de Etiopía, se revelará también (X 18, 3; 20, 1) bastante lento para comprender la situación. Frente a éstos, los personajes femeninos se caracterizan en general por su fina astucia.

Cnemón le señaló a aquélla, que, por respeto, se hallaba retirada junto al umbral cercano.

—Cógela —dijo a Cnemón en voz baja— y llévala a la cueva donde tenemos firmemente guardados nuestros tesoros; una vez la hayas depositado, buen amigo, coloca encima como siempre la piedra que tapa la boca y regresa cuanto antes. Yo me ocuparé de la batalla.

Mandó a su escudero que le trajera una víctima para hacer un sacrificio a los dioses del lugar antes de
2 emprender el combate. Cnemón entretanto cumplió la orden: llevó a Cariclea, que caminaba entre continuos lamentos y volvía continuamente la cabeza hacia Teágenes, y la depositó en la gruta. Ésta no era obra de la naturaleza ni una de las muchas cuevas que se abren espontáneamente en la superficie o bajo tierra, sino artificio de los bandidos que imitaba lo natural, y galería excavada por manos egipcias, minuciosamente ahuecada para la custodia del botín.

29 Estaba hecha del siguiente modo: tenía una boca angosta y oscura, disimulada bajo la puerta de una habitación secreta, de modo que la propia piedra del umbral era a su vez una entrada que permitía la bajada a quien quisiese. Esta piedra encajaba bien, y se abría y cerraba con facilidad. A partir de allí, la galería estaba dividida en diversos canales tortuosos, ho-
2 radados sin ningún orden. En efecto, los caminos y los surcos que llevaban a las profundidades, bien se perdían cada uno por un lado con gran artificiosidad, bien venían a dar unos en otros y, trenzados como si fueran la raíz de un árbol, desembocaban reunidos en una amplia estancia al fondo, sobre la que caía una claridad confusa, procedente de un agujero prac-
3 ticado en la superficie de la marisma. Allí bajó Cnemón a Cariclea; y a continuación, atravesó las galerías hasta llegar al extremo, conduciéndola de la mano, porque

él la conocía bien. Después de darle buenos ánimos y
reconfortarla, en particular con la promesa de que al
anochecer la visitaría con Teágenes, a quien no consen-
tiría entablar combate con los enemigos, porque le
haría escapar de la batalla, salió de la caverna y la
abandonó allí, sola, sin pronunciar palabra, golpeada
por una desgracia sólo comparable a la muerte, pri-
vada de Teágenes como de su alma, sin aliento y en
silencio. Cnemón volvió sobre sus pasos hasta la pie- 4
dra del umbral, entre lágrimas por sí mismo, a causa
de la orden que se había visto forzado a ejecutar, y
también por ella, a causa de su infortunio, porque de
algún modo él la había enterrado viva y por haber
entregado a la noche y a las penumbras al ser más
luminoso que existía entre los humanos, a Cariclea.
Salió y se encaminó corriendo hacia donde estaba Tía-
mis. Le encontró enardecido para la batalla, espléndi-
damente armado, al igual que Teágenes, justo cuando
se disponía a arengar y estimular el furor de los que
ya se habían reunido en torno suyo. En efecto, se 5
detuvo en el centro y comenzó a hablar:

—Camaradas de armas, no hace falta, ya lo sé, ex-
hortaros con largas arengas; ninguna necesidad tenéis
de que os lo recuerde, pues vosotros mismos juzgáis
que la guerra es nuestra vida de cada instante, sobre
todo ahora que un ataque enemigo inopinado corta de
raíz y hace superfluas las palabras. Pues cuando el
enemigo está ya en plena acción, no defenderse igual-
mente con rapidez es propio tan sólo de quienes faltan
a su deber. Sabedores, pues, de que no se trata de 6
nuestras mujeres e hijos, consideración que por sí
misma basta a la mayoría como el mayor acicate para
la batalla (porque esto hoy tiene menor importancia
para nosotros ya que las únicas ventajas que podemos
tener serán las que la victoria nos pueda reportar), sino
por nuestra propia existencia y nuestra vida (porque

nunca una guerra de bandidos ha acabado con convenios ni tuvo su final en treguas, sino que es fuerza que sobrevivan si son vencedores o mueran si son derrotados) entablemos así combate con nuestros enemigos más odiados, teniendo el alma y el vigor bien afilados.

30 Tras decir esto, fue buscando a su escudero con la mirada y llamándole repetidas veces por su nombre, Termutis. Como no aparecía por ningún sitio, se dirigió en veloz carrera a la barca, profiriendo contra él numerosas amenazas. La batalla había estallado ya, y se podía divisar a lo lejos a los habitantes del extremo de la marisma, en la parte de la entrada, presos ya de
2 los enemigos. Pues los atacantes habían prendido fuego a las cabañas y las chalupas de los que iban cayendo o se entregaban a la fuga; las llamas fueron extendiéndose hasta la cercana zona pantanosa y al hacer presa en el cañaveral que por allí había, espeso y abundante, la llamarada produjo un resplandor indescriptible e insoportable para los ojos, y el crepitar,
3 un ruido intolerable para el oído. Todo género de batalla se podía ver y oír; los moradores oponían una resistencia tenaz y vigorosa, pero los otros, muy superiores en número y con la ventaja además que les daba el ataque por sorpresa, llevaban la mejor parte, y a unos los eliminaban por tierra, mientras a otros los hundían en el lago con sus propias barcas y cabañas. A consecuencia de todo esto, un estrépito confuso se elevaba por el aire: combatían al mismo tiempo por tierra y por mar, mataban y eran matados, enrojecían el lago de sangre, y el agua y el fuego se entremezclaban [47].

---

47 Merece ser destacada la elaboración artística en la descripción de la batalla (2-3): *katákrotos*, que hemos traducido «crepitar», es un *hapax* y evoca el ruido producido por aplausos prolongados; aparte de esto, son muy abundantes las metáforas y las antítesis, realzadas por simetrías; y es percepti-

Al ver Tíamis este espectáculo y oír esta confusión, 4
se le vino a las mientes el sueño en el que había visto
a Isis y su templo entero envuelto en llamas de teas
y lleno de víctimas sacrificadas: aquella visión, creyó
que se refería a los acontecimientos actuales. La interpretación que ahora le daba era completamente distinta de la anterior: «poseyendo a Cariclea, no la poseería», porque la guerra se la quitaría; «la asesinará
y no la herirá», con la espada, no según la manera de
Afrodita. Continuas censuras dirigía a la diosa por 5
mendaz, y consideraba una terrible desgracia que cualquier otro fuera a ser el dueño de Cariclea. Dijo a los
que estaban con él que se detuvieran un poco y les
indicó la necesidad de aguardar en aquel lugar para
dar allí la batalla, emboscados en torno del islote y
atacando con escaramuzas, ocultos por las marismas
circundantes; ese sería el mejor medio de contener a
tal masa de enemigos. Él, entretanto, con la excusa de
ir a buscar a Termutis y hacer súplicas a los dioses del
hogar, volvió enloquecido sus pasos hacia la choza, sin
permitir que nadie le acompañara. Difícil de tornar 6
es el ímpetu de los bárbaros, cuando se lanzan a algo;
además, si desesperan de su salvación, acostumbran
previamente a sacrificar a todos sus amigos, bien sea
por el error de creer que van a convivir todos juntos
después de la muerte, bien por sustraerlos de las violencias y los ultrajes de los enemigos. Por ello, también 7
Tíamis, echando en olvido sus deberes del momento,
aunque rodeado por los enemigos como en una red,
presa de amor, de celos y de cólera, marchó a la caverna corriendo y saltó dentro entre feroces gritos en

ble en el conjunto el colorido homérico, pues la escena recuerda el momento de la lucha junto al río Escamandro, envuelto en llamas (*Ilíada* XXI 349); algunas citas literales muestran también el interés de Heliodoro por aproximarse a la épica.

lengua egipcia. Al advertir cuando aún se hallaba en la propia entrada una voz que respondía en griego, se dejó guiar por las palabras de la mujer que contestaba, llegó junto a ella, le puso la mano izquierda sobre la cabeza y le hundió la espada por las costillas junto al seno.

31 Quedó ella cruelmente tendida, exhalando un lastimero y último gemido. Subió él corriendo, puso la piedra sobre el umbral y tras cubrirlo con un poco de tierra, dijo llorando:

—¡Ésos son los regalos de boda que te he hecho! [48].

Regresó a continuación a las barcas y encontró a los demás planeando ya la huida, porque veían la proximidad de los enemigos. Termutis ya había llegado y
2 tenía en sus manos una víctima para el sacrificio. Le vituperó su proceder y le dijo que él se había adelantado y había hecho ya el más bello de los sacrificios. Enseguida subió a un bote con Termutis y un remero como tercer tripulante. Las barcas de la laguna, en efecto, no tenían capacidad para transportar a más personas, porque estaban fabricadas de una única pieza: un tronco de árbol macizo, burdamente ahuecado. Montó también Teágenes con Cnemón en otro bote, y de igual manera se fueron todos distribuyendo en los
3 restantes barcos. Después de apartarse un poco de la isla, más bien bordeándola que alejándose, dejaron de remar y ordenaron todas las barcas con el mismo frente, con intención de sostener el combate contra los adversarios. Pero el hecho exclusivo de su proximidad, junto con la incapacidad para aguantar el oleaje, hizo que la mayoría se diera a la fuga nada más verlos, y algunos ni siquiera pudieron aguantar

---

[48] Aun siendo egipcio, Heliodoro atribuye a Tíamis costumbres griegas; se refiere aquí en forma irónica a los regalos que solía hacer el prometido a la futura esposa el día en que ella concertaba el matrimonio (cf. IV 15, 2).

a pie firme el fragor de los gritos de guerra[49]. Retro- 4
cedieron también Teágenes y Cnemón, no tanto porque
cedieran al miedo como por otras causas; y Tíamis
fue el único que, quizá porque su honor le impidiera
la huida o por no soportar posiblemente la idea de
sobrevivir a Cariclea, se arrojó entre los enemigos.

Ya en pleno combate cuerpo a cuerpo, uno gritó: 32

—¡Ése es Tíamis!; ¡cuidado todos!

Al punto, giraron sus botes en círculo hasta rodear-
le. Él se defendía, hiriendo a unos y matando a otros
con la lanza, pero lo que ocurría estaba más allá de
toda admiración: ninguno disparaba ni daba tajos con
su espada; todos y cada uno ponían el más inusitado
empeño en cogerle vivo. Él resistió durante muchísimo 2
tiempo, hasta que, ante el ataque conjunto de un gru-
po más numeroso, fue despojado de su lanza y perdió
además a su escudero. Éste había colaborado brillante-
mente en la lucha, pero al recibir una herida, en apa-
riencia mortal, presa de la desesperación, se había
arrojado al lago y no había emergido a la superficie,
gracias a sus cualidades de nadador, nada más que
cuando estaba fuera del alcance de los disparos; así
había conseguido escapar a duras penas nadando hasta
la marisma, gracias sobre todo a que nadie había
pensado en perseguirle.

Pues ya habían cogido preso a Tíamis, y la captura 3
solamente de éste representaba para ellos una victoria
total. A pesar de tantas pérdidas como habían sufrido,
mayor era aún su alegría por tener vivo bajo su vigi-
lancia al autor de estas muertes, que la pena por el
desastre de sus compañeros. Tan preciado es realmen- 4
te para los bandidos el dinero, preferible a sus propias

49 Nuevamente Heliodoro usa diversos términos específicos de la épica (*kélados, enyálios*) para dignificar el relato de la batalla.

vidas, y tan verdad es que entre ellos el nombre de la amistad y de la familia sólo se define por una característica: el lucro. Así les ocurría también a éstos.

33 Casualmente éstos eran algunos de los que habían huido ante Tíamis y sus compañeros en la desembocadura Heracleótica. Lo ocurrido es que irritados por verse despojados de cosas, que, por otro lado, distaban de ser suyas, e indignados porque les hubieran robado el botín, que ya consideraban propiedad particular, habían reunido a los que antes se habían quedado en casa, habían invitado también a las aldeas de los alrededores con la promesa de distribuir el producto de su rapiña de modo justo y equitativo, y se habían puesto al frente de la incursión. La causa por la que habían
2 capturado vivo a Tíamis era la siguiente: Petosiris, el hermano que tenía en Menfis, mediante una intriga contraria a los usos tradicionales, había quitado a Tíamis el cargo de sacerdote, a pesar de ser más joven; y al enterarse de que su hermano mayor era el jefe de una partida de bandoleros, mandó una proclama por todas las aldeas de los salteadores prometiendo inmensas riquezas y ganado a quienes se lo trajeran vivo, porque tenía miedo de que éste aprovechara alguna oportunidad para atacarlo o de que el tiempo descubriera la maquinación cometida, y, también en parte, porque estaba enterado de que la mayoría recelaba de que él hubiera asesinado a Tíamis, que no
3 aparecía por ninguna parte[50]. Cautivados los bandoleros por todas estas razones, ni aun en el hervor del combate habrían sido capaces de apartar de su memoria lo que constituía lucro para ellos: en cuanto lo reconoció el primero, todos habían tratado de cogerlo

50 Según Diodoro de Sicilia, I 73, 5, el sacerdocio egipcio, a diferencia del griego, era hereditario, y los sacerdotes gozaban de una reputación sólo inferior a la del rey.

vivo, aun a costa de muchas muertes. Lo escoltaron atado a tierra firme, luego de haber sacado a suertes a la mitad para encargarse de la custodia, mientras él los insultaba por su aparente magnanimidad, enojado más por las ligaduras que por la muerte. Los restantes salteadores se dirigieron a la isla, en la que tenían la esperanza de descubrir los tesoros y el botín que buscaban. Y como después de recorrerla palmo a palmo, 4
sin dejar ningún lugar por indagar, no encontraron nada de lo que ambicionaban, sino sólo algunos objetos de poco valor que habían olvidado ocultar bajo tierra en la gruta, pusieron fuego a las cabañas. La tarde ya avanzaba, y temían pernoctar en la isla, por si sufrían una emboscada por parte de los fugitivos; por eso, regresaron a sus casas.

LIBRO SEGUNDO

1 Ésta era la situación de la isla, envuelta totalmente por el fuego. Teágenes y Cnemón, mientras hubo sol, no pudieron observar el incendio, pues la claridad del fuego se debilita durante el día, gracias a la luminosidad de los rayos del dios. Pero cuando el sol se puso y trajo la noche, el resplandor irresistible que cobraron las llamas pudo verse desde muy lejos. Entonces, animados por la noche, se asoman fuera de su escondite en la marisma y ven con manifiesta claridad la isla dominada por el fuego.

2 —¡Ojalá quede hoy perdida mi vida! —dijo Teágenes, golpeándose la cabeza y mesándose los cabellos—. Que se termine, que se dé suelta a todo: temores, peligros, cuidados, esperanzas, amores. Ya no existe Cariclea, Teágenes está perdido. En vano, infortunado de mí, fui miedoso y emprendí cobarde huida, por sal-
3 varme para ti, dulzura mía. De seguro que no voy a sobrevivir, ahora que tú, queridísima, yaces, no por la ley común de la naturaleza, ni, lo más terrible, tras haber abandonado la vida en brazos del ser que tú habrías querido, sino que has sido, ¡ay de mí!, pasto del fuego. ¡Éstas son las teas que por ti ha prendido la divinidad, en vez de las nupciales! ¡Se ha consumido la belleza nacida de los hombres, sin dejar, con la pérdida de su cadáver, ni una reliquia de su lozanía sin tacha! ¡Oh crueldad e indecible ojeriza divina! Hasta

los postreros abrazos me ha quitado; de los últimos besos de un cuerpo sin alma me ha privado[51].

Mientras así hablaba, palpaba su cuerpo buscando 2
la espada, pero Cnemón le apartó bruscamente la mano, diciendo:

—¿Qué es eso, Teágenes? ¿Por qué lloras a quien está viva? Vive y está a salvo Cariclea; ten ánimo.

—Eso es una mentira —protestó Teágenes— para insensatos o niños, Cnemón. ¡Me has perdido al quitarme la más dulce muerte!

Juraba Cnemón estar diciendo la verdad y le contó todo: la orden de Tíamis, la cueva, cómo había sido él mismo quien la había bajado, cuál era la naturaleza de la gruta, cómo no había ningún temor de que el fuego llegase hasta la profundidad, porque sus innume-
rables recodos lo cortarían. Este relato hizo recobrar 2
el aliento a Teágenes; se dirigió apresuradamente a la isla, viendo ya en su imaginación a quien aún no estaba presente y figurándose la cueva como su tálamo nupcial; pero ignoraba todavía lo que allí había de llorar. Montaron precipitadamente en el bote e hicieron la travesía remando ellos mismos, porque su barquero había huido como una flecha, igual que si el resorte de un cepo le hubiera impulsado, en cuanto oyó el gri-
terío del primer choque en el combate. Por aquí y por 3
allá, pues, fueron avanzando, desviándose del camino recto, ya que, dada su inexperiencia, no acoplaban el impulso de sus remos, y además el viento soplaba en contra.

Pero su ardor consiguió vencer su falta de maña y 3
después de abordar a duras penas y con grandes sudo-

---

[51] Quejas semejantes a las de Teágenes pueden hallarse en cualquier novela griega (vid., por ejemplo, Aquiles Tacio, I 14, con metáforas idénticas a la presente); en todos los casos, por supuesto se sigue el modelo de las monodias existentes en la tragedia.

res la isla, subieron a las tiendas con toda la rapidez de que fueron capaces. Encontraron algunas ya totalmente quemadas, identificables únicamente por el lugar que habían ocupado; la piedra del umbral que ocultaba la entrada de la caverna había quedado a la vista.
2 Como el viento soplaba en dirección a las chozas, y éstas estaban fabricadas con cañas finas trenzadas procedentes de la marisma, el fuego las había ido incendiando en su impetuoso avance. Ahora, pues, se mostraba el suelo casi raso; la violencia del fuego se había calmado y consumido en cenizas; el silbido del viento se había llevado la mayoría de las ascuas, y las pocas que habían quedado se habían apagado casi totalmente con el soplo o se habían enfriado hasta hacer
3 transitable el lugar. Encontraron algunas teas a medio arder, prendieron algunos restos de cañas y tras abrir el orificio bajaron corriendo a su interior, Cnemón el primero. Llevaban recorrido sólo un trecho corto, cuando Cnemón estalló de repente en gritos:

—¿Qué es esto, Zeus? ¡Estamos perdidos! ¡Han matado a Cariclea!

Tiró al suelo la antorcha, que se apagó, se llevó las
4 dos manos a los ojos y cayó de rodillas llorando. Teágenes, como movido por una fuerza irresistible, se derrumbó sobre el cadáver de la mujer tendida y se agarró a él con toda energía, hasta fundirse con su cuerpo en un abrazo. Viéndole Cnemón sumido en un infinito dolor y hundido en la desgracia, tuvo la precaución de quitarle con sumo cuidado, para evitar que lo advirtiera, la espada del tahalí que pendía de su costado, y se marchó corriendo, para encender las teas, dejándole solo.

4 Mientras tanto, bramaba de dolor Teágenes, con trágicos y dolorosos lamentos:

—¡Oh sufrimiento insoportable! ¡Oh calamidad enviada por los dioses! ¿Qué Erinis tan insaciable es la

que se ha entregado a esta orgía con nuestras desgra-
cias? Nos ha impuesto el destierro de la patria, nos ha
sometido a los peligros de los mares y de los piratas,
nos ha entregado a bandidos, nos ha enajenado muchas
veces nuestros bienes. Una sola cosa quedaba a cam- 2
bio de todo lo demás, y ya me la ha arrebatado: yace
Cariclea, la amadísima ha caído ante una mano ene-
miga; evidentemente por conservar la virtud y guar-
darse incólume para su matrimonio conmigo; pero lo
importante es que ha muerto, desdichada, sin haber
gozado de su joven belleza y sin haberme servido a mí
para nada. Dime al menos, dulcísima amada, las pos-
treras palabras de los moribundos, hazme las reco-
mendaciones que quieras, si aún te queda el más leve
aliento. ¡Ay de mí!, callas. El silencio se ha adueñado 3
de aquella boca adivina, celestial intérprete; la oscuri-
dad se ha apoderado del lucero; el abismo, del brillo
de los altares. Ya no lucen los ojos que a todos fulmi-
naban con su belleza: no los vio el asesino, bien lo sé.
Pero, ¿qué nombre darte? ¿Novia? No, ya no te vas a
casar. ¿Esposa? No, no conoces el matrimonio. ¿Cómo,
pues, he de llamarte? ¿Con qué nombre voy a dirigirte
la palabra en adelante? Sí, con el más dulce de todos,
con el de Cariclea. ¡Oh Cariclea, ánimo! Conservas 4
fiel a tu amado; enseguida vas a recobrarme. Sábete
que voy a llevarte la libación de mi muerte, vertiendo
la sangre que tú amas. En esta cueva, improvisado
sepulcro, descansaremos los dos. Al menos después de
la muerte se nos permitirá estar siempre juntos, ya
que durante nuestra vida no lo consintió nuestro des-
tino.

Al tiempo que así hablaba, extendió la mano con 5
intención de sacar la espada, pero, al no encontrarla,
volvió a gritar:

—¡Oh Cnemón, cómo me has perdido! Has agraviado además a Cariclea, por privarla de su más grata compañía, ya por segunda vez.

2 Al decir esto, se oyó el eco lejano de una voz que salía de las profundidades de la caverna, llamando a Teágenes. Sin la más mínima turbación, él replicó:

—Ahora voy, alma queridísima. Bien se ve que todavía te arrastras por la tierra, sea porque no soportas la idea de separarte del bello cuerpo del que fuiste expulsada con violencia, sea porque las sombras infernales impiden el paso a un cadáver insepulto[52].

3 Entre tanto regresó Cnemón con las teas encendidas, y otra vez se pudo oír el mismo eco que llamaba:

—¡Teágenes!

—¡Oh dioses! —gritó Cnemón—. ¿No es esa la voz de Cariclea? Creo, Teágenes, que está a salvo: me llega al oído la voz desde el extremo de la cueva, donde recuerdo haberla dejado.

4 —¿No vas a dejar de engañarme? —replicó Teágenes—. Ya son muchas las veces.

—Si te estoy engañando —dijo Cnemón—, es claro que también me estoy engañando a mí mismo, si esta que aquí yace descubrimos que es Cariclea.

Y mientras hablaba, levantó el cuerpo tendido para ponerlo a la vista. Al verlo, exclamó con un gran grito:

—¡Qué es esto! ¡Prodigios divinos! ¡Es Tisbe!

Retrocedió y se quedó inmóvil, trémulo y boquiabierto.

6 Teágenes, en cambio, recobró el aliento y volvió a concebir esperanzas. Trató de reanimar a Cnemón, que se había desvanecido, para suplicarle que le condujera

---

[52] De ahí que en la Antigüedad existiera el temor de que el cuerpo quedara insepulto; mientras no se hubieran celebrado las exequias para que el cadáver volviera su elemento material, el alma, unida a él, se veía impedida de gozar del descanso de ultratumba (cf. HOMERO, *Ilíada* XXIII 71 sigs.).

cuanto antes en busca de Cariclea. Al cabo de un momento, recobró Cnemón el sentido y volvió a examinar, con más detenimiento ahora, el cadáver de la mujer. Era, en efecto, Tisbe. Reconoció además, por la empu- 2
ñadura, la daga que había en el suelo al lado: era la de Tíamis, que tras el asesinato, la había dejado dentro de la herida, por la ira y la precipitación. Una tablilla escrita asomaba junto a su pecho sobre la axila; la recogió y trató de leer su contenido. Pero no se lo permitió Teágenes, que no cesaba de insistirle:

—Vayamos primero a buscar a mi amada, si es que no está jugando alguna divinidad con nosotros también ahora; después podremos enterarnos de eso.

Atendió Cnemón a sus requerimientos, guardaron la 3
tablilla y tras recoger la daga del suelo se encaminaron rápidamente en busca de Cariclea. Fue ella al principio gateando en dirección al lugar de donde venía la luz de las teas y luego corrió hacia Teágenes, de cuyo cuello quedó colgada en su abrazo.

—¡Te tengo, Teágenes!

—¡Vives, Cariclea mía!

Esto es lo único que repetían incesantemente, hasta que por fin cayeron juntos al suelo, estrechamente abrazados, sin pronunciar palabra ya, como si estuvieran unidos en un solo ser, en un estado semejante al que precede inmediatamente a la muerte. En realidad, 4
ocurre que también una alegría excesiva se transforma en dolor con frecuencia, y el placer desmesurado engendra sufrimiento que él mismo produce[53]. Tal era el riesgo que corrían tras haberse salvado contra toda esperanza. Por fin, Cnemón rascó la peña, por donde manaba un hilo de agua, hasta recoger en las palmas de las manos el exiguo chorro que comenzó a caer, les

[53] La misma idea en Platón, *Fedón* 60 b.

roció con él la cara frotándolos en la nariz y de este modo les hizo volver en sí.

7 Al encontrarse ellos con la sorpresa de hallarse en postura diferente de como se habían encontrado, echados en el suelo, se levantaron rápidamente, ruborizados por la presencia de Cnemón, que había visto todo. Avergonzados, sobre todo Cariclea, le pidieron excusas.

—Esto sí es digno de elogio a mi juicio —les dijo sonriendo, con la intención de alegrarlos—, e igual le parecerá a cualquier otro que haya mantenido luchas de amor, haya sufrido una deliciosa derrota y haya sabido virtuosamente reconocer sus inevitables caídas.

2 Pero aquello otro, Teágenes, es lo que no puedo aprobar, y, realmente, me dio vergüenza verlo: caer abrazado a una extranjera, a una mujer a quien no conocías de nada, y derramar por ella indignas lágrimas, a pesar de mis esfuerzos por decirte que tu amadísima se hallaba viva y a salvo.

—Cnemón —contestó Teágenes—, deja de calumniarme delante de Cariclea: a ella era a quien lloraba en el cuerpo de otra; ella era la que yo creí que yacía

3 muerta. Pero ya que alguna divinidad benevolente mostró que aquello era un error, hora es también de que tú recuerdes tu extraordinaria valentía, la que te hizo llorar por mis penas antes que yo mismo, y la que te hizo emprender esa huida, como si de las ánimas que aparecen en el teatro se tratara[54], cuando inesperadamente reconociste el cadáver: armado, con una daga, se escapó de una mujer, muerta además, el valeroso infante ático[55].

---

[54] De nuevo una comparación procedente de la esfera del teatro; se refiere en concreto a personajes del tipo de la sombra de Darío en *Los Persas* de Esquilo, Clitemnestra en *Euménides* o Polidoro en *Hécuba* de Eurípides

[55] La infantería ateniense gozaba de gran reputación en el siglo V a. C., a consecuencia de las guerras contra los persas;

Se echaron a reír al oír esto, pero con una risa 8
corta, forzada y ni siquiera exenta de lágrimas, como es natural en una situación en la que la parte de llanto en la mezcla era muy superior, al ser tan formidables sus penas.

—Felicito —dijo Cariclea al cabo de un momento, rascándose la mejilla por debajo de la oreja— a la que ha sido merecedora de las lágrimas de Teágenes, o incluso de sus besos, según dice Cnemón, quienquiera
que sea. Sin embargo, y sin que mi pregunta os vaya 2
a hacer recelar que son los celos los que me corroen, me gustaría saber, si tú lo conoces, quién ha sido esa bienaventurada digna de las lágrimas de Teágenes, y cómo es que te confundiste y besaste a una desconocida, como si fuera yo.

—Te vas a maravillar —contestó—, pero el caso es que Cnemón asegura que era Tisbe, aquella ateniense tañedora del arpa, la culpable de todas las intrigas que él y Deméneta sufrieron.

—Pero, ¿cómo es posible —exclamó Cariclea ató- 3
nita—, Cnemón, que la que estaba en plena Grecia haya venido a parar a los confines de Egipto, como si la hubiera transportado una máquina escénica?[56]. ¿Y cómo se nos pasó a nosotros, al bajar aquí?

—No puedo explicármelo —le contestó Cnemón—;
lo único que sé de ella es lo siguiente: cuando Demé- 4
neta, sorprendida con aquella treta que os conté, se despeñó en el pozo, mi padre dio a la asamblea noticia de lo sucedido y obtuvo inmediatamente el perdón. Se entregó luego al afán de conseguir de la asamblea el regreso para mí y a hacer los preparativos para partir

la trama de la novela transcurre precisamente en esa época, y Cnemón, además, era ateniense.

[56] Nueva alusión a la lengua del teatro; en concreto, a la *mechané*, el instrumento que permitía transportar sobre el aire a un personaje y conducirlo al escenario.

en mi busca. Tisbe entre tanto aprovechaba los incesantes desvelos de mi padre para su propio ocio, y ponía en venta sin temor en los festines, tanto su propia persona como sus artes[57]. E incluso llegó a superar la fama de Arsínoe, pues ésta tocaba la flauta doble con cierta parsimonia, y en cambio ella tañía la cítara de corrido y, además, se acompañaba con una linda voz. No reparó en que estaba provocando en Arsínoe, su compañera, unos celos tremendos, sobre todo cuando un comerciante de Naucratis[58], llamado Nausicles, un individuo cargado de dinero, la tenía en sus brazos; además, se daba la circunstancia de que éste había dado de lado a Arsínoe, a pesar de haber mantenido con ella relaciones anteriores. La razón de esto es que vio que sus mejillas se hinchaban al tocar la flauta y, al soplar con energía, se afeaban y sobresalían por encima de la nariz, y que los ojos se le encendían y se salían de sus naturales órbitas[59].

9 Hinchada de rabia, y con los celos al rojo vivo por todo esto, fue a ver a los familiares de Deméneta y les explicó, con todo detalle, las maquinaciones cometidas por Tisbe contra Deméneta, tanto lo que Tisbe le había contado confidencialmente gracias a su camarade-

---

[57] Las flautistas en la Atenas clásica eran alquiladas para amenizar los *simposios*; su género de vida era en la mayoría de los casos semejante al de las cortesanas.

[58] Colonia fundada por los milesios (según ESTRABÓN, XVII 1, 18) hacia 620 a. C. en la desembocadura Canópica del Nilo (vid. nota 3); su prosperidad económica, siempre en alza, llegó a su auge hacia el siglo V a. C., gracias a ser el centro por donde pasaba casi todo el comercio entre el mundo griego y el egipcio.

[59] Esta anécdota debe mucho, por supuesto, a la conocida leyenda, según la cual Atenea arrojó lejos de sí la flauta de doble tubo que ella misma había inventado (o Marsias, según otras fuentes), al observar que sus facciones se deformaban cuando tocaba el instrumento (cf. DIODORO, III 58, 3; OVIDIO, *Metamorfosis* VI 383 sigs.; PLUTARCO, *Alcibíades* 2).

ría, como lo que sospechaba por cuenta propia. Se 2
asociaron contra mi padre los parientes carnales de Deméneta, prometieron grandes sumas de dinero a los oradores más hábiles y lograron que comparecieran con ellos ante el tribunal como acusadores. Gritaron que a Deméneta se le había dado muerte sin juicio y sin que se demostrara su culpabilidad, argumentaron que el adulterio no era más que un simple ardid para encubrir el asesinato, reclamaron la presencia del adúltero, vivo o muerto, exigieron que al menos se les dijera el nombre y, finalmente, demandaron la prueba
de la tortura para Tisbe. Accedió a este compromiso 3
mi padre, pero no pudo entregarla, porque ésta, como preveía el curso que tomarían los acontecimientos cuando aún estaban comenzando las diligencias legales para el pleito, se había dado a la fuga con el mercader, según habían convenido. La asamblea popular se irritó contra mi padre y, aunque en su sentencia no le atribuía la responsabilidad total del asesinato, pues aceptaba el informe presentado por él, le expulsó de la ciudad como cómplice de los atropellos cometidos contra Deméneta y de mi injusto destierro, y le castigó con la confiscación de la hacienda. ¡Este es el fruto que sacó de su segundo matrimonio!

Así es como partió de Atenas la perfidísima Tisbe, 4
la que ahora mismo acaba de pagar su delito en presencia mía. Esto es lo único que yo sé, gracias a las noticias que un tal Anticles me trajo a Egina. Con él me embarqué más tarde para venir a Egipto, por si descubría a Tisbe en Naucratis, para hacerla regresar a Atenas, liberar a mi padre de las sospechas y acusaciones que había en su contra y reclamar justicia de los culpables de estos delitos contra todos nosotros.
Y ahora aquí estoy, sometido a las mismas pruebas 5
que vosotros. En cuanto al porqué, el cómo y el cuánto he afrontado desde entonces hasta el momento, lo

podréis oír en otra ocasión. Pero la razón de que Tisbe haya recibido la muerte en la cueva y a manos de quiénes, quizá haga falta que sea un dios quien nos lo explique.

10 Mas examinemos, si os parece, la tablilla[60] que hemos hallado junto a su pecho: lo normal es que nos informe de más cosas.

Aprobaron esta propuesta; él la abrió y comenzó a leer lo escrito, que era lo siguiente:

«A mi señor Cnemón, su enemiga y vengadora Tisbe. En primer lugar quiero darte la feliz noticia de la muerte de Deméneta, de la que yo he sido autora por ti: cómo, te lo explicaré de viva voz, en el caso de que
2 aceptes recibirme. A continuación, quiero indicarte que hace ahora diez días desde que estoy en esta isla, cautiva de uno de los bandidos de aquí, el que se ufana de ser el escudero del jefe de la partida, que me tiene encerrada y no me permite ni asomarme a la puerta. Según él mismo dice, me castiga con esta protección por el amor que me tiene; pero, según el juicio que me he podido formar, porque tiene miedo de
3 que alguien me robe, y él se quede sin mí. Sin embargo, pude verte al pasar, gracias sin duda a algún favor divino, oh mi dueño: te he reconocido y he enviado a ocultas esta tablilla mediante la vieja que vive aquí, indicándole expresamente que la entregue en mano al bello griego, amigo del jefe. Líbrame de los bandidos y acoge a esta humilde criada. Sálvame si quieres, pero sábete que si alguna fechoría he cometido contra ti ha sido porque se me ha obligado; en cambio, la venganza que me tomé contra tu enemiga, la realicé con

60 Se trata de una plancha de madera recubierta con una capa de cera, sobre la que se graban los signos con un estilete; gracias a ello, es siempre posible la reutilización. Habitualmente, se usaban dos planchas de madera unidas entre sí mediante una especie de bisagra.

todo agrado. Si una cólera implacable te domina, haz 4
de mí lo que quieras; sólo a ti estaría dispuesta a someterme, aunque sea para morir: mejor es perder la vida a manos tuyas y disfrutar de las honras fúnebres como un griego, antes que soportar una vida más pesada que la muerte y el amor de un bárbaro, más penoso para una ateniense que el propio odio.»

Éste era el contenido de la carta de Tisbe. II

—Oh Tisbe —exclamó Cnemón—, te felicito por tu muerte y por haber sido a la vez mensajera para nosotros de tus desgracias, pues tu mismo cadáver ha puesto en nuestras manos el relato de tu muerte. Gran verdad es, a juzgar por las apariencias, que una Erinis vengadora te ha perseguido por toda la tierra y no ha detenido su látigo justiciero hasta hacerme a mí, la víctima de tus delitos, espectador presencial, aun hallándome en Egipto, de la pena que se te impuso. Pero, 2
¿qué era en realidad lo que de nuevo tramabas contra mí, lo que maquinabas con esta carta, cuando la justicia se adelantó y puso fin a tus tentativas? Aun muerta, sospecho de ti, y mucho me temo que la desaparición de Deméneta haya sido otra estratagema tuya, con la que me engañaron los que me dieron esa noticia, y que tú hayas atravesado el mar para venir a representar aquí contra mí una nueva tragedia ática en Egipto.

—¿No vas a dejar —replicó Teágenes— de compor- 3
tarte tan heroicamente ante fantasmas y de tener recelos de una sombra? Pues no irás a pretender que también me ha embaucado a mí y a mis ojos, porque yo no tengo ningún papel en ese drama. No, ella está muerta; su cuerpo es realmente un cadáver; de modo que recobra el ánimo, Cnemón. Lo importante es saber quién ha sido tu benefactor, el que la ha eliminado; pero lo que más atónito me tiene y sin saber qué pensar es cómo y cuándo ella bajó aquí.

4 —Lo demás no lo sé —contestó Cnemón—, pero lo que sí es seguro es que Tíamis ha sido el autor de su muerte, a menos que la espada que hemos encontrado en la herida no constituya una prueba: la he reconocido y sé que es la suya, porque el marfil tallado de la empuñadura tiene forma de águila.

5 —¿Podrías decirme entonces —interrogó Teágenes— cómo y por qué ha cometido el asesinato?

—¿Cómo podría saberlo? —respondió—. No me he convertido en adivino, al entrar en esta gruta, como si se tratara del impenetrable santuario de Delfos [o el de Trofonio, donde aseguran que quienes entran reciben la inspiración divina] [61].

Lanzaron un súbito gemido Teágenes y Cariclea y gritaron al unísono entre llantos:

—¡Oh Pito, oh Delfos!

Quedó Cnemón estupefacto, sin poder comprender qué les había ocurrido al oír el nombre de Pito.

12 Mientras mantenían esta conversación, Termutis, el
escudero de Tíamis, que había conseguido llegar a
tierra firme a pesar de la herida recibida en la batalla,
encontró ya de noche una barca que flotaba en la ma-
risma, salvada del naufragio. Montó en ella y marchó
presurosamente en dirección de la isla, para recoger a
2 Tisbe. Unos días antes Termutis se la había robado al
mercader Nausicles, en una emboscada que le tendió
cuando éste la conducía por un desfiladero montaño-
so. Luego, en el alboroto de la batalla durante el ata-
que enemigo, cuando Tíamis le encargó traer una
víctima para el sacrificio, él había tratado de ponerla

61 El texto señalado entre corchetes es atetizado por RATTENBURY, LXX. Ambos, el *áditon* de Delfos y la gruta de Trofonio en Lebadea (Beocia), eran célebres santuarios de adivinación. La exclamación de Teágenes y Cariclea, cuyo significado exacto aún no puede conocer el lector, anuncia los sucesos que se narrarán luego, con Delfos como escenario.

al abrigo de las flechas, con la intención de salvarla para su propio provecho. Por eso la había bajado a la caverna en secreto; pero con la excitación y las prisas la había dejado sin darse cuenta junto a la misma
entrada. Ella, una vez depositada allí, permaneció sin 3
moverse, en parte por el miedo de los peligros presentes, en parte por ignorancia de las galerías que conducían a las profundidades. Por esta causa se había encontrado Tíamis con ella y había dado muerte a Tisbe, creyendo que era Cariclea. Termutis, pues, se dirigió rápidamente a buscarla, seguro de que había escapado de los peligros de la batalla, y, nada más desembarcar en la isla, subió a toda velocidad hacia las cabañas.
Con dificultades, porque éstas no eran ya más que ceni- 4
zas, encontró la entrada de la cueva gracias a la piedra, prendió unas cañas que no se habían consumido totalmente y bajó corriendo con toda la rapidez de que era capaz, llamando a Tisbe por su nombre, única palabra que sabía decir en griego. Al verla en el suelo, se de-
tuvo boquiabierto un buen rato. Finalmente oyó un 5
murmullo y un ruido sordo que venía de las profundidades de la caverna —el que producía la conversación que aún mantenían Teágenes y Cnemón—, y se imaginó que ésos eran los asesinos de Tisbe. Estaba perplejo, sin saber qué decidir: su arrojo de bandido y su temperamento bárbaro, más enfurecido en ese momento que nunca por su infortunio amoroso, le impulsaban a acometer a los pretendidos culpables; pero la falta de armas y de espada, mal de su grado, le contenía y forzaba a dominarse.

Decidió por fin que lo más provechoso era acer- 13
carse, pero no como enemigo en principio y, sólo si conseguía algo con que vengarse, atacar a los enemigos. Con esta resolución se presentó ante Teágenes y sus compañeros, observándoles fijamente con miradas ásperas y salvajes que delataban los secretos proyectos

2 de su alma. No se hizo esperar la reacción de ellos al ver aparecer de modo tan sorprendente a un hombre desnudo, herido y con ojos sanguinarios: se ocultó Cariclea en un lugar más profundo de la cueva, sin duda por precaución, pero sobre todo por pudor ante la desnudez y el aspecto en absoluto decoroso del que acababa de presentarse; también Cnemón retrocedió unos pasos al ver y reconocer tan inesperadamente a Termutis, porque suponía que intentaría alguna insensa-
3 tez; no se asustó Teágenes sin embargo: lo que veía delante le irritaba más bien hasta la provocación. Desenvainó la espada con el propósito de darle un mandoble a la menor intención traidora y dijo:

—¡Deténte ahí, tú, o te atravieso!; si aún no te he herido, sólo es porque acabo de reconocerte y todavía no sé con qué intenciones has venido.

4 Cayó a sus pies Termutis, rogando y suplicando; más que por sentimientos propios, porque la situación se lo imponía: invocaba el auxilio de Cnemón, apelaba a la justicia para que le salvaran e insistía en que no había hecho ningún mal, que hasta la víspera se había comportado como amigo suyo, y que había venido con la franqueza con la que uno se dirige a los amigos.

14 Estas palabras movieron a compasión a Cnemón, que se acercó y le levantó, pues aún se mantenía agarrado a las rodillas de Teágenes. Mientras hacía esto,
2 le preguntaba ininterrumpidamente por Tíamis. Él le contó todo: cómo había trabado batalla con los enemigos, se había lanzado en medio de ellos, y combatido sin escatimar la vida propia y la de los adversarios; cómo había dado muerte a todo el que llegaba a sus manos, mientras él mismo gozaba de la protección que le daba la consigna recibida por todos, en el sentido de que capturaran vivo a Tíamis; finalmente añadió que él desconocía el resto de lo sucedido, porque, herido, había escapado a nado hasta llegar a tierra firme y no

había vuelto hasta este momento en busca de Tisbe a la caverna[62]. Le preguntaron de nuevo la causa de su 3
interés por Tisbe, dónde se había hecho con ella y por qué andaba buscándola. También a esto les contestó Termutis y les explicó que se la había quitado a unos mercaderes, que se había enamorado de ella locamente y que la había tenido oculta desde entonces, pero que ante el ataque enemigo había ido a esconderla en la cueva, donde ahora la había encontrado asesinada por no se sabe quién, aunque le gustaría saberlo para enterarse de la causa.

—Tíamis es quien la ha matado —se apresuró a 4
responder Cnemón, tratando de librarse de sospechas; a la vez, le mostró la prueba de la daga que habían encontrado junto al cadáver.

Termutis vio la daga, que tenía el hierro aún calien- 5
te del inmediato asesinato y goteaba sangre, como escupiéndola[63], reconoció el arma de Tíamis y dio un grave y profundo gemido. Perplejo ante un acontecimiento tan inexplicable, volvió en silencio, abrumado de dolor, a la entrada de la cueva, llegó junto al cadáver y se desplomó sobre él con la cabeza entre el pecho de la muerta, repitiendo incesantemente el nombre de Tisbe, incapaz de articular cualquier otra palabra. Así continuó hasta no poder completar el nombre de una sola vez; se fue relajando poco a poco y se quedó dormido, sin darse cuenta.

Teágenes y Cariclea, junto con Cnemón, comenza- 15
ron inmediatamente a reflexionar sobre su propia situación, pero, aunque parecían decididos a tomar

---

62 Este es el primer resumen que aparece en la obra de acontecimientos narrados previamente (cf. V 11; V 16, 5; IX 12, 2, etc.); vid. T. Hägg, *op. cit.*, pág. 327[5]; Introducción, 27

63 La imagen, más que audaz, es violenta, y es reminiscencia de algunas semejantes en Homero (cf. *Ilíada* XV 314, XXI 70).

una resolución, les obnubilaba el razonamiento de su
mente la multitud de los dolores pasados, la imposibi-
lidad de hallar una solución para las desgracias pre-
sentes y la incertidumbre de las amenazas futuras. Se
dirigían mutuamente largas miradas, cada uno con la
esperanza de que el otro fuera a decir algo, pero como
no se cumplía esa esperanza bajaban la vista al suelo,
volvían luego a levantarla y al tiempo de respirar miti-
2 gaban su pena con un suspiro. Por fin, Cnemón se
acostó en el suelo, se reclinó Teágenes sobre una pie-
dra, y sobre él se tumbó Cariclea. Durante un buen
rato estuvieron rechazando el sueño que les acometía,
con el empeño puesto en tomar alguna determinación
con respecto al presente; pero fueron cediendo al des-
ánimo y a las fatigas, obedeciendo a su pesar a la ley
de la naturaleza, hasta que su extraordinaria pena
terminó por sumirlos en un profundo sopor. Tan ver-
dad es que a veces lo intelectual del alma se ve obli-
gado a acomodarse al estado del cuerpo.

16 Apenas habían descabezado el primer sueño y ali-
sado el borde de los párpados, cuando a Cariclea se le
presentó el siguiente sueño: un hombre de cabello hir-
suto y hostil mirada le clavó con su mano ensangren-
2 tada la espada y le arrancó el ojo derecho. Profirió al
punto un agudo grito y comenzó a llamar a Teágenes,
diciendo que le habían sacado un ojo. Atendió él inme-
diatamente a la llamada y comenzó a lamentarse por
esta nueva calamidad, como si hubiera tenido también
el mismo sueño. Cariclea entre tanto se llevó la mano
a la cara, buscando a tientas el órgano que según el
3 sueño había perdido y cuando comprendió que había
sido un sueño, dijo:

—Era un sueño; conservo el ojo. Tranquilízate, Teágenes.

—Menos mal —contestó Teágenes, que al oír a Cariclea recobró de nuevo el aliento— que están a salvo

esos rayos del sol. ¿Qué era lo que te ocurría? ¿Qué te ha producido ese sobresalto?

—Un hombre cruel y locamente temerario —contestó—, que sin sentir ningún temor de tu invencible vigor me asaltó, espada en mano, mientras yo estaba recostada en tus rodillas, y me pareció que me había sacado el ojo derecho. ¡Ojalá la aparición hubiese sido una realidad, en vez de un sueño!

—No digas palabras de mal agüero —respondió, al 4
tiempo que le preguntaba por qué decía eso.

—Porque mejor era —dijo— quedar privada de los dos ojos que sufrir esta inquietud por ti; y es que me da muchísimo miedo que la visión se refiera a ti, a quien tengo por mi ojo, mi alma y mi todo[64].

—Deja de hablar —interrumpió Cnemón, que había 5
escuchado toda la conversación, porque el grito de Cariclea al principio le había despertado—; estoy seguro de que el sueño debe interpretarse de otra manera: contéstame si viven aún tus padres.

—Sí —respondió ella—; pero, ¿qué tiene que ver que ellos vivan?

—Pues bien, has de creer que tu padre ha muerto
—respondió—. Así es como yo explico esto: sabemos 6
que los progenitores son los causantes de que entremos en la vida de aquí y participemos de esta luz; de modo que lo normal es que los sueños que aluden a los dos ojos se deban interpretar en función del padre y de la madre, pues ambos se dan unidos en parejas, son los autores de nuestra percepción de la luz y constituyen el órgano y causa de la vista.

—Penosa es también esa explicación —dijo Cariclea—; sin embargo, ojalá sea verdad lo que tú dices

---

64 Reminiscencia de EURÍPIDES, *Andrómaca* 406 sigs.

antes que lo otro; que tu trípode tenga la razón[65], y en cambio yo me revele como adivina mendaz.

7 —Sí, así será eso; sin duda hay que confiar —dijo Cnemón—. Pero en realidad parece que somos nosotros quienes estamos soñando, por indagar aquí sobre visiones y apariciones, en lugar de proponer algún remedio para nuestra situación; además tenemos una buena ocasión ahora que nos ha dejado el egipcio ese —dijo refiriéndose a Termutis— y está imaginando y llorando amores de un cadáver.

17 Teágenes le interrumpió diciendo:

—Pero, Cnemón, ya que una divinidad te ha unido a nosotros y te ha hecho compañero de viaje de nuestras desgracias, sé tú el primero en aconsejar algún plan: tú conoces estos parajes y la lengua del país; por otra parte, nosotros, como el oleaje de calamidades[66] en el que nos hemos hundido es mayor que el tuyo, tenemos ahora más lentitud para comprender lo que es preciso.

2 —En desgracias, Teágenes —replicó Cnemón, tras unos instantes de silencio—, es incierto quién lleva la ventaja, porque la fortuna también a mí me ha colmado generosamente de miserias. Sin embargo, pues que me exhortáis a decir mi parecer, como el mayor en edad que soy, helo aquí: esta isla, según podéis ver, está desierta y en ella no hay nadie más que nosotros. Hay gran abundancia de oro, de plata y de telas, pues mucho es lo que Tíamis y los suyos depositaron en esta cueva, tanto de lo que a vosotros os quitaron, como de lo que saquearon a otros; pero de trigo y de otros
3 víveres, no queda ni el nombre. Si nos quedamos, corremos el peligro de morir de hambre o de sucum-

---

[65] La metáfora hace alusión al rito délfico de la pitia profetizando sentada sobre el trípode de Apolo.

[66] La metáfora es tradicional y aparece ya, por ejemplo, en Esquilo, *Persas* 599.

bir al ataque de alguien, lo mismo si regresan los ene-
migos que si lo hacen los que han estado con nosotros,
porque en el caso de que se reagrupen, como no igno-
ran que aquí hay un tesoro, volverán seguramente por
las riquezas; entonces sí que no tardaríamos nada en
morir, o en el mejor de los casos, si tienen conmisera-
ción, estaríamos a merced de sus ultrajes. Por otra 4
parte, la raza de los vaqueros es desleal, más aún aho-
ra que se ven privados de su jefe, que es el que refrena
su arrojo y procura moderarlos. Así que lo mejor es
que abandonemos la isla y huyamos de ella como de
unas redes o una cárcel; pero antes hay que despachar
lejos a Termutis; para ello, podemos poner el pretex-
to de que vaya a informarse y a espiar para ver si
consigue saber qué es de Tíamis. Así podríamos con- 5
centrar en nosotros mismos la atención con mayor faci-
lidad, para decidir y ejecutar un plan; sin contar lo
más importante, deshacernos de un individuo, traidor
por naturaleza, un bandido de carácter pendenciero,
que además tiene recelos en contra nuestra por Tisbe
y no va a parar hasta hacernos alguna jugada a la me-
nor oportunidad.

Elogiaron la propuesta y decidieron actuar así. Se 18
pusieron en marcha hacia la boca de la caverna (pues
se habían dado cuenta de que ya era de día), desperta-
ron a Termutis, entregado a un pesado sueño, y le
explicaron las resoluciones que él podía conocer, lo-
grando convencer con facilidad a este individuo un
tanto ligero. Depositaron el cuerpo de Tisbe en una 2
hoya del terreno y amontonaron encima para enterrar-
lo las cenizas de las cabañas, a modo de tierra. Cum-
plieron los ritos funerarios habituales, en la medida
en que lo permitían las circunstancias, y honraron el
cadáver con lágrimas y cantos fúnebres, en lugar de
las ofrendas de rigor. A continuación, despacharon a
Termutis, según el plan convenido. Él avanzó un trecho 3

corto, pero dio la vuelta y alegó que no estaba dispuesto a ponerse en camino solo y a lanzarse a un riesgo tan grande, como era el ir de reconocimiento, a menos que Cnemón le acompañara en la empresa. Al darse cuenta Teágenes de que la sola idea de acompañarle hacía temblar a Cnemón y que incluso al traducir las palabras del egipcio daba muestras de la angustia que ello le producía, dijo:

—Para hacer planes eras realmente muy valiente, pero para llevarlos a cabo, bastante timorato; ya antes había yo reparado en ello, pero ahora sobre todo no
4 tengo ninguna duda. Ea, afila tu temple y endereza tu espíritu, haciéndolo más valeroso. En las circunstancias presentes no queda otro remedio más que acceder a eso: es el único medio de que no le entren sospechas de que pensamos huir; de modo que al menos al principio debes acompañarle. Además, no corres ningún riesgo de que te ataque, porque él está desarmado, y en cambio tú vas con la daga y con coraza; pero, aun así, a la menor oportunidad, lo abandonas sin que se dé cuenta y te reúnes con nosotros donde convengamos; así que, si te parece, tenemos que citarnos en alguna aldea cercana que tú conozcas y sea civilizada.

5 Le pareció a Cnemón que tenía razón y le propuso Quemis, una aldea así llamada, próspera y populosa, que estaba asentada en la ribera del Nilo sobre un otero para protegerse de los vaqueros[67]; una vez

[67] Quemis no es una aldea imaginaria; según Heródoto, II 156, está situada en una isla del Nilo, cerca de la ciudad de Buto (construida junto a la boca Sebenítica del Nilo), había en ella un templo dedicado a Apolo, y estaba poblada de palmas y muchos otros géneros de árboles. Esta es la única indicación que permite situar el itinerario seguido hasta el momento: Teágenes y Cariclea son conducidos hacia el Este desde la playa donde son capturados; desde la marisma que sirve de guarida a los vaqueros, llegarán más tarde a Quemis, atravesando la marisma y avanzando algo menos de veinte kiló-

atravesada la marisma, distaba poco menos de cien estadios, y para llegar a ella, debían caminar rectos en dirección a mediodía.

—Va a ser difícil —respondió Teágenes—, porque 19
Cariclea no está habituada a marchas largas. Pero, en fin, iremos, no obstante, y nos haremos pasar por vagabundos y mendigos que piden comida.

—¡Por Zeus —replicó Cnemón—, que ya tenéis un aspecto muy desfigurado, sobre todo Cariclea, a quien le acaban de sacar un ojo! ¡Me parece que en vuestro estado, no es mendrugos sino espadas y buenas calderas lo que vais a pedir! [68].

Al oír estas palabras, esbozaron una sonrisa, pero 2
forzada y sin que les llegara más allá de los labios. Juraron guardar lealtad a sus decisiones, pusieron a los dioses por testigos de que nunca se abandonarían el uno y los otros, si no había fuerza mayor, y emprendieron la acción, tal y como habían planeado. Cnemón 3
y Termutis atravesaron la marisma con la aurora y avanzaron a continuación por un bosque, profundo y espeso hasta el punto de hacer difícil el paso. Caminaba delante Termutis, pues así lo prefería Cnemón y se lo había dicho: con el pretexto de que él conocía mejor las dificultades del terreno, le había encargado que fuera abriendo camino, aunque la verdadera razón era velar por su seguridad personal y aguardar una oportunidad para escaparse. En su marcha, encontra- 4
ron unos rebaños, cuyos pastores habían huido internándose en la zona más intrincada del bosque. Sa-

---

metros hacia el Sur. Ahora bien, la localización es incierta, si se tiene presente que en Quemis está la residencia de Nausicles, comerciante de Naucratis, y que ambas localidades estarían bastante lejanas entre sí.

[68] Expresión tomada de Homero, *Odisea* XVII 222; se alude a los regalos suntuosos con que se obsequiaba a los huéspedes distinguidos, a diferencia de lo que se ofrecía a los mendigos.

crificaron un verraco de los que guiaban la grey y,
después de socarrarlo en un fuego que tenían prepa-
rado los pastores, fueron comiendo pedazos de carne,
sin poder siquiera esperar hasta que estuviera suficien-
temente asada: tal era el hambre que hostigaba su
5 estómago. Como lobos o chacales[69], pues, devoraban
los trozos que iban cortando, con sólo chamuscarlos
un poco al fuego, y los bocados, medio crudos, cho-
rreaban sangre por sus mejillas. Cuando se saciaron,
bebieron leche con avidez y reemprendieron el camino
6 acordado. Era ya aproximadamente la hora en que se
da suelta a los bueyes[70], cuando se dispusieron a ascen-
der a una colina, a cuyos pies, según dijo Termutis,
había una aldea en la que probablemente tenían preso
y capturado a Tíamis, a menos que ya le hubieran dado
muerte. Cnemón entonces comenzó a excusarse, dicien-
do que el exceso de comida le había alterado el vien-
tre y la leche le había producido una fuerte diarrea,
y pidió a Termutis que se adelantara; él le daría
7 alcance enseguida. Repitió la misma operación una vez,
otra y una tercera, hasta que el otro no tuvo ninguna
duda de que era verdad; e incluso le dijo que tenía
ciertas dificultades para reunirse con él. Una vez ha-
bituado el egipcio a estas paradas, se quedó al fin
atrás, sin que se diera cuenta, se lanzó pendiente abajo
con toda la rapidez de que era capaz y escapó, inter-
nándose en la zona más inaccesible de la espesura.

20 Termutis, cuando llegó a la cumbre del altozano, se
sentó en una piedra a descansar, esperando la puesta
del sol y el anochecer, momento convenido con Cne-
món para entrar en la aldea y hacer las pesquisas sobre
Tíamis. Al tiempo, dirigía su mirada en todas direc-

---

69 El símil procede de Homero, *Ilíada* XVI 156 sigs.

70 Es decir, el atardecer, vid. Homero, *Ilíada* XVI 779; *Odisea* IX 58; Aristófanes, *Aves* 1500.

ciones, para ver si venía Cnemón, contra quien maquinaba planes siniestros: no se le habían apartado de su mente las sospechas contra él, porque seguía considerándolo autor de la muerte de Tisbe, y meditaba cómo asesinarle, furioso por satisfacer su odio, después de éste, contra Teágenes y su compañera. En 2
vista de que Cnemón no aparecía por ningún lado y ya se hacía noche cerrada, Termutis se dejó caer en un sueño plúmbeo, que, por la picadura de una cobra, se convirtió en su postrer sueño: sin duda la voluntad de las Moiras es lo que le hizo sucumbir, dándole un fin acorde con su vida[71].

En cuanto a Cnemón, no bien hubo abandonado a 3
Termutis, echó a huir y no recobró el aliento, hasta que la llegada de la oscuridad de la noche puso trabas a su impulso. Se ocultó donde le sorprendió ésta y apiló sobre sí todo el follaje que pudo. Acostado allí, 4
pasó la mayor parte de la noche desvelado por la inquietud, creyendo que cualquier cosa, un ruido, el silbido del viento o el movimiento de las hojas, era Termutis; y cuando cedía un momento al sueño, soñaba que iba huyendo y no hacía más que volver la cabeza atrás, buscando a un inexistente perseguidor. Quería dormir y oraba para que no se cumpliera su deseo, porque los sueños que le venían eran peores que la realidad[72]; e incluso parecía enojarse con la noche, porque en su imaginación duraba más que las demás. Al fin, vio con alegría la llegada del alba. Lo primero 5
que entonces hizo fue cortarse la cabellera, excesiva-

---

71 El epíteto que se aplica al sueño de Termutis procede de *Ilíada* XI 241 y de *Himno a Hermes* 289. Se ha hecho notar que, según ELIANO, *Historia de los animales* X 31, «termutis» es el nombre para designar la serpiente sagrada, cuya mordedura es sólo mortal para los criminales. Las Moiras son, por supuesto, las personificaciones del Destino.

72 Una idea semejante en AQUILES TACIO, I 6, 4 sigs.

mente larga, pues se la había dejado crecer cuando estaba entre los vaqueros, para ir como los demás bandidos; pero ahora quería evitar que las personas con quienes se encontrara huyeran o recelaran de él. Los vaqueros, efectivamente, entre otras cosas que hacen para sembrar el miedo, se dejan crecer el pelo hasta las cejas y, por detrás, hasta ondear sobre los hombros, pues saben bien que la cabellera, que hace a los enamorados más encantadores, convierte a los bandoleros en seres más terribles.

21 Se cortó, pues, el pelo Cnemón lo suficiente para eliminar el aspecto de un bandido y adquirir el de una persona bastante cuidada, y acto seguido se encaminó con presteza hacia Quemis, la aldea en la que se había
2 citado con Teágenes. Ya a la orilla del Nilo, cuando se disponía a atravesarlo para llegar a Quemis, vio a un anciano paseando por la ribera; recorría arriba y abajo sin cesar un largo trecho al lado de la corriente y hablaba como haciendo al río partícipe de sus pensamientos. Su pelo era largo, como el de los sacerdotes, y completamente cano; la barba, espesa y venerable; el vestido y el resto de su atavío, más bien a la moda
3 griega. Se detuvo unos instantes Cnemón y, como el anciano pasaba una y otra vez a su lado, sin reparar al parecer en su presencia, tan ensimismado iba en sus pensamientos, absorto exclusivamente en las cavilaciones de su mente, le abordó cara a cara y se adelantó a
4 saludarle en griego. Le respondió, diciendo que no podía tener salud[73], porque no se la otorgaba la fortuna.

—¿Eres griego, forastero? —preguntó Cnemón asombrado.

—No soy griego —replicó—, sino de aquí, egipcio.

---

[73] Juego de palabras difícil de traducir, pues la fórmula habitual de saludo en griego equivale a «ten salud».

—Entonces, ¿cómo es que vistes a la griega?

—Los infortunios —dijo— me han cambiado de vestido y me han procurado esta espléndida indumentaria.

Perplejo Cnemón ante la circunstancia de que uno 5
en las desgracias vistiera traje de fiesta, le pidió que se las relatara.

—¡Toda una guerra de Troya[74] me pides que narre! —respondió el anciano—; ¡un enjambre de calamidades y el ilimitado zumbido que de él sale estás removiendo contra ti mismo! Mas, ¿qué camino llevas y de dónde vienes, joven? ¿Cómo es que hablas griego tú aquí en Egipto?

—Ridículo es —dijo Cnemón— que sin haberme contado nada de tus aventuras intentes conocer mi historia, cuando yo he sido el primero que ha preguntado.

—De acuerdo —replicó él—, ya que eres, a lo que se 6
ve, griego, a quien es la fortuna, creo, lo que ha obligado a cambiar de aspecto, y tantas ganas tienes de oír mi relato. Yo mismo, además, sufro como de dolores de parto por contárselo a alguien, y es posible que, como en la leyenda, se lo hubiera narrado a estas cañas, si no me hubiera encontrado contigo[75]. Pero vayámonos

---

74 Expresión proverbial para referirse a una serie infinita de males (vid. DEMÓSTENES, XIX 148). Igualmente, «enjambre» es una metáfora habitual (vid. AQUILES TACIO, I 2, 2). La lengua de Calasiris, ya desde su presentación, abunda en metáforas y juegos de palabras literarios.

75 Alusión a la célebre leyenda del rey Midas, que, por haber protestado del veredicto acordado en favor de Apolo en su competición musical con Pan, es castigado con la metamorfosis de sus orejas en orejas de asno. Midas mantiene a todos oculto este cambio, pero su peluquero, que aunque no se atreve a divulgarlo, tampoco es capaz de dejar de revelar el secreto en voz alta, acude a un lugar solitario junto al río y, en un hoyo cavado en el suelo murmura cómo ha visto las

mejor de aquí, de la ribera del Nilo, porque este lugar no es grato para oír una larga narración, tan quemado como está por el sol de mediodía; vayamos a la aldea que ves situada allí enfrente, a no ser que te lo im-
7 pida algo más urgente. No podré hospedarte en mi casa, pero sí en la de un buen hombre que ha atendido mis súplicas y me ha acogido a mí. En su casa podrás conocer mis aventuras, si quieres, y, por tu parte, relatar las que a ti se refieren.

—Vayamos —dijo Cnemón—, porque también yo tengo gran interés en ir a esa aldea; en ella me he citado con unos amigos míos.

22 Montaron en un bote de los muchos que flotaban junto a la orilla, a disposición, mediante el pago de un alquiler, del que tuviera que atravesar el río, hicieron el pasaje a la aldea y llegaron a la casa donde se alojaba el anciano. Al dueño no lo encontraron en casa, pero los recibieron con grandes muestras de afecto la hija del anfitrión, joven ya casadera, y las criadas de la finca, que trataban al forastero como a un padre, por-
2 que, según creo, así se lo había encargado el amo. Una le lavaba los pies y le limpiaba de polvo las pantorrillas, otra se ocupaba de la cama y preparaba un lecho mullido, otra traía un cántaro de agua y encendía fuego, y otra ofrecía una mesa repleta de pan de trigo candeal y de todo género de frutas de la estación. Cnemón no salía de su asombro.

—Pero a la morada de Zeus Hospitalario hemos venido, padre, a juzgar por el esmero tan grande que

---

orejas de asno de su amo. Las cañas que allí nacen revelan, al vibrar con la brisa, el secreto de Midas (vid. OVIDIO, *Metamorfosis* XI 174 sigs.; muchas otras alusiones anteriores a esta leyenda son recogidas en A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, Madrid, 1975, págs. 462 y sigs.).

se nos dispensa, sin ningún pretexto y lleno evidentemente de cordialidad[76].

—A la de Zeus, no —contestó—; pero sí a la de un 3
hombre puntilloso con Zeus, protector de forasteros y suplicantes. Pues su vida, hijo, también es errante: es un comerciante y ha conocido muchas ciudades, así como el modo de vivir y pensar de muchos hombres; por eso precisamente, fácil es de imaginar, a otros y a mí en particular cuando no hace muchos días iba errante y vagabundo, nos ha acogido bajo su techo.

—¿Y por qué llevabas esa vida vagabunda a la que 4
te refieres, padre?

—Unos salteadores —contestó— me han arrebatado a mis hijos. Aunque conozco a los responsables del delito, como no puedo vengarme, doy vueltas por estos lugares y acompaño con llantos el sufrimiento, como un pájaro, cuando una serpiente le saquea el nido y ante sus propios ojos se da un banquete con las crías, que no se atreve a acercarse, pero tampoco se resigna a huir, porque en él rivalizan el amor y el dolor; y no hace más que piar revoloteando alrededor, como si pusiera cerco a unos oídos salvajes, cuya naturaleza no conoce la compasión, y entonar un maternal llanto que suplica sin conseguir nada[77].

—¿Harías, pues, el favor —dijo Cnemón— de con- 5
tarme cómo y cuándo afrontaste ese penoso combate?

—En otra ocasión —contestó—; ahora es tiempo de dar al vientre sus cuidados; al que maravillosamente llamó Homero 'maldito', cuando se fijó en que pos-

---

[76] La escena evoca el pasaje de la *Odisea* (VI 207 sigs.) en que las sirvientas de Nausícaa prodigan a Ulises sus cuidados y, de modo más general, la acogida dispensada a Ulises en el palacio de Alcínoo (*Odisea* VII 171 sigs.). Este es el único lugar de la novela en que Zeus aparece en una de sus funciones antiguas, como garante de la hospitalidad.

[77] Símil inspirado en HOMERO, *Ilíada* II 311 sigs.

pone todo para después de él[78]. Pero antes que nada, hagamos, según el rito de los sabios egipcios, la libación dirigida a los dioses: nada habrá, con plena seguridad, que me convenza a quebrantar ese hábito, ni mi sufrimiento tendrá nunca tanta fuerza, como para expulsar de mi memoria los deberes piadosos para con la divinidad.

23 Dicho esto, vertió de la vasija agua pura, pues esto es lo único que bebía, al tiempo que decía:

—Hagamos la libación en honor de los dioses de esta tierra y de los griegos y del propio Apolo Pítico; en honor además de Teágenes y de Cariclea, personas íntegras y de bien, porque también los incluyo con los dioses.

Y al tiempo, se echó a llorar, como ofrendando otra
2 libación en su honor: la de los llantos. Quedó Cnemón helado al oír esos nombres y, mirando al anciano atentamente de arriba abajo, exclamó:

—¿Qué dices? ¿Son realmente hijos tuyos Teágenes y Cariclea?

—Sí, hijos míos, extranjero —contestó—, que han nacido sin madre. Un afortunado designio de los dioses me los dio; los dolores de mi alma, como los de un parto, los engendraron; y mi cariño por ellos reemplazó al de la naturaleza. Gracias a ese cariño, me consideraban como un padre, y así me llamaban. Pero tú, dime, ¿cómo los conociste?

—No sólo los conozco —dijo Cnemón—, sino que te anuncio la feliz noticia de que los tuyos están a salvo.

3 —¡Apolo! —exclamó en un grito—; ¡dioses! ¿Dónde están? ¡Dímelo! Salvador y digno de todos los atributos de los dioses te consideraré.

—¿Cuál será mi recompensa? —preguntó—.

[78] *Odisea* VII 215 sigs.; XVII 286 sig.

—Por el momento, el agradecimiento —replicó él—: ése creo que es el más bello de los regalos para un hombre sensato, y yo sé que muchos guardan ese obsequio en el alma como un tesoro. Y si lograra regresar a mi patria, cosa que no tardará mucho a juzgar por las señales que los dioses me han dado, obtendrás una fuente de riquezas, todas cuantas quieras.

—Me estás prometiendo —contestó— cosas futu- 4
ras e inciertas, cuando te es posible recompensarme con lo que ahora mismo está a tu disposición.

—Muéstrame lo que veas presente; dispuesto estoy a cederte una parte de mi propio cuerpo.

—No hace ninguna falta que te cortes una pierna o un brazo; me consideraré totalmente servido, si haces el favor de narrarme de dónde son ellos, quiénes son sus padres, cómo han llegado aquí y qué desgracias se han visto obligados a soportar.

—Tendrás —respondió— esa recompensa, que no se puede comparar con nada, aunque me pidieras todo el oro del mundo. Pero ahora, gustemos un poco de los alimentos, porque a los dos nos hará falta mucho tiempo para el relato: tú para escucharlo, y yo para contarlo.

Comieron, pues, nueces, higos, dátiles recién cogi- 5
dos y otras frutas semejantes, de las que el anciano se alimentaba habitualmente, pues nunca había matado nada para comer[79]; bebieron también, uno agua, y Cnemón vino. Éste último dijo finalmente, al cabo de un rato:

—Dioniso, ya sabes, padre, se alegra con las historias y se deleita con las comedias: pues bien, éste que acaba de establecerse dentro de mí me incita a oír esa

[79] Apolonio de Tiana y los pitagóricos prescribían el mismo género de dieta, imitado probablemente de los sacerdotes egipcios (v. Heródoto, II 37, que sólo habla de la prohibición de comer pescado; Aquiles Tacio, IV 18).

historia y me impulsa a reclamarte esa recompensa que me tienes prometida. Es ya hora de que tú, como si subieras al escenario, prepares la representación de tu relato.

6 —Vas a oírlo —contestó—, pero es una pena que no nos acompañe el bueno de Nausicles, a quien he puesto mil excusas diferentes, a pesar de su encarecida insistencia en escuchar el relato de mis aventuras.

24 —¿Dónde puede estar ahora? —preguntó Cnemón, al oír el nombre de Nausicles—.

—Ha salido de caza —dijo; y al preguntar de nuevo Cnemón a qué tipo de caza, prosiguió—: A la de las fieras más salvajes, los llamados hombres y vaqueros. Son bandidos dificilísimos de capturar, que utilizan las marismas de guarida y madriguera.

—¿De qué los acusa?

—Del rapto de una ateniense —replicó— de la que estaba enamorado y a quien llamaba Tisbe.

—¡Ay! —exclamó Cnemón, que inmediatamente se contuvo y volvió a callarse.

2 —¿Qué te sucede? —preguntó el anciano.

—Me extraña —contestó Cnemón, tratando de desviar la conversación— cómo se le ha ocurrido emprender esta incursión y me pregunto en qué tropas lo ha fiado.

—En las del propio rey de Persia —respondió—, extranjero. El sátrapa suyo en Egipto es Oroóndates[80], y éste ha designado a Mitranes comandante de una

---

[80] Esta es la primera referencia que permite datar la acción de la novela: Egipto, conquistado por Cambises en 525 a. C., constituyó una satrapía del imperio persa hasta la toma de Alejandro (323 a. C.). Estos son, pues, los límites dentro de los que transcurre el argumento, si bien algunos detalles (v. nota 55) hacen probable la precisión a mediados del s. V a. C., en los años anteriores a las derrotas ante los espartanos del ejército ateniense.

guarnición y le ha encargado la custodia de esta aldea. A éste último, Nausicles le ha llevado, gracias a una gran suma de dinero, con caballería y abundante infantería. Y es que Nausicles se ha irritado violenta- 3
mente por el rapto de la muchacha ateniense, no sólo porque estuviera enamorado de ella y fuera una excelente cantante, sino porque, como decía, tenía la intención de enviársela al rey de los etíopes, para convertirla en dama de compañía y partícipe de los juegos de su esposa, según ocurre en Grecia. Así es que, como se ha visto privado de las grandes y numerosas riquezas que esperaba recibir por ella, ha comenzado a remover y revolver todos sus recursos. Yo mismo también estuve animándole a esa empresa, con la esperanza de que lograra salvarme a los hijos.

—¡Basta ya de vaqueros, de sátrapas y hasta de los 4
mismos reyes! —le interrumpió Cnemón—. A punto has estado, casi sin darme yo cuenta, de pasearme de una historia a otra, hasta el fin de tu relato. Y este episodio, como se dice, no tiene nada que ver con Dioniso[81]; de modo que reemprende tu narración, de acuerdo con tu promesa. Pues he descubierto que tú, como Proteo de Faro[82], no es que te convirtieras igual que él en figuras engañosas y fluidas, pero sí que tratabas de desviarme.

—Te lo voy a explicar todo —dijo el anciano—, 5
pero primero te voy a contar en resumen lo que a mí se refiere, no por adornar con bellas palabras la narra-

---

81 El proverbio se usa en principio para indicar que un episodio de una tragedia o de una comedia no tiene relación con el dios en cuyo honor se celebra la fiesta (de la que forma parte la tragedia y la comedia); aquí, en un sentido más amplio, para expresar que este incidente no tiene relación con el tema del relato.

82 Según Homero, *Odisea* IV 349 sigs., Proteo, un dios marino, egipcio además, gozaba de maravillosos poderes para transmutar su aspecto en monstruos y animales diversos.

ción, como tú piensas, igual que un sofista, sino por procurar que lo que vayas escuchando está bien ordenado, y lo inmediatamente anterior permita comprender lo siguiente. Soy natural de Menfis; me llamo Calasiris[83], como mi padre; mi vida ahora es un continuo vagar, pero no así en otro tiempo, porque antes he sido sacerdote. Tuve esposa, según los ritos de la ciudad,
6 pero murió según es ley de vida. Tras su pérdida, cuando ella partió a otro destino[84], pasé una época sin desgracias, feliz y orgulloso de los dos hijos que había tenido de ella. Pero no muchos años después, el curso celeste de los astros que el destino rige alteró nuestra vida, y el ojo de Saturno cayó sobre mi casa, trayendo un empeoramiento[85]. Mi sabiduría lo había previsto, pero no me había dado escapatoria, porque, si bien es posible pronosticar los límites inmutables del des-
7 tino, no está a nuestro alcance eludirlos. Conocerlos de antemano reporta un beneficio en tales situaciones, porque amortigua el primer hervor de la desgracia; una desdicha inesperada, hijo, es insoportable, pero cuando se la prevé es menos difícil de sobrellevar. En el primer caso, la inteligencia queda paralizada, presa de miedo; en el segundo, la reflexión cotidiana termina por acostumbrarnos a ella.

---

[83] Según Heródoto, II 81, los sacerdotes egipcios visten túnicas largas de lino, adornadas con franjas en la parte que cubre las piernas y llamadas «calasiris». Es evidente que Heliodoro ha cuidado los más mínimos detalles en la elaboración de su obra.

[84] La referencia es a la metempsicosis, como defendían los neopitagóricos y el orfismo: la misma idea reaparece en VII 11, 8, a propósito de la muerte de Calasiris; si éste, además, incluye a Teágenes y Cariclea entre los dioses (II 23, 1), es probablemente porque los cree muertos y, por tanto, partícipes de otro destino mejor.

[85] Crono o Saturno era considerado por los astrólogos como el planeta maléfico por excelencia.

Lo que me ocurrió fue lo siguiente. Una mujer tra- 25
cia, llamada Rodopis[86], en la flor de la juventud y con una belleza que sólo cedía a la de Cariclea, no sé de dónde ni cómo, pero el caso es que vino a merodear por Egipto, traída por la mala fortuna de los que la conocían. Llegó en concreto a Menfis, alardeando de mucho dinero, escoltada por una numerosa servidumbre, y bien ejercitada en todos los lazos amorosos de Afrodita. No había quien se encontrara con ella y no quedara cautivado: tan ineludible e insuperable era la red que dejaba caer de sus ojos, cuando se estaba
en su presencia. Venía también con frecuencia al 2
templo de Isis, de quien yo era sacerdote, y honraba a la diosa con permanentes sacrificios y ofrendas de gran valor. Me avergüenza decirlo, pero hay que confesarlo: a fuerza de verla, he aquí que terminó por dominarme, hasta hacerse dueña de la continencia, observada por mí durante toda la vida. Tuve mucho tiempo enfrentados los ojos del alma con los del cuerpo, pero resulté finalmente vencido y caí bajo el peso
de una fuerte pasión amorosa. Descubrí que esta mujer 3
era el comienzo de las dificultades futuras que me habían sido pronosticadas por la divinidad, y comprendí que era ella quien representaba el papel de traerme el destino, y que la divindad que me había caído en suerte se había ocultado en ella, como si fuera una máscara de teatro. Por ello, tomé la decisión de no deshonrar la consagración sacerdotal en la que me había criado desde mi infancia, resistiéndome a profanar
el culto y los santuarios de los dioses. Por tanto, me 4
impuse el castigo apropiado a mi falta, que no era de

---

[86] El nombre está sugerido probablemente por la historia que narra HERÓDOTO, II 134-5, acerca de Rodopis, mujer tracia, compañera de esclavitud de Esopo, que, conducida a Egipto en época de Amasis, recobró su libertad y ganó gran fortuna ejerciendo el oficio de cortesana.

obra ¡dios me libre!, sino sólo de pensamiento y, con
mi propia conciencia como juez, me condené al destie-
rro por ese apetito desordenado. Salí, pues, desventu-
rado, de mi patria, en parte por someterme a la fuerza
del destino y por dejar que él hiciera conmigo su
voluntad, pero sobre todo, por escapar de la abomina-
5 ble Rodopis. Pues tenía miedo, buen amigo, de que el
peso de la mala estrella que se había adueñado de mí
me llevara a la derrota total de la acción más indecen-
te; pero, lo que por encima de todo y todos me indujo
al exilio fueron mis hijos, de quienes la indecible sa-
biduría divina me había vaticinado con frecuencia que
6 se atacarían entre sí con las armas. Tratando, pues,
de borrar de mis ojos este espectáculo tan cruel, del
que escaparía incluso el sol, yo creo, ocultando sus
rayos detrás de una nube, y sin otro remedio que con-
tentarme con que el asesinato de los hijos no lo pre-
senciara el padre, emigré de la patria y de la morada
paterna, sin explicar a nadie el motivo real de mi par-
tida. Puse el pretexto de que iba a Tebas la Grande a
visitar al mayor de mis hijos, que por aquel entonces
vivía allí con su abuelo materno. Su nombre, buen
amigo, era Tíamis.
7 De nuevo se estremeció Cnemón, como si el nombre
de Tíamis le hubiera herido los oídos, pero, aun así,
se contuvo y no dijo nada, para enterarse del resto.
El anciano continuó su historia del siguiente modo:
26 —Paso por alto, joven amigo, los viajes intermedios,
porque en nada contribuyen al relato que a ti te inte-
resa. Enterado de que existía una ciudad griega llama-
da Delfos, consagrada a Apolo, con santuarios de los
demás dioses, y lugar de trabajo para los sabios por
estar situada lejos del alboroto populachero, me dirigí
allá, pensando que una ciudad dedicada al culto y a
los misterios sagrados sería un albergue adecuado para
un sacerdote. Atravesé, por tanto, el golfo de Crisa y,

en cuanto desembarqué en Cirra, subí allí rápidamente. Al llegar, pude oír una voz, divina con seguridad, que 2 venía de este mismo lugar; todo contribuía a que la ciudad produjera la impresión de ser residencia celestial, pero sobre todo, la naturaleza del contorno: el Parnaso se erige, como fortaleza natural y alcázar improvisado, guardando la ciudad en el regazo que forman las faldas de sus cumbres [87].

—¡Magnífica descripción! —dijo Cnemón—; en na- 3 da tiene que envidiar a la que hubiera hecho alguien bajo el soplo divino de la Pitia. Justamente así me dijo mi padre que era Delfos, cuando le envió allí la ciudad de Atenas como diputado del consejo anfictiónico [88].

—Pero, hijo, ¿es que tú eres de Atenas?

—Sí, claro —respondió.

---

[87] La descripción parece ser la de un hombre que ha visitado Delfos, porque los detalles coinciden con los que da ESTRABÓN (VIII 3, 1; IX 2, 2); conoce perfectamente las vías de acceso (cf. también IV 18, 1; V 1, 2; V 17, 4) a este lugar escarpado, habla de los monumentos y recuerda la presencia de santuarios de otros dioses, además del dedicado a Apolo (en concreto, PAUSANIAS, X 32, 13, menciona un templo en honor de Isis, que era el más conocido de los de esta diosa en Grecia); pero a pesar de este aparente verismo, la cuestión de si Heliodoro ha estado realmente en Delfos o no permanece debatida: vid. en uno y otro sentido FEUILLATRE, *op. cit.*, págs. 45 y siguientes, y GAERTRINGEN, *RE*, 4, 2582.

[88] El consejo anfictiónico, encargado de velar por el templo de Apolo y las riquezas que allí había procedentes de los exvotos, así como de organizar los Juegos Píticos, estaba compuesto por un delegado (*hieromnémon* o *pilágoras*) enviado por cada una de las doce ciudades que en principio componían esta liga (con el transcurso del tiempo, al aumentar el número de ciudades que integraban la anfictionía, fue incrementándose el número de diputados). Se reunían dos veces anualmente, en Delfos y en las Termópilas respectivamente, y su poder e influencia fueron enormes hasta época avanzada (cf. ESTRABÓN, IX 3, 7). Cnemón era, por tanto, miembro de la más alta aristocracia ateniense.

—¿Cómo te llamas?

—Cnemón —volvió a contestar—. Pero el resto ya lo oirás a su debido momento; continúa ahora con tu relato.

4 —Bien, continúo —dijo, volviendo a la descripción de la ciudad—: fui admirando, pues, los paseos, las plazas, las fuentes y, en particular, la fuente Castalia, en la que hice mis abluciones[89], y enseguida me encaminé al templo. Me dio alas el tumulto de la muchedumbre, advirtiendo que era la hora en que la profe-
5 tisa entra en trance. Al entrar, me arrodillé en actitud de adoración, mientras oraba para mí mismo. Entonces la Pitia pronunció las siguientes palabras:

Tú, que has levantado tu huella del Nilo de espigas [fértiles
Y huyes de los decretos que hilan las Parcas potentes,
¡Aguanta! que a ti yo de Egipto el de oscuros surcos
Pronto daré una tierra. Ahora, sé amigo mío[90].

27 Tras pronunciar ella este oráculo, postré mi rostro en los altares, suplicando que el dios me fuera en todo propicio. El numeroso gentío que me rodeaba ensalzaba al dios por haberme hecho la profecía en mi primera súplica, me felicitaba y, a partir de entonces, me rodeó de todo tipo de cuidados. Decían que yo era la segunda persona a quien el dios recibía como amigo, después de un cierto Licurgo de Esparta[91], y que, si era de mi agrado, accedían a que fijara mi residencia en el recinto sagrado del templo; además, decretaron

[89] La acción purificadora de las aguas de la fuente Castalia aparece, por ejemplo, en Eurípides, *Ión* 94 sig.

[90] Dos dísticos elegíacos componen el oráculo.

[91] El oráculo pronunciado por la Pitia a Licurgo se halla en Heródoto, I 65. Notar la afectación de Calasiris, que finge ignorar quién era el legislador espartano (como corresponde a un egipcio que llega por vez primera a Grecia).

que se me suministrara la comida a expensas de la hacienda pública. En resumen, se me obsequió con todos 2
los favores. Mis ocupaciones eran asistir a las ceremonias, o estar al cargo de los sacrificios, que, en gran número y de todas las especies, celebran a lo largo del día los extranjeros y los del país para congraciarse con el dios, o bien conversar con los filósofos; y no son pocos los que dedicados a tal género de vida confluyen alrededor del templo de Apolo Pitio; hasta el punto de que la ciudad está convertida lisa y llanamente en un santuario de las musas inspirado por el dios patrono de ellas. Al principio, eran muy diversas las preguntas 3
que se me hacían: bien los ritos con que veneramos a los dioses locales de Egipto, me preguntaba uno; bien la causa de que sean diferentes los animales que se adoran en cada sitio, y la explicación del ceremonial de cada uno, trataba de averiguar otro; bien la construcción de las pirámides, o bien el laberinto de las Siringes[92]: en resumen, no dejaban sin indagar absolutamente nada de Egipto. Y es que no hay nada que atraiga tanto a los griegos como oír cualquier relato con Egipto como tema[93].

En fin, una vez llegó a preguntarme uno de los más 28
cultivados por las fuentes del Nilo y por su naturaleza específica, que le hace ser distinto de los demás ríos, es decir, por qué es el único que tiene las crecidas en verano. Yo le dije lo que sabía, le conté todo lo 2
que acerca de este río está escrito en los libros sagrados, cuyo contenido no está permitido conocer y leer,

92 Se trata de las tumbas reales excavadas en la piedra, de las que Estrabón (XVII 1, 46) menciona un número aproximado de cuarenta; en los corredores interiores eran depositados los tesoros, y de ahí el nombre metafórico a partir de la zampoña pastoril (para el nombre, Pausanias, I 42, 3).

93 En efecto, diversas noticias se hallan en Heródoto, Plutarco, Platón, etc.

excepto para los sacerdotes, y le expliqué que nace en las montañas de Etiopía y en los confines de África, en la región donde termina la zona de oriente y da
3 comienzo la del mediodía[94]. Tiene la crecida en verano, no como algunos pensaron porque los vientos etesios[95], soplen en sentido contrario de su corriente y hagan retroceder sus aguas, sino porque estos mismos vientos, en la época del solsticio de verano, impulsan y arrastran todas las nubes desde las zonas árticas hacia el sur, hasta hacerlas entrechocar, pero sólo cuando
4 se hallan en las regiones tórridas. Pues, una vez allí, el sofocante calor ambiental obliga a las nubes a interrumpir su curso, a causa de la evaporación de toda la humedad que se había ido acumulando y condensando progresivamente; eso es lo que provoca las violentas lluvias. El Nilo crece hasta no aguantar más ser un río simple, y se desborda de su cauce, convirtiendo a Egipto en un mar, pero fertilizando las tierras
5 de labor a su paso. Esta es precisamente la razón por

---

94 El mundo habitado estaba dividido en zonas («climas» es el término técnico griego) paralelas, de acuerdo con la duración de los días (vid. ESTRABÓN, II 5, 34 sigs.). El paralelo de base era el de Méroe, la capital de Etiopía, donde el día solar más largo duraba trece horas.

95 Los vientos etesios son los del Noroeste, y son característicos de la zona sur del Mediterráneo, pues se deben al calentamiento del Sahara en verano, más rápido que el del mar. Según DIODORO DE SICILIA (I 38 sigs.), esta teoría fue formulada por Tales; tanto DIODORO como HERÓDOTO, II 19 sigs., demuestran su falsedad. HERÓDOTO, *loc. cit.*, menciona dos opiniones más: unos suponen que las crecidas son causadas por el Océano, de donde proceden las aguas del Nilo; otros afirman que proceden del deshielo (según PLUTARCO, *Moralia* 897 sig., así lo defendía Anaxágoras y Demócrito, cf. *infra*; DIODORO, *loc. cit.*, adscribe esta opinión también a Eurípides, como discípulo que había sido de Anaxágoras). DIODORO, I 41, 4, defiende la explicación de Agatárquides de Cnido (siglo II a. C.): las crecidas se deben a las continuas lluvias que caen sobre Etiopía desde el solsticio de verano al equinoccio de invierno.

la que su agua es riquísima para beber, porque son las lluvias del cielo las que suministran su caudal; y agradabilísima además al contacto, sin que esté caliente como al principio de su curso, pero sí todavía tibia, por proceder de aquella región calurosa [96]. Por esto también es el único río que no despide brumas de vapor; ahora bien, éstas se producirían con toda verosimilitud, si fuera cierto que las crecidas resultan del deshielo, como pretendieron, según mis informes, algunas personas que han gozado de buena reputación entre los griegos.

Estas y otras explicaciones semejantes le ofrecí. 29
Éste, que era un sacerdote de Apolo Pitio, llamado Caricles, y había trabado conmigo una amistad íntima, contestó:

—Tienes toda la razón, y también yo suscribo ese parecer, porque coincide plenamente con las informaciones que me dieron los sacerdotes del Nilo que hay en Catadupos [97].

»—Pero, Caricles —respondí—, ¿es que tú has ido allí?

»—Sí, fui —dijo—, sabio Calasiris.

---

[96] Esta idea era probablemente del conocimiento general, pues Clitofonte en AQUILES TACIO, IV 18, prueba el agua con la intención explícita de verificar esta creencia. Las aguas sanas del Nilo ya son mencionadas por ESQUILO, *Suplicantes* 556 sig. (cf. *infra*, IX 22, 2-7).

[97] Catadupos es en realidad el nombre de las «cataratas»; se refiere a la primera catarata, que formaba la frontera entre Egipto y Etiopía, situada cerca de la isla de Filas. Junto a esta catarata había dos ciudades (que tendrán suma importancia en el transcurso de la novela): Siene y Elefantine; la primera correspondencia a la moderna Assuán, y Elefantine estaba edificada sobre una isla en el Nilo; ambas distaban, según ESTRABÓN, XVII 1, 48, medio estadio. Estos mismos parajes aparecen en FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* III 20, 1; VI 1; VI 17; ARRIANO, *India* IV 5. En cada ciudad egipcia había sacerdotes del Nilo, según HERÓDOTO, II 90.

»—¿Qué motivo te llevó? —volví a preguntar.

»—Una desgracia familiar —respondió—, que ha
2 resultado ser causa de felicidad. —Al ver mi extrañeza
ante tal paradoja, prosiguió—: Ya verás cómo no te
extrañas, en cuanto te enteres de lo ocurrido. Estoy
dispuesto a contártelo cuando te apetezca.

»—Bueno, pues es el momento de hablar —le dije—; ahora mismo quiero oírlo.

»—Atiende —dijo Caricles, tras alejarnos de la con-
currencia—; además, ya hace tiempo que tenía ganas
de que oyeras mis aventuras, para ver si podías pres-
3 tarme algún servicio. Cuando me casé, estuve mucho
tiempo sin tener hijos, hasta que, tarde y en edad avan-
zada, a fuerza de súplicas a los dioses, se anunció que
yo era padre de una niñita, de la que el dios predijo
que no me había de traer buenos auspicios. Llegó a
la edad de casarse, y la entregué en matrimonio al que
de los pretendientes, que eran numerosos, me pareció
4 el mejor. En la misma noche de bodas murió la pobre,
a consecuencia de un incendio que se produjo, no se
sabe si por la caída de un rayo o por la mano de un
hombre: al canto del himeneo, aún no acabado, le su-
cedió el treno; se la escoltó desde la cámara nupcial
a la tumba; las antorchas que iluminaron la boda
fueron las mismas que prendieron la pira funeraria[98].
Para rematar la tragedia, el destino añadió a este dra-
ma otro sufrimiento: la pérdida de la madre de mi
5 hija, que no pudo resistir el dolor. Yo me veía incapaz
de sobrellevar las desgracias que me habían mandado
los dioses: no me quité la vida, porque creo que los
teólogos tienen razón al decir que es un acto impío;
pero sí me exilié, por escapar de la soledad de la casa.

---

98 Este mismo tema reaparece en APULEYO, *Metamorfosis* IV 33-34; los dos autores, según T. SZEPESSY, *Acta Antigua Acad. Scient. Hung.* 20 (1972), 341-357, han usado de modo independiente modelos de ERINA, MELEAGRO y ANTÍPATRO DE SIDÓN.

Pues gran fuerza tiene para olvidar los males el que no quede otra cosa sino el recuerdo, porque el ver sólo con los ojos del alma va oscureciendo la pena. Así, después de haber vagabundeado por muchos sitios, llegué a tu Egipto y al propio Catadupos, guiado por el interés de conocer las cataratas del Nilo.

»Ese es, pues, buen amigo, el motivo de mi viaje 30
allí. Pero quiero que conozcas un episodio tangencial
de mi historia, o, mejor dicho, el esencial. Iba yo un
día paseando por la ciudad, entreteniendo el ocio en
comprar algunas cosas que escasean en Grecia, pues
ya, con el tiempo, tenía casi digerido el profundo dolor
y estaba deseando regresar a la patria[99], cuando he aquí
que se me acerca un hombre de aspecto respetable, y
cuya mirada traslucía inteligencia; hacía poco que
había dejado de ser adolescente, y tenía la piel com-
pletamente negra. Me saludó y, con un griego poco se-
guro, me dijo que quería explicarme algo en privado.
Atendí gustoso a su ruego, y él me condujo dentro de 2
un templo que había cerca y me dijo:

»—Te he visto comprando algunas plantas y raíces indias, etíopes y egipcias. Si quieres comprarlas auténticas, no falsificadas, estoy dispuesto a procurártelas.

»—Claro que quiero —contesté—; enséñamelas.

»—Las vas a ver —dijo—; pero no vayas a ser roñoso en el trato.

»—Pues garantiza tú también —le respondí— que no vas a poner un precio exagerado en la venta.

»Él se sacó una bolsita que llevaba bajo la axila y 3
me mostró una maravilla de piedras preciosas: había
perlas del tamaño de una nuez pequeña, perfecta-
mente redondeadas y extraordinariamente relucientes

---

99 La misma idea y con vocabulario muy semejante en Aquiles Tacio, V 8, 1-2.

de blancura; esmeraldas y jacintos[100], las unas con el verdor de la mies en primavera y con una tersura como de aceite que las hacía brillar, las otras se asemejaban en el color al del mar al pie de un escollo en aguas profundas, cuando se estremece levemente y hace tomar tintes de violeta a las partes más bajas; en resumen, había mezcla de todo tipo de variopintos destellos que encantaban la vista.

4 »—Ya puedes ir, buen amigo —le dije, al verlo—, a buscar a otros compradores para eso, que yo no sé si aun toda mi hacienda bastaría para una sola de las piedras que estoy viendo.

»—Bueno, si no las puedes comprar —replicó—, no hay nada que te impida aceptarlas como regalo.

»—¿Yo? Naturalmente, no tengo —dije— ningún obstáculo para coger un regalo; pero tú, no sé qué pretendes, si no es burlarte de mí.

»—No me estoy burlando —contestó—; hablo muy en serio; y juro por el dios que aquí habita que te daré todo, si además accedes a tomar otro regalo todavía mucho más valioso.

5 »Ante esto, no pude contener la risa, y, al preguntarme la razón, le dije:

»—Porque es de risa que encima de prometerme unos regalos tan preciados, te comprometas a darme una recompensa mucho más grande que los propios regalos.

»—Fíate de mí —dijo— y júrame también tú hacer uso del obsequio de la mejor manera que puedas y siguiendo mis instrucciones.

»Admirado y sin saber ni qué hacer ni qué pensar, hice el juramento, con la esperanza de conseguir tan

[100] El color violeta de estas piedras permite suponer que se refiere a una variedad de amatistas, porque el nombre «jacinto» se aplica más bien a las piedras finas del circón.

valiosos dones. Después de haber jurado de acuerdo 6 con sus exigencias, me condujo a su casa y me mostró a una niña de belleza sin par y divina. Me dijo que tenía siete años, aunque parecía ya rondar la edad de casarse, porque, realmente, una hermosura extraordinaria produce por añadidura la ilusión de talla superior. Yo, entretanto, me había quedado inmóvil, boquiabierto, sin entender nada de lo que ocurría, mirando insaciablemente el espectáculo que tenía ante mi vista.

»Finalmente, me dirigió las siguientes palabras: 31

»—A esta muchacha que estás viendo, buen amigo, su madre, por una razón que enseguida vas a conocer, la expuso cuando todavía estaba entre pañales, confiando su suerte a los avatares del destino. Yo la encontré y la recogí, porque habría sido una impiedad abandonar a un alma humana en el peligro. Además, éste es uno de los preceptos nuestros, de los gimnosofistas[101], de quienes yo había recibido el honor de ser discípulo poco antes de aquellos hechos. Pero la causa principal de no abandonarla fue que la criatura despedía una luz grande y divina de sus ojos: tan viva y atractiva me parecía su mirada, mientras estaba observándola. Junto a ella habían abandonado el collar de piedras 2 preciosas que acabo de mostrarte y una banda de tejido de seda bordada con caracteres gráficos locales, en la que se narraba la historia de la muchacha. La ma-

[101] Los «filósofos desnudos» (gimnosofistas) eran los santones hindúes, cuya sabiduría y ascetismo eran célebres entre los griegos. También en Etiopía había gimnosofistas, a los que Apolonio de Tiana fue a visitar (Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* VI), y es posible que de esta fuente haya imitado Heliodoro la presencia de gimnosofistas en Etiopía. Éstos, de quienes se decía que Pitágoras se había inspirado, manifestaban un gran respeto por la vida de cualquier ser humano, hasta el punto de oponerse incluso a los sacrificios sangrientos (cf. X 9, 6).

dre creo que era quien se había ocupado de dejar estas marcas que permitirían reconocer a la niña. En cuanto lo leí y me enteré de quién era hija y dónde había nacido, fui a una finca que tengo en el campo, muy alejada de la ciudad, y se la entregué a unos pastores míos para que la criaran, advirtiéndoles que tuvieran buen cuidado de decírselo a alguien. En cuanto a los objetos que habían expuesto con la niña, los guardé, para evitar que fueran motivo de alguna ma-
3 quinación contra ella[102]. Al principio fue viviendo así, sin que nadie reparara en ella, pero cuando con el transcurso del tiempo fue creciendo y se observó que la belleza de la joven era algo desacostumbrado, y que su hermosura, aunque se la enterrara bajo tierra, no podría quedar oculta, sino que incluso desde allí relumbraría, me entró miedo por si se descubría la verdad, porque ella moriría y a mí, de rechazo, podría sucederme algo desagradable. Me las ingenié, pues, para que me enviaran a una embajada ante el sátrapa de Egipto; esa es la razón de haber venido aquí con ella,
4 para ver si arreglo este asunto. Ahora mismo voy a celebrar con el sátrapa la entrevista para la que he venido; pues es hoy cuando dijo que iba a recibirme en audiencia. En tus manos y en las de los dioses que así lo han dispuesto, dejo a la muchacha. Respeta los pactos jurados por ambos: conservarla libre y darla en matrimonio a uno que sea libre, sin olvidar esa banda que lleva, que yo pongo a tu cargo, o, mejor dicho, su
5 madre, que la expuso. Confío en tu lealtad para cumplir los acuerdos. El aval que tengo es tu juramento; y tu carácter, porque desde hace muchos días, desde que resides aquí, me he tomado la molestia de vigilarte

[102] Las analogías de esta historia con lo que acerca de la infancia de Ciro cuenta HERÓDOTO, I 108 sigs., es evidente; no obstante, este tipo de cuentos son habituales en toda tradición cultural, como se desprende del tema de Edipo.

hasta cerciorarme de que tu manera de ser es realmente la de un griego. Esto es, a grandes rasgos, lo que tenía que decirte; ahora me reclama el deber de la embajada. Si quedamos mañana en los alrededores del templo de Isis, te daré explicaciones más claras y detalladas respecto a la muchacha.

»Así lo hice: cogí a la chica y cubriéndola con un 32
velo la conduje a mi casa, donde, durante todo ese día, la cuidé con todo mimo, dando innumerables gracias a los dioses. Desde ese mismo instante la consideré hija mía, y así la llamaba. Al día siguiente, nada más amanecer, fui a toda prisa al templo de Isis, donde me había citado con el desconocido, estuve dando por allí muchísimas vueltas y, como no aparecía por ningún sitio, me presenté en el palacio del sátrapa, para informarme de si alguien había visto al embajador de los etíopes. Me dio uno la noticia de que se había ido, o 2
mejor, que lo habían expulsado, y de que el sátrapa le había amenazado de muerte, si no estaba fuera de las fronteras antes de la puesta del soy. Le pregunté la razón, y me dijo:

»—Porque pretendía que el sátrapa se apartara de los yacimientos de esmeraldas, que, según él, pertenecen a Etiopía[103].

»Me retiré totalmente contrariado, como si me hu- 3
bieran dado un doloroso golpe, por no haber podido enterarme de la historia de la muchacha: no sabía de ella ni quién era, ni de dónde, ni hija de quién.»

—No te sorprendas —le interrumpió Cnemón—; que a mí también me indigna no poder oírlo; pero, en fin, quizá luego lo escuche.

—Lo escucharás —repuso Calasiris.

---

103 Sobre minas de oro y yacimientos de piedras preciosas en las fronteras entre Egipto, con Etiopía y Arabia hablan Diodoro, III 12 sigs., y Estrabón, XVI 4, 20.

33 Ahora mismo voy a proseguir con el relato de Caricles, que me contó:

«—Cuando volví a casa, me salió al encuentro la chica y, aunque no me dijo nada porque aún no comprendía el griego, me acogió cariñosamente con sus gestos. El sólo verla de nuevo me devolvió la alegría. Estaba yo sorprendido, porque, igual que los buenos cachorros de raza reciben a cualquiera con festejos, por poco que le conozcan, así también ella se dio cuenta al instante de la simpatía que despertaba en mí y
2 me trataba como a un padre. Decidí entonces no permanecer más tiempo en Catadupos, no fuera a ser que algún hechizo del destino tratara de privarme de mi segunda hija. Remonté el Nilo hasta el mar, encontré
3 una nave que iba a la patria y me embarqué. Y ahora la muchacha está aquí conmigo: es mi hija y tiene mi mismo nombre[104]; las esperanzas de mi vida están de manera exclusiva depositadas en ella; es en todo mejor de lo que cabría desear. Enseguida aprendió la lengua griega y fue creciendo hasta desarrollarse plenamente como retoño bien florido[105]. Su juvenil belleza sobrepasa a la de las demás, hasta el punto de atraer hacia sí todas las miradas, tanto de griegos como de extranjeros; cuando aparece en los templos, avenidas o plazas, nadie puede reprimir la intención de volver hacia ella la cabeza y el pensamiento, como
4 si fuera una estatua, modelo de belleza. Pero, a pesar de todas esas cualidades, me tiene profundamente apenado y triste, porque no quiere ni oír hablar de matrimonio: se empeña en ser toda la vida virgen; se ha consagrado al servicio del templo de Ártemis y pasa la mayor parte del tiempo dedicada a la caza o al ejer-

---

104 Es decir, Cariclea.

105 La comparación es ya homérica: *Ilíada* XVIII 437; *Odisea* VI 162 sig.

cicio del arco[106]. La vida es así para mí insoportable,
porque me había hecho la ilusión de entregarla en ma-
trimonio al hijo de una hermana mía, un muchacho
muy gentil, de conversación y carácter agradables;
pero por culpa de esa cruel decisión suya, se me ha
esfumado la esperanza. Ni los halagos ni las promesas 5
ni los razonamientos han podido persuadirla; pero lo
peor de todo es que utiliza contra mí, como se dice,
mis propias armas, porque esgrime toda la capacidad
de crítica que yo le he enseñado, para tratar de de-
mostrarme que la vida que ha escogido es la mejor:
reverencia a la virginidad y la ensalza hasta los mismos
dioses, llamándola pura, incólume e incorruptible; en
cambio, a Amor, a Afrodita y a cualquier cortejo de
boda los manda al cuerno. Esta es la razón de recla- 6
mar tu auxilio; por eso es por lo que he aprovechado
esta oportunidad, en cuanto ha surgido, en cierto modo
espontáneamente, este tema en la conversación. Si he
sido prolijo en exceso, te pido disculpas, mi buen Cala-
siris. Pero usa con mi hija esa habilidad y hechizo
que tenéis los egipcios. Convéncela, de palabra o de
acción, para que reconozca su propia naturaleza y se
dé cuenta de que es una mujer. Si quieres, te será 7
fácil conseguirlo, porque ella no rehúye la conversa-
ción con los hombres doctos; es más, se ha criado
casi siempre conviviendo con ellos. Además, vive en
la misma casa que tú; dentro del recinto sagrado, quie-
ro decir, en las proximidades del templo. Así que no
eches en saco roto mi petición ni te resignes a dejarme
en la penosa vejez sin hijos, sin consuelo, sin posteri-

---

106 No es sacerdotisa de Ártemis, sino *zácoro*; éstos, como los *neócoros*, que eran inferiores en rango, componían el personal subalterno del servicio del templo y participaban en cierta medida en los actos de culto. Cariclea es, por tanto, representada aquí aproximadamente como Hipólito en la primera escena del *Hipólito* de EURÍPIDES.

dad. No lo hagas; te lo suplico por el propio Apolo y los dioses de tu país.»

8 Se me saltaron las lágrimas, al oírle, pues tampoco él dirigía estos ruegos sin derramar lágrimas, y me comprometí a colaborar en lo que pudiera.

34 Aún estábamos cavilando sobre este asunto, cuando se acercó uno corriendo a comunicarnos que el jefe de la embajada sagrada de los enianes llevaba un buen rato a la puerta, alborotando y reclamando la presencia del sacerdote, para comenzar el sacrificio.
2 Pregunté a Caricles quiénes son los enianes, qué era su embajada sagrada y qué tipo de sacrificio es el que celebran.

«—Los enianes son de Tesalia —me contestó—, el pueblo más noble de aquel territorio, y de la más pura raza helénica, porque proceden de Helén, el hijo de Deucalión [107]. Habitan en la zona que se extiende a lo largo del golfo Malíaco; Hípate, su capital, es para ellos motivo de orgullo, porque, según pretenden, se llama así por ser soberana y dueña de las demás ciudades [108]. Aunque a otros les parece más bien que su nombre deriva del hecho de estar situada al pie del monte
3 Eta. El sacrificio y la embajada sagrada se celebran cada cuatro años, coincidiendo con los juegos píticos, que, como sabes, están teniendo lugar ahora, y los enianes la festejan en honor de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, que fue aquí mismo asesinado, junto a los propios altares de Apolo Pítico, por Orestes, el hijo de

---

107 Según una conocida leyenda, Deucalión y Pirra son los únicos mortales que sobreviven el diluvio que Zeus hace caer sobre la tierra; uno de sus hijos, Helén, es el antecesor y epónimo del pueblo griego; los hijos de éste, Doro, Juto y Eolo, serán los fundadores de las estirpes dórica, jónica y eólica, respectivamente (vid. los testimonios y las variantes en A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 261 y sigs.).

108 Hípate es el femenino del adjetivo que significa «superior».

Agamenón[109]. La solemnidad de la embajada sagrada 4
de este año supera incluso a las precedentes, porque el que viene al frente de ella afirma con orgullo ser descendiente de Aquiles. Ayer me encontré con este joven, y realmente me pareció que no desmerece en nada de los herederos de Aquiles: su aspecto físico y su talla, magníficos, confirman su linaje a cualquiera que lo vea.»

Le hice notar mi extrañeza ante la circunstancia de 5
de que un individuo del pueblo eniane se proclamara descendiente de Aquiles, siendo así que el egipcio Homero[110], presenta en su poema a Aquiles, como natural de Ftía.

«—Pues el joven —contestó—, al igual que todos sus compatriotas, reivindica al héroe como eniane e insiste en que Tetis procedía del golfo Malíaco, cuando fue a casarse con Peleo, y en que la región del golfo se llamaba antiguamente Ftía. Lo que ocurre es que los demás pueblos, a consecuencia de la gloria del héroe, tratan de atribuírselo fraudulentamente. Además, 6
se inscribe también a sí mismo entre los Eácidas, porque hace remontar su familia hasta Menestio, el hijo del Esperqueo y de Polidora, hija a su vez de Peleo; Menestio acudió también a la expedición contra Troya

---

109 La leyenda es relatada de modo algo diferente en los diversos autores: Apolodoro, *Epítome* VI 14, afirma que Orestes asesinó a Neoptólemo, porque éste se había apoderado a viva fuerza de Hermíone, que durante la guerra de Troya había sido prometida como esposa a Neoptólemo, pero ya para entonces estaba casada con Orestes (cf. Eurípides, *Andrómaca* 967 sigs.); el mismo Apolodoro (en lo esencial coincidiendo con Pausanias, I 13, 9; IV 17, 4; X 24, 4) cuenta también que fue castigado a muerte por un sacerdote de Delfos, a instancias de la Pitia, por haber saqueado el templo; según Estrabón, IX 3, 9, fue asesinado por un delfio, como consecuencia de una venganza personal.

110 Cf. *infra*, III 14.

en compañía de Aquiles, y éste, por su parentesco, le nombró jefe de la primera división de los mirmido-
7 nes[111]. Se abraza, pues, a Aquiles por todas las ramas y le hace a toda costa conciudadano de los enianes. Y entre otros argumentos que detalla con minuciosidad, pone como prueba el propio sacrificio que celebran en honor de Neoptólemo: el hecho de que todos los tesalios, afirma, hayan declinado este privilegio en favor de los enianes es un nuevo testimonio de que ellos son los descendientes más directos.

8 »—Nada impide —contesté—, Caricles, darles ese gusto, o incluso podemos ratificárselo. Ordena, pues, que llamen al jefe de la embajada sagrada: tengo ya unas ganas locas de conocerle.»

35 A una señal de Caricles entró el joven. Tenía éste realmente cierto aire parecido a Aquiles, y su mirada altiva recordaba a la de aquél. Tenía el cuello erguido; el pelo peinado hacia atrás se levantaba como una crin, dejando la frente despejada; aspiraban el aire las ventanas de la nariz, totalmente abiertas, denunciando su coraje; los ojos no eran del todo garzos, sino de un azul que negreaba; y la mirada era a la vez altanera y amable, como cuando el mar después del oleaje acaba
2 de alisarse en bonanza[112]. Tras el intercambio de los saludos de rigor, dijo que era ya hora de ofrecer el sacrificio al dios, para poder celebrar a continuación a tiempo el sacrificio y la procesión en honor del héroe muerto.

---

111 *Ilíada* XVI 173 sigs. Peleo es un hijo de Éaco (v. DIODORO, IV 72, 6).

112 Algunos detalles de esta descripción son probablemente homéricos (*Odisea* XXIV 318 sig.); otros son semejantes a los que se encuentran en las descripciones de Aquiles que ofrece FILÓSTRATO en el *Heroico* XIX 5 (pág. 733) y en *Imágenes* B, II (pág. 812).

«—De acuerdo —contestó Caricles; y al levantarse 3
me añadió—: También vas a poder ver hoy a Cariclea, si es que no la has visto antes, porque la norma tradicional es que la servidora de Ártemis asista a la procesión y al sacrificio dedicados a Neoptólemo.»

Yo, mi querido Cnemón, había visto a menudo a la muchacha, porque habíamos participado juntos en diversas ceremonias y porque a veces había venido a informarse de algunos ritos religiosos; sin embargo
me quedé callado, aguardando a ver qué ocurría. Parti- 4
mos de inmediato hacia el templo, porque los tesalios ya tenían hechos todos los preparativos para el sacrificio. Estábamos ya junto a los altares y el joven había comenzado la ceremonia después de las preces del sacerdote, cuando he aquí que se oyó desde las profundidades del templo la voz de la Pitia, que decía:

A la que Gracia es primero y Gloria al final tiene 5
Celebrad, oh delfios, y al que de la Diosa es Hijo[113].
Ellos, cuando mi templo abandonen y las olas surquen,
Llegarán del sol a la tierra oscurecida,
Donde por su excelente vida gran galardón obtendrán:
Alba corona sobre sus sienes negras.

Estas palabras del dios dejaron a los presentes 36
totalmente perplejos y sin saber cómo interpretar el oráculo. Cada uno extraía un sentido diferente de la revelación divina, y todos sugerían cosas distintas se-
gún sus deseos. Pero, aun así, nadie alcanzó a percibir 2
lo que quería expresar realmente, pues sólo se suele acertar en la interpretación de los oráculos y los sueños cuando éstos llegan a su cumplimiento. Además,

---

113 El nombre de Cariclea en griego está compuesto de dos elementos que significan respectivamente «gracia» y «gloria»; el de Teágenes consta de «diosa» e «hijo».

los delfios estaban profundamente excitados a causa de la procesión, tan suntosamente dispuesta, y a la que querían dirigirse sin dilación; por eso, no hicieron caso de rastrear el verdadero significado del vaticinio.

LIBRO TERCERO

Cuando acabaron la procesión y todas las ceremonias del sacrificio... 1

—Pero, padre, ¿cómo es eso de que se acabaron? —le interrumpió Cnemón—. A mí al menos, tu relato no me ha permitido contemplar el espectáculo. Tengo unas ansias tremendas de oírlo, no hago más que correr para ser testigo ocular del acontecimiento, y, luego, como se dice, llego tarde a la fiesta [114]. Entonces vas tú y a toda velocidad, cuando no has abierto del todo el teatro, ya lo estás cerrando.

—Yo, Cnemón —repuso Calasiris—, no quería en 2
absoluto importunarte con incisos que no hacen al caso, como éste; tan sólo pretendía limitarme a lo esencial del relato, sin desviarme de lo que has preguntado al principio. Pero ya que has mostrado tu deseo de ser espectador, aunque sea de pasada [115], circunstancia por la que te delatas bien claramente como ateniense, voy a contarte en resumen esta fiesta renombrada como pocas, tanto por ella misma como por los acontecimientos que luego siguieron.

---

114 El proverbio, con diversas variantes, se encuentra, por ejemplo, en Platón, *Gorgias* 447 a.

115 Literalmente «desde bastidores» (las *párodoi* eran los pasillos laterales por donde el coro entraba en la *orquestra*); pero la expresión, usada como proverbio (cf. III 6, 2), es metafórica.

3 Iba en cabeza una hecatombe[116] que habían de inmolar campesinos con trajes de labranza. Llevaban todos una túnica blanca, sujeta al talle con un cinturón; la mano derecha, desnuda como el hombro y la parte del pecho del mismo costado, blandía un hacha
4 de doble filo. Los bueyes eran todos negros, y su cuello pleno de vigor estaba erguido, formando una moderada curva; tenían cuernos enormes y puntiagudos, adornados con color dorado o entretejidos con guirnaldas de flores; las patas eran chatas, y una gruesa papada pendía sobre sus rodillas. En cuanto al número, eran exactamente cien, con lo que constituían una hecatombe en el sentido más preciso de la palabra.
5 Los acompañaba además una multitud variada de víctimas de otras clases. Cada especie iba conducida, formando grupos separados y en perfecto orden, mientras la flauta y la zampoña entonaban un canto de ceremonia que anunciaba el sacrificio.

2 A continuación de estas reses con sus boyeros venían unas muchachas tesalias, de bellos y profundos talles[117] y melena suelta. Estaban distribuidas en dos grupos: las del primero llevaban pequeñas canastas llenas de flores y frutas de la estación: las otras, con las cestas votivas, repletas de pasteles y perfumes,
2 esparciendo su aroma por el contorno. Para estos menesteres las manos estaban desocupadas, pues cargaban el peso sobre la cabeza. Iban cogidas de la mano formando una sola fila que avanzaba en oblicuo, para así tener la posibilidad de caminar y danzar al mismo

[116] La hecatombe es propiamente la inmolación de cien bueyes, aunque se emplea con frecuencia en sentido general; Heliodoro, no obstante, amante de los juegos etimológicos, usa la palabra en sentido estricto. PÍNDARO, *Nemea* VII, 63 sigs., habla de multitud de víctimas, al referirse al culto délfico de Neoptólemo.

[117] Epíteto homérico: *Odisea* III 154, etc.

tiempo. El segundo coro daba el tono para el preludio del canto, pues éste era el grupo encargado de ejecutar el himno entero. Su tema era la alabanza de Tetis y Peleo, del hijo de ellos y del hijo de este último. Detrás de ellos, Cnemón... 3

—¿Qué es eso de Cnemón? —replicó éste—; ya estás otra vez tratando de privarme de lo más agradable de todo, padre, si es que no piensas referirme el himno al pie de la letra. No vas a hacerme asistir a la procesión únicamente como espectador visual, en lugar de permitirme también oír todo.

—Lo oirás —repuso Calasiris—, ya que es eso lo que quieres. El canto era el siguiente[118]:

A Tetis canto, a Tetis la de dorados cabellos, 4
A la inmortal hija del marino Nereo,
A la que por indicación de Zeus se esposó con Peleo,
Al resplandor de la superficie marina, a nuestra Pafia[119]*:*
Ella es quien al de lanza furiosa, al Ares de guerras,
Al rayo de Grecia parió y crió de sus ijares,
Al divino Aquiles, cuya gloria es celestial;
Con él, Pirra dio a luz a su hijo Neoptólemo[120]*,*
Conquistador de la ciudad troyana, defensor de la de [*los dánaos.*
Sénos propicio, Neptólemo,
Tú que ahora eres dichoso oculto bajo tierra pítica,

---

118 Estos versos (= *Antología Palatina* IX 485) son, desde el punto de vista de la métrica, algo insólito, pues se trata de una sucesión de pentámetros dactílicos.

119 Epíteto de Afrodita.

120 Mientras que aquí Pirra es el nombre de la madre de Neoptólemo, en toda la tradición restante se dice que Pirra era el nombre que Aquiles tenía durante su estancia en Esciros, cuando, por evitar asistir a la guerra de Troya, había sido ocultado en esa isla, haciéndose pasar por niña, en casa de Licomedes, y que el nombre de la madre de Neoptólemo era Deidamía, una de las hijas de Licomedes (v. Higino, *Fábulas* 96; Apolodoro, *Biblioteca* III 13, 8; Estacio, *Aquileida* I 207-885).

Y acepta benévolo este sacrificio
Y rechaza todo temor de nuestro pueblo.
A Tetis canto, a Tetis la de dorados cabellos[121].

3 Este era más o menos el himno, Cnemón, en la medida que recuerdo. La armonía que rodeaba a los coros era tanta, y hasta tal punto el paso del desfile marcaba con exactitud el ritmo del canto, que los ojos se olvidaban de mirar: tan seducidos estaban por lo que oían. Los asistentes iban acompañando progresivamente el avance de las muchachas, como si el eco del canto los fuera arrastrando, hasta que inmediatamente después apareció un espléndido escuadrón de jóvenes, sobre todos sobresaliente su capitán. Este hecho vino a demostrar fehacientemente que la contemplación directa de la belleza excede a todo lo que de
2 ella se oiga. El número total de los efebos era cincuenta, pero estaban distribuidos en dos hileras de veinticinco que escoltaban por cada lado al jefe de la embajada sagrada, que marchaba en el centro. Su calzado, entretejido con tiras de cuero purpúreo, iba abrochado por encima de los tobillos; su clámide blanca estaba sujeta al pecho con un broche dorado y tenía en todo el contorno una orla teñida de color azulado.
3 Los caballos eran todos tesalios y tenían el noble aspecto de los que se crían en aquellas llanuras[122]: pues si bien se mostraban rebeldes a las órdenes de su amo y trataban de escupir el bocado, echando abundante espuma, toleraban llevar a los jinetes a la grupa

[121] Tetis, la diosa marina, madre de Aquiles, parece haber sido objeto de culto sólo en Tesalia. Según FILÓSTRATO, *Heroico* XIX, 14 sigs. (págs. 740 y sigs.), los tesalios enviaban una embajada sagrada que se dirigía a Troya anualmente; en esta celebración se cantaba un himno en honor de Tetis.

[122] Los caballos criados en las grandes llanuras de Tesalia pasaban por ser los mejores de Grecia.

y dejarse guiar por la razón de aquéllos. Iban adornados con bardas y testeras de plata o doradas, como si los efebos hubieran competido por enjaezar cada cual
mejor su corcel. Pero a éstos, Cnemón, a pesar de ser 4
tal y como te he descrito, las miradas de la concurrencia no les prestaban mucho caso, sino que pasaban de largo, y todo el mundo se quedaba extasiado contemplando a su jefe, que era precisamente Teágenes, el motivo de mis desvelos actuales. Tal fue el deslumbramiento que nos produjo el verle, que se podría haber pensado que era la luz de un rayo lo que había oscure-
cido todo lo que antes era perfectamente visible. Iba 5
éste también a caballo, pero armado además como un infante[123], blandiendo una lanza de fresno[124] con punta de bronce. Marchaba en el desfile procesional sin casco, con la cabeza descubierta, vestido con una clámide teñida de púrpura en la que se representaba con bordados de oro el combate de los Lapitas contra los centauros[125]. La hebilla tenía engastada una Atenea de ámbar que sostenía ante su coraza, a modo de escu-
do, una cabeza de Gorgona[126]. Contribuía a añadir más 6

---

123 Sólo los hoplitas iban armados con coraza; los jinetes en esta época no llevaban defensa, sino la clámide (capa corta). Jinetes acorazados, no obstante, había en el ejército persa (cf. *infra*, IX 15).

124 Teágenes se jacta de ser descendiente de Aquiles, el héroe que va armado con una lanza de fresno (*Iliada* XVI 143).

125 Tanto Lapitas como Centauros pertenecen a la leyenda tesalia y son, por tanto, sumamente adecuados para los bordados de la clámide que lleva Teágenes. El sangriento combate, objeto de numerosas representaciones en el arte griego, tiene lugar en el banquete para festejar la boda de Pirítoo e Hipodamía, cuando los Centauros, embriagados, tratan de violar a las mujeres e hijas de los Lapitas (Hesíodo, *Escudo* 178 sigs.; Ovidio, *Metamorfosis* XII 210-535).

126 Monstruo mitológico (Hesíodo, *Teogonía* 274) con cabello de serpientes, cuya cabeza, aún después de muerta, tiene la propiedad de petrificar a todo el que la mira. Es atributo de

encanto la suave brisa de un viento que le acariciaba levemente con su dulce soplo los cabellos, peinándolos hacia atrás, y levantaba los bucles de su frente. Al mismo tiempo, los bordes de su clámide se extendían
7 sobre las ancas y los muslos del caballo. Se hubiera dicho que incluso el propio caballo era consciente de la joven belleza de su amo y comprendía que era para sí mismo un gran honor llevar al jinete más apuesto: tan hinchado iba su cuello, tan gallarda su cabeza, con las orejas rectas, mientras movía altivas sus cejas sobre los ojos. Orgulloso de sí mismo y de su carga, avanzaba[127] dócil a las riendas, contoneándose alternativamente sobre uno y otro costado y haciendo repiquetear suavemente la tierra con el extremo del casco
8 en sus movimientos rítmicos y serenos. Todos estaban atónitos ante lo que veían y todos acordaban para el joven el primer premio de fortaleza y galanura. Todas las mujeres del pueblo, que son justamente las más incapaces de disimular y dominar los sentimientos de su alma, le iban tirando manzanas[128] y flores, para ver si se atraían sus favores. Unánime era el veredicto que reinaba en todos: nunca aparecería entre los hombres nada que aventajase la belleza de Teágenes.

4 Cuando apareció la hija de la mañana, la aurora de rosados dedos, como habría dicho Homero[129], y cuando salió del templo de Ártemis la bella y sagaz Caríclea, sólo entonces nos dimos cuenta de que no

---

Atenea, porque Perseo, que consigue decapitarla, goza de la permanente protección de la diosa.

127 Resulta difícil traducir el juego de palabras del texto griego: «transportaba y era transportado», que en la traducción «carga» y «avanzaba» queda desfigurado.

128 Las manzanas, fruto consagrado a Afrodita, cuando son ofrecidas por una mujer a un hombre, son símbolo de una declaración amorosa (Teócrito, V 88).

129 *Odisea* II 1, etc.

era invencible Teágenes, sino que podía ser derrotado; aunque, eso sí, únicamente por el hecho de que una belleza femenina en toda su pureza es más seductora que la del que se juzgue primero entre los hombres.
Iba ella montada en una carroza cubierta conducida 2
por una yunta de bueyes blancos, llevaba puesta una túnica purpúrea que le cubría hasta los pies, enteramente bordada de rayos de oro y sujeta a la altura del pecho con un ceñidor. El artista que lo había fabricado había desplegado todas sus artes en este cinturón, y ni creo que antes haya hecho otro semejante, ni creo que después habrá podido igualarlo. Había represen- 3
tado dos serpientes con la cola enrollada en la espalda de la muchacha; había hecho pasar sus cuellos por debajo de los senos, y los había entrelazado en un complejo nudo, dejando que las cabezas sobresalieran de la lazada, de manera que formasen el resto del cinturón, que quedaba colgando a cada lado[130]. Se hubiera 4
podido decir que las culebras no es que pareciesen reptar, sino que reptaban realmente. No infundían temor por su aspecto salvaje y cruel, sino que estaban sumidas en un lánguido sopor, como adormecidas de placer en el pecho de la muchacha. La materia de que estaban fabricadas era el oro, pero eran de color oscuro, pues el oro estaba artísticamente bruñido, con el fin de que lo negreante mezclado con lo rubio produjera la impresión de la aspereza y de los reflejos cambiantes de las escamas. Así era el ceñidor de la 5
muchacha. En cuanto al pelo, ni estaba totalmente trenzado ni totalmente suelto: la mayor parte, es decir, la que caía bajo el cuello, se ondulaba sobre los hombros y la espalda; la parte alta de la cabeza y de la frente estaba sujeta con retoños tiernos de laurel que formaban una diadema para su pelo rosado y rubio

[130] El modelo es Hesíodo, *Escudo* 233 sigs.

como el sol, y que impedían que el viento los afease
6 o descompusiese. Llevaba en la mano izquierda un arco dorado, y una aljaba pendía de su hombro derecho. En la otra mano tenía una antorcha encendida; aun así, el resplandor que salía de sus ojos iluminaba más que el de la tea.

7 —¡Ésos sí que son Cariclea y Teágenes! —gritó Cnemón.

—Muéstrame, por los dioses, dónde están —le suplicó Calasiris, creyendo que Cnemón los acababa de ver.

—Me ha parecido, padre —contestó Cnemón—, que los estaba viendo, aun ausentes: tan vívidamente me ha representado tu narración a quienes también yo he visto y conozco.

8 —No sé —repuso— si tú los has visto tal y como los contempló aquel día Grecia y el sol: tan notables, tan dignos de bendiciones, objeto que colmaría todos los deseos, una de los hombres, el otro de las mujeres. Consideraban la unión de ambos como cosa igual a la inmortalidad. La única diferencia es que los indígenas se quedaban todavía más admidados ante el joven, y los tesalios ante la muchacha, porque unos y otros se quedaban extasiados sobre todo al contemplar lo que veían por primera vez. Y es que la visión de algo nuevo produce más maravillas que lo que es habitual.

9 Mas, ¡oh grato engaño!, ¡oh dulce ilusión!, ¡cómo has dado nuevas alas a mi alegría, al hacerme creer, Cnemón, que habías visto a los seres que yo más quiero y que me los ibas a mostrar! Sin embargo, es claro que me has engañado total y absolutamente, pues, después de prometer al comienzo de mi relato que estaban a punto de llegar y enseguida aparecerían, y después de reclamar además como pago la narración de su historia, resulta que ha pasado el crepúsculo y se ha hecho de noche, pero no has podido mostrame todavía dónde están.

—Ten confianza y buen ánimo —replicó Cnemón—; 10
que ellos de verdad van a venir. Sin embargo, quizá
haya surgido algún obstáculo que les haya hecho re-
trasarse y llegar después de lo convenido. Además,
tampoco te los habría mostrado, aunque estuvieran
aquí, para evitar que dejes de pagarme del todo tu
deuda. De manera que, si tienes prisa por verlos, cum-
ple tu promesa y termina tu narración.

—No me atrevía —afirmó— a traer al recuerdo he- 11
chos que me causan dolor; pero la razón principal es
que creía que ibas a acabar harto y te ibas a aburrir
con tanta charla. Pero, ya que das muestras de ser un
auditor ávido e insaciable de historias bellas, ea,
reemprendamos el relato en el punto en que lo dejé.
Ahora bien, vamos primero a encender el candil y a
hacer la última libación —la de la hora de acostarse—
en honor de los dioses de la noche. Así, una vez cum-
plidos los ritos pertinentes, podremos pasar tranquila-
mente toda la noche con la narración.

Tras estas palabras, una criada trajo el candil que 5
había mandado el anciano. Éste hizo la libación, invo-
cando a los dioses, y en particular a Hermes después
de todos [131], al que pidió buenos sueños durante la no-
che, y suplicó sobre todo que se le aparecieran los
seres más queridos, aunque sólo fuera en sueños. Tras 2
cumplir estos deberes, prosiguió:

—Pues bien, Cnemón, después de haber dado tres
vueltas el cortejo procesional alrededor de la tumba
de Neoptólemo, y tras rodearla también tres veces los
jóvenes que venían a caballo, comenzaron las muje-
res los plañidos rituales, al tiempo que los hombres
entonaban el grito de guerra. En ese momento, como a

---

131 Esta costumbre era frecuente (v. *Odisea* III 332 sigs.); Hermes, además, solía ser invocado aparte, como dios patrono de la noche y de los sueños (v. HOMERO, *Odisea* VII 137 sig.).

una señal convenida, inmolaron a una bueyes, carne-
ros y cabras, igual que si hubiera sido una sola mano
3 la que sacrificaba a todos los animales. Pusieron a
continuación un gran cargamento de leña sobre un
altar inmenso y, tras colocar encima todas las extre-
midades de las víctimas, según es costumbre, rogaron
al sacerdote de Apolo Pítico que comenzara la liba-
ción y prendiera fuego al altar. Contestó Caricles que
él era efectivamente el encargado de la libación, pero
que, en lo que se refiere al altar, era el propio jefe de
la embajada sagrada quien lo tenía que encender con
la antorcha que le diera la servidora de Ártemis; que
4 la tradición así lo establecía. De acuerdo con esto, hizo
él la libación, y Teágenes tomó el fuego. Y fue en el
momento mismo de cogerlo, querido Cnemón, cuando
nos dimos cuenta con total certeza de que el alma
es algo divino y ha recibido de lo alto afinidades inna-
tas. En efecto, en cuanto se vieron los jóvenes, se ena-
moraron mutuamente, como si el alma, ya desde el pri-
mer encuentro, reconociera lo que se le asemejaba y
se lanzara presurosa hacia aquello que le era fami-
5 liar y sólo a ella merecía pertenecer. Pues primero se
quedaron parados de repente, llenos de azoramiento.
Ella le entregó la tea harto despacio, y del mismo
modo él la recibió: durante un buen rato mantuvieron
los ojos fijos uno en el otro, como indagando en sus
recuerdos para ver si se conocían previamente y si se
habían visto antes. Después esbozaron una sonrisa,
leve y furtiva, delatada únicamente por el rayo de
6 alegría que iluminó sus ojos. Después, como avergon-
zados por esa misma sonrisa, enrojecieron y, de nuevo,
al penetrar, creo, la pasión en el corazón, se tornaron
pálidos. En resumen, en breves momentos mudaron
los dos muchas veces de aspecto y experimentaron
repetidos y variados cambios en su color y en su mi-
rada, denunciando con todo ello la turbación de sus

almas. Como es de presumir, todo esto pasó inadverti- 7
do al vulgo, estando cada uno como estaba ocupado en un asunto y un pensamiento distintos. Tampoco se dio cuenta Caricles, que en ese mismo momento pronunciaba la oración y la invocación tradicionales. Yo, en cambio, no me había entretenido en otra cosa, sino en observar a los jóvenes, desde el preciso instante, Cnemón, de oír el oráculo pronunciado en el templo, después del sacrificio de Teágenes. Había comprendido el juego de los nombres y tenía curiosidad por ver qué ocurría; sin embargo, aún no era capaz de comprender atinadamente nada de lo que venía a continuación en la profecía.

Finalmente, como si le hubieran arrancado por la 6
fuerza, se separó Teágenes de Cariclea, puso la tea bajo la leña y prendió el altar. Terminada así la ceremonia, el cortejo se dispersó: los tesalios se dirigieron al banquete, y los espectadores marcharon cada uno a su casa. Cariclea se puso una capa blanca [132] y se retiró en compañía de unas pocas amigas a su alojamiento, que estaba en el recinto del templo, pues ni siquiera vivía con su padre putativo, porque sus funciones religiosas le obligaban a estar absolutamente aparte.
Estaba yo, pues, muy intrigado con lo que había visto 2
y oído, y andaba buscando a Caricles, cuando he aquí que me encuentro con él.

«—¿Has visto —me preguntó— a Cariclea, el motivo de mi orgullo y del de los delfios?

»—Claro que sí —contesté—; pero no ha sido ahora la primera vez. Ya la había visto antes a menudo: nos hemos encontrado con frecuencia en el templo, y no de paso, como dice el proverbio. Hemos hecho juntos

132 El nombre indica que es el manto característico de los filósofos, y conviene perfectamente a una joven que desprecia la elegancia femenina y entretiene sus ocios en conversaciones filosóficas o teológicas.

sacrificios en bastantes ocasiones, y siempre que ha tenido alguna duda en asuntos, tanto divinos como humanos, ha venido a preguntarme y pedirme opinión.

3 »—Entonces ¿qué te ha parecido ahora, buen Calasiris? ¿No te parece que ha dado algo de relieve a la ceremonia?

»—No digas eso, Caricles —le contesté—, que es como preguntar si la luna sobresale entre las demás estrellas [133].

»—Sí —dijo—, pero también había algunos que elogiaban al joven de Tesalia.

»—Por supuesto —respondí—; le daban el segundo o incluso el tercer premio; pero la corona de la ceremonia y el resplandor, se lo reconocían a tu hija, estate seguro.

4 »Caricles estaba radiante de alegría. Así también yo iba consiguiendo, sólo con la verdad por delante, mi objetivo, que no era otro que inspirarle una confianza total en mi persona.

»—Precisamente ahora voy a verla —me dijo con una sonrisa—; si te parece, muestra tu celo y ven conmigo a ver si está bien o si está extenuada con el alboroto de la turbamulta.»

Accedí gustoso y le hice ver que ningún otro quehacer me parecía más importante que éste.

7 Al llegar a sus aposentos, entramos y la encontramos con sorpresa en la cama, trastornada y con los ojos empapados en lágrimas de amor. Dio un abrazo a su padre, como siempre hacía, y al preguntarle éste qué le ocurría dijo que le dolía la cabeza y que le
2 gustaría estar sola, si se lo permitían. Lleno de turbación Caricles ante esta contrariedad, salió conmigo de la habitación, no sin antes decir a las criadas que la

---

133 Posible alusión al fragmento 44 (Page) de SAFO.

dejaran tranquila. Cuando ya estábamos fuera de la casa, me dijo:

»—¿Qué es lo que pasa, mi buen Calasiris? ¿Qué enfermedad es esta que le ha sobrevenido a mi hijita?

»—No te extrañes —le dije— si en una procesión entre tanto gentío se ha atraído algún mal de ojo.

»—¿Pero es que también tú —me dijo con una sonrisa irónica—, como la masa inculta, crees eso del mal de ojo?

»—Claro que sí —repliqué—; y no hay nada que sea
más verdad. Me baso en lo siguiente: el aire ambien- 3
tal que nos rodea penetra a través de los ojos, los ori-
ficios de la nariz, el aliento y los demás conductos en
nuestro interior hasta lo más profundo y nos impreg-
na también de todas las cualidades exteriores. Según
sea su carácter hace nacer en la intimidad de los que
lo reciben esos mismos sentimientos que el aire ha
deslizado en su interior; de esta suerte, cuando alguien
contempla lo bello con envidia, el aire circundante se
carga de esa cualidad hostil, y el hálito que procede de
esa persona se difunde, lleno de acidez, y entra en el
vecino. Al ser una materia muy sutil, invade casi los
huesos y las propias médulas; así es como la envidia
constituye realmente para muchos una enfermedad,
cuyo nombre específico es el de aojo. Y fíjate si no, 4
Caricles, en otra cosa: cómo hay muchos que se ven
aquejados de oftalmias o de otras enfermedades epidé-
micas, aunque no toquen nada de los que están previa-
mente enfermos, ni compartan la cama o la mesa, sino
sólo con respirar el mismo aire. Y como prueba de lo 5
que te digo, basta con referirme en concreto a la géne-
sis de los enamoramientos: éstos, en efecto, se produ-
cen en principio únicamente por la vista, cuya función
es clavar en las almas mediante los ojos los sentimien-
tos que, por decirlo de algún modo, vuelan por el
viento como saetas. Es muy sencilla la explicación para

esto, porque de todos nuestros órganos y sentidos el de la vista es el más móvil y caliente, y, por tanto, el más apto para recibir las emanaciones que afluyen. Gracias, pues, a su carácter, como de fuego, la vista es lo que mejor atrae los enamoramientos, cuando pasan por delante de ella.

8 »Y si hace falta mostrarte, a modo de ejemplo, un argumento tomado más bien de las ciencias naturales, que se halla registrado en los libros sagrados que versan sobre los animales, hay que mencionar al alcaraván, ave que cura de la ictericia. Cuando uno que padezca esta enfermedad lo mira, el pájaro huye y al punto se da la vuelta cerrando los ojos, no porque, como algunos creen, la envidia le induzca a denegar ese favor al enfermo, sino porque, por su naturaleza, al recibir la mirada arrastra hacia sí mismo y se atrae la enfermedad, como a través de un canal. Ésta, y no otra, es la causa de que evite mirar a tales personas,
2 porque le hieren. De los ofidios, el llamado basilisco, quizá hayas oído que sólo con su aliento y su mirada deseca y corrompe todo lo que se pone a su alcance. De modo que no hay que maravillarse de que algunos lleguen a aojar incluso a sus seres más queridos y a quienes mejor quieren. Como son envidiosos por naturaleza, no es su voluntad la causa de que hagan eso, sino su constitución intrínseca[134].»

---

[134] Las semejanzas entre este pasaje de Heliodoro y el tratado de Plutarco, *Sobre aquellos de quienes se dice que aojan* (*Moralia* 680 c-683 b), son tan profundas, que la más mínima posibilidad de coincidencia ha de quedar excluida. Ahora bien, es poco probable que Heliodoro imite directamente a Plutarco, porque en éste faltan algunos detalles que se encuentran en Heliodoro. Como Plutarco cita a Filarco en relación con este tema, y como, además, Eliano, *Historia de los animales* XVII 13, habla de los poderes del alcaraván (aunque no es segura la identificación) pocas páginas después de haber citado a Filarco (XVII 5), hay que concluir que es muy probable que

Ante estas argumentaciones, reflexionó un momento y dijo: 9

«—Has resuelto el problema con extraordinaria habilidad y, sobre todo, con gran verosimilitud. ¡Ojalá también ella sienta algún día la pasión amorosa! Entonces sí creería yo, no que está enferma, sino que ha recobrado la salud. Sabes que para esto precisamente es para lo que he reclamado tu ayuda. Pero por ahora me temo que no hay miedo de que le ocurra eso a esta que aborrece el matrimonio y el amor; más bien parece realmente sufrir de mal de ojo. Seguro que tú, que eres mi amigo y sabio en todo, estás dispuesto a librarla de esa enfermedad.»

Le prometí que si acertaba a descubrir su mal le ayudaría con todas mis fuerzas.

Proseguíamos aún con estas reflexiones, cuando 10
he aquí que se nos acerca uno a toda prisa y nos dice:

«—¡Buenos amigos!, a juzgar por lo que os retrasáis, parece que os han invitado a una batalla o a una guerra[135], en lugar de a un banquete, que además ha preparado el muy hermoso Teágenes y preside Neoptólemo, el más grande de los héroes. Venid acá y no hagáis que el festín se demore hasta la noche; que vosotros sois los únicos que faltáis.

»—Éste —dijo Caricles, inclinándose junto a mi 2
oreja— ha venido a invitarnos, palo en mano. ¡Qué

FILARCO haya servido de fuente común a PLUTARCO y a HELIODORO. En cuanto a la procedencia de esta teoría, es casi seguro que en último término proceda de DEMÓCRITO, con cuya concepción materialista encajan estas ideas acerca del aojo (vid. W. CAPELLE, *Rheinisches Museum* 96 [1953], 176 sigs.). Aunque la tendencia a buscar una explicación científica es algo peculiar de Heliodoro, el concebir el amor como una enfermedad que penetra a través de los ojos es una idea general en la novela griega, vid., por ejemplo, AQUILES TACIO, I 4, 4; I 9, 5.

135 Expresión proverbial que se halla, por ejemplo, en PLATÓN, *Gorgias* 447 a.

procedimiento más indigno de Dioniso! ¡Y eso que ya está un poco empapado de él! Pero, en fin, vayamos, no sea que termine todavía por darnos de golpes.

»—Estás de broma —repliqué—, pero, sea como sea, vayamos.»

Cuando llegamos, Teágenes ofreció a Caricles un asiento a su lado y, en cuanto a mí, también me puso en un lugar de preferencia, sin duda en atención a
3 Caricles. Mas ¿para qué aburrirte con el relato de todos los detalles del banquete? Las danzas de doncellas, las flautistas, el baile pírrico de los jóvenes con sus armas[136] y todas las demás diversiones con las que Teágenes había aliñado el lujo de las viandas, para conseguir un convite agradable y apropiado para la bebida. Sin embargo, hay un detalle en particular que tú debes oír y que a mí me resulta especialmente grato de
4 contar. Teágenes intentaba dar muestras de contento y se esforzaba por tratar a los presentes con suma gentileza; pero no pudo impedir que yo adivinara adónde le llevaban sus pensamientos: bien se le quedaba perdida la mirada, bien daba un profundo suspiro, sin aparente causa que lo justificara; unas veces se quedaba cabizbajo y como ausente en sus reflexiones; luego cambiaba repentinamente su rostro, adoptando una expresión más alegre, como si recobrara la conciencia y se llamara a sí mismo a la realidad; en definitiva, se dejaba transportar por estados de ánimo
5 muy diversos con facilidad. La razón es que el pensamiento de un enamorado, igual que el de un borracho, es tornadizo e incapaz de mantener quietud, porque el alma de ambos navega a merced de los impulsos de su húmeda pasión; esto es también lo que hace

---

136 Es una danza de carácter militar, bailada siempre por jóvenes armados.

que el enamorado tenga tendencia a la bebida, y el que está bebido al amor.

Como además no dejaba de dar bostezos que dela- 11
taban su angustia interna, a todos los demás asistentes se les hizo manifiesto que no se hallaba en buen estado, e incluso Caricles, al observar su actitud rara por inconstante, me dijo en voz baja:

«—Seguro que también a éste le ha echado alguien el mal de ojo; hasta me atrevería a decir que tiene el mismo mal de Cariclea.

»—El mismo —contesté—, por Isis, y realmente no deja de tener su razón de ser, porque en la procesión quien sobresalía después de ella era éste.

»Estos eran los pensamientos que intercambiába- 2
mos. Cuando llegó el momento en que los comensales se pasan uno a otro las copas, hizo el brindis Teágenes, aun a regañadientes, y bebió a la salud de todos. Cuando me llegó el turno, dije que aceptaba encantado su cortesía, pero que no iba a coger la copa. Él entonces me lanzó una mirada llena de furia y de ira, imaginándose que lo hacía por desprecio.

«—Es que nunca toma ni vino ni carne de cualquier ser que haya tenido vida —explicó Caricles, al darse cuenta de su reacción.»

Le preguntó la razón de eso, y Caricles contestó:

«—Es de Menfis, egipcio y sacerdote de Isis.»

Teágenes, al oír que era egipcio y sacerdote, se 3
llenó de una súbita alegría, y, feliz como quien ha encontrado un tesoro, se levantó, pidió agua y dijo después de beber:

«—Sapientísimo varón, acepta entonces este brindis que hago con la bebida que más te gusta. ¡Que esta mesa que compartimos sea como una libación que selle nuestra amistad!

»—¡Así sea! —dije—, bello Teágenes; quede consagrada nuestra amistad, que por mi parte hace tiempo que te profeso.»

4 Cogí la copa y bebí. Así acabó el banquete. Nos
retiramos cada uno a nuestra casa, no sin haber reci-
bido yo por parte de Teágenes una cariñosísima despe-
dida, incluso más efusiva que lo que habría sido apro-
piado para unas relaciones tan breves. Cuando llegué
donde me hospedaba, aunque estaba desvelado, me
acosté en la cama, y no hacía más que dar vueltas
arriba y abajo, pensando en los jóvenes y tratando de
5 indagar el significado que tenía el final del oráculo. Ya
a medianoche, he aquí que veo ante mí a Apolo y a
Ártemis; así al menos lo creí, si es que no eran figu-
raciones mías y en realidad no los vi. Él traía de la
mano a Teágenes, y ella a Cariclea. Me llamaron por
mi nombre y me dijeron:

—Hora es ya de que regreses a tu patria, pues esa es la orden del destino. Parte tú, pues, lleva también a éstos como compañeros de viaje y trátalos como a hijos. Una vez allí, condúcelos fuera de Egipto adonde y como los dioses quieran.»

12 Y habiendo dicho esto, se retiraron, dándome pruebas evidentes de que no había sido un sueño, sino una aparición real. Gracias a esta visión yo había comprendido todo, excepto una cosa que aún me tenía perplejo: hacia qué hombres y a qué país querían los dioses que acompañase a los jóvenes.

—Sin duda, padre —interrumpió Cnemón—, también eso lo comprendiste más tarde, y luego me lo dirás. Mas, ¿cómo es que acabas de afirmar que los dioses te mostraron que no era un sueño, sino que se presentaron realmente ante ti?

2 —De la misma manera, hijo —contesté—, que el sabio Homero insinúa mediante un enigma, que la ma-

yoría pasa por alto, cuando dice en cierto pasaje[137]: 'pues las huellas de sus pies y las piernas reconocí fácilmente, cuando se iba, y muy sencillos de reconocer son los dioses'.

—Me temo, Calasiris, que también yo soy de esa 3 mayoría que no lo entiende: y quizá tú me has mencionado esos versos con la intención de demostrar eso de mí. Pues yo comprendo su sentido más superficial, porque sé el significado de las palabras, pero ignoro totalmente la teología que se oculta en ellos.

Se detuvo unos momentos Calasiris y, con el pensa- 13 miento dirigido a las alturas de los arcanos religiosos, dijo:

—Los dioses y en general los seres superiores, Cnemón, cuando vienen a visitarnos o cuando se van, casi nunca toman la figura de cualquier animal, sino que suelen adquirir forma humana, porque la semejanza permite a nuestra imaginación reconocerlos con mayor facilidad. Los profanos quizá no lo perciban, 2 pero el entendimiento de un sabio no puede equivocarse: los reconocería por sus ojos, que siempre tienen la mirada fija y nunca parpadean, y más aún por su modo de andar, pues no avanzan separando los pies ni apoyando su peso alternativamente en uno y otro, sino gracias a una especie de impulso del aire y a un ímpetu irrefrenable: más bien como si hendieran el espacio, en lugar de caminar regularmente. Ésta es 3 precisamente la causa de que las estatuas de dioses que hacen los egipcios tengan los pies unidos y, por decirlo así, no formen ambos más que uno. Y como esto lo sabía Homero, que era egipcio y había recibido la educación sagrada, lo reflejó simbólicamente en sus

---

137 *Ilíada* XIII 71 sig. Es el momento en que Poseidón, después de desentenderse Zeus de la batalla, toma la figura de Calcante y exhorta a los dos Ayax; el hijo de Oileo es el primero en reconocer al dios.

versos y dejó una señal para quienes pudieran comprenderle. Por eso dice de Atenea[138]: 'terribles sus dos ojos relumbraban'; y de Poseidón aquello de 'pues las huellas de sus pies y de sus piernas reconocí, al verlo por detrás cuando se alejaba resbalando', donde, con esta última palabra, hacía alusión al hecho de que resbalaba para caminar[139]. Pues así es como hay que interpretar eso de 'alejarse resbalando', y no como ese error que mantienen los que entienden 'le reconocí fácilmente'.

14 —Esto que me has dicho, hombre muy divino, es la revelación de un misterio —dijo Cnemón—. Pero tú has calificado varias veces en tu relato a Homero de egipcio, cosa que yo creo que nadie en absoluto ha oído hasta el día de hoy, y aunque yo no puedo dudar de tu aserto, sí debo reconocer que me has dejado profundamente sorprendido; por ello, te pido que no prosigas, hasta no haberme aclarado ese punto con todo rigor.

—Aunque ahora, Cnemón, no es el momento de detenerse en esto, no obstante voy a tratar de explicár-
2 telo en breves palabras. Diga cada uno, buen amigo, que Homero procedía de un sitio diferente, y que todas las ciudades se atribuyan haber sido la patria de este sabio, pero la verdad es que Homero era nuestro, de Egipto, y nació en Tebas 'la de las cien puertas', como él mismo la llama[140]. Su padre era aparentemente un

---

138 *Ilíada* I 200.

139 El equívoco parte de la homonimia de la palabra *rêi*, que puede significar «fácilmente» o bien ser una forma verbal de «fluir», «resbalar». No hace falta decir que sólo la primera interpretación es correcta, y que la interpretación «teológica» de Calasiris es absurda. Aun así, es un buen ejemplo para documentar la exégesis simbólica aplicada a Homero desde muy temprano, y en boga en época de Heliodoro.

140 *Ilíada* IX 381 sigs.

sacerdote, pero en realidad era Hermes, de quien era sacerdote su padre putativo. Pues sucedió que el dios se unió con su madre, cuando ésta celebraba una ceremonia religiosa, en virtud de la cual tenía que dormir en el santuario[141]. Fruto de esta unión nació Homero,
que llevaba una marca de su extraño origen: desde su 3
alumbramiento, uno de los muslos estaba totalmente cubierto de espeso vello, hecho que explica el nombre que recibió a lo largo de su vida errabunda, cantando sus poemas entre diversos pueblos y en particular entre los griegos[142]. Él nunca reveló su verdadero nombre, ni dijo nunca su patria o su linaje, y quienes le pusieron ese apodo fueron los que conocieron esa afección corporal.

—¿Con qué finalidad, padre, mantuvo siempre en 4
secreto su patria?

—Sin duda, porque estaba desterrado y sentía vergüenza. Su padre fue quien lo desterró cuando iba a ser inscrito entre los adolescentes consagrados a los dioses, al descubrir que era bastardo, por la mancha que tenía en el cuerpo; o incluso puede ser que también él mismo imaginara eso, y que no fuera más que una treta para reclamar todas las ciudades como patria, al ocultar la que verdaderamente lo era.

—Me parece que tienes toda la razón, y como prue- 15
ba de eso puedo aducir el propio carácter enigmático

141 El rito de la *incubatio* era frecuente en diversos cultos de la Antigüedad, en particular de Asclepio en el santuario de Epidauro; cf. L. Gil, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, págs. 351-402.

142 Etimología fantástica del nombre de Homero a partir de *ho mêros*, que significa «muslo». Todo este pasaje documenta el interés que existía por la figura histórica de Homero en la Antigüedad, así como la completa ignorancia de cualquier detalle fidedigno acerca del poeta; en todo caso, abundaban tanto las etimologías del nombre, como las ciudades que se disputaban haber sido su lugar de nacimiento.

de su poesía unido a su extraordinario encanto, rasgos que son típicamente egipcios, así como la excelencia de su linaje. Y pienso en cuanto a esto último que no sobresaldría hasta tal punto por encima de todos los demás, si no hubiera sido porque en realidad participó de un origen divino y celestial.

Mas, volviendo a nuestro tema, dime, Calasiris, qué ocurrió después de haber descubierto gracias al modelo homérico que se te habían aparecido los dioses.

2 —Cosas bien parecidas a las anteriores, Cnemón: de nuevo insomnios, proyectos, y preocupaciones, las
3 amigas de la noche. Por un lado estaba contento, porque tenía la esperanza de haber conseguido algo inimaginable y porque me figuraba que pronto iba a regresar a la patria; pero por otro lado estaba triste, porque comprendía que Caricles se iba a ver despojado de su hija; en fin, no llegaba a una idea clara de lo que debía hacer, cuando reflexionaba en el medio necesario para reunir a los jóvenes y disponer la partida. Me angustiaba también la huida: cómo conseguir que nadie lo advirtiera, adónde iríamos, y cómo, por tierra o por mar. En resumen, una tempestad de preocupaciones se había adueñado de mí, y, entre tantas fatigas, no pude dormir el resto de la noche.

16 No había clareado aún totalmente el día, cuando empezaron a aporrear la puerta del patio exterior [143] y oí a alguien llamar:

«—¡Eh muchacho!»

Preguntó mi criado quién era el que llamaba a la puerta y qué quería. El que había llamado contestó:

«—Anuncia a Teágenes el tesalio.»

2 Me causó gran alegría el anuncio de la presencia del joven, y dije que le hiciera entrar. Creí que sin

[143] Se refiere a la puerta que, situada al fondo del corredor del patio de luz, dividía las habitaciones de los hombres y las de las mujeres.

buscarlo se había presentado la oportunidad para emprender la ejecución de mi proyecto. Pues estaba seguro de que como él había oído en el banquete que yo era un sacerdote egipcio ahora había venido en busca de mi colaboración para conseguir su amor; en conclusión, que era víctima del mismo error que sufren muchos, al creer que la sabiduría de los egipcios es única, y que todos tienen la misma.

Sin embargo, hay que distinguir dos tipos diferen- 3
tes: una es vulgar y, por decirlo así, camina sobre la tierra; es servidora de ídolos y da vueltas entre cuerpos de cadáveres; es muy aficionada a los yerbajos y sólo se sostiene con encantamientos; ni tiende ella a ningún fin digno, ni se lo procura a los que la emplean; fracasa por su propia culpa la mayoría de las veces y, en los casos en que tiene éxito, sus resultados son dolorosos y mezquinos, como alucionaciones en que lo irreal se toma como existente, y frustraciones en las esperanzas; es hábil para encontrar todo lo que sea ilícito y magnífica cómplice en cualquier placer intemperante. La otra, en cambio, hijo, la que verdadera- 4
mente hay que llamar sabiduría, porque la primera no ha hecho más que usurpar y adulterar su nombre, ésa en la que nos ejercitamos desde jóvenes los consagrados a la divinidad y todo el linaje sacerdotal, mira a lo celestial, convive con los dioses y participa de su poder connatural, investiga el movimiento de los astros y logra pronosticar el futuro; se mantiene lejos de los males terrenales y se aplica al bien y a la utilidad para los hombres[144]. Gracias a ella abandoné 5

[144] La diferencia entre conocimiento mágico y teúrgico, tal y como es aquí formulada por HELIODORO (con frases semejantes volverá a aparecer en VI 14, 7), es uno de los puntos más notorios de contacto entre nuestro novelista y la *Vida de Apolonio de Tiana* de FILÓSTRATO (idéntico ataque a la magia, igual ansia de poseer el segundo tipo de conocimiento, cf. VII 39;

yo mi patria a tiempo, por si conseguía, como ya antes te conté, evitar las predicciones que me había hecho y la fratricida lucha de mis hijos. A los dioses, pues, me remito y, en particular, al destino, que son quienes tienen poder de hacer o deshacer. Ellos me inspiraron el destierro de mi patria, no tanto, según parece, por escapar de esta desgracia, cuanto por encontrar a Cariclea; por qué medio, lo sabrás por lo que te voy a decir a continuación.

17 Al entrar Teágenes, intercambiamos primero los saludos, le hice sentarse sobre la cama cerca de mí y le pregunté:

«—¿Qué te trae a mi casa tan de mañana?

»—Estoy totalmente angustiado —dijo, por fin, después de haberse acariciado la cara durante un buen rato—, pero el rubor me impide declarar la causa —y acto seguido quedó de nuevo callado.»

Creí entonces que era un buen momento para dármelas de mago con él y fingir que adivinaba lo que
2 conocía a la perfección. Con esta intención, le dirigí una mirada un tanto socarrona y le dije:

«—Aunque no te atrevas a hablar, has de saber que nada escapa ni a la sabiduría de los dioses ni a la mía.»

Guardé silencio unos instantes y me puse a colocar en los dedos unas piedrecillas, como si estuviera contando, aunque todo era pura simulación. Agité luego la cabellera e imitando a los profetas poseídos de la divinidad, exclamé:

«—Hijo mío, estás enamorado.»

Se sobresaltó al oír esta revelación, en apariencia divina, pero cuando añadí, «de Cariclea», entonces sí que creyó que era un dios quien hablaba por boca mía,
3 y a punto estuvo de caer de rodillas y adorarme. Yo le

V 12; VIII 7, 3); aun así, Filóstrato habla de otras obras literarias sobre el mismo tema.

contuve, y entonces se me acercó y comenzó a besarme
en la cabeza, al tiempo que daba gracias a los dioses,
porque, como decía, sus esperanzas no se habían visto
frustradas. Me suplicaba que fuera yo su salvador, por-
que, si no obtenía mi auxilio, y bien pronto además,
no podría sobrevivir: tan grande juzgaba el mal que
se había abatido sobre su persona, y hasta tal punto
le quemaba la pasión, pues, por añadidura, era la pri-
mera vez que sufría la experiencia amorosa. Insistía 4
entre numerosos juramentos en que aún no había te-
nido trato con mujer alguna; que siempre había desde-
ñado a todas; que había despreciado el matrimonio y
los amores, siempre que le hacían alusiones a eso;
pero que ahora, al fin, la belleza de Cariclea le había
dado una prueba evidente de que la culpa no había
sido de su naturaleza que se obstinase en ello, sino
porque hasta el día de hoy no había contemplado a
ninguna mujer digna de ser amada. Lloraba mientras
decía esto, como dando a entender que había sucum-
bido ante la muchacha, sin él quererlo.

«—Ten confianza —decía yo, tratando de reanimar- 5
le—, una vez que has recurrido a mi ayuda; que no va
a ser ella más poderosa que mi sabiduría. Ciertamente
es bastante austera, y es difícil conseguir que el amor
la cautive, ella que desprecia de Afrodita y del matri-
monio, hasta el nombre. No obstante, por ti pondré
todos los medios: el arte puede superar incluso a la
naturaleza. Lo único que te pido es que tengas buen
ánimo y me hagas caso en lo que te diga que hay que
hacer.»

Prometió hacer absolutamente todo lo que yo ordenara, aunque le dijera que tenía que caminar sobre espadas.

Mientras continuaba con sus insistentes súplicas, 18
hasta el punto de llegar a prometerme la totalidad de

su hacienda como recompensa, vino uno de parte de Caricles y me dijo:

«—Caricles dice que por favor vayas a verle; está aquí cerca, en el templo de Apolo, ofreciendo un himno al dios, porque ha tenido un sueño que le ha inquietado mucho.»

Me levanté al instante y después de despedir a Teágenes, he aquí que llego al templo y me encuentro a Caricles, sentado en un asiento y sumido en un pro-
2 fundo dolor que le hacía gemir continuamente. Me acerqué y le pregunté:

«—¿Por qué estás tan preocupado y triste?

»—¿Cómo quieres, pues, que esté —me respondió—, después de los inquietantes sueños que he tenido? Además, me he enterado de que mi hija no se encuentra nada bien y no ha podido dormir en toda la noche. Lo que me duele es, no sólo que esté enferma, sino sobre todo que, como mañana es el día fijado para las competiciones deportivas, y lo reglamentado es que la sirvienta de Ártemis prenda las antorchas a los participantes en la carrera con armas y sea quien determine la victoria, pues es forzosa una de estas dos cosas: o que falte, cosa que constituiría una ofensa contra las leyes tradicionales, o que venga sin estar repuesta del todo, hecho que agravaría aún más su
3 estado de salud. De modo que, si no lo has hecho ya antes, ayúdala al menos ahora y aplícale algún remedio: sería, para con nosotros, una acción justa y en consonancia con nuestra amistad, y para con los dioses, un rasgo de piedad. Sé que si quieres no te va a ser costoso curar ese mal que llamas mal de ojo: pues para los sacerdotes no es imposible una solución ni incluso en los problemas más arduos.»

Reconocí que no me había ocupado del asunto, con el mismo disimulo que había usado con Teágenes,

y le pedí que me concediera ese día para poder pensar en algo que la curara.

«—Pero, por ahora, vayamos enseguida donde la 4
muchacha —dije—, para examinarla con más atención y consolarla en lo que podamos. Al mismo tiempo, Caricles, quiero que le digas a la chica unas palabras en mi favor y que me presentes a ella como un buen amigo tuyo; así ella tendrá más familiaridad conmigo y aceptará con más confianza el método de curación.

»—De acuerdo —respondió—; vayamos.»

Pues bien, cuando llegamos a su aposento, ¿para 19
qué extenderse mucho en esto?, era, en una palabra, esclava de su enfermedad. De sus mejillas ya había huido la flor de su color; el fuego de su mirada parecía apagado con el agua de sus lágrimas. Sin embargo, trató de reponerse al vernos, haciéndose continua violencia por recobrar su mirada y su voz habituales.
Caricles la abrazó y prodigándole todo tipo de besos 2
y zalemas, sin omitir ninguna, dijo:

«—Hijita, mi niña, ¿a mí, a tu padre, le vas a ocultar lo que te ocurre? ¿Después de haber sido tú la víctima, la que ha sufrido un aojo, te quedas en silencio, como si fueras tú la que has obrado mal, en lugar de la perjudicada por unos ojos que te han malmirado? Pero, bueno, anímate: el sabio Calasiris ha acce- 3
dido a proporcionarte un remedio y ha venido aquí conmigo. Es un hombre capaz, tan bueno como el mejor en la ciencia divina, porque es un sacerdote que desde niño ha consagrado su vida a la religión y, más aún, es nuestro mejor amigo[145]. De modo que harías muy bien en recibirle y cooperar en lo que él decida para curarte, bien sea un encantamiento, bien cualquier

[145] Los médicos egipcios eran muy célebres, tanto por su sabiduría (HOMERO, *Odisea* IV 231 sig.), como por su especialización y número (HERÓDOTO, II 84).

otra cosa. Por otro lado, tampoco tú eres una persona que nunca haya tratado con gente sabia.»

4 Cariclea no dijo nada, pero asintió con la cabeza en señal de que estaba presta para someterse a los consejos que yo le pudiera dar.

Después de eso, nos separamos, no sin que antes Caricles volviera a recordarme que pusiera todo mi empeño en lo que antes me había pedido, y que reflexionara sobre el medio de conseguir infundir de alguna manera en Cariclea el deseo de casarse y tener marido. Nos despedimos, pues, tras renovarle yo mi promesa y darle nuevos ánimos, porque no pasaría mucho tiempo antes de que se cumpliera su voluntad.

LIBRO CUARTO

Al día siguiente acababan los juegos Píticos; el certamen, en cambio, de los jóvenes estaba en su punto culminante. Amor, que era quien lo presidía, creo, y también el árbitro, porfiaba por dejar bien manifiesto, gracias únicamente a estos dos atletas unidos con sus lazos, que su competición era la más importante de todas. Esto es lo que sucedió. Toda Grecia era espectadora, los anfictiones adjudicaban los premios. Pues bien, una vez concluidas con gran esplendor las restantes pruebas: los torneos de carreras, los abrazos de la lucha, los compases con los brazos, propios del pugilato, entonces el heraldo pregonó: 1

«—Que comparezcan los participantes en la carrera con armas [146].»

La sirvienta de Ártemis, Cariclea, apareció al punto, deslumbrante, por uno de los ángulos del estadio. Había venido, aunque era reacia a ello, por salvaguardar la tradición; o más bien, porque, a mi parecer, tenía la esperanza de ver a Teágenes. Llevaba en la mano izquierda una tea encendida, en la derecha sos- 2

---

[146] La carrera con armas era, en efecto, la última prueba de los juegos (cf. PAUSANIAS, III 14, 3; X 7, 7); la razón más probable de ello es que había sido introducida en época reciente (cf. *Odisea* VIII 118-130). De un modo más general, hay que decir que muchos detalles del relato presente son confirmados por otras fuentes antiguas.

tenía una palma. Nada más aparecer, todo el teatro
volvió a ella su mirada, aunque nadie se anticipó a la
vista de Teágenes; pues un amante siempre está presto
3 para ver el objeto de su pasión. Además aquél, que se
había enterado previamente de lo que ocurriría, tenía
su atención puesta exclusivamente en aguardar el momento en que ella se presentara. De modo que entonces ni siquiera pudo contener sus palabras: me dijo en voz baja (pues se había sentado adrede a mi lado):

«—Ahí está Cariclea.»

Yo le recomendé que se estuviera tranquilo.

2 A la proclama del heraldo, compareció un hombre
con armamento ligero, muy ufano de su persona, famoso como nadie. Ya se había coronado, al parecer, en muchas competiciones precedentes, y en aquella oportunidad no tenía contrincante, porque nadie, creo, se atrevía a competir con él. Por eso los anfictíones le hicieron retirarse, pues la ley no permitía que se concediera la corona de la victoria sin certamen. Reclamaba él que se invitara mediante un pregón del heraldo a un voluntario para el combate. Los jueces accedieron a su petición, y el heraldo invitó con una
nueva proclama a que se presentase quien quisiera.
2 Teágenes me dijo entonces:

«—¡Ése me está llamando!

»—¿Qué dices? —contesté.

»—Lo que voy a hacer, padre —respondió—. Que no voy a consentir que ningún otro se lleve en presencia mía y ante mis ojos el premio de la victoria y lo recoja de manos de Cariclea.

»—¿Pero es que no reparas en una posible derrota —dije— y su consiguiente deshonra?

3 »—¿Y quién hay que tenga unas ganas tan locas de
ver y acercarse a Cariclea, como para que me adelante en la carrera? ¿Y a quién el premio de poder contemplarla le va a dar tan raudas alas y le va a llevar a su

encuentro por los aires? ¿No sabes que los pintores ponen alas a Amor[147] para simbolizar la ligereza de las personas de quienes él es dueño? Y si hay que añadir algo de vanidad a lo ya dicho, nadie hasta el día de hoy ha podido enorgullecerse de haberme superado en la carrera.»

Dichas estas palabras, dio un salto y avanzó hasta 3
el centro. Declaró su nombre y el país del que procedía y sacó a suertes el lugar que le correspondería en la carrera. Revestido de una armadura completa, aguardó en la barrera de salida, jadeando de impaciencia y forzándose para mantenerse quieto y esperar la señal de la trompeta. Era una espectáculo notable y grandioso, parecido al que ofrece Homero cuando presenta a Aquiles en la batalla del río Escamandro[148].
Toda Grecia estaba profundamente conmovida ante tal 2
maravilla, todos hacían votos por la victoria de Teágenes, como si fuera cada uno en particular quien iba a competir; pues la belleza es lo primero que se atrae las simpatías de los espectadores. La emoción de Cariclea excedía toda medida, y yo, que desde hacía rato la observaba, pude percibir cómo mudaba continuamente de aspecto. El heraldo, en voz alta y clara, pro- 3
clamó el nombre de los corredores, anunciando: «Órmeno de Arcadia y Teágenes de Tesalia.» Se abrió el mecanismo que da la señal para partir, y comenzó la

---

[147] Cf. Platón, *Fedro* 252 b. Heliodoro se complace en tomar en sentido propio lo que en Platón es una imagen de la elevación espiritual. Como se habrá apreciado hasta ahora, Heliodoro imita con gran frecuencia a Platón en todo lo que se refiere al relato del enamoramiento de los héroes de la novela; es, por supuesto, más que influencia platónica, vulgarización de las ideas más extendidas de Platón acerca del amor; en este sentido es significativo sobre todo III 5 (el primer encuentro de Teágenes y Cariclea).

[148] *Ilíada* XXI 203-384. La comparación estriba sólo en los personajes, no en las acciones de uno y otro, y en que Aquiles era un antepasado de Teágenes.

carrera, tan veloz que las miradas casi no podían seguir el avance. En ese momento, la muchacha, incapaz de contenerse por más tiempo y estar quieta, empezó a patalear y a saltar; parecía como si el alma se le hubiera ido con Teágenes y tratara de colaborar para
4 conseguir mayor velocidad en su carrera. Todos los espectadores estaban en suspenso y anhelantes por ver cómo acababa; yo, más aún si cabe, porque había tomado la determinación de cuidarme de él en el futuro, como si de un hijo se tratara.

—No es de extrañar —le interrumpió Cnemón— que los espectadores que asistían estuviesen en ese estado de ansiedad, porque también yo ahora estoy temeroso por Teágenes; de modo que te ruego que me digas cuanto antes si se le declaró vencedor.

4 —Cuando ya, Cnemón, llevaban recorrida la mitad del estadio [149], volvió un instante la cabeza, dirigiendo una mirada despectiva hacia Órmeno, y a continuación, con el escudo levantado a lo alto, el cuello bien erguido y los ojos fijos en Cariclea, se lanzó como una flecha hacia la meta y sacó al arcadio una delantera tan grande, que luego se midió con exactitud en número de
2 brazas. Siguió corriendo hasta llegar a Cariclea, en cuyos brazos se dejó caer a propósito, fingiendo que no había podido detenerse por el impulso de la carrera. Tampoco dejé de darme cuenta de que al recibir la palma del premio daba a la muchacha un beso en la mano.

—Me has devuelto la vida —dijo Cnemón— con la victoria y el beso. Mas, ¿qué sucedió después?

---

149 La longitud de la carrera de hoplitas era, pues, de un estadio. En Olimpia el recorrido era doble, es decir, el punto de salida era también la meta (cf. PAUSANIAS, II 11, 8), y en Nemea, cuatro recorridos al estadio, por tanto, el doble que en Olimpia.

—¡No sólo eres insaciable y no te cansas de escuchar, sino que además, Cnemón, eres inabordable al sueño! A pesar de que ya ha pasado la mayor parte de la noche, te mantienes bien despierto y no te aburres con el relato, por muy largo que sea.

—También, padre, reprocho yo por mi parte a Ho- 3
mero el haber afirmado que incluso del amor puede
haber hastío[150]; a mi juicio, eso no sacia nunca, ni al
que lo goza ni al que lo oye contar. Y si además se
relatan los amores de Teágenes y Cariclea, ¿quién
tendría el corazón tan de acero o de hierro[151], como
para no oír con fascinación su historia, aunque dure
todo un año? De modo que continúa.

—Así, Cnemón, es como Teágenes recibió la corona y 4
fue proclamado vencedor, escoltado de unánimes víto-
res. En cuanto a Cariclea, era ya manifiesto que tras
haber visto de nuevo a Teágenes, estaba ya vencida y
era esclava de su deseo, aún más que antes. Pues el
encuentro de los amantes rememora la pasión, y la
visión da renovadas llamas al espíritu, como leña pues-
ta al fuego. Por eso ella al volver a casa pasó una 5
noche semejante a las anteriores, e incluso peor. Tam-
poco a mí me venía el sueño, y no hacía más que
meditar adónde huiríamos sin que nadie se enterase
y pensar a qué país quería el dios que acompañase a
los jóvenes. Sólo comprendía que la huida debía ser
por mar, gracias a la ayuda del propio oráculo que
decía de ellos:

cuando las olas surquen,
llegarán del sol a la tierra oscurecida.

---

150 *Ilíada* XIII 636 sig.

151 La comparación es proverbial desde HOMERO, *Odisea* IV 293. El interés de Cnemón en el relato de Calasiris le lleva a usar el mismo lenguaje literario que aquél.

5 Para el segundo punto, adónde tenía que acompañarlos, sólo descubrí una solución posible: encontrar, si podía, la cinta con la que había sido expuesta Cariclea; en ella, Caricles decía que estaba consignada la historia de la muchacha, según le habían contado. Era previsible, pues, que gracias a ella consiguiera averiguar la patria y los padres de la chica, de cuya identidad ya tenía yo algunas sospechas, y quizá allí
2 era donde el destino quería que yo los condujera. Así pues, fui muy de mañana a ver a Cariclea. Al llegar, encontré a todos los de la casa bañados en lágrimas, sobre todo a Caricles. Me acerqué y le pregunté:

«—¿Qué alboroto es éste?

»—Se ha agravado la enfermedad de mi hija —contestó—; esta noche la ha pasado mucho peor que la anterior.

»—Sal —dije—, y salid también los demás. Que alguien me traiga una trébede, laurel, fuego e incienso; es lo único que necesito; y que nadie me moleste hasta que yo avise.»

3 Dio esta orden Caricles, y así se hizo. Cuando me dejaron tranquilo, comencé la representación, como si estuviera en un escenario: quemé el incienso y, mientras fingía musitar en los labios una plegaria, agitaba constantemente el laurel sobre el cuerpo de Cariclea, de la cabeza a los pies una y otra vez; hacía todas estas operaciones con la boca abierta, como bostezando de sueño, o, mejor, como una vieja. Finalmente, después de un buen rato de proseguir con estas necedades, ridículas para mí como para la muchacha,
4 me detuve. Ella meneaba la cabeza sin cesar, mientras mostraba sus dientes con una sonrisa burlona que daba a entender que yo iba por camino erróneo y desconocía su enfermedad. Me senté luego a su lado y dije:

«—No te preocupes, hija, que la enfermedad es benigna y fácil de curar. Te ha atacado el mal de ojo,

probablemente durante la procesión, y sobre todo cuando diste el premio al vencedor de la carrera. Y me sospecho quién es el principal culpable: Teágenes, el que participó en la carrera con las armas. Bien pude observar que no hacía más que espiarte y lanzarte miradas en exceso constantes.

»—Tanto si me ha mirado así, como si no, no me 5
importa —replicó—. Pero, ¿quiénes son sus padres, de dónde es? Que bien noté a muchos atónitos ante él.

»—Es de Tesalia —dije—; ya lo oíste ayer cuando el heraldo proclamó su nombre; reivindica a Aquiles como antecesor, y en verdad que me parece a mí que es así, si es que la estatura y la belleza del muchacho constituyen una prueba de eso, porque son enteramente dignos de la nobleza de Aquiles. En lo único en que no se parece es en que no es soberbio ni orgulloso, pues la altivez de su espíritu está suavizada con
su dulzura. Pero, a pesar de esas cualidades, ojalá 6
sufra cosas peores que las que a ti te ha causado, echándote el mal de ojo al verte con mirada maléfica.

»—Padre, —dijo—, agradezco tu compasión por mí; pero, ¿por qué maldices en vano a quien quizá no ha tenido ninguna culpa? Claro que estoy enferma, pero no de mal de ojo, sino de otro diferente, creo.

»—Pero ¿cómo, hija, tratas todavía de ocultarlo 7
—dije—, en lugar de hablar con confianza para que encontremos un remedio? ¿Es que no soy para ti un padre, y más que por la edad, por el afecto que te tengo? ¿Es que no soy amigo de tu padre o no estoy animado por sus mismos sentimientos? Di qué te hace sufrir. Tienes mi promesa o, si quieres, mi juramento de guardar el secreto. Habla con franqueza y no acrecientes tu dolor callando; que todo padecimiento, si se conoce pronto, es fácil de remediar, pero se hace incurable casi, si se deja pasar el tiempo. Pues las en-

fermedades se nutren de silencio; en cambio, para lo
que se cuenta, siempre hay un consuelo.»

6 Ante estas palabras, guardó unos instantes de si-
lencio, en sus ojos se reflejaban la multitud de senti-
mientos diversos que la agitaban.

«—Discúlpame —respondió al fin— hoy; en otro
momento lo oirás; a menos que no lo sepas de ante-
mano, tú que afirmas tener el don de la adivinación.»

Me levanté y salí de allí, dejando a la muchacha
decidir entretanto cómo confesar aquello de lo que su
2 alma tenía tan gran pudor. Me abordó Caricles y me
preguntó:

«—¿Qué me puedes decir?

»—Todo va bien —contesté—; mañana se librará del
mal que tanto la perturba, y a ti te ocurrirá otra cosa
que te va a alegrar. Pero por ahora, no hay ningún
impedimento en llamar y hacer venir a un médico.»

Tras decir esto, me escapé inmediatamente, para
3 evitar que Caricles hiciera más averiguaciones. No ha-
bía hecho casi más que salir de la casa, cuando veo
a Teágenes, deambulando por allí, alrededor del tem-
plo y del recinto exterior; iba hablando consigo mis-
mo y tenía un aire satisfecho, como si se contentara
sólo con observar la morada de Cariclea. Yo pasé de
largo mirando hacia otro lado, como si no lo hubiera
visto.

«—Buenos días, Calasiris —me dijo—; atiende; pre-
cisamente te estaba esperando.»

Me volví bruscamente y dije:

4 «—¡Ah!, es el bello Teágenes. No te había visto.

»—¿Cómo —replicó— va a ser bello quien no agra-
da a Cariclea?

»—¿Pero no vas a dejar —contesté con aire ofen-
dido— de insultarme a mí y a mi arte? Gracias a él,
ya ha caído presa ella, se ve obligada a amarte y an-
hela verte como a un ser celestial.

»—¿Qué dices, padre? —exclamó—; ¿me ama Cariclea? ¿Por qué entonces no me llevas adonde ella? —y al tiempo que decía eso, se disponía a echar a correr. 5

»—Deténte —dije, sujetándole por la clámide—, tú, el de veloz carrera; que no se trata de un botín, ni es esto algo que se pueda comprar con dinero o esté expuesto a la venta para cualquiera. Reflexión más bien es lo que hace falta para que el asunto termine bien; y muchas precauciones para alcanzar sin riesgo el resultado apetecido. ¿O es que no conoces al padre 6 de la muchacha, una de las personas más importantes de Delfos? ¿No has pensado en las leyes, que imponen pena de muerte a tales empresas?

»—Por lo que a mí respecta —declaró—, ni la muerte me importa, con tal de conseguir a Cariclea. Pero, en fin, si quieres, vamos a ver a su padre para solicitarla en matrimonio; que tampoco se puede decir que seamos unos cualquieras, indignos de emparentar con Caricles.

»—No conseguiríamos nada —advertí—; no porque se pueda achacar algo a tu familia, sino porque hace tiempo que Caricles ha prometido a la muchacha con el hijo de una hermana suya.

»—Lo lamentará —respondió Teágenes—, quienquiera 7 que sea. Ningún otro mientras yo viva desposará a Cariclea: ni mi mano ni mi espada, con seguridad, se quedarán inactivas.

»—Calla —le dije—, que nada de eso hará falta. Sólo basta que me atiendas y que realices lo que te indique. Pero ahora vete y guárdate de que te vean todo el tiempo en mi compañía. Acude a verme en secreto y solo.»

Él entonces se marchó cabizbajo.

Al día siguiente, Caricles se encontró conmigo y, 7 nada más verme, se acercó corriendo y comenzó a be-

sarme la cabeza, mientras exclamaba reiteradamente:

«—¡Eso es sabiduría, eso es amistad! ¡Gran hazaña has logrado: la que era imposible de capturar está capturada; la inaccesible a la derrota está vencida! ¡Cariclea está enamorada!»

2 Estos cumplidos me halagaron; arqueé las cejas y empecé a andar con cortos y afectados pasos, mientras declaraba:

«—Era bien evidente que no podría resistir ni mi primer asalto; y ni siquiera ha sido necesario molestar a algún dios de los más importantes. Mas, ¿cómo, Caricles, llegasteis a saber que estaba enamorada?

3 »—Siguiendo tus consejos —explicó—; llamé a médicos famosos, según tú habías sugerido, y los llevé para que la examinaran, prometiéndoles en recompensa toda mi hacienda si lograban sanarla. Ellos al entrar
4 le preguntaron qué le ocurría. Ella se dio la vuelta, sin dignarse a darles respuesta, declamando repetidamente aquel verso de Homero[152]:

'Oh Aquiles, hijo de Peleo, con mucho el más valeroso
[de los aqueos'.

Ante eso, el sabio Acesino[153], a quien sin duda tú conoces, le cogió la muñeca, a pesar de su resistencia, para tomarle el pulso y dictaminar su enfermedad mediante la arteria que, según creo, delata los latidos del corazón. Después de un pormenorizado examen del pulso y un reconocimiento detenido de pies a cabeza, declaró:

»—Caricles, nos has llamado en vano: la medicina no puede darle ningún remedio en absoluto.

5 »—¡Dioses! —exclamé—, ¿qué dices? ¿Es que se me va a ir mi hijita? ¿está ya deshauciada?

»—No te alarmes —me dijo—, escúchame.

---

152 *Ilíada* XVI 21.

153 El nombre de este médico es un derivado de «curar».

»Me llevó aparte, lejos de la muchacha y de los demás, y prosiguió:

»—Nuestra ciencia hace profesión de curar las enfermedades del cuerpo, pero no las del alma en principio, sino sólo cuando las penalidades que ésta sufra estén causadas por las del cuerpo, pues entonces, al sanar éste, aquélla se hace partícipe del mismo beneficio. Lo que aqueja a la muchacha es realmente una 6
enfermedad, pero no corporal, porque ninguno de los humores es excesivamente abundante, no sufre dolor de cabeza, no le quema la fiebre y, en definitiva, no tiene ninguna afección en el cuerpo, ni local ni general. Esto es lo que hay que pensar, y no otra cosa.

»—Ante la insistencia con la que le reclamaba me 7
dijera cualquier otra cosa que hubiera averiguado, declaró:

»—Ni un niño dejaría de darse cuenta de que su sufrimiento es anímico y su enfermedad es a todas luces el amor. ¿No ves qué hinchados tiene los ojos, qué perdida tiene la mirada y qué palidez hay en su cara, todo ello sin quejarse de dolores internos? Su mente además está extraviada, dice en voz alta lo que le viene a la memoria, sufre de insomnio sin aparente justificación y de repente ha perdido su lozanía [154]. Tú, Caricles, tienes que buscar a quien sea capaz de curarla, que necesariamente ha de ser la persona a quien ella ame.

»Después de decir esto, se marchó; y yo he venido 8
a verte, mi salvador y mi dios, porque tú eres el único que puede ayudarnos, y eso también ella lo sabe. Pues ante mis ruegos y exhortaciones para que me explicara lo que le ocurre, lo único que me ha contestado es

---

[154] Los síntomas que describe Acesino son los tradicionales para la enfermedad amorosa (vid. LUCIANO, *La diosa siria* 17 sig.; PLUTARCO, *Demetrio* 38; AQUILES TACIO, I 6, 2; I 9, 1; LONGO, II 7, 4).

que ella ignora su enfermedad, pero que sabe que sólo Calasiris puede curarla. Es más, me ha pedido que te llamara y que fueras a verla, circunstancia decisiva por la que he podido conjeturar que tu sabiduría le ha hecho ceder.

9 »—Igual que dices que está enamorada, ¿podrías decirme también —le pregunté— de quién?

»—No, por Apolo, no lo sé —contestó—; pues ¿cómo o de dónde podría saberlo? Desearía antes que todo el oro del mundo que estuviera enamorada de Alcámenes, el hijo de mi hermana, el que, en la medida que dependía de mi voluntad, destinaba yo para marido suyo.»

10 Yo le dije que se podía hacer la prueba, si llevaba al joven ante ella y se lo presentaba. Él aprobó esta idea y se marchó.

Al día siguiente, alrededor de la hora en que se llena el mercado[155], me encontré otra vez con él y me dijo:

«—Tengo una cosa muy triste que contarte: mi hija parece como posesa, y su conducta es sumamente ex-
11 traña. Llevé, siguiendo tus consejos, a Alcámenes y se lo presenté bastante bien ataviado. Pero ella, como si hubiera visto la cabeza de la Gorgona o alguno de esos seres monstruosos y fantásticos, profirió un agudo grito y volvió su mirada al otro rincón de la habitación, enlazándose las manos en el cuello como una cuerda para ahorcarse, y amenazando con juramentos que se
12 suicidaría si no salíamos inmediatamente. Nos alejamos de ella antes de lo que se tarda en decirlo, porque qué otra cosa podíamos hacer ante un espectáculo tan inaudito. De modo que otra vez estoy aquí como suplicante para que no dejes que ella se dé muerte ni permitas que fracasen mis anhelos.

---

155 La expresión es habitual para la hora del mediodía.

»—Caricles —respondí—, no te has equivocado, al decir que tu hija está posesa. Pues lo que la turba de ese modo son los poderes que yo he enviado sobre ella de lo alto; naturalmente, me he visto obligado a recurrir a los más eficaces, pero era preciso para forzarla a hacer lo que repugnaba a su naturaleza y su voluntad. Sin embargo, alguna divinidad enemiga mía pa- 13
rece impedir la empresa y oponerse a las que me ayudan. Por eso, ha llegado sin duda el momento de que me enseñes la cinta que estaba expuesta con la niña, de la que me dijiste que te habías hecho cargo, junto con los demás objetos que debían permitir su reconocimiento. Porque mucho me temo que esté impregnada de algún hechizo y escrita con encantos que le endurecen el alma, y que el responsable sea algún enemigo que ha maquinado desde su nacimiento esta artimaña para lograr que ella viva sin amor y sin descendencia.»

Aprobó este parecer y volvió poco después trayendo 8
la cinta. Le rogué que me permitiera examinarla con tranquilidad y, en cuanto accedió a esta petición, me dirigí al sitio donde me hospedaba. Sin la más mínima dilación, comencé a leer la inscripción de la cinta, grabada con caracteres etíopes, pero no con los que usa el pueblo, sino con la escritura real, que es muy semejante a la llamada escritura sacerdotal de los egipcios[156]. Leí su contenido, y esto es lo que me reveló la inscripción:

«Yo, Persina, reina de los etíopes, para mi hija, que todavía no sé cómo se va a llamar y que sólo lo ha

[156] Sobre los dos tipos de escritura de los egipcios, cf. HERÓDOTO, II 36; en realidad eran tres: jeroglífica, hierática y demótica, pero HERÓDOTO (como DIODORO, I 81, 1) no diferencia las dos primeras. En Etiopía, DIODORO, III 3, 5, también distingue dos tipos, aunque hace la salvedad de que todos entienden la hierática (sagrada), a diferencia de lo que sucede en Egipto.

sido hasta el parto, ofrezco como regalo postrero este doloroso relato grabado aquí.»

2 Me quedé petrificado, Cnemón, al ver el nombre de Persina; no obstante, seguí inmediatamente leyendo:

«De que no tengo ninguna culpa, hija, por abandonarte todavía recién nacida y por no permitir que te vea tu padre Hidaspes, pongo por testigo al Sol, el autor de nuestra raza. Pero, sin embargo, alguna vez podré defenderme tanto ante ti, hija, si logras sobrevivir, como ante quien te haya recogido, si la divinidad te procura un salvador, como ante todo el género hu-
3 mano. Voy a explicarte por qué te expuse. De los dioses son antepasados nuestros el Sol y Dioniso; de los héroes, Perseo y Andrómeda, además de Memnón [157]. Los

157 Memnón es hijo de Titono y de la Aurora (Hesíodo, *Teogonía* 984 sigs.), que le había raptado (*Himno homérico* V 218-238) para que fuera marido suyo (Homero, *Ilíada* XI 1 sig.; Odisea, V 1 sig.). Memnón combatió en favor de los troyanos con un cuerpo expedicionario etíope, de quienes era rey (cf. Diodoro, II 22, 4; Proclo, *Crestomatía*, pág. 106 ed. Allen; Quinto de Esmirna, *Continuación de Homero* II 452 sigs.), hasta su muerte a manos de Aquiles. De Ematión, hijo también de Titono y la Aurora, se nos dice (Diodoro de Sicilia, IV 27, 3) que era rey de los etíopes, cuando Hércules le dio muerte en el curso de su último trabajo. —Andrómeda, hija de Cefeo y Casiopea, reyes de los etíopes (Heródoto, VII 61; Ovidio, *Metamorfosis* IV 669-789; V 1-249), fue encadenada a la orilla del mar (localizado en Estrabón, XVI 2, 28, entre otros) para aplacar al monstruo enviado por Poseidón contra su país; Perseo mata al monstruo marino, libera a Andrómeda, con quien se casa, y permanece en Etiopía hasta el nacimiento de Perses, el hijo de ambos (el nombre que Heliodoro da a la reina de los etíopes, Persina, es un derivado de Perseo; el nombre de Hidaspes, en cambio, es uno de los pocos que no ofrecen resonancias claras de significado, en la obra de Heliodoro). — En cuanto al Sol, es hermano de la Aurora (Homero, *Odisea* XII 374 sig.; Hesíodo, *Teogonía* 371 sig.); además, desde un punto de vista más general, su morada se localiza en las proximidades del reino etíope. — La relación de Dioniso con Etiopía está probablemente basada en que el dios fue criado durante cierto tiempo por las

que fueron construyendo con el transcurso del tiempo el palacio real lo adornaron con pinturas que representaban sus historias. En general, las estatuas y las representaciones de sus hazañas se encontraban en las habitaciones de los hombres y en los pórticos, mientras que el tema de los amores de Perseo y Andrómeda había quedado reservado para embellecer la cámara
nupcial. Una vez, cuando estábamos allí, y ya hacía 4
nueve años que Hidaspes me había tomado por esposa, aunque aún no nos había nacido descendencia, ocurrió que estábamos descansando a mediodía, en la hora en que el sopor veraniego induce a dormir la siesta, y entonces tu padre se unió conmigo, porque, según juraba, así se lo había ordenado una visión que había tenido durante el sueño. Al punto me di cuenta de que había quedado encinta.

»El tiempo que transcurrió hasta el alumbramiento 5
fue una continua fiesta popular: los sacrificios en acción de gracias a los dioses se celebraban sin interrupción, porque el rey esperaba un heredero. Pero naciste tú, blanca y con una tez resplandeciente, insólita en la raza etíope. Yo me figuraba que la causa había sido que durante la unión con mi marido había dirigido la mirada hacia un cuadro que representaba a Andrómeda totalmente desnuda[158], en el momento

---

ninfas de Nisa, región situada a veces entre Fenicia y Egipto (*Himno homérico* I, 8 sig.; cf. Diodoro, IV 2, 4).

[158] El detalle de la desnudez de Andrómeda, que no se encuentra en ningún otro texto antiguo y que parecería poco adecuado para un autor tan casto como Heliodoro, es naturalmente indispensable; han de ser la desnudez y la blancura de Andrómeda lo que impresione a Persina, hasta el punto de dar a luz una hija blanca. Por lo demás, tanto las representaciones artísticas como las descripciones literarias del tema debían ser numerosas: Luciano, *Diálogos marinos* 14; *Sobre la casa* 22 y 25; Aquiles Tacio, III 6-7; Filóstrato, *Imágenes* I 29; los dos últimos describen cuadros. (Para las relaciones existen-

en que Perseo acababa de bajarla de la roca, y que el germen había cobrado una forma desgraciadamente
6 semejante a la de aquélla [159]. Decidí por eso liberarme de una muerte ignominiosa, convencida como estaba de que el color de tu piel llevaría aparejada la acusación de adulterio contra mí, porque nadie me daría crédito cuando explicara el extraordinario acontecimiento ocurrido. En cuanto a ti, preferí entregarte a los avatares de la fortuna, antes que a una muerte segura, o, en el mejor de los casos, a pasar por bastarda. Con esta intención, hice creer a mi marido que habías muerto en el parto y te expuse a escondidas y con todo secreto, dejando además todas las riquezas que pude, con ánimo de recompensar a quien te salvara. Te adorné también con muchas joyas y te envolví con esta cinta, lastimosa narración de tu historia y de la mía, grabada a fuerza de mis lágrimas y mi sangre, lágrimas de una madre, que al dar a luz por primera vez sufrió innume-
7 rables llantos. Pero, querida hija, aunque sólo lo hayas sido por un instante, ten siempre presente, si logras sobrevivir, tu nobleza; honra la castidad, la única virtud específicamente femenina, conserva los sentimientos de una reina y sé digna de los que te han dado la vida. No olvides en particular buscar y conservar contigo, de entre los bienes expuestos, un anillo que tu padre me regaló cuando pidió mi mano; todo su contorno está grabado con la divisa real, y el engaste lleva una piedra sagrada llamada *pantarba*, que tiene un

---

tes entre estos autores y otros posteriores, así como sobre la iconografía del tema J. Schwartz, *Antiquité Classique* 36 [1967], 536 sigs.; A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 16) y sigs.).

[159] No sólo nació Cariclea blanca, sino, además, sumamente parecida a la representación de Andrómeda en el cuadro (cf. *infra*, X 14-15). La creencia en esta posibilidad debía estar muy extendida desde época antigua: E. Rohde, *op. cit.*, pág. 476[4], recoge ideas semejantes en Empédocles según Plutarco, Galeno, Plinio, Dionisio de Halicarnaso e, incluso, algunos médicos.

secreto poder[160]. Estas son las recomendaciones que te 8
dirijo, gracias a la ayuda de la escritura, ya que la fortuna ha impedido tu presencia y el trato de viva voz. Quizá este mensaje quede mudo y sea inútil, pero quizá también algún día te preste un servicio, pues los designios de la fortuna son inescrutables para los hombres. En todo caso, lo escrito será para ti, joven bella en vano, cuya hermosura es justamente lo que ha dado motivo de acusación contra mí, en el caso de que sobrevivas, señal para descubrir quién eres; de lo contrario (¡que nunca llegue a mis oídos esa noticia!), servirá como inscripción sepulcral y como llanto funeral de tu madre.»

Al terminar de leer esto, Cnemón, reconocí y ad- 9
miré la sabiduría con que los dioses gobiernan y administran todo. La alegría y la pena me embargaban, y en mi interior experimentaba un insólito sentimiento que me hacía reír y llorar a la vez. Mi alma estaba contenta por haber descubierto el misterio y haber resuelto ya el contenido del oráculo, pero también angustiada por no saber qué curso tomarían los acontecimientos; deploraba la condición humana, tan inestable e insegura, permanentemente cambiante, hecho del que la suerte de Cariclea ofrecía en particular un sobresaliente ejemplo. Mil pensamientos me abordaban: qué 2
ilustre nacimiento y quiénes pasaban por ser sus padres; a cuán gran distancia estaba de su patria; cómo la fortuna le había deparado la apariencia de hija bas-

160 La aparición de la piedra *pantarba* también en Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* III 46, ha sido considerada como una prueba más de la influencia de éste sobre Heliodoro; no obstante, en Filóstrato, la propiedad de la pantarba es atraer hacia sí todos los objetos y todas las demás piedras, incluso en el agua; Heliodoro, por el contrario, le atribuye la capacidad de preservar del fuego a aquellos que la llevan (cf. VIII 11, 8).

tarda, privándola de lo que en realidad era: hija legí-
3 tima de etíopes, y, además, de la familia real. Mucho
tiempo estuve quieto e indeciso: me lamentaba de su
pasado, pero no me atrevía a felicitarme de su porve-
nir. Hasta que al fin, recobré la serenidad para exami-
nar la situación de una manera razonada; entonces
decidí no seguir descuidado, sino pasar a la acción.
Fui a ver a Cariclea. Estaba sola, extenuada por la pa-
sión; aunque su juicio hacía todos los esfuerzos por
recobrarse, su cuerpo estaba ya completamente agota-
do, y se iba abandonando a la enfermedad, sin fuerzas
para oponerse a sus violentos accesos.

10 Mandé entonces que se retiraran todos los que
estaban allí y di la orden de que nadie nos molestara,
pretextando que iba a hacer unas preces e invocacio-
nes por la muchacha. Cuando estuvimos solos, le dije:

«—Ahora, Cariclea, es el momento de declarar, como
ayer prometiste, lo que te ocurre. No se lo ocultes a
un hombre que además de quererte bien no es incapaz
en absoluto de saberlo todo, a pesar de tu silencio.

2 »—Oh sabio Calasiris —dijo ella, cogiéndome de la
mano entre besos y lágrimas—, hazme entonces este
favor ante todo: déjame sufrir en silencio. Descubre
tú como quieras mi enfermedad, pero permíteme al
menos velar por mi pudor, ocultando lo que es vergon-
3 zoso padecer, pero más aún contarlo. Grande es el
dolor que me produce la enfermedad, que ahora se
halla en su momento culminante, pero mayor todavía
es el de no haberla superado cuando estaba en sus
comienzos y verme así derrotada por una pasión que
siempre había rechazado y que, con sólo oírla nom-
brar, empaña el excelso título de virginidad.

4 »—Hija mía —dije, tratando de reconfortarla—,
haces bien en encubrirlo, y eso por dos razones: por
un lado, no hace ninguna falta que me informes de lo
que gracias a mi arte sé hace tiempo; por otro, es

comprensible el rubor que te impide decir lo que es mucho más decoroso que las mujeres callen. Mas, ya 5
que al fin has sentido el amor, y la aparición de Teágenes te ha cautivado, pues esto es lo que una voz divina me ha declarado, sábete que no eres la única ni la primera que sucumbe a esa pasión: muchas mujeres muy ilustres, y numerosas doncellas, llenas en todo de templanza, han sentido lo mismo. Pues Amor es el más grande de los dioses e incluso capaz, como se dice, de adueñarse a veces de los propios dioses. Mira, 6
pues, qué sea lo mejor que puedas hacer en el presente, y piensa que, si en principio es una dicha carecer de la experiencia del amor, una vez que uno cae en sus manos, lo más prudente es mantener firme la voluntad, sin dejarla caer en lo desordenado. Si quieres creerme, puedes evitar el nombre vergonzoso de apetito sensual, contrayendo nupcias legítimas y curando tu enfermedad con el matrimonio.»

Al terminar de hablar así, Cnemón, su cuerpo es- 11
taba inundado en abundante sudor. Los sentimientos diversos que la asaltaban eran evidentes: alegría por lo que oía, desazón por si no se cumplían sus esperanzas, rubor porque había sido cautivada. Al fin, cuando se calmó, después de un largo silencio, dijo:

«—Padre, me hablas de matrimonio y me aconsejas elegirlo, como si fuera seguro que mi padre va a aprobarlo o que mi enemigo tiene idénticos deseos.

»—En cuanto al joven —dije—, no debemos tener 2
ningún temor: está quizá incluso más prendado que tú, y los sentimientos que le mueven son semejantes a los tuyos. Pues, al parecer, vuestras almas se reconocieron desde el primer encuentro como dignas la una de la otra y sucumbieron a la misma pasión. También yo, por complacerte, me he valido de mis artes para intensificar su anhelo. En cuanto a tu padre adoptivo,

está preparándote otra boda, con Alcámenes, a quien sin duda conoces.

3 »—¡Con Alcámenes!, ¡que me prepare —exclamó— la tumba antes que el matrimonio! A mí sólo me desposará Teágenes; si no, el destino le suplirá. Mas eso de que Caricles no es mi verdadero padre, sino que es padre putativo, te lo suplico, dime, ¿cómo lo sabes?

»—Por ésta —dije, al tiempo que mostraba la cinta.

»—¿De dónde la has sacado? ¿Cómo es que la tienes? Desde que se la dio en Egipto el que me había criado, y me trajo aquí, no sé cómo, pero me la cogió y la ha tenido siempre guardada en un cofre, para evitar que se estropease con el tiempo.

4 »—Cómo me he hecho con ella —contesté—, ya te lo contaré en otra ocasión; lo que ahora me importa es que me digas si puedes leer lo que hay escrito en ella.»

Dijo que no, que cómo iba a saberlo.

«—Pues da a conocer —proseguí— tu familia, tu país y tus avatares.»

Me suplicó que le desvelara todo lo que yo pudiera entender; y yo fui explicando todo, leyendo el escrito trozo a trozo y traduciéndolo palabra por palabra.

12 Cuando supo quién era ella, mostrando de nuevo un temple más acorde con su linaje, se apresuró a preguntarme:

«—¿Qué hay que hacer, pues?»

Yo entonces comencé a manifestarle mis propósitos, revelándole la situación en su totalidad:

«—También yo, hija, he estado entre los etíopes, con el ánimo de instruirme en su ciencia. Incluso trabé amistad con tu madre, Persina, porque la corte real da siempre hospitalidad a los sabios. Llegué a disfrutar de alguna consideración mayor, por haber añadido a la sabiduría egipcia la consagración de la de los etíopes.
2 Cuando se enteró Persina de que me disponía a regre-

sar a mi país, me relató toda tu historia, no sin antes
haber recibido garantías de mi silencio mediante jura-
mento. Dijo que no se atrevería a contárselo a los
sabios del país y me suplicó que preguntara a los dio-
ses, primero, si te habías salvado cuando se te expuso,
y, en segundo lugar, en qué tierras te encontrabas,
pues, por más pesquisas que había hecho ella, no había
encontrado en la nación a nadie que se pareciera a ti.
Yo le dije que vivías y dónde estabas, porque la divi- 3
nidad me lo había revelado. Ella entonces volvió a
suplicarme que te buscara y exhortara a volver a la
patria, porque seguía sin tener hijos desde que tú na-
ciste; y afirmó que estaba dispuesta, si regresabas, a
confesar a tu padre lo ocurrido. Estaba segura de que
él lo creería, porque tenía ya suficientes pruebas de su
fidelidad a lo largo del tiempo que llevaban convivien-
do, y porque así vería satisfecho inopinadamente su
deseo de tener un heredero.

»Esto es lo que me dijo y pidió que hiciera, incre- 13
pándome y poniendo al Sol por testigo, juramento que
ningún sabio puede transgredir. Yo he venido para
cumplir la promesa jurada y dar satisfacción a sus ple-
garias. Y aunque no es este el motivo principal de mi
estancia aquí, sí es evidente que gracias a la providen-
cia divina este es el mayor provecho obtenido de mi
vagar. Como sabes, mi interés por ti data ya de antiguo
y nunca he descuidado ninguna atención que tú te
merecieses; pero he mantenido en silencio la causa,
aguardando a tener alguna oportunidad de procurarme
mediante algún medio la cinta que acreditara lo que
iba a decirte. De modo que si me haces caso y prefie- 2
res emprender conmigo la huida de aquí, antes de que
algún acontecimiento te oblige a actuar contra tus
deseos (hay que tener en cuenta que Caricles tiene un
gran afán por concertar tu boda con Alcámenes), tienes
la posibilidad de recobrar a tu familia, tu patria, tus

padres, y casarte con Teágenes, que está listo para acompañarnos a donde quiera que sea. En lugar de una vida de bastarda y entre extraños, puedes vivir como hija legítima y como princesa, reinando con tu amadísimo —si hay que dar crédito a todos los dioses, y en particular, al oráculo pítico[161].»

3 Y entonces le recordé el oráculo y le expliqué su significado. Cariclea no lo desconocía, pues se lo había oído a muchos cantar y tratar de interpretarlo. Ante todas estas razones ella quedó petrificada.

«—Ya que como tú afirmas —dijo— esa es la voluntad divina, y yo lo creo, ¿qué hay que hacer, padre?

»—Fingir —contesté— que accedes al matrimonio con Alcámenes.

4 »—Penoso —replicó—, además de deshonesto, es el preferir a otro, aunque sea sólo de palabra, antes que a Teágenes. Sin embargo, ya que me he puesto en manos de los dioses y en las tuyas, padre, ¿qué objeto tiene esa simulación y cómo hacer para evitar que eso llegue a término?

5 »—Los hechos —afirmé— te lo dirán. Algunas veces ocurre a las mujeres que vacilan y no tienen arrojo suficiente para hacer lo que está previsto; en cambio, lo que tienen que realizar al instante, lo llevan a cabo a menudo con gran osadía. De modo que lo único que has de hacer es seguir mis consejos; y ahora, ponte de acuerdo con Caricles en el asunto de la boda. Ten confianza, porque hasta el momento él no ha hecho nada que yo no le haya indicado previamente.»

Accedió, y yo me fui y la dejé llorando.

---

[161] El oráculo recogido en II 35, 5 era en verso y, por tanto, se entiende que cantado; a diferencia del *chrēmós*, cantado, el *lógion* era simplemente recitado y no estaba en verso (cf. TUCÍDIDES, II 8); esta distinción, no siempre observada, es aquí tenida en cuenta.

No había hecho más que salir de la casa, cuando 14
he aquí que veo a Caricles, sumido en el más profundo dolor y lleno de inconsolable tristeza.

«—Eres admirable —le dije—. Ahora que debías estar coronado[162], alegre, y haciendo sacrificios a los dioses en acción de gracias por haber conseguido lo que ansiabas hace tiempo, que Cariclea, al fin, se haya ablandado y haya aceptado el matrimonio gracias a mis buenos oficios y a mi sabiduría; bien pues ahora estás triste, con cara sombría, y sólo te falta llorar por no sé qué cosa que te haya sucedido.

»—¿Cómo no voy a estar así? Mi hija tan querida 2
está a punto de irse a la otra vida, antes que contraer matrimonio, como tú pretendes, si hay que prestar alguna atención a los sueños; y me refiero en concreto al que he tenido esta noche, que me ha llenado de espanto. En él me ha parecido ver un águila, que escapaba de las manos de Apolo, caía de repente volando sobre mí y me arrebataba a mi hijita ¡ay! de mis brazos, llevándosela al último confín de la tierra, a un lugar lleno de fantasmas sombríos y tenebrosos. Y ni siquiera podía saber qué había hecho de ella, porque había puesto por medio una distancia infinita para evitar que mi mirada acompañara el recorrido de su vuelo.»

Al oír estas palabras, supuse cuál era el sentido del 15
sueño; sin embargo, por sacarle de ese abatimiento y conseguir que estuviese bien lejos de toda sospecha acerca de lo que había de suceder, le dije:

«—Me parece que para ser un sacerdote como eres, y del dios profético por antonomasia, no eres muy experto en la interpretación de los sueños. Te enojas

[162] La traducción procede de una conjetura de RATTENBURY y LUMB; la corona, como símbolo de alegría, era habitual en las fiestas y en los sacrificios entre los sacerdotes.

con una visión que te pronostica buenas nuevas, pues aunque el sueño te produzca ese desánimo, es evidente que te advierte del matrimonio próximo de tu hija; el águila representa en enigma al novio que la va a tomar por esposa; y todo va a realizarse con la aprobación de Apolo, que guiará de la mano al que va a ser
2 su marido. De manera que, Caricles, mantengamos la boca lejos de toda impiedad y colaboremos en la voluntad de los todopoderosos, tratando de convencer a la muchacha con mayor firmeza.»

Él preguntó qué tenía que hacer para afianzarla más en su decisión.

«—Si tienes guardado algún objeto muy valioso —continué—, bien sea un vestido bordado de oro, o un collar de piedras preciosas, llévaselo como regalo de boda de parte del pretendiente, y atráete a Cariclea con el obsequio: inexorable es el hechizo que produce
3 en la mujer el oro o las piedras preciosas. Tienes también que disponer todo para la ceremonia, pues habrá que celebrar la boda cuanto antes, mientras la muchacha conserve inalterada la pasión que ahora la domina gracias a mis artes.

»—No te preocupes, que por mí no va a faltar nada —afirmó Caricles.»

Al punto se marchó, con la prisa que le daba la alegría por ver que sus palabras iban a convertirse
4 pronto en hechos. Y cierto que hizo, según luego me enteré, lo que le había sugerido, y sin ningún género de tardanza. Pues envió, en efecto, un vestido de mucho valor, junto con los collares que Persina había depositado al lado de la niña para permitir su reconocimiento, como regalo de pedida de parte de Alcámenes.

16 Yo me encontré con Teágenes y le pregunté en qué lugar de la ciudad se hallaban los que habían venido con él para acompañarle en la procesión. Me dijo que las chicas ya estaban de camino y que habían salido

antes porque andaban más despacio, pero que los jóvenes aún estaban allí, aunque ya no podía retenerlos más, porque estaban impacientes por emprender ya el regreso a la patria. Una vez enterado de esto, le reco- 2
mendé lo que les tenía que decir y lo que él mismo había de hacer. Después de encargarle que aguardara atento la señal que yo le daría cuando llegara el momento preciso, me separé de él y me dirigí hacia el templo de Apolo, con la intención de implorar al dios que me guiara con un oráculo en la fuga junto con los jóvenes. Pero la divinidad, realmente más veloz que 3
cualquier pensamiento, viene como aliada en las acciones que son conformes con su voluntad, y su benevolencia se anticipa a las súplicas. Eso es lo que ocurrió en esta oportunidad: Apolo se anticipó a responder a mis requerimientos, aun antes de haberlos formulado, y me señaló mediante el episodio que me sucedió en ese momento el camino por el que nos iba a guiar. En efecto, iba yo ensimismado en mis pensamientos y presuroso por llegar adonde la profetisa, como te decía, cuando, al pasar, me detuvo una voz, diciéndome:

«—¡Buen hombre, acompáñanos en la liberación!»

Quienes me llamaban eran unos extranjeros que iban a celebrar con acompañamiento de flautas un banquete ritual en honor de Hércules. Al oírlo, detuve 4
mis pasos, pues habría sido una impiedad declinar una invitación sagrada. Al verme coger y quemar incienso, y verter luego una libación de agua pura, parecieron un tanto sorprendidos del lujo [163] de mis ofrendas; sin embargo, me rogaron que participara con ellos en su festín. Accedí también a esta invitación, y recostado 5
en un lecho cubierto de mirto y laurel que habían preparado para los convidados, gusté de los alimentos que habitualmente como.

[163] Si el texto es correcto, el sentido es irónico.

«—Bien, amigos —les dije luego—, la comida es agradabilísima y nada se echa en falta; sin embargo, aún no me habéis dicho nada de vosotros; de modo que hora es que me digáis quiénes sois y de qué país. Pues es de gentes vulgares e incultas, a mi juicio, compartir las libaciones y la mesa, y luego marcharse sin haber trabado conocimiento mutuo, sobre todo cuando los granos de sal sagrados han dado comienzo a nuestra amistad [164].»

6 Dijeron entonces que eran fenicios de Tiro, mercaderes de oficio, y que iban a Cartago de África [165] con un barco de gran capacidad, cargado de mercancías del Indo, de Etiopía y de Fenicia; y que ahora celebraban en honor de Hércules Tirio [166] este sacrificio por la victoria conseguida por este joven aquí presente (y me señalaron al que estaba echado junto a mí), que ha logrado la corona del premio en el certamen de lucha de aquí, y que ha hecho que entre los griegos se proclamara la victoria de Tiro.

---

164 La ofrenda de sal a los dioses, uno de los ritos religiosos que se desarrollaban en el curso de un banquete, creaba un lazo irrompible entre los comensales; por eso probablemente la sal es llamada sagrada (en todo caso, el epíteto aparece también en Homero, *Ilíada* IX 214). Por supuesto, los comensales no están sentados, sino recostados en divanes.

165 En realidad, el texto griego dice «de Libia», pero es sabido que este nombre abarcaba en su totalidad el continente africano. Conviene recordar que Ulises, en uno de sus relatos falsos, cuenta a Atenas (*Odisea* XIII 273 sigs.) que después de haber matado a Orsíloco se vio obligado a huir, para lo cual recurrió a la ayuda de unos mercaderes fenicios.

166 La circunstancia de que la única vez que se menciona a Hércules en la novela lo sea como dios patrono de Tiro ha hecho pensar que es éste uno de los elementos sirios de la religión de Heliodoro. Sobre el culto de Hércules en Tiro transmiten noticias Heródoto, II 43-44; Aquiles Tacio, II 14; VII 14; VII 18. El Melkart fenicio es el dios al que se asimila Hércules.

«—Y lo que ocurrió —siguieron diciendo— es que, 7
cuando ya habíamos doblado el cabo de Malea y unos vientos contrarios nos obligaron a arribar a la costa de Cefalenia, éste tuvo un sueño que le vaticinaba su próxima victoria en los juegos píticos. Consiguió con juramentos por el dios de nuestra patria que hoy festejamos, convencernos para que nos desviáramos de la ruta fijada y desembarcáramos aquí. Y los hechos han confirmado la profecía, pues el que hasta ahora ha sido sólo un comerciante se ha hecho proclamar glorioso
vencedor. Por eso celebra ahora este sacrificio al dios 8
que le hizo aquella revelación, para dar gracias por la victoria y para pedir también una buena travesía. Porque vamos a zarpar al alba, buen amigo, si el soplo de los vientos nos acompaña.

»—¿De verdad, vais a zarpar? —pregunté.

»—Claro que sí —respondieron.

»—¿Haréis el favor entonces de llevarme de pasa- 9
jero? Hay un asunto en Sicilia que me reclama; y esa isla, como sabéis, tenéis que bordearla para dirigiros a África [167].

»—Pues si quieres —me dijeron—, nos sentiremos colmados de todo bien, si vamos con la compañía de un hombre sabio, griego y, según se deja desprender por el trato, amado de los dioses.

»—Será un placer —les dije—, si me dais un solo día para los preparativos.

»—Tendrás —respondieron— todo el día de maña- 10
na; lo único es que estés mañana al anochecer a la orilla del mar: las noches cunden mucho para la navegación, porque, como la brisa viene de tierra, no hay tanto oleaje, y los barcos avanzan con más rapidez.»

---

[167] La navegación en la Antigüedad era solamente de cabotaje, y para dirigirse desde Tiro hasta Cartago era preciso bordear toda la costa occidental de Grecia y, una vez a la altura de Corfú, pasar a Brindisi y de allí a Sicilia.

Me comprometí a hacerlo así, no sin haberles tomado juramento de que no se irían antes de lo acordado.

17 Cuando yo les dejé allí, todavía seguían con la música de las flautas y los bailes. Era una danza de modo asirio[168], ejecutada al son de flautas[169] y con un ritmo muy vivo; los que la bailaban, tan pronto se elevaban a lo alto con saltos ligeros, como se agachaban al suelo, dando vueltas sobre sí mismos como los pose-
2 sos[170]. Fui yo primero a ver a Cariclea, a quien encontré ya vestida y contemplando los objetos que Caricles le había enviado; a continuación, fui adonde Teágenes. Después de informarles a los dos de lo que había que hacer y cuándo, me marché a casa, expectante ante
3 lo que iba a suceder. Lo que ocurrió luego fue lo siguiente: a medianoche, cuando ya la ciudad estaba sumergida en el sueño, un tropel de gente armada irrumpió en la casa de Cariclea; al frente de esta amorosa expedición de guerra iba Teágenes, que había organizado esta emboscada con los jóvenes de la pro-
4 cesión. Entre grandes y repentinos gritos, atronando con el estrépito de los escudos a las personas que los iban oyendo, se precipitaron en la habitación a la luz de unos candiles, luego de forzar con suma facilidad el cerrojo de la puerta —pues la cerradura había sido dejada a propósito para no dificultar la entrada—. Raptan a Cariclea, que, preparada por saber todo de antemano, no opuso resistencia, y se llevan al tiempo bastantes objetos que la muchacha les fue indicando

168 Probablemente el modo era frigio, rápido y alegre (vid. LUCIANO, *Sobre el baile* 34).

169 Aunque *pēktís* es en griego clásico un instrumento de cuerda (semejante a la lira), aquí debe tratarse de un instrumento de viento, dada la presencia de *aulés* en la frase anterior.

170 JENOFONTE, *Anábasis* VI 1, 10, describe una danza de índole semejante, que denomina *persikón*.

que eran de su agrado. Y una vez fuera de la casa, 5
comenzaron el canto de la victoria, mientras con el entrechocar de los escudos producían un insoportable alboroto. Atravesaron así toda la ciudad, llenando de miedo indescriptible a todos sus habitantes, porque de propósito habían escogido esa hora tan intempestiva de la noche, en la que parecerían más terribles, y porque, además, el Parnaso aumentaba con su eco el griterío y el fragor del bronce. Así recorrieron Delfos, gritando uno tras otro sin interrupción y aclamando a Cariclea.

Cuando estuvieron fuera de la ciudad, montaron a 18
caballo y se dirigieron a toda velocidad a los montes de Lócride y del Eta[171]. Teágenes y Cariclea, tal y como estaba convenido, dejaron a los restantes tesalios y vinieron en secreto a mi casa a refugiarse. Apenas llegados, cayeron abrazados a mis rodillas y en esta postura se mantuvieron buen rato, temblando y repitiendo sin cesar:

«—¡Sálvanos, padre!»

Esto es lo único que decía Cariclea, con la cabeza 2
postrada en el suelo y avergonzada de lo que acababa de hacer, una acción tan inaudita para ella; Teágenes, en cambio, añadía otros encarecidos ruegos:

«—Sálvanos, Calasiris —decía—, salva a estos suplicantes sin hogar ni ciudad, que han enajenado todo, para sólo ganarse el uno al otro. Salva nuestras vidas, zarandeadas por la fortuna de ahora en adelante y cautivas de un amor puro, a los fugitivos que van como esclavos huidos a pesar de su inocencia, a los que te encomiendan todas sus esperanzas de salvación.»

---

171 Es decir, atraviesan desde Delfos la zona montañosa (la cordillera del Eta en la región llamada Lócride Epicnemidia, al sudoeste del golfo Malíaco) en dirección al Norte, a Fársalo y Tesalia.

3 Mi abatimiento ante estas palabras fue total: manaban lágrimas de mis ojos por los jóvenes, pero más aún de mi corazón. Ellos no notaron el llanto, que me alivió y devolvió fuerzas para levantarlos y hacer que recobraran el ánimo. Les infundí buenas esperanzas para el futuro, pues el principio se había desarrollado bajo los auspicios del dios, y les dije:

«—Me voy ahora a preparar los asuntos inmediatos; quedaos aquí y poned todo el esmero posible en que nadie os vea.»

4 Tras decir esto, eché a andar. Pero Cariclea me cogió del manto y trataba de retenerme, mientras exclamaba:

«—¡Padre, esto es el comienzo de una injusticia, más aún, de una traición, si piensas irte y dejarme sola al cuidado de Teágenes! ¿No te das cuenta de qué poco de fiar es la custodia de un enamorado, si tiene la posibilidad de satisfacer sus deseos amorosos, y, sobre todo, si no está en presencia de quienes se lo
5 puedan afear? El fuego de su pasión le consume más, creo, cuando ve delante e indefensa a la persona ansiada. En vista de eso, no te pienso soltar, hasta que Teágenes se haya comprometido bajo juramento, tanto por el momento presente, como sobre todo para los casos venideros, a no unirse conmigo con los lazos de Afrodita, antes de recobrar mi casa y mi familia; o, si esto lo impide el destino, a no hacerme su mujer, a menos que sea con mi pleno consentimiento; ¡si no, nunca!»

6 Estas palabras me dejaron admirado, y contesté que era una obligación ineludible hacerlo así. Encendí el hogar de la casa, a modo de altar, y eché incienso al fuego. Entonces juró Teágenes, no sin afirmar expresamente que se le agraviaba al anteponer la fuerza del juramento e impedirle de esta manera manifestar la lealtad de su carácter; no podría ya mostrar su

espontánea virtud, pues siempre parecería que él se veía constreñido por el miedo a la divinidad. Juró, sin embargo, por Apolo Pítico, Ártemis, la propia Afrodita y los Amores, obrar de acuerdo con la voluntad y las órdenes de Cariclea[172].

19 Estas y otras promesas semejantes además intercambiaron ambos, poniendo a los dioses por testigos. Yo fui corriendo a ver a Caricles; al llegar, me encontré la casa sumida en la desolación y llena de alboroto. Ya habían venido unos criados y habían dado a Caricles la noticia del rapto de la muchacha. Alrededor de Caricles, que estaba llorando, se había congregado una muchedumbre de ciudadanos, apresadumbrados por la ignorancia de lo sucedido y por la imposibilidad de hacer algo.

2 «—¡Desdichados! —grité—, ¿qué hacéis así, como pasmados? ¿Hasta cuándo vais a seguir sentados, mudos e inactivos, como si la desgracia os hubiera hecho perder también el juicio? ¿Qué hacéis que no habéis cogido las armas y estáis ya persiguiendo a los enemigos? ¿No váis a detener y castigar a los culpables de este ultraje?

3 »—No vale la pena quizás —dijo Caricles— oponerse a la adversidad. Comprendo que estoy expiando una pena enviada por la cólera divina. El dios me la pre-

172 Un juramento semejante se encuentra en Aquiles Tacio, VIII 17. En todos estos juramentos solemnes, es habitual asociar a varios dioses en el juramento, sobre todo a aquéllos más interesados en su cumplimiento (aquí Afrodita y los Amores, cuyo plural es raro en la novela, por otro lado); Apolo y Ártemis son, como ya se ha visto en diversos pasajes, los dioses tutelares de Teágenes y Cariclea. La sumisión del enamorado a la mujer amada es un hecho nuevo en la cultura griega, y las primeras manifestaciones literarias de este espíritu, documentadas con claridad en Tibulo, Propercio y, en general, en las elegíacos latinos, parecen remontar a los poetas helenísticos.

dijo desde el mismo día en que entré en el santuario cuando no debía y vi con estos ojos lo que está prohibido ver: que en castigo de lo que había mirado indebidamente, quedaría privado de contemplar lo que más quiero[173]. Sin embargo, nada impide luchar hasta con la voluntad divina, como dicen, si al menos supiéramos a quién hay que perseguir y quién ha provocado esta funesta guerra.

4 »—El tesalio —repliqué—, ese al que tú tanto admirabas, de quien tú querías que me hiciera amigo; Teágenes y los jóvenes que le acompañaban han sido. Verás cómo, aunque los busques, no encuentras a ninguno de ésos, a pesar de que hasta ayer por la tarde estaban aquí. Levántate, pues, y convoca al pueblo a asamblea.»

5 Así se hizo: los estrategos mandaron al heraldo pregonar una asamblea extraordinaria, con un bando que dieron por la ciudad al son de trompeta[174]. Al punto se reunió el pueblo, y el teatro se convirtió esa noche en sala de sesiones. Caricles avanzó hacia el centro; su solo aspecto provocó inmediatamente en la

173 Como es sabido, en el *ádyton*, una especie de cripta situada en el interior de la *cella* del templo de Apolo, lugar donde oficiaba la pitia sus oráculos, no podían penetrar más que los sacerdotes en el momento de intervenir en los ritos religiosos. Una leyenda semejante explica el hecho de que el adivino Tiresias fuera ciego: haber visto a Atenea desnuda mientras se bañaba (Calímaco, *Himnos* V 57 sigs.; existen, no obstante, otras versiones diferentes: Hesíodo, *fragmento* 275; cf. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, págs. 147 y sigs.). En todo caso, Heliodoro adapta a su relato temas bien conocidos de la leyenda griega.

174 La asamblea extraordinaria está descrita según el modelo de las asambleas atenienses; una *sýnklētos ekklēsía* era una reunión extraordinaria convocada por los estrategos (los funcionarios del poder ejecutivo); a veces, se celebraban en el teatro (vid. Demóstenes, *Sobre la corona* 37 y 73; Tucídides, VIII 93; Lisias, XIII 32).

muchedumbre un sentimiento de compasión. Llevaba puesto un vestido negro, y había derramado ceniza sobre su rostro y su cabeza. Tomó la palabra y dijo lo siguiente:

«—Quizá, delfios, estáis pensando que he salido al 6
centro y he convocado esta asamblea para exponeros las razones que me llevan al suicidio; seguramente lo creéis al verme en la cumbre de las desdichas. Pero no es así, a pesar de las calamidades que sufro, mil veces dignas de la muerte, solo y abandonado de los dioses, y con mi casa vacía ya de todos los seres más queridos que me acompañaban. Sin embargo, me persuaden 7
para que siga resistiendo esta desdichada existencia, primero la ilusión, común patrimonio de los mortales, y una vana esperanza, que me sugieren que aún es posible hallar a mi hija, pero ante todo esta ciudad, de la que lo único que espero es que antes de mi muerte exija el castigo de quienes han cometido este atropello; a menos que los jóvenes tesalios os hayan quitado también vuestro sentimiento de libertad y la indignación que debe producir un atentado contra la patria y los dioses tutelares. Porque lo más grave de 8
todo es que unos chicos, unos bailarines que se pueden contar con los dedos de la mano, simples sirvientes en una fiesta religiosa, se marchen después de haber pisoteado la dignidad de la primera ciudad griega y después de haber saqueado el santuario de Apolo, despojándolo de su prenda más preciada: Cariclea, ¡ay!, mis ojos y mi vida. ¡Oh inexorable odio del destino contra mí! A mi primera hija, la única que como sabéis era de mi sangre, la apagó a la vez que a las lámparas de su boda. A su madre se la llevó el terrible sufrimiento poco después. A mí me desterró de la patria. Mas aun así, todo era tolerable, desde que en- 9
contré a Cariclea. Cariclea era mi vida, la esperanza y la sucesión de mi familia; Cariclea era el único con-

suelo y, en una palabra, mi ancla. Y a ella también la ha cortado de raíz y la ha arrancado esta especie de tempestad que me ha deparado el destino; y no ha dejado de hacerlo sin refinamiento o al azar, sino justo en el momento más inoportuno y del modo más cruel, para burlarse más: casi sacándola de la propia cámara nupcial, pues acababa de anunciaros a todos su boda.»

20 Estaba todavía hablando, entregado al dolor y al llanto por entero, cuando el estratego Hegesias[175] le detuvo y apartándole a un lado dijo:

«—Ciudadanos aquí presentes, ya tendrá tiempo ahora y luego Caricles para llorar; pero nosotros no debemos hundirnos con su sufrimiento ni descuidarnos o dejarnos arrastrar por la corriente de sus lágrimas. No dejemos que pase la oportunidad, ventaja decisiva
2 en todas las empresas, sobre todo en las bélicas. Si salimos ahora mismo de la asamblea, hay esperanza de capturar a los enemigos, porque, mientras crean que estamos haciendo los preparativos, huirán sin duda con mayor lentitud; pero si nuestras lamentaciones o, más aún, nuestra actitud mujeril nos retarda y les da aún ventaja, no queda otra alternativa más que aguantar el escarnio de esos jóvenes. Afirmo que hay que capturarlos cuanto antes, empalarlos[176] y extender la infa-
3 mia a sus descendientes, y a su patria el castigo. Esto sería más sencillo, si provocamos la indignación de los tesalios contra los que se nos puedan escapar, en el caso de que así ocurra, y contra sus descendientes. Para ello hemos de prohibir mediante decreto la embajada sagrada y el sacrifico en honor del héroe, y tomar la

---

175 El nombre Hegesias (un derivado de «guiar») es adecuado para un estratego (compuesto, cuyo segundo elemento deriva de la misma raíz).

176 Si no es una simple exageración de Hegesias, es una invención de Heliodoro, pues esta forma de castigo era oriental, no griega.

decisión de celebrar éste último a expensas de la hacienda pública.»

Mientras aún se elogiaba esta propuesta y se veía 21
aprobada con la ratificación popular, añadió todavía el estratego:

«—Que se vote también si os parece lo siguiente: que nunca más la sirvienta de Ártemis se deje ver a los corredores de la carrera con armas. Pues, a lo que puedo imaginar, de allí partió el comienzo de la impiedad cometida por Teágenes, y allí es cuando, al parecer, concibió la idea del rapto, cuando la vio por primera vez. Bueno será impedir para el futuro cualquier atentado semejante por parte de algún otro.»

También esta propuesta se aprobó con el voto uná- 2
nime de sus manos alzadas. Hegesias dio entonces la señal de partida; la trompeta sonó a alarma; la reunión en el teatro se disolvió, y todos se aprestaron para la guerra. Una carrera incontenible se produjo desde la asamblea a la batalla, no sólo de los jóvenes en edad militar y en pleno vigor físico, sino de muchos niños y adolescentes que rozaban su edad, que a falta de fuerzas aportaban su coraje, y que también participaron en aquella expedición. Muchas mujeres, ha- 3
ciendo gala de sentimientos varoniles, impropios de su sexo, cogían lo que encontraban y que pudiera servir como arma, y emprendían tras de los demás la carrera, pero baldía, porque, según iban quedando rezagadas, comprendían que el género femenino es por naturaleza débil. Habrías visto también los esfuerzos de algún anciano contra su propia vejez, tratando de arrastrar el cuerpo con el impulso de la inteligencia, y llenando de reproches a su ausencia de vigor por no saber responder a su ardor guerrero. Tan grande era la indignación de toda la ciudad por el rapto de Cariclea: como movida por un sentimiento único, se lanzó entera y con todos sus habitantes a la persecución,

apenas oído el primer grito de guerra, sin aguardar la luz del día [177].

---

177 Nótese que casi todos los libros de la novela, si no todos, acaban en un momento de tensión y suspense en la narración.

LIBRO QUINTO

Éstos eran los acontecimientos ocurridos en la ciudad de Delfos; mas el resultado de la expedición, cualquiera que fuera, yo no lo sé, pues la persecución de aquéllos es lo que precisamente me dio a mí la oportunidad para huir. Después de recoger a los jóvenes, los conduje a la orilla del mar aquella misma noche, sin ningún preparativo, y les hice embarcar en la nave fenicia, que en ese momento se disponía a soltar amarras. Ya estaba además empezando a amenecer, y los fenicios creían que no era una transgresión del juramento que me habían hecho, pues sólo se habían comprometido a esperarme un día y una noche[178]. Acogie- 1 2

---

[178] La cronología de los sucesos no está clara, y es posible que Heliodoro haya sufrido algún error, aunque ello estaría en contradicción con la cuidadosa elaboración que se observa en los más mínimos detalles. El banquete en compañía de los fenicios tiene lugar al atardecer; el rapto de Cariclea se produce durante esa noche, y (hay que suponer así) la asamblea, convocada a la mañana siguiente, se desarrolla al atardecer; esa misma noche, sin aguardar al día siguiente, parten los delfios en persecución de los tesalios. Calasiris llega al barco fenicio con Teágenes y Cariclea poco antes de la aurora. La contradicción parece estar, pues, en el hecho de que los fenicios habían citado a Calasiris para el comienzo de la noche, no para el final (cf. IV 16, 10). El error, de haberlo, está en el doble sentido que puede tener la palabra 'día' (incluida o excluida la noche correspondiente).

ron con gran alegría nuestra llegada, y enseguida salimos del puerto, gracias al impulso de los remos en principio, y nos hicimos a la mar. Soplaba una brisa ligera procedente de tierra, las olas se deslizaban suaves bajo el barco, como sonriendo[179] a su proa; entonces dejaron que la nave avanzara con las velas desplegadas. El golfo de Cirra, las estribaciones del Parnaso, y los promontorios de Etolia y Calidón fueron pasando delante del carguero, que casi parecía volar. Las islas Puntiagudas, así llamadas por su forma, y el mar de Zacinto aparecieron justamente a la puesta del sol[180].

3 Pero ¿por qué me extiendo en esto tan a destiempo? ¿Por qué sin darme cuenta me lanzo al océano, y nunca mejor dicho, de la narración de los sucesos posteriores? Detengamos aquí la historia y vayamos a dormir un rato. Porque, por mucho interés que tengas en oírme, y aunque pongas toda tu fuerza en combatir el sueño, Cnemón, creo que vas a terminar cansándote, si continúo con el extenso relato de mis aventuras hasta avanzada la noche. Además, a mí, hijo, la vejez me pesa, y el recuerdo de mis calamidades debilita el espíritu y me dispone al sueño.

4 —Deténte, pues, padre —respondió Cnemón—. No es que yo quiera despachar tu historia, porque creo que aunque prosiguieras durante muchas noches y muchos

---

179 La imagen se encuentra ya en Esquilo, *Prometeo* 89 siguiente; Teofrasto, *Historia de las plantas* VIII 2, 4; Plutarco, *César* 4.

180 El navío parte de Cirra, el puerto de acceso a Delfos (Itea en la actualidad), y avanza a lo largo de la costa septentrional del golfo de Corinto (los lugares mencionados jalonan esa costa). Las islas Puntiagudas (*Oxeîai*) forman parte del archipiélago de las Equínades, y están situadas al Este de Zacinto y Cefalenia, y frente a la desembocadura del Aqueloo. Homero, *Odisea* XV 299, las llama *Thóai*, cuyo nombre según Estrabón, VIII 3, 26, significa también «Puntiagudas» (cf. Estrabón, X 2, 19).

más días nunca me sucedería eso: tan sumamente interesante es, y tan parecido es su efecto al de las sirenas. Lo que sucede es que desde hace unos instantes estoy oyendo voces y ruido de gente por la casa. Me estaba inquietando un poco, pero me forzaba a guardar silencio, llevado por la avidez de oír lo que en cada momento ibas a decir.

—Pues yo no me había dado cuenta —repuso Cala- 5
siris—; quizá porque por la edad soy más duro de oídos (ésta es una de las enfermedades que produce la vejez), quizá también porque estaba concentrado en lo que decía. Me parece que es Nausicles que ha vuelto, el dueño de la casa. Pero, dioses, ¿qué habrá conseguido?

—Todo lo que quería —respondió Nausicles, apare- 6
ciendo de repente ante ellos—. No había dejado de notar, mi buen Calasiris, que te preocupabas por mi empresa y que en mis andanzas tú estabas conmigo de corazón. Ya he visto en otras ocasiones tus rasgos de buen carácter hacia mí, y ahora en concreto, por lo que te he sorprendido diciendo, cuando yo entraba. Mas ¿quién es este forastero?

—Un griego —respondió Calasiris—; del resto, ya te enterarás en otro momento. Dinos tú antes si lo tuyo ha salido bien, para poder hacernos partícipes de tu alegría.

—Bueno, también vosotros —replicó Nausicles— po- 7
dréis enteraros mañana por la mañana. Por el momento, basta con que sepáis que me he hecho con otra Tisbe aún mejor. Ahora es momento de reponerme de las fatigas del camino y de las demás preocupaciones, aunque sólo sea con un rato de sueño.

Dicho esto, salió para hacer lo que había dicho. 2
Cnemón se quedó petrificado[181] al oír el nombre de

[181] Literalmente «seco».

Tisbe: perplejo e indeciso, daba vueltas en su mente a todo tipo de pensamientos, y exhalaba graves y continuos gemidos. Así fue pasando el resto de la noche de modo tan penoso que incluso Calasiris terminó por advertirlo, a pesar del profundo sueño en que había
2 caído. Se incorporó el anciano y apoyado en el codo le preguntó qué le ocurría y por qué razón se hallaba tan agitado, casi como loco.

—¿Cómo quieres que no esté loco[182] —le respondió Cnemón—, después de oír que está viva Tisbe?

—Y ¿quién es Tisbe? —preguntó Calasiris—; ¿cómo la conoces y por qué te desasosiegas al oír que vive?

3 —Ya te enterarás de todo —respondió él— después, cuando te cuente mi historia. Lo que sucede es que la vi muerta con estos ojos míos, y con estas manos la enterré en la región de los vaqueros.

—Duerme ahora —replicó Calasiris—; dentro de poco sabremos lo ocurrido.

4 —Pero no puedo dormir —dijo—. Tú quédate tranquilo, pero yo no podría seguir viviendo, si antes no salgo y pongo todos los medios para averiguar, sea como sea, el desvarío que se ha apoderado de Nausicles, o bien para indagar por qué sólo a los egipcios les ocurre que los muertos resuciten.

5 A estas palabras esbozó una leve sonrisa Calasiris y de nuevo se entregó al sueño. Cnemón salió de la habitación y comenzó a padecer lo que es fácil de imaginar que le ocurra a cualquiera que ande errante por la noche entre tinieblas por una casa desconocida; sin embargo, soportó todo en su afán de liberarse del miedo que le inspiraba Tisbe, y de aclarar sus sospe-
6 chas. Fue recorriendo una y otra vez los diferentes

---

182 El texto griego no es incorrecto, sino que la expresión es un coloquialismo, como ha hecho ver G. GIANGRANDE, *Classical Review* 21 (1971), 9 sig.

lugares de la casa, sin darse a veces cuenta de que eran los mismos por los que ya había pasado, hasta oír el llanto de una mujer, que, invisible, lanzaba su lamento, como canto luctuoso de un primaveral ruiseñor durante la noche[183]. Se dirigió a la habitación, guiándose por los gemidos, y, aplicando el oído a las puertas, en el lugar por donde se unen ambas hojas, se puso a escuchar. Alcanzó todavía a entender el siguiente lamento de la muchacha:

—¡Ay de mí, llena totalmente de desdichas! Creía 7
haber escapado de manos piratas y huido de la criminal muerte que me temía; pensaba que siempre viviría en el futuro con mi amado, aunque sólo fuera una vida errante y peregrina, pero agradabilísima por gozar de su compañía, pues nada podría haber tan arduo que no pudiera soportar con él; mas he aquí que mi destino, insaciable conmigo desde mi nacimiento, ha consentido darme un momento de alegría, pero únicamente para luego engañarme. Me hice la ilusión de que había 8
escapado de la esclavitud, pero otra vez soy esclava; de la cárcel, pero de nuevo estoy bajo custodia. Estaba cautiva en una isla y en las tinieblas de una cueva, pero la situación actual es parecida; o, por decirlo mejor, mucho más angustiosa, porque se me ha separado del único que podía y quería consolarme. Hasta ayer, al menos tenía un refugio, aunque fuera una gruta de bandidos; un abismo impenetrable y qué otra cosa sino una tumba era mi morada. Pero, aun así, me 9
aliviaba la presencia del ser a quien amo más que a todo. Allí lloró de alegría al verme viva, y se cubrió de lágrimas al creerme muerta, lamentando mi pérdida. Pero ahora, incluso de eso estoy privada; no está el

---

183 La metáfora está inspirada directamente con toda verosimilitud en Sófocles, *Ayax* 628 sigs. (cf. Sófocles, *Electra* 147 sigs.; Esquilo, *Suplicantes* 57).

compañero de mis fatigas, el que cargaba con el peso de mi dolor. Estoy sola y abandonada, presa y entregada a las lágrimas, expuesta a los caprichos de mi amarga fortuna; sólo soporto la vida por la esperanza de que mi dulce amado vive todavía. Pero, oh vida mía, ¿dónde estás ahora? ¿cuál es tu fortuna? ¿Acaso también tú, ay de mí, eres también esclavo? ¡Tú, que tienes un corazón libre desde siempre y no conoces otra servidumbre que la del amor! ¡Ojalá al menos estés a salvo y puedas volver a ver a tu Tisbe! Sí, pues así tendrás que llamarme aunque no quieras.

3 Al escuchar esto, Cnemón no pudo dominarse más,
incapaz de escuchar el resto. Al principio, se había
figurado otra cosa distinta, pero como al final creyó
que realmente era Tisbe, poco le faltó para desplomarse
2 casi junto a la propia puerta. A duras penas logró man-
tenerse en pie y, por el miedo de que alguien le sor-
prendiera, pues ya era la segunda vez que cantaban los
gallos, se alejó. Caminaba a trompicones: unas veces
tropezaba con algo en sus pies, otras veces se chocaba
de repente contra las paredes; se iba golpeando en la
cabeza, ora con los dinteles de las puertas, ora con los
objetos que estaban colgados del techo. Tras muchas
idas y venidas consiguió llegar a la habitación en la
que se habían acostado y se dejó caer pesadamente en
3 la cama. Todo su cuerpo temblaba, le castañeteaban
los dientes sin cesar, y quizá habría llegado a correr
un riesgo irremediable, si no hubiera sido porque Ca-
lasiris se dio cuenta a tiempo y comenzó a darle friegas
continuas y a reanimarle con todo tipo de razones.
Cuando se hubo recobrado un poco, le preguntó qué
le ocurría. Él contestó:

—Estoy perdido: es verdad que vive la pérfida Tisbe.

Y dicho esto, se desvaneció de nuevo.

Otra vez Calasiris tuvo que renovar sus esfuerzos 4
tratando de hacerle volver en sí. Cnemón era real-
mente entonces un juguete al arbitrio de una divini-
dad que se complace habitualmente en burlarse y reír-
se de los hombres, y no consiente que éstos tengan
alegrías sin la correspondiente parte de dolor, sino que
trenza sufrimiento con el próximo motivo de contento.
Quizá esa es su costumbre, y en aquella oportunidad
no hacía más que dar una prueba de ello; o quizá tam-
bién es que la naturaleza humana es incapaz de recibir
placer puro y sin mezcla. Así también entonces iba 2
Cnemón huyendo de lo que más ansiaba en todo el
mundo, y lo más agradable le parecía espantoso; pues
no era Tisbe la mujer que lloraba, sino Cariclea.

Lo que había sucedido era lo siguiente: cuando 3
Tíamis fue capturado y hecho prisionero después del
incendio de la isla y la evacuación de los vaqueros que
la habitaban, Cnemón y Termutis, el escudero de Tía-
mis, atravesaron la laguna al amanecer, para investi-
gar qué habían hecho los enemigos con el jefe de los
bandoleros. Lo que a éstos les ocurrió ya está rela-
tado[184]. Teágenes y Cariclea, en cambio, se habían 4
quedado solos en la gruta. A pesar de los extraordina-
rios peligros que los rodeaban, consideraban su estado
digno de la mayor felicidad, pues era ahora la primera
vez que se encontraban solos y libres de cualquier
molestia. Se cubrieron entonces de infinitos besos y
abrazos, sin obstáculos. Cayendo en un olvido total de 5
todo, se mantuvieron muchísimo rato abrazados, como
si no tuvieran más que un único cuerpo, se saciaron
de un amor, aún puro y limpio, mezclaron mutuamente
sus húmedas y tibias lágrimas y se intercambiaron tan
sólo castos besos. Pues Cariclea, en cuanto notaba que
Teágenes se desviaba del decoro debido en su varonil

184 II 19, 3 sigs.

ardor, le rechazaba recordándole los juramentos; él se refrenaba sin pena y mantenía de buen grado y con facilidad el pudor, pues, aunque esclavo del amor,
6 sabía ser dueño de sus apetitos. Y cuando por fin volvieron a tomar conciencia de lo que debían hacer, se forzaron por aparentar hartura en su amor. Teágenes fue entonces el primero en hablar:

—Estar juntos uno con el otro, Cariclea, y tener lo que hemos juzgado preferible por encima de todo, aquello por lo que hemos afrontado tantas penurias, eso es lo que suplicamos, y ojalá los dioses griegos
7 nos lo otorguen. Pero como la condición humana es inestable y cada vez se ve arrastrada en una dirección distinta; nuestros padecimientos han sido ya numerosos y sin duda tendremos que sufrir otros tantos; como, además, es absolutamente preciso que vayamos a la aldea de Quemis para la cita concertada con Cnemón; y finalmente, es incierta la fortuna que nos espera, y la distancia que nos separa de la tierra deseada es, al parecer, grande e inmensa; por estas razones, pues, ea, convengamos alguna señal que nos permita comprendernos sin hablar, o, si ocurre que nos tengamos que separar, nos permita buscarnos mutuamente. Pues es una buena precaución, cuando existe riesgo de extraviarse, un convenio entre amigos para reconocerse en caso de necesidad.

5 Aprobó Cariclea esta proposición, y decidieron, si estaban apartados, escribir en los templos o en las estatuas más notorias, en los hermes[185] o en los mojones de las encrucijadas: «El Pitio» si era Teágenes, o «La Pitia» en el caso de Cariclea, «ha partido hacia la derecha o hacia la izquierda, a tal ciudad, a tal aldea
2 o a tal país», señalando además el día y la hora. Cuan-

---

185 Mojones coronados en general por la cabeza de Hermes, en su calidad de dios *terminalis* y patrono de los caminantes.

do volvieran a encontrarse, a uno y al otro les bastaría sólo con verse, pues por mucho tiempo que pasara nunca se borrarían las marcas de amor que sus almas tenían impresas. Aun así, Cariclea señaló como rasgo distintivo suyo un anillo de su familia que había sido expuesto con ella; Teágenes, una cicatriz por encima de la rodilla, que le había hecho un jabalí durante una cacería [186]. Convinieron también una contraseña de palabra; ella, la antorcha; él, la palmera de dátiles.
Tras esto, de nuevo se abrazaron y otra vez se echaron 3
a llorar, ofrendando, creo yo, las lágrimas como libaciones, y haciendo que sus besos sustituyeran a los juramentos. Una vez sellados estos pactos, salieron de la gruta, sin siquiera tocar ninguno de los tesoros que allí estaban guardados, porque aquellas riquezas les parecían impuras por proceder de la rapiña. No obstante, sí se llevaron lo que ellos habían traído de Delfos, y de lo que los bandidos les habían despojado.
Cariclea se mudó de ropa y guardó en una bolsa la 4
que acababa de quitarse, los collares, la diadema y el vestido sagrados, poniendo encima algunos otros objetos de poco valor para disimularlos. El arco y la aljaba se los dio a Teágenes, para que él los llevara, carga dulcísima y armas naturales del dios de quien era servidor [187]. Cuando ya estaban cerca de la laguna y se disponían a embarcar en un bote, vieron a un tropel de gente armada que venía en dirección a la isla.

Asustados de este nuevo espectáculo, quedaron to- 6
talmente estupefactos, como insensibles al dolor ante

---

[186] La idea está inspirada en la cicatriz de Ulises, a consecuencia de una herida producida por un jabalí, gracias a la que es reconocido por Euriclea (Homero, *Odisea* XIX 392-4; cf. Eurípides, *Electra* 572 sigs., donde Electra reconoce a Orestes también por una cicatriz).

[187] El Amor, representado siempre con arco y flechas (cf. Eurípides, *Hipólito* 530 sigs.; *Medea* 531).

los repetidos agravios con que la fortuna los maltrataba. Al fin, sólo cuando ya casi iban a desembarcar los que se acercaban, propuso Cariclea escapar y ocul-
2 tarse en la gruta, por si no advertían su presencia. Ya estaba echando a correr, cuando Teágenes la detuvo diciendo:

—¿Hasta cuándo vamos a seguir huyendo de un destino que nos persigue por doquier? Sometámonos a la fortuna, y que nos lleve adonde tenga a bien. Nos evitaremos al menos este ir y venir inútil, esta
3 vida errante, este incesante insulto del destino. ¿No ves cómo desde nuestra huida de Delfos no hacemos más que enlazar unas pruebas a otras? A los peligros del mar, les siguieron los de tierra, mucho peores aún; a las batallas, inmediatamente los bandidos. Hace muy poco todavía nos tenían presos, luego nos ha dejado en la soledad absoluta. Nos ha dejado entrever la libertad y la huida, pero a continuación nos ha puesto a merced de nuestros futuros asesinos. Con estas batallas no hace más que jugar a costa nuestra, y tomar nuestras vidas como representación teatral y drama.
4 ¿Por qué entonces no cortamos de raíz esa tragedia y nos ponemos en manos de quienes quieran matarnos? ¡Así al menos no tendríamos que temer que en sus ansias por dar un desenlace aparatoso a la obra nos fuerce a darnos muerte con nuestras propias manos.

7 No compartía Cariclea por entero estas palabras, pues, si bien afirmaba que Teágenes tenía toda la razón de su parte al acusar a la fortuna, no tenía el mismo parecer en cuanto a entregarse voluntariamente a los enemigos: no era seguro que los matarían cuando los cogieran, pues la divinidad contra la que combatían no sería tan benigna como para acceder a una pronta liberación de sus desgracias; más bien, lo probable es que quisiera conservarlos con vida, para hacerlos esclavos. ¿Y en ese caso, qué muerte no sería

menos amarga que quedar expuestos a malvados bárbaros y sometidos a sus ultrajes indecibles e infames?

—Eludamos eso de cualquier modo que sea posible. La experiencia del pasado puede sugerir una esperanza de éxito; muchas veces hemos salido airosos de trances más increíbles.

—Hagamos como quieres —dijo Teágenes, ponién- 2
dose en marcha detrás de ella, como si lo arrastraran.

Pero no consiguieron entrar en la cueva sin ser vistos, pues, mientras observaban a los que se aproximaban de frente, no repararon en otro contingente de enemigos que había desembarcado por la parte de detrás de la isla y les había rodeado. Se detuvieron atónitos de espanto. Corrió Cariclea a refugiarse en Teágenes, presta a morir en sus brazos, si hacía falta.
Algunos de los agresores levantaron el brazo para des- 3
cargar el golpe. Pero cuando los jóvenes dirigieron el resplandor de sus miradas a los atacantes, sintieron éstos que les fallaba el ánimo y los brazos se les relajaban. Pues la belleza parece obligar a deponer las armas, de los bárbaros incluso, y la contemplación de algún objeto amable aplaca hasta la mirada de un extraño [188].

Los capturaron, pues, y los condujeron a presencia 8
de su jefe, muy presurosos todos por ser los primeros en presentarle el botín más bello. Además, esto era lo único que iban a ofrecerle, porque nadie había logrado encontrar otra cosa a pesar de haber recorrido la isla de un extremo a otro y de haber lanzado alrededor de toda ella las redes de sus armas. Pues había quedado enteramente consumida por el fuego, como consecuencia del combate previo, y lo único que restaba indemne, la cueva, había escapado a su atención.
Así los condujeron ante su capitán, que era precisa- 2

188 La misma idea en I 4, 3.

mente Mitranes, el jefe de la guardia de Oroóndates, sátrapa del rey de Persia en Egipto, a quien Nausicles, como ya se ha relatado[189], había hecho ir a la isla, mediante el pago de una fuerte suma de dinero, en
3 busca de Tisbe. Pues bien, cuando Teágenes y Cariclea, que no dejaban de invocar el auxilio divino, llegaron cerca, Nausicles, al verlos, tuvo una idea propia realmente de un comerciante[190] y de un hombre práctico: se precipitó corriendo y dijo entre gritos:

—¡Esta sí es Tisbe, la que me raptaron los malvados vaqueros! ¡La he recuperado gracias a ti, Mitranes, y a los dioses!

4 Cogió a Cariclea de la mano, entre muestras de una extraordinaria alegría, y en voz baja y en griego, para evitar que los presentes lo comprendieran, le advirtió que afirmara también que ella era Tisbe, si quería conservar la vida. Su treta tuvo éxito: pues Cariclea, al darse cuenta de que le hablaban en griego, figurándose que este individuo trataba de hacerle un favor, se prestó al enredo, y, por eso, cuando Mitranes le
5 preguntó cómo se llamaba, dijo que Tisbe. Corrió Nausides hacia Mitranes y le llenó de besos la cabeza, mientras le expresaba su más ferviente admiración por la hazaña. Con esto, el bárbaro se iba hinchando de orgullo, al oír las menciones de sus resonantes logros anteriores en numerosísimos combates y en particular al elogiarle por su actuación feliz en la presente expedición. La vanidad que le producían las alabanzas y el engaño del nombre le obnubilaron por completo la mente, pero sobre todo la juvenil belleza de la muchacha, que brillaba aun a través de su humilde vestido,
6 como rayo de luna entre las nubes. El caso es que la

189 II 24, 2.

190 La venta de Cariclea al sátrapa le reportaría mayores beneficios que Tisbe.

rapidez de la estratagema se impuso a su ligereza de juicio, y, sin tiempo para recapacitar y arrepentirse, afirmó:

—Ya es tuya, llévatela —al tiempo que se la entregaba.

Pero no dejaba un momento de mirarla, dando claras muestras de que se la otorgaba a regañadientes, y sólo porque había cobrado de antemano su soldada.

—Pero ése, quienquiera que sea —añadió refiriéndose a Teágenes—, tiene que ser mi botín y acompañarme bajo custodia. Lo mandaré a Babilonia, porque es digno de ser camarero del rey.

Dichas estas palabras, atravesaron la laguna y se 9
separaron. Nausicles se dirigió a Quemis con Cariclea; Mitranes se desvió hacia otras de sus aldeas vasallas y sin ninguna dilación envió con una carta a Teágenes, como regalo para Oroóndates, que se hallaba en Menfis. El contenido de la misiva era el siguiente: 2

«Mitranes, el jefe de la guardia, a Oroóndates, su sátrapa. Aquí te envío a un joven griego que he hecho cautivo; es hermoso en exceso para dejarlo a mi servicio, y digno únicamente de presentarse y servir a nuestro divino rey. Te doy la posibilidad de llevar a nuestro dueño común un regalo tan preciado y valioso; una gala que nunca antes vio la corte real, y nunca volverá a ver»[191].

Este era el mensaje enviado. 10

Con las primeras luces del día, Calasiris, inquieto por obtener la información de lo que aún no sabía, fue con Cnemón a ver a Nausicles. Le preguntó cuál había sido el resultado, y Nausicles le relató todo: cómo ha- 2
bía llegado a la isla y la había encontrado abandonada,

---

191 El envío de este regalo quizá es parte del tributo anual exigido por el rey persa a cada una de las satrapías (cf. HERÓDOTO, III 89 sigs.).

cómo al principio no había hallado a nadie, cómo había engañado a Mitranes mediante una treta y había logrado hacerse con una muchacha aparecida, fingiendo que era Tisbe; en fin, que su hazaña más importante había sido apoderarse de ésta, más que encontrar a la otra. Pues la diferencia existente entre ambas no era menuda, sino la misma que separa a un dios y a un ser humano. Su belleza era tan inmensa que se veía incapaz de describirla de palabra; además, eso no era en absoluto necesario, pues, como estaba ella presente, se la podía mostrar.

11 Apenas oír estas alabanzas, sospecharon de inmediato la verdad y le pidieron que diera orden de traer a la muchacha cuanto antes a presencia suya; pues habían reconocido en sus palabras la indescriptible belleza de Cariclea. Cuando la trajeron, venía al principio con la cabeza baja y el rostro cubierto con un velo hasta las cejas. Nausicles le exhortó a deponer sus temores; ella entonces levantó ligeramente la cabeza. Los vio y la vieron, contra toda esperanza. Un súbito gemido se escapó de todas las bocas, y, como de mutuo acuerdo o igual que si todos hubieran recibido a la
2 vez un golpe, se echaron a llorar. No dejaban de oírse los «¡Oh padre!», «¡Oh hija!» y «¡Realmente es Cariclea, no Tisbe!» —esto último, por parte de Cnemón—. Nausicles había enmudecido, contemplando a Calasiris cómo abrazaba a Cariclea entre lágrimas abundantes, y sin comprender este reconocimiento, digno de un escenario. Por fin, Calasiris le tendió los brazos y, cubriéndole de besos, exclamó:

3 —¡Oh el mejor de los hombres! Ojalá los dioses en pago de este favor te concedan cuanto deseas hasta colmar tus anhelos [192]. Has sido mi salvador, me has recobrado a la hija que ya nunca esperaba volver a

192 Cita aproximada de *Odisea* VI 180.

ver, me has dado la contemplación más agradable de ver para mí entre todo. Mas, Cariclea, hija mía, ¿dónde has dejado a Teágenes?

La pregunta le hizo proferir un agudo lamento; y respondió tras un breve silencio:

—Preso lo ha cogido y le lleva el mismo que me ha entregado a éste.

Calasiris le rogó entonces a Nausicles que declarara 4
todo lo que supiera de Teágenes, quién se había apoderado de él y adónde lo conducía. Les explicó todo Nausicles, comprendiendo que éstas eran las personas de quienes el anciano le había hablado con frecuencia, y en cuya búsqueda sabía que había recorrido infinitos
lugares entre lamentos. Pero añadió que el conocer a 5
estos hombres no les resolvía ninguna dificultad, y que sería sin duda sorprendente que Mitranes soltara al muchacho, incluso a cambio de una gran suma de dinero.

—Tenemos muchas riquezas —dijo en voz baja Cariclea a Calasiris—; prométele cuanto quieras; el collar que sabes[193], lo he logrado salvar y lo llevo conmigo.

Recobró el ánimo Calasiris al oír esto, pero por si 12
Nausicles sospechaba de la verdad y de los tesoros que Cariclea llevaba consigo dijo:

—Mi buen Nausicles, nunca le falta nada a un sabio, pues su riqueza es su voluntad, y no pide a los todopoderosos más que lo que sabe que es bueno pedirles. De modo que indícanos únicamente dónde está el que se ha apoderado de Teágenes: la divinidad, ten por seguro, no desdeñará nuestros ruegos, sino que nos procurará cuanto queramos para satisfacer la avaricia de los persas.

—Tendrás al menos que admitir —respondió Nau- 2
sicles con una sonrisa— que yo me fiaré de que tú te

---

193 Cf. IV 8, 6.

vas a hacer rico de repente, como por un artilugio maravilloso, sólo cuando me pagues el rescate por ésta. Bien sabes que son igualmente codiciosos los persas y los comerciantes.

—Lo sé —respondió Calasiris—, y lo tendrás. ¿Cómo negarme, después de que no has escatimado ningún género de bondad, e incluso te has adelantado a mis requerimientos, accediendo de buen grado a la devolución de mi hija? Pero antes he de hacer unas oraciones.

3 —Como gustes —contestó Nausicles—, pero, mejor, si te parece, como voy a ofrecer un sacrificio en acción de gracias a los dioses, ven tú a la ceremonia y dirígeles allí tus preces. Pide riqueza para mí, y tú la recoges.

—No te burles ni seas incrédulo —dijo Calasiris—. Ve tú primero y prepara todo para el sacrificio; nosotros acudiremos cuando esté dispuesto.

13 Así lo hicieron. No mucho después vino uno de parte de Nausicles a llamarlos para que enseguida fueran al sacrificio. Ellos, que ya habían convenido lo que debían hacer, marcharon contentos a reunirse con Nausicles y el resto de los invitados, pues la celebración dispuesta era pública. Cariclea iba con la hija de Nausicles y las demás mujeres, quienes a fuerza de darle ánimo e insistirle habían logrado persuadirla para que las acompañara. Aunque quizá no habrían conseguido convencerla, si no hubiera sido porque con el pretexto del sacrificio se le ocurrió la idea de aprovechar
2 la oportunidad para pedir por Teágenes. Llegaron al templo de Hermes, dios en cuyo honor se celebraba el banquete del sacrificio, pues Nausicles le tenía una especial devoción entre los demás dioses por ser patrono del mercado y del comercio[194]. Nada más in-

[194] Los dos epítetos significan lo mismo aproximadamente (cf. Aristófanes, *Caballeros* 297; *Pluto* 1152 sigs.).

molar las víctimas, Calasiris examinó brevemente las entrañas, reflejando por la expresión de su rostro que éstas vaticinaban sucesos futuros cambiantes, mezcla de alegrías y dolores. A continuación extendió sus manos sobre el altar, al tiempo que pronunciaba unas palabras, y fingió que sacaba del fuego algo que sin embargo llevaba ya antes consigo.

—Éste —exclamó— es el rescate para ti, Nausicles. Los dioses te lo otorgan gracias a mi mediación.

Y le entregó una sortija real, joya magnífica y divi- 3
na: el anillo era de ámbar[195] y en el engaste resplandecía una amatista de Etiopía, de tamaño semejante al ojo de una muchacha, y de una belleza muy superior a las que hay en Iberia o Bretaña. Las de estos países, en efecto, son de color rojo pálido, parecidas a los capullos de rosa, cuyos pétalos acaban de entreabrirse y comienzan a enrojecer bajo el efecto de los rayos
solares. En cambio, la amatista de Etiopía[196], brillante 4
como el fuego, tiene una especie de belleza pura y primaveral que brota de su interior. Cuando se la tiene en las manos y se la hace girar, lanza un destello dorado, que, sin cegar la vista con su vivacidad, acaricia los ojos con su luminosidad. Además, tiene una cualidad específica que la hace diferente de las occidentales: el nombre de amatista que se le ha aplicado no queda desmentido, porque es verdad que al que la lleva no le afecta la embriaguez, sino que le preserva sobrio en los banquetes[197].

---

195 Probablemente, aleación de oro y plata en cantidades fijas, de la que resulta un color semejante a lo que propiamente se conoce como ámbar.

196 Plinio, *Historia natural* XXXVII 40, elogia sobre todo las amatistas procedentes de la India y no menciona ni Bretaña ni España a este respecto; en cuanto a Etiopía, afirma que hay una variedad inferior que denomina jacinto.

197 El nombre significa, en efecto, «no ebrio», pero este sentido ya es criticado por Plutarco, *Moralia* 647 b-c.

14 Así son todas las amatistas de la India y de Etiopía.
Mas la que en esta ocasión ofreció Calasiris a Nausi-
cles superaba en mucho a éstas, porque tenía grabado
un relieve en el que se representaban diversas figuras
2 talladas. La escena labrada era la siguiente: un mucha-
cho que apacentaba un rebaño de ovejas, de pie sobre
una piedra poco elevada, a modo de atalaya, pastoreaba
su ganado al son de una flauta transversal. Ellas, dóci-
les a sus indicaciones, parecían seguir sus pasos por el
pasto, según los acordes de la zampoña; el vellón, se
hubiera podido decir que era de oro, no porque el arte
hubiera tratado de conseguir este efecto, sino porque
la amatista mostraba su brillo natural y coloreaba los
3 lomos. Estaban también grabados unos tiernos corde-
ros que brincaban con ligereza: unos saltaban en tro-
pel sobre la piedra; otros, más osados, describían vuel-
tas en torno del pastor y hacían que la peña pareciera
un teatro pastoril[198]; otros, radiantes bajo la brillante
llama de la amatista, como al sol, triscaban, y en sus
saltos tan sólo rozaban la piedra con el extremo de sus
4 pezuñas. Los de más edad y los más atrevidos pare-
cían querer saltar fuera del círculo del anillo, pero se
lo impedía el engaste, que artísticamente formaba una
barrera, rodeándolos como en aprisco de oro a ellos
y a la piedra. Y ésta era roca verdadera, no imitación,
pues el orfebre se había limitado a marcar el contorno
de un saliente de la gema, y había representado así de
un modo natural lo que pretendía, juzgando cosa super-
flua imitar una piedra en una piedra. Así era el anillo[199].

---

198 La causa de la comparación procede probablemente del hecho de que el pastor está representado en un relieve más alto, y los corderos en bajorrelieve; de este modo, el pastor ocupa un lugar más elevado, como los actores teatrales, que ocupan la escena, a diferencia del coro, que en un nivel más bajo ocupa la *orchestra*.

199 Esta es una de las pocas *ekphráseis* o descripciones de obras de arte que se hallan en la obra de Heliodoro; la Segunda

Nausicles, maravillado ante aquel prodigio, pero 15
aún más alegre por el valor de la piedra, que estimaba equiparable al de toda su hacienda entera, dijo:

—Estaba bromeando, mi buen Calasiris; sólo por hablar reclamaba el rescate, pues, en realidad, mi intención era devolverte a tu hija, sin exigir nada a cambio. Pero, como no hay que despreciar, según tú dices, 2
los inestimables regalos de los dioses[200], acepto esta gema enviada por la divinidad, con la convicción de que me la ha enviado Hermes, el más noble y benigno de los dioses. Él ha venido a menudo en mi ayuda, y en esta ocasión en concreto él es quien me ha ofrecido el obsequio que tú has encontrado en medio del fuego, como bien puede verse por la llama con la que brilla. Por otra parte, creo que no hay ganancia mejor que la que, sin perjudicar al que la da, enriquece a quien la recibe.

Eso dijo y así lo hizo. A continuación, se dirigió al 3
banquete e invitó a los demás a que le acompañaran. Asignó a las mujeres un lugar aparte en la zona interior del recinto del templo, y los asientos de los hombres los dispuso en el atrio. Cuando se saciaron del placer de los manjares, y las mesas dejaron su turno a las copas[201], los hombres hicieron libaciones y cantaron canciones de marcha en honor de Dioniso, y las mujeres comenzaron a bailar a los sones de un himno de acción de gracias dedicado a Deméter. Cariclea se

---

Sofística en general y Aquiles Tacio en la novela ofrecen numerosos ejemplos.

[200] El fin de la frase anterior es una imitación de *Ilíada* I 98; el principio de ésta, una cita prácticamente literal de *Ilíada* III 65.

[201] Durante la comida, eran puestas frente a cada diván de los comensales pequeñas mesas con las viandas; una vez acabada la comida, se retiraban las mesas y se traían crateras, es decir, recipientes grandes en los que se mezclaban el vino y el agua. En estos banquetes, las mujeres no participaban.

separó del resto, absorta en sus preocupaciones, y fue a rogar a los dioses que salvasen a Teágenes y se lo conservasen.

16 La bebida ya había corrido en abundancia, y cada uno se dedicaba a las distracciones que más le agradaban. Nausicles entonces tendió a Calasiris una copa de agua pura, diciendo:

—Mi buen Calasiris, a tu salud bebo este líquido de las puras ninfas, el único que a ti te gusta: no ha tenido ningún contacto con Dioniso, y por eso se mantiene verdaderamente limpio como ellas[202]. Si a cambio de eso nos obsequias con la bebida del relato que tanto ansiamos, nos habrás deleitado con las copas más
2 sabrosas. Las mujeres, ya lo estás oyendo, han organizado una danza para divertirse, mientras nosotros bebemos. Para nosotros, si quieres, el relato de tu peregrinar sería el mejor acompañamiento para el banquete, mucho más agradable que cualquier danza o música. Varias veces, como sabes, me has aplazado la narración de tu historia, porque estabas sumido en plena desgracia. Pero la oportunidad que ahora se presenta es inmejorable y ninguna mejor podría hallarse aunque se estuviera al acecho: de tus hijos, una está ya a salvo y la tienes ante los ojos; a tu hijo, estás a punto de volver a verlo, con la ayuda de los dioses, sobre todo si no me das el disgusto de dar largas de nuevo al relato de tus aventuras.

3 —¡Ojalá, Nausicles, recibas todo género de bienes! —exclamó Cnemón, interrumpiéndole—; pues has hecho traer para este banquete todo tipo de instrumentos de música, y ahora los desdeñas y te separas de esos placeres vulgares, ávido de oír revelaciones realmente mistéricas y mezcladas de un placer inequí-

[202] En el texto griego hay un juego de palabras difícil de traducir: *nýmphe* significa tanto «agua» como «ninfa».

vocamente divino. Me parece que eres plenamente 4
consciente de lo que es divino, porque reúnes a Hermes con Dioniso, y añades el placer de la bebida al de la conversación[203]. Yo, que ya estaba muy maravillado de la suntuosidad con que has dispuesto la celebración, ahora me doy cuenta de que no hay mejor tributo para propiciar a Hermes que contribuir en un festín con lo que es propio de este dios: la palabra.

Hizo caso Calasiris, tanto por complacer a Cnemón, 5
como por granjearse las simpatías de Nausicles para lo que de él pudiera necesitar más adelante, y les contó todo. Lo del principio y lo que ya había relatado a Cnemón lo resumió, explicando sólo lo imprescindible, e incluso omitiendo a propósito lo que consideraba que no era interesante que Nausicles supiera. Lo que seguía inmediatamente y aún no había relatado, lo reanudó en los siguientes términos.

Les narró que cuando embarcaron en el barco feni- 17
cio para huir de Delfos tuvieron al principio una navegación tan buena como cabía desear, gracias a un viento moderado que soplaba a popa, haciéndoles avanzar. Pero al llegar al estrecho de Calidón se vieron no poco perturbados por un mar, que casi siempre en ese paraje se encuentra agitado[204].

Cnemón le interrumpió para pedirle que no omi- 2
tiera tampoco este punto, y que explicara, si podía, la causa de la violencia habitual en esta región.

—El mar Jónico —respondió— se ve obligado allí a estrecharse después de los anteriores espacios abiertos y fluye al interior del golfo de Crisa, pasando como a

203 Como Dioniso es el dios del vino, Hermes es, entre otras atribuciones, el patrono de la elocuencia e incluso el inventor de las lenguas.

204 Es habitual en Heliodoro que un relato comience en estilo indirecto y, después de unas frases introductorias que sirven de transición, prosiga en estilo directo (cf. IV 16, 6-7).

través de una embocadura. En su carrera por mezclar sus aguas con las del mar Egeo, se ve impedido en su avance, gracias a la providencia divina según parece, por el istmo del Peloponeso, que forma un dique natural y protege de las inundaciones con su brazo de mar
3 al continente que está enfrente[205]. A consecuencia de este reflujo natural así producido, y como en esta zona del estrecho las aguas se hallan más constreñidas que en el resto del golfo, el choque continuo de la corriente que avanza con la que retrocede provoca esa ebullición del agua. Las olas se encrespan y se hinchan al golpearse entre sí, hasta formar peligrosos temporales coronados de espuma.

4 Esta explicación provocó aplausos y elogios entre los presentes, que afirmaban con su testimonio que esa era la verdadera causa del fenómeno. Calasiris prosiguió hablando:

—Después de franquear el estrecho, cuando ya habíamos perdido de vista las islas Puntiagudas, nos pareció divisar a lo lejos el promontorio de Zacinto, que se presentaba a nuestra mirada como una nube os-
5 cura. El piloto entonces mandó arriar velas. Nosotros le preguntamos por qué frenaba el impulso de la nave, ahora que el viento nos era favorable, y él respondió:

«—Porque si aprovechamos este viento con las velas desplegadas, arribaríamos a la isla alrededor de la hora de la primera vigilia, y podría ocurrir que por ir de noche encalláramos en los arrecifes o los acantilados, muy numerosos en esta costa. Lo más conveniente, pues, es hacer noche en alta mar, y no tomar más que

---

[205] Para la correcta interpretación de este pasaje hay que entender que el golfo de Crisa es el nombre dado a todo el golfo de Corinto, no a la pequeña bahía ante Delfos (Calasiris había sido interrumpido en su relato en el momento de llegar a las islas Puntiagudas); el país que se encuentra enfrente es, pues, la península de Ática.

una brisa débil, calculando justo lo suficiente para llegar a tierra al amanecer.»

Éstas eran las previsiones del piloto, Nausicles, y 18
de acuerdo con ellas ocurrió todo. Pues mientras el sol se levantaba, nosotros estábamos echando el ancla. Los habitantes de la isla que vivían en el puerto, 2
no muy lejano de la ciudad, se arremolinaron para vernos, como ante un espectáculo insólito. Se les notaba entusiasmados ante la capacidad de maniobra y el tamaño, a la vez, de nuestro barco, virtudes que, por otro lado, no le eximían de cierta belleza; decían que bien se reconocía la capacidad técnica de los fenicios; pero más aún se maravillaban de nuestra imprevista fortuna, porque habíamos realizado la travesía con buen tiempo y sin ninguna contrariedad, a pesar de ser invierno, y haberse puesto ya las Pléyades[206]. Casi 3
todos los tripulantes, mientras todavía se estaba atando amarras, abandonaron la nave y marcharon presurosos a la ciudad de Zacinto, para ir a la plaza con sus mercancías. Yo, como casualmente había oído al piloto que pasaríamos el invierno en la isla, comencé a buscar un sitio para hospedarnos allí mismo, en la playa. Había rehusado el ofrecimiento que me habían hecho del barco, por considerarlo un lugar poco apropiado, a causa del tumulto de los marineros; y también había descartado la ciudad, por ser un lugar inseguro, a causa de la huida de los jóvenes. Al cabo de unos pasos, 4
pues, he aquí que veo a un anciano pescador, sentado

---

[206] La puesta de las Pléyades marca el fin de la estación apta para la navegación; corresponde a los últimos días de octubre. Incidentalmente, hay que observar que Heliodoro data los juegos Píticos poco antes del fin de la estación apta para la navegación; los juegos coincidían con la sesión de otoño que celebraba el consejo anfictiónico, en el cuarto mes del año délfico, hacia octubre. La concordancia de ambas fechas ha sido, pues, cuidadosamente tenida en cuenta por Heliodoro.

ante la puerta de su casa, y ocupado en reparar las cuerdas rotas de una red. Me acerqué y le dije:

«—Salud, buen hombre, ¿podrías decirme dónde se puede conseguir alojamiento?

»—En el promontorio de ahí cerca —contestó—, en un escollo se enganchó ayer y se ha roto.

5 »—No es eso —contesté— lo que te rogaba que me dijeras. En fin, sería muy amable y bondadoso de tu parte, si nos hospedaras tú mismo o nos indicaras a otro que pueda hacerlo.

»—Yo no —dijo—; yo no iba en la barca. No habría tenido un error tan grave, ni la vejez tiene tan embotado a Tirreno. La culpa ha sido de mis hijos, que no conocen los escollos y han echado la red donde no debían.»

6 Comprendí por fin entonces que era bastante duro de oído; alcé el tono de voz y le dije ya a gritos:

«—Te digo que te saludo, y que me indiques un alojamiento; somos forasteros.

»—¡Ah! También yo te saludo —respondió—; si quieres, quédate en nuestra casa, a no ser que seas uno de ésos que buscan posadas, o que llevan una numerosa servidumbre [207].»

7 Le dije que éramos tres: mis dos hijos y yo.

«—¡Un buen número! —contestó—; ya veréis que nosotros somos uno más. Tengo todavía a dos hijos viviendo conmigo; los mayores ya se han casado y viven en su casa; la cuarta persona es la nodriza de mis hijos, pues su madre no hace mucho que ha muerto. De manera que, buen amigo, no hay tiempo que perder. No dudes de mi ofrecimiento, porque estamos muy contentos de acoger a un hombre que ya desde el primer encuentro da muestras de su nobleza.»

---

207 Uno de los pocos pasajes en las *Etiópicas* llenos de un fino humor.

Así lo hice, y no mucho después me presenté con 8
Teágenes y Cariclea. El anciano nos dio una cordial
bienvenida y nos instaló en la parte más soleada de la
casa. Así fue transcurriendo al principio la mala esta-
ción de un modo bastante agradable para nosotros.
Todo el día estábamos juntos, y no nos separábamos
más que cuando había que ir a dormir. Cariclea se
acostaba con la nodriza; Teágenes y yo, aparte; y
Tirreno con sus hijos, en otra habitación. Hacíamos 9
mesa común: nosotros proporcionábamos todo menos
el pescado, que Tirreno cogía en abundancia del mar
para obsequiar a los jóvenes. Habitualmente salía de
pesca él sólo, pero algunas veces también le acompa-
ñábamos nosotros por distraernos. Estaba él ejerci-
tado en todas las especialidades de su oficio y sabía
amoldarse a todas las temporadas. Era también suma-
mente ducho para tirar las redes, y hacía numerosas
capturas siempre; hasta el punto de que la mayoría
atribuía a benevolencia de la fortuna lo que no era
resultado más que de su pericia y habilidad.

Pero no era posible, como suele decirse, que los 19
desafortunados dejasen de padecer desventuras siem-
pre[208] y en cualquier sitio en el que se encontraran;
ni que Cariclea mantuviera su belleza sin tribulaciones,
aun a costa de la soledad. En efecto, el comerciante
aquel de Tiro, el vencedor pítico, con el que nos ha-
bíamos hecho a la mar, no dejaba de acercarse a mí
en privado, importunarme y molestarme, insistiendo y
suplicando el matrimonio de Cariclea, pues creía que
yo era su padre. Se ensalzaba continuamente: unas 2
veces enumeraba su linaje, que calificaba de ilustre;
otras veces hacía un recuento de la riqueza que po-
seía en la actualidad: que el barco era propiedad suya;

[208] Quizá es una cita de tragedia esta máxima, a juzgar por su aspecto métrico.

que era el dueño de la mayor parte de las mercancías que llevaba cargadas, y que éstas eran oro, piedras preciosas y vestidos de seda; no poco nombraba además, como añadidura de la alta opinión que daba de sí mismo, su victoria pítica y otras diversas razones.
3 Yo me excusaba con mi pobreza actual y me disculpaba porque nunca aceptaría entregar en matrimonio a mi hijita a una persona que habitara en otro lugar, más aún en un país que está tan distante de Egipto.

«—No digas más eso, padre —me decía—; pues considero que la muchacha misma, aun sin dote, es mucho más valiosa que un buen número de talentos y que todo el oro del mundo. En cuanto al país y la patria, me mudaré a la vuestra; y desde ahora mismo renuncio al viaje a Cartago: os acompañaré en el barco adonde vosotros tengáis a bien.»

20 Viendo que el fenicio no cejaba en su empeño y que cada vez se iba inflamando más, hasta llegar a límites insospechados por lograr su propósito, como no dejaba ni un solo día de molestarme con la misma cantinela, decidí ganar tiempo por el momento con buenas promesas, no fuera a ocurrir que tuviéramos que hacer frente en la isla a algún acto de violencia. Me comprometí, pues, a cumplir lo que pedía, en cuanto regresáramos a Egipto. Aún hacía poco que me había desembarazado de éste, cuando el destino nos descargó, como se dice, desgracia sobre desgracia[209].
2 En efecto, no muchos días después, Tirreno me llevó aparte a un lugar de la costa que forma un recodo y me dijo:

—Calasiris, por Poseidon, el dios marino, y por los demás dioses de su imperio[210], te juro que te aprecio a

---

209 Literalmente «ola sobre ola»; es un proverbio.

210 En boca de un pescador, es adecuado el juramento por el *dios marino; enálios* es un epíteto estrechamente vinculado

ti como a un hermano, y a tus hijos igual que a los
míos. Te he traído aquí para hablarte de un asunto
enojoso que se cierne sobre vosotros; es desagrada-
ble, pero no puedo mantenerlo en silencio, después
de haber convivido con vosotros en el mismo hogar;
además, es de todo punto imprescindible que lo conoz-
cas. Una banda de corsarios, apostada en uno de los 3
pliegues que forma el flanco de este promontorio, está
al acecho del barco fenicio y espía con centinelas que
se turnan permanentemente el momento en que zarpe
la nave. Estate atento, pues, vigila y piensa qué pue-
des hacer. Es por ti precisamente, o, mejor, por tu
hija, por quien maquinan una de esas acciones crimi-
nales que acostumbran.

»—Que los dioses te recompensen merecidamente 4
—le contesté— por el servicio que nos has prestado.
Mas, ¿cómo, Tirreno, te has enterado de la emboscada?

»—Mi oficio —respondió— me ha hecho conocer a
esos hombres, porque les suministro el pescado, y me
pagan un precio más alto que los demás. Ayer, cuando 5
estaba recogiendo las nasas por la parte de los acanti-
lados, me tropecé con el jefe de los corsarios, que me
preguntó:

»—¿Sabes cuándo tienen intención de zarpar los fenicios?

»—Con exactitud, Traquino —respondí yo, comprendiendo lo artero de la pregunta—, no sé decírtelo; pero supongo que se harán a la mar al principio de la primavera.

»—¿Y la muchacha —volvió a preguntarme— que 6
se hospeda en tu casa va a partir con ellos?

»—No lo sé —respondí—; pero ¿por qué tienes ese interés?

---

con Poseidón, y en ese sentido se justifica la traducción «de su imperio».

»—Porque estoy locamente enamorado de ella —me respondió—; aunque la he visto sólo una vez, sé que nunca me he topado con una belleza semejante; ¡y eso que llevo capturadas muchas cautivas que no eran nada feas!

7 »Entonces, sin aparentarlo, fui sonsacándole, para que revelara todos sus planes.

»—¿Qué falta te hace entonces —le pregunté con esa intención— trabar combate con los fenicios, en lugar de raptarla de mi casa y hacerte con ella antes de que esté en la mar, sin derramamientos de sangre?

»—Todavía quedan entre los piratas —aseguró— algo de conciencia y sentimientos humanitarios para los
8 conocidos. Por esa razón quiero ahorrarte dificultades, que surgirían inevitablemente cuando te preguntaran por los extranjeros. Además, con una sola acción pretendo conseguir dos importantes logros: la riqueza de la nave y la boda con la muchacha. Pero si intento la empresa por tierra, necesariamente tendría que renunciar a una de las dos cosas. Por otra parte, tampoco carece de riesgo una acción emprendida en las cercanías de la ciudad, porque lo notarían y saldrían de inmediato a perseguirnos.

9 »Le felicité efusivamente por su buen tino y me separé de él.

»A ti, pues, te prevengo de la asechanza que maquinan esos malvados y te ruego que pongas el máximo empeño en salvarte a ti mismo y a los tuyos.»

21 Me alejé apesadumbrado al oír esto, revolviendo en mi mente todo género de proyectos; pero el azar hizo que me topara de nuevo con el comerciante, que volvió a contarme su cantinela acostumbrada. Esto me sugirió[211] una nueva idea. Ocultándole, en efecto, lo

211 Metáfora difícilmente traducible en el texto griego: *endósimon* es literalmente «preludio a un aire musical»; Helio-

que me pareció oportuno de las revelaciones que me había hecho Tirreno, le descubrí sólo la parte que me interesaba: que uno de los habitantes del lugar maquinaba el rapto de la muchacha, y que no existía ninguna posibilidad de enfrentarnos y luchar contra él.

«—Pero yo preferiría —seguí hablando— que fueras tú quien se prometiera con ella, tanto porque te he conocido antes y tienes una fortuna, como porque te has comprometido a instalarte en nuestra patria, si te casas con ella. De manera que si no tienes inconveniente, debemos apresurarnos y partir de aquí, antes de que ocurra alguna desgracia irremediable.» 2

Estas palabras le colmaron de alegría. 3

«—Muy bien, padre —dijo—, y al tiempo se acercó y comenzó a darme besos en la cabeza.»

Me preguntó cuándo quería que zarpásemos, pues, aunque aún no era la estación abierta a la navegación, podríamos cambiar de puerto; una vez allí, al abrigo de la agresión que nos sospechábamos, aguardaríamos la llegada de la primavera.

«—Entonces, si mi orden va a ser atendida —dije—, me gustaría partir la próxima noche.» 4

«—Así se hará —contestó, y acto seguido se marchó.»

Al regresar a casa, no dije nada a Tirreno; y a los jóvenes, sólo que aquel mismo día, cuando fuera noche cerrada, había que embarcar otra vez en la nave. Sorprendidos de la premura, me preguntaron la causa; yo les prometí explicárselo en otra ocasión, y por el momento les dije únicamente:

«—Eso es lo que nos conviene hacer ahora.»

Cuando tras una cena ligera nos retiramos a dormir, se me apareció en sueños un anciano. Su cuerpo estaba totalmente descarnado; sin embargo, su ves- 22

---

doro usa este término varias veces en la obra, bien con sentido propio, bien con sentido metafórico.

tido levantado dejaba ver las piernas por encima de las rodillas y mostraba los restos de un gran vigor físico en su juventud. Llevaba en la cabeza un casco; su mirada era inteligente y astuta; arrastraba una pierna, como cojeando a consecuencia de una herida en el
2 muslo[212]. Se acercó, pues, a mí, y con una sonrisa socarrona me dijo:

«—Buen amigo, tú eres el único que ha dejado de tener alguna consideración hacia mí. Todos cuantos pasan al lado de Cefalenia vienen a visitar mi morada y muestran un gran interés en conocer mi gloria; pero tú me has tenido en tan poco, que ni siquiera te has dignado dirigirme un saludo, cosa que a nadie se niega, con el agravante de que has estado viviendo en una
3 casa vecina. En castigo de eso, sábete que pronto sufrirás tu merecido: conocerás padecimientos parecidos a los míos y encontrarás enemigos en mar y tierra. A la muchacha que conduces, salúdala de parte de mi esposa; ella le desea felicidad, porque pone la castidad por encima de todo, y le trae la buena nueva de un final feliz.»

4 Me incorporé con sobresalto, temblando de esta visión. Me preguntó Teágenes qué me ocurría.

«—Quizá —le contesté— nos hemos retrasado en la salida. Esa es la idea que me ha perturbado el sueño. Bueno, levántate y prepara el equipaje. Yo voy a buscar a Cariclea.»

La muchacha se presentó enseguida, acudiendo a mi aviso. Tirreno nos oyó, se levantó y preguntó qué sucedía.

5 «—Estamos haciendo —le expliqué— lo que nos has aconsejado; tratamos de escapar de los que nos han tendido la emboscada. En cuanto a ti, te deseo que los

212 Es la descripción tradicional de Ulises, derivada de *Ilíada* XIX 47 sigs.; *Odisea* XVIII 74; *Odisea* XIII 332.

dioses te guarden; te has portado inmejorablemente con nosotros. Pero aún te pido que me concedas un último favor: ve a Ítaca y haz un sacrificio a Ulises por nosotros. Suplícale que deponga su cólera, porque se ha enojado con nosotros por habernos descudidado de él. Él mismo se me ha aparecido esta noche y me lo ha declarado.»

Prometió hacerlo así y nos acompañó hasta la nave, llorando de manera inconsolable, y rogando a los dioses que tuviéramos una navegación próspera y conforme en todo a nuestros deseos.

Mas, ¿por qué fatigaros extendiéndome en esto? 6
Levamos anclas apenas comenzó a brillar el lucero de la mañana. Los marineros al principio no habían dejado de oponerse, pero finalmente logró convencerlos el comerciante tirio, al explicarles que estaban intentando eludir un ataque pirata del que le habían advertido. No se daba cuenta de que lo que decía como excusa era
la verdad. Sorprendidos por unos violentos temporales 7
y sacudidos por una irresistible tempestad, poco nos faltó para la muerte; pero finalmente pudimos atracar junto a un promontorio de la costa de Creta[213]. Habíamos perdido uno de los dos gobernalles[214], y la mayoría de las antenas habían quedado destrozadas. Decidimos, pues, detenernos algunos días en la isla, para reparar la nave y recuperarnos nosotros mismos.
Después, se dio la orden de reemprender la navegación 8
el primer día que brillara la luna después de su conjunción con el sol. Una vez embarcados de nuevo, los céfiros primaverales, que ya empezaban a soplar, nos

---

[213] Motivo procedente de HOMERO, *Odisea* III 288 sigs.; la flota de Menelao es también arrojada a una playa de la isla de Creta (cf. *Odisea* XIV 300).

[214] Dos largas tablas unidas, a babor y a estribor, constituían el timón en los barcos antiguos; de ahí que aun tratándose de un barco se hable de timones.

hicieron avanzar noche y día sin interrupción hacia África, rumbo que había tomado el timonel. Pues afirmaba que era posible atravesar el mar directamente y sin escalas, si el viento lo permitía, y que se daba prisa por alcanzar el continente y un puerto, porque se temía que el bergantín[215] que se divisaba a popa era pirata.

9 «—Pues desde que hemos dejado el promontorio de Creta —decía—, viene siguiendo nuestros pasos, sin desviarse de nuestro curso, como si dependiera de nuestro mismo impulso. También he advertido que con frecuencia viraba al tiempo que nosotros, porque yo me he apartado adrede algunas veces del camino recto.»

23 Estas palabras supusieron un acicate para algunos, que comenzaron a arengar para que se dispusiera la defensa; otros, no obstante, se mantenían indiferentes, diciendo que era habitual en los mares que las naves más livianas siguieran a las de mayor carga, porque éstas, por su mayor experiencia, les señalaban mejor
2 el camino. Aún estaban porfiando en uno u otro sentido, cuando se hizo la hora en que el labrador da la suelta del arado a los bueyes. El viento entonces amainó en su fuerza y fue remitiendo progresivamente, hasta hacerse brisa suave e inútil para las velas, que acariciaba el lienzo, más que hincharlo; finalmente se llegó a la calma chicha, como si el viento se hubiera puesto con el sol, o por decirlo con más claridad, como
3 si tratara de socorrer a nuestros perseguidores. Pues los del bergantín, mientras el viento impulsaba nuestro curso, se iban quedando cada vez más rezagados del galeón, porque, como era natural, éste tenía mayor velamen y recogía mejor el viento. Pero cuando la

---

[215] El *akátion* es un tipo de velero ligero, usado por los piratas (*vid.* Tucídides, I 29, IV 67; Polibio, I 73, 2, etc.).

bonanza apaciguó el mar, y hubo que recurrir a los re-
mos, nos alcanzaron antes de lo que se tarda en decirlo,
porque yo creo que toda la tripulación se echó a los
remos; la embarcación, por otra parte, como era lige-
ra, obedecía con más docilidad al remo.

Cuando estaban ya muy cerca, gritó uno de los que 24
habían embarcado con nosotros en Zacinto:

«—Es lo que temíamos, compañeros; estamos per-
didos: es un barco pirata. He reconocido el bergantín
de Traquino.»

La noticia produjo una honda conmoción en el 2
barco, que en plena calma se vio como sacudido por un
huracán. Todo se llenó de gritos y desorden, de llan-
tos y carreras en todas las direcciones. Unos bajaban
a ocultarse en las sentinas; otros se exhortaban mutua-
mente a combatir sobre cubierta; y había quienes pre-
tendían saltar al bote y escapar de los piratas; hasta
que en estas dilaciones les sorprendió muy a su pesar
el combate. Se vieron, pues, obligados a armarse para
la defensa con lo que cada uno hallaba a mano. Cari- 3
clea y yo, abrazando a Teágenes, que totalmente fuera
de sí ardía en deseos de lanzarse al combate, intentá-
bamos a duras penas retenerle. Ella, según decía, para
no separarse de él ni en la muerte, y para compartir
idéntica suerte con una única espada y una sola heri-
da; yo, porque al darme cuenta de que quien nos
atacaba era Traquino, había ideado un proyecto que
nos podía ser útil para cualquier eventualidad. Y eso 4
fue lo que precisamente sucedió. Los piratas se acerca-
ron y se colocaron a nuestro flanco, intentando adue-
ñarse de la nave sin derramamiento de sangre. Descri-
biendo círculos alrededor de nosotros, sin comenzar aún
el ataque, nos impedían avanzar en cualquier dirección
y actuaban igual que si hubieran puesto sitio a una
ciudad, o como si se esforzaran por tomar la nave
mediante capitulación.

5 «—Desgraciados —decían—, ¿qué locura es la vuestra? ¿Por qué alzáis vuestras manos contra una fuerza que es muy superior y ante la que no tenéis posibilidad de victoria? ¿Por qué os precipitáis a una muerte segura? Aún tenemos sentimientos humanitarios: os permitimos embarcar en la chalupa y poneros a salvo yendo adonde queráis.»

Estas eran sus proposiciones. Los de nuestro barco, sin embargo, mientras vieron que la lucha no ofrecía riesgo y que la batalla no causaba ningún derramamiento de sangre, mantuvieron su osadía y declararon que no abandonarían la nave.

25 Pero cuando uno de los piratas, el más audaz, saltó a nuestra nave y les hizo ver, hiriendo con su espada a los que hallaba a su paso, que el combate se dilucidaría con asesinatos y mortandad, y como también se lanzaron todos los restantes al abordaje, los fenicios entonces se arrepintieron y se arrojaron a sus pies, suplicando perdón y prometiendo hacer todo lo
2 que se les ordenara. Ellos, a pesar de que ya estaban enzarzados en la matanza (bien sabido es que la visión de la sangre es una mordaza para la sensatez), a una señal de Traquino y contra toda esperanza, perdonaron la vida a los que suplicaban caídos a sus pies. Se hizo una tregua sin ningún género de garantías[216]; pero en realidad continuaba la guerra, y más implacable aún, con el engañoso nombre de paz. En efecto, el acuerdo que se les impuso tenía condiciones más terribles que el combate mismo. Se les ordenó salir del barco sólo con una túnica corta, y se amenazó de muerte a quien
3 no cumpliera esa orden. Aun así, es la vida lo más valioso de todo para los hombres, al parecer: por eso, los fenicios, aunque ya veían perdidas las esperanzas depo-

---

[216] Literalmente, una tregua no sancionada por las garantías que ofrecen las libaciones a los dioses (cf. TUCÍDIDES, V 32).

sitadas en la carga de su barco, se apresuraron a salir, pero no como personas a quienes les han robado, sino como si fuera a haber un premio para el que se adelantara al vecino y montara antes en la chalupa: todos y cada uno porfiando por poner su vida a salvo cuanto antes.

También nosotros obedecimos a la orden, y cuando 26
pasábamos al lado de Traquino, éste cogió a Cariclea y dijo:

«—Nada tiene que ver contigo esta batalla, queridísima muchacha, aunque sí se ha producido por tu causa. A ti es a quien persigo hace tiempo, desde que salisteis de Zacinto. Por ti me he hecho a la mar y he afrontado tantos peligros. Por todas esas razones, ten buen ánimo: tú y yo, sábelo bien, vamos a ser dueños de todos estos tesoros.»

Así habló. Ella, auténtico ejemplo de habilidad, 2
pronta para acomodarse a cualquier situación y eficaz en seguir mis instrucciones, desechó la tristeza que las calamidades presentes imponían en su mirada y dijo, forzándose por adoptar un aspecto risueño y seductor:

«—Gracias sean dadas a los dioses que te han inspirado esos sentimientos hacia nosotros. Pero, si real- 3
mente quieres que mantenga y conserve esa confianza, dame antes que nada la siguiente prueba de tu buena disposición: salva a estos que ves aquí, mi hermano y mi padre; no les obligues a abandonar la nave, porque te aseguro que no podré vivir si se me separa de ellos.»

Al tiempo de decir esto, se postró, cogiéndose de sus rodillas, y en esta actitud estuvo suplicante un buen rato. Traquino se sentía halagado con este abrazo y tardaba deliberadamente en acceder a sus ruegos. Por fin, sólo cuando las lágrimas le movieron a com- 4
padecerse, y las miradas de la muchacha le cautivaron hasta hacerle sentir piedad, levantó y dijo a Cariclea:

«—A tu hermano, te lo otorgo, y con gran placer, porque veo que es un joven lleno de valentía y capaz de acompañarnos en nuestro género de vida. En cuanto a este viejo, carga inútil, que sobreviva; pero sólo lo hago por hacerte un favor.»

27 Mientras se sucedían estos acontecimientos y diá-
logos, el sol había llegado al fin de su curso; se había
hecho esa hora de luz vaga, indecisa entre el día y la
noche. El mar se picó de repente, y un brusco cambio
se produjo, no sé si por causas naturales o por la vo-
2 luntad del destino. Comenzó a oírse un ruido sordo
de viento que se aproximaba, y casi al momento se
precipitó sobre nosotros un huracán violento e impe-
tuoso, que llenó a los piratas de inesperada turbación.
Habían abandonado su barco, por lo que el azote del
viento les sorprendió cuando estaban en el buque
mercante dedicados al pillaje del cargamento, y no
3 sabían cómo gobernar una nave tan grande. Todos al
azar se distribuían una parte de la maniobra, y cada
uno improvisaba una función, con arrojo, pero con in-
competencia. Unos tiraban de las velas atropellada-
mente; otros manejaban los cables con total falta de
destreza; a uno le había correspondido la proa, sin
saber nada de ella; otro se ocupaba de la popa y los
4 timones. Y lo que sobre todo nos arrojó al peligro más
inminente, no fue la violencia del oleaje, que por otro
lado no había alcanzado todavía su punto culminante,
sino la impericia del piloto; éste aguantó mientras
hubo algo de luz diurna, pero claudicó en cuanto las
5 tinieblas se enseñorearon del lugar. Estábamos ya a
punto de hundirnos y perdernos bajo las aguas. Algu-
nos piratas intentaron volver a su barco, pero ensegui-
da se vieron obligados a desistir: la violencia del tem-
poral lo impedía de todo punto, y, además, Traquino
les persuadió diciendo que si salvaban el mercante y
las riquezas que atesoraba podrían hacerse con mil

barcos mucho más marineros que el suyo. Finalmente, 6
cortó la amarra de la que estaba sujeta su nave a la nuestra, insistiendo en que el remolcarlo no hacía más que agravar la situación. Les hizo notar también que estaba velando por su propia seguridad personal para el futuro, porque, en cualquier lugar que arribaran con dos barcos, sembrarían sospechas, y era evidente que se intentaría buscar a los pasajeros de uno de los dos.
Estas razones lograron convencerles, y este consejo se 7
elogió porque con él se obtuvieron dos ventajas: una para el futuro, y otra para el momento presente, pues, al separar el bergantín, nos sentimos algo más aliviados. Con todo, no nos libramos en absoluto del peligro: olas enormes que entrechocaban nos arrastraban a su antojo; hubieron de arrojar numeroso lastre de la nave, pero estuvimos expuestos a toda suerte de riesgos, hasta que, pasados aquella noche y el día siguiente con innumerables fatigas, arribamos al atardecer a una costa situada en la desembocadura del Nilo
llamada Heracleótica. Henos aquí, pues, desembarca- 8
dos en tierra egipcia sin haberlo premeditado. Todos estaban contentos; nosotros, angustiados, no cesábamos de maldecir al mar por habernos salvado, pues, al depositarnos en tierra, no nos había otorgado al menos el favor de una muerte sin ultraje, y nos había dejado a merced de los impíos caprichos de unos pira-
tas, cosa aún más amenazadora y terrible. En efecto, 9
nada más desembarcar tuvimos ocasión de comprobar la maldad de estos criminales. Con el pretexto de hacer un sacrificio en acción de gracias a Poseidón, se apropiaron del vino de Tiro y de algunas otras mercancías de la nave. Enviaron además a unos cuantos a comprar ganado en las aldeas vecinas y pusieron a su disposición todo el dinero que quisieron llevar, ordenándoles pagar el precio que se les pidiera de principio.

28 No tardaron en regresar, trayendo un rebaño entero de ovejas y una piara de cerdos. Los que se habían quedado, les recibieron con alborozo, prendieron fuego y, después de desollar las víctimas, prepararon el banquete. Traquino me cogió aparte y me dijo en secreto, sin que los demás pudieran oírle:

«—Padre, he decidido casarme con tu hija. El festín que, como ves, vamos a celebrar hoy es el banquete de boda, pues quiero unir la festividad más jubilosa con los deberes del sacrificio que se debe a los dioses.
2 Por esa razón me ha parecido oportuno declararte de antemano mi determinación, para evitar que estuvieras malhumorado durante el banquete, por no haberte informado previamente, y para que se lo comuniques a tu hija, y ella acepte con alegría el próximo acontecimiento. No hago esto porque quiera conseguir tu asentimiento —mi poder se basta para asegurar mi voluntad—, sino porque creo que, además de contar con mejores auspicios, es sin duda conveniente que el padre o la madre hablen a la novia de su próximo matrimonio y la pongan en buena disposición.»

Aprobé su decisión, y aparenté que me alegraba y expresaba mi más ferviente agradecimiento a los dioses por haberme permitido ver como marido de mi hija al hombre que era su dueño.

29 Me retiré un momento a reflexionar sobre la conducta que debía seguir. Enseguida regresé y le pedí que para que se celebrara la ceremonia con cierta solemnidad señalara el barco mercante como tálamo nupcial de la joven, y que diera la orden de no dejar entrar a nadie, y no molestarla; así, ella tendría la posibilidad de ocuparse de su vestido de novia y de los demás preparativos exigidos, en la medida que las circunstancias lo permitían.

«—Porque sería totalmente absurdo que una persona que se ufana de su nobleza y dinero, y sobre todo

que va a ser la esposa de Traquino, no pueda arreglarse siquiera con lo que tiene a su disposición, por mucho que la coyuntura y el lugar sean fuertes impedimentos para la suntuosidad de un cortejo nupcial.»

Estas palabras causaron una extraordinaria ale- 2
gría a Traquino, que dijo que era un gran placer para él dar esa orden. Al punto mandó sacar del barco todo lo que se necesitase, pero que luego nadie se acercara allí. Cumplieron la orden, y sacaron mesas, copas, manteles, cortinajes, manufacturas de Tiro y Sidón[217], y cuanto pudiera servir para un banquete, sin reparar en el valor de nada. Cargaron a hombros desordenadamente tesoros que sólo abundantes sudores y ahorros habían reunido, y que ahora la fortuna permitía que
se profanaran en un disoluto banquete. Fui a buscar a 3
Teágenes, y me dirigí en compañía de él a ver a Cariclea, que, cuando llegamos, estaba llorando.

«—Hija —le dije—, lo que ocurre es algo que ya resulta habitual; no hay nada extraño. Mas ¿por qué estás llorando, por lo pasado o por lo que se avecina?

»—Por todo —respondió—, pero en especial por las 4
amenazas que sobre mí cierne esa simpatía odiosa de Traquino[218]. Además, lo previsible es que la oportunidad intensifique sus favores, porque una dicha inesperada suele provocar acciones licenciosas. Sin embargo, Traquino y el abominable amor de Traquino tendrán de qué lamentarse: mi muerte se adelantará y acabará con su pasión. Por eso, la sola idea de separarme de ti y de Teágenes antes de morir es lo que me ha movido al llanto.

[217] La expresión, que se usa con finalidad encomiástica desde Homero, *Ilíada* VI 289 sigs., y *Odisea* XXIII 740 sigs., es aquí más apropiada por tratarse de un barco fenicio.

[218] El nombre de Traquino sugiere en griego «áspero», «rudo».

5 »—Lo que temes —anuncié— es la verdad. Traquino piensa celebrar después del sacrificio el banquete de vuestra boda. A mí, como padre tuyo, me ha declarado su propósito; no obstante, ya conocía hace tiempo esa desenfrenada pasión por ti, desde que me lo dijo Tirreno cuando aún estábamos en Zacinto. No me atreví a revelaros eso, para evitar que os angustiaseis con la idea de los sufrimientos que nos esperaban, porque había una posibilidad de escapar de esa asechanza.
6 Pero, hijos, ya que el destino ha actuado en contra de nosotros y nos ha embarcado en esta terrible aventura, ea, emprendamos una hazaña noble y esforzada: vayamos y demos la cara al peligro; si tenemos éxito, salvaremos nuestro honor y nuestra libertad; y en todo caso, ganaremos al menos una muerte valiente y sin vilipendio[219].»

30 Una vez prometieron obrar según mis instrucciones, yo les indiqué lo que tenían que hacer y los dejé haciendo los preparativos. Fui a ver entonces al lugarteniente de Traquino —Peloro[220] creo que se llamaba— y le dije que tenía que explicarle una cosa del máximo interés para él. Accedió gustoso a mis requerimientos y me llevó aparte donde nadie pudiera escucharnos.

«—Ten la bondad, hijo —le dije—, de escucharme un momento. El tiempo apremia y no hay posibilidad
2 de largos discursos. Mi hija está enamorada de ti; este hecho no tiene nada de raro, pues tu valor la ha cautivado. Pero tiene la sospecha de que el banquete que está preparando tu jefe es para festejar su boda con ella. Y ha dejado ver algo en ese sentido, porque le ha ordenado que se vista con todas sus galas. Mira a ver, pues, si puedes evitarlo y hacerte tú con la pose-

---

219 El paralelismo (y la antítesis) de cada uno de los miembros de esta frase es digno de ser destacado.

220 Peloro significa «gigante», «descomunal».

sión de la muchacha, porque ella afirma que está dispuesta a suicidarse antes que contraer matrimonio con Traquino.

»—No te preocupes —me dijo—; que hace tiempo 3
que yo siento lo mismo por la joven, y no hacía otra cosa más que esperar a que se presentase la oportunidad. Traquino tendrá que dármela por esposa de buen grado, porque tengo yo derecho a reclamarla como premio por haber sido el primero en lanzarme al abordaje del mercante. Si no, tendrá una boda amarga y sufrirá su merecido a manos mías.»

Nada más oír estas amenazas, me marché para no suscitar sospechas, y fui a dar ánimos a los muchachos, junto con la buena noticia de que el ardid iba por buen camino.

Poco después comenzó el festín. Cuando observé 31
que estaban bien empapados de vino y prestos a cualquier desenfreno, me dirigí en voz baja a Peloro (cerca de quien me había colocado a propósito) y le dije:

«—¿Has visto cómo se ha ataviado la doncella?

»—No —replicó.

»—Pues puedes ir a verla —dije—, si vas al barco a escondidas. Pero, cuidado, que ya sabes que lo tiene prohibido Traquino. Ante ti verás sentada a Ártemis en persona[221]. Pero por ahora confórmate con mirarla y reprime tus inclinaciones, que si no, no vas a hacer más que propiciar tu muerte y la suya.»

Sin ninguna dilación y con la excusa de una nece- 2
sidad urgente, se levanta y va corriendo en secreto al mercante. Al ver a Cariclea, que llevaba sobre la cabeza una corona de laurel y resplandecía con los destellos de su vestido bordado en oro —se había puesto el vestido sagrado de Delfos, para que fuera el

221 Cf. I 2. Este es el pasaje que explica la escena inicial de la novela, la extraña ropa con que es presentada Cariclea, etc.

de la victoria o la mortaja—, y al fijarse en los demás lujos con los que estaba revestida, semejantes a los de un lecho nupcial, su pasión, como era de esperar, se inflama, y el amor y los celos le asaltan. En definitiva, bien se podía ver por su mirada, cuando regresó, que
3 maquinaba alguna locura. No se había acomodado aún del todo en su asiento, cuando exclamó:

«—¿Y a mí, por qué no se me ha dado ya la recompensa, por haber sido el primero en abordar el barco?

»—Porque —contestó Traquino— no la has pedido. Tampoco, por otro lado, se ha hecho todavía la distribución del botín.

»—Bien —replicó—; entonces reclamo a la cautiva.

»—Excepto a ella —advirtió Traquino—, coge lo que quieras.

»—Estás violando entonces —le interrumpió Peloro— la ley pirata, que asigna el privilegio de una elección libre a quien haya abordado el primero una nave enemiga, y a quien haya entrado en combate antes que nadie.

4 »—No es que esté quebrantando esa ley —respondió Traquino—, mi buen amigo; por el contrario, me estoy valiendo de esa otra que ordena a los subordinados ceder ante sus jefes. La pasión por esa muchacha me domina, y quiero casarme con ella; lo justo es que yo tenga la preferencia. Y tú, si no haces lo que se te manda, no tardarás mucho en lamentarlo, y esta copa que tengo te dará tu merecido.

»—¿Estáis viendo —exclamó Peloro, volviendo la vista hacia los presentes— la recompensa de mis esfuerzos? [222]. ¡Así también a cada uno de vosotros se os privará algún día de vuestra recompensa y sufriréis en vuestra carne esa tiránica ley!»

---

[222] La forma métrica de esta frase permite suponer que hay una cita, verosímilmente de la tragedia, aunque la reminiscencia no sea de ninguna de las tragedias conservadas.

¡Qué se pudo ver a continuación, Nausicles! Un 32
mar te habrías imaginado que eran esos individuos, un mar agitado hasta las profundidades por un repentino ciclón: tal era la irracional excitación que se adueñó de ellos y los arrojó en una confusión indescriptible, como posesos de vino y cólera que estaban. Unos tomaron partido por éste, otros por aquél; el confuso griterío de algunos era para que se respetase a su jefe, el de
los otros, para que no se quebrantase la ley. Finalmen- 2
te, he aquí que Traquino levanta el brazo para golpear a Peloro con la copa; pero éste, que estaba preparado de antemano, se adelanta y le hunde el puñal en el pecho. Quedó Traquino tendido, herido de muerte[223]. Se desató entonces entre los demás una guerra sin cuartel: se tiraban al suelo y se golpeaban mutuamente con saña, unos por vengar a su jefe, otros por defen-
der a Peloro y lo que era justo. Todo era un puro 3
grito ininterrumpido de los que herían y eran heridos[224] con palos, piedras, copas, teas, mesas. Me alejé yo lo más que pude, y desde una colina me puse a contemplar el espectáculo, fuera de todo riesgo. Ni siquiera Teágenes dejó de tomar parte en la batalla; ni Cariclea, pues ambos hacían lo que habíamos acordado. Él, armado con una espada, se había aliado en principio a uno de los dos bandos, y combatía lleno de un furor como divino. Ella, en cuanto vio que se rompían las hostilidades, comenzó a disparar desde la nave dardos que no erraban el blanco y que sólo dejaban
de apuntar a Teágenes. Disparaba, en efecto, no con- 4
tra uno de los dos partidos en lucha, sino contra el primero que veía; y a ése siempre le daba muerte. A ella no la podían ver, pero ella distinguía fácilmente a

223 La expresión griega coincide con Esquilo, *Agamenón* 1343.

224 Esta expresión homérica ya ha sido usada por Heliodoro en I 22, 5 y 30, 3.

los contrarios por el resplandor de las hogueras. Ignoraban de dónde venía tal mortandad, y algunos llegaron a sospechar que las heridas las producía un dios. De esta suerte prosiguió el combate, hasta que fueron cayendo todos; sólo quedó Teágenes en lid singular con Peloro, un hombre sumamente valeroso y curtido en innumerables muertes. Nada podía ayudar el arco de Cariclea; el deshonor, si le defendía, sería imborrable, y esto le angustiaba; temía además errar el blanco, porque estaban enzarzados en lucha cuerpo
5 a cuerpo. Pero finalmente no pudo resistir Peloro. No obstante, aunque Cariclea no podía socorrer a Teágenes de un modo activo, le asistía disparando palabras de aliento como dardos y gritando:

«—¡Valor, mi amado!»

A partir de entonces, Teágenes fue superando claramente a Peloro, como si aquella voz le insuflara vigor y coraje, y fuera a la vez la declaración de que el
6 premio del combate aún sobrevivía[225]. Gracias a este renovado ardor de sus palabras de ánimo, se lanzó sobre Peloro, a pesar de las innumerables heridas que le abrumaban, y trató de asestarle una puñalada en la cabeza. Falló por culpa de la esquiva de su enemigo, pero le rozó el hombro y le cortó el brazo a la altura del codo. Entonces Peloro se dio a la fuga, perseguido por Teágenes[226].

33 De lo que sucedió a continuación, no sé nada, excepto que Teágenes regresó. Sin embargo, no le pude

---

[225] Conviene hacer notar que en EURÍPIDES, *Helena* 1590 sigs., mientras egipcios y griegos luchan con toda suerte de armas, Helena contempla la batalla desde la popa de la nave y exhorta a los suyos a la victoria.

[226] Como era de esperar en el contexto de una batalla narrada por Heliodoro, la herida infligida a Peloro es semejante a la sufrida por Hipsénor ante Eurípilo en HOMERO, *Ilíada* V 79 sigs.

ver porque yo permanecía aún en el altozano y no me atrevía a bajar de noche al lugar de la batalla. Cariclea, en cambio, seguro que aguardó a su vuelta. Cuando se hizo de día, vi a Teágenes tendido, igual que un cadáver, y a Cariclea sentada a su lado, llorando. Daba muestras de tener la intención de degollarse, pero quizá la retenía un halo de esperanza de que el joven sobreviviera. Sin embargo, ni siquiera tuve tiempo, 2
desgraciado de mí, de ir a hablarles, de enterarme de lo ocurrido, de aliviar su desgracia con mi consuelo, de ayudarles en lo que estuviera en mi mano: tan sin solución se sucedían las calamidades por mar y tierra. Pues, no bien había empezado a bajar de la colina al hacerse de día, cuando me pareció ver a un tropel de bandidos egipcios que bajaban del monte que dominaba toda la ribera, se apoderaban de los jóvenes y se marchaban poco después, cargado con todo lo que pudieron coger de la nave. En vano los seguí a distan- 3
cia, llorando su fortuna y la mía, sin poder defenderles y sin unirme a ellos, porque no me parecía conveniente, y pensaba que podría socorrerlos mejor, si ahora me reservaba. ¿Mas cómo iba a seguirlos durante largo trecho? La vejez me rezagaba y me impedía seguir a los egipcios por el camino que habían tomado, recto hacia la montaña.

Si ahora, pues, he encontrado a mi hija, ha sido gracias al favor de los dioses y a tu bondad, Nausicles. Mi contribución a la empresa ha sido nula: no he podido ayudarla más que con mis llantos y lamentos interminables.

Se echó entonces a llorar, y lloraban también los 4
asistentes. Se convirtió el banquete en llanto general, aunque no exento de placer. Y es que el vino, como se sabe, llama a las lágrimas. Finalmente, Nausicles tomó la palabra y dijo, con el ánimo de reconfortar a Calasiris:

—Padre, ten confianza de ahora en adelante; a tu hija, ya la has recobrado; a tu hijo, sólo te ves impedido de verlo esta noche. Al amanecer, iremos a ver a Mitranes y trataremos por todos los medios de rescatar a tu extraordinario Teágenes.

5 —¡Ojalá sea así! —dijo Calasiris—; ahora ya es tiempo de acabar el banquete. Volvamos nuestro pensamiento a los dioses y hagamos las libaciones liberadoras[227].

34 Se pasaron las copas para las libaciones, y se terminó el festín. Calasiris fue buscando con la mirada a Cariclea: estuvo observando primero mientras salía la muchedumbre, pero no la encontró; finalmente, siguiendo las indicaciones de una mujer, entró en el templo y la halló abrazada a los pies de una estatua. La gran duración de sus súplicas y los ataques de dolor la habían rendido hasta hacerla caer en un profundo
2 sueño. Derramó también él unas lágrimas y, después de pedir al dios que su situación tomara buen giro, la despertó dulcemente y la condujo a su aposento, completamente ruborizada por haberse dejado vencer por el sueño. Se marchó, pues, a la habitación de las mujeres y se acostó con la hija de Nausicles; pero las preocupaciones que la acosaban no le dejaron conciliar el sueño.

---

[227] La expresión es quizá braquilógica; el adjetivo aplicado a «libaciones» significa tanto las libaciones que preceden al fin de la reunión, como, posiblemente, las libaciones en acción de gracias por haber liberado los dioses a Cariclea.

LIBRO SEXTO

Calasiris y Cnemón se retiraron a descansar a los aposentos de los hombres. El resto de la noche transcurrió con más lentitud de lo que querían, pero con más rapidez de lo que pensaban, porque la mayor parte se había pasado en la fiesta y en el extenso, aunque insaciable, relato de sus aventuras. Sin esperar a que se hiciera día claro, se presentaron ante Nausicles y le pidieron que les explicara dónde creía él que se encontraba Teágenes, y que les llevara allí cuanto antes. Él se prestó gustoso, y emprendieron la marcha. Cariclea entretanto no había dejado de rogar el permiso para acompañarles, pero se le obligó a quedarse. Nausicles le aseguró que no irían muy lejos y que enseguida estarían de regreso con Teágenes. La dejaron allí, pues, en un estado fluctuante en el que se unían el dolor por la separación y la alegría de la esperanza, y salieron ellos de la aldea. Mientras aún iban bordeando la ribera del Nilo, vieron un cocodrilo que reptaba de derecha a izquierda y a continuación se sumergía en la corriente del río a gran velocidad. Nadie vio en este espectáculo habitual algo que pudiera inducir a turbación; sólo Calasiris pronosticó que se les anunciaba un impedimento que encontrarían en el camino. En cuanto a Cnemón, al verlo, sufrió un fuerte sobresalto, aun antes de que el animal hubiera aparecido claramente ante ellos, cuando parecía más bien una sombra que

huía en la tierra, y a punto estuvo de huir despavorido[228]. Nausicles prorrumpió en carcajadas.
3

—Creía, Cnemón —dijo Calasiris—, que era sólo por la noche cuando el miedo te invadía, y que lo que te asustaba sólo era el ruido en la oscuridad; ¡pero ahora veo que también al parecer eres de día tremendamente osado! Y ya no son únicamente los nombres que oyes los que te infunden temor, sino también las cosas que ves, por muy normales y poco terroríficas que sean.

—¿De qué dios —preguntó Nausicles— o de qué ser superior no resiste oír el nombre este nuestro intrépido joven?

4 —Si también se asusta de los dioses —respondió Calasiris— o de los seres superiores, yo no sabría decírtelo. Es una vulgar persona, y lo que es más, ni siquiera un hombre o un héroe renombrado por su valentía, sino una mujer, y por más señas muerta según afirma, lo que le eriza el cabello, en cuanto oye pronunciar su nombre. Al menos la otra noche, cuando tú, buen amigo, regresaste de la expedición contra los vaqueros, trayendo sana y salva a Cariclea, no sé cómo ni dónde pudo oír ese nombre que te digo, pero el caso es que no me dejó disfrutar del sueño ni un momento. Estuvo todo el tiempo muerto de miedo, y yo me vi en grandes apuros para reanimarle. Ahora, si no fuera porque me da miedo causarle dolor o espantarle, te diría el nombre, Nausicles, para que pudieras reírte aún más.

Y al tiempo, pronunció el nombre de Tisbe.

2 Nausicles, no sólo ya dejó de reír, sino que, al oírlo, se quedó un buen trecho triste y taciturno, preguntán-

[228] Heliodoro, a diferencia de Aquiles Tacio, que describe minuciosamente la forma del animal (IV 19), no gusta de introducir excursos ajenos a la acción principal.

dose por qué le afectaba tanto el nombre de Tisbe a Cnemón, y cómo la conocía. Esto provocó en Cnemón un súbito estallido de risa:

—Mi buen Calasiris, ¿ves —dijo— cuán grande es el poder de ese nombre? No en mí solamente actúa como un duende de esos que espantan a los niños[229], como tú pretendes; también le ocurre lo mismo a Nausicles. Más aún, la situación ha cambiado del todo: ahora el que ríe soy yo, que sé que ya no existe; en cambio, nuestro valeroso[230] Nausicles, el que antes se burlaba con grandes risas de los demás, es el que se ha quedado con cara sombría.

—Basta —exclamó Nausicles—, harto te has venga- 2
do de mí, Cnemón. Pero, dime, por los dioses de la hospitalidad y la amistad, por la sal, la mesa y la acogida que os he dispensado, creo, en mi casa, ¿de qué conoces a Tisbe? ¿Por qué su nombre te causa espanto? ¿Por qué te burlas de mí?

—El relato de tus aventuras, Cnemón —dijo Calasiris—, que me has prometido más de una vez hacer y narrar, pero que hasta ahora has venido aplazando con hábiles excusas, éste es el momento de contarlo. Será un placer, tanto para Nausicles como para mí, y nos aliviarás de las fatigas del camino con la compañía de tu narración.

Accedió complacido Cnemón y les relató en resu- 3
men[231] todo lo que antes había contado a Teágenes y Cariclea: que su patria era Atenas, su padre se llamaba Arístipo y su madrastra, Deméneta. Les relató también el licencioso amor de Deméneta por él, y cómo, al

---

229 La palabra griega designa un monstruo imaginario que asusta a los niños: cf. PLATÓN, *Fedón* 77 e.

230 El epíteto, irónico, es frecuente en la comedia: cf. ARISTÓFANES, *Aves* 1245.

231 Un ejemplo más de los resúmenes que hace el autor de algo ya narrado; en este caso, se refiere a I 9-17 y II 8-9.

verse desdeñada, le había tendido una emboscada, sirviéndose de las artimañas de Tisbe. Añadió también el modo del que había sido desterrado de su patria, pena que el pueblo le había impuesto bajo la acusación de parricidio, y cómo, cuando él se encontraba refugiado en Egina, primero Carias, uno de los que habían sido efebos al mismo tiempo que él, le había dado la noticia de la muerte de Deméneta, así como de las circunstancias en que ésta se había producido, víctima también ella de las intrigas de Tisbe; y luego Anticles, de cómo su padre había sufrido la confiscación de bienes, a causa de una calumnia que habían tramado de común acuerdo contra él los familiares de Deméneta, mediante la cual hicieron creer al pueblo que él era culpable del asesinato de Deméneta. También Anticles le había comunicado que Tisbe había huido de Atenas con su amante, un mercader de Naucratis.
4 Finalmente, Cnemón les relató que Anticles y él habían partido rumbo a Egipto, en busca de Tisbe, por si conseguía encontrarla y llevarla a Atenas, y, de ese modo, levantaba la falsa acusación que recaía sobre su padre y tomaba la venganza que Tisbe se merecía. Desde entonces se había visto envuelto en diversos peligros y vicisitudes: había caído preso de unos corsarios en el mar, luego había escapado y arribado a Egipto, hasta que de nuevo fue capturado por los bandidos llamados vaqueros. Allí era donde se había encontrado con Teágenes y Cariclea. Les narró también la muerte de Tisbe y los acontecimientos subsiguientes, hasta llegar a los sucesos que eran ya conocidos de Nausicles y Calasiris.

3 Una vez terminado el relato, Nausicles, sumido en la más absoluta perplejidad, estaba indeciso entre contar ahora sus aventuras con Tisbe o dejarlo para otra ocasión. Se abstuvo finalmente de hablar, aunque no sin gran esfuerzo, en parte porque así lo había deci-

dido y en parte porque el siguiente incidente se lo impidió. En efecto, habían ya recorrido unos sesenta estadios[232] y estaban en las inmediaciones de la aldea donde vivía Mitranes, cuando se encontraron con un amigo de Nausicles. Le preguntaron adónde se dirigía con tanta prisa.

—Nausicles —respondió él—, me preguntas por mis 2
premuras, como si no supieras que estoy enteramente dedicado a un objetivo único: el servicio de todo lo que me mande Isíade de Quemis. Para ella labro la tierra, le procuro toda la manutención; por su causa no descanso noche y día, y no digo que no a nada —he ahí mi pena y mi fatiga— de lo que me imponga esa Isíade, sea grande o pequeño. Ahora voy corriendo a llevar a mi amada este pájaro que aquí ves, un flamenco del Nilo, porque así me lo ha ordenado.

—¡Qué comprensiva —dijo Nausicles— es tu ama- 3
da! ¡Qué fáciles de cumplir sus órdenes, si te ha mandado llevarle un flamenco, en lugar de la propia ave fénix[233] que nos llega de Etiopía o del Indo!

—Siempre ocurre lo mismo —contesté—. Ha cogido la costumbre de mofarse de mí y de lo que hago, y no se entretiene con otra cosa. Mas, ¿adónde vais vosotros? ¿Qué necesidad os urge?

—Tenemos prisa por ver a Mitranes —contestaron. 4

—Pues os estáis tomando un trabajo inútil y baldío: Mitranes no está ahora por aquí; ha salido esta noche a una expedición contra los vaqueros que habi-

232 Alrededor de once Km. y cien metros.

233 El flamenco era un ave muy extendida en Egipto. El ave fénix, por el contrario, es sagrada y fabulosa, y sólo viene a Egipto cada quinientos años para enterrar a su padre en Heliópolis (Heródoto, II 73); procede de Etiopía según Heródoto y Aquiles Tacio, que narra por extenso la leyenda (III 24-25); Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* III 49, la hace originaria de la India.

tan en la aldea de Besa. A un joven griego cautivo, que él había enviado a Menfis para entregárselo a Oroóndates, creo que para llevarlo desde allí como regalo para el rey de los persas, los de Besa y en particular su recién nombrado jefe, Tíamis, lo han capturado en una incursión y lo tienen preso.

4 Y prosiguió hablando, mientras ya reemprendía su camino:

—Yo tengo que ir inmediatamente a ver a Isíade —se disculpó—, que debe estar ahora en algún sitio vigilándome con sus numerosos ojos. ¡No sea que si me retraso me tropiece con una escenita de celos! Es tremenda, y no para de inventar contra mí acusaciones y reproches injustificados, para hacerse de rogar.

Esta noticia los dejó estupefactos durante un largo rato, incapaces de reaccionar ante tan inesperado
2 fracaso en sus previsiones. Nausicles, por fin, trató de hacerlos volver en sí, animándolos porque no había que renunciar de un modo radical a su empresa, por culpa de un contratiempo pasajero y circunstancial; debían regresar ahora a Quemis y reflexionar sobre lo que podían hacer; una vez preparados para una estancia más prolongada fuera de casa, debían salir en busca de Teágenes, e ir adonde los vaqueros o a cualquier otro sitio donde se enteraran que se hallaba, manteniendo la esperanza firme a toda costa. A su juicio, decía, la misma providencia divina era quien había puesto en su camino a un amigo que les había guiado, como de la mano, con sus noticias hacia donde tenían que buscar a Teágenes, y les había indicado la aldea de los vaqueros como meta de su viaje.

5 No le costó gran esfuerzo convencerlos con estas palabras. Las noticias recibidas alumbraban nuevas esperanzas, y Cnemón insistía a Calasiris en privado para que cobrara ánimos, porque, con plena seguridad, Teágenes no corría ningún peligro en manos de Tíamis.

Decidieron, pues, regresar. Cuando estaban llegando, encontraron a la puerta a Cariclea, que les estaba observando desde que aún se hallaban lejos, y no cesaba de mirar en todas las direcciones. Al ver que Teá- 2
genes no regresaba con ellos, prorrumpió en agudos lamentos:

—¿Pero es que volvéis solos, padre —decía—, igual que salisteis de aquí? Sin duda ha muerto Teágenes, por lo que veo. Si tenéis algo que decir, hablad rápido, por los dioses. No hagáis más intenso mi dolor, retardando la noticia. De personas bondadosas es revelar enseguida las desgracias: el alma se entrega inmediatamente al dolor más abrumador y deja antes de sufrir.

—¡Qué fastidiosa costumbre tienes, Cariclea! —dijo 3
Cnemón tratando de salir al paso de su insondable desolación—; ¡siempre estás dispuesta a vaticinar calamidades, que además, felizmente, son mentira! Teágenes vive y está a salvo, gracias a la voluntad de los dioses.

Y le refirió en breves palabras cómo y con quién estaba.

—Aún no te has enamorado —dijo Calasiris— a juz- 4
gar por lo que dices, Cnemón; si no, sabrías que a los amantes lo inofensivo les parece terrible, y que, cuando se trata de la persona amada, sólo dan crédito al testimonio de sus ojos; ahora bien, su ausencia es para las almas enamoradas motivo de miedo y angustia. La causa no es sino que ellos están íntimamente convencidos de que no existe más medio de quedar separados de los seres queridos, que un obstáculo externo que a disgusto suyo lo impida. Excusemos, pues, mi buen amigo, a Cariclea, víctima evidente y cabal de los males del amor, y vayamos todos adentro a pensar lo que debemos hacer.

Al mismo tiempo, cogió a Cariclea de la mano con 6
paternal ternura y la condujo dentro de la casa. Nausi-

cles, con la idea de que ellos se relajasen un tanto de las preocupaciones, y también con otra intención en la que andaba ocupado, preparó una comida más lujosa de lo habitual, en la que sólo participaron ellos y su hija. Procuró el embellecimiento de ésta última con singular esmero, y le encargó que se adornase con
2 sus vestidos más ricos. Cuando hubieron comido en abundancia, comenzó a hablarles de la siguiente manera:

—Me resulta muy agradable, huéspedes míos, y los dioses son testigos de lo que voy la decir, vuestra presencia, aunque decidáis permanecer aquí en mi casa toda la vida, compartiendo mis cosas y todo lo que yo más quiero; pues no os considero huéspedes ocasionanes, sino amigos que siempre seréis sinceros y auténticos conmigo. Por eso nunca me parecerá una carga cualquier favor que pueda hacer por vosotros; y ahora en concreto, estoy dispuesto, si queréis emprender la búsqueda de vuestros familiares, a colaborar en la medida de mis posibilidades, mientras esté junto a vos-
3 otros. Pero sin duda sabéis también que soy un comerciante, que ése es el oficio que cultivo, y que hace tiempo ya que los radiantes céfiros han comenzado a soplar, abriendo el mar a la navegación y trayendo a los mercaderes la buena nueva de la estación en que es posible hacerse a la mar. Para mí son como un pregón que me reclama para atender mis asuntos y partir hacia Grecia. Os pido, pues, el favor de que me comuniquéis vuestras intenciones, para yo poder también, mirando por vuestro interés, tomar mis disposiciones.

7 Tras un breve silencio, respondió Calasiris:

—Nausicles, que tu partida se haga con favorables auspicios; que Hermes Lucrativo y Poseidón Protector [234] te acompañen en tus negocios, y te guíen con

[234] Hermes es el dios del comercio y del mercado (cf. V 13, 2), y de esa advocación procede el epíteto que aquí se le

escolta permanente por un mar de buenas corrientes y vientos felices, mostrándote todo puerto abierto, y toda ciudad fácil de acceso, así como hospitalaria para los comerciantes. Eso ruego en pago de las atenciones con que nos has tratado mientras hemos estado aquí, por la amistosa despedida cuando hemos decidido marcharnos y, en definitiva, por tu puntualidad en el cumplimiento de las leyes de la amistad y la hospitalidad[235].
Mas, si doloroso es separarnos de ti y alejarnos de tu 2
casa, que, gracias a tus atenciones, nos has hecho considerar como nuestra, obligatorio es, no obstante, e inexcusable poner todo nuestro afán en la búsqueda de los seres queridos. Esto es así, por lo que a Cariclea y a mí se refiere; en cuanto a Cnemón, como está presente, que él mismo diga su opinión: si está dispuesto a complacernos y acompañarnos en nuestro vagabundear, o, en fin, lo que haya decidido.

Se disponía Cnemón a responder y ya iba a empe- 3
zar a hablar, cuando un súbito sollozo le entrecortó la respiración, y las tibias lágrimas vertidas le amordazaron la lengua. Recobró finalmente el aliento, y dijo, después de un profundo suspiro:

—¡Oh vicisitudes del destino humano, siempre inestables y sujetas a toda mudanza! ¡Cuán gran vaivén de desgracias tienes a bien precipitar sobre otros mu-
chos y sobre mí! De la familia y la casa paterna me 4
privaste; de la ciudad de mis seres queridos me has desterrado; en tierra egipcia, por callar todos los

aplica (también en LUCIANO, *Timón o el misántropo* 41). El epíteto atribuido a Poseidón tiene carácter apotropaico; la invocación tiende a evitar las tempestades marinas que pueda enviar el dios (un epíteto semejante en ARISTÓFANES, *Acarneos* 682).

235 Es posible que este pasaje imite la despedida de Menelao a Telémaco en *Odisea* XV 69 sigs. Los deberes de hospitalidad se resumen allí en tratar al huésped con cariño mientras está presente y despedirle cuando así lo desee.

infortunios intermedios, me hiciste recalar; a los bandidos vaqueros me entregaste; un tenue rayo de esperanza me dejaste entrever, cuando me diste la compañía de unas personas, desdichadas también, pero al menos griegas. Con ellos esperaba pasar el resto de la vida, pero incluso este consuelo parece que me lo has
5 arrancado. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Abandonar a Cariclea, sin que ella haya encontrado aún a Teágenes? ¡Qué horror, oh Tierra, qué impiedad! ¿Acompañarla y ayudarla en su búsqueda? Si es seguro que se le va a hallar, bellas serían las fatigas con la esperanza del éxito final. Mas si el futuro es incierto y las calamidades prosiguen, ¿quién sabe dónde y cuándo acabará
6 mi peregrinar? ¿Por qué no pedir vuestra excusa y la de los dioses de la amistad, y pensar ya en el regreso a la patria y a la familia? Ahora se me brinda una buena ocasión, sin duda enviada por algún dios; Nausicles ha dicho aquí delante que se dispone a partir rumbo a Grecia. Porque podría suceder que si a mi padre le ha ocurrido algo la casa quedara sin sucesión o sin heredero. Incluso si voy a vivir en la pobreza, sería bello, y ello me bastaría, que en mí se salvara
7 al menos un único resto de mi familia. Cariclea, que ante ti sobre todo me defiendo, te pido perdón y te suplico que me lo concedas. Hasta los vaqueros te acompañaré, si Nausicles, a pesar de sus prisas, atiende a mis ruegos y aguarda un poco. Si te devuelvo a Teágenes, me habré mostrado como fiel guardián del depósito recibido; yo mismo también me iría con la conciencia tranquila de un porvenir próspero. Si fracasamos (¡pluga al cielo que eso no ocurra!), aun así se me podría disculpar, porque no te dejaría sola entonces, sino en manos de un excelente protector, tu padre Calasiris.

8 Cariclea, que por diversos indicios se imaginaba ya que Cnemón estaba enamorado de la hija de Nausicles

—pues las personas que aman son las que antes descu-
bren a quien experimenta los mismos sentimientos—,
había comprendido por las palabras de Nausicles que
éste no sólo aceptaría la boda con alegría, sino que
hacía tiempo que se esforzaba por lograrlo, y procura-
ba atraer con todos los medios a Cnemón, como co-
merciante a la puerta de su tienda. Por eso consideraba
que en el futuro Cnemón no sería un camarada de viaje
apropiado ni exento de sospechas. De modo que dijo:

—Como tú prefieras. Me siento en deuda contigo y te
doy las gracias por los favores que de ti hemos recibido
hasta el momento; pero de aquí en adelante, nada te
obliga a compartir nuestros desvelos ni a correr ries-
gos involuntarios por acompañarnos en nuestra suerte,
que en el fondo es ajena a ti. Te deseo un feliz regreso 9
a Atenas y a tu casa, e idéntico reencuentro con tu
familia. No rechaces a Nausicles, ni la oportunidad
que dices que te ofrece. Calasiris y yo combatiremos
contra lo que pueda ocurrir, hasta encontrar fin a nues-
tro errante curso, con la confianza puesta en que,
aunque ningún hombre venga con nosotros, gozamos
de la compañía de los dioses.

A continuación, tomó Nausicles la palabra y dijo: 8

—¡Ojalá Cariclea obtenga sus súplicas, y los dioses
la acompañen en su busca para recobrar a sus fami-
liares! Tan noble es su voluntad, y tan sensato su jui-
cio. Tú, Cnemón, aunque no puedas llevar a Tisbe a
Atenas, no te inquietes; me tienes a mí, el responsa-
ble de su rapto y fuga de Atenas; porque el comer-
ciante de Naucratis, el amante de Tisbe, ése soy yo.
No lamentes tampoco tu pobreza, ni te figures que vas
a verte obligado a mendigar, pues, si te parece bien,
igual que a mí me lo parece, te llevaré, y podrás dis-
frutar de amplias riquezas y recuperar tu casa y tu
patria. Si quieres también contraer matrimonio, te
ofrezco a mi hija Nausiclea, aquí presente, con la me-

jor dote posible; estoy seguro de recibir de tu parte un regalo semejante[236], desde que me he enterado de cuáles son tu familia, tu casa y tu país.

2 Ante este compromiso, Cnemón no dudó un instante, pues se veía inesperadamente en poder de lo que estaba por encima de sus deseos, y por lo que ya desde antes suplicaba y suspiraba, aun cuando lo juzgaba irrealizable.

—Acepto —dijo, tendiendo la mano a Nausicles— con sumo placer todos tus ofrecimientos.

Éste le entregó la mano de su hija, y la declaró esposa suya. Invitó a continuación a los de la casa a cantar el himeneo. Él mismo abrió el baile, convirtien-
3 do así en improvisada boda el banquete actual. Todos se pusieron a bailar y a cantar, en alborozada comitiva que se dirigía a la cámara nupcial, un espontáneo himeneo, y las antorchas nupciales iluminaron la casa durante toda la noche[237]. Únicamente Cariclea, sola y apartada del bullicio, marchó a su habitación y, después de cerrar las puertas con gran precaución, se entregó, confiada en que nadie podría molestarla, a un frenesí como el de las bacantes. Se soltó el pelo con rabia y se rasgó el vestido.

—¡Ea! —decía—, bailemos también nosotros en honor del dios que nos ha tocado en suerte la danza que a él le gusta. Entonemos para él cantos de luto y hagamos el mimo[238] de nuestros lamentos. Que las

---

236 La dote que el padre regalaba a una hija con ocasión de su matrimonio estaba acompañada en general de regalos que el novio hacía a la futura esposa.

237 Como se desprende del contexto, el himeneo era el canto nupcial que en general cantaban las amigas de la novia en procesión desde la casa de los padres propios hasta la del marido.

238 Alusión a las danzas mímicas ejecutadas por los personajes de la tragedia cuando ejecutaban un solo.

tinieblas se extiendan alrededor; que una noche lóbrega presida la representación: rompamos este candil contra el suelo. Porque ¡qué lecho nupcial nos ha fabri- 4
cado! ¡qué habitación de boda nos ha preparado! Sola y sin esposo me tiene; de Teágenes, que ha sido hasta ahora mi esposo sólo de nombre, ¡ay! me ha dejado viuda. Cnemón se casa; Teágenes vaga errante, y vive cautivo o encadenado. ¡Pero hasta eso sería sería una fortuna, con tal de que únicamente esté vivo! Nausiclea se casa, la que hasta ayer dormía conmigo ya está separada de mí; Cariclea, en cambio, está sola y abandonada. No es que me queje de su felicidad. ¡oh 5
fortuna! ¡oh cielo! —que sean tan dichosos como ansían—, pero sí del trato que recibimos, porque no es el mismo para nosotros. Habéis alargado hasta el infinito nuestra tragedia, y supera ya todo grito de dolor que pueda representarse en escena. Mas, ¿por qué culpar sin razón a los dioses? Que se cumpla todo en adelante como quieran. ¡Oh Teágenes!, ¡mi único y 6
querido tormento!, si has muerto y me entero de lo que ojalá nunca me entere, no tardaré entonces en reunirme contigo. Por el momento te ofrezco estas libaciones funerarias— y al tiempo que hablaba, se arrancaba los cabellos y los arrojaba al lecho— y vierto estas libaciones de los ojos que te son queridos —y al punto la cama quedó empapada en lágrimas—. Pero, si vives aún, ¡oh dicha!, ven aquí, amado, a descansar conmigo, aunque sea en sueños; pero respétame aún, querido mío, y respeta a esta doncella, hasta que se convierta en tu legítima esposa. ¡Ay! ¡Ya estás aquí en mis brazos; ya creo tenerte, y verte!

Y diciendo esto, se echó bruscamente boca abajo 9
en el lecho, abrazándose estrechamente a él, mientras sollozaba con profundos gemidos; quedó así tendida durante largo rato, hasta que su infinito dolor fue dejándola aturdida, y una neblina que fue cubriendo

de sombras su mente la condujo insensiblemente al sueño. Había aclarado ya el día, y ella seguía dormida. Por eso, Calasiris, extrañado de no verla a la hora habitual aunque la había buscado, fue a su habitación y la despertó, tras mucho golpear con insistencia en la puerta y llamar a Cariclea repetidamente por su nom-
2 bre. Ella, turbada por lo repentino de la llamada, se precipitó a la puerta, tal y como se encontraba, corrió el pasador y abrió al anciano. Al ver éste su cabello desordenado, el vestido rasgado por el pecho, y sus ojos todavía hinchados, con muestras evidentes del delirio anterior al sueño, comprendió la causa de todo; la llevó otra vez a la cama, le cubrió con un manto a fin de que recobrara su decoroso aspecto y le preguntó:

3 —¿Qué sucede, Cariclea? ¿Por qué te atormentas tanto y llegas a esos extremos? ¿Por qué no conservas el juicio y dejas de estar a merced de las circunstancias? No soy capaz de reconocerte ahora; siempre te he visto soportar con temple y nobleza las calamidades ¿No vas a abandonar esa locura tan grave? ¿No te das cuenta de que eres un ser humano, algo que es por naturaleza inestable y sujeto a bruscos cambios? ¿Por qué te das muerte y echas a perder las esperanzas de un futuro, mejor con seguridad? Piensa también en mí, hija; piensa, si no en ti misma, al menos en Teágenes, que no querrá vivir si no es contigo y que en tu vida tiene puesta la única ganancia de la suya.

4 Se ruborizó Cariclea al oír esto, y más todavía al reflexionar en la situación en la que había sido sorprendida. Guardó silencio durante buen rato, pero como Calasiris le urgía una respuesta, dijo al fin:

—Tienes razón en todo lo que me reprendes, padre; pero quizá se me puede excusar. No es un apetito plebeyo ni caprichoso lo que me ha llevado a esos extremos; es el amor puro y casto por un hombre, al que, aunque no conozco, ya considero mi esposo; ¡no

es un hombre cualquiera además, es Teágenes! Su ausencia me llena de dolor y me pregunto con pánico si todavía vive o no.

—En eso, estate tranquila —repuso Calasiris—. Vive, 5
y los dioses accederán a que se reúna contigo, si hay que dar algún crédito a los oráculos recibidos (y sin duda hay que dárselo), y al individuo que ayer nos dio la noticia de que Tíamis lo ha capturado cuando lo llevaban de camino a Menfis. Si está preso, es igualmente claro que está a salvo, porque ya conocía con anterioridad a Tíamis y tenía con él relaciones de amistad. De manera que no es momento de dilaciones, sino de ir con toda la rapidez que podamos a la aldea de Besa; una vez allí, tú has de buscar a Teágenes, y yo, además, a mi hijo. Porque estoy seguro de que ya habrás oído que Tíamis es hijo mío[239].

—Si Tíamis es hijo tuyo —dijo Cariclea pensativa—, 6
si es realmente tu hijo, y no otro o el hijo de otro, el riesgo que vamos a correr ahora es el mayor.

Calasiris extrañado le preguntó la causa.

—Sabes —contestó ella— que los vaqueros me apresaron y me hicieron cautiva. Pues bien, allí también se atrajo el amor de Tíamis hacia mí esta belleza lozana de la que parece que he sido dotada para mi desgracia. Por eso tengo miedo de que si nos topamos con él en el curso de nuestras pesquisas, recuerde al verme que yo soy aquélla, y me obligue a llevar a cabo la boda que entonces me propuso y yo logré rehuir con diversas estratagemas.

---

239 Calasiris ha contado a Cnemón que Tíamis es hijo suyo (cf. II 25, 6); es posible que al narrar sus aventuras a Nausicles (V 16, 5 sigs.) haya mencionado también ese punto. Como Cariclea no estaba presente en ninguna de estas dos ocasiones, hay que entender que Cnemón o algún otro se lo han dicho; en todo caso, Cariclea parece saberlo, porque no manifiesta sorpresa.

7 —No creo —dijo Calasiris— que le domine una vehemencia tan grande en su deseo, como para olvidar el respeto que imponen la presencia y la visión de un padre. La mirada del que le ha dado el ser inspirará en el hijo un sentimiento de pudor, y le hará renunciar, si esa pasión existe realmente, a una aspiración ilícita. Pero, aun así, como nada hay que lo impida, ¿por qué no ingenias alguna treta que eluda esos temores? Me parece que eres muy hábil para inventar subterfugios y aplazamientos contra los que te acosan.

10 Estas palabras suavizaron un poco el ánimo de Cariclea.

—Tanto si hablas en serio —replicó—, como si es una broma que me haces, dejemos eso ahora. Recurriré también ahora (y ojalá sea para bien) a un ardid que antes había concertado con Teágenes, pero que las desgracias no permitieron llevar a cabo. Cuando nos disponíamos a escapar de la isla de los vaqueros, determinamos cambiar de vestido y disfrazarnos de pobres mendigos, para entrar de ese modo en aldeas y
2 ciudades[240]. Si a ti también te parece, finjamos esa apariencia y pasémonos por mendigos, pues así sufriremos menos las asechanzas de quienes se encuentren con nosotros. La miseria es en estos casos seguridad, y la pobreza más mueve a compasión que a odio. Tendremos también más posibilidades de conseguir el obligado alimento cotidiano[241], porque en tierra extranjera rara vez se venden cosas a desconocidos; en cambio, la limosna se da fácilmente, por misericordia.

11 Aprobó Calasiris este plan y decidió hacer inmediatamente los preparativos para el viaje. Fueron a ver a Nausicles y a Cnemón, y pusieron en su conocimien-

---

240 II 19, 1.

241 Cita casi literal de TUCÍDIDES, I 2, 2.

to la resolución de partir. Dos días después emprendieron el camino, sin aceptar la compañía de ningún otro, ni los ofrecimientos de acémilas que habían recibido. Nausicles, Cnemón y buen número de los de la casa caminaron con ellos un trecho. Se unió a la comitiva también Nausiclea, que a fuerza de súplicas y ruegos había conseguido el permiso de su padre; pues el cariño que sentía por Cariclea había sido muy superior al natural decoro de una recién casada. Tras 2
recorrer alrededor de cinco estadios, se despidieron con mutuos abrazos, hombres entre sí y mujeres entre sí, y se estrecharon las manos entre abundantes lágrimas y votos a los dioses, para que su separación se hiciera con los mejores auspicios. Cnemón además seguía pidiendo disculpas por no acompañarlos, estando tan reciente su matrimonio, y afirmaba, sin creer en ello, que en cuanto tuviera ocasión se reuniría con ellos. Así se separaron y volvieron a Quemis. Cariclea 3
y Calasiris se cambiaron primero las ropas, adoptando un aire de mendigos, y se pusieron humildes harapos que llevaban preparados de antemano. Luego Cariclea afeó su rostro y lo ensució, aplicando hollín y untándose de lodo. Se puso un velo lleno de manchas, cuyo borde pendía de su frente y ocultaba con torpe desaliño uno de sus ojos, y se colgó un morral bajo la axila, destinado en apariencia a guardar trozos de comida y mendrugos de pan, pero en realidad útil para ocultar el vestido sagrado que traía de Delfos, la corona y los objetos expuestos por su madre, así como las señales que permitirían reconocerla[242]. Calasiris envolvió la 4
aljaba de Cariclea en unas pieles de oveja gastadas, y se la puso en bandolera como si fuera un bulto cual-

242 El tema es homérico (cf. *Odisea* IV 244 sigs.), y la descripción del disfraz sigue en líneas generales el modelo de *Odisea* XIII 429 sigs., donde Atenea transforma a Ulises en mendigo.

quiera. Quitó también la cuerda del arco, que de inmediato recuperó su derechura, y comenzó a llevarlo a modo de bastón, sobre el que se apoyaba pesadamente. En cuanto veía que se iban a cruzar con alguien, se encorvaba más aún de lo que su vejez exigía, arrastraba una pierna e incluso a veces se dejaba llevar de la mano de Cariclea.

12 Una vez estudiado con sumo detalle su papel, y tras algunas bromas mutuas y felicitaciones de uno a otro por lo apropiado del disfraz, prosiguieron enseguida su camino en dirección a la aldea de Besa, lugar donde esperaban encontrar tanto a Teágenes como a Tíamis. Antes, no obstante, invocaron a la divinidad que el destino les había deparado, para que pusiera término a sus desgracias y se contentara con los sufrimientos precedentes y éste último[243]. Pero una vez más se vie-
2 ron frustradas sus esperanzas. En efecto, a la puesta del sol, estando ya en las inmediaciones de Besa[244], he aquí que ven una gran masa de cadáveres de individuos recién asesinados. La mayoría eran persas, según pudieron reconocer por las ropas y el armamento; algunos pocos, del país. Se figuraron que había sido una trágica batalla, pero no sabían a ciencia cierta de quiénes ni contra quiénes. Fueron avanzando por entre los cadáveres, mirando a la vez, por si alguno de los que yacían era de los suyos (el corazón abriga temores y es dado a vaticinar lo peor, cuando se trata de seres queridos), hasta que encontraron a una vieja mujer, abrazada al cuerpo exangüe de uno de los del país, y entonando todo género de lamentos fúnebres.

---

[243] Es decir, el verse obligados a disfrazarse de mendigos.

[244] La identificación de Besa es imposible, pues no existe ningún nombre antiguo que corresponda. Coray en su comentario proponía Antinoópolis, pero esta ciudad está bastante lejos del delta, con lo que es imposible que recorrieran esa distancia en plazo tan breve de tiempo.

Determinaron entonces intentar enterarse de algo, si 3
era posible, por la anciana: se sentaron primero a su
lado y trataron de consolarla y calmar sus violentos y
desconsolados llantos. Luego, cuando se fue apaciguan-
do, Calasiris preguntó a la mujer en lengua egipcia a
quién lloraba y qué era esta batalla. En pocas frases
ella les explicó todo: que lloraba la muerte de su hijo
y había decidido venir entre los cadáveres, para ver si
algún enemigo la atravesaba con la espada y la libra-
ba de la vida; que entretanto ofrecía a su hijo las
únicas honras fúnebres que podía: lágrimas y llantos.

En cuanto al combate, esto es lo que contó: 13

—Un joven extranjero, sobresaliente por su belleza
y estatura, era conducido hacia Menfis, a presencia de
Oroóndates, el sátrapa del Gran Rey. Se lo había en-
viado, creo, Mitranes, el jefe de la guarnición, de quien
era aquél prisionero, como uno de los regalos más
preciados, según dicen. Los de nuestra aldea, ésta de
aquí —y señaló la localidad próxima—, los atacaron y
capturaron a ese joven; decían que lo conocían, aunque
yo no sé si eso es verdad o una excusa. Mitranes en- 2
tonces se irritó al enterarse, como es fácil suponer,
y emprendió una expedición de castigo contra la aldea,
hace ahora dos días. Esta aldea tiene sin embargo una
gente extraordinariamente belicosa, dedicada siempre
toda la vida al bandidaje, y desdeña cualquier género
de muerte, razón por la que muchas otras mujeres, y
ahora yo en particular, hemos quedado viudas o sin
hijos. Así, pues, en cuanto tuvieron pruebas del ata-
que que se cernía, prepararon emboscadas, y cuando
los enemigos llegaron, presentaron batalla y los ven-
cieron. Unos les salieron al encuentro de frente, otros
irrumpieron por detrás, desde la posición en la que se
habían apostado, y atacaron a los persas, inermes y
aterrorizados por el griterío. Cayó Mitranes, que com- 3
batía en la vanguardia, cayeron con él casi todos, por-

que estaban rodeados y carecían de escapatoria posible, y cayeron también unos pocos de los nuestros. Entre esos pocos, el destino cruel ha querido que se encontrara mi hijo, que fue herido, como veis, por un dardo persa en el pecho. Ahora, desolada, lloro ante su cadáver; y mucho me temo que todavía voy a tener que llorar por el único hijo que me queda, porque también él partió ayer con el resto contra la ciudad de Menfis.

4 La interrumpió Calasiris para preguntarle por la causa de esta expedición militar. La anciana, que dijo que se lo había oído al hijo que aún le quedaba, añadió que los habitantes de la aldea se daban perfecta cuenta, después de haber matado a unos soldados del Gran Rey y al jefe de una de sus guarniciones, de que esta fatal hazaña no quedaría impune y les pondría en los peligros más graves. Oroóndates, el sátrapa de Menfis, disponía de numerosísimas tropas y, en cuanto se enterara, tomaría al primer ataque la aldea, cogiéndola como en una red[245], y exigiría como castigo la matanza de todos sus habitantes.

5 —Así, pues, como el riesgo existente ya no podía ser mayor, decidieron remediar, si podían, la consecuencia de su audacia anterior con una maniobra más temeraria todavía[246]: adelantarse a los preparativos de Oroóndates, caer sobre Menfis por sorpresa y matarle también a él si le encontraban; si coincidía que estaba ausente de la ciudad, porque ahora está dedicado por entero, según dicen, a la guerra contra Etiopía, sería más fácil apoderarse de una ciudad vacía de defenso-

---

245 La metáfora, muy frecuente en las *Etiópicas* (VII 4, 3; I 9, 2; II 25, 1; IX 1, 1; V 8, 1; VIII 2, 3; VII 4, 1), aunque no siempre en sentido militar, evoca la táctica empleada por los persas (cf. Heródoto, III 149; VI 31; Platón, *Leyes* 698 d).

246 La expresión deriva de un proverbio («curar un mal con otro») que se encuentra, entre otros, en Heródoto, III 53, y Plutarco, *Alcibíades* 25.

res; en ese caso, lograrían quedar fuera de peligro por el momento y, al mismo tiempo, hacer justicia con Tíamis, su jefe, restableciéndole en su sagrada dignidad sacerdotal, de la que había sido ilegalmente despojado por su hermano menor[247]. Incluso si sucedía que fracasaran, al menos morirían combatiendo, pues no pensaban dejarse coger presos y ponerse a merced
de las torturas y los escarnios de los persas. Mas, 6
extranjeros, ¿adónde vais ahora?

—A la aldea —respondó Calasiris.

—Es peligroso —dijo ella— ir y mezclarse entre los que han quedado, a estas horas y sin que nadie os conozca.

—Sin embargo, si tú haces el favor —dijo Calasiris— de conducirnos y presentarnos como huéspedes tuyos, no nos faltarían esperanzas de no tener nada que temer.

—No tengo tiempo —respondió la anciana—; tengo que celebrar esta noche unos sacrificios expiatorios por mi hijo. Pero si no os importa, y tampoco os queda otro remedio aunque no queráis, apartaos un poco por ahí, a un lugar despejado de cadáveres[248], y tened la paciencia de aguantar esta noche como podáis. Al amanecer os llevaré y velaré por vuestra protección.

Cuando terminó de hablar, Calasiris tradujo a Ca- 14
riclea todo lo que la anciana había dicho, y los dos se fueron de allí. Un poco más allá del que había sido campo de batalla, encontraron un pequeño montículo. Allí se acostó él, apoyando la cabeza en la aljaba;
Cariclea se sentó, utilizando de asiento el morral. Aca- 2
baba de salir la luna, que iluminaba todo el contorno con su blanca luz, pues era el tercer día de luna llena. Calasiris, viejo y cansado del camino, se durmió; Ca-

---

247 Cf. I 33, 2; *infra,* VII 2, 2 sigs.

248 La expresión imita a HOMERO, *Ilíada* VIII 491.

riclea, a quien las prolongadas preocupaciones quita-
ban el sueño, fue testigo de una escena impura, pero
3 habitual entre las mujeres egipcias. En efecto, la vieja,
creyendo que nadie la molestaría y que podría actuar
con tranquilidad porque nadie la observaba, cavó pri-
mero una hoya y luego prendió dos piras, en medio de
las cuales colocó el cadáver de su hijo. Sacó a conti-
nuación de una trébede que había a su lado una copa
de arcilla llena de miel y la vertió sobre la hoya; hizo
luego otra libación con otra de leche y finalmente una
tercera de vino. Después cogió un pastel de manteca
que tenía forma de hombre y tras coronarlo con laurel
4 e hinojo lo echó también en la hoya[249]. Acto seguido,
tomó una espada y entre convulsiones frenéticas, pro-
pias de un poseso, dirigió a la luna ciertos hechizos
en lengua bárbara y extranjera, se hizo una incisión
en el brazo, se enjugó la sangre con una rama de lau-
rel y roció con ella la pira. Después de algunas otras
prácticas, igualmente portentosas, se inclinó sobre el
cadáver de su hijo, lo conjuró con ciertas fórmulas
mágicas pronunciadas al oído, le despertó y le obligó
5 con sus brujerías a ponerse de pie. Cariclea, que ni
al principio había estado espiando sin temor, sintió
entonces un estremecimiento de terror y, espantada

[249] Los ritos que lleva a cabo la hechicera se corresponden en general con los que realiza *Ulises para también evocar* a los muertos (HOMERO, *Odisea* XI 24 sigs.), en particular, el acto de cavar una fosa y ofrecer tres libaciones (miel, vino y agua en la *Odisea*; en ESQUILO, *Persas* 607 sigs., Atosa evoca la sombra de Darío con leche, miel, agua, vino, y, además, aceitunas y flores). En cuanto al pastel con forma humana, HERÓDOTO, II 47, en quien se ha inspirado probablemente HELIODORO, afirma que los egipcios ofrecen a la Luna en los días de plenilunio un cerdo, pero los pobres sacrifican con idénticas ceremonias un pastel cocido con forma de cerdo. Hay que pensar, pues, que la ofrenda del pastel también aquí es un símbolo de una víctima humana; la sangre será la de la propia hechicera.

ante tales prodigios extraordinarios, despertó a Calasiris, para que también él pudiera presenciar estos hechos. Como estaban en la oscuridad, no podían ser vistos, pero observaban con claridad lo que ocurría a la luz de la luna y de la pira; tampoco estaban lejos, de manera que podían oír lo que la vieja decía, pues ahora preguntaba en voz más alta al cadáver. Y lo que le preguntaba era si su hermano, el hijo que todavía
le quedaba a ella, regresaría sano y salvo. Él no res- 6
pondió nada, pero hizo una señal de asentimiento con la cabeza, que su madre podría interpretar de acuerdo con sus esperanzas; seguidamente, se desplomó tendido de bruces. Ella hizo girar su cuerpo, poniéndolo boca arriba, e insistió en su pregunta, pero en términos ahora, al parecer, más violentos y conminatorios; pronunciaba de nuevo en sus oídos numerosos hechizos y se lanzaba espada en mano alternativamente hacia la pira y hacia la hoya, hasta que logró que de nuevo se incorporara. Una vez él de pie, volvió a interrogarle acerca de lo mismo, constriñéndole a que declarara con toda claridad su vaticinio, no sólo con movimientos de cabeza, sino de palabra también.

Mientras la vieja se entregaba a tales brujerías, 7
Cariclea no dejaba de implorar a Calasiris que se acercaran ellos también para preguntarle por Teágenes. Él rehusaba y afirmaba que ya de por sí el espectáculo era una acción impía que únicamente presenciaban porque no tenían otra alternativa. Los sacerdotes no debían tomar parte ni asistir a tales sacrilegios, pues ellos practicaban la adivinación mediante sacrificos rituales y plegarias puras, a diferencia de los profanos, que lo único que hacían era reptar, en el sentido estricto de la palabra, por tierra entre cadáveres, como la egipcia les había deparado ocasión de ver[250].

---

[250] Calasiris ya alude a estas prácticas en III 16, 3, donde separa tajantemente dos modos de conocimiento.

15 Mientras todavía hablaba, el cadáver con un mur-
mullo grave y siniestro que parecía salir de las profun-
didades de la tierra o del abismo de una caverna
declaró:
—Al principio, madre, he tenido piedad de ti, aun-
que quebrantabas la ley de la humana naturaleza y
violentabas los sagrados ordenamientos de las Parcas.
He soportado también verte mover lo inmutable con
tus brujerías, sólo porque pervive aún entre los muer-
2 tos un cierto respeto por los padres. Mas, ya que in-
cluso ese principio quieres, en lo que a ti concierne,
destruir, y no sólo has realizado al comienzo actos im-
píos, sino que has llegado ya a una maldad nefanda y
sin límites, al forzar a un cadáver primero a ponerse en
pie y responderte con un movimiento de cabeza, y lue-
go también a hablar, descuidando mis honras fúnebres
e impidiendo a mi alma que se reúna con las demás,
sin pensar más que en servirte de mí como un instru-
mento, escucha lo que antes procuraba no revelarte.
3 Ni tu hijo regresará sano y salvo, ni escaparás tú de
una muerte violenta mediante un arma. Has pasado tu
vida dedicada a tales ofensas sacrílegas, y por eso
tendrás que arrastrar bien pronto el violento final
reservado para todos los que hacen como tú. Además,
ni siquiera tuviste la precaución de celebrar estos
abominables misterios en la soledad, el silencio y la
sombra, sino que has osado practicar tu exorcismo
con los destinos de los muertos, en presencia de unos
4 testigos como los que hay ahora. Uno es un sacerdote
—esto no es lo peor, porque es sabio, como para poner
un sello de silencio en su boca y no revelar nunca nada,
y además amigo de los dioses. Su aparición, si se da
prisa, evitará y pondrá fin al sanguinario combate de
sus hijos, justo en el momento en que ellos, ya arma-
dos, estén a punto de darse muerte en singular com-
bate. Pero lo que es más grave es que también una

muchacha oiga y sea testigo presencial de todo esto: una pobre mujercita arrastrada por los torbellinos del amor, que vaga por toda la tierra, por decirlo así, en busca de su amado, con quien después de mil fatigas y mil peligros compartirá en los confines extremos de la tierra[251] el relumbrante destino de una reina.

Dicho esto, se desplomó y quedó tendido en tierra. La vieja comprendió que eran los extranjeros quienes habían estado observando, y, tal y como estaba, armada con la espada y loca de furia, se lanzó contra ellos y se precipitó a buscarlos por entre los cadáveres. Sospechaba que se habían ocultado entre los muertos y llevaba intención de matarlos si los encontraba, como si ellos hubieran espiado sus actos de brujería con un insidioso propósito de conseguir el efecto contrario. La cólera, mientras indagaba entre los cadáveres, la cegaba, y así, sin darse cuenta, el trozo de una lanza rota que estaba en punta se le clavó en la ingle, y le atravesó de parte a parte. Cayó muerta, cumpliendo con tanta prontitud el justo castigo vaticinado por su hijo.

---

251 La forma métrica de esta expresión permite suponer una imitación de la tragedia.

LIBRO SÉPTIMO

1 Calasiris y Cariclea, que habían corrido un peligro tan grave e inminente, prosiguieron enseguida con renovado afán su camino hacia Menfis, en parte por alejarse cuanto antes de los horrores que tenían ante sus ojos, en parte también por las profecías oídas. Aún no habían llegado a la ciudad, cuando ya en ella se estaban realizando los vaticinios pronosticados por el cadáver.

2 En efecto, cuando se presentó Tíamis a la cabeza de los bandidos de Besa, los de Menfis apenas tuvieron el tiempo necesario para cerrar las puertas, gracias a las advertencias que había hecho a los de la ciudad uno de los soldados de Mitranes, que había huido en la batalla de Besa y había dado la alarma del ataque próximo. Tíamis dio orden de dejar las armas y acampar ante una parte de la muralla. Así, procuraba para su ejército un descanso del viaje realizado a marchas forzadas, y mostraba su intención de poner sitio[252].

---

[252] El asedio de Tíamis con los bandidos de Besa contra la ciudad de Menfis constituye, a primera vista uno de los elementos más inverosímiles de la novela. No obstante, TUCÍDIDES, I 104 (cf. 109 sig.), afirma que Inaro, hijo de Psamético, rey de los libios, sublevó la mayor parte de Egipto contra Artajerjes (460 a. C.) y, con la ayuda de los atenienses que con su flota remontaron el Nilo, se adueñó de las dos terceras partes de Menfis. Algunos otros detalles de la narración de

Los de la ciudad, asustados al principio porque creían 3
que les atacaba un ejército numeroso, cuando se dieron cuenta gracias a la vigilancia desde las murallas de que los enemigos constituían un número reducido, cobraron nuevos ímpetus, reunieron enseguida a los pocos jinetes y arqueros que habían quedado para custodiar la ciudad y armaron al pueblo ciudadano con lo que hallaron a mano, prestos a salir y trabar combate con
los oponentes. Sin embargo, un anciano, uno de los que 4
gozaban de mayor prestigio, les disuadió diciéndoles que aunque se daba la circunstancia real de que el sátrapa Oroóndates estaba ausente por haber salido en campaña contra los etíopes, no obstante lo justo era al menos comunicar antes sus propósitos a su esposa Ársace. En cuanto ella diera su consentimiento a la empresa, las tropas que se encontraban diseminadas por la ciudad prestarían su colaboración con más rapidez y combatirían con más ardor. Decidieron hacer lo que él les había propuesto, y todos se dirigieron al palacio real, que los sátrapas usaban como lugar de residencia en ausencia del Rey.

Ársace[253] era una mujer alta y bella, de espíritu in- 2
teligente y emprendedor, y sumamente jactanciosa de su nobleza, cosa natural en quien era hermana del Gran Rey; pero llevaba un género de vida censurable, entregada a placeres licenciosos y desenfrenados; entre otros hechos, había sido también responsable del destierro de Menfis impuesto a Tíamis.

Tucídides muestran cierta semejanza con los que Heliodoro describe a propósito del asedio de Siene (IX 1 sigs.). Los persas consiguieron sofocar la sublevación, pero no pudieron someter a Amirteo, el rey de los pantanos, debido a la gran extensión de la zona pantanosa y a que los habitantes de los pantanos son los más belicosos de los egipcios (Tucídides, I 110, 2; cf. Heródoto, II 140).

253 El nombre parece ser de origen persa (cf. Heródoto, I 209).

2 Lo que había sucedido era lo siguiente: poco después de haberse ido Calasiris de Menfis sin que nadie lo supiera, a causa de la profecía advertida por los dioses acerca de sus hijos, como ya había desaparecido, e incluso se le daba por muerto, Tíamis fue requerido, en su calidad de hijo mayor, para la dignidad del sacerdocio[254]. En la ocasión en que celebraba en presencia de todo el pueblo los sacrificios de la toma de posesión, Ársace se encontró por las proximidades del templo de Isis con éste, un joven lleno de encanto y juventud, más bello aún por el traje que llevaba puesto para la celebración de ese día; y entonces, puso en él sus ojos licenciosos y le hizo señales declaratorias de
3 sus deshonestos apetitos. Tíamis no dio a esta circunstancia la menor importancia; era un joven casto por naturaleza, y su educación desde niño le había desarrollado esta disposición natural. Todo esto hacía que estuviera muy lejos de sospechar el significado verdadero de los gestos; como estaba además atento por entero a la ceremonia, supuso que su intención era
4 bien diferente. Sin embargo, su hermano Petosiris, que llevaba cierto tiempo enfermo de celos contra él por el sacerdocio que también ambicionaba, no dejó de observar las provocaciones de Ársace, y aprovechó esta ilícita tentativa para tender una trampa a su hermano. Se acercó a Oroóndates en secreto y le declaró no sólo la pretensión de aquélla, sino que añadió la calumnia
5 de que Tíamis había consentido. Las sospechas previas que tenía Oroóndates acerca de Ársace causaron un pronto convencimiento de la veracidad de estas acusaciones. Sin embargo, a ella la dejó tranquila, en parte

[254] Heródoto, II 37, habla de muchos sacerdotes en el templo de Isis en Menfis; el hecho de que aquí se hable de uno sólo puede obedecer a una estilización de la realidad por parte del autor (sin embargo, algunos detalles acerca de la dieta y el peinado difieren también de Heliodoro).

porque no tenía una prueba irrefutable, y sobre todo porque el miedo y el respeto que sentía por la familia real le obligaban a su pesar a tolerarlo y a hacer caso omiso de sus sospechas. Ahora bien, en cuanto a Tíamis, no dejaba de amenazarle abiertamente con la muerte; y no cesó hasta forzarle a refugiarse en el exilio. Entonces nombró a Petosiris para el sacerdocio.

Esto es lo que en otro tiempo había ocurrido. Vol- 3
viendo, pues, al relato, diremos que una muchedumbre se congregó en el palacio de Ársace y le anunció el ataque enemigo, del que ella ya estaba informada. Pedían que mandara salir al combate a cuantos soldados hubiera en la ciudad. Pero ella les dijo que no era conveniente dar esa orden de una manera tan precipitada, sin saber el número de los atacantes, ni quiénes eran o de dónde venían, y sin conocer el motivo de la agresión. Primero había que ir a las murallas y observar desde allí absolutamente todo, y luego, una vez reunidos los soldados, pasar a la acción, después de tomar las medidas pertinentes o posibles. Se aprobó 2
este criterio. Al punto se lanzaron hacia la muralla, donde a órdenes de Ársace había sido erigido un baldaquino para ella con tapices purpúreos y bordados de oro. Llegó lujosamente ataviada y se sentó en un elevado trono rodeada de sus guardias de corps, revestidos de armaduras doradas. Mandó mostrar un caduceo[255], como signo de que quería entablar conversaciones de paz, y propuso a los principales y más notables de los enemigos que se acercaran a la muralla. Tíamis 3

255 Es el atributo de Hermes, como mensajero de los dioses, y emblema de los heraldos; gracias a él, éstos eran personas inviolables, y cualquier transgresión en su contra, un sacrilegio ante los dioses. En cuanto a la forma, era una rama de olivo coronado por un elemento en forma de 8, que representaba las serpientes que Hermes había separado con su bastón mientras peleaban.

y Teágenes, elegidos por las tropas, avanzaron y se detuvieron al pie del muro; iban armados, pero con la cabeza descubierta. El heraldo pregonó entonces[256]:

—En nombre de Arsace, esposa de Oroóndates, el primero de los sátrapas, y hermana del Gran Rey, os interrogo: ¿qué queréis? ¿quiénes sois? ¿qué razón invocáis para emprender tan temerario ataque?

4 Respondieron que eran un ejército de besaeos; Tía-
mis declaró también quién era él, y añadió que, des-
pojado de su sacerdocio por las ilegales intrigas de su
hermano Petosiris y de Oroóndates[257], venía a ser res-
tablecido en él por los de Besa. Si recobraba su digni-
dad sacerdotal, se haría la paz, y los de Besa regresa-
rían a sus casas sin hacer ningún daño a nadie; pero si
5 no, las armas y la guerra decidirían. También Arsace,
si se preocupaba por sus propios intereses, debía apro-
vechar esta oportunidad para vengar las asechanzas
de que había sido objeto por parte de Petosiris, así
como las impías calumnias, con las que éste la había
acusado ante Oroóndates y que habían sembrado con-
tra ella en su marido la sospecha de una pasión adúl-
tera y mezquina, y habían impuesto contra sí mismo
el destierro de la patria.

4 Estas razones llenaron de desconcierto a los mora-
dores de Menfis: habían reconocido a Tíamis, de cuyo
sorprendente destierro habían ignorado hasta entonces
el motivo; y ahora por sus palabras comenzaban a sos-
pechar, y finalmente a creer, que ésa era la verdad.
Pero más confundida que todos estaban aún Arsace:
por su mente iba desfilando un tumulto de pensamien-
2 tos desordenados. Llena de cólera contra Petosiris,
traía a su imaginación los sucesos pasados y meditaba

[256] El heraldo emplea una forma solemne, reservada para los más altos mandatarios.

[257] En los pasajes anteriores no se ha dicho que Oroóndates haya intervenido en las maquinaciones sufridas por Tíamis.

venganza; al contemplar a Tíamis y a Teágenes, su corazón se desgarraba en dos, y cada parte la arrastraba a una pasión distinta, sintiendo amor por ambos a la vez: uno ahora renovado; otro nuevo en su alma y, por tanto, más punzante. Sus angustias eran tan notorias, que no pasaron inadvertidas a los que la rodeaban. No obstante, guardó unos instantes de silencio, 3
fue recobrándose, como después de un ataque de epilepsia[258], y finalmente dijo:

—Esa guerra, inmejorables amigos, es una locura colectiva de todos los de Besa; pero más aún de vosotros, jóvenes tan amables y vigorosos, además de bien nacidos según sé, y es, en todo caso, fácil de conjeturar. Os lanzáis a un peligro manifiesto en beneficio de unos bandoleros, que, si llegara el combate, no resistirían ni el primer instante de lucha. Pues no creáis que las tropas del Gran Rey son tan débiles que, aunque el sátrapa esté ausente, no vayan a cogeros a todos en una red con lo que ha quedado aquí de su ejército. Tampoco es preciso, estimo, que la mayoría tenga que 4
morir, siendo el ataque por una causa privada de algunos, no por una pública; lo que hay que hacer más bien es resolver la querella también en privado, y aceptar el fin que los dioses y la propia justicia dictaminen. Es mi criterio —prosiguió—, y así lo ordeno, que todos los menfitas y besaeos estén tranquilos y quietos, sin hacerse entre sí una guerra injustificada, que quienes se disputan el sacerdocio se enfrenten en combate singular, y que el premio para el vencedor lo constituya la jerarquía sacerdotal[259].

---

258 El término griego pertenece a la lengua médica; en la lengua corriente se denomina «enfermedad sagrada».

259 Esta exhortación de Arsace está probablemente inspirada en la escena que narra Homero (*Ilíada* III 84 sigs.), en el momento en que griegos y troyanos depositan sus armas y comienza el duelo entre Menelao y Alejandro. Desde un punto

5 Las palabras de Ársace fueron acogidas por todos los de la ciudad con gritos de alegría y gestos de aprobación, en parte porque tenían sospechas de las pérfidas intrigas de Petosiris, y sobre todo porque cada uno estaba contento de alejar de sí un peligro, tan inminente como imprevisto, y dejar que la situación se
2 resolviera mediante el combate de otros. En cambio, a la mayoría de los de Besa parecía no agradarles la propuesta, pues no estaban dispuestos a permitir que su caudillo corriera riesgos en lugar de ellos mismos. Al fin, Tíamis les persuadió para que aceptaran el trato, haciéndoles ver la debilidad y la inexperiencia de Petosiris con las armas, y animándoles porque todas las ventajas estaban de su parte. Esto justamente es lo que parece que Ársace había tomado en consideración cuando propuso el duelo singular: pensaba lograr así su objetivo sin provocar sospechas y, al mismo tiempo, vengarse cumplidamente de Petosiris, si le hacía entrar en combate con Tíamis, mucho más valeroso que
3 él. La ejecución de estas órdenes, pues, se hizo antes de lo que se tarda en decirlo. Se aprestaba Tíamis para el desafío con toda rapidez y ardor: iba cogiendo con alegría las armas que le faltaban. También Teágenes le infundía coraje renovado, mientras le ajustaba en la cabeza el casco, coronado de un hermoso penacho, y centelleante de dorados reflejos, y le ataba con firmeza el resto de las armas [260]. A Petosiris, sin embargo, se le obligó a empujones, siguiendo órdenes de Ársace, a salir fuera de las puertas de la muralla, y a pesar

---

de vista más general, el duelo entre los dos hermanos está inspirado, incluso en ciertos detalles, por el de Aquiles y Héctor (*Ilíada* XXII) y por el duelo de los también hermanos Eteocles y Polinices en las *Fenicias* de Eurípides.

260 El colorido homérico es evidente: cf. *Ilíada* XXII 131 sig.; III 330 sigs.; XIX 360 sigs.

de sus gritos y súplicas se le armó a la fuerza[261]. Tíamis, 4
al verle, dijo a Teágenes:

—Mi buen amigo, ¿no ves cómo tiembla de miedo Petosiris?

—Sí lo veo —contestó—, mas ¿cómo vas a comportarte en esta situación? No es simplemente un enemigo; el adversario es tu hermano.

—Tienes razón —replicó— y has acertado mi pensamiento. Lo que tengo decidido, si la divinidad accede, es derrotarle, pero no matarle. Porque no quieran los dioses que me dominen tanto la ira y la cólera por lo que he padecido, hasta el extremo de cobrar venganza del pasado con la sangre de un hermano; ni quiero tomar la honra para el futuro a cambio de la impureza que supone el asesinato de uno que ha nacido del mismo vientre que yo.

—Tus palabras —dijo Teágenes— son las de un 5
hombre noble que conoce las leyes de la naturaleza. Pero a mí ¿tienes alguna recomendación que hacerme?

—El combate inmediato —replicó— no encierra ningún problema; pero, ya que la suerte humana gusta de introducir con frecuencia hechos insólitos y anómalos, si logro la victoria, vendrás tú conmigo a la ciudad y disfrutarás de lo mismo que yo; si nuestras esperanzas salen fallidas, tú serás el jefe de los besaeos, que sienten por ti gran simpatía, y llevarás una vida de bandido, hasta que la divinidad te permita vislumbrar alguna salida favorable para tu situación.

A continuación se abrazaron y despidieron entre be- 6
sos y lágrimas. Teágenes se sentó allí, tal y como estaba con las armas, para observar el desenlace. Su presencia, sin él saberlo, se ofrecía como motivo de com-

261 La escena es semejante a la de *Odisea* XVIII 75 sigs., donde los pretendientes obligan a Iro a tomar las armas para enfrentarse con Ulises.

placencia a las miradas de Ársace, que no dejaba de observarle y satisfacer, al menos con la vista, su pasión.
2 Tíamis se lanzó sobre Petosiris; pero éste no resistió ni el primer embate, pues al primer movimiento de su enemigo se puso en fuga y se dirigió hacia las puertas, ansioso por refugiarse en el interior de la ciudad. Sin embargo, su empeño resultó inútil: los centinelas allí apostados le cerraron el paso, y los que estaban en la muralla daban voces cada vez que se encaminaba hacia un lugar diferente, para que le impidiesen entrar. Él entonces tiró las armas y emprendió la huida a toda la velocidad de que era capaz alrededor de la ciudad.
3 Corría también detrás Teágenes, inquieto por Tíamis y ávido de ver absolutamente todo; pero no con las armas, porque para evitar cualquier sospecha de que trataba de socorrer a Tíamis había tenido la precaución de dejar el escudo y la lanza en el lugar de la muralla donde había estado sentado y sometido a las miradas de Ársace —a falta de su persona, dejó la oportunidad de que al menos ella contemplara las armas—, y había echado a correr tras de ellos. Petosiris estaba a punto de ser alcanzado; no era ya grande la delantera que llevaba en su huida, de modo que en cada momento parecía que se le iba a dar alcance; pero siempre lograba escapar por la ventaja que le daba naturalmente el ir sin armas, a diferencia
4 de Tíamis. Una vez y una segunda rodearon así la muralla. Pero cuando estaban acabando ya la tercera vuelta[262], y ya Tíamis blandía la lanza sobre la espalda de su hermano, amenazándole con arrojarla si no se detenía —toda la ciudad en torno de la muralla, como en un teatro, seguía con sus miradas el espectáculo—,

[262] La persecución recuerda a la de Aquiles tras Héctor (cf. *Ilíada* XXII 199 sigs.), pero Heliodoro ha tenido buen cuidado de hacer diferentes algunos detalles (en Homero el desenlace ocurre al comenzar la cuarta vuelta).

entonces, bien una divinidad, bien el azar que preside los destinos humanos añadió un insólito episodio a la tragedia que se estaba representando, como introduciendo el comienzo de un nuevo drama que dejara pequeño al anterior: he aquí que hizo aparecer a 5
Calasiris, justo en el momento y en el día apropiados, como traído con la ayuda de una máquina de las que se emplean en los escenarios, para que también él tomara parte y fuera desdichado espectador de la lucha mortal de sus dos hijos. Había soportado con valor innumerables desgracias[263], había intentado todo, se había impuesto destierros y errantes caminos extranjeros, todo por evitar tan cruel espectáculo; pero el destino le había vencido y obligado por fin a ver lo que los dioses le pronosticaron mucho tiempo antes. Había divisado aún desde lejos la persecución de dos hombres, de inmediato se había dado cuenta de que eran sus hijos, gracias a los vaticinios recibidos; entonces, olvidó su vejez y echó a correr con más vigor de lo que su edad permitía, para llegar antes del encuentro fatal.

Pues bien, cuando estuvo cerca, prosiguió su ca- 7
rrera casi a la par de ellos, gritando sin cesar:

—¡Qué hacéis! ¡Tíamis! ¡Petosiris! —y les increpaba continuamente— ¡Qué hacéis, hijos!

Mas ellos no reconocieron a su padre, sin duda por los harapos de mendigo que todavía llevaba y por el empeño que tenían puesto en el duelo, y dejaron incluso de prestarle atención, tomándole por un vagabundo o un individuo de mente transtornada. Entre

263 La expresión se encuentra de modo parecido en EURÍPIDES, *Fenicias* 60, aplicada a Edipo; como, además, poco después (VII 10, 4) aparece *katabóstrychos*, término poético que se documenta casi sólo en EURÍPIDES, *Fenicias* 145, la conclusión probable es que Heliodoro ha conocido bien esta obra de Eurípides.

los de la muralla, unos estaban admirados de ver con qué desprecio por la propia vida se arrojaba entre los contendientes, otros se reían de quien pensaban era un
2 desvariado que corría sin motivo. Comprendió el anciano que no le reconocían a causa de su miserable aspecto; entonces se quitó los harapos, se soltó la cabellera, que no estaba atada, como siempre la llevan los sacerdotes, tiró el bulto que tenía sobre los hombros y el bastón de sus manos, y se detuvo frente a ellos. Al punto notaron su prestancia venerable y sagrada. Calasiris se arrodilló lentamente y exclamó, extendiendo sus manos en actitud de suplicante, entre lágrimas y gemidos:

—Hijos, soy yo, Calasiris; soy yo, vuestro padre. Deteneos; detened esa siniestra locura. Estáis ante el que os dio la vida; ¡respetadle!

3 Cayeron ambos a los pies de su padre, anonadados y a punto de desfallecer. Se abrazaron a sus rodillas, le observaron primero con atención, hasta estar seguros de que era él, y, cuando se cercioraron de que no era una visión, sino una verdadera realidad, una gran variedad de sentimientos contrarios les acometió: alegría, por ver sano y salvo a su padre contra toda esperanza; disgusto y vergüenza, por la situación en que los había encontrado; incertidumbre y angustia
4 por lo que iba a suceder. Los habitantes de la ciudad seguían asombrados, estaban mudos e inmóviles, estupefactos y sin comprender nada, y no hacían más que mirar atónitos como personajes de un cuadro; pero entonces apareció sobre el escenario un nuevo perso-
5 naje: Cariclea. Ésta había ido siguiendo los pasos de Calasiris y había reconocido a Teágenes, cuando aún estaba lejos. Los ojos de los enamorados son, en efecto, muy ágiles para reconocer a sus seres amados, y con frecuencia la manera de andar y la silueta, aun de lejos y de espaldas, de un desconocido les produce por

su semejanza la ilusión de estar viéndolos. Aguijoneada, pues, por lo que veía, marchó enloquecida hacia él, se abrazó con fuerza y, colgada de su cuello, le saludó con llantos y lágrimas, incapaz de pronunciar palabra. Teágenes, como es natural, al ver una cara 6
sucia, afeada a propósito, y unas ropas raídas y andrajosas, la tomó por una verdadera vagabunda de esas que van mendigando. Trataba por eso de apartarla y rechazarla con ayuda de los codos. Finalmente, como ella no le soltaba y le estaba impidiendo con sus molestias ver a Calasiris y a sus hijos, llegó incluso a darle una fobetada.

—¡Pitio! —le susurró ella en voz baja—, ¿tampoco 7
te acuerdas de la antorcha?

Teágenes entonces, como herido por el dardo de esa palabra, recordó que la antorcha era una de las señales convenidas para reconocerse con Cariclea. Observó con atención los ojos de Cariclea que le miraban con un brillo parecido al de un rayo de sol al atravesar las nubes, y la abrazó y estrechó entre sus brazos.

Ársace entretanto, henchida de ira, miraba a Cariclea con ojos llenos de celos. Todos, en fin, los que estaban en la parte de la muralla donde estaba situado el trono estaban impresionados ante esta maravillosa escena.

Así terminó esta impía guerra entre hermanos. La 8
querella, que amenazaba decidirse con la sangre, tomó un desenlace feliz, en vez de trágico. Un padre había visto a sus hijos armados y enfrentados en desafío personal, había estado a punto de contemplar con sus paternales ojos la desdichada muerte de los que le debían el ser; pero gracias a su arbitraje mediador había renacido la paz; en vano había intentado eludir lo determinado por el destino; sin embargo, había tenido la fortuna de presentarse en el momento en que iban a cumplirse sus designios. Los hijos recobraron 2

al que les dio el ser, después de un continuo vagar de aquél durante diez años. Al que con su ausencia había sido causa de la disensión que les había enfrentado hasta casi la muerte, ellos mismos le coronaron poco después, adornaron su cabeza con los símbolos de la dignidad sacerdotal y le acompañaron en cortejo.

Pero las delicias del espectáculo por encima de todo lo demás era la escena amorosa del drama: Teágenes y Cariclea, dos jóvenes tan bellos y tan agradables, que habían vuelto a encontrarse contra toda esperanza. Ellos eran sobre todo los que atraían la atención de los de la ciudad.

3 Salieron todos sus habitantes en tropel por las puertas. La llanura situada ante los muros se fue llenando de gentes de toda edad: los jóvenes y los apenas llegados a la edad varonil corrían junto a Teágenes; a Tíamis se unían los adultos en el vigor de la vida, los que se hallaban en plena madurez y cuantos podían todavía recordar a Tíamis; las doncellas de la ciudad y las muchachas que ya soñaban con casarse se agrupaban en torno a Cariclea; y todos los ancianos y
4 sacerdotes escoltaban a Calasiris. Así se formó de manera espontánea una especie de procesión sagrada.

A los de Besa, Tíamis les despidió, dándoles las gracias por su buena disposición de ánimo y prometiendo enviarles cien vacas, mil reses de ganado menor y diez dracmas para cada uno, en cuanto llegara la luna llena. Luego, pasó el cuello por debajo del brazo de Calasiris para aliviarle el paso y ayudar al anciano, a quien le flaqueban las fuerzas un poco a causa de la inesperada
5 alegría. Lo mismo hacía Petosiris por el otro lado. El anciano fue así conducido a la luz de unas teas hasta el templo de Isis[264], escoltado por los aplausos y las

---

264 Las procesiones con teas parecen haber sido uno de los ritos característicos en el culto de Isis y Sérapis; cf. Aquiles Tacio, V 1-2.

felicitaciones. Los sones de numerosas zampoñas y flautas sagradas incitaban a los jóvenes a bailar, en el delirio de la alegría. Tampoco faltó Ársace a estos 6
acontecimientos jubilosos. Iba aparte con su escolta personal, rodeada de un suntuoso cortejo y cubierta de alhajas y oro. También penetró en el templo de Isis, con la misma intención en apariencia que el resto de la ciudad, pero en realidad con los ojos pendientes de modo exclusivo en Teágenes, a quien no se hartaba de contemplar, más aún que todos los demás. Pero este placer no estaba exento de amargura, porque Teágenes llevaba a Cariclea cogida del brazo para abrirle paso entre la multitud arremolinada: y esto era un punzante aguijón de celos que se clavaba en el corazón de Ársace. Cuando entraron, pues, en el san- 7
tuario, Calasiris se arrojó de bruces, abrazado a los pies de la estatua de la diosa, y en esta postura se mantuvo durante muchísimo espacio de tiempo, a punto incluso de expirar. Cuando le reanimaron al fin los que se encontraban a su alrededor, se levantó con ciertas dificultades, hizo a la diosa una libación y una plegaria, y tras quitarse de su cabeza la corona sacerdotal se la puso a su hijo Tíamis. Al mismo tiempo, declaró ante la multitud congregada que él era muy viejo y sentía próximo su fin; que este honor de los atributos sacerdotales correspondía ahora legalmente a su hijo mayor, un hombre adornado de las suficientes cualidades físicas y morales para ejercer el ministerio sagrado.

Estas palabras promovieron en el pueblo un esta- 9
llido de gritos y elogios de aprobación. Calasiris a continuación se retiró en compañía de sus hijos y de Teágenes y Cariclea a la parte del santuario que estaba reservada para alojar a los sacerdotes. El resto se fue cada uno a casa. También Ársace acabó por irse, aunque a duras penas y después de regresar muchísi-

mas veces y vagar de acá para allá, con el pretexto de ofrecer nuevos actos de culto en honor de la diosa; sin embargo, se marchó al fin, no sin volver continuamente la mirada hacia Teágenes, mientras pudo verle.
2 Al llegar al palacio real, se dirigió enseguida a sus aposentos, se dejó caer sobre el lecho, tal y como estaba vestida, y se quedó tendida sin pronunciar palabra. Su corazón de mujer, y de mujer además entregada a placeres deshonestos, se abrasaba con la irresistible contemplación de Teágenes, aún más que en ocasiones anteriores, y esta pasión le golpeaba con mayor
3 violencia que todas las que había sentido antes. Pasó así acostada toda la noche, cambiando de postura y volviéndose a uno y otro lado continuamente, sin dejar de gemir con profundos suspiros. Ahora se ponía de pie, ahora volvía a echarse sobre la ropa de la cama; comenzaba a desnudarse, y de nuevo se dejaba caer de repente sobre el lecho[265]; otras veces llamaba a su criada sin motivo, y la despedía sin ningún en-
4 cargo. En definitiva, el amor que había sobrevenido iba a convertirse en auténtica locura de un modo insensible, si no hubiera sido porque una vieja llamada Cíbele, una antigua doncella que habitualmente era cómplice en las intrigas amorosa de Arsace[266], entró corriendo en la alcoba y vio absolutamente todo lo que allí dentro sucedía, gracias a la luz de un candil encendido, que unido al amoroso fuego de Arsace parecía iluminar la estancia entera.
5 —¿Qué ocurre, mi señora? —dijo—, ¿qué nuevo y extraño sufrimiento te atormenta? ¿A quién has vuel-

---

265 El dolor por la muerte de Patroclo impide también a Aquiles conciliar el sueño, cf. *Ilíada* XXIV 3 sigs.

266 El papel que desempeña Cíbele en la novela es, a grandes rasgos, el mismo que el de la nodriza de Fedra en el *Hipólito* de Eurípides. Aun así, aquí aparecen los celos como nuevo elemento.

to a ver, que ha llenado de congoja a la hijita que yo he criado? ¿Quién es tan vanidoso e insensato que no se deje cautivar por tu superior belleza o no considere una dicha su amorosa unión contigo, en lugar de desdeñar tus favores o tu voluntad? Dímelo solamente, hija mía, lo que más quiero en este mundo. No hay corazón de acero tan duro que resista mis seducciones. Dímelo, que no tardarás en cumplir tus deseos. Abundantes pruebas, creo que tienes por mi actuación en otras ocasiones.

Continuó diciendo estos y otros hechizos semejan- 10
tes; se echaba con lisonjas a los pies de Ársace y le prodigaba todo género de zalemas para que confesara el motivo de su pena.

—Estoy herida —replicó ella, tras un breve silencio—, madre, como nunca hasta ahora, y, aunque tus favores han sido muchos y frecuentes en semejantes
circunstancias, no sé si esta vez tendrás éxito. Pues 2
has de saber que la guerra que hoy ha estado a punto de estallar ante las murallas, tan súbitamente luego calmada, si bien para los demás se resolvió sin sangre y se tornó en paz, ha sido para mí causa y principio de una guerra más real, y herida, no en una parte o en un miembro sólo, sino en mi propia alma; y ha sido así, porque ha puesto ante mi vista a ese joven extranjero, el que corría al lado de Tíamis durante el duelo
personal. Sabes seguramente, madre, a quién me refie- 3
ro. No era su belleza un pequeño rayo que refulgía destacándose de los demás, ni era tan débil como para que dejara de notarlo una persona rústica o uno que no aprecie la belleza; cuanto menos tú, que tienes dilatada experiencia. Ya sabes, querida amiga, el dardo que me ha herido. Hora es, pues, de que pongas en movimiento todo ingenio, todos los hechizos que las viejas conocéis, y toda tu astucia, si quieres que sobreviva la persona de quien eres nodriza. Ten plena

seguridad de que no viviré, si no gozo de él a toda costa.

4 —Conozco al joven —contestó la vieja—. Tiene fornido pecho y anchos hombros; su cuello, erguido y noble, sobresale por encima de los demás y sobrepasa a todos en la cabeza; sus ojos son azules, y su mirada amable y altiva a la vez; largos bucles coronan su cabeza y caen por sus mejillas, adornadas de reciente y rubio bozo[267]. Hacia él me pareció que corría una extranjera, no fea, pero sí desvergonzada, que se abrazó a él y se colgó estrechamente de su cuello. ¿O no te refieres a ése, mi dueña?

5 —Sí, es él, madrecita —contestó—; y has hecho bien también en recordarme la actitud escandalosa de esa criminal, una prófuga de mal lugar, una gran pretenciosa de su belleza, que, sin embargo, es insignificante, ramplona y aun así conseguida a fuerza de afeites. ¡Pero es mucho más feliz que yo por haber conseguido tal amante!

Una breve y contenida sonrisa hizo que la vieja mostrara sus dientes.

—Ánimo —dijo—, mi dueña. Hoy todavía el extranjero la cree bella, pero si logro que repare en ti y tu hermosura, cambiará enseguida, como se dice, bronce por oro[268]. Ya verás cómo se desembaraza de esa pretenciosa de quiero y no puedo, que se da aires de grandeza como una cortesanilla cualquiera.

6 —Ojalá hagas eso, queridísima Cibelita. Curarás de un golpe las dos enfermedades: el amor y los celos. Al primero darás satisfacción, y me librarás del segundo.

---

267 Cf. la descripción de Teágenes en II 35, 1.

268 El proverbio recuerda el intercambio de las armas entre Glauco y Diomedes (HOMERO, *Ilíada* VI 235 sig.).

—Eso queda de mi cuenta —dijo ella—. Ahora tú hazme el favor de tranquilizarte; no te desanimes ni desfallezcas de antemano. Mantén la esperanza.

Una vez dicho esto, cogió el candil y salió cerran- 11
do las puertas de la alcoba.

Cuando aún no había aclarado el día, con un eunuco
de palacio y una criada a la que había mandado que la
acompañara con pasteles y otras ofrendas para un sa-
crificio, se dirigió presurosa al templo de Isis. Se detu- 2
vo en el umbral y dijo que iba a hacer un sacrificio a
la diosa para pedir por su dueña Ársace, a quien unos
sueños habían turbado[269]. Por eso dijo que quería
propiciarse a la diosa, para que alejara de ella esas
visiones. Uno de los servidores del templo le prohi-
bió la entrada y le ordenó marcharse, porque el san-
tuario estaba lleno de dolor. Pues el sacerdote Cala- 3
siris, que había regresado a su casa después de una
prolongada ausencia, había obsequiado a sus más ín-
timos la noche anterior con un espléndido festín, en
el que se habían entregado al descanso y la alegría
merecidos. Después del banquete, siguió diciendo, tras
numerosas libaciones y plegarias a la diosa, había 4
dicho a sus hijos que ya no volverían a ver a su padre;
les había recomendado encarecidamente que cuidaran
al máximo de los jóvenes que habían llegado con él y
que colaboraran en la medida de lo posible en todo lo
que quisieran. Luego se acostó. Y bien fuera porque la
intensa alegría, que había dilatado y relajado de ma-
nera excesiva las vías respiratorias, hubiera producido
una violenta evacuación en la transpiración de su cuer-
po, ya anciano, o bien porque los dioses hubieran
atendido a sus ruegos previos, el caso es que le nota-

[269] Los sacrificios propiciatorios para evitar el cumplimiento de un mal sueño son frecuentes en la literatura griega: Sófocles, *Electra* 406 sigs.

ron cadáver a la hora del canto de los gallos. Sus hijos, preocupados por las predicciones que el anciano les había declarado, habían estado toda la noche velándole.

5 —Ahora —continuó— hemos mandado llamar a todos los sacerdotes y profetas de la ciudad[270], para celebrar las honras fúnebres según las leyes tradicionales. Por esa razón tenéis que alejaros, pues no está permitido durante los próximos siete días, no ya hacer sacrificios, sino entrar en el templo, excepto a los consagrados a su servicio[271].

6 —¿Cómo entonces —indagó Cíbele— se van a hospedar los extranjeros de los que tú antes hablabas?

—Tíamis, el nuevo sacerdote —respondió él—, ha mandado que se les prepare un alojamiento aquí cerca, pero fuera del recinto del templo. Precisamente ahora, como puedes ver, están saliendo de los lugares sagrados, obedeciendo a la ley.

7 Cíbele aprovechó la circunstancia, como si de coger la presa en la caza se tratara, y dijo:

—Entonces, oh servidor del templo, el más amado de los dioses, es el momento de prestar un servicio a los extranjeros también nosotros, y en particular Ársace, la hermana del Gran Rey. Sabes, sin duda, cómo aprecia ella a los griegos y con qué generosidad hospeda a los forasteros. Di, pues, a los jóvenes que, de acuerdo con las órdenes de Tíamis, se les ha preparado alojamiento en nuestra casa.

---

270 Con los dos términos parece referirse a las mismas personas, porque los sacerdotes egipcios eran al mismo tiempo profetas, y con ese título eran nombrados (cf. nota 39).

271 Luciano, *La diosa siria* 52, atribuye a los sacerdotes de Cíbele la costumbre contraria: después de enterrar al sacerdote muerto fuera de la ciudad, se retiran a sus casas y no vuelven al templo en el espacio de siete días.

Así lo hizo el servidor del templo, lejos de toda 8
sospecha acerca de las recónditas maquinaciones de Cíbele, creyendo ingenuamente que haría un favor a los extranjeros si gracias a él se hospedaban en el palacio del sátrapa; al mismo tiempo, creía complacer a
quienes demandaban una cosa inocua e inofensiva. Al 9
ver a Teágenes y a su compañera, cuando se acercaban abatidos y llenos de lágrimas, les dijo:

—Lo que estáis haciendo no es justo ni lo permiten nuestras tradiciones, y eso que ya se os había advertido: no se debe lamentar y llorar a un sacerdote. Debemos decirle el último adiós con alegría y felicitándole porque se ha hecho partícipe de una suerte mejor y porque vive en la otra vida con los poderosos: así lo prescribe nuestra santa y divina ley. Sin embargo es disculpable vuestro estado, después de haber perdido a un padre, como afirmáis, un protector y vues-
tra única esperanza. Pero no hay que desesperar por 10
completo: Tíamis no sólo parece ser el heredero de su sacerdocio, sino también el sucesor en la misma disposición hacia vosotros que su padre tenía. Sus primeras órdenes al menos se refieren a vuestros cuidados: se os ha preparado un espléndico alojamiento, tan bueno como para colmar los deseos de cualquiera de los más felices del lugar, cuanto más de forasteros que parecen estar ahora en humilde situación. Acompañad a esta mujer —dijo, señalando a Cíbele— y tratadla como a vuestra madre. Haced lo que os indique; ella es quien os da hospitalidad.

Teágenes y su compañera siguieron sus consejos: 12
su ánimo estaba anonadado ante la imprevista desgracia sufrida y, además, estaban ansiosos por encontrar en ese momento asilo y refugio. Aunque desde luego, se habrían guardado muy bien de aceptar aquel ofrecimiento, como es fácil de imaginar, si hubieran tenido algún atisbo de la tragedia que les aguardaba en aque-

lla morada y de los inauditos males que allí sufrirían.
2 Sin embargo, por ahora, el destino que regía sus desgracias les procuraba la breve pausa de unas horas y les permitía un efímero reposo; pero enseguida volvió a enlazar una adversidad tras otra y les entregó como esclavos voluntarios a manos de su enemiga, pues ésta, bajo el nombre de hospitalidad benevolente, apresó a estos jóvenes, extranjeros e inexpertos para el futuro. ¡Qué gran verdad es que a los que viajan por tierra extranjera y llevan vida errante la ignorancia les hace ir como ciegos!

3 Nada más llegar al palacio del sátrapa y encontrarse ante su suntuosa entrada, mucho más elevada que la de las casas particulares, y llena de la magnificencia que causaban los guardias, así como de la fastuosidad del resto del servicio, se quedaron asombrados y sobrecogidos de ver una residencia tan por encima de su presente fortuna. Siguieron sin embargo a Cíbele, que no cesaba de animarles a que la acompañaran. Les exhortaba continuamente a que tuvieran buen ánimo, les llamaba hijitos y queridos amigos, y les aseguraba que aguardaran con tranquilidad, porque enseguida se
4 les tributaría un caluroso recibimiento. Finalmente, cuando se hallaron en la habitación particular donde la anciana dormía, algo separada de las restantes, hizo salir a todos los presentes y se sentó a su lado. Una vez a solas, les dijo:

—Hijos, conozco la causa del abatimiento que tenéis; sé que la muerte del sacerdote Calasiris os ha afectado profundamente, porque para vosotros era como un padre. Mas ahora haréis bien en decirme quiénes sois y de dónde. Ya me he dado cuenta de que sois griegos; que sois también de linaje noble, fácilmente se puede apreciar sólo con veros: una mirada franca y un aspecto tan distinguido y amable son señal

inequívoca de origen ilustre. ¿Pero de qué parte de 5
Grecia o de qué ciudad?, y ¿quiénes sois o qué países habéis recorrido hasta llegar aquí? Eso es lo que querría que me dijerais, no sólo por vuestro propio interés, sino para que yo pueda relatar vuestras aventuras a mi dueña Ársace, hermana del Gran Rey y esposa de Oroóndates, el más grande de los sátrapas. A ella los griegos le inspiran simpatías, y es además una persona llena de delicadeza y benefactora de los extranjeros. Así os tratará con mayor consideración y con la honra que os merecéis. La destinataria de vuestras confiden- 6
cias voy a ser yo además, una mujer no enteramente ajena a vosotros: también yo soy griega, de la ciudad de Lesbos[272]. Me trajeron aquí cautiva, aunque ahora me encuentro mejor que cuando estaba en casa. Pues lo soy todo para mi dueña, y casi se puede decir que respira por mí; soy para ella ojos, pensamiento, oídos, todo. Le doy siempre razón de quiénes son personas honestas y nobles, y soy fiel confidente de todos sus secretos.

No dejó Teágenes de establecer un parangón entre 7
las palabras de Cíbele y la conducta que Ársace había mantenido la víspera. Reflexionaba en lo tenaces e impúdicas que habían sido las miradas que le había dirigido, y recordaba las continuas señales de sus indecentes apetitos: todo esto no le presagiaba nada bueno para el futuro. Se disponía a responder a la anciana, cuando Cariclea, inclinándose a su oído, le dijo en voz baja:

—¡No te olvides de tu hermana[273] en todo lo que respondas!

---

[272] Lesbos es en la épica la patria habitual para los siervos: cf. *Ilíada* IX 664; IX 128; de Lesbos son también Eurimedusa, la servidora de Nausícaa, Eumeo, el porquero de Ulises, y Euriclea, la anciana servidora de Laertes.

[273] Cf. I 22, 2.

13 Comprendió él su advertencia.

—Madre —comenzó a decir—, somos en efecto griegos, como tú ya sabes. Somos hermanos y hemos salido en busca de nuestros padres que fueron capturados por unos piratas, pero el destino que hemos sufrido es más horrible todavía que el suyo. Hemos caído en manos de hombres más crueles, hemos sido despojados de todos nuestros bienes, que eran numerosos, y hemos logrado a duras penas sobrevivir. Pero por un capricho favorable del destino conocimos al héroe Calasiris[274] y vinimos aquí con la intención de pasar con él el resto de nuestra vida. Ahora, como ves, hemos quedado solos y abandonados de todos, y hemos perdido incluso a quien considerábamos padre nuestro, y que
2 lo era realmente. Esa es la historia de nuestras vicisitudes. En cuanto a ti, te damos las gracias más fervientes por la acogida que ahora nos dispensas y por la hospitalidad que nos has proporcionado; a un agradecimiento aún mayor te harás acreedora, si nos procuras una habitación donde vivir solos y apartados de los demás, dejando para más adelante el generoso ofrecimiento al que hace un momento te referías: el presentarnos a Ársace. Te rogamos que no pongas en relación una fortuna tan espléndida y dichosa con una vida de extranjeros, siempre errante y odiosa. Como sabes, no es conveniente que personas de desigual condición se conozcan y traten.

14 No se contuvo Cíbele al oír estas palabras; la expresión de su rostro retrató con toda claridad su inmensa alegría por saber que eran hermanos, y a partir de ese momento empezó a considerar que Cariclea no sería obstáculo ni impedimento para los amores de Ársace.

274 Calasiris es llamado héroe como partícipe de un destino mejor y porque tras su muerte habita con los poderosos; cf. *supra*, VII 11, 9.

—¡Oh tú el más bello de los jóvenes! —exclamó—, 2
no podrás decir eso de Ársace cuando la conozcas. Ella es afable sin distinción y socorre sobre todo a quienes se encuentran en peores condiciones de las que se merecen. Aunque es de familia persa, aprecia muchísimo lo griego y se complace y corre al encuentro de los que vienen de allí, y le agradan infinitamente las costumbres y el trato de los griegos. De modo que no os preocupéis: a ti se te tratará bien y se te darán todos los honores que convienen a un hombre; tu hermana será compañera suya y participará en todas sus distraccio-
nes. Mas ¿con qué nombre debo anunciaros? 3

Le dijeron que se llamaban Teágenes y Cariclea.

—Esperadme aquí —les contestó ella.

Y al punto fue a ver a Ársace, dejando primero el encargo a la portera, una vieja como ella, de no consentir a nadie la entrada de ninguna de las maneras, ni permitir salir a los jóvenes.

—¿Ni aunque —le interrogó ella— venga tu hijo Aquémenes?[275]. Él ha salido poco después de ir tú al templo para aplicarse la medicina en los ojos. Ya sabes que todavía le molestan algo.

—Tampoco le dejes —respondió—. Cierra las puertas, te guardas la llave y dices que yo me la he llevado.

Así se hizo. Apenas marcharse Cíbele, la soledad 4
dio nueva ocasión a Teágenes y Cariclea de renovar sus llantos y rememorar sus desgracias. Expresaban ambos su dolor casi con idénticas palabras y pensamientos y se llamaban continuamente entre gemidos:

—¡Oh Teágenes!

—¡Oh Cariclea! —respondía él—; ¿qué nuevo infortunio se ha abatido sobre nosotros?

—¿Con qué pruebas aún nos encontraremos? —exclamaba ella por respuesta.

---

275 El nombre es de origen persa; así se llamaba el fundador de la dinastía de los Aqueménidas.

A cada exclamación se abrazaban y volvían a besar-
5 se entre lágrimas. Finalmente detuvieron sus recuerdos en Calasiris y a él dirigieron sus llantos fúnebres; más dolorosos por parte de Cariclea, que había convivido más tiempo con él y se había beneficiado más intensamente de sus desvelos y cuidados.

—¡Oh Calasiris! —exclamaba entre sollozos—; ya que no puedo llamarte el nombre más apropiado para tus favores, el de padre. Y es que el destino siempre se ha gozado en privarme del derecho de pronunciar el
6 nombre de padre. Al que realmente me engendró no lo he conocido; al adoptivo, Caricles, ¡ay!, lo he traicionado; al que después me acogió, me cuidó y me salvó, lo he perdido, y ni siquiera se me ha permitido por parte de los sacerdotes el llanto ritual sobre su cadáver. Mas ahí tienes, protector y salvador mío —y añadiré el título de padre, aun contra la voluntad del destino—, te ofrezco donde y como puedo esta libación de mis lágrimas y te entrego estos rizos— y al tiempo que así hablaba, se mesaba el cabello.

7 Teágenes trataba de impedírselo, cogiéndole las manos entre súplicas. Mas ella proseguía sus trágicos lamentos:

—¿Por qué vivir aún? ¿Qué esperanza se vislumbra? El que me llevaba de la mano en tierra extranjera, el báculo de nuestro peregrinar, el que nos iba a conducir a la patria, el que iba a hacernos reconocer a mis padres, el consuelo de las desgracias, el recurso y liberación en las dificultades, el ancla de nuestra existencia, Calasiris, ha muerto. Y nos ha dejado en tierra extranjera, como infeliz pareja de una biga sin cochero,
8 sin saber qué hacer. Nuestra ignorancia corta de raíz todo camino por tierra y mar. Ya no está con nosotros su espíritu venerable y dulce[276], hábil y respetable: se

[276] El adjetivo *meílichos* es homérico y se usa, por ejemplo,

ha ido sin poder dar coronación a los beneficios que nos ha dispensado.

Tales y otras semejantes además eran sus lamenta- 15
bles quejas. Teágenes se unía a veces y levantaba sus propios lamentos, otras veces trataba de calmar los de Cariclea. Mientras estaban en tal estado, he aquí que se presenta Aquémenes:

—¿Qué ocurre? —preguntó a la portera, al encontrar echada la cerradura de la puerta.

Al enterarse de que había sido su madre quien la 2
había cerrado, se acercó intrigado a la puerta. Entonces oyó las quejas de Cariclea. Se asomó por los agujeros horadados en las hojas, destinados a pasar la cadena del cerrojo, vio lo que sucedía dentro y volvió a preguntar a la portera quiénes eran los que estaban allí. Respondió ésta diciendo que no sabía nada, que, como bien se podía apreciar, eran una muchacha y un joven extranjeros, a los que su madre acababa de
traer a casa. Él se asomó de nuevo e intentó examinar 3
con más detalle a las personas que veía. Aunque no conocía en absoluto a Cariclea, no pudo menos de asombrarse profundamente de su belleza, que procuraba imaginar cuál sería cuando no estuviera llorando como ahora, y la admiración, sin darse cuenta, le fue arrastrando al amor. En cuanto a Teágenes, tenía la impresión, aunque de modo oscuro y confuso, de que
lo conocía. Absorto todavía Aquémenes en su espec- 4
táculo, se presentó Cíbele, que regresaba de relatar a Ársace todo lo que le había ocurrido con los jóvenes, y de felicitarla por su buena fortuna, gracias a la cual había obtenido espontáneamente un éxito que nadie hubiera esperado ni con mil maquinaciones y estratagemas: tener al amado en casa, verlo y hacerse ver

---

en la evocación de Patroclo después de su muerte (*Ilíada* XVII 671).

5 por él sin temor. Con muchos otros razonamientos de esta índole había redoblado los anhelos de Ársace hasta tal punto, que sólo después de ingentes esfuerzos había conseguido contenerla en sus ansias por ver a Teágenes de inmediato. Se había visto en la obligación de decirle que no quería que el joven la viera demacrada, con los ojos hinchados por el insomnio, sino al día siguiente, cuando hubiera descansado y recobrado su habitual belleza. Así la había alentado y dado esperanzas de que todo saldría según sus deseos. Luego le había hecho las oportunas recomendaciones sobre la conducta que debía seguir y el modo como tenía que recibir a los extranjeros.

16 En fin, al regresar, dijo:

—¿Qué estás curioseando, hijo?

—A los extranjeros de dentro —replicó—; ¿quiénes son? ¿de dónde?

—Está prohibido, hijo —contestó—. Mantén la boca cerrada y guárdalo para ti mismo. No digas nada a nadie y procura relacionarte lo indispensable con ellos. Que así lo ha mandado la dueña.

Él entonces se fue, siguiendo dócilmente las instrucciones de su madre, porque sospechaba que Teágenes sería uno de los acostumbrados criados destinados a
2 satisfacer los apetitos de Ársace. Se marchó, pues, hablando consigo mismo:

—¿No es ése el que me confió anteayer Mitranes, el jefe de la guarnición, para que lo condujera a presencia de Oroóndates, que a su vez se lo habría de enviar al Gran Rey? ¿No es el mismo que Tíamis y los de Besa me quitaron, cuando tuve que afrontar el riesgo mortal, del que me salvé por poco yo solo, el único de
3 la escolta que logró escapar? ¿No me engañan en realidad los ojos? No, ya estoy mucho mejor y veo casi con normalidad. Además, he oído que Tíamis volvió ayer a la ciudad y ha recuperado su sacerdocio después

de un duelo mortal contra su hermano. Seguro, es él. Pero por ahora es conveniente mantener silencio y no dejar de vigilar cuáles son los propósitos de mi dueña en relación con los extranjeros.

Éstas eran las reflexiones que se iba haciendo a sí mismo.

Cíbele entró precipitadamente en donde estaban los 17
jóvenes, pero sólo alcanzó a observar las huellas de sus llantos. Éstos, en efecto, en cuanto oyeron el ruido de la puerta al abrirse, se esforzaron en calmarse y se apresuraron a fingir el aspecto y semblante habituales; sin embargo, no pudieron evitar que la vieja lo notase, porque las lágrimas vagaban aún sobre sus ojos.

—¡Queridísimos hijos! —estalló, diciendo en un 2
grito—, ¿por qué lloráis tan sin motivo? Lo que hay que hacer ahora es alegrarse, felicitarse por vuestra buena fortuna. Ársace tiene inmejorables intenciones hacia vosotros, tan buenas como cabría desear. Ha accedido a recibiros mañana; mientras, os da la bienvenida y quiere que se os obsequie con todos los cuidados. Deponed esos lamentos, una bagatela y una chiquillería en realidad; es el momento de moderaros y mostraros dóciles y sumisos a la voluntad de Ársace.

—El recuerdo, madre —dijo Teágenes—, de la muer- 3
te de Calasiris ha resucitado nuestro dolor; es la pérdida de su paternal benevolencia para con nosotros lo que nos ha hecho llorar.

—¡Tonterías! —replicó—. Calasiris no era más que un padre adoptivo y, como viejo que era, ha sucumbido a la ley de la naturaleza y a su larga edad. Ahora todo se te ofrece gracias a una sola persona: poder, riquezas, lujo y disfrute de todos los placeres que comportan tu juventud y tu belleza; en una palabra, tu fortuna es exclusivamente ella; adora, pues, a Ársace.
Atended a todo lo que os indique yo: cómo hay que 4
presentarse ante ella y verla cuando lo tenga a bien,

cómo hay que tratarla y servirla cuando mande algo. Tiene, como puedes suponer, un carácter altivo y orgulloso como cuadra a una reina, aún más exaltado a causa de su juventud y hermosura; por eso, no tolera el desprecio de cualquiera de sus órdenes.

18 Teágenes no respondió a estas palabras, que en su mente parecían augurar nuevos disgustos y miserias. Poco después, se presentaron unos eunucos, trayendo en vajilla de oro lo que decían ser restos de la mesa del sátrapa, pero que en realidad eran manjares de extraordinario lujo y exquisita finura[277].

—Esto es —dijeron— lo que la dueña os ofrece como bienvenida: la primera señal de su estima por los que son huéspedes suyos.

Depositaron los platos ante ellos y a continuación
2 se retiraron. Teágenes y Cariclea, ante las invitaciones de Cíbele, y por la precaución de que no pareciera que rehusaban por insolencia tan hospitalaria acogida, degustaron un poco de lo que se les servía. La misma operación se repitió al atardecer y durante los demás días siguientes. Ahora bien, a la mañana siguiente, cuando era aún temprano, entraron los acostumbrados eunucos y dijeron además a Teágenes:

—Ha mandado llamarte la dueña, feliz joven. Hemos recibido el encargo de llevarte a presencia suya. Ven a gozar de tu buena fortuna, que a pocos y rara vez se les concede.

3 Tras unos breves instantes de silencio, se levantó como si le arrastraran a la fuerza.

—¿La orden es —preguntó— que vaya yo solo, o también mi hermana?

Le respondieron que solo, que a ella la recibiría por separado, pues ahora se hallaban en presencia de

---

277 Esta costumbre es propia de los persas según JENOFONTE, *Ciropedia* VIII 2, 3; *Anábasis* I 9, 25.

Ársace algunos de los persas que ostentaban cargos públicos; además, era costumbre conceder audiencia a hombres y mujeres por separado, en ocasiones distintas.

—No está bien esto: da que sospechar —dijo Teágenes en voz baja, inclinándose hacia Cariclea.

Pero al oír la respuesta de Cariclea, en el sentido de que no había que resistirse, sino acceder de primeras y aparentar cumplir todas sus órdenes, siguió a los que le conducían.

Éstos le fueron dando diversas instrucciones, sin 19
obtener ninguna respuesta por parte de Teágenes, acerca de cómo tenía que presentarse y dirigir la palabra a Ársace, así como sobre la costumbre de postrarse al entrar[278]. Llegó, pues, y la encontró sentada en un trono, ricamente ataviada con un vestido de púrpura bordado en oro, engalanada con suntuosos brazaletes y una lujosa tiara, y cubierta de todo género de adornos que pudieran resaltar su belleza. Unos lanceros hacían guardia de pie a su lado, y a ambos costados del trono estaban sentados los altos dignatarios. Pero Teágenes
no se amedrentó. Como si hubiera olvidado lo conve- 2
nido con Cariclea en el sentido de fingir sumisión, su altivez se irguió todavía más al ver este alarde de ostentación persa y dijo, sin doblar la rodilla ni postrarse, con la cabeza enhiesta:

—¡Te saludo, Ársace, mujer de sangre real!

Los presentes, escandalizados, dejaron escapar un murmullo de indignación ante su temeridad e insolencia, atribuyendo el hecho de que no se hubiera postrado a un acto de rebeldía. Pero Ársace dijo sonriendo:

---

278 Este hábito, usual entre los pueblos de Oriente, era especialmente repugnante a ojos de los griegos (cf. HERÓDOTO, I 134; III 86; VII 136).

—Disculpadle su ignorancia; es un extranjero; más
aún, un griego que padece del habitual desprecio que
allí se siente por nosotros.
3 Al tiempo, entre las protestas de los asistentes, se
quitó la tiara de la cabeza, pues ése es el gesto que los
persas hacen como contestación al saludo.

—No temas, extranjero —dijo con la ayuda de un
intérprete, pues comprendía la lengua griega, pero no
la hablaba—; di qué solicitas, que no se te negará.

Luego, le despachó con una señal de cabeza a los
4 eunucos, para que le acompañaran. Salió Teágenes
escoltado por la guardia. Le vio Aquémenes de nuevo, y
entonces estuvo ya seguro de haberlo reconocido. Esta-
ba asombrado, aunque sospechaba la causa del honor
tan grande que se le rendía; sin embargo, se mantuvo
callado, que es lo que había decidido hacer.

5 Ársace ofreció un banquete a los dignatarios persas,
con el pretexto de honrarlos como de costumbre, pero
para festejar en realidad su encuentro con Teágenes,
y no sólo mandó que llevaran a Teágenes y a su com-
pañera la habitual porción de los manjares, sino ade-
más alfombras y colchas ricamente bordadas, obra de
6 manos sidonias y lidias. También les envió esclavos
para que los sirvieran: una muchacha a Cariclea, y un
joven a Teágenes, ambos de familia jonia y tierna
edad. Con múltiples recomendaciones apremió a Cíbe-
le y le instó a que cumpliera cuanto antes su cometi-
do, porque ya no era en absoluto capaz de dominar sus
sentimientos, y le urgió para que no se concediera el
más mínimo reposo, sino que pusiera un cerco total y
7 completo a Teágenes. Ésta distaba mucho de declarar
abiertamente los propósitos de Ársace, pero lo dejaba
comprender con circunloquios e insinuaciones vagas:
ensalzaba la simpatía de su dueña por él, trataba de
hacerle reparar en sus encantos, que, mediante hones-
tas excusas, invitaba a contemplar, no sólo los que se

veían sino los que sus vestidos ocultaban; hablaba de su carácter amable, de su agradable trato, de su complacencia en los jóvenes delicados y vigorosos a la vez; en una palabra, trataba de probar con todas sus razones si era sensible a los placeres de Afrodita. Teágenes 8
también la elogiaba, y le transmitía las más sinceras gracias por la simpatía que le profesaba, por sus buenos sentimientos hacia los griegos y por otras muchas cosas de este tipo; en cuanto a las tentativas de una seduccción incontinente, las omitía a propósito, como si no las hubiera comprendido en absoluto. La vieja, con esto, tenía un sofoco de despecho, y el corazón como oprimido. Su sagacidad acertaba al pensar que él comprendía las insinuaciones, pero también veía su obstinación y el rechazo de todas sus astucias. Ársace 9
entretanto era ya incapaz de soportar su penosa situación, decía que ya no podía resistir y le instaba continuamente a cumplir sus promesas. Cíbele le daba largas, inventando cada vez una excusa diferente; un día alegaba que el joven estaba decidido, pero el temor le refrenaba y otro día urdía una súbita indisposición.

Así fue transcurriendo hasta el quinto y el sexto día. 20
Ársace había dado audiencia mientras tanto a Cariclea dos veces, y para hacerse grata a los ojos de Teágenes la había recibido con honor y simpatía. Cíbele se vio entonces obligada a hablar con claridad a Teágenes y a declarar sin ambages su amor, prometiéndole muchos e innumerables bienes si accedía.

—¿Qué timidez es esa? —añadía—; ¿por qué esa 2
resistencia a Afrodita? Un hombre tan joven, bello y vigoroso, rechazando a una mujer semejante a él en todo y consumida de amor por él, en lugar de coger la oportunidad como una presa y aprovechar una ocasión tan favorable, que por otro lado no ofrece ningún riesgo. Su marido no está; yo, su nodriza, la que guar-

da siempre todos sus secretos, soy quien concierta el encuentro; no tienes ningún obstáculo que lo impida,
3 ni prometida ni esposa. Y aunque lo hubiera, son muchas las personas, y veces innumerables, las que han pasado eso por alto, pues se han dado cuenta de que eso no causaría ningún daño a sus familiares y a ellos además les reportaría un doble beneficio: aumentar su fortuna y gozar de los placeres.

4 A estos halagos finalmente vino a mezclar palabras amenazadoras:

—Las mujeres nobles que aman a los jóvenes se vuelven duras y muy rencorosas, y se vengan con toda razón de quienes las desdeñan, por considerarlo un escarnio. Piensa además que ésta es de raza persa y sangre real —así es como tú la saludaste—; que dispone de gran poder y una autoridad total, tanto para recompensar al que manifiesta buenos deseos hacia ella, como para castigar al que la contraría; y que tú eres un extranjero, estás sólo y no tienes a nadie que te
5 defienda. Mira por ti mismo y mira también por ella; porque sin duda se merece tu consideración y si ha caído en el error de esa locura desmesurada ha sido por el amor que te tiene. Precávete de una ira amorosa y ten cuidado de la indignación que produce el desdén. Muchos sé que se han arrepentido. Tengo mucha más experiencia que tú en los asuntos de Afrodita; el pelo canoso que ves ha sido testigo de innumerables luchas como ésta, pero nunca he conocido a nadie tan duro y obstinado como tú.

6 Dirigiéndose luego a Cariclea, ante quien había osado pronunciar tales palabras forzada por la necesidad, prosiguió:

—Ayúdame, hija, a convencer a tu hermano, aunque no sé qué nombre se merecería. También tú te beneficiarás de esto: se te estimará igual y se te honrará más; serás rica hasta la saciedad y se te procurará un

matrimonio espléndido. Ya quisieran algo parecido hasta los que viven en una situación de dicha cuanto más unos extranjeros que se encuentran ahora en la miseria.

21 Respondió Cariclea con una mueca irónica en su boca y una mirada enojada y sostenida:

—Lo más deseable y lo más honesto habría sido que esa Arsace, excelente en todo, no se hubiera dejado dominar por semejante pasión; si no, al menos, lo segundo sería que resistiera ese sentimiento con moderación. Pero, ya que es víctima de una desgracia común a todo el linaje humano, como tú dices, y la pasión la ha rendido, yo también aconsejaría a Teágenes que no se niegue, a no ser que no haya una seguridad plena para él. No sea que sin darse cuenta se perjudique a sí mismo y a ella, en el caso de que el asunto se descubra y se entere el sátrapa del desafuero cometido.

2 Al oír estos consejos, Cíbele se precipitó hacia Cariclea y exclamó, mientras le prodigaba todo género de besos y abrazos:

—¡Muy bien, hija, por compadecerte de una mujer que comparte tu misma condición, y por preocuparte de la seguridad de tu hermano! Pero en eso estate tranquila, que ni el sol, como dice el proverbio, se enterará.

—Basta por ahora —replicó Teágenes—; déjanos solos para reflexionar.

3 Cíbele salió al punto.

—¡Oh, Teágenes! —dijo entonces Cariclea—, hasta en las alegrías que el destino nos depara, la desgracia es mayor que la felicidad, que resulta ser sólo aparente. No obstante, es propio de personas sagaces sacar el mejor partido posible también de las calamidades. No puedo decir si tienes intención de llevar a cabo este asunto, y, por otra parte, tampoco me opondría en

absoluto, si no queda otra alternativa para salvarnos.
4 Pero si con razón consideras insensato lo que se te propone, no por eso dejes de fingir asentimiento: alimenta con promesas las inclinaciones de esa bárbara, sal al paso, con aplazamientos, de una posible determinación violenta de ella contra nosotros, halaga sus esperanzas y ablanda el ardor de su ánimo con falsos compromisos. Lo normal es que entretanto, con el beneplácito de los dioses, el tiempo alumbre una solución. Mas, Teágenes, ten precaución en ese intento, no vayas a caer en una acción vergonzosa.

5 —Ya veo —contestó Teágenes con una sonrisa— que ni en las adversidades más horribles consigues liberarte de esa enfermedad connatural a las mujeres: los celos. Has de saber que ni siquiera voy a ser capaz de simular semejante bajeza, porque creo que es igualmente indigno decir o hacer acciones deshonestas. Ahora bien, por otra parte, el conseguir que Ársace renuncie a su esperanza trae consigo un buen resultado: que no nos moleste más. Pero, si tengo que sufrir, mi suerte y mi alma ya me han preparado para soportar, después de las numerosas calamidades pasadas.

—Ten cuidado, no nos metas sin darte cuenta en una desgracia terrible —dijo Cariclea, y a continuación se calló.

22 Mientras ellos se entregaban a estas consideraciones, Cíbele voló de nuevo hacia Ársace y le alentó con la idea de que había que mantener buenas esperanzas, porque Teágenes se había mostrado un poco menos esquivo. Luego regresó a su habitación. Dejó pasar aquella tarde, pero por la noche no dejó de insistir a Cariclea, que desde el principio dormía en su misma habitación, para que colaborase con ella. A la mañana siguiente, volvió a preguntar a Teágenes por su deci-
2 sión final. Ante su rotunda y clara negativa, con la declaración expresa de que no esperaran nada en abso-

luto de él, marchó compungida a ver a Ársace y le comunicó la implacable resolución adoptada por Teágenes. Ésta mandó que echaran a la vieja sin contemplaciones fuera de su vista, corrió a su alcoba y se tendió en el lecho, lacerando su propio cuerpo. Cíbele, 3
nada más salir de las habitaciones de las mujeres, encontró a su hijo Aquémenes, que al verla abatida y llorosa, le preguntó:

—¿Es que ha ocurrido, madre mía, algún imprevisto o alguna desgracia? ¿Es alguna mala noticia lo que ha afligido a la señora? ¿Es algún desastre del ejército la mala nueva transmitida? ¿Es que en la actual guerra los etíopes están derrotando a nuestro señor Oroóndates?

Seguía indagando otras muchas cuestiones de este 4
tipo, pero Cíbele se alejó diciendo:

—No charles tantas tonterías.

Pero no por eso él la abandonó, sino que fue siguiéndola, la cogía de las manos y la acariciaba, suplicando que revelara a su hijo la causa verdadera de este dolor.

Ella entonces le tomó de la mano y llevándole a un 23
apartado rincón del jardín[279] declaró:

—A ningún otro hubiera declarado los males míos y los de mi señora. Pero, como ella está presa de una violenta agitación, y yo me temo que corro un riesgo de muerte porque estoy segura de que la cólera y la locura de Ársace recaerán sobre mí, me veo forzada a hablarte, para ver si imaginas algún socorro para quien te ha engendrado, te ha dado a luz y te ha criado con estos pechos. La señora ama al joven que se hospeda 2
con nosotros; y le ama, no con un amor tolerable y ordinario, sino incurable. Hasta ahora ella y yo espe-

279 Un nuevo rasgo de colorido local, pues las casas griegas, a diferencia de los palacios egipcios, sirios o persas, no tenían nada que pudiera ser semejante a lo que aquí se llama «paraíso».

rábamos ilusamente tener éxito, pero nos hemos equivocado. Esa es la causa de las numerosas muestras de simpatía y de las bienvenidas acogedoras que se
3 tributó a los extranjeros. Mas, ahora que ese insensato joven, tan temerario como obstinado, ha rehusado nuestras proposiciones, ni ella va a vivir, lo sé, y a mí me matará por haberme burlado de ella con promesas mentirosas. He ahí lo que sucede, hijo. Si puedes auxiliarme, asísteme; si no, cuida de las honras fúnebres de tu madre.

—¿Cuál será, madre —preguntó él—, mi recompen-
4 sa en ese caso? Pues no es éste el momento de darme importancia ante ti ni de hablar con circunloquios y rodeos para prometerte mi auxilio, ahora que te hallas en tan grave angustia, a punto quizá de perder la vida.

—Todo lo que desees —aseguró Cíbele—, puedes tener confianza. Copero mayor[280] ya te ha hecho en atención a mí, pero si tienes puestas las miras en alguna distinción más elevada, dímelo. Incalculable será la fortuna a que te harás acreedor, si salvas a esta infeliz.

5 —Hace tiempo, madre, que me sospechaba esa pasión —declaró—; ya había comprendido, pero he guardado silencio hasta el momento esperando a ver qué ocurría. Ni dignidad ni riquezas pretendo, pero sí a la muchacha que se dice ser hermana de Teágenes. Si me la da en matrimonio, serán realidad todas sus aspiraciones. Amo, madre, con un amor desmedido a esa joven; de modo que, como la señora conoce por experiencia propia la fuerza y la violencia de una pasión como ésta, bien hará en ayudar a uno que está aquejado de la misma enfermedad, y que le promete además tan resonante éxito.

---

280 A juzgar por VII 27, 7, los coperos mayores constituían una clase, de la que Aquémenes no es más que uno de sus componentes.

—No lo dudes —respondió Cíbele—, la señora te concederá ese favor sin ninguna vacilación, si te eriges en benefactor y salvador suyo. Por otra parte, quizá nosotros mismos podríamos persuadir a la muchacha. Mas dime ¿de qué modo vas a socorrerla? 6

—No estoy dispuesto —contestó— a decirlo, hasta que no se me confirme con juramentos esa promesa que tú me haces en nombre de la dueña. Pero tú no intentes desde ahora mismo nada con la joven; porque veo que también ella es altiva y orgullosa, y puedes echarlo todo a rodar sin darte cuenta.

—Así se hará todo —dijo—; y al punto marchó 7
corriendo a la habitación de Ársace.

Entró y cayendo de rodillas dijo:

—Ten ánimo; todo está arreglado gracias a los dioses. Lo único que has de hacer es llamar a mi hijo Aquémenes.

—Que lo llamen y que venga —dijo Ársace—, a menos que pretendas engañarme de nuevo.

Entró Aquémenes. Ársace, a quien la vieja había 24
entretanto puesto al corriente de todo, juró entregarle a la hermana de Teágenes en matrimonio.

—Mi señora —dijo Aquémenes—, que deje en lo sucesivo Teágenes, un simple esclavo, esos aires de grandeza para contigo, su dueña.

—¿Qué quieres decir? —le interrogó ella. 2

Aquémenes le narró entonces toda su historia: que Teágenes había sido capturado por ley de guerra y no era sino un cautivo; Mitranes lo había enviado a Oroóndates, para que éste a su vez lo despachara al Gran Rey; que él mismo se había hecho cargo de la conducción del prisionero, pero lo había perdido en un audaz ataque que Tíamis y los de Besa habían hecho contra ellos; y que él había logrado a duras penas escapar. Mostró luego a Ársace la carta de Mitranes dirigida a Oroóndates, que había tenido buen cuidado

de conservar hasta ahora, y añadió que si se requerían más pruebas tenía a su disposición el testimonio de Tíamis.

3 Ante esto, Ársace recobró el aliento. Sale sin ninguna demora de la alcoba, va a la sala donde acostumbraba a recibir las audiencias sentada en el trono y manda que traigan a Teágenes. Una vez conducido éste a presencia suya, le preguntó, señalando a Aquémenes, de pie allí cerca, si le conocía. Ante su respuesta afirmativa, volvió a preguntar:

—¿No es éste el que se hizo cargo de tu persona para traerte como cautivo?

4 Teágenes volvió a asentir a esto.

—Pues bien, entonces sabe que eres esclavo nuestro. Harás, por tanto, los oficios que corresponden a los criados de la casa, obedeciendo, mal que te pese, a nuestras indicaciones. En cuanto a tu hermana, se la doy por esposa a Aquémenes, aquí presente; él goza de nuestra máxima consideración[281] entre los criados, tanto por su propia buena disposición hacia mi persona, como por la de su madre. El matrimonio, no lo aplazo nada más que hasta que se fije el día de la boda y se hagan los preparativos para un espléndido festín.

5 Estas palabras hirieron a Teágenes con una profunda herida; sin embargo, decidió no enfrentarse a ella, sino esquivarla, como se hace con el ataque de una fiera salvaje.

—¡Oh dueña!, doy gracias —dijo— a los dioses, porque, siendo de noble familia, hemos tenido entre nuestras desgracias al menos esta especie de buena fortuna: no haber sido esclavos de nadie, excepto de ti, justamente la persona que cuando no éramos más que

---

[281] La expresión griega es una metáfora procedente de las competiciones atléticas y del lugar ocupado en una clasificación deportiva (cf. HOMERO, *Ilíada* XXIII 537 sigs.; HERÓDOTO, VIII 104).

extraños y extranjeros nos trataba cultivada y amistosamente. En lo que se refiere a mi hermana, ella no 6
es cautiva y por consiguiente tampoco esclava; pero está dispuesta a ponerse a tu servicio y a recibir el nombre que a ti te agrade. Teniendo eso presente, decide y ejecuta lo que creas oportuno.

—Que se le coloque —ordenó Ársace— entre los camareros, y que Aquémenes le enseñe a escanciar, para que así vaya acostumbrándose de antemano al servicio del palacio real.

Los dos se retiraron entonces: Teágenes, triste y 25
y reflexionando en la conducta que debía seguir; Aquémenes, riéndose y llenando de burlas a Teágenes:

—Ahí está el que hace un instante se mostraba tan altivo[282] —decía— y soberbio con nosotros, el que era incapaz de doblar el cuello, el único que era libre, el que no soportaba agachar la cabeza para rendir homenaje. Ahora quizá la inclines; si no, te la voy a educar yo a fuerza de puñetazos.

Ársace despidió a los demás, y a solas ya con Cíbe- 2
le declaró:

—Ahora sí que están eliminadas todas las excusas, Cíbele. Ve y di a ese soberbio que si me obedece y obra conforme a mis intenciones gozará de libertad y vivirá,

---

[282] El comienzo de los reproches y amenazas de Aquémenes coincide exactamente con MENANDRO, *La trasquilada* 52, hasta la interrupción del verbo de decir (una secuencia métrica es también interrumpida por un verbo de decir en V 19, 1; V 31, 4). Si es una cita literal de Menandro, éste sería el único ejemplo seguro de una reminiscencia de la comedia nueva, género que, según se sabe, ha influido profundamente en la novela y está probablemente en sus orígenes. Por supuesto, una coincidencia no está excluida, pero, dada la singularidad de la construcción griega y la semejanza general en lo que sigue a esta hipotética alusión, parece más probable una imitación consciente (cf. E. W. WHITTLE, *Classical Philology* 56 (1961), 178 sig.).

sin carecer absolutamente de nada, en la abundancia plena; pero que si persiste en su oposición, entonces va a probar lo que es una amante desdeñada y a la vez una dueña irritada: se le tratará como al último y al más vil de los esclavos y se le someterá a todo género de castigos.

3 Fue Cíbele, pues, y le transmitió la voluntad de Ársace, añadiendo además por su cuenta todo lo que juzgó útil para persuadirle. Teágenes le pidió que aguardara un poco y cuando estuvo a solas con Cariclea comenzó a decir:

4 —Todo está acabado para nosotros, Cariclea. Todas las amarras están rotas, como reza el proverbio; toda ancla de esperanza está irremisiblemente arrancada; nuestras desgracias ya no conservan ni siquiera el título de libertad, pues volvemos a ser esclavos —y añadió en qué situación se hallaban ahora—. Estamos en lo sucesivo a merced de injurias de bárbaros, y nos vemos obligados o bien a cumplir lo que decidan nuestros dueños, o bien a contarnos entre los condenados.
5 Pero aun eso se puede soportar, pues lo más grave de todo es que Ársace ha prometido entregarte en matrimonio a Aquémenes, el hijo de Cíbele. Pero ten la certeza de que eso no va a suceder, o, si ocurre, de seguro que no lo veré mientras viva y no falte una
6 espada o cualquier otra arma que lo impida. ¿Qué hacer o qué medio imaginar para evitar esa abominable unión de Ársace conmigo y de Aquémenes contigo?

—Uno sólo —respondió Cariclea—: si accedes a la primera, eludirás la mía.

7 —¡No menciones esa infamia! —exclamó Teágenes—; ¡ojalá el destino que nos acosa con todo su peso no tenga la fuerza suficiente para que yo, que he respetado a Cariclea, me manche con la relación ilícita con otra mujer! Aunque, creo que he descubierto un

medio eficaz; pues la necesidad es madre de la invención[283].

Salió al punto donde estaba Cíbele y le dijo:

—Ve a decir a tu dueña que quiero verla sola y sin testigos.

Creyendo la vieja que se había logrado al fin el 26
objetivo, y que Teágenes ya estaba rendido, fue a co-
municárselo a Arsace; ésta respondió que llevara al
joven después de la cena a sus aposentos. Así lo hizo.
Pidió a los comensales que dejaran tranquila a la dueña
y que nadie molestara merodeando por los alrededores
de su alcoba, e introdujo a Teágenes furtivamente.
Como era de noche, la oscuridad lo invadía todo y les
daba buena ocasión para pasar inadvertidos. Tan sólo
un candil iluminaba la alcoba. Le hizo entrar, pues, y
cuando ya iba a retirarse, Teágenes la retuvo diciendo: 2

—Que esté presente también Cíbele por ahora, seño-
ra. Sé que ella es fiel confidente de todos tus secretos
—y al decir esto, cogió a Arsace de la mano, mientras
proseguía hablando—. Señora, no era antes una obsti-
nación arrogante contra tus intenciones lo que me ha-
cía aplazar el cumplimiento de tu orden, sino la pre-
caución de que no hubiera ningún riesgo. Pero ahora,
una vez que la fortuna me ha convertido con buena
razón en esclavo tuyo, estoy mucho más presto a ceder
en todo. Una sola cosa te ruego que me procures, aun- 3
que ya sean muchas e importantes las promesas que
me has hecho: renuncia al matrimonio de Cariclea
con Aquémenes. Pues, por no mencionar otros moti-
vos, no es lícito que una mujer, ufana de su altísima
nobleza, se una con uno que es criado de nacimiento.
Además, te juro por el Sol, el más bello de los dioses,
y por los demás dioses también, que no me someteré

283 Este proverbio se halla por ejemplo en EURÍPIDES, frag. 715 Nauck.

a tus propósitos de no ser así, y que si se cometiera alguna violencia contra Cariclea, antes me verás darme propia muerte ante tus mismos ojos.

4 —No desconfíes —replicó Ársace—; quiero complacerte en todo, porque también estoy dispuesta a entregarme. Pero ya es tarde, he jurado a Aquémenes concederle a tu hermana.

—Bien —contestó—, señora. Dale, pues, a mi hermana, quienquiera que ella sea; pero a mi prometida, mi novia y qué otra cosa sino mi esposa, no querrás sin duda otorgársela; aunque quieras, lo sé, no lo harás.

5 —¿Qué quieres decir? —preguntó.

—La verdad —respondió—: Cariclea no es mi hermana, sino mi novia, como te he dicho; de modo que quedas libre de tu juramento. Si quieres, puedes probar la veracidad de mis afirmaciones de otra manera: manda que se celebre el matrimonio de ella y mío cuando tú determines.

6 Picaron los celos a Ársace, al oír que Cariclea era novia de Teágenes, no la hermana; sin embargo, dijo:

—Así se ha de hacer. Nosotros buscaremos para Aquémenes el consuelo de otra boda.

—Yo también —afirmó Teágenes— realizaré tus propósitos, una vez resuelto ese asunto —y al tiempo se aproximó como para besarle la mano.

7 Mas ella se inclinó y le besó, ofreciendo la boca en lugar de la mano. Teágenes recibió el beso, porque él no lo devolvió, y acto seguido se retiró. En cuanto tuvo oportunidad, relató toda la entrevista a Cariclea, que le escuchó, no sin sentir ciertos celos por algunos detalles. Le explicó también la finalidad de aquel deshonesto compromiso, así como las múltiples ventajas obtenidas de un solo golpe:

8 —El matrimonio con Aquémenes se ha roto; se ha encontrado una excusa para aplazar por el momento la satisfacción de la pasión de Ársace; pero lo más im-

portante de todo es que Aquémenes se habrá llenado de confusión e inquietud: estará, por un lado, afligido por fracasar en sus esperanzas, y por otro lado irritado por el menoscabo que Ársace le ha hecho al preferir complacerme a mí. Pues, con toda certeza, le 9
explicará y le pondrá al corriente de todo su madre, a quien con toda intención propuse que asistiera a nuestro encuentro; así conseguía que declarara todos los acuerdos concertados a Aquémenes y que a la vez fuera testigo de que mi entrevista con Ársace no había pasado de las puras palabras. Desde luego, la propia conciencia de no haber cometido vileza es suficiente para esperar la benevolencia divina; pero es también conveniente convencer a las personas con las que se convive y pasar así esta efímera vida con la franqueza que proporciona el bien obrar.

Añadió también que era sumamente probable que 10
Aquémenes tramara alguna venganza contra Ársace, siendo como era un esclavo— y bien sabido es que el dominado es siempre enemigo natural de su dueño—, pues se sentiría ofendido y herido al haber sido desatendidos los juramentos que se le habían hecho; estaba además enamorado, y se enteraría de que otros eran preferidos antes que él; conocía todas las mayores vergüenzas y las peores deshonestidades de Ársace, y, por tanto, no tendría ninguna necesidad de fingir una calumnia, que es a lo que suele recurrir la mayoría por despecho; él, sin embargo, tenía a mano la venganza, con el apoyo suplementario que da la propia verdad.

Con tales razones y otras semejantes logró que Cari- 27
clea cobrara algún ánimo. Al día siguiente, Aquémenes vino a buscarle siguiendo instrucciones de Ársace para que fuera a servir su mesa. Se puso Teágenes un lujoso vestido persa que ésta le había enviado y se adornó, entre el gusto y la repugnancia a la vez, con brazaletes

2 y gargantillas de oro incrustados de pedrería[284]. Aquémenes intentó mostrarle y enseñarle cómo había que escanciar, pero Teágenes se dirigió a una trébede donde estaban puestas las copas y cogiendo una de las más valiosas dijo:

—No me hacen ninguna falta maestros; sin que nadie me enseñe voy a servir la copa a la señora, y no me daré ninguna importancia por hacer una operación tan fácil. A ti, buen amigo, es la fortuna lo que te ha obligado a aprender esto, pero a mí, son mi naturaleza y mi instinto los que me indican lo oportuno en lo que tengo que hacer.

3 Diciendo esto, preparó una deliciosa mezcla, que ofreció a Ársace, luego de recorrer la habitación con elegante destreza, sosteniendo la copa en la punta de los dedos. Esta bebida encendió en ella una pasión más agitada todavía y mientras bebía, mantuvo los ojos fijos en Teágenes, más cautivada por el amor que por la mezcla del vino. Con toda intención no apuró el contenido de la copa, sino que dejó a propósito un poco,
4 como para brindar con Teágenes[285]. Aquémenes se sentía profundamente herido y estaba tan rebosante de ira y celos, que ni siquiera Ársace dejó de observar sus torvas miradas y sus refunfuños en voz baja dirigidos a los presentes. Una vez acabada la comida, Teágenes tomó la palabra y dijo:

—El primer favor que te pido, señora, es que no me mandes en lo sucesivo ponerme este vestido más que a la hora de servirte a la mesa.

---

284 Regalos semejantes son llevados a Etiopía de parte de Cambises en HERÓDOTO, III 20.

285 La actitud de Ársace es la propia de un enamorado que espera que el ser amado beba el resto apoyando los labios en el mismo lugar de la copa en el que ella lo ha hecho, convirtiéndose así la bebida en beso; el gesto se encuentra en AQUILES TACIO, III 9.

Accedió Ársace con un gesto, y él tras ponerse su
ropa habitual se retiró. Salió también Aquémenes con 5
él, censurándole continuamente por su atrevimiento y
desenvoltura, y por sus maneras de joven precipitado.
Le advertía que como era la primera vez la dueña lo
había tolerado porque era extranjero e inexperto, pero
que si persistía en su torpeza insolente tendría que
arrepentirse. Le daba este consejo porque era amigo
suyo, y sobre todo porque pronto se uniría a su fami-
lia y sería el marido de su hermana, conforme a las
promesas de la dueña. Muchas otras cosas de este tipo 6
iba amonestándole; pero él parecía no escuchar y
caminaba a su lado con la cabeza baja.

Se topó con ellos Cíbele, que iba a preparar la cama de su señora para la siesta, y al ver el aire sombrío y malhumorado de su hijo preguntó la causa.

—Es por culpa del joven extranjero —contestó 7
Aquémenes—, a quien prefieren antes que a mí. Ha en-
trado ayer en el servicio, y ya hoy se le confía la misión
de escanciar; a nosotros, en cambio, que llevamos mu-
cho tiempo sirviendo su mesa y que somos sus coperos
mayores, se nos manda a paseo. Él es quien le tiende
la copa, quien está al lado de la reina, y a nosotros
nos ha postergado, dejándonos de nuestro cargo sólo el
nombre. Pase que se le honre, que se le haga partícipe 8
de mayores ventajas, que se le asocie en sus secretos,
gracias, mal que nos pese, a nuestro silencio y compli-
cidad, aunque eso de por sí ya sea un agravio con el
que se nos atropella; pero, al menos, eso se podía hacer
sin ofendernos a los servidores que somos criados
fieles y prestos a servir cuando se trata de cosas ho-
nestas.

Pero ya hablaremos de este tema en otra ocasión 28
Ahora, madre, lo que me gustaría es visitar a mi pro-
metida, a Cariclea, mi total y única dulzura, para ver
si puedo curar las penas de mi alma con su vista.

2 —¿Qué prometida, hijo? —inquirió Cíbele—; me parece que te indignas por las insignificancias que te suceden, y lo más importante lo ignoras. No te vas a casar con Cariclea.

—¿Qué estás diciendo? —gritó—; ¿es que no soy digno de casarme con una que es esclava como yo? ¿Por qué, madre?

—Por mi culpa —contestó—, por mi injusta benevo-
3 lencia y fidelidad para con Ársace. Por ella he sacrificado mi propia seguridad personal; por satisfacer su pasión he expuesto mi salvación; por su capricho he hecho todo. Mas, a pesar de eso, a la primera vez que entra en su alcoba ese presumido y glorioso enamorado, sólo con dejarse ver por ella, le ha convencido de que viole los juramentos que te ha hecho, y sea a él a quien entregue a Cariclea como esposa, con la pretensión de que no es hermana suya, sino prometida.

4 —¿Y ha hecho Ársace esa promesa, madre?

—Sí, hijo —respondió Cíbele—; yo misma estaba presente y lo escuché personalmente: su boda se celebrará con toda brillantez dentro de pocos días. Pero también ha prometido buscarte otra esposa para ti.

5 Profirió Aquémenes al oír estas noticias un profundo gemido, y frotándose las manos dijo:

—Bien amargo les haré a todos ese matrimonio[286]. Lo único que tienes que hacer es ayudarme para que la boda se retrase hasta el momento propicio. Si te preguntan por mí, di que me he hecho daño en una
6 caída y estoy en el campo recuperándome. ¡Llamar prometida a su hermana el bellaco! ¡Como si no supiéramos que es sólo una treta para descartarme! Pues abrazarla y besarla, qué de raro hay en eso!; ¡sólo si además se acuesta con ella, eso sí que sería una prueba concluyente de que es su prometida, no su herma-

[286] Quizá una reminiscencia de EURÍPIDES, *Medea* 399.

na! Mas yo me ocuparé de eso, y también los dioses de los juramentos, cuya fidelidad han quebrantado.

Así habló, y picado por el aguijón de la ira y los 29
celos, del amor y el fracaso —sentimientos bien suficientes para perturbar la razón de cualquier hombre, cuanto más la de un bárbaro—, decidió poner en práctica la primera idea que le vino a la cabeza, sin reflexionar en nada sino dejándose llevar por el primer
impulso. Al llegar la noche, consiguió robar un caballo 2
armenio de los que el sátrapa criaba en sus establos para las paradas y las fiestas más solemnes, y a rienda tendida cabalgó en busca de Oroóndates, que se hallaba en estos momentos en Tebas la Grande, preparando la expedición contra los etíopes y reuniendo todo tipo de material bélico, así como toda clase de tropas, para emprender de inmediato el ataque a su territorio.

LIBRO OCTAVO

1 El rey de Etiopía había burlado mediante un ardid a Oroóndates y había logrado hacerse dueño de uno de los dos objetivos de la guerra: someter por sorpresa la ciudad de Filas, cuya posesión, por estar indefensa ante cualquier ataque, se disputaban continuamente ambos países. Gracias a esta maniobra, puso en tal dificultad al sátrapa, que le obligó a emprender a toda prisa una expedición para la que todo se preparó a la ligera.

2 En efecto, la ciudad de Filas está situada a orillas del Nilo, un poco más arriba de las cataratas menores, y dista unos cien estadios de Siene y Elefantine. Ocupada en otro tiempo por unos desterrados de Egipto que se habían establecido en ella, había sido motivo de disputa desde entonces entre egipcios y etíopes: éstos, porque aducían que el límite de Etiopía son las cataratas; aquéllos, porque consideraban de justicia anexionarse una población, en la que los primeros que se asentaron fueron unos exiliados de su país, y sobre la que, a todos los efectos, tenían el derecho de conquis-
3 ta[287]. De continuo, pues, la ciudad caía y cambiaba de

[287] La localización de Filas y la distancia desde Siene y Elefantine (algo más de dieciocho km.) es descrita de igual manera por ESTRABÓN, XVII 1, 49-50, que, además, informa de que era una colonia de etíopes y egipcios. También ESTRABÓN,

manos, según los golpes de mano y los ataques de unos y otros en cada momento. Pero en esta época estaba ocupada por un destacamento de egipcios y persas. El rey de Etiopía había enviado una embajada ante Oroóndates, para reclamar en primer lugar Filas, y en segundo lugar los yacimientos de esmeraldas (como ya se ha dicho más arriba, hacía tiempo que llevaba enviando emisarios, sin obtener resultado)[288] y dio la orden a los que integraban la embajada de anticiparse unos pocos días por delante de él. Él los iba siguiendo con tropas que tenía preparadas de antemano, como si

---

XVII 1, 2 habla de unos fugitivos egipcios que se instalaron al norte de Méroe, en una isla sobre el Nilo; de estos fugitivos, HERÓDOTO, II 30, afirma que llevaron la civilización a Etiopía. En época de Augusto, según ESTRABÓN, XVII 2, 54, los etíopes hicieron una incursión sobre Filas, Siene y Elefantine; quizá este incidente ha servido a Heliodoro para el relato de la guerra entre Hidaspes y Oroóndates. El asedio de Siene, rico en peripecias, interrumpe la intriga amorosa, hasta casi hacer olvidar a los protagonistas. Si se ha introducido una tal digresión, a pesar de los riesgos que entrañaba para la unidad del tema en la novela, es, según LACOMBRADE, *loc. cit.*, porque el autor estaba seguro de atraer con este relato la atención inmediata de los lectores. Esto sólo podía ocurrir porque Siene se había convertido durante el siglo IV d. C. en el punto neurálgico para el dominio de Egipto; diversas fuentes antiguas hablan de numerosos ataques contra Siene por parte de los blemies, a fines del s. IV, y el mismo Heliodoro da a entender aquí algo semejante. No obstante, esta observación, que, de ser cierta, permitiría fijar con exactitud la datación de la novela, es susceptible de ciertas reservas, pues sabemos que desde mediados del siglo III aquella zona ha sufrido frecuentes revueltas, y que Diocleciano, en 297, se vio obligado a reforzar las defensas de Siene y Filas, y a instalar en la región a las tribus nobatas, a fin de proteger la frontera (cf. KEES, *RE*, IV, A 1, 1022). Todo ello indica que la situación de Siene era ya frágil desde mucho antes de fines del siglo IV.

[288] Una de estas embajadas, de capital transcendencia para el desenlace de la novela (cf. X 11, 1), es mencionada en II 32, 2.

se dirigiera a otra guerra, sin comunicar a nadie el
4 motivo real de la expedición. Y cuando el rey se figuró que los embajadores habían sobrepasado la altura de Filas sin sembrar ninguna razón de sospecha entre sus habitantes y el destacamento allí emplazado, porque éstos iban proclamando que se les enviaba para concertar un tratado de paz y amistad, de súbito atacó y expulsó a la guarnición. Ésta en principio hizo frente al ejército enemigo durante dos o tres días, a pesar de su exiguo número, pero finalmente tuvo que ceder ante los instrumentos de ingeniería. De este modo se apoderó de la ciudad respetando la vida de todos sus moradores.

5 Oroóndates estaba enterado de esta pérdida por los fugitivos, y asustado por sus relatos; pero cuando vio a Aquémenes presentarse de improviso y sin que nadie hubiera requerido su venida, su terror aumentó aún más. Le preguntó si había sucedido algún daño irreparable a Ársace o a algún otro miembro de su casa; Aquémenes le respondió que en efecto había ocurrido
6 algo, pero que prefería hablar en privado. Cuando se separaron de los demás, le declaró todo: cómo Mitranes había capturado a Teágenes y le había enviado como cautivo de guerra ante Oroóndates por si a éste le parecía bien llevárselo como regalo al Gran Rey, pues había que tener en cuenta que la belleza del joven era digna de servir en la corte y la mesa reales; cómo los de Besa se lo habían arrebatado en una escaramuza en la que Mitranes resultó muerto; cómo, después de eso, había llegado Teágenes a Menfis, y entonces inter-
7 caló el episodio de Tíamis; finalmente, cómo Ársace se había enamorado de Teágenes, cómo se había éste instalado en palacio, y también el trato cortés que se le dispensaba y los servicios de escanciador que prestaba. Le relató también que estaba seguro de que todavía no se había cometido ningún acto ilegal, porque el joven

hasta el momento se había resistido y opuesto; sin 8
embargo, era de temer que algo sucediera, bien porque se le forzara, bien porque éste con el tiempo se rindiera, a menos que alguien se diera prisa y se lo llevase de Menfis, para cortar de raíz el motivo del amor de Ársace. Por esta causa era por la que había venido con tal diligencia. Se había fugado en secreto y había venido a denunciar las insidias que se tramaban contra su dueño; en virtud de la simpatía que le profesaba, no podía soportar la idea de ocultarle lo que se tramaba contra él.

Una vez que con estos relatos Oroóndates estuvo 2
henchido de cólera —y era un hombre que por naturaleza se entregaba por entero al odio y al deseo de venganza—, trató además de despertar en él la pasión amorosa: añadió lo referente a Cariclea, la ensalzó lo más que pudo, pero sin mentir, fue comparando la belleza y la edad de la muchacha con las de una diosa y le prodigó alabanzas de todo género; en definitiva, nada semejante se había visto antes ni podría verse en el futuro.

—Considera —decía— que frente a ella todas las 2
concubinas que tienes, tanto las que están en Menfis, como las que te acompañan, son una bagatela.

Se extendió Aquémenes con pormenores en estos elogios, con la esperanza de que si Oroóndates entablaba relaciones amorosas con Cariclea no tardaría mucho en otorgársela en matrimonio como recompensa por sus declaraciones. La irritación y la llama del deseo 3
envolvían por entero y atravesaban al sátrapa de parte a parte; había caído al tiempo, como en una red, en los brazos de la ira y la pasión. Mandó llamar sin la más leve demora a un tal Bagoas[289], uno de sus eunu-

289 Este nombre, que parece ser de origen persa y tener el significado de «eunuco», es usado con frecuencia para los

cos de confianza, puso a su disposición a cincuenta jinetes y le despachó a Menfis con la orden de encontrar cuanto antes y donde quiera que fuera a Teágenes y Cariclea, y conducirlos de inmediato a su presencia.

3 Le entregó también varias cartas: una para Ársace que decía así:

«Oroóndates a Ársace: Envíame a Teágenes y a Cariclea, dos hermanos cautivos de guerra y esclavos del Gran Rey. Yo se los transmitiré. Envíamelos de buen grado, porque, aun contra tu voluntad, me los traerán, y entonces me veré obligado a dar crédito a Aquémenes.»

2 A Eufrates[290], el jefe de los eunucos de Menfis, iba dirigida la siguiente misiva:

«Por el poco celo con el que vigilas mi casa recibirás una sanción. Mas por el momento, entrega a Bagoas los cautivos de guerra griegos, porque tiene el encargo de traérmelos, tanto si Ársace accede, como si no quiere. No dejes de ejecutar esta orden; si no, sábete que he mandado que te traigan encadenado, para desollarte vivo.»

3 Bagoas, acompañado de su escolta, puso el sello del sátrapa en las órdenes que llevaba, para que los de Menfis no tuvieran duda acerca de su autenticidad y entregasen a los jóvenes con mayor rapidez, y se puso en marcha con los suyos para cumplir su cometido. Partió también Oroóndates a la guerra contra los etíopes, ordenó a Aquémenes acompañarle, e hizo que lo

---

eunucos que servían en la corte real persa (cf. ESTRABÓN, XV 3, 24; DIODORO DE SICILIA, XVI 47 sig.); también es atribuido a los eunucos entre los escritores latinos (OVIDIO, *Amores* II 2, 1; PLINIO, *Historia natural* XIII 4, 9).

290 El acento en la transcripción española del río del mismo nombre es incorrecto; de ahí que aparentemente no coincidan la forma castellana de este personaje y la del río, que en realidad son en griego idénticas.

vigilaran en secreto y sin que él lo notara, hasta que se demostrase la veracidad de sus delaciones.

Entretanto, esto es lo que sucedía en Menfis. Des- 4
pués de la huida clandestina de Aquémenes, Tíamis recibió el rango sacerdotal con todas las prerrogativas que ello suponía y, a causa de eso, comenzó a disfrutar de la mayor consideración entre los habitantes de la ciudad. Después de terminar los funerales de Calasiris y tributar a su padre todas las ofrendas rituales en los días establecidos, en cuanto las disposiciones sacerdotales le permitieron salir de casa y reemprender la vida en común con el resto de los ciudadanos, se dispuso a buscar a Teágenes y su compañera.
Luego de muchas idas y venidas, logró enterarse de 5
que éstos estaban residiendo en el palacio del sátrapa. Se encaminó entonces a toda prisa a ver a Ársace para reclamar a los jóvenes extranjeros. Alegó la conveniencia de que fuera él quien se hiciera cargo de éstos, entre otras muchas razones, porque su padre Calasiris, al morir, le había encomendado el cuidado de velar y combatir por los forasteros de todos los modos posibles; reconoció su agradecimiento a Ársace por haber hospedado estos días anteriores a los muchachos, aun siendo griegos y extranjeros, y por haber hecho gala de tales sentimientos de generosidad hacia ellos durante el tiempo en el que estaba prohibido a las personas profanas penetrar en el recinto del templo. Sin embargo, ahora era justo que se le devolviera el depósito, para encargarse él personalmente de su protección.

—Me extraña —replicó Ársace— que tú por un lado 6
confirmes el testimonio de nuestra bondad y generosidad, pero, por otro, nos acuses de inhumanos, como si en lo sucesivo no fuera yo a querer o a poder velar por ellos y darles el trato más apropiado.

7 —No es eso —arguyó Tíamis—; también yo sé que ellos estarían aquí en mejores condiciones que en mi casa, si fuera de su agrado permanecer aquí. Lo que ocurre es que para ellos, nacidos de ilustre linaje pero obligados a padecer los más diversos escarnios de la fortuna, como en la actualidad todavía andan errantes, lo más importante por encima de todo es reunirse con su familia y regresar a su patria. Conseguir este objetivo es lo que mi padre me ha dejado como herencia; además, yo mismo tengo otras razones, bien legítimas por cierto, para dar testimonio de mi amistad a los extranjeros.

8 —Haces bien —contestó Ársace— en invocar la justicia, en lugar de humillarte y pedírmelo con súplicas; pues ésta se encuentra inequívocamente de mi parte, por cuanto que para poseer algún esclavo el ser dueño de él da más derechos que el ser protector sin esperar nada a cambio.

—¿Y tú eres su dueña? ¿Por qué? —preguntó Tíamis lleno de asombro.

—Por la ley de guerra —contestó—, que hace esclavos a los presos en batalla.

4 —Pero, Ársace —dijo Tíamis, comprendiendo que se refería al asunto de Mitranes—, esto de ahora no es la guerra, ahora hay paz. La naturaleza de aquélla es hacer esclavos, la de ésta liberarlos; aquélla es capricho tiránico, ésta, en cambio, es juicio mesurado y
2 propio de un rey. No es la significación estricta de la palabra, sino la disposición de quienes la usan lo que en realidad define la guerra y la paz. Pues es evidente que si añades la noción de justicia podrás delimitar mejor estos conceptos. En cuanto a lo adecuado y lo conveniente, nada de eso está ahora sometido a debate [291]. ¿Cómo además va a estar bien o ser ventajoso

[291] El egipcio Tíamis habla aquí como un aventajado alumno de los filósofos griegos, aunque sus ideas sean también

que se vea y que tú misma reconozcas que estás consagrada con tanto ahínco a unos jóvenes extranjeros?

Ante esto, Ársace no pudo contenerse más; le ocu- 5
rrió lo mismo que siempre sucede a todos los enamorados, que mientras creen que sus sentimientos son desconocidos, incluso se ruborizan; pero cuando se dan cuenta de que se les ha descubierto, lo afirman rechazando cualquier pudor. El amor oculto es, en efecto, bastante tímido, pero el conocido se hace mucho más audaz. Así también a Ársace fue la propia conciencia de su alma lo que la delató; imaginando que Tíamis tenía alguna sospecha de ella, se desembarazó, sin ninguna consideración por el sacerdote ni por la dignidad sacerdotal, de toda vergüenza femenina y declaró:

—Bueno, ten por cierto que también tendrás que 2
arrepentirte de los atropellos cometidos contra Mitranes. Llegará el momento en que Oroóndates exigirá cuentas a los que le han asesinado a él y a su escolta. En cuanto a éstos, no los pienso soltar. Por ahora son esclavos míos, y dentro de poco se les va a enviar a mi hermano, el Gran Rey, de acuerdo con la ley
persa. Sabido esto, haz todos los bellos discursos que 3
quieras y define lo justo, lo adecuado y lo conveniente; todo en vano, porque el que tiene la autoridad no ruega a nadie nada de eso, y lo único que tiene en cuenta es su capricho particular. Ahora, vete de este palacio cuanto antes y por tu propio pie; no sea que corras el riesgo de salir contra tu voluntad.

Salió, pues, Tíamis, poniendo a los dioses por tes- 4
tigos y afirmando únicamente lo siguiente: que esto no acabaría bien. Tenía la intención de manifestar todo

anacrónicas: las nociones de lo «justo», «conveniente», «útil» se han desarrollado sobre todo a partir de Sócrates, y las especulaciones acerca de las diferencias entre «rey» y «tirano» son habituales en particular entre los estoicos.

el asunto al pueblo y apelar a su apoyo. Pero Arsace
aún le dijo:

—Nada me importa tu sacerdocio; una sola religión
conoce el amor: el éxito.

A continuación se retiró a sus aposentos, mandó que
llamaran a Cíbele y comenzó a reflexionar acerca de
5 la situación. Ella, en efecto, tenía ciertas sospechas de
la huida de Aquémenes, que no aparecía por ninguna
parte, y Cíbele, cuando ella le preguntaba por Aqué-
menes o trataba de buscarle, urdía complicados pre-
textos, cada vez diferentes, y procuraba salir del paso
con cualquier excusa, antes que revelar su partida para
ir a entrevistarse con Oroóndates; sin embargo, no
lograba persuadirla, y, por ello, conforme fue transcu-
rriendo el tiempo, fue aumentando abiertamente su
6 desconfianza. El caso es que en esta oportunidad dijo:

—¿Qué haremos, Cíbele? ¿Cuál será el final de los
agobios que nos acosan? El amor no remite, e incluso
va haciéndose cada vez más intenso, pues ha prendido
en ese joven con la misma fuerza que el fuego en un
bosque. Es cruel, no se ablanda [292]; al principio parecía
más comprensivo que lo que es ahora y me consolaba
con dolosas promesas, pero ahora me rechaza de pla-
no y sin velos. Pero lo que me conturba todavía más
es que también él se haya enterado de las sospechas
que tengo contra Aquémenes, y por eso se haya ame-
7 drentado en el asunto. A pesar de todo, lo que más me
duele es la actitud de Aquémenes: ¿no ha ido a dela-
tarme ante Oroóndates? ¿o quizá para tratar de con-
vencerlo con razones bien verosímiles por otra parte?
¡Ojalá pudiera tan sólo ver a Oroóndates! No podría
soportar ni una sola caricia, una sola lágrima de Arsa-
ce. Grande es el hechizo que encierran las miradas de
una mujer, más aún, de una esposa, para persuadir a

---

292 El vocabulario es típicamente homérico.

los hombres. ¡Pero lo más terrible es que se me acusara antes de haber gozado de Teágenes, o incluso que se me castigara sin motivo, si Oroóndates da crédito a sus delaciones antes de hablar conmigo! De modo que 8
Cíbele remueve todo, encuentra cualquier medio. Las amenazas que, como ves, nos acucian están en el extremo. Estamos en la cresta de la ola. Date cuenta al mismo tiempo de que no hay posibilidad —¿cómo va a haberla?— de que tenga miramientos con quienes me rodean, si desespero de mi propia vida. No, no los tendré, y tú serás la primera en disfrutar de tu parte por las asechanzas de tu hijo, porque no puedo creer que las desconozcas.

—De mi hijo y de mi lealtad hacia ti —dijo Cíbe- 9
le—, mi dueña, los hechos mismos te harán comprobar que no es verdad lo que te figuras. El error es tuyo, que te ocupas de tu amor con tanta negligencia y que en realidad actúas con blandura extraordinaria; no cargues la culpa a los que no son culpables. Pues 10
con el jovenzuelo, no te conduces como su dueña que eres, le mimas más bien como si tú fueras la esclava. Esto al principio quizá estuviera bien, porque su alma parecía ser delicada y joven; pero, ahora, una vez que se ha rebelado como contra una enamorada, que reciba pruebas de su dueña. Cuando se le azote y se le someta a tormento, ya verás cómo se rinde a tus pies y a tus deseos. Los jóvenes suelen despreciar a los que los miman, y sólo son sumisos con quienes los maltratan. De manera que también éste hará, con castigo, justo lo que ahora rehúsa con adulaciones[293].

—Me parece que tienes razón —dijo Ársace—; mas 11
¿cómo, oh dioses, soportar ver con mis propios ojos su bello cuerpo cubierto de latigazos o castigado simplemente de otro modo?

[293] Este mismo tópico se encuentra en Aquiles Tacio, VI 20, a propósito de Tersandro y Leucipe.

—¡Otra vez estás compadeciéndote! —dijo—; como
si no dependiera de él escoger lo más provechoso al
precio de una ligera tortura, y de ti conseguir tu pro-
12 pósito con unas pocas molestias. Ni siquiera hace
falta que sufras viéndole; se lo entregas a Eufrates y
le encargas que le imponga un pequeño castigo por
una falta que ha cometido. Así no te afliges viéndole
—porque lo que se oye es mucho más fácil de sobrelle-
var que lo que se ve—, y si nos enteramos de que ha
cambiado de idea, le concedemos la gracia de nuevo
y le decimos que ya tiene suficiente corrección.

6 Ársace se dejó persuadir, pues un amor sin espe-
ranzas no conoce miramientos por el amado y suele
convertir el fracaso en deseo de venganza. Hizo venir
al jefe de los eunucos y le mandó cumplir su determi-
2 nación. Éste, que, además de padecer la enfermedad
de los celos propia de la naturaleza de los eunucos, se
consumía en odio contra Teágenes, tanto a causa de
lo que veía con sus propios ojos, como por lo que
sospechaba, le colocó enseguida grilletes de hierro y
empezó a acorralarle con el hambre y los azotes. Le
encerró en una tenebrosa celda y no respondía a las
preguntas de Teágenes, que, si bien conocía la razón
de todo esto, simulaba y le interrogaba. Iba intensi-
ficando el castigo cada día más y le torturaba más de
lo que Ársace quería y había ordenado. No permitía
ninguna visita, excepto a Cíbele, porque así se lo tenían
3 dicho de modo expreso. Ésta le visitaba con frecuen-
cia, con el pretexto de llevarle alimentos a escondidas.
Argüía que es que le daba compasión y estaba suma-
mente afligida porque había tenido cierta intimidad
con él, pero en realidad lo que hacía era comprobar su
estado de ánimo en las circunstancias en que se en-
contraba, y ver si terminaba por ceder y ablandarse
4 con las torturas. Pero él se comportaba con mayor
valentía y rechazaba con decisión más firme todos sus

intentos; su cuerpo estaba totalmente extenuado,
pero su alma se veía cada vez más robustecida con la
virtud. El infortunio le enorgullecía, y se pavoneaba
porque en el extremo del dolor se le concedía el favor
más vital: proporcionar un medio de demostrar su
amor y fidelidad a Cariclea. Con tal de que Cariclea se
enterara, consideraba las tribulaciones presentes como
el bien más alto, e invocaba sin cesar su nombre, que
él llamaba su vida, su luz y su alma.

Viendo esto Cíbele, aunque sabía que la voluntad de 5
Ársace era aplicar a Teágenes un sufrimiento ligero,
pues no le había entregado para darle muerte sino
para forzarle a ceder, no obstante por su cuenta trans-
mitía a Eufrates el encargo opuesto, que redoblara
los tormentos. Pero cuando se dio cuenta de que todos 6
sus esfuerzos eran vanos, y que la experiencia por ella
sugerida era constantemente rechazada y estaba con-
denada al fracaso, comprendió la dificultad de su situa-
ción: por un lado, temía el castigo de Oroóndates, que
sería fulminante, en el caso de que se enterara de todo
por Aquémenes; por otro, podía ser que Ársace se
adelantara y le diera ella misma muerte, por haberse
burlado de ella al prometer que colaboraría en dar
satisfacción a su pasión amorosa. Resolvió por esto 7
salir con decisión al paso de los acontecimientos y, tras
de realizar alguna gran maldad, asegurar el éxito de los
proyectos de Ársace y eludir el peligro que la amena-
zaba en la actualidad por parte de ella, o bien ocultar
las pruebas de todo el asunto, maquinando la muerte
para todos los testigos. Con esta resolución se presentó 8
ante Ársace y le dijo:

—Baldías son nuestras fatigas, mi dueña; el cruel
no remite en su obstinación y se va haciendo cada vez
más osado. Tiene de continuo el nombre de Cariclea
en sus labios y se alivia en su dolor llamándola, como
si eso fuera una cura. Si te parece bien, pues, tiremos, 9

como dice el proverbio, nuestra última ancla [294] y hagamos expedito lo que ahora es una traba ineludible. Si se entera de que ya no existe, es natural que cambie de idea y venga a satisfacer nuestra voluntad, desistiendo de su actual amor.

7 Captó Ársace de inmediato la intención de esta propuesta, y los celos que la devoraban se vieron acrecentados por la cólera de estas noticias.

—Tienes razón —exclamó—; yo me ocuparé de hacer que eliminen a esa miserable.

—Pero —replicó Cíbele—, ¿a quién podremos convencer para que lo ejecute? Aunque tú tienes autoridad total, te está legalmente prohibido ajusticiar a alguien, si no es con la sentencia de los magistrados
2 persas. Tendrás que meterte en molestias y dificultades, si has de inventar acusaciones y cargos contra la muchacha. Y aún así, no es seguro que se nos vaya a dar crédito. Pero, si te parece, pues yo estoy dispuesta a hacer y sufrir cualqueir cosa por ti, le serviré a la mesa la traición mediante un veneno, y con un brebaje hechizado te dejaré libre de tu adversaria.

Aprobó Ársace esta insidia y le dijo que la llevara a
3 cabo. Ella partió al punto y encontró a Cariclea envuelta en lágrimas y lamentos (y qué otra cosa podía hacer, sino llorar y meditar el medio de quitarse la vida, una vez que se había enterado a escondidas de las tribulaciones que Teágenes padecía, a pesar de que Cíbele al principio había alimentado sus esperanzas con mentiras complicadas, y había fingido unos y otros pretextos, diferentes cada vez, para darle razón de por qué no podía ella verle y de que él tampoco hiciera las acostumbradas visitas a su habitación).

---

294 Las naves tenían más de un ancla, por lo general; la frase parece ser proverbial ya desde Eurípides, frag. 774 Nauck; cf. Píndaro, *Olímpicas* VI 101 sig.

—Infeliz —le dijo Cíbele—, ¿no vas a dejar de con- 4
sumirte y atormentarte en vano? Sábete bien que han soltado a Teágenes y que vendrá a verte a la puesta del sol hoy. La señora se había molestado un poco con él por una falta en el servicio y mandó que lo encerraran, pero ha prometido soltarle hoy, porque va a celebrar una solemne fiesta y a dar un banquete. Además, yo se lo he rogado encarecidamente. De modo que levanta el ánimo, recobra la confianza y comparte ahora con nosotras un poco de comida.

—¿Cómo —dijo Cariclea— voy a creerte? Tus en- 5
gaños constantes cortan por su base cualquier verosimilitud que haya en tus palabras.

—Por todos los dioses —replicó Cíbele—, te juro que hoy lo liberarán, y tú estarás lejos de todas las preocupaciones. Lo único que has de hacer es no persistir en destruirte; ya son muchos los días que llevas sin probar bocado. Hazme caso y apura estos manjares preparados para la ocasión.

Por fin, aunque a duras penas, accedió Cariclea. Si 6
bien sospechaba de su naturaleza, tan pronta a las mentiras, el peso de los juramentos la persuadió, y sobre todo la dulzura de las noticias, que aceptaba con gran placer. Pues en lo que se suele confiar es
en lo que se desea. Se recostaron, pues, y comieron. 7
Cíbele indicó con señas a la joven criada que ofrecía las copas con la mezcla de vino preparada que se lo acercara primero a Cariclea; luego, cogió ella misma su copa y bebió. Pero no había terminado aún de agotar todo el contenido, cuando la vieja se sintió mareada. Derramó entonces lo poco que sobraba y lanzó una furiosa mirada a la sirvienta, mientras se veía sacudida de espasmos y convulsiones agudísimos.

La turbación y la alarma cundieron entre todos los 8
presentes; también Cariclea, que trataba de reanimarla, estaba llena de espanto. El mal era, a juzgar por

las apariencias, más grave que cualquier dardo empapado de veneno mortífero, y suficiente para provocar la muerte a un joven o a uno que estuviera en el vigor de la edad, cuanto más a un cuerpo anciano y ya ajado por la edad. Por esto, se extendió con más rapidez que lo que se tarda en decirlo, y enseguida llegó
2 a las partes más vitales. Los ojos de la anciana estaban inflamados, los miembros, cuando se le pasaron los espasmos, quedaron inertes, y su tez visiblemente se fue ennegreciendo. Pero yo creo que su alma llena de engaños era más fuerte todavía que lo nocivo de la ponzoña, pues ni siquiera en la extrema agonía fue capaz de abandonar sus maldades, pues entre señas y palabras entrecortadas, señaló a Cariclea como culpa-
3 ble de esta maquinación. La vieja todavía expiraba, cuando ya Cariclea era cargada de cadenas y conducida enseguida a presencia de Ársace. Preguntó ésta si había sido ella la que había preparado el veneno, y la amenazaba con castigos y tormentos si no quería confesar la verdad. Aun en este estado, Cariclea constituía para todos los que la veían un inusitado espectáculo:
4 lejos de manifestar abatimiento o algún signo de flaqueza de sentimientos, llevaba a risa y broma su situación presente. Su conciencia tranquila le hacía despreciar la calumnia, y por otra parte, el que le dieran muerte, si no existía Teágenes, era para ella un motivo de alegría, e incluso una ventaja, porque serían otros los que cumplirían el sacrilegio que por su cuenta había decidido cometer contra sí misma.

5 —Ilustre princesa —comenzó a decir—, si está vivo Teágenes, afirmo que estoy limpia del asesinato; pero si tu santa voluntad le ha obligado a padecer algo irreparable, no hace ninguna falta utilizar contra mí el tormento como medio para confesar. Aquí me tienes, degüéllame sin demora; yo soy la que ha envenenado a tu nodriza y a la que te educó para las mejores

obras. Pues ése era el deseo más ansiado de Teágenes, el que con justicia desdeñó tus abominables caprichos.

Ársace, en el colmo del furor por estas palabras, 9
mandó que la abofetearan.

—Llevad —ordenó— a esta malvada, así como está, cargada de cadenas, y mostradle a su extraordinario amado, que se encuentra igual que ella con todo el merecimiento. Encadenadle brazos y piernas y entregadla a Eufrates para que la custodie hasta mañana. Mañana, el juicio de los magistrados persas la someterá a la pena de muerte.

Mientras se la llevaban, la joven que había escan- 2
ciado el vino a Cíbele, que era una de los dos esclavos jonios que Ársace al principio había otorgado a los muchachos para su servicio personal, bien porque sentía pena por Cariclea a causa de la simpatía que el trato y la convivencia con ella habían despertado, bien porque hubiera recibido una comunicación de la voluntad divina, comenzó a sollozar y gemir diciendo:

—¡Pobre infeliz! ¡Sin ninguna culpa!

Los que la rodeaban se quedaron extrañados y le 3
obligaron a explicar con claridad qué pretendía decir. Ella confesó que en efecto le había dado el veneno a Cíbele, pero que ésta a su vez se lo había entregado para que lo pusiera en la copa de Cariclea. Aturdida ante la idea de realizar tan inaudita villanía, o desconcertada porque la propia Cíbele le indicaba por señas que se lo diera primero a Cariclea, había confundido las copas y le había ofrecido a la anciana la
que contenía el veneno. Ante estas revelaciones, la con- 4
dujeron al punto a presencia de Ársace. Todos atribuían a un milagro divino el descubrimiento de ver a Cariclea libre de todos los cargos que se le imputaban. Efectivamente, un temperamento noble y un aspecto digno producen compasión incluso en un corazón bár-

5 baro[295]. La joven sierva relató de nuevo esto, pero no
mejoró en nada la situación, antes bien Ársace declaró:

—También ella parece ser cómplice.

Y ordenó que la encadenaran y tuvieran bajo custodia hasta el juicio.

Mediante unos emisarios, citó para el juicio que
tendría lugar al día siguiente a los dignatarios persas
que tenían potestad para deliberar en los asuntos del
estado, promulgar sentencias judiciales y fijar las pe-
6 nas. Comparecieron ellos al alba, ocuparon el estrado,
y Ársace pronunció la acusación. Denunció el envene-
namiento, explicando con todo lujo de detalles y entre
lágrimas continuas por su nodriza, cómo había sido y
cómo había perdido a la persona más digna de estima
y con mejores sentimientos hacia ella. Apelaba a los
jueces como testigos, increpando la ingratitud de la
extranjera, que, hospedada y honrada con todo géne-
ro de amabilidad, le devolvía ahora este pago de dolor.
7 En resumen, fue la acusadora más cruel que se puede
imaginar. Cariclea sin embargo no se defendió: reco-
nocía también ahora los cargos, asentía en que le había
dado el veneno y añadía que también le hubiera gus-
tado dar muerte a Ársace, si los otros sucesos no se
hubieran anticipado. Más aún, insultaba abiertamente
a Ársace y provocaba a los jueces con todo tipo de
8 procedimientos para que la condenaran. Actuaba así,
porque, durante la noche pasada, en la cárcel, había
confiado a Teágenes todas sus intenciones, le había
preguntado a continuación lo que él pensaba y habían
llegado al acuerdo de aceptar ambos voluntariamente
cualquier muerte que se les impusiera para liberarse
de una existencia abocada a sufrir sin remedio, de un
vagar interminable y de un infortunio sin tregua. A
continuación, le había dado los que creía eran últimos

295 La misma idea ha sido ya expuesta en I 4, 3; V 7, 3.

abrazos, se había puesto los collares con los que en otro tiempo había sido expuesta, y que siempre había tenido la precaución de llevar escondidos, por dentro del vestido, debajo del vientre, y los había traído como mortaja. Por esto confesaba todos los cargos que se le imputaban y hasta inventaba nuevos crímenes. Los 9
jueces, pues, pronunciaron la sentencia sin demora, y a punto estuvieron de someterla a la pena más cruel que se ejecuta en Persia[296]; pero probablemente por la pena que inspiraban la apariencia, la juventud y la irresistible belleza de la muchacha, se contentaron con condenarla a ser quemada viva. De inmediato, se 10
apoderaron de ella los verdugos, que la condujeron a un lugar cercano fuera de la muralla, mientras un heraldo lanzaba continuas proclamas, diciendo que era llevada a la pira, convicta de envenenamiento. Un numeroso gentío acompañaba la comitiva fuera de la ciudad: unos eran espectadores presenciales del traslado; otros, en cuanto oyeron la noticia que corría de boca en boca por la ciudad, fueron a toda prisa para contemplar el espectáculo. Llegó también Ársace, que se instaló en la muralla para presenciarlo, pues le hubiera parecido un dolor terrible no saciar sus miradas con el castigo de Cariclea. Una vez que los verdugos 11
apilaron la mayor cantidad posible de leña para la pira, y ésta prendió entre resplandores al poner la llama por debajo, Cariclea pidió a los que la arrastraban que la soltaran un poco y prometió subir a la pira por su propio pie. Luego, extendió sus brazos al cielo

---

296 La crueldad de los castigos de los persas era proverbial (vid. HERÓDOTO, III 125); el propio HELIODORO, un poco más arriba (VIII 3, 2), ha presentado a Oroóndates amenazando a Eufrates con el desollamiento, y a esta pena debe referirse aquí. No obstante, PLUTARCO, *Artajerjes* 19, habla de una pena especial y refinada para los convictos de envenenamiento.

por la parte por donde el sol alumbraba con sus rayos
y exclamó en alta voz:
12 —¡Sol, tierra y divinidades que en tierra o bajo
tierra veis y castigáis a los hombres impíos!, vosotros
sois testigos de mi inocencia en lo que se me imputa,
pero voluntariamente me someto a la muerte, para evi-
tar las intolerables vejaciones de la fortuna. A mí,
pues, aceptadme con benevolencia; pero a la criminal,
la impía, la adúltera, la que es culpable de esta ini-
quidad para privarme de mi joven esposo, a Ársace,
castigadla cuanto antes y vengadme.
13 Tras decir esto, todo el pueblo estalló en gritos:
unos se disponían a impedir la ejecución de la pena
hasta la celebración de un segundo juicio, y otros ya se
habían lanzado con el mismo propósito hacia Cariclea.
Pero ella se adelantó y subió a la pira. Avanzó justo
hasta el centro y permaneció allí de pie e inmóvil largo
rato, sin sufrir ningún daño. Las llamas la rodeaban
por todas las partes, pero no se acercaban ni le ha-
cían ningún mal, pues retrocedían cada vez que Cari-
clea se aproximaba a ellas por cualquier parte. El
fuego se contentaba con iluminar y hacer resplandecer
con sus fulgores la belleza de Cariclea, como si se
tratara de una recién casada en un lecho nupcial hecho
14 de fuego. Se precipitaba a uno y otro lado de la pira,
asombrada del prodigio y presurosa por alcanzar la
muerte; pero sus esfuerzos eran vanos, porque el fue-
go no hacía más que retroceder, como huyendo de su
proximidad. Los verdugos no cejaban y redoblaban
sus empeños ante las amenazadoras órdenes que Ársa-
ce indicaba con sus señas: amontonaban leña, apila-
ban cañas de río, y trataban por todos los medios de
15 avivar la hoguera. Pero como el resultado era siempre
nulo, la ciudad iba quedando cada vez más sobrecogi-

da, y todos se figuraban que era la propia divinidad quien la socorría[297].

—¡La mujer es pura! ¡La mujer es inocente! —gritaban, y se acercaban tratando de apartarla de la pira. Tíamis en persona marchaba a la cabeza y renovaba los ímpetus del pueblo para que socorrieran a la muchacha —también él se había presentado, pues el infinito clamor le advirtió de lo que ocurría—. Estaban anhelantes por sacar a Cariclea, pero no osaban acercarse y se conformaban con exhortarla a saltar de la hoguera: no había nada que temer, si quería salir, porque aun dentro del fuego continuaba indemne. Cari- 16
clea, al ver y oír esto, segura de que eran los propios dioses quienes la defendían, decidió evitar cualquier ingratitud en su comportamiento, si rechazaba el favor divino de lo alto, y saltó de la pira. Todos los habitantes de la ciudad, llenos de alegría y admiración, profirieron un inmenso y unánime clamor, y comenzaron a invocar la grandeza de los dioses.

Sólo Ársace, fuera de sí, saltó del muro, se precipitó corriendo a través de una pequeña puerta con su numerosa guardia y los jefes persas y, poniendo sus propias manos sobre Cariclea, dijo mientras lanzaba furibundas miradas hacia el pueblo:

—¿No os da vergüenza, a una criminal, a una enve- 17
nenadora, a una asesina capturada *in flagranti* y que reconoce su propia culpa, intentar librarla de su castigo? ¿Ayudar a una mujer impía? ¿Oponeros al tiempo a las leyes de los persas, al Gran Rey, a los sátrapas, a los dignatarios, a los jueces? ¿Compadeceros quizá porque no la haya quemado el fuego y atribuir erróneamente esa acción a los dioses? ¿Pero es que vais a 18
perder el juicio y no daros cuenta de que eso precisa-

297 Idéntico milagro narra ELIANO, *Historias varias* V 6, a propósito de un indio.

mente es la prueba más palpable de que es una envenenadora y de que sus brujerías son tan grandes que incluso puede resistir a la violencia del fuego? Acudid, si os parece bien, mañana por la mañana a la asamblea, que haremos pública para vosotros, y constataréis que ella lo confiesa y que sus cómplices que tengo en prisión también la acusan.

19 Y al mismo tiempo, la asió fuertemente por el cuello y se la llevó, ordenando a los guardias que le abrieran paso entre la multitud. Estaban unos indignados y prestos a no consentirlo, pero otros cedieron, en parte por la sospecha de que realmente fuera una maga, y algunos también se apartaron por miedo a
20 Ársace y a las fuerzas que la rodeaban. Cariclea fue de nuevo entregada a Eufrates. Otra vez se la cargó de cadenas, pero más numerosas aún que antes, y se la encerró en una mazmorra, en espera del segundo juicio y condena. El único provecho, precioso por lo demás, obtenido en esta aventura fue el dejarla en compañía de Teágenes y tener así la ocasión de relatarle el epi-
21 sodio ocurrido. Ársace, en efecto, había imaginado este refinado suplicio para satisfacer sus deseos de venganza; con él, creía que les torturaría de modo más cruel y llenaría de más escarnio a los jóvenes: encerrarlos en la misma mazmorra y dejarles que se vieran mutuamente abrumados de cadenas y víctimas de idénticos padecimientos. Pues sabía que el sufrimiento del ser amado produce al amante aún más dolor que el
22 propio. Sin embargo, esta circunstancia era para ellos más bien motivo de consuelo: a ambos les parecía una ventaja estar sometidos a iguales castigos, porque cada uno pensaba en su fuero interno que, si sufría tormentos menores que el otro, era vencido y daba menores pruebas de amor. Se añadía también la oportunidad de estar juntos, consolarse y animarse para soportar con nobleza y valor las calamidades que les asediaban y

las lides que mantenían por su virtud y fidelidad
recíproca.

Estuvieron conversando hasta muy avanzada la no- 10
che, como es natural en dos amantes que ya desespera-
ban de volver a verse después de esa noche, y como si
trataran de agotar lo más posible el goce de su mutua
compañía. Finalmente, sus reflexiones recabaron en el
prodigio sucedido en la pira. Teágenes atribuía la causa
a la benevolencia de los dioses, que odiaban la impía
calumnia de Ársace y se compadecían de quien era ino-
cente y culpable de nada. Cariclea, en cambio, parecía
dudar:

—El prodigio de mi salvación —decía— parece des- 2
de luego deberse al favor sobrenatural y divino; pero
todas estas imponentes pruebas que nos agobian sin
darnos el más mínimo respiro, las injurias de todo
tipo que padecemos y los sobresalientes tormentos sólo
son propios de quienes sufren la cólera divina y son
víctimas del odio de los poderosos. A menos que sea
un milagro de una divinidad que se complace en arro-
jarnos a los peligros más extremos, para luego salvar-
nos cuando estamos totalmente desamparados.

Mientras ella razonaba así, Teágenes la exhortaba a 11
cuidar sus palabras para no ofender a los dioses y le
instaba a perseverar más en su piedad y en su pru-
dencia.

—¡Dioses! —exclamó ella entonces—, ¡sednos pro-
picios! ¡Qué clase de sueño, si es que no era una vi-
sión real, me ha venido ahora a mi espíritu! Lo tuve
la noche pasada, y no sé cómo se me había olvidado
desde entonces. Pero ahora de nuevo acaba de volver
a mi memoria. Era el sueño un oráculo en verso, que 2
pronunciaba el muy divino Calasiris. No sé si era úni-
camente su imagen lo que se me apareció en sueños,
cuando me quedé dormida sin querer, o si le vi en
realidad a él. Esto es, creo, lo que decía:

Si llevas una pantarba, no sientas espanto por la vio-
[lencia del fuego;
muy fácil es para las Parcas incluso lo más imprevi-
[sible[298].

3 Se estremeció Teágenes como los poseídos de la divinidad y experimentó una súbita agitación, en la medida que las cadenas se lo permitían, mientras exclamaba en un puro grito:

—¡Sednos, dioses, favorables! ¡También yo tengo reminiscencias poéticas! Un oráculo he recibido del mismo vate, bien fuera Calasiris, bien un dios que hubiera tomado su forma, que me ha visitado y parecía declararme lo siguiente:

A la tierra de los etíopes llegarás en unión de la mu-
[chacha,
de las cadenas de Arsace mañana tras escapar.

4 El sentido de este vaticinio lo puedo conjeturar así: «la tierra de los etíopes» parece referirse a la morada subterránea; «en unión de la muchacha», que conviviré con Perséfone; y la liberación de las cadenas, alude a la inmediata separación de alma y cuerpo. En cuanto a ti, ¿qué indica tu profecía, compuesta como está de afirmaciones contradictorias? Pues el propio nombre de pantarba significa «que tiene espanto de todo»; sin embargo, la profecía prescribe que no hay nada que temer del fuego[299].

298 Sobre la peculiar propiedad de la pantarba, cf. IV 8, 7 y nota 160. Los dos versos constituyen un dístico elegíaco, que se encuentra en la *Antología Palatina* IX 490. El contenido del pentámetro es semejante al de los versos que cierran varias tragedias de Eurípides (*Alcestis, Bacantes, Medea, Andrómaca* y *Helena*). También los versos de Teágenes más abajo forman un dístico elegíaco.

299 Teágenes comete el error de interpretar el sueño de un modo alegórico: *kórē* («muchacha») es, en efecto, el nombre

—Teágenes, mi dulcísimo amado —replicó Cari- 5
clea—, el hábito de las desdichas te hace pensar e
interpretar todo de la peor manera, pues la mente del
ser humano suele tornarse según las circunstancias.
Pero el vaticinio me parece que revela cosas mejores
que las que a ti se te ocurren: quizá yo soy esa mu-
chacha a la que se alude, con quien tú has de llegar,
de acuerdo con la profecía, a Etiopía, mi patria, tras
escapar de Ársace y de las cadenas de Ársace. Ahora 6
bien, ¿de qué modo?, ni es evidente para nosotros ni
fácil de imaginar; pero los dioses tienen poder, y ellos
que han hecho ese vaticinio se cuidarán de cumplirlo.
Al menos, la predicción que se refería a mi persona ya
se ha verificado, como sabes, según su voluntad: gra-
cias a ellos estoy viva ahora, cuando todo era deses-
peración, y yo misma era quien llevaba mi salvación,
aunque entonces lo ignoraba. Pero creo que ahora lo
comprendo. Pues no eran sino los signos expuestos 7
conmigo que permitieran reconocerme; siempre hasta
entonces había tenido la precaución de llevarlos, y par-
ticularmente en esa ocasión, cuando se me iba a juzgar
y mi final se hacía inminente, no me separé de ellos,
pues los tenía ocultos en la cintura, a fin de que si me
salvaba me procuraran el bienestar de por vida y en
todas las necesidades, y en el caso de que me ocu-
rriera alguna desgracia irreparable fueran mis postre-
ros adornos y mi mortaja. Entre estos objetos, Teáge- 8
nes, que son valiosos collares y piedras preciosas del
Indo y de Etiopía, se encuentra un anillo, que fue el
obsequio que mi padre regaló a mi madre cuando pidió
su mano. Tiene engastada una piedra llamada pantarba
y está grabado con ciertos signos sagrados que le do-
tan al parecer de una virtud divina, que confiere a la

---

ritual de Perséfone, y la forma griega de la palabra «pantarba» sugiere etimológicamente el sentido que le atribuye Teágenes.

piedra la capacidad de repeler el fuego y hacer a los que la llevan insensibles a las llamas. Ella es sin duda
9 la que con el favor de los dioses me ha salvado[300]. En esto radica la base de mis suposiciones; y, más aún, estoy segura de eso por lo que el muy divino Calasiris me dejó entrever: según me explicó con frecuencia[301], esta propiedad está mencionada y descrita en la inscripción que lleva bordada la cinta con la que fui expuesta, la misma que todavía tengo enrollada en mi cintura.

10 —Esa explicación —contestó Teágenes— es probable, o más bien exacta y conforme con lo sucedido. Pero de los peligros de mañana ¿qué otra pantarba te liberará? Pues no asegura la inmortalidad, ¡ojalá fuera así!, igual que la eficacia contra las llamas de la pira, y la pérfida Ársace estará ahora tramando —bien fácil es de suponer—, un nuevo medio para satisfacer
11 su venganza. ¡Quieran los dioses que decida condenarnos a una sola muerte a los dos juntos! Eso al menos no sería para mí morir, sino reposar de todas nuestras tribulaciones.

—¡Valor! Otra pantarba tenemos —respondió Cariclea—: los vaticinios recibidos. Encomendémonos a los dioses: si nos salvamos, nuestra alegría será mayor; si hemos de sufrir más, lo soportaremos con renovada santidad.

12 Tales eran sus reflexiones; unas veces las acompañaban de llantos, y aseguraba cada uno que su mayor pena y angustia era por el otro, no por sí mismo; otras veces se confiaban los últimos encargos y juraban por los dioses y la adversidad presente que se mantendrían fieles en su amor hasta la muerte. De este modo fueron pasando la noche.

---

300 El poder secreto de la pantarba ya es mencionado en la carta de Persina a su hija (IV 8, 7).

301 Cf. IV 11, 4.

Entretanto, Bagoas y los cincuenta jinetes que le 2
acompañaban llegaron a Menfis. Era aún noche cerrada, y toda la ciudad estaba dormida. Despertaron sin ruido a los centinelas de las puertas, dijeron quiénes eran y, una vez reconocidos por ellos, se dirigieron al palacio del sátrapa rápidamente y en silencio. Dejó 3
Bagoas allí a sus jinetes, ordenándoles rodear el palacio para que, si había alguna resistencia, estuvieran prestos para rechazar la agresión, y él entró por una puerta secreta, después de forzar el débil cerrojo que la custodiaba. Se dio a conocer al vigilante que la guardaba, le mandó mantenerse en silencio, y se encaminó hacia la habitación de Eufrates, guiado por su perfecto conocimiento de los aposentos y a favor de la tenue claridad de la luna en esos momentos. Le encontró 4
en la cama y le despertó bruscamente.

—¿Quién anda ahí? —gritó éste sobresaltado.

—Soy yo, Bagoas —le tranquilizó—. Di que traigan una luz.

Eufrates mandó venir a un muchacho que dormía junto a su alcoba y le dijo que trajera un candil, con precaución para no despertar a los demás. Regresó el chico y después de sujetar la lámpara en un soporte se marchó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eufrates—; ¿qué nueva desgracia anuncia tu repentina e inesperada llegada?

—No hay tiempo para largas explicaciones —repli- 5
có—. Coge esta carta y léela. Pero antes que nada, fíjate en el sello que tiene marcado y asegúrate de que es Oroóndates quien da esta orden. Cumple lo mandado de noche y con rapidez, tú personalmente, para evitar que alguien se entere. Si conviene entregar primero a Arsace el mensaje a ella destinado, decídelo tú mismo.

Cogió Eufrates las dos cartas y luego de leerlas ex- 13
clamó:

—Esto será un golpe mortal para Ársace, y eso que ya está ahora en una situación extrema: ayer la invadió una fiebre, como enviada por los dioses, y se apoderó de ella una aguda calentura que todavía la domina, y que, a juzgar por todos los síntomas que presenta, hace concebir pocas esperanzas de salvación para ella. Pero ni aunque estuviera ella en perfecto estado de salud le daría yo esta carta. Preferiría morir y arrastrarnos a nosotros en su muerte, antes que entregar a
2 los jóvenes por voluntad propia. Has llegado bien a propósito, puedes estar seguro: coge a los extranjeros, llévatelos y haz lo que puedas para socorrerlos. Se merecen todo género de compasión: son unos desdichados y desafortunados, que se han visto obligados a arrostrar innumerables injurias y tormentos, no porque yo lo haya mandado, que ha sido Ársace y en contra mía; además, son, al parecer, de noble cuna, y muy sensatos a juzgar por el trato que he tenido con ellos y por el modo como les he visto comportarse.

Una vez dicho esto, le condujo a las mazmorras.
3 Al ver Bagoas a los jóvenes, encarcelados todavía y exhaustos ya por las torturas, quedó, no obstante, profundamente impresionado de su planta y belleza. Ellos, por su parte, creyendo que había llegado el momento fatal, y que Bagoas y su compañero habían venido tan a deshora para conducirlos a la muerte y al final, no pudieron evitar un pasajero momento de turbación; pero inmediatamente se recobraron, y su semblante tranquilo y sereno ponía bien de manifiesto a los presentes que no sólo no estaban angustiados, sino
4 incluso alegres. Eufrates y su acompañante se acercaron y se dispusieron a librarlos de los cepos a los que las ligaduras estaban sujetas. Entonces exclamó Teágenes:

—¡Hurra por la malvada Ársace! Se cree que va a esconder sus impíos crímenes, por hacerlos de noche y

a oscuras. Pero sagaz es el ojo de la justicia para sacar a la luz y poner en evidencia las fechorías más ocultas
y secretas. En cuanto a vosotros, cumplid vuestro co- 5
metido: tanto si es el fuego, como si es el agua o la espada, a lo que se nos ha condenado, haced el favor de darnos a los dos una misma muerte y en el mismo instante.

Ruegos del mismo tipo les dirigía también Cariclea. Los eunucos entonces, llorando porque habían comprendido algo de lo que les decían, los sacaron con las propias cadenas.

Una vez fuera del palacio del sátrapa, Eufrates se 14
quedó allí. Bagoas y sus jinetes descargaron a los jóvenes de la mayoría de las cadenas, dejándoles las suficientes para custodiarlos, pero sin hacerlos sufrir, les mandaron montar a cada uno en un caballo, rodeados completamente por el resto de la comitiva, y, a rienda
suelta, se dirigieron hacia Tebas. Cabalgaron el resto 2
de la noche sin interrupción, y no se detuvieron a descansar hasta el día siguiente a la hora tercera[302], cuando ya era irresistible el ardor de los rayos solares, siendo como era verano y en Egipto. Estaban además agotados de sueño y veían a Cariclea aún más extenuada a causa de la continuada marcha a caballo. Así, pues, decidieron hacer un alto allí para darse ellos mismos un respiro, dejar que las caballerías recobrasen el resuello y permitir a la muchacha refrescarse.

La ribera del Nilo formaba en aquel lugar un pro- 3
montorio que corta el camino recto a la corriente y la desvía hasta trazar un semicírculo. Una vez rebasado el obstáculo, las aguas reemprendían su curso en línea

302 El día estaba dividido en doce horas de luz solar y doce de noche, cualquiera que fuera la estación dentro del año; como estos acontecimientos son próximos al solsticio de verano (cf. con más precisión IX 9, 2), la hora tercera del día ha de corresponder a poco después de las siete de la mañana.

recta. El contorno adquiría así la forma de una especie de golfo terrestre, que, por estar perfectamente regado en su totalidad, se hallaba cubierto de extensas praderas. Allí se criaba de manera espontánea hierba abundante y forraje inagotable, que proporcionaban pasto generoso para el ganado. Árboles persas, sicómoros y otras especies propias del Nilo cubrían el lugar dán-
4 dole sombra[303]. En aquel paraje acamparon Bagoas y sus compañeros, con las copas de los árboles por tiendas. Comió él y ofreció también alimento a Teágenes y su compañera, obligándoles, pues al principio rehusaron la invitación. Decían que no tenían por qué comer quienes iban a morir enseguida; pero, al fin, les convenció asegurándoles que no se trataba de eso, que no les conducía a la muerte, y les reveló que les guiaba a presencia de Oroóndates.

15 Ya había remitido el extraordinario calor de mediodía, y el sol, al bajar de su cenit, no despedía más que rayos oblicuos desde poniente. En ese momento Bagoas y sus compañeros se disponían a reanudar la marcha, cuando he aquí que se presentó un jinete con aspecto de haber cabalgado a marchas forzadas. Sin aliento, detuvo a duras penas su caballo bañado en sudor y se dirigió a Bagoas a comunicarle algo en privado. Acto
2 seguido se echó a descansar. Éste se quedó unos momentos tristes y pensativo, aparentemente reflexionando sobre la noticia recibida, y luego les dijo:

—Estad tranquilos, extranjeros. Vuestra enemiga ha sufrido su castigo: Ársace ha muerto; se ha ahorcado

---

303 Teofrasto, *Historia de las plantas* IV 2, 1, menciona estas dos especies como específicas de Egipto; Estrabón, XVII 2, 2, habla del primero como propio de Etiopía (la descripción se halla en Plinio, *Historia natural* XIII 17). En general, el «árbol de Persia» es el melocotonero, pero esta identificación es aquí poco probable; el sicómoro es una variedad de higuera, de tronco corpulento y denso follaje.

al enterarse de que habíais partido en compañía nuestra. Con esta muerte espontánea ha evitado la que ya era ineludible, porque nunca habría conseguido escapar a la venganza de Oroóndates y del Rey: o bien se la habría condenado a la pena capital, o bien se habría visto en el oprobio más ignominioso durante el resto de su vida. Esta es la noticia que acaba de traerme 3
Eufrates por medio del mensajero recién llegado. De modo que no os preocupéis más; tened buen ánimo, porque vosotros no habéis cometido ningún delito, lo sé perfectamente, y de la culpable ya os habéis desembarazado.

Con estas palabras, torpemente pronunciadas en griego e incorrectas en la mayoría de las expresiones, trataba Bagoas de congraciarse con los jóvenes. Pero 4
se lo dijo, en parte porque también él se alegraba, pues en vida de Ársace había padecido muchas veces el peso de sus intemperancias y sus modales despóticos, y en parte también por dar nuevos ánimos y consolar a los jóvenes, porque tenía la esperanza, bien justificada por cierto, de incrementar su ascendiente ante Oroóndates y hacerse acreedor a una recompensa espléndida si lograba llevarle a salvo a un joven que eclipsaría a todos los demás servidores del sátrapa y a una muchacha de incomparable belleza, que podría convertirse en su esposa ahora que Ársace ya no vivía. No fue menor la alegría de Teágenes y su compañera 5
al oír esta noticia; celebraban la grandeza de los dioses y el poder de la justicia, y estimaban que ninguna desgracia les ocurriría en adelante, por muy penosas pruebas que se sucedieran, una vez desaparecida su enemiga más encarnizada. Tan dulce es realmente la muerte para algunos, con tal de ver la propia muerte de los enemigos.

Así fue transcurriendo el tiempo hasta llegar el atar- 6
decer, que trajo consigo una refrescante brisa que invi-

taba a proseguir la marcha. Levantaron entonces el campo y cabalgaron sin interrupción durante el resto del día, toda la noche y la mañana siguiente, presurosos por ver si podían hallar a Oroóndates todavía en
7 Tebas. Pero todo su empeño resultó baldío. Aún de camino, se encontraron con un hombre que venía del lugar donde estaba el ejército, que les comunicó que el sátrapa había partido ya de Tebas, y que a él le habían enviado a recoger con toda urgencia a cuantos soldados y gentes de armas encontrase, incluso a los que habían quedado de guarnición en las ciudades y aldeas, para conducirlos a toda velocidad a Siene. Pues todo el país estaba en estado de alerta, y era de temer la captura de la ciudad, a poco que se retrasara el sátrapa, porque el ejército etíope se había precipitado sobre ella, aun antes de que se tuvieran noticias de su expedición. Bagoas entonces se desvió del camino de Tebas y se dirigió a Siene[304].

16 Ya en las cercanías de la ciudad, cayó en una emboscada tendida por tropas de jóvenes etíopes bien armados[305]. Habían sido éstos enviados en destacamento como exploradores, para garantizar al grueso del ejército con su vigilancia la seguridad de la ruta. Pero la noche y el desconocimiento del paraje los había extraviado, hasta alejarlos excesivamente de sus compañeros. Habían decidido entonces esconderse a orillas del río entre la espesura, tanto por protegerse, como por apostarse contra los enemigos, y se habían
2 mantenido allí al acecho sin dormir. Con las primeras

---

304 He aquí probablemente una incorrección de carácter geográfico, porque Tebas y Siene se encuentran sobre el Nilo; como Bagoas y su destacamento cabalgan hacia el Sur siguiendo el curso del Nilo, han de pasar necesariamente por Tebas.

305 *Neolaía*, el término griego aquí usado, es de origen dorio y sólo aparece en las partes líricas de la tragedia, además de los prosistas tardíos.

luces del día, vieron pasar a Bagoas y sus jinetes, y al
observar que eran un número reducido esperaron a
que se adelantaran un poco para asegurarse de que
nadie los seguía; entonces salieron repentinamente del
cañaveral entre gritos y corrieron a su encuentro.
Bagoas y el resto de la comitiva se llenaron de pavor 3
ante tan inesperado griterío, y en cuanto se dieron
cuenta, por el color de la piel, de que eran etíopes los
que acababan de aparecer, viendo que no había ningu-
na posibilidad de victoria si se enfrentaban a un nú-
mero tan superior —pues eran mil los enviados con
armamento ligero para inspeccionar— se dieron a la
fuga, sin esperar siquiera a verlos detenidamente, aun-
que al principio trataron de alejarse con menos rapi-
ded de la que eran capaces, para evitar dar la impre-
sión de huida declarada. Los etíopes los perseguían,
dejando avanzar por delante del resto a todos los tro-
gloditas, que eran aproximadamente doscientos[306]. Los 4
trogloditas son una tribu nómada de Etiopía, fronte-
riza con los árabes; están por naturaleza muy bien
dotados para la carrera, y en ella se ejercitan desde la
infancia; no están nada habituados al uso del arma-
mento pesado y únicamente combaten desde lejos, dis-
parando sus hondas. Suelen hostigar por sorpresa a los
enemigos, pero en cuanto observan que los adversa-
rios son superiores huyen en desbandada. Siempre se
renuncia a perseguirlos, porque se sabe que su agilidad
en las piernas les da alas, y que huyen a ocultarse en
una grutas ocultas y de boca estrecha, horadadas en la
roca, que les sirven de guarida. En fin, en esta oca- 5
sión, aun a pie, dieron alcance a los jinetes, e incluso

306 Diversas noticias sobre los trogloditas o habitantes de cavernas se encuentran en Heródoto, IV 183 (entre ellas, su agilidad en la carrera), y Estrabón, XVI 4, 17 (vida nómada y ciertas costumbres). La situación geográfica que Heliodoro les atribuye coincide con Estrabón, XVII 1, 53.

consiguieron herir a algunos con sus hondas. Pero cuando los persas iniciaron el contraataque, en vez de aguardarlos, se dispersaron en total desorden y huyeron a refugiarse donde sus amigos, que ya se habían quedado muy rezagados. Al ver esto los persas, alentados al ver el exiguo número de sus oponentes, se envalentonaron en su contraofensiva, y después de deshacerse en unos momentos de los que aún los acosaban emprendieron la huida con renovados bríos, espoleando sus caballos con la fusta y dejándoles correr con el bocado suelto, a toda la velocidad de que fueran
6 capaces. Todos diseminados se precipitaron hacia un recodo del Nilo formado por una especie de promontorio; allí la ribera se adentraba en el río e impedía que los enemigos pudieran verlos. Pero Bagoas fue capturado; su caballo tropezó y, al arrastrarle en su caída, se le quedó aprisionada una pierna quedando herido.
7 También fueron prendidos Teágenes y Cariclea, que no consintieron abandonar a Bagoas, un hombre de quien tenían buenas pruebas de su bondad hacia ellos y de quien aún esperaban nuevos favores —se habían detenido a su lado y habían desmontado de sus caballos, aunque quizá podrían haber escapado—; pero tenían además otra razón más poderosa para rendirse voluntariamente: Teágenes había dicho a Cariclea que estaba a punto de cumplirse el sueño que había tenido, y que éstos eran los etíopes a cuyo país estaba fijado por el destino que ellos habrían de llegar como prisioneros de guerra[307]. Era conveniente, pues, entregarse y

[307] El sueño, relatado en VIII 11, 3, no vaticinaba en realidad que llegarían a Etiopía como prisioneros de guerra; quizá en este pasaje la expresión de Teágenes va más allá que su pensamiento, y lo que está diciendo no es que haya soñado que llegará a Etiopía como prisionero de guerra, sino que el sueño se está cumpliendo porque va a ir a Etiopía (como prisionero de guerra).

confiarse a una fortuna, que al menos era más incierta que el riesgo evidente que correrían con Oroóndates.

Cariclea adivinaba el futuro, se dejaba guiar como 17
de la mano por el destino, en quien tenía puestas sus mejores esperanzas, y consideraba a los atacantes más como amigos que como enemigos. Sin embargo, no dijo nada a Teágenes de lo que pensaba, y lo único que hizo fue dar muestras a Teágenes de que le hacía caso porque ése era su consejo. Se acercaron, pues, los etíopes 2
y reconocieron en Bagoas, por su aspecto, a un eunuco que no servía para la guerra; pero no a ellos, que, sin armas y encadenados, tenían una apariencia sobresaliente de hermosura y nobleza. Les preguntaron quiénes eran, mediante un egipcio que les acompañaba y hablaba también persa, esperando que entenderían, si no las dos lenguas, al menos una de ellas. Pues los exploradores y los que son enviados como espías para indagar lo que se dice y hace saben por experiencia que han de enviar a quien hable y entienda la lengua de los indígenas y de los enemigos. Teágenes, familiariza- 3
do ya con la lengua egipcia por su ya prolongada estancia en el país, y como la pregunta había sido formulada en breves palabras, respondió que Bagoas era uno de los principales funcionarios del sátrapa persa, y que Cariclea y él eran griegos, a quienes hasta hace un momento los persas llevaban cautivos, pero que ahora se habían entregado a los etíopes, en la esperanza de una fortuna mejor. Éstos decidieron conservarles la vida y conducirlos presos. Esta era, en efecto, 4
su primera captura, un botín magnífico para ofrecer a su rey: uno era uno de los bienes más valiosos del sátrapa (pues en las cortes reales de los persas los eunucos son los ojos y los oídos de los reyes, porque, como no tienen hijos ni familia cuyo afecto pueda apartarles de su fidelidad, dependen por entero del

único que les ha depositado su confianza)[308]; los jóvenes, por otro lado, serían el más bello regalo para el servicio y el palacio del rey. Les recogieron, pues, inmediatamente, luego de montar a cada uno en un caballo, a uno a causa de la herida, a los otros, porque, cargados de cadenas, no pdrían acompañarlos a la velocidad que requerían en su marcha. Y estos sucesos eran como el preludio y el prólogo de un drama: unos extranjeros y encadenados, a quienes la muerte había rondado poco antes delante de sus propios ojos, no iban ahora conducidos a un destino de cautiverio; más bien iban escoltados, y les servían de cortejo quienes enseguida serían sus siervos. Tal era su situación.

---

308 «Ojos y oídos del Rey» parece ser en cierta medida un título de las personas de confianza del rey de Persia, a juzgar por Heródoto, I 114, y Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* I 28; no obstante, estos funcionarios no eran necesariamente eunucos.

LIBRO NOVENO

Siene, rodeada ya, era objeto de un asedio en regla 1
y se encontraba como envuelta en una red por los etíopes. Oroóndates, en efecto, en cuanto se enteró de la proximidad de los etíopes, de que ya habían remontado las cataratas y de que se dirigían contra Siene, marchó inmediatamente a la ciudad y apenas le dio tiempo para entrar en ella antes que los enemigos. Una vez allí, mandó cerrar las puertas, fortalecer las murallas con armas, defensas y máquinas de guerra contra el cerco, y se quedó aguardando con ansiedad los acontecimientos. Por su parte, el rey de Etiopía, Hidaspes, 2
informado por sus exploradores, cuando todavía se hallaba lejos, de que los persas iban a entrar en Siene, emprendió al punto la persecución para atacar antes de que los enemigos llegaran, pero se presentó tarde. Lanzó entonces su ejército contra la ciudad y dispuso a sus soldados alrededor del muro, donde acampó. Sus fuerzas, con sólo verlas, daban la impresión de ser invencibles; infinitos miles de soldados e innumerables armas y acémilas mantenían el cerco, hasta el punto de que los campos de los habitantes de Siene resultaban angostos para tal multitud.

Allí es donde encontró a su rey el destacamento de 3
vanguardia y le llevó a los presos. Este, nada más ver a los jóvenes, sintió buena disposición hacia ellos; aún no sabía nada, pero su corazón presentía algo, y era

eso lo que le indujo a tratarlos desde ese mismo momento con simpatía, como seres que le pertenecieran de manera especial. Sin embargo, su contento era aún mayor por el buen presagio que suponía el que se le trajeran unos prisioneros encadenados:

4 —¡Magnífico! —exclamó—, los dioses nos entregan a los enemigos cargados de cadenas, como anticipo y primer botín. Que a ésos, los primeros capturados, —añadió— se les conserve vivos para inmolarlos como primicias de la guerra en el sacrificio de la victoria. Según prescribe el rito tradicional de los etíopes, los reservaremos como víctimas para los dioses tutelares del país.

5 Recompensó a los exploradores y acto seguido despachó a éstos y a los cautivos, para que fueran adonde estaban los encargados de la impedimenta. Después, designó un grupo suficiente de hombres que hablaba su misma lengua con la función exclusiva de custodiarlos, y les encomendó expresamente que los trataran con todo género de miramientos, que les dieran comida abundante y que los conservaran puros de toda mancha, cuidándolos como víctimas que eran para un sacrificio. Ordenó además que se les cambiaran las cadenas por otras de oro. Pues hay que saber que entre los etíopes el oro se emplea para todos los usos que el hierro cumple entre los demás pueblos[309].

2 Se ejecutó esta orden, y, al ver ellos que se les quitaban las anteriores cadenas, concibieron nuevas esperanzas de libertad, que enseguida se desvanecieron, cuando se les volvió a atar con grilletes de oro. Teágenes entonces se echó a reír diciendo:

—¡Oh, qué cambio más espléndido! Estos son los grandes actos de benevolencia que la fortuna nos de-

---

309 Según Heródoto, III 23, los presos en Etiopía eran custodiados con grilletes de oro, porque entre ellos el hierro era el metal más raro y más preciado.

para: cambiamos oro por hierro[310], y la riqueza de nuestra prisión nos convierte en cautivos mucho más valiosos.

Esbozó también Cariclea una sonrisa, pero intentó mudar las ideas de Teágenes, levantando su ánimo con las profecías de los dioses y mitigándolo con el hechizo de mejores esperanzas. 2

Hidaspes, al comenzar el ataque contra Siene, esperaba tomar la ciudad con sus muros al primer asalto, pero en unos momentos fue rechazado por los defensores, que no sólo se defendieron espléndidamente en la acción, sino que además le llenaron de insultos injuriosos y palabras provocativas. Furioso ante estos hechos, al ver que en lugar de rendirse y entregarse voluntariamente al primer ataque habían resuelto mantener una resistencia absoluta y tenaz, decidió no aguardar a que una guerra de desgaste consumiera el ejército enemigo mediante el asedio y el uso de máquinas[311], con las que, si bien podría capturar a algunos, otros lograrían escapar, sino destruir de arriba abajo y cuanto antes la ciudad con otro tipo de asedio que exigiría obras inmensas, pero no permitiría la escapatoria de nadie. 3

Lo que hizo, pues, fue lo siguiente: dividió en sectores el contorno de la muralla, distribuyendo el terreno a razón de diez brazas[312] para cada grupo de diez 3

310 Este proverbio, derivado de Homero, *Ilíada* VI 235 sig., ya ha sido recordado por Heliodoro, *supra*, VII 10, 5.

311 El anacronismo es en este caso evidente, porque aunque las máquinas de asedio no eran desconocidas a los persas del siglo v a. C. el desarrollo de la poliorcética es en gran medida de época posterior.

312 Casi dieciocho metros y medio. Según las medidas de longitud más habituales (cf. Heródoto, II 149), el estadio (184,9374 m.) comprende 6 pletros (30,8229 m.) o 100 brazas (1,849 m.); la braza equivale a 6 pies (0,308 m.) o 4 codos (0,46 m.). — Entre los trabajos emprendidos por Hidaspes para

hombres, y dio orden de perforar una fosa lo más ancha y profunda que fuera posible. Unos cavaban, otros sacaban la tierra, los demás la amontonaban y levantaban un talud, erigiendo así otro muro frente al
2 que estaban asediando. Nadie les obstaculizaba ni les impedía sus trabajos de circunvalar la ciudad con una muralla, pues no osaban salir de la ciudad a enfrentarse con ejército tan numeroso, y veían que los disparos con sus arcos hechos desde la muralla resultaban inútiles. Hidaspes, en efecto, había tomado la precaución de calcular la distancia entre los dos muros, para evitar que los que trabajaban estuvieran al alcance de
3 los proyectiles enemigos. Estas obras se terminaron antes de lo que se tarda en decirlo, porque eran innumerables los brazos que se afanaban en ello. Entonces comenzó otra: había reservado una parte del cinturón que rodeaba la ciudad, de una anchura aproximada de medio pletro, a ras de tierra, sin fosa; a partir de cada uno de los bordes del terraplén excavado, levantó dos muros largos, paralelos entre sí, que llegaban hasta el Nilo. Cada dique avanzaba en pendiente continua hacia el río desde las zonas más bajas hasta
4 las progresivamente más elevadas. Hubiera uno podido compararlos con los Muros Largos[313], entre los cuales

tomar Siene y la narración que hace Jenofonte, *Ciropedia* VII 5, del asedio de Ciro contra Babilonia existen ciertas semejanzas, aunque pueden ser fortuitas: ambos derivan el curso del río (Éufrates y Nilo respectivamente) mediante un canal; y en ambos casos se celebra una fiesta religiosa dentro de la ciudad sitiada (Babilonia o Siene).

313 Se alude probablemente a los muros largos de Atenas, aunque casi todas las ciudades griegas que se encontraban en las proximidades de la costa contaban con defensas semejantes. Los trabajos de asedio que ordena Hidaspes suponen que las riberas del Nilo están a un nivel superior al que tienen los campos circundantes, pues es la altura de las riberas lo que permite regular el nivel de las aguas que fertilizan las zonas

se había conservado la anchura de medio pletro a lo
largo de toda su extensión, y cuya longitud ocupaba
todo el espacio que une el Nilo a Siene. Cuando el muro
excavado en torno a la ciudad estuvo unido a las ribe-
ras, entonces abrió una boca en el río y desvió la co-
rriente hacia el canal que formaban los dos muros.
El agua, que como es natural seguía la pendiente desde 5
las partes dominantes hacia las más bajas, se precipi-
taba de la inmensa anchura del cauce del Nilo hacia
este angosto paso, y, al quedar encajonada entre las ori-
llas artificiales del canal, producía un estruendo sordo,
enorme e indescriptible en la entrada, y un ruido per-
fectamente perceptible a lo largo del canal hasta muy
lejos. Al oírlo y poco después verlo los de Siene, com- 6
prendieron la gravedad de la situación en que se en-
contraban y el objetivo de los trabajos de fortificación,
que no era otro que inundarlos; sin embargo no po-
dían evacuar la ciudad, porque les cerraban la salida
el talud y la avalancha de agua, que ya se aproximaba,
y veían también que si se quedaban el riesgo sería
inminente. En tal situación, se dispusieron a tomar
todas las medidas posibles para paliar el peligro. Pri- 7
mero tabicaron los resquicios existentes entre las plan-
chas de las puertas con estopa y asfalto. Después apun-
talaron los muros para consolidar los cimientos, ver-
tiendo tierra, llevando piedras, leños, y, en fin, lo que
cada uno encontraba. No había nadie inactivo; niños, 8
mujeres y ancianos, todos por igual, ponían manos a la
obra; pues el peligro de muerte no hace ninguna dife-
rencia de sexo ni de edad. Los más fuertes y los que
eran capaces de empuñar las armas habían recibido la
misión de cavar un túnel estrecho bajo tierra, que

---

vecinas. Conviene recordar que Siene corresponde a la moder-
na Asuán.

llegara desde la ciudad hasta el talud levantado por los enemigos.

4 Este trabajo se llevaba a cabo del siguiente modo: abrieron cerca de la muralla un pozo vertical de unas cinco brazas de profundidad y, una vez pasados los cimientos, fueron excavando a partir de entonces una galería horizontal, a la luz de las antorchas, que iba en línea recta, según un plano inclinado, hacia el muro levantado por el enemigo. Los que estaban delante iban pasando la tierra a los que estaban inmediatamente detrás, y éstos a su vez a otros, hasta sacarla y amontonarla en una zona de la ciudad, donde había
2 desde antiguo unos jardines. El objeto de estas obras era prever una vía de salida para el agua a través de este conducto en el caso de que llegara hasta allí[314]. Sin embargo el peligro fue más rápido, a pesar de toda su diligencia. El Nilo ya había franqueado el canal largo y se precipitaba en la fosa circular y pronto las aguas rodearon el circuito entre ambos muros y transformaron en lago el espacio que los separaba. Siene entonces se convirtió en isla; lo que antes era tierra firme estaba ahora bañado por el Nilo en todo su
3 contorno y sometido a su oleaje. Al principio, durante parte de ese día el muro se mantuvo firme; pero según fue aumentando la masa de agua y subiendo de nivel, comenzó a filtrarse a través de las fisuras de la tierra, que era negra y esponjosa, y estaba además agrietada por los calores del verano, hasta penetrar bajo los cimientos de la muralla. El peso hacía que los fundamentos cedieran, y, por los sitios por donde la tierra era más porosa y se hundía, el muro se inclinaba, delantando con sus sacudidas la clara urgencia del

---

[314] Una estratagema semejante emplea el lacedemonio Tibrón para tomar Larisa en Jenofonte, *Helénicas* III 1, 7, aunque allí son los sitiadores quienes excavan un pozo para privar de agua a los asediados.

peligro. Las almenas oscilaban, y los defensores en ellas situados sufrían las vibraciones de los temblores, como en un navío sometido a la tempestad.

Al atardecer, una parte de la muralla entre dos to- 5
rres se desplomó. Sin embargo, el derrumbamiento no se produjo al ras del lago ni fue tan profundo como para permitir la irrupción del agua. sino unos cinco codos por encima; aun así, la amenaza de inundación era de una inminencia extrema, y provocó en todos un sobrecogimiento de espanto. Entonces se levantó un lamento confuso entre todos los habitantes de la ciudad, bien perceptible incluso para los enemigos; extendían los manos hacia el cielo, invocaban, única esperanza que les restaba, la salvación de los dioses y suplicaban a Oroóndates que enviara a un emisario de paz ante
Hidaspes. Oroóndates accedió, aunque a desgana y sólo 2
porque las circunstancias lo exigían; pero como estaba bloqueado por el agua y no veía medio de enviar a través de este obstáculo a un mensajero que parlamentara con los enemigos, tuvo que recurrir al siguiente procedimiento que le sugirió la fuerza de la necesidad: escribió una carta con las condiciones que solicitaba y la ató a una piedra, que disparó con ayuda de una honda en dirección de los enemigos, para que ella fuera embajadora de sus súplicas a través de las aguas[315]. Pero no consiguió su meta: el proyectil se quedó corto
y cayó al agua. De nuevo lanzó otra nota igual, pero 3
también fracasó. Todos los arqueros y honderos rivalizaron por alcanzar el objetivo, pues el premio del certamen no era sino su propia vida; pero a todos les ocurrió lo mismo. Finalmente, tendieron las manos hacia los enemigos, que, de pie en los atrincheramientos, observaban el espectáculo de su infortunio, y trataron

315 Este medio ingenioso de comunicación es mencionado por Heródoto, VIII 128.

de explicar como podían, con gestos que movieran a piedad a sus oponentes, el significado de los disparos, ora elevando las palmas en actitud de súplica, ora echándose las manos a la espalda, en señal de que estaban prestos a recibir las cadenas y acatar la escla-
4 vitud. Hidaspes comprendió que estaban suplicándole la salvación y estaba dispuesto a concedérsela —pues la rendición del enemigo inspira sentimientos humanitarios en quien es noble—; pero como por el momento era imposible hacerlo, decidió cerciorarse con una prueba más clara de las intenciones de los enemigos. Tenía preparada de antemano una flotilla de transbordadores de río, que, según sus órdenes, habían sido arrastrados desde el cauce del Nilo a través de la corriente del canal, hasta llegar al lago circular, donde estaban amarrados; escogió diez, recién fletados, y tras equiparlos con arqueros y hoplitas los envió hacia los persas, con instrucciones acerca de lo que tenían que
5 decir. Atravesaron éstos el foso en orden de combate, listos para defenderse en caso de que los de la muralla intentaran un ataque por sorpresa. Constituía esto el espectáculo más novedoso que se pueda imaginar: barcos navegando de muralla a muralla; marineros surcando las aguas en tierra firme; naves avanzado sobre tierras de labor. Aunque la guerra siempre ofrece episodios inauditos, el prodigio que entonces ocurría era aún más extraño y desacostumbrado: entablaba batalla entre marinos y defensores de una muralla, alineaba tropas de tierra contra contingentes maríti-
6 mos. En efecto, los de la ciudad, al ver los botes y observar que los de a bordo iban armados y en dirección a la parte por donde el muro se había desplomado, aturdidos de espanto como estaban y llenos de terror ante los peligros que les rodeaban, creyeron que quienes en realidad venían a concertar su propia salvación traían intenciones hostiles —todo es motivo de

sospechas y temor para quien se encuentra en el peligro más extremo— y comenzaron a disparar, desde lejos aún, una lluvia de flechas. Tan verdad es que el 7
hombre, aunque ya dé su vida por perdida, estima como gran ganancia cada hora que aplaza su muerte. Lanzaban sus dardos, sin embargo, no apuntando para herirlos, sino sólo para evitar que se aproximaran. Respondieron también los etíopes y, como disparaban 8
haciendo puntería porque aún no conocían los propósitos de los persas, hirieron a dos y luego a varios más; algunos, incluso, ante la sorpresa y la rapidez del impacto, cayeron de cabeza desde la muralla hacia el exterior y se hundieron en el agua. Y se hubiera en- 9
cendido la batalla con más ardor entre los persas, que sólo trataban de mantenerlos lejos sin herirlos, y los etíopes, que se defendían furiosos y con energía, si no hubiera sido porque un noble de Siene, ya anciano, se acercó a los de la muralla y les dijo:

—¡Insensatos, las desgracias os han hecho perder el juicio! A quienes suplicábamos hasta ahora, a quienes sin cesar invocábamos en nuestro auxilio, ¿ahora que se presentan contra toda esperanza los rechazamos? Si han venido como amigos y con propuestas de paz, nos salvarán; si lo que intentan es combatir, cuanto más se acerquen, y sobre todo si desembarcan, más fácilmente se les derrotará. ¿Qué ganamos con aniquilar a ésos, cuando una nube tal de enemigos nos 10
tiene cercados por tierra y por agua? No; recibámoslos y así nos enteraremos de lo que pretenden.

Todos aceptaron sus razones, y también el sátrapa lo aprobó. Se retiraron y, alineados a ambos lados de la brecha, se mantuvieron tranquilos con las armas quietas.

Cuando los etíopes vieron que el espacio entre las 6
dos torres se vaciaba de defensores y que el pueblo agitando telas blancas daba muestras de permitirles

amarrar junto a la muralla, se aproximaron y, desde sus barcas, como en una tribuna ante el auditorio de los asediados, pronunciaron las siguientes palabras:

2 —Persas y sieneos aquí presentes: Hidaspes, rey de los etíopes orientales y occidentales[316], y ahora también vuestro rey, sabe aniquilar a sus enemigos, pero su naturaleza le mueve a sentir piedad de quienes le suplican. Lo uno es a su juicio signo de valor, lo otro de generosidad; aquello es la cualidad que distingue a sus tropas guerreras; esto, el privilegio específico de
3 su voluntad. Tiene bajo su arbitrio vuestra vida o vuestra muerte, pero las súplicas le han conmovido y os permite libraros del peligro, bien visible y manifiesto para todos, en el que os ha puesto la guerra. En cuanto a las condiciones de la liberación que aceptaríais con agrado, él renuncia a ser quien las fije; os las deja a vuestra elección. Pues no quiere comportarse en la victoria como un tirano, sino administrar las fortunas humanas sin incurrir en la ira de los dioses.

4 A esto respondieron los de Siene diciendo que tanto ellos, como sus mujeres e hijos, se rendían incondicionalmente a Hidaspes, para que hiciera con ellos su voluntad, y que le entregaban también la ciudad, si subsistía, aunque ahora estaba abocada a sucumbir sin remedio en esta tempestad, a menos que llegara de los dioses y de Hidaspes un medio rápido para salvarla.
5 Oroóndates, por su parte, declaró que desistía de lo que había constituido la causa y el fin de la guerra, mediante la cesión de la ciudad de Filas y de los yacimientos de esmeraldas; reclamaba, no obstante, que no se le sometiera a ninguna violencia personal ni se le obligara a él o a sus soldados a entregarse; antes bien, si Hidaspes quería hacer gala de clemencia hasta

---

316 Esta división de los etíopes aparece ya en Homero, *Odisea* I 22 sigs.

el final, que les consintiera retirarse a Elefantine, a condición de no hacer ellos a nadie ningún daño ni empuñar de nuevo las armas contra él. Pues le daba 6
igual morir ahora que lograr una salvación precaria y aparente, para luego enseguida ser aprehendido por el Rey de los persas, acusado de traicionar a su ejército. Incluso esto último sería mucho peor, pues, en lugar de una muerte pura y simple según ley de guerra, en el otro caso se le sometería a la más cruel, después de las torturas más duras y refinadas.

Además de estas condiciones, les pidió que recibie- 7
ran a dos persas en sus barcas, dando como pretexto su intención de enviarlos como mensajeros a Elefantine, para ver si los de aquella ciudad aceptaban la rendición, en cuyo caso también él lo haría de inmediato. Escuchadas estas proposiciones, los embajado- 2
res regresaron en compañía de los dos persas ante Hidaspes, a quien informaron de todo. Éste no pudo evitar la risa, al tiempo que censuraba gravemente la necedad de Oroóndates, un individuo que pretendía negociar con otro en pie de igualdad, cuando ni siquiera dependía de él la posibilidad de seguir vivo o morir.

—Pero sería estúpido —dijo— que la insensatez de una sola persona se haga acreedora a la muerte de tantos.

Autorizó a los emisarios de Oroóndates a ir a Ele- 3
fantine, porque a su juicio no había que inquietarse aunque ellos les aconsejaran resistir. En cuanto a sus hombres, los distribuyó de modo que unos taponaran la boca excavada en el Nilo, y otros abrieran una diferente en el dique del canal, con la finalidad de cortar la corriente de acceso al canal circular, y, a la vez, vaciar el lago, dejando que saliera por otro lugar. Así, desecaría el terreno que rodeaba Siene y, una vez conseguido esto, se haría transitable. Comenzaron a ejecu- 4
tar la orden, pero poco después de haber empezado la

tarea hubieron de demorar su cumplimiento hasta el día siguiente, pues enseguida llegó el crepúsculo y se hizo de noche al poco de dictar este mandato.

8 Los de la ciudad, por su parte, no abandonaron
ninguno de los medios de salvación de que disponían
y tenían a su alcance, aunque ya no desesperaban de
recibir algún inesperado auxilio. Unos siguieron cavan-
do la galería subterránea, cerca ya, según creían, del
talud de los enemigos, a juzgar por la distancia exis-
tente entre su muralla y el talud enemigo, que habían
medido a ojo y habían comparado con la longitud de
una cinta de medir extendida a lo largo del túnel;
otros entretanto reparaban a la luz de lámparas la
sección derruida de la muralla. Los trabajos de re-
construcción eran fáciles, porque, en el momento de la
2 caída, las piedras habían rodado hacia el interior. Ya
se creían seguros por el momento, cuando un nuevo
acontecimiento volvió a llenarles de turbación: alrede-
dor de medianoche, una parte del dique, la que por la
tarde los etíopes habían comenzado a rebajar —bien
porque la tierra fuera en aquella zona porosa y, al ha-
cinarla, no se había apisonado de manera suficiente,
y a causa de eso los cimientos se hubieran empapado
y cedido; bien porque la galería excavada desde la ciu-
dad hubiera hecho que los fundamentos quedaran
sobre el vacío; o bien porque, aunque los etíopes ha-
bían cavado todavía poco, aquel lugar había quedado
debilitado y a un nivel inferior al resto de las obras,
y el agua, al seguir infiltrándose durante la noche, se
había desbordado y, una vez abierto un camino a través
de la brecha, había ido ensanchando progresivamente
el paso; en fin, bien porque se atribuya el accidente a
3 auxilio sobrenatural—, el hecho es que el talud se des-
moronó inesperadamente y el derrumbamiento produ-
jo tal ruido y estrépito, que, al oírlo, todos los cora-

zones se llenaron de espanto[317]. Todos ignoraban lo sucedido, pero los etíopes y los propios habitantes de Siene se figuraron que se había derrumbado la mayor parte de la ciudad y su muralla. Aquéllos, sin embar- 4
go, como no tenían nada que temer, permanecieron tranquilamente en sus tiendas, dejando la tarea de enterarse con certeza para el amanecer. Los de la ciudad, en cambio, no cesaban de recorrer a un lado y a otro todos los lugares de la muralla. Cada uno al ver que la parte donde él se encontraba se hallaba intacta, se imaginaba que la catástrofe había sido por cualquier otro sitio. Así estuvieron, hasta que llegó la luz del día disipando la incertidumbre de los terrores que les acuciaban: la brecha se hizo entonces visible, y se vio también que el agua había retrocedido de forma brusca.
Por entonces, los etíopes estaban ya obstruyendo la 5
boca del canal de desagüe: ponían exclusas hechas de tablas ensambladas, las apuntalaban por el exterior con gruesos troncos, trababan unas a otras con barro y brozas que acarreaban de continuo miles de hombres,
unos desde la orilla, otros en los barcos. Así se fue 6
evacuando el agua; pero ni siquiera entonces se hizo posible para los de uno y otro bando caminar por allí en dirección de los adversarios. El suelo quedó lleno de un profundo fangal y, aunque la superficie estaba aparentemente seca, el subsuelo era una marisma pantanosa, al acecho para apresar y sumergir a cualquier hombre o caballo que se adentrara en él para atravesarlo.

En esta situación transcurrieron dos o tres días. 9
Los sieneos habían abierto las puertas de la ciudad, y

317 Este es probablemente el ejemplo más notable en toda la novela del gusto de Heliodoro por dar diferentes explicaciones para una acción determinada; para la función de estas interpretaciones varias a un suceso determinado, véase Introducción, 36.

los etíopes depuesto las armas, ambos en señal de paz. Era una especie de tregua tácita recíproca. Ninguno de los bandos mantenía centinelas; más aún, los de la ciudad se hallaban entregados a la alegría festiva.
2 Pues coincidió que entonces se celebraban las fiestas del Nilo, las más importantes que existen en Egipto, que tienen lugar alrededor del solsticio de verano, justo al comienzo de la crecida del río [318]. Y su solemnidad sobrepasa a todas las demás festividades de Egipto por
3 la siguiente causa: los egipcios veneran al Nilo como a un dios y lo consideran el más poderoso de los seres divinos; afirman con orgullo que el río es émulo del cielo, porque, sin nubes ni lluvias celestes, riega sus labrantíos y los inunda periódicamente cada año. Estas
4 son las creencias de la masa popular. Y para justificar el culto a este río que divinizan, he aquí lo que dicen: creen que la causa esencial de la existencia y la vida de los hombres es la unión de lo húmedo y lo seco, y aseguran que los demás elementos sólo pueden existir y crearse si acompañan a los anteriores. Lo húmedo es el Nilo, y lo seco está representado por su propio país [319]. Esta doctrina es también del dominio público, pero a los iniciados se les indica que la tierra es Isis, y el Nilo, Osiris, expresando así, mediante estos nombres, la verdadera realidad de los objetos terrestres.
5 La diosa añora al dios ausente, y se alegra con su pre-

[318] Estas fiestas no parecen ser una invención de Heliodoro; eran celebradas en unos días fijos, y se sabe, por ejemplo, que en época de Ramsés III comenzaban hacia el 30 de septiembre y duraban quince días que llevaban el significativo nombre de «fiestas de la embriaguez»; cf. DIODORO, I 36, 10.

[319] FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* VI 6, dice que los gimnosofistas consideran el Nilo como un elemento a la vez terrestre y acuático. No obstante, Heliodoro presenta esta idea enmarcada dentro de un principio más general, a diferencia de Filóstrato. — La afirmación de que Egipto es un don del Nilo se encuentra en HERÓDOTO, II 5; ESTRABÓN, I 2, 23.

sencia; le llora cuando de nuevo desaparece, y lanza su odio contra Tifón, su enemigo[320]. Pero las personas sabias en física y teología tienen buen cuidado, a mi juicio, de revelar a los profanos el significado oculto de estas leyendas, y lo único que hacen es dar esta instrucción sumaria en forma mítica, reservando revelaciones más claras para los que han llegado al grado máximo de iniciación, en el santuario iluminado con las antorchas de la verdad.

Que la divinidad sepa disculparme por esto que aca- 10
bo de decir; los misterios más sagrados los mantendré en silencio, con la honra de un secreto inviolable. Y ahora proseguimos con la narración de los sucesos
de Siene. Cuando llegó la fiesta del Nilo, pues, los mo- 2
radores de la ciudad se entregaron en cuerpo y alma a los sacrificios y ceremonias. Sus cuerpos estaban extenuados por los peligros circundantes, pero sus espíritus no olvidaban, aun en situación tan crítica, los deberes piadosos para con la divinidad. Oroóndates entonces, aguardando a medianoche, cuando los habitantes de Siene habían caído en profundo sueño después de celebrado el banquete, salió a escondidas con su ejército. Había indicado previamente a sus persas en secreto la hora de partida y la puerta en la que habían de congregarse para efectuar todos juntos la
salida. Cada decurión[321] había recibido la orden de de- 3
jar en el recinto de la ciudad los caballos y las acémilas, para eludir cualquier estorbo y evitar que alguien

[320] Isis y Osiris son habitualmente identificados con Deméter y Dioniso en la mitología griega (cf. HERÓDOTO, II 59, II 144); Tifón es, según Heródoto, el rey de Egipto destronado por Oro, hijo de Osiris. La enemistad de Tifón y Osiris es interpretada por PLUTARCO, *Isis y Osiris* 32, en el sentido de que Tifón es el mar donde vierte sus aguas el Nilo-Osiris.

[321] Los decuriones (suboficiales al mando de diez hombres) son mencionados por HERÓDOTO, VII 81, como integrantes del ejército de los persas.

oyera el ruido y se enterara de la operación; únicamente debían coger las armas y reunirse, llevando un tablón o un trozo de madera.

11 Reunidos en la puerta acordada, echaron a través del lodo las tablas que cada decurión había cargado, y las fueron disponiendo contiguas unas a otras. Los de detrás las iban entregando a los que les precedían inmediatamente, y éstos de mano en mano hasta llegar a los que abrían camino, de manera que el grueso de las tropas pudo atravesar el fangal con suma rapidez
2 y comodidad por esta especie de puente. Ganó así tierra firme sin ser descubierto por los etíopes, que, como no preveían nada de este género, no habían tomado la precaución de mantener la guardia y dormían plácidamente, y se dirigió hacia Elefantine con todo su ejército a toda velocidad hasta perder el aliento, de una sola tirada[322]. Penetró en la ciudad sin ningún obstáculo, porque los dos persas enviados previamente desde Siene, cumpliendo las instrucciones recibidas, aguardaban con atención su llegada cada noche, y, así, en cuanto se pasaron el santo y seña, abrieron las puertas al instante.

3 Los de Siene, con las primeras luces del día, notaron su fuga, primero al no ver cada uno en su casa a los persas que tenía albergados, luego al reunirse y hablar unos con otros, y finalmente, cuando descubrieron la pasarela. De nuevo se encontraban en situación angustiosa y por segunda vez estaban expuestos a la acusación de un delito aún más grave que el ante-

322 Elefantine era una isla sobre el Nilo (Estrabón, XVII 1, 48); por tanto, hay que pensar, o bien que Heliodoro ha estilizado deliberadamente su narración en este punto al no indicar cómo los persas atravesaron el Nilo para entrar en Elefantine, o bien que en el relato hay un error geográfico. En todo caso, sabemos por Heródoto, II 30, que los persas mantenían una guardia constante en esta localidad.

rior: el de haber sido desleales, respondiendo con la
traición a la clemencia sin límites con que se les había
tratado, y cómplices con los persas en su huida. En 4
vista de eso, decidieron salir todos los habitantes sin
excepción de la ciudad, entregarse en manos de los
etíopes y cerciorarles con juramentos de su inocencia,
para ver si les movían a compasión. Reunidos, pues,
todos, sin distinción de edad, con ramos de suplican-
tes, con cirios y antorchas encendidos, y precedidos de
la clase sacerdotal, que era portadora incluso de las
estatuas de los dioses, a modo de caduceo, en cabeza
de la comitiva, avanzaron hacia los etíopes a través de
la pasarela. Cuando estuvieron aún a cierta distancia
de éstos, cayeron suplicantes de rodillas y, como a una
señal dada con la voz, comenzaron al unísono a ento-
nar lastimeras voces de lamento, pidiendo piedad con
sus súplicas. Para provocar mayor compasión, deposi- 5
taron en el suelo a los niños pequeños y les dejaron ir
adonde quisiesen, con la intención de que estas criatu-
ras inocentes y fuera de toda sospecha aplacaran la
cólera de los etíopes. Y los niños, asustados y sin com- 6
prender nada de lo que ocurría, salieron huyendo de
sus padres y madres, temerosos sin duda del inmenso
clamor, y se dirigieron hacia los enemigos, unos ga-
teando, avanzando otros con pasos vacilantes, mientras
lloraban con conmovedores sollozos, como si la fortuna
se hubiese complacido en improvisar mediante ellos
una nueva forma de súplicas.

Ante este espectáculo, Hidaspes, pensando que ve- **12**
nían a renovar sus peticiones con mayor insistencia aún
que antes, y que venían a ofrecer una rendición incon-
dicional y completa, les preguntó mediante unos emisa-
rios qué demandaban y por qué venían solos, sin los
persas. Entonces explicaron todo: la huida de los 2
persas, su propia inocencia, la fiesta tradicional; y les
dijeron que no habían notado su marcha, porque esta-

ban absortos en las ceremonias religiosas y se habían dormido después del banquete ritual; y que incluso si hubieran sabido de su fuga, no habrían podido evitarla, porque los persas estaban armados, y ellos no
3 tenían medio para impedirlo. Una vez terminado el relato de los habitantes de Siene, Hidaspes se imaginó —y no se equivocaba— que Oroóndates trataría de tenderle cualquier trampa o cualquier emboscada. Mandó entonces llamar a los sacerdotes, sólo a ellos, se arrodilló ante las estatuas divinas que portaban consigo para inspirarles más respeto, y les preguntó si podían darle otras informaciones acerca de los persas: hacia dónde se habían dirigido, con qué tropas
4 podían contar y a quién pensaban atacar. Ellos replicaron que no sabían nada a ciencia cierta, pero que se imaginaban que habían ido a Elefantine, porque en aquella localidad estaba reunido el grueso de su ejército y, en particular, el cuerpo en el que Oroóndates tenía cifradas sus mayores esperanzas: la caballería acorazada.

13 Ésta fue su respuesta; le invitaron también con encarecimiento a entrar en la ciudad, que debía considerar como suya, y a deponer la ira contra ellos. Hidaspes no juzgó oportuno por el momento entrar él en persona; encargó sin embargo a dos falanges de hoplitas ir a ver si se les había tendido alguna celada, y, en caso de que no fuera así, ocupar la ciudad con sus armas. Después, despidió a los de Siene con prometedoras garantías y enseguida dispuso su ejército en línea de combate, bien para recibir el ataque de los persas, bien para emprenderlo él mismo, si se
2 retrasaban. Aún no estaban distribuidas todas las unidades, cuando llegaron unos exploradores a caballo, que hicieron saber que los persas se aproximaban en formación de batalla. Oroóndates, en efecto, había ordenado a todo su ejército concentrarse en Elefantine,

pero, al saber por los espías que los etíopes habían atacado Siene por sorpresa, se había visto obligado a acudir allí él mismo precipitadamente con sólo unos destacamentos[323]. Bloqueada su salida por los trabajos de asedio de los etíopes, había implorado la vida a Hidaspes y, después de obtener esta promesa, había dado pruebas de ser el hombre más traidor: logró que 3 pasaran dos persas con los etíopes y los envió, en apariencia para sondear la disposición de los habitantes de Elefantine acerca de las condiciones que estaban dispuestos a aceptar para concertar una paz con Hidaspes, pero en realidad para saber si preferían prepararse para el combate, en cuanto él pudiera escapar. Esta desleal maniobra había obtenido buen resultado, 4 pues al llegar a Elefantine había encontrado a sus tropas ya prestas. Salió, pues, al punto, sin aplazar lo más mínimo el ataque, con la esperanza de sorprender a los enemigos y cortar de raíz, gracias a su rapidez, los preparativos de los adversarios.

Fue divisado, pues, su ejército en orden de comba- 14 te: el boato persa fascinaba todas las miradas, y la plata y el oro de las armas refulgían iluminando la llanura. El sol no había hecho más que levantarse, y sus rayos caían de frente sobre los persas; destellos indescriptibles se esparcían en lontananza, como si las armaduras brillaran con luz propia. El ala derecha 2 estaba ocupada por las tropas persas y medas de origen: los hoplitas iban en cabeza, y detrás les seguían los arqueros, que, como carecían de armadura, podrían efectuar sus disparos con mayor seguridad, gracias a la protección de los hoplitas. A las fuerzas egipcias y libias, así como a la totalidad de las extranjeras, se les había asignado el ala izquierda; a su flanco iban

323 Un nuevo ejemplo de recopilación breve de hechos narrados previamente, cf. VIII 1 sigs.

soldados con jabalinas y otros con hondas, con la misión de hacer escaramuzas y acribillar a los enemigos,
3 mediante ataques desde el costado. El sátrapa iba al mando del centro, montado en un espléndido carro falcado; a cada lado le escoltaba una falange, velando por su seguridad personal; y sólo había dispuesto por delante de sí mismo a los jinetes acorazados; la confianza que en ellos tenía depositada era lo que más le había animado a afrontar la batalla. Y es que realmente ésta es la tropa persa más valerosa para el combate pues forma una especie de muro defensivo infranqueable.

15 Su armadura está hecha de la siguiente forma: cada uno de los componentes, escogido y seleccionado por su fuerza física, lleva un casco compacto y hecho de una sola pieza, que reproduce con gran exactitud la cabeza de un hombre, como si de una máscara se tratara; cubre totalmente la cabeza desde el extremo superior hasta el cuello, excepto unas aberturas en los ojos para permitir la visibilidad. Su brazo derecho va armado con una pica mayor que una lanza; el izquierdo está libre para llevar las riendas. De su costado pende un sable, y todo el cuerpo, no sólo el pecho,
2 está protegido por una armadura. La coraza está fabricada del siguiente modo: forjan placas de bronce y hierro, cuadrangulares y de aproximadamente un palmo de ancho como de largo, y las ensamblan unas a otras sucesivamente por cada uno de los bordes, de suerte que queden unidas y algo montadas las superiores sobre las inferiores, y del mismo modo las que están contiguas entre sí; la trabazón de unas láminas con otras queda asegurada mediante unos ganchitos que las unen por debajo. El resultado es un vestido de escamas que se adapta al cuerpo sin causar molestias, al tiempo que lo cubre por completo, pues rodea separadamente cada miembro, y que tampoco impide el

movimiento, por su capacidad de contraerse y estirarse. Tiene además mangas y va desde el cuello a las 3 rodillas con una única abertura en los muslos, para permitir montar a lomos del caballo. Una coraza de este tipo hace que los dardos reboten, impidiendo cualquier clase de herida. Tienen también grebas, que van desde la punta de los tobillos hasta las rodillas, donde se unen a la coraza. Un arnés semejante protege el 4 caballo: rodean sus patas con canilleras, sujetan placas frontales, a modo de testera, alrededor de toda su cabeza, y en cada ijar, desde la grupa, cuelga hasta el vientre una gualdrapa tejida de hierro, que, además de protegerlo, evita, gracias a su flexibilidad, que sea un obstáculo para la carrera. Una vez equipado así, o, 5 para decirlo mejor, engastado, el jinete monta sobre el caballo; pero no puede subir por sí mismo, a causa del peso, y han de ser otros quienes lo coloquen en la montura. Cuando llega el momento del combate, suelta las riendas del caballo, le pica y se lanza con todo el ímpetu contra los enemigos, con el aspecto de un hombre de hierro o de una estatua maciza, trabajada a cincel, que se mueve. La punta de la pica va horizon- 6 tal, sobresaliendo mucho, y está sujeta con una correa al cuello del caballo; el otro extremo va fijo con un nudo a la grupa, para evitar que ceda con los choques, y, además, ayude al brazo del jinete, que lo único que ha de hacer es enderezar el golpe. Y si él mismo se echa encima y apoya el golpe con su cuerpo para que la herida sea más profunda, atraviesa con su impulso cuanto le salga al paso, y a menudo, con un solo golpe, se lleva a dos enemigos ensartados [324].

---

[324] Los jinetes *catafractos* son característicos de la caballería oriental y están atestiguados por primera vez, entre los escritores griegos, en POLIBIO, XVI 18, 6, a propósito del ejército del rey Antíoco de Siria. Los escritores latinos los mencionan con más frecuencia (LIVIO, XXXVII 40, 5; PROPERCIO, III

16 Con semejante caballería y tal disposición en el ejército persa, iba avanzando el sátrapa, sin perder en ningún momento las espaldas al río, para evitar que las tropas etíopes, mucho más numerosas que las su-
2 yas, pudieran cercarlo. Salió a su vez Hidaspes al encuentro. Contra los persas y medos del ala derecha opuso a los de Méroe[325], soldados de armas pesadas y

---

12, 12), y desde época de Adriano parece haber existido en el propio ejército romano un *ala Gallorum et Pannoniorum catafractata,* aunque no sepamos cómo era exactamente la coraza en esta época (PLUTARCO, *Lúculo* 28, menciona la pica, más larga que una lanza, y en *Craso* 27, atribuye a esta caballería la capacidad de ensartar a dos hombres de un solo golpe); no obstante, desde el siglo III d. C. el uso de este cuerpo militar se ha hecho más frecuente, y hay que creer que su equipamiento ha mejorado, aunque el perfeccionamiento de sus defensas resulta con probabilidad de una evolución paulatina. A juzgar por los hallazgos arqueológicos de Dura-Europos, en el siglo III, tanto el jinete como el caballo iban protegidos con coraza y visera, y el conjunto de estas tropas (*clibanarii*) formaba el núcleo de la caballería sasánida; de ellos lo tomaron tanto Roma como Palmira. Heliodoro describe, pues, una tropa persa, no sasánida ni palmirena. La gran impresión que produjo el nuevo armamento en el mundo grecorromano queda reflejada en el cuidado de la descripción que hace Heliodoro. Estas tropas fueron usadas por Zenobia, la reina de Palmira, en las luchas por Émesa y Antioquía contra el emperador Aureliano (ZÓSIMO, I 30, 36) y, aún antes, por los persas contra Alejandro Severo (*Historia Augusta, Vida de Alejandro* 56, 5); a partir de estos datos, F. ALTHEIM, *op. cit.*, págs. 112 y sigs., ha tratado de datar las *Etiópicas*; no obstante, las mejoras de estas tropas han sido continuas, como prueba el hecho de que sean mencionadas sobre todo por los autores griegos del siglo IV; además de JULIANO (*loc. cit.*), AMIANO MARCELINO (XVI 10, 8) habla de *simulacra* (la misma metáfora que en HELIODORO) en el cortejo triunfal de Constancio II; CLAUDIANO, *Contra Rufino* II 359 sig., *credas simulacra moveri*; LIBANIO, XVIII 206. Si estas fuerzas eran dignas de mención en época tan avanzada, es porque probablemente aún constituían una novedad, bien por las progresivas mejoras en su armamento, bien porque sólo entonces llegaron al conocimiento general.

[325] Méroe es la capital de Etiopía, cf. *infra,* X 5.

aguerridos en el combate cuerpo a cuerpo; a los trogloditas y a los que habitan junto al país del cinamomo[326], tropas con armamento ligero, ágiles y excelentes con el arco, les asignó un lugar donde se enfrentaran con los soldados que llevaban hondas y jabalinas del ala izquierda enemiga. En cuanto al centro del ejér- 3
cito, sabiendo que lo ocupaban los famosos jinetes acorazados, se colocó frente a ellos Hidaspes mismo con sus elefantes coronados de torres, detrás de los hoplitas blemies y seres[327], a quienes había dado instrucciones precisas acerca de cómo proceder en el curso de la acción.

Los dos bandos desplegaron sus enseñas; los persas 17
dieron la señal de combate con trompetas; los etíopes, con timbales y tambores. Oroóndates lanzó con grandes gritos a sus falanges en veloz carrera; Hidaspes, en cambio, dio la orden de avanzar en un principio con bastante lentitud, marchando tranquilamente al paso, para evitar que los elefantes se quedasen rezagados de los que combatían por delante de ellos y, al mismo tiempo, con la intención de debilitar el impulso de los jinetes contrarios, si el espacio que separaba a ambos ejércitos era considerable. Pero cuando estu- 2
vieron a tiro y observaron a los acorazados espolear

326 El cinamomo es probablemente la canela silvestre; Arabia era en la Antigüedad el país que producía más esta especia. Sobre su localización geográfica, en Arabia y al Sur de Méroe, vid. Estrabón, I 4, 2; II 5, 35; XVII 1, 1. Los trogloditas vivían en la región situada en la costa occidental del golfo Arábigo al Sur de Siene (Estrabón, XVI 4, 22; XVII 1, 53).

327 Los blemies estaban sometidos, según Estrabón, XVII 1, 2 (cf. 53), a los etíopes, y habitaban en la región nordoriental de Etiopía, al oeste de los trogloditas. En cuanto a los seres, la mención parece desconcertante, porque Estrabón, XI 11, 1, los localiza en Bactriana; aun así, Pausanias afirma que habitaban en Etiopía (VI 26, 7), quizá junto a las fronteras de Egipto, al Oeste de los blemies.

sus caballos para iniciar la carga, los blemies pusieron
en práctica la maniobra ordenada por Hidaspes: de-
jaron atrás a los seres como protección y defensa de
los elefantes y saltaron muy por delante de sus líneas,
lanzándose contra los acorazados a toda la velocidad
de que eran capaces. Los que los veían creían que se
habían vuelto locos: eran un número reducido y em-
prendían el ataque contra un contingente muy supe-
3 rior, que, por añadidura, gozaba de tal protección. Los
persas sin embargo azuzaron sus caballos con renova-
dos bríos: la temeridad de los enemigos era para ellos
una fortuna inesperada, y estaban persuadidos de que
al primer choque los aniquilarían por completo.

18 Pero los blemies, cuando ya estaban a punto de
llegar al cuerpo a cuerpo y se encontraban casi al
alcance de las picas, de repente a una señal convenida
se agacharon todos a la vez y se metieron entre las
patas de los caballos con una rodilla en tierra, aun a
costa del grave riesgo de que éstos les pisotearan la
2 cabeza y la espalda. Con esta inaudita maniobra cau-
saron grandes daños a la caballería, porque, a medida
que iban pasando los caballos por encima de ellos, los
iban hiriendo con sus espadas en el vientre. No pocos
caían, y los corceles, a causa del dolor, no hacían caso
del bocado y derribaban a los jinetes, que quedaban
tendidos e inmóviles, como troncos de árbol, y los ble-
mies les hundían la espada por la parte interna de
los muslos. Los jinetes persas, en efecto, como van
protegidos con esta coraza, no pueden moverse, si no
3 tienen a nadie que los ayude [328]. Los que habían conse-
guido pasar sin que sus caballos recibieran heridas se

[328] La dificultad de movimientos de los jinetes acorazados es también mencionada por Plutarco, *Lúculo* 28. En cuanto a la táctica que emplean los blemies, ideas semejantes se encuentran en Plutarco, *Craso* 25, y, de manera episódica, en Jenofonte, *Ciropedia* VII 1.

precipitaron contra los seres; pero éstos, en cuanto los
vieron acercarse, se escondieron detrás de los elefan-
tes, como refugiándose tras una colina o en una ciuda-
dela viviente. Entonces se produjo una gran mortan-
dad entre los jinetes, que perecieron casi por com-
pleto. Pues ante la súbita aparición de los elefantes, 4
a los que no estaban habituados a ver, los caballos,
presos de pánico ante la mole que tenían enfrente,
o bien volvieron grupas, o bien se precipitaron unos
sobre otros en desorden, desbaratando de inmediato
el orden de la falange. Los que estaban sobre las to- 5
rres de los elefantes —seis en cada una; dos arque-
ros disparando por cada costado, excepto por la parte
de la cola del animal, que estaba desguarnecida—[329]
disparaban sin cesar como desde una ciudadela una
lluvia certera de dardos, tan espesa que a los persas
les parecía más bien una nube que les sobrevenía. Y 6
esto era sobre todo así, porque los etíopes apuntaban
fundamentalmente a los ojos de los enemigos, no como
quienes están tomando parte en un verdadero combate,
sino como si hubieran propuesto una competición de
tiro al blanco. Y tenían tan buena puntería, que los
jinetes, atravesados con las flechas, se dejaban llevar
sin orden ni concierto por entre la multitud, mientras
de sus ojos sobresalían dos venablos clavados, seme-
jantes a dos tubos de flauta. Los que no habían podido 7
frenar el impulso de la carrera de sus caballos y se-
guían hacia adelante sin querer, venían a caer en me-
dio de los elefantes: unos morían allí, derribados y
pisoteados por los elefantes; otros, por los seres y los
blemies, que surgían de detrás de los elefantes, como
emboscados, y los herían, atinando a la zonas menos

---

[329] El número de combatientes que ocupaban las torres de los elefantes no es siempre el mismo: Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* II 12, dice que son diez o quince.

defendidas, o bien se avalanzaban sobre ellos y los
8 tiraban de sus caballos al suelo. Los que lograron escapar se retiraron sin haber obtenido resultado alguno y sin haber causado ningún daño a los elefantes. Pues estos animales también van al combate protegidos con equipos de hierro, y, además, la naturaleza los ha armado con una piel sólida y recubierta de costras duras en toda la superficie, que hace rebotar o quiebra la punta de cualquier arma.

19 Los supervivientes volvieron sus pasos y comenzaron a huir sin excepción, pero la huida más vergonzosa de todas fue la de Oroóndates, que dejó su carro y escapó montado en un caballo de Nisa[330]. Sin saber nada de estos sucesos, los egipcios y libios del ala izquierda continuaron combatiendo con todo valor y, aunque sufrían más daños que los que ellos mismos causaban, aguantaban el peligro con resolución y ente-
2 reza. Pues las tropas del país donde se produce el cinamomo, que eran las dispuestas contra ellos, los acosaban terriblemente y los habían puesto en un gran apuro: cuando atacaban, los otros retrocedían hasta tomarles un buen trecho de delantera, pero a la vez que huían les disparaban volviéndose con sus arcos; luego, cuando cedían, los hostigaban y disparaban contra sus flancos, unos con hondas, otros con dardos, pequeños pero emponzoñados con veneno de serpiente[331], que causaban una muerte cruel y prácticamente instantánea.

330 Llanura de Media, cerca de Ecbatana, en la que se criaban caballos muy estimados; cf. Estrabón, XI 13, 7.

331 La mención de estos detalles en la obra de Heliodoro parece suponer un profundo conocimiento de las costumbres de estos pueblos —el país del cinamomo se aplica en general a la región africana situada al Sur del trópico, circunstancia que explica la imposibilidad de precisar una localización aproximada—; más aún, porque Plinio, *Historia natural* VI 176, indica el mismo detalle acerca de las flechas que emplean

Los del país del cinamomo usan el arco como si 3
estuvieran jugando, más que como si estuvieran em-
peñados en una acción seria: llevan la cabeza envuelta
con una urdimbre circular, sobre la que en todo su
contorno fijan las flechas, con la parte de las barbas
dirigida hacia la cabeza, y las puntas, como rayos de
sol, sobresaliendo hacia el exterior[332]. Las flechas están 4
así prestas para el combate, y una vez llegado éste, las
sacan de ahí con gran facilidad, como de una aljaba;
mientras tanto, cada uno se contrae con saltos inso-
lentes y contorsiones de sátiro y dispara contra los
enemigos, coronado de dardos, con el resto del cuerpo
desnudo, y sin tener ninguna necesidad de puntas de
hierro. Pues los fabrican quitando a una serpiente la
espina dorsal, la enderezan hasta la longitud aproxi-
mada de un codo y raspan la punta dejándola lo más
afilada posible; así obtienen una flecha armada natu-
ralmente de punta. Y quizá es por el uso de los huesos
por lo que la flecha tiene ese nombre en griego[333].

Durante algún tiempo, los egipcios sostuvieron la 5
línea de combate y aguantaron los disparos gracias
a la unión de sus escudos; además, son ellos de natu-
raleza esforzada y se glorían de desdeñar la muerte,
no tanto por conseguir un fin útil, cuanto por rivali-
zar en bravuconería, pero quizá también por el miedo
al castigo si abandonan el puesto y hacen deserción.

---

estos pueblos. Sin embargo, como Plinio cita en este contexto a Juba como su fuente, hay que pensar que ambos autores han utilizado una fuente común, que en última instancia ha de ser Agatárquides de Cnido, a quien sigue Artemidoro de Éfeso (cf. W. Capelle, *Rheinisches Museum* 96 [1953], 168 sigs.; nota 337 *infra*).

332 Luciano, *De la danza* 18, atribuye estas mismas costumbres a los etíopes, en general.

333 Etimología fantástica que pone en relación dos palabras griegas que tienen cierta semejanza fonética: *ostéon* «hueso», y *oïstós* «flecha».

20 Pero al enterarse de que la caballería acorazada, considerada la mejor fuerza bélica y la esperanza más firme de victoria, había sido destrozada, que el sátrapa había huido, que los célebres hoplitas medos y persas, no sólo no se habían distinguido en la batalla por su brillantez, sino que los descalabros que habían hecho a los de Méroe, quienes habían sido sus oponentes, eran pequeños y muy inferiores a los que ellos mismos habían padecido, y que finalmente habían seguido a los demás en su huida, entonces también los egipcios
2 cedieron y huyeron en desbandada. Hidaspes, que contemplaba su victoria, ya manifiesta, desde lo alto de la torre a modo de atalaya[334], envió heraldos a los perseguidores con orden de detener la matanza, y capturar y traer vivos a todos los que pudieran, en particular a
3 Oroóndates. Así se cumplió: los etíopes extendieron su frente por el lado de la izquierda y, disminuyendo la gran profundidad de su formación para dotarla de más longitud por cada lado, fueron girando las alas una sobre otra para encerrar en una bolsa al ejército persa, no dejando libre a los enemigos para la huida
4 más que un sendero que conducía hacia el río. A él cayeron muchos, empujados por los caballos, los carros falcados, el restante desconcierto y la aglomeración progresiva de la muchedumbre. Entonces comprendieron que lo que en apariencia iba a ser una argucia táctica del sátrapa se había vuelto contra ellos y resultaba ser una maniobra irreflexiva. Al principio, en efecto, por miedo a que se les rodease, había guardado continuamente el Nilo a sus espaldas, pero no se había percatado de que lo que en realidad estaba haciendo era
5 cortarse la retirada. Allí también fue él capturado, en el preciso momento en que Aquémenes, el hijo de Cí-

334 Hidaspes, sin duda, va montado en la torre de un elefante (cf. IX 16, 3 y 22, 2).

bele, que estaba ya al corriente de todos los acontecimientos ocurridos en Menfis, se disponía a dar muerte a Oroóndates, aprovechando la confusión —pues se arrepentía de haber denunciado a Ársace, contra quien ahora no tenía pruebas una vez perdidos los testigos—, pero erró el golpe y no consiguió herirle de muerte.
Sufrió además un castigo inmediato: uno de los etío- 6
pes, que había reconocido al sátrapa y trataba de conservarlo con vida a tenor de las órdenes recibidas, le disparó con su arco. El atentado le parecía además una acción indignante y odiosa: huir ante el enemigo y atacar a los suyos, aprovechando al parecer una desgracia general para satisfacer un odio personal.

El soldado que le apresó condujo al sátrapa a pre- 21
sencia de Hidaspes, quien al verlo malherido y cubierto de sangre mandó que le contuvieran la hemorragia con hechizos los magos que se sirven de ellos con este fin [335], pues tenía el propósito resuelto de conservarle la vida si podía. Trató además de reconfortarle con las siguientes palabras:

—Querido amigo, tu vida, en lo que de mí depende, no corre peligro alguno; pues si hermoso es vencer a los enemigos cuando se enfrentan en batalla, no menos lo es superarlos en generosidad cuando están caídos. Mas ¿por qué te has mostrado tan desleal?

—Contigo —replicó él— desleal; pero leal con mi 2
señor.

—Pues bien —volvió a preguntar Hidaspes—, ahora que has caído en mi poder, ¿qué castigo crees que mereces?

---

[335] Los «hechizos», como método curativo, son mencionados en HOMERO, *Odisea* XIX 458; PÍNDARO, *Píticas* III 47 sigs. (empleados por Esculapio); PLATÓN, *República* 426 b. Críticas contra estos procedimientos se encuentran ya en HIPÓCRATES, *Sobre la enfermedad sagrada*. Hidaspes, no obstante, encarga luego (22, 1) a los médicos su curación.

—El que mi Rey —dijo— habría impuesto a cualquier general tuyo, si le hubiera apresado, y éste se hubiera mantenido fiel a ti.

3 —Sin duda —replicó Hidaspes—, le habría soltado con grandes obsequios después de elogiarle encarecidamente, si es que es en verdad un rey, y no un tirano. Así procuraría, mediante alabanzas tributadas a extraños, suscitar en los vasallos propios el deseo de emular una conducta semejante. Pero, buen amigo, dices que has sido leal; pero también deberías reconocer tu imprudencia por haber osado oponerte de modo tan temerario a tantos miles de enemigos.

4 —Probablemente —respondió—, no era tanto imprudencia, como acierto en conocer el carácter de mi rey, que antes castiga con severidad a los que de algún modo se comportan con cobardía en la batalla, que recompensa a los valientes. Por eso decidí correr el riesgo y obtener un resonante e inesperado éxito —porque el azar de la guerra depara multitud de acontecimientos extraordinarios— o, al menos, si conseguía salir con vida, reservarme una justificación para poder argüir en mi defensa, diciendo que había hecho todo cuanto estaba en mi mano [336].

22 Hidaspes aprobó las razones dadas en esta conversación y le envió a Siene, encargando a los médicos prodigar con él todo género de cuidados. Hizo él también su entrada en unión de algunos miembros escogidos de su ejército. Toda la ciudad sin distinción de edad salió a recibirle, arrojando coronas y flores del Nilo a sus soldados y entonando himnos triunfales para cele-
2 brar la victoria de Hidaspes. Una vez dentro del recinto amurallado, montado sobre un elefante a manera de carro triunfal, fue inmediatamente a ocuparse de sus

336 Las antítesis y, en general, las figuras retóricas son particularmente notables en este diálogo.

deberes religiosos y a dar gracias a los poderosos con
sus plegarias. Preguntó a los sacerdotes cuál era el ori-
gen de las fiestas del Nilo, y si podían mostrarle en
la ciudad algo que fuera digno de ver y admirar. Los 3
sacerdotes le enseñaron el pozo que sirve para medir
el nivel de las aguas del Nilo, que es parecido al que
hay en Menfis, construido con piedras de sillería puli-
mentadas y grabado en su interior con marcas sucesi-
vas a cada codo de distancia. Se comunica con el río
bajo tierra, y según la marca en la que caiga el agua
indica las crecidas o los descensos del Nilo. Los habi-
tantes miden el nivel de la riada o de la bajada median-
te el cómputo del número de señales sumergidas y el
de las descubiertas[337]. Le enseñaron también los relo- 4
jes solares, cuya aguja a mediodía no proyecta som-
bra, porque los rayos solares caen sobre la región de
Siene en el solsticio de verano exactamente perpen-
diculares y, al iluminar con su luz todos los lados, im-
piden que haya sombra. Por esa misma razón el agua
se encuentra directamente iluminada en el fondo de
los pozos. Estas curiosidades no produjeron gran im-
presión de novedad a Hidaspes, pues también sucede
lo mismo en la ciudad de Méroe, en Etiopía. Le expli- 5
caron luego el significado divino de la fiesta, haciendo
el más encendido elogio de las virtudes del Nilo, a

[337] La concordancia de este pasaje con ESTRABÓN, XVII 1, 48, permite suponer que ambos autores se han servido de una fuente común (Estrabón no puede ser la fuente directa de Heliodoro, porque éste da algunos detalles ausentes en aquél): ambos dan noticia del nilómetro de Siene, mencionan el de Menfis, hablan de la forma como están construidos y precisan que en el solsticio de verano no da la sombra en su fondo, todo ello con evidentes semejanzas lingüísticas y de vocabulario. Según W. CAPELLE, *loc. cit.*, 174, tanto Estrabón, como Heliodoro y Diodoro de Sicilia, que también menciona el nilómetro (I 36), deben sus informaciones a Agatárquides de Cnido, por mediación, probablemente, de Artemidoro de Éfeso.

quien llamaban Horus, nutricio[338] de la totalidad de Egipto, salvador del Alto Egipto, padre y creador del Bajo; él trae cada año el nuevo limo, y de ahí que se llame Nilo; él señala las estaciones del año: el verano con su crecida, el otoño con su descenso, la primavera con las flores que en él nacen y con el desove de los
6 cocodrilos. El Nilo, en fin, no es otra cosa que el año mismo, como su propio nombre prueba, pues, si a las letras que lo componen, se les atribuye su valor numérico, suma en total trescientas sesenta y cinco unidades, igual que el de los días del año[339]. Añadieron en sus explicaciones otras peculiaridades de las plantas, las flores, los animales del Nilo y otras muchas cosas del mismo género.

7 —Pero todas estas maravillas —replicó Hidaspes— no son egipcias, sino etiópicas. Este río, o este dios como lo llamáis vosotros, y todos los seres acuáticos que en él viven, es Etiopía quien os los envía aquí; justo es, pues, que vosotros la veneréis, por ser para vosotros la madre de los dioses.

—Desde luego que la veneramos —respondieron los sacerdotes—, y ello por todos esos motivos, pero, sobre

---

[338] Hay cierta contradicción con lo que se afirma en IX 9, 4, donde se identifica el Nilo con Osiris, el padre de Horus, aunque las variantes del mito de Osiris son numerosas y las identificaciones con nombres griegos siempre inducen a error; en todo caso, Horus era identificado en general con el Sol (cf. HERÓDOTO, II 144, 156). El epíteto *zeidōros* («nutricio») no se usa nunca en prosa, con la presente excepción.

[339] En efecto, si se atribuye el valor numérico a cada una de las letras que componen el nombre *Neĩlos*, resulta: 50 + 5 + + 10 + 30 + 70 + 200 = 365. La etimología que hace derivar *el nombre Neĩlos* de *néa ilýs* («nuevo limo») es, por supuesto, un producto más de las especulaciones a las que en particular es aficionado Heliodoro (cf. III 14, 3; IX 19, 4). Otros ejemplos en E. ROHDE, *op. cit.*, pág. 487[1]. Un excurso semejante sobre el Nilo se halla en AQUILES TACIO, IV 12.

todo, porque nos ha mostrado en tu persona a nuestro
salvador y nuestro dios.
Hidaspes les indicó la conveniencia de moderar sus 23
elogios para no atraerse la ira divina y, acto seguido,
se retiró a su tienda, donde pasó el resto del día des-
cansando. Obsequió con un banquete a los dignatarios
etíopes y a los sacerdotes de Siene, y autorizó también
a los demás a celebrar un festín. Los sieneos procuraron
al ejército, bien como regalo, bien mediante compra,
un gran rebato de vacas, un gran rebaño de ovejas,
grandísima grey de cabras e igual piara de cerdos, jun-
to con vino en buena cantidad[340]. Al día siguiente, 2
Hidaspes sentado en un elevado trono fue distribu-
yendo a sus tropas las acémilas, los caballos y todo el
restante botín tomado, tanto en la ciudad, como en la
batalla, repartiendo a cada uno según el mérito de sus
acciones. Cuando se presentó el que había cogido preso 3
a Oroóndates, Hidaspes le dijo:
—Pide lo que desees.
—Nada tengo que pedir, mi rey —contestó—; a no
ser que decidas lo contrario, tengo suficiente con lo
que he cogido a Oroóndates, cuando le salvé la vida
cumpliendo lo que tú habías ordenado.
Y al tiempo de decir esto, mostró el ceñidor de la 4
espada del sátrapa, joya valiosísima, incrustada de pe-
drería, que seguramente había costado mucho dinero.
Muchos de los circundantes prorrumpieron en gritos,
exclamando que aquel tesoro estaba muy por encima
de lo que convenía a un simple soldado, y que era más
bien digno de un rey. Sonrió entonces Hidaspes y dijo: 5
—¿Y qué otra cosa sería más digna de un rey que
conseguir poner de manifiesto que mi magnanimidad
es superior a su codicia? Además, la ley de guerra per-
mite al vencedor despojar al prisionero. Que se vaya,

340 Imitación de Homero, *Ilíada* XI 678 sig.

pues, recibiendo como obsequio mío lo que podría haber conservado fácilmente sin mi consentimiento con sólo guardarlo.

24 Tras él comparecieron los soldados que habían apresado a Teágenes y Cariclea.

—Oh rey —dijeron—, nuestro botín no es oro ni piedras preciosas, cosas que son comunes en Etiopía y se hallan a montones en tu palacio; te hemos traído a una muchacha y a un joven, dos hermanos griegos, que en talla y en belleza sobrepasan a todos los humanos, excepto a ti. Lo único que pedimos es que no se nos prive de tu generosidad.

2 —Bien habéis hecho —dijo Hidaspes— en recordármelo. Pues cuando me los trajisteis en medio de la confusión, no pude contemplarlos más que de pasada. Que los hagan venir y traigan también a los demás cautivos.

Los condujeron de inmediato a su presencia, pues fue corriendo un mensajero fuera de la muralla, llegó al lugar donde estaban los encargados de la impedimenta y dijo a los guardianes que los llevaran enseguida ante el rey. Los jóvenes preguntaron a un vigilante, un semigriego, adónde los conducían ahora. Él les contestó que el rey Hidaspes estaba pasando revista a los cautivos.

—¡Dioses salvadores! —gritaron al unísono los jóvenes, al oír el nombre de Hidaspes, pues, hasta este
3 momento, desconocían si el rey era éste u otro. Teágenes entonces dijo en voz baja a Cariclea:

—Seguro que no dejarás de decir al rey, amada mía, nuestras aventuras. Ahí tienes por fin a Hidaspes, el que, según me has reiterado con frecuencia, es tu padre.

—Mi dulce amado —respondió Cariclea—, los asuntos importantes requieren también importantes prepa-
4 rativos. Una intriga, cuyos hilos ha enredado desde el

principio la divinidad, forzosamente sólo puede alcan-
zar su final después de larguísimas peripecias; además,
lo que se ha ido complicando en el transcurso de tanto
tiempo no conviene que se descubra totalmente de una
vez, sobre todo si se tiene en cuenta la ausencia de la
persona de quien dependen todos los hilos de nuestra
trama, el punto capital de nuestra historia completa
y mi propio reconocimiento, es decir, mi madre Per-
sina, de quien sabemos que aún vive, gracias a la vo-
luntad divina.

—Pero, ¿si se nos sacrifica antes —interrumpió 5
Teágenes—, o si se nos regala como esclavos, y nos
corta toda posibilidad de llegar a Etiopía?

—Imposible —dijo Cariclea—; todo lo contrario. Ya
has oído a menudo decir a los que nos custodian que
estamos siendo alimentados para luego inmolarnos
como víctimas a los dioses de Méroe; no hay, pues, que
tener ningún miedo de que nos entreguen como obse-
quio o de que antes nos den muerte, porque ha prome-
tido consagrarnos a los dioses para sacrificarnos, y
estas gentes que tanto estiman la piedad no tolerarán
la transgresión de tal promesa. Si llevados de una ale- 6
gría excesiva cometemos la torpeza de revelar dema-
siado pronto nuestra identidad, en ausencia de quie-
nes puedan reconocerme y garantizar la verdad de
nuestras afirmaciones, corremos el peligro sin darnos
cuenta de irritar al que nos escuche y suscitar en él
una merecida cólera; pues consideraría, en ese caso,
un acto de burla e insolencia el que unos cautivos des-
tinados a la esclavitud tratasen con fantasías inverosí-
miles de hacerse pasar por hijos del propio rey, como
por un golpe teatral.

—Pero las pruebas que pueden conseguir tu reco- 7
nocimiento —dijo Teágenes—, que sé que tú llevas y
conservas con celo, contribuirán a certificar que no se
trata de una invención ni una superchería.

—Las pruebas que permiten mi reconocimiento —prosiguió Cariclea— no constituyen pruebas más que para quienes las conocen y las expusieron conmigo; para quienes las desconocen o al menos no están en condiciones de conocer todas, no son más que simples joyas y collares, que incluso puede ser que despierten sospechas de que quienes las llevan son unos ladro-
8 nes y unos bandidos. E incluso aunque Hidaspes reconociera algunas de ellas, ¿quién le va a convencer de que es Persina quien me las ha dado? ¿quién de que la madre se las ha regalado a su hija? Sólo hay una prueba irrefutable de mi identidad, Teágenes: el instinto de una madre; en virtud de él, la madre que ha engendrado a un hijo experimenta por el fruto de su alumbramiento, desde el primer momento en que se encuentran, un sentimiento de ternura, y se ve movida hacia él por una oculta simpatía[341]. Lo que debemos hacer, pues, es no descuidar este medio, porque es el único que puede avalar la veracidad de las demás pruebas.

25 Mientras iban hablando así, llegaron cerca del rey. Bagoas, a quien también habían conducido, los acompañaba. Al verlos Hidaspes de pie ante él, se levantó del trono de un salto y dijo:

—¡Oh dioses, sednos propicios! —y volvió a sentarse, pensativo.

Las magistrados que lo rodeaban le preguntaron qué le ocurría.

—He soñado —exclamó— que hoy tenía una hija como la que está aquí, y que de repente llegaba a la flor de la edad, como la aquí presente. No había hecho ningún caso de esa visión, pero ahora acabo de recor-

341 Así ha ocurrido con Hidaspes (IX 3, 3-5) y ocurrirá sobre todo con Persina (X 7, 3-4).

darlo, al ver la semejanza que existe entre esta joven y la de mi sueño.

Los presentes le dijeron que se trataba de un efec- 2
to de su imaginación, que a menudo nos presenta mediante imágenes lo que va a suceder. Hidaspes entonces, sin tomar más en consideración la visión de sus sueños, preguntó a los jóvenes quiénes eran y de dónde venían. Cariclea se mantuvo callada, y Teágenes respondió que eran hermanos y griegos.

—¡Viva Grecia —dijo—, que, además de nutrir a tantas personas honradas y de bien, nos ofrece víctimas nobles y magníficas para nuestros sacrificios de
acción de gracias! Pero, ¿cómo es que en el sueño no 3
me pareció también alumbrar a un hijo? —dijo a los presentes con una sonrisa—; si este joven, el hermano de la muchacha, iba a venir también a mi presencia, ¿no hubiera debido recibir igualmente una premonición de su persona mediante el sueño, según afirmáis vosotros? —Y volviéndose luego hacia Cariclea, le preguntó en griego, lengua muy practicada entre los gimnosofistas y los reyes de Etiopía [342]—: ¿Y tú, muchacha, por qué estás callada y no respondes a mi pregunta?

—En los altares de los dioses —respondió Cari- 4
clea—, para quienes, bien lo sabemos, nos guardas como víctimas, conoceréis quién soy yo y quiénes son mis padres.

—¿Y dónde se encuentran ahora? —preguntó Hidaspes.

—Están aquí presentes —respondió—; y, en todo caso, lo estarán en el sacrificio.

—Realmente también sueña —dijo Hidaspes, con una nueva sonrisa— esta hija mía que he alumbrado en sueños, si su imaginación la lleva a figurarse que sus

[342] La misma idea, a propósito de los indios, en FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* II 31. Cf. nota 12.

padres van a ser súbitamente transportados desde Grecia a plena Méroe. En fin, que los conduzcan y cuiden con todo el esmero debido a quienes van a ador-
5 nar nuestro sacrificio. Pero, ¿quién es ése, el que está al lado? Parece un eunuco, ¿no?

—Y es efectivamente un eunuco —respondió uno de los servidores—; se llama Bagoas, y es uno de los bienes más preciados que posee Oroóndates.

—Que los acompañe también él —contestó el rey—, no como víctima para el sacrificio, sino como custodio de una de las dos víctimas, de esa muchacha, cuya belleza requiere grandes precauciones, para que nos la guarde pura hasta el momento de ser inmolada. Los eunucos son por naturaleza celosos, y de los placeres que a ellos se les ha privado son atentos guardianes para prohibírselos a los demás.

26 Tras estas palabras, fueron compareciendo en orden los restantes cautivos; él fue pasándoles revista y decidiendo su suerte: a quienes la fortuna había hecho esclavos de nacimiento, los iba regalando; a los que habían nacido libres, los manumitía[343]. Escogió también a diez jóvenes y a otras tantas doncellas, los más notables por su edad y belleza, y ordenó que los condujeran para idéntico destino que Teágenes y su com-
2 pañera. Luego despachó todas las demás solicitudes que cada uno presentaba, y, en último lugar, mandó venir a Oroóndates, a quien trajeron ante él en camilla.

—Yo he alcanzado —le dijo— los objetivos de la guerra y he conquistado lo que fue el motivo inicial de nuestra lucha: Filas y sus yacimientos de esmeraldas están ya en mi poder. Tras esto, no quiero que me ocurra como a la mayoría de los que se hallan en mi situación actual: abusar de mi éxito por ambición y

---

343 El proceder de Tíamis como jefe de los vaqueros es semejante, cf. I 19, 5.

tratar de extender ilimitadamente mi imperio, aprovechando la victoria. Me conformo con las fronteras que la naturaleza señala desde siempre entre Egipto y Etiopía: las cataratas. De modo que, una vez dueño de aquello por lo que vine, me retiro, poniendo de manifiesto mi veneración a la justicia. Tú, si sobrevives, 3
gobierna de nuevo sobre tu satrapía y envía al rey de los persas una misiva, diciendo que tu hermano Hidaspes te ha vencido por la fuerza de su brazo, pero que, gracias a sus prudentes designios, te ha dejado todas tus posesiones.

Si tú aceptas —dile—, él recibe con suma alegría tu amistad, la más bella riqueza que los hombres poseen; pero si vuelves a comenzar las hostilidades, él no las rehusará. En cuanto a los sieneos aquí presentes, les eximo por un período de diez años de los tributos que les corresponden; y a ti te prescribo que hagas lo mismo.

Estas palabras levantaron en los asistentes, tanto 27
ciudadanos como soldados, una aclamación llena de bendiciones y una ovación cerrada, perfectamente perceptible desde muy lejos. Oroóndates extendió sus manos, cruzó luego una sobre la otra y se inclinó hasta postrarse en señal de adoración, aunque esta acción de honrar de ese modo a un rey que no sea el suyo es algo inaudito entre los persas.

—Asistentes, no creáis —dijo— que estoy violando 2
la tradición por reconocer como rey a quien acaba de obsequiarme con la satrapía, ni que estoy infringiendo la ley por postrarme ante el hombre más justo de la tierra, el cual, pudiendo darme muerte, tiene la generosidad de conservarme la vida, y, habiendo recibido el derecho de hacerme su esclavo, me concede la satrapía. En pago de eso, si logro sobrevivir, me compro- 3
meto a una paz profunda y a una amistad perenne

entre persas y etíopes, y a garantizar a los de Siene la cabal ejecución de las exenciones ordenadas. Pero si algo me ocurriera, que los dioses recompensen por los beneficios que he recibido a Hidaspes, a su casa y a su raza.

LIBRO DÉCIMO

En este punto acaba la narración de los acontecimientos de Siene, esta ciudad que, tras haber corrido un riesgo tan grave, había obtenido en un brusco cambio una dicha tan grande, gracias a la moderación de un solo hombre. Hidaspes despachó por delante el grueso de su ejército, y luego él mismo se puso en camino hacia Etiopía entre los vítores y las bendiciones de todos los persas y todos los sieneos, que le escoltaron durante un buen trecho. Al principio fue avan- 2
zando, siempre pegado a la ribera del Nilo o a las zonas más próximas, y cuando llegó a las cataratas, luego de celebrar un sacrificio en honor del Nilo y los dioses que velan por las fronteras, se desvió y fue siguiendo las tierras del interior hasta llegar a Filas. Allí acampó dos jornadas para dar un descanso a las tropas, y desde allí mandó de nuevo por delante a la mayoría de la gran masa que integraba su ejército, así como a los cautivos de guerra. Él, en cambio, se quedó para fortificar los muros de la ciudad, dejó una guarnición de custodia y luego prosiguió la marcha. Esco- 3
gió dos buenos jinetes, con la misión de anticiparse a él y relevar sus caballos en cada aldea o ciudad a fin de cumplir sus órdenes con rapidez, y les encargó llevar a los de Méroe la feliz noticia de la victoria.

2 Una misiva iba dirigida a los sabios llamados gimnosofistas, asesores y consejeros del rey[344], y decía lo siguiente:

«Al divino consejo, el rey Hidaspes: Tengo el gusto de anunciaros la buena nueva de nuestra victoria frente a los persas, no por fanfarronear del éxito, pues no quiero enajenarme el favor inestable de la fortuna, sino por homenajear con esta carta que precede a mi llegada la inefabilidad de vuestras profecías, que nunca yerran y, en particular ahora, se han mostrado fidedignas. Os invito también y os conmino a que vayáis al al lugar habitual, para santificar los sacrificios en acción de gracias por la victoria y realzar con vuestra presencia ante la comunidad de los etíopes la solemnidad de la celebración.»

2 A su esposa Persina escribió lo siguiente:

«Sábete que he vencido y, lo que más a ti te importa, que estoy sano y salvo. Prepara las procesiones y sacrificios de acción de gracias con suma prodigalidad. Invita a los sabios, como yo he hecho mediante unos mensajeros, a salir contigo enseguida a la fértil explanada situada ante la ciudad, consagrada a nuestros dioses nacionales: el Sol, la Luna y Dioniso.»

---

344 Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* VI, llama a los gimnosofistas egipcios o etíopes, y su modo de vida procede de los anacoretas indios; etíopes e indios no son, según la concepción griega (cf. Estrabón, XV 1, 25), pueblos fundamentalmente distintos (y ello quizá explica la presencia de los seres entre los componentes del ejército de Hidaspes, cf. nota 327). Es, pues, probable que este consejo religioso que rodea al rey de Etiopía sea en último término una herencia de Filóstrato en Heliodoro; cf. Rohde, *op. cit.*, págs. 469 y sigs. Estrabón, XVII 2, 3, nos informa de la existencia de una casta sacerdotal en Etiopía, que incluso llegaba a dar órdenes al rey, que, a su vez, era considerado como un dios; más tarde, los reyes, mediante una revuelta armada, consiguieron eliminar la influencia de los sacerdotes.

Al recibir esta carta, Persina exclamó: 3

—Esto es sin duda la explicación del sueño que he tenido esta noche: me pareció que estaba encita, que daba a luz enseguida, y que el fruto era una niña que al momento se convertía en una bella joven casadera. El significado oculto de los dolores de parto en mi sueño eran, según todos los indicios, las angustias de la guerra; el de la hija, la victoria. Id a la ciudad y difundid por doquier la buena nueva.

Ejecutaron las órdenes los corredores y fueron ca- 2
balgando, la cabeza coronada con loto del Nilo y batiendo palmas en sus manos, por las calles principales de la ciudad, pregonando y divulgando la victoria, que incluso sólo sus gestos ya proclamaban. La 3
alegría invadió totalmente la ciudad de Méroe: noche y día, cada familia, cada barrio, cada tribu se entregaba a la danza, alzaba sacrificios a los dioses, adornaba los santuarios con guirnaldas; y su regocijo, en fin, no era tanto por la victoria, cuanto por el regreso feliz de Hidaspes, el hombre que por su equidad, y a la vez por su benevolencia y mansedumbre hacia los súbditos, había sabido infundir en su pueblo un auténtico amor filial.

Persina mandó reunir en la llanura situada frente 4
a la ciudad hatos de bueyes, caballos y ganado menor, antílopes, grifos [345] y otros animales de toda clase, en

---

[345] Estos animales fantásticos eran localizados, bien en el país de los hiperbóreos, bien en el Indo o Etiopía (cf. ESQUILO, *Prometeo encadenado* 803 sigs.; HERÓDOTO, IV 13 sigs.). Este animal estaba asociado, entre los indios al menos, a la representación simbólica del Sol (cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* III 48), y quizá este hecho explica su presencia en este contexto en el que no aparecen otros animales imaginarios, porque Hidaspes es el sumo sacerdote del Sol. El presente que ofrecerán los trogloditas (X 26, 2) a Hidaspes, un carro con un tiro de grifos, no es muy importante si se tiene presente que Persina ha preparado cien para el sacrificio.

número suficiente para inmolar en el sacrificio una hecatombe de cada especie, y a la vez para ofrecer el banquete público. Finalmente, fue a visitar a los gimnosofistas, que tenían su morada en el templo de Pan[346], les entregó la carta de Hidaspes y les rogó que accedieran a la invitación del rey, y a ella, por su parte, le dieran el gusto de realzar con su presencia la solem-
2 nidad de las fiestas. Le pidieron que aguardara un momento, entraron en el templo a hacer, según su costumbre, plegarias y consultar a la divinidad la conducta que debían seguir, y, al cabo de un breve intervalo, regresaron. Sisimitres, el presidente del consejo, tomó la palabra en nombre de todos y dijo:

—Persina, iremos, pues los dioses lo permiten; pero la divinidad pronostica cierto alboroto y confusión durante las ceremonias, que, no obstante, tendrán un final dichoso y agradable: será algo, como si un miembro de vuestro cuerpo o una parte de vuestra realeza se hubiera perdido, y el destino hiciera aparecer en ese momento lo que estáis buscando.

3 —Todos los temores —respondió Persina— tomarán un giro venturoso, si vosotros asistís. Bien, cuando me entere de la llegada de Hidaspes, os lo indicaré.

—Ninguna falta hace —replicó Sisimitres— que nos lo adviertas; vendrá mañana al amanecer. Pronto recibirás una carta con esa noticia[347].

---

[346] En II 2, 7, Heliodoro ha mencionado al Sol, la Luna y Dioniso como los dioses más venerados por los etíopes. Pan era, no obstante, también objeto de adoración en Méroe, además de Isis y Hércules y un dios bárbaro (Estrabón, XVII 2, 3), que Diodoro de Sicilia (III 9, 2) identifica con Zeus. Pan era también objeto de culto en la religión egipcia (cf. Heródoto, II 46).

[347] Un incidente semejante se encuentra en Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* III 16: un sabio indio conoce de antemano la existencia de una carta, así como su contenido. Es probable que esta misma capacidad fuese atribuida a Pitágoras

Y así sucedió. Pues nada más salir Persina, cuan- 4
do estaba cerca del palacio real, un jinete le entregó una nota del rey, en la que comunicaba su llegada para el día siguiente. Al punto heraldos transmitieron la noticia, autorizando sólo a los hombres, con exclusión de las mujeres, a acudir al encuentro del rey. Pues, 5
como el sacrificio que se iba a celebrar era en honor del Sol y la Luna, los dioses más puros y brillantes, la tradición prohibía a las mujeres participar, para evitar en las víctimas una eventual contaminación, aun involuntaria. La única mujer que tenía derecho a asistir era la sacerdotisa de la Luna, Persina precisamente; pues, según el uso y la ley, los sacerdotes del Sol y de la Luna eran respectivamente el rey y la reina. Evidentemente también Cariclea iba a estar presente en las ceremonias, pero no como espectadora, sino como víctima que había de ser para la Luna.

Una agitación irresistible se enseñoreó entonces de 6
la ciudad: sin aguardar el día previsto, desde esa misma tarde, los habitantes fueron atravesando el río Astaborra, unos por el puente, otros en balsas hechas de cañas, que en gran número y a lo largo de muchas zonas de la orilla estaban amarradas al servicio de los que vivían demasiado lejos del puente para permitir cruzar con brevedad. Estas lanchas son sumamente veloces, a causa del material de que están fabricadas y del peso que pueden soportar, que no es más que el de dos o tres hombres. Son simplemente cañas cortadas en dos, y cada mitad es una pequeña canoa.

Pues hay que saber que Méroe, la capital de Etio- 5
pía, es una isla de forma triangular, bañada y rodeada por el Nilo, el Astaborra y el Asásoba, ríos todos navegables: el primero, el Nilo, viene a dar en el vértice

---

por Apolonio de Tiana, a juzgar por la parodia que hace LUCIANO, *Pseudomantis* 19 sigs.

superior y se divide desde allí en dos ramales; los otros dos corren paralelos al anterior, cada uno a un lado, hasta confluir todos juntos en el Nilo, ya con un solo cauce, que recibe sus aguas y les hace perder su
2 nombre[348]. La extensión de la isla es enorme y más bien parece un continente: mide tres mil estadios de longitud y mil de anchura. En ella se crían animales gigantescos, elefantes en particular, y su fertilidad es tal, que los árboles crecen y sobrepasan mucho a los que se producen en otras regiones. Pues, fuera de las palmeras, que son desmesuradamente altas y dan dátiles inmensos a más de muy sabrosos, las espigas de trigo y cebada alcanzan tal altura, que ocultan a cualquier hombre montado a caballo e incluso a veces al montado en un camello; el fruto es tal, que se recoge hasta trescientas veces lo sembrado[349]; en cuanto a las cañas que brotan, ya se ha dicho antes de qué grosor son[350].

---

348 La descripción de Méroe coincide incluso en la formulación lingüística con las que hacen DIODORO, I 33, 1 sigs. (que da la misma extensión que Heliodoro, que responde a la realidad) y ESTRABÓN, XVII 2, 2 (que afirma que quizá esta extensión es exagerada). El nombre de los ríos es, no obstante, inseguro, pues Estrabón en el pasaje citado y en XVI 4, 8, menciona tres ríos: Astáboras (hoy llamado Atbara, afluente de la ribera derecha del Nilo), Astásobas, que algunos llaman Astapo (así en XVII 2, 2; en los otros dos pasajes es un río diferente, llamado en la actualidad Bahr el-Abiad, el más occidental de los tres), y que en la actualidad es llamado Bahr el-Asrey. Estas informaciones que transmite Heliodoro, que no pueden proceder ni de Estrabón ni de Diodoro porque aquél da algunos detalles ausentes en éstos, han de proceder de Artemidoro de Éfeso y, en último término, de Agatárquides de Cnido (cf. W. CAPELLE, *loc. cit.*, 172 sigs.).

349 Otras informaciones acerca de la flora y la fauna, así como de los metales, en ESTRABÓN, XVII 2, 2, y DIODORO, I 33.

350 Cf. *supra*, 4, 6.

En fin, durante toda esa noche fueron cruzando el 6
río por diversos lugares para acudir al encuentro de Hidaspes y darle la bienvenida entre vítores y bendiciones, igual que a un dios. Mientras el gentío había avanzado un largo trecho, los gimnosofistas le recibieron poco antes de la llanura sagrada, y allí estrecharon sus manos y le saludaron con besos y abrazos. Detrás de ellos se encontraba Persina, en el pórtico del templo, dentro del recinto del santuario[351]. Todos se pos- 2
traron de rodillas ante los dioses y, después de las oraciones en acción de gracias por la victoria y el feliz regreso, salieron fuera del recinto para ofrendar el sacrificio público. Para esto, fueron a sentarse en la tienda dispuesta para este fin en el centro de la llanura. Estaba ésta compuesta de cuatro cañas recién cortadas que formaban un cuadrado, con base fija en cada ángulo a modo de columna; en la parte superior se iban doblando hasta constituir una cúpula, y en el extremo estaban sujetas unas a otras con palmas, que servían de techo al espacio así limitado. En otra tien- 3
da próxima, sobre un elevado pedestal, se exponían las estatuas de los dioses tutelares y las imágenes de los héroes, Memnón, Perseo y Andrómeda, considerados por los reyes de Etiopía como los fundadores de su propia dinastía[352]. Algo más abajo, como reservando la cúspide para las divinidades, en un segundo pedestal a nivel inferior, estaba sentados los gimnosofistas. A su 4
alrededor y formando un círculo, estaba dispuesta una falange de hoplitas en hilera, con los escudos fijos en el suelo y apoyados unos a otros, para mantener a dis-

---

351 La forma del templo que parece suponer estas indicaciones es semejante a la de los templos egipcios: un recinto cerrado continuo, un patio y un santuario al que sólo acceden determinadas personas. Hallazgos arqueológicos han revelado templos de este tipo en Sudán.

352 Cf. IV 8, 3.

tancia a la multitud y permitir que el espacio central estuviera libre para los sacrificios que se iban a ofrecer. En una breve alocución al pueblo, Hidaspes comunicó la victoria y los beneficios que ella reportaba a la comunidad y, acto seguido, ordenó a los ministros sagrados dar comienzo a la ceremonia.

5 Tres altares habían sido levantados, todos a gran altura: dos, por un lado, juntos, para el Sol y la Luna; el tercero, aparte, para Dioniso. En éste último degollaron toda clase de animales, por la razón, a mi juicio, de que, dado el carácter popular del dios y su benevolencia con todos sin distinción, se le propicia con las víctimas más variadas y diversas. Sobre los otros dos, en cambio, llevaron cuatro caballos blancos para el Sol, consagrando, al parecer, el animal más veloz para el más veloz de los dioses; y para la Luna, una pareja de bueyes, dedicando, como es natural, animales que ayudan a labrar la tierra, en honor de la diosa que está más próxima a la tierra[353].

7 Estaba aún desarrollándose esta ceremonia, cuando se levantó un repentino clamor de gritos revueltos y confusos, como es propio que ocurra en una muchedumbre inmensa y reunida en tropel.

—¡Que se cumplan las tradiciones! —gritaban todos alrededor—, ¡que se celebre ahora el sacrificio ritual por la salud del país!, ¡que ofrezcan a los dioses las primicias de la guerra!

2 Comprendiendo Hidaspes que reclamaban los sacrificios humanos, que solían ejecutar con algunos de los capturados sólo en las victorias obtenidas frente a hombres de otra raza, los apaciguó con un gesto de la

---

353 La consagración de caballos al Sol es algo frecuente en la religión antigua; cf., por ejemplo, HERÓDOTO, I 216; FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* I 31. La identificación de Artemis con la Luna es usual desde ESQUILO, frag. 170 Nauck, y, en la novela de Heliodoro, de particular relevancia.

mano e indicó con sus señales de asentimiento que
enseguida se cumpliría su petición. Entonces mandó
hacer comparecer a los cautivos destinados al efecto.
Trajeron a todos, también a Teágenes y Cariclea, libres 3
de sus grilletes, con la cabeza coronada, tristes y cabiz-
bajos como es natural, aunque menos afligido Teáge-
nes que los demás; Cariclea, en cambio, tenía el rostro
luminoso y sonriente, y su mirada estaba puesta de
una manera fija y persistente en Persina, hasta el
punto de que ésta se sintió emocionada al verla.

—¡Esposo mío —exclamó con un profundo suspi- 4
ro—, qué doncella has elegido para el sacrificio! Nunca,
estoy segura, he visto tal belleza. ¡Qué mirada tan no-
ble! ¡Qué temple en el infortunio! ¡Qué compasión
inspira la flor de su juventud! Si no se nos hubiera
malogrado mi único embarazo y no hubiéramos tenido
la desgracia de perder a aquella hijita, contaría ahora
la misma edad más o menos que ésta. Pero, esposo 5
mío, si fuera posible de algún modo excluir a esa mu-
chacha... Mi consuelo sería enorme con una joven así
en mi servicio. Quizá incluso sea griega, la desdichada:
no tiene cara de egipcia.

—Es, en efecto, griega —contestó Hidaspes—, y ahora
nos va a decir quiénes son sus padres. Pero mostrár-
noslos, ¿cómo va a hacerlo? Y eso que lo ha prometido.
Ahora bien, preservarla del sacrificio, eso sí que no pue- 6
do hacerlo; y bien que lo querría, porque también yo
estoy emocionado, no sé por qué, y me da lástima la
muchacha. Sin embargo ya sabes que la ley prescribe
ofrecer y sacrificar al Sol un varón, y una mujer a la
Luna. Y como ésta precisamente ha sido la primera
cautiva que me han traído y por ello la destinada al
sacrificio de ahora, sería inexcusable ante el pueblo tra-
tar de eximirla. Lo único que podría salvarla sería que 7
al subir al hogar que tú conoces se demostrara que no
está pura de todo trato con los hombres, pues la ley

exige que sea pura la víctima ofrecida a la diosa, igual que el ofrendado al Sol; sin embargo la cosa es indiferente en los sacrificios a Dioniso. Pero, aun en ese caso, si en el hogar se descubriera que ha tenido comercio con algún hombre, hay que mirar si estaría bien visto acoger a una persona así para el servicio de nuestra casa.

8 —¡Ojalá fuera así! Al menos se salvaría —dijo Persina—. El cautiverio, la guerra, una ausencia tan prolongada de su casa harían irreprensible un desliz, sobre todo en esa muchacha, cuya belleza constituye una fuerte incitación a que se cometa un ultraje contra ella, si es que en realidad ha sufrido algo de esto.

8 Mientras hablaba así, entre lágrimas furtivas que trataba de ocultar a los presentes, Hidaspes ordenó traer la parrilla. Los sirvientes entresacaron de la multitud a varios niños pequeños, los únicos que pueden tocarla sin sufrir daño, y fueron a buscar y traer del templo el escaldador. Una vez colocado en el centro de la concurrencia, ordenaron a cada uno de los prisio-
2 neros subir a él. Todos, nada más subir, se quemaban las plantas de los pies, e incluso hubo algunos que no pudieron resistir ni el primer contacto, por leve que fuera. Esta parrilla está hecha de pequeños asadores de oro trenzados, y tiene la virtud de quemar a todo el que no está puro o sea perjuro, mientras que en caso contrario se puede caminar sin dolor sobre ella. Los que se quemaban quedaban reservados para Dioniso y los otros dioses, excepto los dos o tres jóvenes que al andar sobre la parrilla fueron reconocidos como vírgenes [354].

---

354 Otras pruebas semejantes, destinadas a demostrar la castidad, se encuentran en PAUSANIAS, VII 25, 13, ESTRABÓN, XII 2, 7, y, con fines puramente profanos, AQUILES TACIO, VIII 6, 12-15; VIII, 12, 8-9.

Subió también Teágenes y se demostró su pureza; 9
todos los asistentes quedaron asombrados de su talla y belleza, pero sobre todo del hecho de que un hombre tan joven y hermoso se hallara incólume de los placeres de Afrodita. Le dispusieron, pues, para el sacrificio al Sol.

—¡Bella es la recompensa —susurró Teágenes a Cariclea— que dan los etíopes a quienes viven en la pureza!; ¡sacrificios y degüellos son el premio para la castidad! Mas, mi bien amada, ¿por qué no revelas tu iden- 2
tidad? ¿Qué oportunidad mejor esperas todavía? ¿A que se nos corte el cuello? Habla, te lo suplico, declara quién eres. Quizá logres salvarme también a mí, si te reconocen e intercedes por mi persona. Si eso no, al menos seguro que tú escaparás del peligro, y, aun sabiendo mi muerte, eso me basta.

—Próximo está el principio del combate, y nuestro 3
destino está ahora en la balanza —dijo ella, y, sin esperar a la orden de los guardias, sacó del morral que llevaba consigo el vestido sagrado que traía de Delfos, tejido con hilo de oro y bordado con rayos de sol, y se lo puso; se soltó luego el cabello y se lanzó hacia la parrilla, como posesa de un dios. Saltó sobre ella y se quedó allí de pie durante un buen rato, sin padecer ningún mal. Su belleza, ahora más reluciente aún, era un fulminante rayo bien visible para todos sobre este estrado en el que se había subido, y el vestido la hacía más parecida a la estatua de una diosa que a una mujer mortal[355].

El estupor se adueñó de todos; un griterío ininteli- 4
gible y confuso elevaba su eco, delatando el asombro general: todo les maravillaba, pero sobre todo el que hubiera mantenido intacta tan sobrehumana belleza y la lozanía de su juventud, y el que su virtud la ador-

---

355 Cf. I 7, 2.

nara, inequívocamente, más *todavía* que su hermosu-
5 ra. Todo el mundo estaba a la vez apenado de la constatación de su aptitud para el sacrificio y, aun a costa de sus escrúpulos religiosos, hubieran visto con sumo agrado su salvación mediante cualquier artificio. Mayor era aún la tristeza de Persina, que incluso llegó a decir a Hidaspes:

—¡Qué infeliz y desafortunada muchacha! Tiene a gala guardar la virtud con tanto celo y gloriarse de ella en un momento tan poco adecuado, cuando lo único que va a recibir en pago de esos méritos dignos de todo elogio es la muerte. Sin embargo, ¿qué se puede hacer por ella, esposo mío?

—En vano —dijo— me importunas y te compadeces de quien no ha de salvarse, si no es con la ayuda de los dioses; pues ellos son, creo, quienes la han protegido desde que nació por su naturaleza excepcional.
6 —Y volviéndose a los gimnosofistas, prosiguió—: Pero, sapientísimos varones, ya está todo dispuesto; ¿por qué no comenzáis el sacrificio?

—No digas cosas de mal agüero —respondió Sisimitres en griego para evitar que la muchedumbre lo entendiera—. Bastante hemos mancillado ya hasta este momento nuestros ojos y oídos. Nosotros vamos a regresar al templo, porque ni aprobamos un sacrificio tan impío, si se va a hacer con seres humanos, ni creemos que eso agrade a la divinidad, y ojalá se prohibieran hasta los sacrificios en los que se inmolan animales, porque, de acuerdo con nuestras normas,
7 bastan las oraciones y los perfumes [356]. Pero tú, quéda-

---

356 Apolonio de Tiana (cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* I 31) manifiesta la misma repugnancia por los sacrificios sangrientos en el momento en que va a ser sacrificado un caballo blanco en honor del Sol. Aunque existen otros modelos literarios para esta idea (cf. EURÍPIDES, *Ifigenia entre los*

te; pues forzoso es para un rey plegarse a los deseos de la multitud, aunque a veces éstos sean arbitrarios. Celebra este sacrificio, sacrílego pero inevitable por la coacción que impone la ley etíope tradicional. Tendrás que purificarte luego; aunque quizá no haga falta, porque no creo que este sacrificio se lleve a cabo, a juzgar por ciertos signos que he recibido de la divinidad y en particular por la aureola de luz que ilumina a esos extranjeros y que revela con evidencia que uno de los poderosos los protege.

Tras estas palabras, se levantó en unión de los de- 10
más miembros del consejo, dispuestos a retirarse. Pero entonces Cariclea saltó de la parrilla y corrió a echarse a los pies de Sisimitres. Los servidores trataron por todos los medios de impedírselo, porque pensaban que las súplicas no eran más que una excusa para evitar la muerte.

—Sapientísimos señores —dijo ella—, aguardad un momento. Tengo pendiente un pleito y un juicio con los reyes, y sé que vosotros sois los únicos que podéis juzgar a personajes tan eminentes. Sed árbitros de la 2
contienda que sostengo por la vida: no es posible ni justo que se me inmole a los dioses, y enseguida sabréis la razón.

Accedieron complacidos a su petición y dijeron:

—¡Oh nuestro rey! ¿Oyes la citación y las alegaciones de la extranjera?

—¿Qué clase de litigio y por qué razón —dijo Hidaspes riendo— puede haber entre ésa y yo? ¿A qué pretexto, a qué derechos puede apelar?

—Eso es —contestó Sisimitres— lo que tratarán de 3
hacer ver sus palabras [357].

Tauros 279 sigs.), es sumamente probable que Heliodoro se haya inspirado en este punto en Filóstrato.

357 Las palabras de Sisimitres son una variante del prover-

—¿Y no parecería —volvió a decir Hidaspes— que me presto, no a un juicio, sino a una insolencia, si, siendo el rey, me someto a juicio contra una extranjera?

—La justicia —replicó Sisimitres— no reconoce prerrogativas; sólo hay un soberano en los juicios, el que vence con los mejores argumentos.

4 —Pero la ley —replicó Hidaspes— os hace jueces únicamente de las querellas de los súbditos del país ante el rey, no de las de los extranjeros.

—No es en la apariencia del rostro —dijo Sisimitres— en lo que reside la fuerza de la justicia a ojos de los prudentes, sino en la conducta[358].

—Es evidente —replicó el rey finalmente— que no va a decir nada digno de consideración, sino que, como es propio de quienes están en peligro de muerte, tratará de ganar tiempo con ficciones y palabras vanas. Pero, en fin, que hable, ya que así lo quiere Sisimitres[359].

11 Cariclea, ya animada ante la liberación, que imaginaba inminente, de los peligros circundantes, sintió redoblarse su alegría al oír el nombre de Sisimitres. Pues éste era quien la había recogido al principio,

---

bio *autó deíxei* («la experiencia lo demostrará»), que se encuentra, por ejemplo, en PLATÓN, *Hipias mayor* 288 b, y *Teeteto* 200 e

358 La máxima de Sisimitres es bastante oscura, pues lo que opone no es apariencia y realidad, sino el rostro y la conducta. Sisimitres, pues, está aconsejando no mantener ningún prejuicio de tipo racial contra los blancos (él e Hidaspes han de ser negros). Esta idea en la boca de un autor griego es digna de notar.

359 Heliodoro no explica en ningún momento cuáles eran las atribuciones de los gimnosofistas de Méroe. A juzgar por DIODORO DE SICILIA, III 6, y ESTRABÓN, XVII 2, 3, la casta sacerdotal podía en época antigua incluso condenar a muerte al rey; este poder fue eliminado hacia 250 a. C., cuando el rey hizo matar a los sacerdotes. Más tarde fue restablecido el consejo sacerdotal, pero sus atribuciones fueron restringidas.

cuando fue abandonada, y quien la había dejado al
cargo de Caricles diez años antes, en aquella ocasión
en la que había ido a Catadupos como embajador ante
Oroóndates, por el asunto de los yacimientos de esme-
raldas. En aquella oportunidad era uno más de los
gimnosofistas, pero ahora había sido designado presi-
dente del consejo. Cariclea, sin embargo, no había 2
reconocido sus rasgos, pues ella era muy pequeña —sólo
contaba siete años— en el momento de su separación,
pero, al reconocer el nombre, se había llenado de ale-
gría, porque tenía la esperanza de que él sería un
abogado defensor y un decidido colaborador para
lograr que fuera reconocida. Entonces, con los brazos 3
extendidos hacia el cielo, gritó de modo que se la pu-
diera oír bien:

—¡Oh Sol, progenitor de mis antepasados!, ¡dioses todos y héroes autores de nuestro linaje! Sed vosotros testigos de que no miento; sed también mis protectores en el juicio que ahora se debate. Comenzaré en primer lugar por los derechos que me asisten: ¿es a los extranjeros, mi rey, o a los del país, a quienes la ley ordena inmolar?

—A los extranjeros —contestó.

—Entonces, ahora es —replicó— de que busques otras víctimas diferentes; pues yo soy etíope y natural de este país, como os voy a demostrar.

Hidaspes, asombrado, dijo que era una impostora. 12

—Te extrañas —continuó Cariclea— de lo que no tiene mucha importancia, pero no es eso lo fundamental, ni mucho menos: no sólo soy natural de aquí; soy además de sangre real, y a ella me unen los más estrechos vínculos.

De nuevo Hidaspes adoptó un aire despectivo ante lo que creía era pura palabrería.

—Deja —siguió ella hablando—, padre, de despreciar a tu hija.

2 El rey a partir de entonces no sólo dio muestras ya de menosprecio, sino de evidente indignación ante lo que consideraba como burlas e insultos.

—¡Sisimitres y todos vosotros! —decía—, ¿veis hasta qué punto se está abusando de mi paciencia? ¿No os dais cuenta de que está completamente loca esta muchacha? No hace más que tratar de apartar de sí la muerte con embustes desvergonzados y luego, en el momento crítico, como por un artilugio de teatro, sale a escena y se declara hija mía; ¡yo, que nunca, como sabéis, he tenido la dicha de que me naciera un hijo! Tan sólo una vez, pero nada más enterarme del parto
3 la perdí. Que se la lleven, pues, y deje de una vez esas maquinaciones para aplazar el sacrificio.

—No me llevará absolutamente nadie —exclamó en un grito Cariclea—, mientras no den orden expresa los jueces. Y tú ahora eres parte en el pleito, no el que tiene que dar el veredicto. Quizá, oh rey, la ley permita matar extranjeros; pero matar a los propios hijos, ni la ley, ni la naturaleza, padre, lo consienten: pues tú eres mi padre, y los dioses hoy te lo demostrarán,
4 quieras o no. En todo litigio y en todo juicio, oh rey, se admiten dos categorías principales de pruebas: las garantías de los escritos y el aval de los testigos; demostraciones de ambas clases te presentaré, que prueban que yo soy tu hija: el testigo que voy a citar no es un individuo cualquiera, sino la propia persona que ha de dictar la sentencia —y creo que no hay confirmación más cierta de lo que se diga que el propio reconocimiento del juez—; y, por otra parte, este escrito, que informa puntualmente de toda mi historia y de la vuestra.

13 Mientras decía esto, sacó la cinta que llevaba oculta alrededor de su vientre y que había sido abandonada junto con ella, la desenrolló y se la entregó a Persina. Ésta, nada más verla, quedó atónita, incapaz de articu-

lar palabra alguna; no dejaba de examinar alternativamente el escrito de la cinta y a la muchacha; el temblor y las palpitaciones la consumían, estaba bañada en sudor, a la vez alegre por el descubrimiento y perpleja ante este acontecimiento inverosímil e imprevisto, y, además, temerosa de que el esclarecimiento hiciese a Hidaspes concebir sospechas, incredulidad o incluso posiblemente cólera y deseos de venganza. Su estado 2
era tal, que incluso Hidaspes no dejó de percibir su estupor y sus angustias:

—Esposa —dijo—, ¿qué te ocurre? ¿Por qué esa emoción al ver ese escrito?

—Oh mi rey —contestó—, mi señor y marido: nada puedo decir en absoluto. Cógelo y lee. La cinta te enseñará todo.

Se la dio y volvió a sumirse en un profundo y sombrío silencio. Hidaspes la cogió e invitó a los gimnoso- 3
fistas a acercarse y leer con él. A medida que iba recorriendo su contenido con la vista, su asombro era cada vez mayor, y, según podía observar, grande era también el aturdimiento de Sisimitres, en cuyo rostro se reflejaban los innumerables pensamientos diversos que le asaltaban, y cuya mirada estaba puesta de modo fijo y persistente, bien en la cinta, bien en Cariclea. Finalmente, una vez enterado Hidaspes del abandono 4
y de la causa por la que había sido expuesta, declaró:

—Que tuve una hija, ya lo sabía; aunque entonces se me informó de su muerte, con palabras de la propia Persina, ahora se me indica que fue expuesta. Ahora bien, ¿quién la recogió, la salvó y la crió?, ¿quién la trasladó a Egipto, que es donde se la ha hecho cautiva? ¿O, sobre todo, cómo probar que ésta es 5
aquella que fue abandonada, en lugar de pensar que la criatura que nació aquella vez murió? Podría ser que alguien hubiera encontrado por casualidad esas señales de reconocimiento y hubiera abusado de lo que la for-

tuna le deparó. ¿Cómo estar seguros de que no es un espíritu maligno que se está mofando de nosotros, que ha rodeado a esta muchacha de todas esas prendas como si fuera una máscara de nuestra hija, y que se burla de nuestro deseo de tener hijos, haciéndonos adoptar como descendiente legítima a quien no es sino bastarda y fraudulenta? ¿Quién nos asegura que esta cinta no es sino una nube que cubre de sombras la verdad?

14 A esto replicó Sisimitres:

—Tus primeras preguntas tienen fácil solución: el que recogió a la niña expuesta, el que la crió en secreto y la llevó a Egipto, cuando me enviaste en la embajada, ése soy yo; y tú sabes por experiencia que nos está vedada la mentira. Reconozco también la cinta, escrita, como ves, con los caracteres reales de Etiopía, lo cual disipa toda duda de que haya sido falsificada en cualquier parte; por los trazos, como tú sobre todo puedes comprobar, se trata de un autógrafo de Per-
2 sina. Mas había otros signos abandonados con ella, que permitirían comprobar quién era; yo mismo se los di al que se hizo cargo de la muchacha, un griego, según todas las apariencias, lleno de buenas cualidades.

—También eso está a salvo —dijo Cariclea mostrando los collares.

Al verlos, la confusión de Persina aumentó todavía más, y, como Hidaspes le preguntara qué objetos eran esos o si podía darle nuevas explicaciones, no le respondió nada más que, en efecto, los reconocía, pero que sería mejor examinarlos en casa con mayor dete-
3 nimiento. Nuevas muestras de una perplejidad angustiada dejó traslucir entonces Hidaspes.

—Esos son —volvió a decir Cariclea— los signos de reconocimiento para mi madre; lo que es tuyo particular es este anillo —y le enseñó la pantarba.

Reconoció Hidaspes el regalo con el que había obsequiado a Persina en los esponsales.

—Querida muchacha —dijo—, esas señales son ciertamente mías, pero que tú, la que se sirve de ellas, seas mi hija, y no cualquier otra que se los ha encontrado por casualidad, eso es lo que aún no sé; pues, entre otras razones, el color claro de tu piel no puede ser el de una etíope.

—Blanca era también —interrumpió Sisimitres— 4
la niña que yo entonces recogí; y aún más, el número de años concuerda con la edad actual de esta muchacha, porque hace aproximadamente diecisiete años que fue aquélla abandonada. La expresión de los ojos, la totalidad de sus rasgos físicos, el carácter extraordinario de su belleza, toda su figura actual, en fin, coincide con la de entonces, como yo recuerdo.

—Excelente, Sisimitres —dijo Hidaspes—, así es 5
como hablaría el abogado defensor más empeñado en la absolución, pero no un juez. Sin embargo, a pesar de todo, mira no vaya a ser que por resolver una cuestión tangencial en este enigma suscites una dificultad aún más grave y en absoluto sencilla de solucionar para la compañera de mis días: ¿cómo es que, siendo los dos etíopes, hemos tenido una hija blanca, contra todo pronóstico?

Sisimitres le miró de hito en hito y contestó con una 6
leve sonrisa irónica:

—No sé qué te sucede y por qué me reprochas, de ese modo tan ajeno a tu temperamento, la defensa que estoy haciendo, que no juzgo en absoluto censurable. Pues el juez digno de ese nombre sólo estimo que es el defensor de la justicia. Además, ¿por qué no ver en mí más bien a tu abogado que al de la muchacha? Estoy probando, con la ayuda de los dioses, que tú eres su padre. ¿Cómo, después de salvar a tu hija, cuando estaba entre pañales, podría desentenderme

ahora de ella, cuando regresa a salvo en la flor de la
7 vida? Pero piensa de mí lo que quieras, no lo tomo en ninguna consideración; pues no vivo con la mira puesta en agradar a otros; la virtud es nuestra única devoción, y lo que más nos satisface es obrar de acuerdo con nuestra conciencia. En cuanto a la dificultad suscitada por el color de la piel, la propia cinta te da la solución; en ella, Persina, aquí presente, confiesa que, durante su unión contigo, por mirar un cuadro de Andrómeda, quedó impregnada de sus rasgos, y la imaginación le hizo concebir una hija parecida. Si quieres probar la veracidad de esto de otro modo, el modelo está a tu disposición: contempla la imagen de Andrómeda y verás que es idéntica a la muchacha.

15 Mandaron a los sirvientes ir a descolgar y traer el cuadro. Así lo hicieron, y al ponerlo de pie al lado de Cariclea, fueron impresionantes el estallido de aplausos y el alboroto que se produjeron: cada uno, en la medida que había comprendido algo de la conversación o de lo que estaba ocurriendo, explicaba a otros su significado, y éstos a otros sucesivamente; y todo el mundo estaba pasmado de alegría ante la exactitud del parecido. Ni siquiera pudo ya dejar de prestar crédito Hidaspes, que se quedó largo tiempo inmóvil, presa de la alegría y el asombro.

2 —Todavía resta una cosa —volvió a decir Sisimitres—; pues lo que se está dilucidando es la realeza, el derecho a aspirar legítimamente a la sucesión, pero, por encima de todo, la propia verdad. Descubre el brazo, muchacha; aquélla tenía una mancha oscura sobre el codo. No es nada indecoroso destapar en público lo que puede certificar tu filiación y tu raza.

Cariclea se descubrió de inmediato el brazo izquierdo: en él había una mancha redonda, como ébano, sobre su piel de marfil [360].

[360] Imitación de HOMERO, *Ilíada* IV 141.

Incapaz ya de contenerse, Persina saltó súbitamen- 16
te del trono y corrió a abrazar a Cariclea. Lloraba,
fundida con ella en un abrazo, y la irrefrenable alegría
le hacía lanzar gritos semejantes a mugidos. Y es que un
contento excesivo suele a menudo provocar llantos[361].
Poco le faltó para caer al suelo junto con Cariclea.
Hidaspes estaba conmovido al ver a su esposa llorar, 2
y su corazón le inclinaba a apiadarse; inmóvil y de pie,
mantenía sus ojos fijos, secos como si fueran de cuerno
o de hierro[362], en aquel espectáculo, pugnando por
retener las lágrimas. Su alma se debatía en la tempes-
tad formada por sus sentimientos paternales y, a la
vez, su firme arrogancia varonil, y su espíritu, divi-
dido en esta guerra interior de ambos, se dejaba arras-
trar por uno u otro de modo alternativo, como por los
embates del oleaje; pero, al fin, fue derrotado por la
naturaleza, que siempre termina siendo la vencedora,
y no sólo se convenció de que él era el padre, sino
que experimentó todas las emociones propias de un
padre. Levantó a Persina, caída en el suelo y estrecha-
mente enlazada a Cariclea, y, como todos pudieron
ver, apretó entre sus brazos a Cariclea, sellando su
condición de padre con la libación de sus lágrimas. Sin 3
embargo, esto no le hizo en absoluto distraer la aten-
ción de sus deberes; se detuvo un instante, poniendo
su mirada en el pueblo, que, emocionado por los mis-
mos acontecimientos, lloraba de alegría y piedad al
mismo tiempo, al contemplar este espectáculo repre-
sentado por la fortuna, y levantaba hasta el cielo un
clamor inefable, sin prestar atención a los heraldos
que reclamaban silencio, ni manifestar con claridad el
propósito de tan desordenado griterío. El rey extendió

---

361 La misma idea en II 6, 4. Un ligero cambio en el orden de palabras de la frase griega formaría un trímetro yámbico; quizá es, pues, una cita de tragedia (cf. nota 208).

362 Imitación de Homero, *Odisea* XIX 209 sigs.

los brazos, agitando las manos para pedir silencio, hasta que consiguió que amainara la borrasca popular.
4 Entonces tomó la palabra y dijo[363]:

—Asistentes, los dioses, como veis y oís, me han declarado padre contra toda previsión; y gracias a multitud de demostraciones se me ha probado que esta muchacha es hija mía. Pero yo aprecio hasta tal punto el afecto que os debo a vosotros y a la patria, que prescindo, tanto de la sucesión de mi familia, como del dulce nombre de padre, las dos gracias que yo iba a obtener por ella, y me dispongo a celebrar, con la mira puesta en vuestro interés, el sacrificio en honor de
5 los dioses. Os veo llorar y dar pruebas de un sentimiento común a toda la humanidad, la compasión por la muchacha, que va a padecer una muerte tan prematura como inoportuna, y la piedad de mí también, porque veo frustradas las esperanzas de tener un heredero para mi familia; no obstante, es obligatorio, aun cuando vosotros quizá no lo queráis, obedecer a nuestra ley tradicional y anteponer la utilidad de la patria
6 al provecho particular. Pues si a los dioses plugo entregármela y quitármela al mismo tiempo —pena que padecí hace tiempo, cuando ella nació, y vuelvo a padecer ahora al recuperarla—, no sé yo decirlo; a vosotros os dejo decidir si a la muchacha que ellos desterraron de la patria hasta el último confín de la tierra, a la misma que gracias a un milagro nos volvieron a traer y dejaron en nuestras manos como cautiva, esos

[363] El discurso de Hidaspes es una verdadera obra maestra de retórica; el patetismo violento, señalado y subrayado por frecuentes antítesis y abundancia de imágenes, es un claro exponente de ciertas formas orientales de retórica. Conviene también notar el parecido general de esta escena con el tema de la *Ifigenia entre los Tauros* de Eurípides: en ambos casos, un padre se ve obligado a sacrificar a su hija por obedecer a las leyes y al interés general.

mismos dioses la acogerán propicios si se la inmola.
Cuando no la creía más que una enemiga, no le di 7
muerte; cuando era una prisionera, no le di malos tra-
tos; pero ahora que se ha descubierto que es mi hija,
tampoco vacilaré —siempre que ésa sea también vues-
tra voluntad— en sacrificarla; ni me ablandaré —cosa
seguramente excusable en cualquier otro padre—, ni
doblaré las rodillas, ni me dedicaré a suplicar que le
concedáis el perdón y que por esta vez me dispenséis
de cumplir nuestros sagrados deberes, ni que subordi-
néis la ley a la naturaleza y a los sentimientos que de
ella nacen, con la excusa de que también existen otros
modos de venerar a la divinidad. Antes bien, en la me- 8
dida en que veo vuestra simpatía manifiesta hacia nos-
otros, al considerar nuestros sufrimientos como dolores
propios, en igual medida yo he de preferir vuestro in-
terés; por ello no debo tener ningún reparo en que-
darme sin heredera, y ningún reparo tampoco por los
llantos de esta desgraciada Persina, que, en el mismo
momento de dar a luz por vez primera, pierde a su pri-
mogénita. De modo que, os lo ruego, dejad de llorar
y de compadeceros en vano de nosotros, y prosigamos
la ceremonia del sacrificio. Y tú, hija, ansiado nombre 9
que por primera y última vez te dirijo, tú, que en vano
eres hermosa, que en vano has encontrado a quienes
te dieron la vida; tú, que has sufrido en tu patria una
calamidad más cruel que en el extranjero; tú, que has
conservado la vida en tierra extraña, y tu país ha sido
el que te ha reservado la perdición, no destruyas mi
valor con las lágrimas [364], muestra, ahora más que nun-
ca, esa tu altivez valerosa y regia, de la que ahora has
de dar pruebas aún más claras que antes. Sigue al que 10
te ha dado la vida, que no ha podido ataviarte para la

---

[364] Cf. HOMERO, *Ilíada* IX 612, y EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulide* 1435.

boda ni ahora te conduce a la cámara o al lecho nupcial, que te ha preparado para el sacrificio, que las antorchas que ha iluminado no son para tu boda, sino para los altares [365], y que va a ofrecer como víctima a los dioses esa insuperable cumbre de belleza sin par. Y vosotros, oh dioses, acoged propicios mis palabras, aunque haya pronunciado, vencido por el dolor, frases sacrílegas; disculpadme, porque en el mismo momento de nombrar por vez primera a mi hija me veo obligado a convertirme en su asesino.

17 Con estas palabras, prendió a Cariclea, como para conducirla a los altares y a la pira que había sobre ellos; pero un fuego de dolor, ardiente en extremo, quemaba su corazón, y en su fuero interno suplicaba que no se cumplieran las arteras palabras de su discurso. Éste había estremecido profundamente a la masa de los etíopes, que, ni por un breve instante, estuvo dispuesta a tolerar la conducción de Cariclea. Un inmenso y repentino tumulto de gritos y clamores se levantó:

—¡Salva a la muchacha! ¡Salva la sangre real! ¡Salva a quien los dioses han salvado! ¡Es suficiente la sa-
2 tisfacción que se nos ha dado; ¡La ley tradicional está ya cumplida! Nosotros te hemos reconocido como rey, reconócete también tú como padre. Seguro que los dioses perdonarán esta transgresión legal, sólo aparente; peor será nuestro delito si nos oponemos a su voluntad. Nadie debe hacer perecer a quienes ellos han salvado. Tú, el padre del pueblo, sé también padre en tu propia familia.

Y profirieron además innumerables voces de este tipo; finalmente, hicieron ademán de impedírselo también de obra, se enfrentaron y se opusieron, mientras suplicaban que se aplacase a la divinidad mediante otro

365 La semejanza con II 29, 4, es notable.

género de sacrificios. Hidaspes se sometió a la derrota, 3
con sumo agrado y alegría, y se doblegó espontáneamente a la violencia que se le imponía, pero que él en realidad anhelaba más que nadie. Pero como veía que el pueblo se iba excitando cada vez más con sus ininterrumpidos gritos, con sus continuas aclamaciones y sus muestras de aprobación, llenas de arrogancia, les dejó hartarse de ese gusto y aguardó a que ellos mismos volvieran a calmarse cuando quisieran.

Entonces el rey se acercó a Cariclea y dijo: 18

—Hija muy amada, pues en efecto tú eres mi hija, según nos lo han probado las señales de reconocimiento, la declaración del sabio Sisimitres y, ante todo, la evidente benevolencia de los dioses hacia ti. Mas ¿quién es ése, el que fue contigo capturado y custodiado para las celebraciones destinadas a dar acción de gracias a los dioses por la victoria, y ahora está junto a los altares presto para el sacrificio? ¿Cómo es que tú le 2
llamaste hermano [366], cuando se os hizo comparecer por primera vez ante mí, en Siene? Porque, sin duda no se descubrirá que también es hijo nuestro: sólo una vez Persina estuvo encinta, cuando tú naciste.

—Mentí cuando dije que era mi hermano —dijo ruborizada y con la cabeza gacha—; la necesidad me obligó a tramar esa ficción. En cuanto a su identidad verdadera, es mejor que te lo diga él mismo: es un hombre y no se avergonzará como yo, que soy una mujer, de explicar todo con aplomo [367].

—Discúlpame, hijita —contestó Hidaspes, que no 3
había comprendido el sentido real de las palabras de

---

366 En realidad, fue Teágenes quien respondió, mientras Cariclea callaba, cf. VII 25, 2.

367 La expresión de Cariclea es ambigua: puede querer decir que Teágenes, por ser un hombre, tiene más audacia para hablar que ella, que es una mujer, o bien que corresponde a Teágenes contestar, pues es su marido (*anḗr* tiene en griego los dos sentidos). Cf. nota 368.

Cariclea—, por haberte hecho enrojecer con una pregunta sobre un joven, tan inoportuna para el pudor de una doncella. Mas, dejemos eso; siéntate en la tienda con tu madre, deléitala con tu presencia; le darás más alegrías hoy, que dolores cuando te dio a luz, y podrás consolarla con la narración de tus aventuras. Yo me ocuparé de las víctimas, y haré todo lo posible por encontrar y escoger a una que sea digna de ser inmolada en tu lugar junto con ese joven.

19 A punto estuvo Cariclea de que se le escapara un grito de dolor, tan cruel fue la herida que le produjo la revelación de la próxima inmolación de Teágenes. Sin embargo, no sin grandes esfuerzos, terminó por tomar partido y acomodarse a la conveniencia del momento, que le forzaba de manera inexcusable a dominarse y a no dejarse llevar por una pasión enloquecida. Volviendo, pues, sobre su objetivo mediante un rodeo, declaró:

—Mi señor, quizá no sea ya preciso que busques a otra doncella, una vez que el pueblo ha desistido, al salvarme a mí, de ofrendar la víctima de mi sexo que
2 se requería. Pero si alguien sigue obstinado en querer celebrar el sacrificio con un hombre y una mujer, has de buscar no sólo a una muchacha sino también a un joven; si no accedes a eso, tampoco hará falta ninguna otra muchacha: degüéllame a mí.

—¡No pronuncies esas palabras! —dijo Hidaspes, al tiempo que le preguntaba la razón de su actitud.

—El destino divino —declaró— quiere que si yo vivo viva también él, y que si él muere yo muera también.

20 Hidaspes, que aún no había caído en la cuenta de lo que se trataba[368], respondió a estas palabras:

---

[368] Las palabras de Cariclea, un lugar común procedente de la tragedia, han vuelto a ser voluntariamente ambiguas. Hidaspes, que ignora que el destino quiere que ambos amantes

—Elogio, hija, tus sentimientos humanitarios; digno de todo encomio es que te compadezcas y te hayas propuesto salvar a este extranjero, un griego de tu misma edad y compañero de cautiverio, que por compartir tu destierro se ha ganado tu amistad; pero no hay posibilidad de librarle del sacrificio. Sería con toda seguridad una impureza suprimir el sacrificio ritual tras una victoria, y tampoco el pueblo lo toleraría, porque, si ha accedido a salvarte a ti, sólo ha sido tras grandes esfuerzos y porque la benevolencia divina le ha movido [369].

—Mi rey —dijo Cariclea—, pues, sin duda, todavía 2
no me está permitido darte el nombre de padre; si es la benevolencia divina quien ha salvado mi cuerpo, la misma benevolencia debería salvarme también el alma —ya que realmente saben qué es mi alma quienes han urdido mi destino. Pero si se descubre que no es ésa la voluntad de las Parcas, y es totalmente imprescindible honrar la ceremonia con el sacrificio del extranjero, un solo favor te pido que me permitas: ordena que sea yo misma quien haga la ofrenda de la víctima, dame la espada, que yo recibiré como un tesoro, y que me hará célebre entre los etíopes por mi varonil valor.

---

estén unidos en vida y muerte y que desconoce también los juramentos y el matrimonio de los héroes, interpreta las palabras de Cariclea en otro sentido: como Teágenes y Cariclea han resultado ser las víctimas más puras, dignas, por tanto, de ser inmoladas a la pareja divina que forman el Sol y la Luna, Hidaspes cree que Cariclea entiende que entre ella y Teágenes se ha constituido una comunidad religiosa. Por eso, trata de reconfortar a su hija asegurando que estos lazos religiosos no son más que aparentes y en realidad no tienen ningún valor. La ingenuidad y más aún la ceguera del rey para comprender la verdadera situación procede de una interpretación religiosa falsa de lo que está sucediendo.

369 En realidad, el pueblo ha manifestado su propósito de salvar a Cariclea desde el primer momento, cf. X 9, 5; 17, 2.

21 —No me explico —respondió Hidaspes, totalmente confundido por estas palabras— este cambio contradictorio en tus pensamientos; hace un momento intentabas proteger al extranjero, y ahora en cambio, como si fuera un enemigo, me pides ser tú misma quien le
2 dé muerte. Pero en esa acción no veo nada que pueda ser digno ni glorioso para una muchacha, joven además como tú. Y aunque lo fuera, tampoco es posible: sólo a los consagrados al Sol y a la Luna se les ha asignado, según la tradición, la ejecución de este rito, y aun de entre ésos no a cualquiera, sino únicamente al que tiene esposa o a la que tiene marido. De modo que tu virginidad impide esa inexplicable petición tuya.
3 —En eso no hay ningún impedimento —dijo Cariclea en voz baja, inclinándose al oído de Persina—. Conozco a uno, madre, que puede darme el nombre de esposa, si vosotros lo consentís.

—Consentiremos —declaró Persina sonriendo— y no tardaremos nada, con el asentimiento de los dioses, en darte un marido escogido, y digno, tanto de ti, como de nosotros.

—No hace ninguna falta —respondió Cariclea, en voz alta ahora—; ya está elegido.

22 Y cuando iba a explicarse con más claridad —pues la urgencia de la necesidad requería forzosamente osadía, y la inminencia del peligro que acosaba a Teágenes, vista ante sus propios ojos, obligaba a prescindir del pudor propio de una doncella—, Hidaspes exclamó, incapaz de contenerse por más tiempo:

—¡Oh dioses, cómo os gusta siempre mezclar bienes y males! De la inesperada dicha con que hoy he sido obsequiado por vosotros, me despojáis de una parte: me devolvéis contra toda esperanza a mi hija,
2 pero algo desvariada. Pues, ¿qué otra cosa es sino demente quien hace tan incoherentes propuestas? Lla-

maba hermano al que no lo era; el que está ahí, sin embargo, el extranjero, se le pregunta quién es, y afirma que no lo conoce; después, al desconocido procura salvarlo como si de un amigo se tratara; se entera de que es imposible atender ese ruego, y, de inmediato, suplica ser ella misma quien lo sacrifique, como si fuera su peor enemigo. Le decimos que eso no es líci- 3
to, que sólo hay una mujer, casada además, que pueda ejecutar esta ceremonia sin incurrir en impureza, y entonces ella declara que tiene marido, aunque, eso sí, sin añadir quién sea él. ¿Cómo va a ser eso posible, si ni ahora tiene marido ni nunca lo ha tenido, a juzgar por la fehaciente demostración de la parrilla? A menos que ella sea la única con quien se equivoca este medio de los etíopes, siempre veraz para probar la pureza, y que le haya permitido subir a él y mantenerse indemne en las llamas, agraciándola con una falsa virginidad. Sólo ella tiene el privilegio de calificar a las mismas personas y al mismo tiempo de amigos y enemigos, y de simular hermanos y maridos inexistentes. De modo 4
que entra tú, esposa mía, en la tienda y haz que recobre la razón, tanto si es un dios, que haya venido para asistir al sacrificio, el que se ha introducido en ella y hace que delire, como si es el exceso de alegría provocado por estos inesperados acontecimientos lo que, al colmarla de felicidad, le ha trastornado la mente. Yo 5
por mi parte voy a dar la orden de buscar y hallar a la doncella que la reemplace en el sacrificio a los dioses; entre tanto, concederé audiencia a las embajadas llegadas de las tribus y recibiré los regalos que hayan traído de sus tierras para festejar la victoria.

Y tras decir esto, se sentó en un elevado trono cer- 6
cano a la tienda y mandó comparecer a los embajadores con los regalos que pudieran traerle. El introduc-

tor[370], Hermonias, le preguntó si debían presentarse todos juntos, o nación a nación por separado.

23 Hidaspes respondió que los introdujera en orden, unos detrás de otros, para rendir a cada uno el honor debido.

—Entonces, mi rey —volvió a decir el introductor—, el primero que debe entrar es Meroebo, el hijo de tu hermano, que acaba de llegar y está esperando a la puerta del recinto hasta que sea anunciada su presencia.

2 —Pero, ¡cómo, ser estúpido e insensato —exclamó Hidaspes—, no me lo has dicho en cuanto llegó! ¿No sabes que el que aguarda no es un simple embajador sino un rey, y además el hijo de mi hermano, muerto recientemente, a quien he instalado en el trono de aquél y a quien considero como a un hijo?

3 —Me di cuenta de todo eso, mi señor —respondió Hermonias—, pero también sabía que hay que calcular el momento más oportuno, y que ninguna otra cosa exige mayor atención por parte de los introductores. Discúlpame, pues, si al verte ocupado hablando con la reina y la princesa me he guardado de distraerte de tan amable conversación.

—Bien, que al menos ahora se le haga venir de inmediato —respondió el rey.

Hermonias se retiró a cumplir la orden y regresó al cabo de unos momentos con la persona a quien
4 debía hacer comparecer. Entonces apareció ante sus

---

370 El introductor era un funcionario importante en la corte persa, pues nadie, a excepción de «los siete», podía presentarse ante el rey sin haber recibido el permiso del introductor; cf. HERÓDOTO, III 84. Era, por supuesto, la persona de mayor confianza ante el rey; cf. DIODORO DE SICILIA, XVI 47. Heliodoro transpone esta misma institución a la corte etíope. — El nombre de este funcionario es un derivado del nombre de Hermes, el dios de los heraldos y mensajeros.

miradas Meroebo, un joven de gran apostura, apenas salido de la adolescencia; no tenía más que diecisiete años, pero su estatura era superior a la de casi todos; le abría el paso y le escoltaba una espléndida guarnición de soldados armados con escudos. Las tropas etíopes qne formaban en círculo se apartaron, entre la admiración y el respeto, para dejarle paso.

Hidaspes mismo no quiso aguardarlo sobre el tro- 24
no; salió a su encuentro y, después de abrazarlo con paternal ternura, le hizo sentarse a su lado, al tiempo que, mientras le estrechaba la mano, le decía:

—¡Llegas en el momento más indicado, hijo, para celebrar la fiesta de la victoria y para hacer el sacrificio de tu boda! Pues los dioses, autores de nuestra raza, y los héroes antepasados nuestros, a la vez, nos han devuelto a nosotros una hija, y a ti, creo, te han procurado una esposa. Mas luego podrás escuchar ex- 2
plicaciones más cumplidas; ahora transmíteme cualquier cosa que quieras que yo haga en favor del pueblo de tus súbditos.

Meroebo, al oír la palabra «esposa», no pudo evitar un sentimiento de placer y pudor, que le enrojeció visiblemente su negra tez, cual si de un destello de fuego que recorre el hollín de una brasa se tratara. Tras unos 3
breves instantes de silencio, contestó:

—Todos los demás embajadores que han venido, padre, te darán la bienvenida y coronarán tu sobresaliente victoria con los productos más selectos de su país. Yo, por mi parte, he creído oportuno obsequiar tu bravo comportamiento en la guerra y tus ilustres hazañas con algo que fuera adecuado y semejante: por eso te he traído a un hombre, un campeón sin rival en la guerra y en la sangre, incomparable en el polvo y en el estadio para la lucha y el pugilato.

Y al tiempo hizo una señal con la cabeza para que se acercara el individuo.

25 Salió éste hasta el centro y se postró ante Hidaspes. Su estatura era tal, y su fortaleza tan pareja a la de los héroes de antaño, que incluso agachado para besar las rodillas del rey parecía tan alto como los que estaban sentados en el elevado podio. Luego, sin esperar a ninguna indicación, se quitó el vestido y, plantado de pie, desnudo, invitó a cualquier voluntario que lo quisiera a un desafío, con armas o con los puños libres. Nadie se presentó, a pesar de las numerosas proclamas del heraldo real.

—También yo —dijo entonces Hidaspes— te voy a regalar un premio equiparable al que tú me ofreces.

2 Y ordenó, tras estas palabras, traer un viejo elefante, de una talla enorme. Trajeron el animal, que él aceptó complacido, y el pueblo estalló en una súbita carcajada, encantado por la fina cortesía de su rey, en virtud de la cual se veían además compensados de la aparente humillación sufrida, gracias a la burlona revancha contra la vanidad de aquel gigante. A continuación, fueron conducidos ante el rey los embajadores de los seres, que traían como obsequio telas y tejidos que producen ciertas arañas de su país: un vestido teñido de púrpura y otro de blancura resplandeciente.

26 Una vez recibidos estos presentes, el rey accedió a su petición de que soltara a algunos condenados de su país, que estaban en la cárcel desde hacía tiempo. Se presentaron luego los emisarios de la Arabia Feliz, con plantas aromáticas, casia, cinamomo y las demás especias que perfuman su nación; la cantidad de talentos de cada una era tal, que inundaron todo el lugar con
2 su fragancia [371]. Después de éstos, comparecieron los representantes de los trogloditas, que venían a ofrecer

---

[371] Arabia producía diversas plantas aromáticas y era también lugar de tránsito del comercio procedente de la India; cf. AQUILES TACIO, IV 5.

oro de hormiguero y un tiro de dos grifos enjaezados con riendas de oro[372]. A continuación, compareció la embajada de los blemies, que le presentaron arcos y flechas fabricadas con puntas de hueso de serpiente, entrelazadas en forma de guirnalda[373].

—Éste es —dijeron—, oh rey, el obsequio que te traemos; la riqueza de estas armas es ciertamente muy inferior a la de los demás presentes; pero han dado pruebas de su valor contra los persas a orillas del Nilo, y tú mismo eres testigo de ello.

—Más preciosas son entonces —dijo Hidaspes— que 3
los dones más costosos, porque ellas son la causa de que ahora se me tributen todos los demás presentes.

Y, acto seguido, les autorizó a pedir lo que quisieran. Ellos demandaron una reducción del tributo anual, y él les eximió de la totalidad durante diez años.

Casi había concluido el desfile de los embajadores 27
llegados para la ocasión, y cada uno había sido correspondido por el rey con regalos de igual valor, y de más precio incluso en la mayoría de los casos, cuando, en último lugar, comparecieron los emisarios de los auxomitas[374], un pueblo que no estaba sometido a tributo,

---

372 Heródoto, III 102, habla de una especie de hormigas que habita en el Norte de la India, de tamaño poco menor que el de un perro. La arena que sacan al construir su hormiguero es oro puro molido (cf. Estrabón, XV 1, 44). La asociación de grifos y hormigas de esta especie viene dada por el hecho de que ambos géneros son guardianes del oro (cf. Heródoto, IV 13; Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* VI 1). Cf. X 4, 1 y nota 345.

373 Estas armas son atribuidas a los habitantes del país del cinamomo en IX 19, 3-4.

374 El reino de los auxomitas, que corresponde a la región de Abisinia septentrinal en la actualidad, nunca ha existido a la vez que el reino de Méroe. Sólo desde mediados del siglo IV d. C., cuando Méroe desaparece, comienza a tener cierta importancia este reino. Esta mención, pues, hallaría plena justificación si se acepta una datación tardía para la novela (vid. las

pero que era amigo y aliado del rey. No obstante, para dejar patente su satisfacción por el éxito de Hidaspes, también ellos habían traído regalos, entre los cuales merece destacarse un animal de una especie extraña y una naturaleza asombrosa; su altura sobrepasa el tamaño del camello; su piel, tanto por el color como por la constitución, es parecida a la del leopardo: moteada
2 y con manchas brillantes. Los cuartos traseros y la parte por debajo de los ijares eran bajos y parecidos a los del león; la región de los hombros, las patas delanteras y el pecho eran muy altos y desproporcionados con respecto a los otros miembros; el cuello era delgado y se elevaba muy por encima del resto del cuerpo, como el del cisne; la cabeza tiene forma semejante a la del camello, pero su tamaño es poco mayor que el doble de la del avestruz africano; y en ella, sus
3 ojos, saltones, se agitaban con mirada espantosa. Su modo de andar, balanceando el cuerpo, difería del de cualquier animal terrestre o acuático, pues no daba el paso avanzando alternativamente cada pata, primero una delantera y luego la trasera contraria, sino levantando a la vez las dos de la derecha, y las dos de la izquierda también al tiempo, elevando sucesivamente uno y otro costado. Pero sus movimientos son tan lentos, y tiene una naturaleza hasta tal punto dócil, que el encargado del animal le conducía con una cuerda fina enrollada en su cabeza, y él se dejaba guiar con toda mansedumbre, como si estuviera atado con cade-
4 nas de una solidez a toda prueba. La aparición de este animal dejó atónita a toda la multitud, que no tardó nada en darle un nombre en consonancia con los rasgos más sobresalientes de su figura, denominándole

---

referencias en J. SCHWARTZ, *Antiquité Classique* 36 [1967], 550[61]). Por supuesto, esta noticia no puede proceder de la época de la dominación persa en Egipto, fecha en la que Heliodoro sitúa vagamente la acción de la novela.

espontáneamente «camello-leopardo»[375]. Sin embargo, su presencia no dejó de provocar por unos momentos un gran alboroto entre la concurrencia.

Pues ocurrió lo siguiente: se hallaba junto al altar 28
de la Luna una pareja de toros, y junto al del Sol un tiro de cuatro caballos blancos, todos dispuestos para
el sacrificio. Espantados de aquel singular animal, ex- 2
traño y desconocido, que entonces veían por vez primera, se llenaron de pánico, como si se tratara de un fantasma, y, rompiendo las correas con las que los tenían sujetos, uno de los toros (sólo uno, porque, al parecer, el otro no había visto al animal) y dos de los caballos se precipitaron en una huida irrefrenable. Pero, como no pudieron atravesar el círculo que formaban los soldados, defendido todo alrededor por el compacto muro de los escudos de los hoplitas, iban acá y allá corriendo desbocados y daban vueltas a todo el contorno en enloquecidas carreras, derribando todo lo que

---

[375] Una descripción de la jirafa, algo más breve que ésta, se encuentra en ESTRABÓN, XVI 4, 16; el hecho de que Estrabón cite allí a Artemidoro nos advierte de la fuente que Heliodoro ha utilizado (cf. notas 331, 134 y 337). — Es posible, según la observación de J. SCHWARTZ, *loc. cit.*, 549 sigs., que exista una relación de dependencia entre este pasaje y la *Vida de Aureliano* de la *Historia Augusta*. En el elogio fúnebre de Aureliano (41, 10-11), se nos da una lista de pueblos que rindieron homenaje al emperador, y, un poco antes (33, 4), se nos informa de los pueblos que figuraban en su cortejo triunfal. Estas listas son artificiales, y, si se excluye de ellas a los pueblos que no han tenido ninguna relación con Aureliano en el transcurso de su vida o han aparecido juntos en otros pasajes de la *Historia Augusta*, se observa que los nombres restantes coinciden con los pueblos a los que Hidaspes recibe tras su victoria. La semejanza entre ambos pasajes se ve acentuada por la mención de los seres, única en la *Historia Augusta*, la aparición de *camelopardali*, única también en la *Historia Augusta*, y el regalo, consistente en elefantes. Estos hechos, junto con otras semejanzas menores, obligarían a datar a Heliodoro poco antes de la *Historia Augusta*, en la segunda mitad del siglo IV d. C.

encontraban a su paso, bien fueran hombres, bien cual-
3 quier objeto. Ante este inopinado accidente, se levantó
un confuso clamor: gritos de terror de aquellos contra
los que se lanzaban las bestias, exclamaciones de ale-
gría por parte de los que veían con gran risa y regocijo
que se precipitaban sobre otros y los derribaban piso-
teándolos. El estrépito era tal, que ni siquiera Persina
y Cariclea fueron capaces de esperar tranquilamente
en la tienda a que se calmara, sino que descorrieron un
4 poco la cortina para ver qué sucedía. Entonces Teáge-
nes, movido, bien por su natural valentía, bien por la
inspiración de algún dios, aprovechando que los guar-
dias apostados a su lado se habían dispersado a con-
secuencia de la confusión reinante, se irguió de súbito
—pues se hallaba arrodillado al pie de los altares en
espera del degüello inminente—, arrebató precipita-
damente una astilla que había sobre el ara, cogió uno
de los caballos que no habían escapado, montó a sus
lomos, se aferró a las crines y, usando de ellas a modo
de riendas, azuzó el caballo con los talones, al tiempo
que lo fustigaba con el palo, como un látigo, y se pre-
5 cipitó hacia el toro desbocado. Los asistentes al princi-
pio consideraron esta acción como un intento de fuga
por parte de Teágenes; cada uno, entre gritos, exigía
al vecino hacer todo lo posible por impedirle que atra-
vesara el cerco de los hoplitas; pero las acciones pos-
teriores fueron haciéndoles comprender que no era co-
6 bardía ni intento de fugarse del sacrificio. Pues, tras
alcanzar al toro en un mínimo espacio de tiempo, avan-
zó por unos momentos detrás de él, picándolo para
hacerle correr más aprisa. A cualquier dirección hacia
la que volvía su impetuosa carrera, lo perseguía, es-
quivando con cuidado sus giros y embistes.

29 Pero cuando hubo habituado al toro a su presencia
constante y a sentir sus maniobras, se adelantó cabal-
gando a su costado, rozando piel con piel, mezclando

el aliento y el sudor del toro con los del caballo. Iba regulando con tanta exactitud la carrera de ambos, que desde lejos parecía como si las cabezas de ambos animales estuvieran fundidas. Todos aclamaban apoteósicamente a Teágenes, que había uncido esa inaudita yunta de caballo y toro. Así manifestaba su admira- 2
ción la multitud. Ahora bien, Cariclea, al verlo, fue presa de temblor y estremecimiento; dudaba sobre la finalidad de su intento, y una angustia extrema atenazaba su alma, porque la sola idea de que Teágenes pudiera caerse y hacerse una herida sería muerte segura para ella. La propia Persina lo notó y dijo:

—Hija mía, ¿qué te sucede? Tienes un aspecto como si fueras tú misma quien está expuesta al peligro, en lugar del extranjero. La verdad es que también yo 3
estoy algo emocionada; me da lástima su juventud, y tanto es así, que estoy haciendo votos para que escape del peligro y logre salvarse para el sacrificio; si no fuera así, nuestros deberes para con los dioses quedarían totalmente incumplidos.

—¡Ridículo —afirmó Cariclea— es pedir que no muera para que luego muera! Si hay alguna posibilidad, madre, salva a ese hombre; concédeme esa gracia.

Persina, que no conocía la causa real, aunque sos- 4
pechaba una razón de tipo amoroso, dijo:

—No es posible salvarlo. Mas ¿qué lazos de unión tienes tú con ese hombre, para inquietarte tanto por él? Confía en mí y cuenta todo a tu madre. Aunque sólo sea un instinto juvenil o algo que desdiga de una doncella, el amor de una madre sabe excusar y echar un velo sobre las faltas de una hija, y la experiencia de una mujer sabe disculpar las flaquezas femeninas.

Un violento torrente de lágrimas sacudió a Cari- 5
clea, mientras decía:

—¡Esa es precisamente mi desgracia más grave!; los que deberían comprenderme no comprenden mis

palabras y, luego de contar todos mis sufrimientos,
todos creen que aún no los he dicho. Al desnudo, pues,
y sin ningún velo he de confiar absolutamente todo, ya
que me veo forzada a ello.

30 Tras estas palabras, cuando se disponía a revelar
toda la verdad, de nuevo vino a impedírselo un reso-
nante clamoreo levantado por la muchedumbre. Teá-
genes, en efecto, acababa de dejar al caballo acrecen-
tar su velocidad al máximo, y, cuando había tomado
una ligerísima delantera, y el pecho del caballo iba a
la par de la cabeza del toro, lo abandonó para que
2 siguiera en libertad y, de un salto, se lanzó sobre el
cuello del toro. Una vez allí, asienta con firmeza la
cabeza en el espacio que separa las dos astas, abre
los brazos en forma de corona y apresa la frente del
toro con el nudo de sus dedos, mientras el resto de su
cuerpo va en vilo, suspendido del hombro derecho del
animal, sufriendo a breves intervalos las sacudidas
3 de los furiosos brincos del toro. Cuando notó que el
peso ya lo ahogaba y que los tendones se le relajaban
por lo desmedido del esfuerzo, en el momento en que
pasaba por la parte del círculo donde presidía Hidas-
pes, se deja resbalar, adelanta su cuerpo y echa los
pies sobre las patas delanteras del animal, trabándole
sin cesar las pezuñas para impedirle proseguir su carre-
4 ra. Zancadilleado en pleno impulso, abrumado por el
peso y el esfuerzo vigoroso del joven, las rodillas del
toro trastabillean y, girando súbitamente la cabeza,
como una honda, cae de bruces, volteando con violen-
cia los hombros y los lomos. Un buen rato estuvo ten-
dido de ese modo, con los cuernos hincados en tierra,
firmemente arraigados, como si tuvieran raíces, sin
que la cabeza pudiera hacer el más leve movimiento,
mientras agitaba inútilmente las patas, sacudiendo en

vano el aire, enloquecido por la derrota[376]. Teágenes 5
se echó sobre él; sólo la mano izquierda estaba ocupada en tenerlo fijo contra el suelo; el brazo derecho lo levantaba al cielo y lo agitaba sin cesar, a la vez que dirigía alegres miradas de victoria hacia Hidaspes y el resto de la numerosa concurrencia, invitándoles con su sonrisa a compartir el contento que le embargaba. Los mugidos del toro proclamaban, cual trompeta, su victoria, y a ellos respondía también el clamor popular, aunque no se distinguía con precisión ningún elogio en particular. Todas las bocas, abiertas de par en par, expresaban la admiración con un rumor único y sin modulación que se elevaba hasta el cielo de manera prolongada y sostenida. Finalmente, a órdenes del 6
rey, acudieron corriendo los servidores: unos levantaron y condujeron a Teágenes a presencia de Hidaspes; otros echaron a los cuernos del toro una cuerda con lazo y tiraron de él, con la cabeza gacha, hasta atarlo de nuevo a los altares, al igual que al caballo, una vez recuperado. Hidaspes se disponía a dirigir la palabra a 7
Teágenes y a tomar una decisión sobre él, cuando el pueblo, a quien el joven le resultaba agradable y le había inspirado simpatía desde el primer momento en que le vio, maravillado, por una parte, de su vigor físico y sintiendo aún el mordisco de la envidia contra el etíope, el campeón que había traido Meroebo, comenzó a gritar con voz unánime:

—¡Que enfrente a éste con el hombre de Meroebo! —y no cesaban de reclamar—; ¡el que ha recibido el elefante, que pelee con el que ha capturado el toro!

---

[376] Conviene recordar que Teágenes es tesalio, y que Tesalia era famosa por sus espectáculos de tauromaquia, introducidos pronto en los anfiteatros romanos. Aparte de la presente, la descripción más detallada de estos juegos se encuentra en la *Antología Palatina* IX 543 (siglo II a. C.).

8 Tal fue su insistencia, que al fin Hidaspes accedió, y el etíope fue conducido al recinto central, mientras arrojaba atroces y despectivas miradas, y avanzaba con parsimonia, haciendo oscilar alternativamente uno y otro brazo hasta rozar sus codos.

31 Cuando el individuo estuvo cerca del lugar que ocupaba el consejo, Hidaspes dirigió la mirada hacia Teágenes y le dijo, hablando en griego:

—Extranjero, has de luchar con éste; así lo quiere el pueblo.

—Que se cumpla su voluntad —replicó Teágenes—; mas ¿cómo va a ser el combate?

—De lucha —sentenció Hidaspes.

—¿Por qué no —repuso él— con espada y armados? Al menos, tanto si venzo como si soy derrotado, quizá consiga hacer salir de su mutismo a Cariclea, que, hasta ahora, ha tenido la valentía de aguantar en silencio, sin decir nada acerca de mí, y que incluso parece haberme olvidado totalmente.

2 —¿A qué viene eso de mezclar aquí el nombre de Cariclea? —indagó Hidaspes—. En fin, tú lo sabrás; lo importante es que debes luchar con las manos desnudas, no con la espada; pues sería una impiedad ver sangre vertida antes del momento crucial del sacrificio.

Comprendiendo Teágenes que la precaución de Hidaspes era para evitar que muriera antes del sacrificio, dijo:

—Haces bien en conservarme para los dioses; ¡ellos sabrán ocuparse de mí!

3 Y al tiempo de decir eso, recogió tierra se la esparció por los hombros y los brazos, aún húmedos de sudor por el tesón puesto en la captura del toro, y se sacudió la que no se le había adherido. A continuación, extendió hacia adelante los dos brazos, afirmó con solidez los pies en el suelo, dobló las corvas, replegó los hombros y el pecho, inclinó levemente el cuello y, con

todos los músculos tensos, aguardó inmóvil el ataque
de su adversario.

Al verle el etíope, lanzó una sonrisa burlona y, con 4
sus gestos irónicos sacudiendo la cabeza, parecía seña-
lar a su oponente como algo baladí. Luego, echó de
repente a correr, y su brazo cayó pesadamente como
un cerrojo sobre el cuello de Teágenes. Retumbó el
golpe a lo lejos; el hombre adoptó de nuevo un aire
vanidoso y se puso a reír con jactancia. Teágenes, como 5
hombre ejercitado desde la primera juventud en los
gimnasios y sus luchas, y puntualmente instruido en
el arte guerrero que preside Hermes[377], decidió al
principio ceder y evitar enfrentarse cara a cara con un
adversario cuya corpulencia ya había experimentado,
y que era una gigantesca y salvaje mole irritada, y
tratar, en cambio, de hacer valer su astucia y habilidad
sobre aquella fuerza brutal. Inmediatamente entonces, 6
aunque el golpe le había aturdido sólo un poco, simuló
un dolor mayor que el que en realidad sufría y ofreció
el otro lado del cuello, descubierto para un nuevo
puñetazo. El etíope, en efecto, volvió a golpearle. La
violencia del golpe hizo que Teágenes se tambaleara,
y por su actitud daba la impresión de estar a punto de
caer de bruces.

El etíope, creyéndolo ya malherido, se lanzó por 32
tercera vez contra él, lleno de audacia y sin ninguna
precaución. Tenía ya el brazo levantado, a punto de
asestar el golpe, cuando, de súbito, Teágenes se aga-
chó para esquivar su ataque, al tiempo que se arrojaba
sobre él. Agarró con fuerza el brazo izquierdo de su
contrincante y tiró de él con el brazo derecho; además,
el propio impulso de su puño lanzado al vacío le impe-
lió contra el suelo. Entonces Teágenes pasó los brazos

377 Hermes es, en efecto, el dios protector de los efebos y, como inventor de la lucha, patrono de los gimnasios.

por debajo de las axilas del contrario y le asió por la
2 espalda: a duras penas logró abarcar con los brazos la gruesa cintura del etíope. Trabó luego los talones y le golpeó con fuerza y repetidamente los tobillos y las piernas, hasta obligarle a hincar la rodilla; apresa y rodea las piernas del enemigo con los pies, mientras le clava las rodillas en las ingles, le levanta del suelo las muñecas, en las que el etíope estaba apoyado con el pecho aún levantado, le obliga a llevar los brazos sobre las sienes y tirando de ellos hacia los hombros y la espalda consigue dejarle tendido con el vientre sobre la tierra.

3 Un griterío unánime, mucho más fuerte aún que antes, se elevó de la multitud; ni el rey se contuvo, sino que saltó del trono y dijo:

—¡Oh cruel necesidad! ¡A qué hombre nos obliga la ley inmolar! —al mismo tiempo le hizo acercarse y declaró—: Joven, la tradición establece que hay que llevar una corona para el sacrificio; pero ya desde ahora te mereces esa corona por tu victoria, gloriosa de cier-
4 to, pero inútil y efímera. Teniendo en cuenta que no es posible, aunque quiera, protegerte de la muerte que tienes fijada, cualquier otra cosa que desees, estoy dispuesto a concedértela. Si sabes de algo en lo que pueda complacerte mientras todavía vivas, pídemelo.

Y diciendo esto, colocó sobre la cabeza de Teágenes una corona dorada con piedras preciosas, sin poder tampoco disimular algunas lágrimas vertidas.

—Sí voy a pedir una gracia —dijo Teágenes—, y te ruego que cumplas tu promesa y me la concedas. Si es de todo punto ineludible apartar de mí el sacrificio, ordena que al menos éste se lleve a cabo a manos de tu recién hallada hija.

33 Ante estas palabras, Hidaspes se sintió golpeado vivamente y no dejó de traer a su recuerdo la petición semejante que antes había formulado Cariclea; sin em-

bargo, juzgó inoportuno indagar en aquel preciso momento la razón exacta de esta solicitud y prosiguió diciendo:

—Son cosas posibles, extranjero, lo que te he permitido pedir y lo que he prometido concederte; la que ejecute el sacrificio ha de ser una casada, no una doncella; así lo prescribe la ley.

—Pues también ella tiene marido —replicó Teágenes.

—¡Eso es pura palabrería! —dijo Hidaspes—; ¡va- 2
nas excusas de quien va a morir! La parrilla ha demostrado que la muchacha está libre de matrimonio y de trato con hombre alguno; a menos que sea a Meroebo a quien te refieres cuando hablas de un marido, aunque no sé cómo te habrás podido enterar. Pero tampoco es aún su marido: lo único que he hecho es prometerle a mi hija como esposa.

—Puedes también añadir que nunca será su esposo —afirmó Teágenes—, si es que yo conozco bien los sentimientos de Cariclea; y justo es que prestéis crédito a mis vaticinios, a las profecías de una víctima.

—Pero, buen amigo —interrumpió Meroebo—, no 3
vivas, sino una vez degolladas y abiertas, es cuando las víctimas muestran, mediante sus entrañas, el porvenir a los harúspices. Por eso, buena razón tenías, padre, al decir que el extranjero delira porque está a punto de morir. Mas, que se lo lleven a los altares si tú lo permites, y, si no te queda nada por administrar, sigue con la ceremonia.

Teágenes, pues, fue conducido al lugar designado. 4
Cariclea, que al ver su victoria había recobrado algo de su aliento y concebido mejores esperanzas, tornó de nuevo a sumirse en el llanto, cuando otra vez se lo llevaron. Persina no cesaba de consolarla.

—Quizá pueda salvarse todavía el joven —decía—, si tú quieres contarme el resto y narrar con más claridad la historia de tus aventuras.

Cariclea, así forzada y viendo que las circunstancias no admitían ninguna dilación, se decidió a contar lo esencial de su relato.

34 Hidaspes, entre tanto, preguntó al introductor si faltaban otros embajadores a los que recibir.

—Sólo los de Siene —respondió Hermonias—, mi rey. Traen una carta y presentes de Oroóndates, y acaban de llegar.

—Que se presenten también ellos —declaró Hidaspes.

2 Ellos comparecieron y entregaron la carta al rey, que él desenrolló, y en la que leyó lo siguiente:

«A su Majestad Hidaspes, el rey clemente y feliz que rige a los etíopes, Oroóndates, el sátrapa del Gran Rey. Si es verdad que tú me has vencido en batalla, mayor ha sido todavía la victoria obtenida por tu bondad, pues, espontáneamente, me has permitido recobrar el gobierno total de mi satrapía; de manera que ahora no sería de extrañar que accedieras a una hu-
3 milde petición que debo hacerte. Una muchacha que era conducida a mi presencia desde Menfis se ha visto mezclada en las operaciones militares; me he enterado de que ella fue hecha prisionera y de que había sido enviada a Etiopía por órdenes tuyas. Esto es lo que me han comunicado los que entonces estaban con ella y lograron escapar del peligro. Solicito de tu gracia que ella sea liberada y me sea entregada como obsequio, pues es mi deseo volver a ver a la joven y, sobre todo, porque tengo la intención de devolvérsela a su padre, que ha recorrido en su peregrinar muchas tierras en busca de su hija, y fue sorprendido por la guerra en la guarnición de Elefantine. Cuando yo estaba pasando revista a los supervivientes de la batalla,

le vi, y él me pidió que le enviara a tu clemencia. Ahora él está allí, con el resto de los embajadores; con 4
facilidad podrás reconocer por sus maneras cuál es su nobleza; con facilidad podrás reconocer por su aspecto qué sentimiento de respeto inspira. Concédele la gracia, oh rey, de devolvérmelo, satisfecha su demanda; que vuelva no sólo con el título de padre, sino siéndolo en realidad.»

Una vez leída la carta, preguntó Hidaspes: 5

—¿Quién es de los presentes el que está buscando a su hija?

Los embajadores le señalaron a un anciano.

—Extranjero —dijo Hidaspes—, yo estoy dispuesto a satisfacer todas las peticiones de Oroóndates. Pero yo sólo he mandado traer a diez jóvenes cautivas; hasta ahora una sola ha sido reconocida y ésa no es tu hija. Examina, pues, a las demás, y si la encuentras y reconoces, tómala contigo.

El anciano se postró y besó sus pies. Una vez traí- 6
das las muchachas, las examinó, y al no hallar a la que buscaba, dijo, con aire triste y sombrío de nuevo:

—Rey, no es ninguna de éstas.

—Mi buena disposición —afirmó Hidaspes— no es lo que te ha faltado; censura más bien a la fortuna por no encontrar a la que estás buscando. Pues, excepto ésas, ninguna otra ha sido traída aquí ni la hay en el campamento; puedes examinarlo todo para asegurarte.

El anciano se golpeó la frente, levantó la cabeza 35
con lágrimas en los ojos, y, luego de pasear la mirada por entre la multitud que lo rodeaba, echó a correr de repente, como un loco, se lanzó sobre los altares, desenrolló la orla del grueso manto [378] con el que estaba

378 El manto de Caricles, que en época clásica era el característico de los espartiatas, había sido adoptado por los filósofos, sobre todo por los cínicos, y había terminado por ser una especie de símbolo de las personas austeras.

vestido, hizo con ella un nudo, y lo puso alrededor del cuello de Teágenes y empezó a arrastrarle, mientras gritaba con voz bien perceptible:

—¡Te tengo, criminal! ¡Te tengo, maldito, malvado!

2 Y a pesar de la resistencia de los guardias, que se esforzaron por retenerlo y apartarlo de Teágenes, se agarró a él estrechamente y, como si la naturaleza hubiera fundido ambos cuerpos, consiguió arrastrarlo ante Hidaspes y los miembros de su consejo.

—¡Oh rey!, aquí tienes —dijo entonces— al que me raptó a mi hija; éste es el que ha dejado desolada y sin hijos mi casa, el que me ha arrebatado de los propios altares de Apolo Pitio a la que era mi vida. ¡Helo aquí ahora, como si estuviera limpio de toda impureza, postrado junto a los altares de los dioses!

Una tremenda sacudida hizo estremecerse a todos los presentes: unos, porque habían comprendido todo lo que se decía; los demás, porque habían visto el desarrollo de los acontecimientos y no podían evitar su admiración.

36 Y como Hidaspes le invitara a explicar con más claridad lo que quería, el anciano, que no era otro sino Caricles, bien se guardó de revelar toda la verdad acerca del linaje de Cariclea, no fuera a ser que se atrajera el odio de sus verdaderos padres en el caso de que ella hubiera desaparecido en el curso de su huida hacia el interior; lo único que hizo, pues, fue suprimir todo lo que pudiera perjudicarle de algún modo y resumió su historia de este modo:

2 —Yo tenía una hija, oh rey; era tan prudente y tan bella, que no podrías creerme lo que yo dijera, a menos que la hubieras visto previamente. Era, en fin, virgen y estaba consagrada al servicio de Artemis en

3 Delfos. A ella, ese admirable monstruo de crueldad, un individuo de origen tesalio, que había venido a Delfos, mi ciudad, al frente de una embajada sagrada,

para cumplir una peregrinación nacional, a la muchacha, la raptó en secreto de lo más profundo del propio santuario de Apolo; y en este sacrilegio sería justo que vosotros también os considerarais afectados, pues Apolo también es uno de vuestros dioses nacionales, ya que no es otro sino el Sol, y este criminal ha profanado su
santuario. Y tuvo por cómplice para esta impía fecho- 4
ría a un falso sacerdote de Menfis; yo corrí a Tesalia en su persecución y le reclamé a los compatriotas suyos que habitan en torno del Eta, pero no pude encontrarle, aunque ellos me lo habrían entregado y me habrían autorizado a degollar a ese criminal en cualquier sitio en que le descubriese. Supuse entonces que se habían refugiado en Menfis, la patria de Calasíris, y allí me dirigí. Pero al encontrarme con que Calasiris había muerto —y bien que se lo merecía—, fui informado por parte de Tíamis, su hijo, de todo lo concerniente a mi hija; éste, entre otras cosas, me dijo que ella había sido enviada a Siene para presentarse ante
Oroóndates. Pero no tuve la fortuna de encontrar a 5
Oroóndates en Siene, adonde también me dirigí[379], pues la guerra me sorprendió hallándome en Elefantine. Ahora, pues, he venido aquí, para ser suplicante tuyo, según las informaciones contenidas en la carta. Tienes al raptor; manda buscar a mi hija: harás un gran servicio a este hombre, agobiado por las desgracias, y tú mismo podrás felicitarte por haber dado pruebas del respeto que te inspira el sátrapa, que ha intervenido en mi favor.

Y a continuación se calló y comenzó a llorar con 37
grandes gemidos. Hidaspes entonces preguntó a Teágenes:

—¿Qué puedes responder a esto?

---

[379] Reminiscencia de HOMERO, *Ilíada* VI 164.

—Todas las acusaciones son verdaderas —declaró él—. Ante este hombre soy culpable de robo, de rapto, de violencia y de grave injusticia; pero ante ti sólo soy causante de beneficios.

2 —Devuelve, pues —respondió Hidaspes—, a la que no te pertenece, y ya que vas a ser sacrificado a los dioses, prepárate para someterte a la gloriosa muerte que corresponde a una víctima consagrada, en lugar de al suplicio que un criminal se merece.

—Mas, no soy yo —replicó Teágenes—, el que la ha robado, quien debe restituirla; otro es el que, aun no siendo culpable de nada, retiene el objeto robado. Y ése eres tú. Devuélvesela, a menos que él confiese que Cariclea no es su hija.

3 Nadie, a partir de entonces, fue capaz de mantener el dominio de sí mismo; la confusión que se produjo fue absolutamente general. Sisimitres, que hasta ese momento se había contenido, aunque desde hacía rato se había dado cuenta de lo que se trataba y había sucedido, pero que aguardaba a que las revelaciones se hicieran gradualmente hasta que por fin la luz se impusiera de forma total, corrió hacia Caricles y le dijo, mientras le daba un abrazo:

—Está a salvo la que tú considerabas como tu hija, la que yo puse una vez a tu cargo. La hija ha encontrado a sus verdaderos padres; aquí los tienes[380].

38 Cariclea salió corriendo de la tienda y, despojándose de todo pudor propio de su sexo y edad, se lanzó

[380] Literalmente, Sisimitres está diciendo a Caricles que en este momento está descubriendo a los padres de Cariclea, no que «ya los conoces». Si esta segunda interpretación fuera la correcta, habría que pensar que Caricles está ya al corriente de toda la historia de Cariclea; sin embargo, Calasiris tuvo buen cuidado de conseguir que Caricles se enterara del contenido de la cinta con la que había sido expuesta Cariclea.

como una bacante enloquecida por la furia divina y se arrojó ante las rodillas de Caricles diciendo:

—Oh padre, oh tú, en nada menos digno de honra que quienes me han engendrado, castiga como quieras mi impiedad, mi parricidio, sin tener en cuenta que quizá es alguno de los dioses a quien hay que imputar todo esto, y que quizá todo lo sucedido obedece a su providencia.

Persina, por su parte, se echó en brazos de Hidas- 2
pes y le dijo:

—Todo es verdad, esposo mío, créeme; sabe bien también que este joven griego aquí presente es en realidad el novio de nuestra hija. Ella acaba de confesármelo, después de grandes esfuerzos.

El pueblo, por otro lado, daba vítores con fuertes 3
gritos y danzaba de alegría; todas las edades, todas las
condiciones expresaban al unísono sus sentimientos de
regocijo ante la escena que se desarrollaba ante ellos;
no comprendían la mayor parte de lo que se decía, pero
adivinaban la verdad a juzgar por lo que ya sabían de las
aventuras de Cariclea, o quizá, puede ser que fuera la
inspiración de un dios, del responsable de este desenla-
ce teatral, lo que les llevó a sospechar toda la verdad.
Gracias a su intervención, las cosas más contrarias 4
se unieron en perfecta armonía; la alegría y el dolor
se asociaron en unión indisoluble, la risa se mezcló con
las lágrimas, el drama más sombrío se transformó en
fiesta feliz; reían a la vez que lloraban, estaban ale-
gres a la vez que gemían; se había encontrado a quie-
nes no se buscaba, pero habían perdido a quienes
creían haber encontrado, y en fin, lo que se esperaba
que iban a ser sacrificios humanos terminaron sien-
do puras y piadosas ceremonias.

Hidaspes, en efecto, se dirigió a Sisimitres y pre- 39
guntó:

—¿Qué hay que hacer, sapientísimo consejero? Denegar el sacrificio debido a los dioses sería una impiedad, pero degollar a los seres con los que ellos mismos nos han obsequiado sería un sacrilegio. Consideremos, pues, lo que hay que hacer.

Sisimitres respondió, no ya en griego, sino en etíope, para que todo el mundo pudiera comprenderle:

—Oh rey, al parecer, incluso los hombres más avisados ven obnubilada su mente por una alegría exce-
2 siva. De no ser así, tú habrías comprendido hace tiempo que los dioses no aceptaban con agrado el sacrificio que preparábamos: primero fue la bienaventurada Cariclea, en quien ellos revelaron a tu propia hija, al pie mismo de los altares, y de la que transportaron aquí, como por milagro, desde plena Grecia a su padre nutricio; luego arrojaron el miedo y el espanto entre los caballos y los bueyes destinados al sacrificio, dándonos a entender que había que renunciar a lo que considerábamos las víctimas más perfectas; finalmente, para poner broche final a los beneficios recibidos, y como punto culminante del drama [381], han hecho aparecer a este joven extranjero, que ha resultado ser
3 el novio de la muchacha. Sepamos reconocer los mila-

[381] Literalmente «como lámpara del drama»; la metáfora es, sin duda, de la lengua del teatro, pero el origen es oscuro, aunque es seguro que se refiere al punto culminante del drama (según se desprende del contexto y de PLUTARCO, *Moralia* 789 a). La interpretación tradicional de la metáfora descansa en PÓLUX, IV 151, 154, que identifica *lampádion* («lámpara») con la máscara teatral de una mujer joven, cuyo cabello termina en punta. Sin embargo, es más probable que el origen de la metáfora proceda de los *komos* festivos con que en general acaban las comedias, en los que son frecuentes las procesiones con lámparas o antorchas (MENANDRO, *Díscolo* 963 sigs.; ARISTÓFANES, *Paz* 1317; *Ranas* 1525; *Asambleístas* 1150), según la interpretación de W. G. ARNOTT, *Hermes* 93 (1965), 253 sigs. (otra interpretación distinta, basada en la «antorcha» como símbolo funerario, en E. FEUILLATRE, *op. cit.*, págs. 90 y sigs.).

gros de la divinidad, conformémonos con su voluntad y colaboremos con ella, y procedamos a ofrendas más piadosas, renunciando para siempre desde ahora a los sacrificios humanos.

Estas palabras de Sisimitres, pronunciadas en voz 40
bien alta y clara, fueron comprendidas por todos; entonces Hidaspes, sirviéndose también él ahora de la lengua del país, tomó de la mano a Cariclea y a Teágenes, y proclamó:

—Pues bien, asistentes todos, ya que todos estos sucesos se han desarrollado, sin duda, de acuerdo con la voluntad divina, sería impío oponerse a ellos; de
modo que con el testimonio de la divinidad que ha ur- 2
dido todo de esta manera, y con el vuestro propio, que mostráis vuestro deseo de decidir en el mismo sentido que ellos, yo declaro a estos dos jóvenes unidos por los lazos matrimoniales, y les autorizo a vivir juntos legalmente y a procrear hijos. Y si os parece bien, que esta resolución quede confirmada mediante un sacrificio; vayamos, pues, a cumplir nuestros deberes religiosos.

Estas palabras fueron acogidas por los soldados 41
con aclamaciones, y toda la concurrencia comenzó a aplaudir, como si ya se estuvieran celebrando las nupcias. Hidaspes se acercó a los altares y, en el momento de comenzar la ceremonia, dijo:

—Oh Sol, nuestro señor, y tú, Luna, nuestra señora, ya que ha sido vuestra voluntad que Teágenes y Cariclea fueran declarados marido y mujer, también les asiste el derecho de ser siervos vuestros.

Y, tras decir esto, tomó su mitra y la de Persina, 2
insignias de su sacerdocio, y puso la suya sobre la cabeza de Teágenes, y la de Persina, sobre la de Cariclea. Entonces Caricles recordó el oráculo que se le había dado en Delfos y vio que lo que en otro tiempo habían vaticinado los dioses resultaba ahora confirmado por

los hechos: la profecía que aseguraba que los jóvenes, después de escapar de Delfos,

Llegarán del sol a la tierra oscurecida,
Donde por su excelente vida gran galardón obtendrán:
Alba corona sobre sus sienes negras[382].

3 Coronados, pues, los jóvenes con las mitras blancas y revestidos de las funciones de sacerdote, celebraron un jubiloso sacrificio a la luz de las antorchas; y, luego, al son de flautas y zampoñas, Teágenes montó con Hidaspes en un carro tirado por caballos, Sisimitres con Caricles en otro, y Cariclea junto a Persina en un tercero tirado por vacas blancas[383]. Entre aclamaciones, aplausos y danzas, el cortejo fue escoltado hasta Méroe, ciudad en la que habían de celebrarse con mayor solemnidad las santas ceremonias de la boda.

4 Así termina la historia etiópica de Teágenes y Cariclea; el autor que la compuso es un fenicio de Émesa, de la raza del Sol, Heliodoro, hijo de Teodosio.

---

382 Los versos finales del oráculo recogido en II 35, 5.

383 En un carro del mismo tipo participó Cariclea en la procesión celebrada en Delfos; cf. III 4, 2. Como se ha visto más arriba (X 6, 5), caballos y vacas son los animales que guardan más estrecha relación con el Sol y la Luna respectivamente; por eso, son adecuados como tiro del carro del sacerdote del Sol y de la sacerdotisa de la Luna.

ÍNDICE GENERAL